



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Las Vidas de soldados en el contexto de la autobiografía de los Siglos de Oro

Inmaculada Salcedo Reyes

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

TESIS DOCTORAL

LAS VIDAS DE SOLDADOS EN EL CONTEXTO DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE LOS SIGLOS DE ORO

INMACULADA SALCEDO REYES

Barcelona, 2021

Las Vidas de soldados en el contexto de la autobiografía de los Siglos de Oro

Estudios Lingüísticos, Literarios y Culturales

Tradicón y originalidad en la literatura española e hispanoamericana

Facultad de Filología y Comunicación

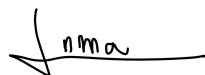
Departamento de Filología Hispánica, Teoría de la literatura y comunicacion

Doctoranda: Inmaculada Salcedo Reyes

<https://orcid.org/0000-0002-1186-9823>

Directora: Dra. Rosa Navarro Durán

Tutora: Dra. Ana Rodríguez Fernández

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Inma', with a long horizontal stroke extending to the right.

La literatura es un vasto bosque y las obras maestras son los lagos, los árboles inmensos o extrañísimos, las elocuentes flores preciosas o las escondidas grutas, pero un bosque también está compuesto por árboles comunes y corrientes, por yerbazales, por charcos, por plantas parásitas, por hongos y por florecillas silvestres.

Roberto Bolaño, 2666

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
RESUMEN
ABSTRACT

INTRODUCCIÓN.....	1
ESTUDIOS REALIZADOS Y ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	4
OBJETIVOS.....	10
METODOLOGÍA.....	11

PRIMERA PARTE: LA AUTOBIOGRAFÍA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

1. AUTOBIOGRAFÍA Y LITERATURAS DEL YO EN LA EDAD MODERNA	14
1.1 Literaturas del Yo y autobiografía	15
1.1.1 Autobiografía y memorias	18
1.1.2 La primera persona en la autobiografía	21
1.2 El género autobiográfico en busca de una definición	23
1.3 “Acto literario” y variabilidad histórica del género	32
1.4 La autobiografía en la Edad Moderna europea	37
1.4.1 Modelos autobiográficos de la Antigüedad y la Edad Media	38
1.4.2 Egodocumentos y autobiografía en los siglos XVI y XVII	50
1.4.3 Autobiografías populares y la voz de los desclasados	58
2. LA AUTOBIOGRAFÍA EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS DE ORO	66
2.1 Autobiografía e historiografía	69
2.1.1 La verdad, el estilo sencillo y la modestia	70
2.1.2 Testigos de vista y experiencia individual versus autoridad.....	81
2.2 La autobiografía y la historia <i>pro persona</i> : biografía y hagiografía	93

2.3	El género epistolar y la expresión autorreferencial.....	104
2.4	Novela autobiográfica, autobiografía ficticia y autoficción.....	115
2.5	Los libros de viajes y la autobiografía	127
2.6	Líneas de producción autobiográfica en los Siglos de Oro.....	134
2.6.1	Autobiografías del ámbito conventual.....	141
2.6.2	Relatos autobiográficos de cautiverio.....	148

SEGUNDA PARTE: LAS VIDAS DE SOLDADOS DE LOS SIGLOS DE ORO

3.	EL ARQUETIPO DEL SOLDADO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII	163
4.	ESCRITURAS DE SOLDADOS Y AUTOBIOGRAFÍA	181
5.	EL SUBGÉNERO “AUTOBIOGRAFÍAS DE SOLDADOS”	190
5.1	El corpus de textos	191
5.2	El oficio de soldado como seña de identidad	196
5.3	El relato de infancia y la iniciación en la vida militar.....	210
5.4	La experiencia de la guerra: valor individual y épica colectiva.....	223
5.4.1	La batalla como empresa colectiva.....	224
5.4.2	Hazañas épicas, honra e industria	230
5.4.3	Los trabajos de la guerra.....	243
5.5	<i>Ego contra mundum</i> : la denuncia del soldado	254
5.6	La mala vida de la soldadesca	270
5.6.1	Pendencias y uso de la violencia.....	272
5.6.2	Usos amorosos de la soldadesca	281
5.6.3	La afición al juego	291
5.7	Itinerarios, aventuras y nuevos mundos	293
5.8	Lenguaje y estilo. El “modo soldadesco”	308

5.9	Objetivos y difusión de las Vidas de soldados.....	328
	CONCLUSIONES.....	340
	CONCLUSIONS	344
	ANEXO DE OBRAS	348
	<i>Suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes</i>	348
	<i>Discurso de mi vida</i> de Alonso de Contreras	349
	<i>La vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte</i>	350
	<i>Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por el mismo capitán</i>	351
	<i>Vida y sucesos de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma</i>	352
	<i>Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés</i>	353
	<i>Comentarios del desengañado de sí mismo</i> de Diego Duque de Estrada.....	354
	<i>Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia</i> de Felix Nieto de Silva	355
	BIBLIOGRAFÍA	357

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis no hubiera sido posible sin todas las entidades que, de alguna u otra manera, han colaborado en mi formación académica y profesional. A la Universidad de Barcelona y al cuerpo de profesores que la integran les debo valiosas enseñanzas sobre lenguas y literatura. Agradezco al MAEC-AECID y a la Universidad del Estado de Moldavia la oportunidad que me brindaron, a través del programa de lectores visitantes, de tomar contacto con otras culturas y realidades. Asimismo, debo al programa Erasmus Mundus, a la Universidad Al-Farabi de Kazajistán y a Marc Ruiz-Zorrilla mi encuentro con los caminos de la Ruta de la Seda y los libros de viajes.

Mi gratitud a todas aquellas personas que han sido un apoyo durante el proceso de investigación y de redacción de la tesis. A Rosa Navarro, mi directora, por su constante estímulo y sus sabios consejos. A mi tutora, Ana Rodríguez, por su inestimable colaboración. A Angela Roşca y Laura Mîrzac, que siempre se han mostrado dispuestas a prestar su ayuda cuando ha sido necesario. A M^a Isabel Rodríguez Martínez y James Murphy. A Alexander Známenschi, por su compañía y su eterna comprensión. Finalmente, mi mención especial a Carme López Sales, Marta Sajnovick, Anna Messegué, Ana Gimeno y Magdalena Coll Carbonell, quienes con su ejemplo, su generosidad y sus experiencias, han sido no solo un apoyo, sino también una inspiración y un modelo a seguir.

RESUMEN

La presente investigación constituye una aproximación a las Vidas de soldados de los Siglos de Oro, que emergen en un contexto de auge de la autobiografía popular. A partir de la recuperación de las *Confesiones* de san Agustín y de la divulgación popular de fórmulas de escritura autorreferencial (egodocumentos), el género autobiográfico va adquiriendo forma, en una interacción continua con otras modalidades de la prosa áurea, como la biografía, la hagiografía, la epístola, la novela picaresca, los libros de viajes y la novela de aventuras. La autobiografía de los Siglos de Oro se afianza a partir de tres fecundas líneas de producción: las autobiografías del ámbito conventual, los relatos autobiográficos de cautiverio y las Vidas de soldados. En el seno de la subcultura soldadesca, se gestan una serie de relatos autobiográficos en los que el arquetipo del soldado actúa a modo de metáfora del Yo. La posición identitaria asociada al oficio de militar marca un esquema de vida determinado que subyace en la escritura autobiográfica de Diego García de Paredes, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro, Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Domingo de Toral y Valdés, Catalina de Erauso y Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón. El análisis comparativo de las obras que conforman el corpus propuesto permite determinar las características generales de la fórmula narrativa que conforma el subgénero en la Edad de Oro.

Palabras clave: Autobiografía Siglos de Oro, Autobiografías de soldados, Egodocumentos, Literaturas del Yo, Diego García de Paredes, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro, Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Domingo de Toral y Valdés, Catalina de Erauso, Monja Alférez, Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón.

ABSTRACT

The present research constitutes an approximation to the autobiographies of soldiers of the Spanish Golden Age, which emerged in a context of the rise of popular autobiography. Since the recovery of the *Confessions* of Saint Augustine and the popular dissemination of self-referential writing formulas (egodocuments), the autobiographical genre began to take shape, in a continuous interaction with other modalities of Spanish Golden Age prose, such as biography, hagiography, epistolary literature, picaresque novels, travel books and adventure novels. The autobiography of the Golden Age is constructed from three fruitful lines of production: autobiographies of the conventual sphere, the autobiographical tales of captivity and the autobiographies of soldiers. At the centre of the soldiery subculture, a series of autobiographical stories are brewed in which the archetype of the soldier acts as a metaphor for the Self. The identity position associated with the military occupation marks a predetermined life scheme that underlies the autobiographical writing of Diego García de Paredes, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro, Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Domingo de Toral y Valdés, Catalina of Erauso and Félix Nieto de Silva, Marquis of Tenebrón. The comparative analysis of the works that make up the proposed corpus makes it possible to determine the general characteristics of the narrative formula that makes up the subgenre in the Spanish Golden Age literature.

Key words: Spanish Golden Age Autobiography, Early Modern Autobiography of soldiers, Egodocuments, Diego García de Paredes, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro, Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Domingo de Toral y Valdés, Catalina de Erauso, Lieutenant Nun, Félix Nieto de Silva, marquis of Tenebron.

INTRODUCCIÓN

A inicios del siglo XVII aparece un número considerable de textos escritos por soldados en los que los autores dan cuenta de su propia experiencia vital. Esa apuesta por la expresión autobiográfica, lejos de constituir una propuesta individual y original de cada uno de los autores, responde a un fenómeno colectivo en el contexto de la creación artística de los Siglos de Oro. No únicamente deciden escribir su autobiografía los soldados, ni tampoco las primeras muestras del género en el panorama de las letras españolas aparecen en el siglo XVII. Ya en el siglo XV Leonor López de Córdoba deja dictada una *Relación* en la cual el discurso de su vida sirve de base para un documento con características y finalidad jurídicas. El auge de la autobiografía, sin embargo, se dará en España desde la segunda mitad del siglo XVI, a partir de la edición del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús. Esta obra se erige como modelo para las autobiografías escritas por mujeres en el ámbito conventual. Sin embargo, también escriben su autobiografía Martín Pérez de Ayala, Diego de Simancas y Esteban de Garibay, entre otros.

Pese a la fecundidad del género autobiográfico en los Siglos de Oro, estas obras, a excepción del libro de santa Teresa, no han tenido un lugar dentro del canon literario y, por consiguiente, salvo en contadas excepciones, no han entrado a formar parte de los trabajos de conjunto sobre la prosa literaria de los siglos XVI y XVII, así como tampoco se han tenido en cuenta en los volúmenes dedicados a la historia de la literatura. Los primeros estudios críticos dedicados a la autobiografía plantean que el género autobiográfico tiene su origen en el siglo XVIII con las *Confesiones* de Rousseau. Por ese motivo, las obras anteriores son valoradas y abordadas, en un principio, por su valor como documentos históricos. Además, las autobiografías de la Edad de Oro han sido juzgadas como textos de escasa calidad literaria, por lo que, durante mucho tiempo, no han merecido la atención de la crítica, pasando así a formar parte de un conjunto de géneros o de obras que podrían considerarse “literatura marginada”. Este concepto es acuñado y definido por García de Enterría de la siguiente manera:

[...] esas obras literarias que han sido colocadas al margen de la literatura, pero siguen ahí, a pesar de que han sido olvidadas, cuando no despreciadas, por aquellos que deciden quiénes –qué autores– y cuáles –qué obras– pueden y deben atraer la atención de críticos, estudiantes y lectores (1983: 11).

Al no entrar a formar parte del canon literario, estas obras son indirecta e implícitamente definidas como literatura menor, lo que, en definitiva, supone considerarlas paraliteratura, infraliteratura o subliteratura. Estarían incluidas, en ese conjunto, obras de géneros tan diversos como los libros de viajes, la prosa política y de ideas, las crónicas de sucesos, los milagros, los pliegos sueltos, las historias de cautivos y renegados o la novela de aventuras, entre otros. Y también serían literatura marginada aquellos géneros que en los Siglos de Oro se conocen como Vidas, esto es: la hagiografía, la biografía y la autobiografía.

No obstante, el hecho de que algunos géneros o formas literarias hayan sido tratadas como subliteratura por la crítica literaria occidental o no sean del gusto del lector contemporáneo, no significa que, en su momento, estas obras no tengan difusión o que incluso puedan estar de moda e influir en otros textos. Una muestra de la posible trascendencia de la autobiografía en los Siglos de Oro son las numerosas ediciones de la Vida de santa Teresa o la mención en el *Quijote* de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y de la *Suma de la Vida y hechos* de Diego García de Paredes. Por lo tanto, conviene aproximarse al análisis literario de estas obras con un profundo respeto por el papel y gusto del lector del momento, y teniendo en cuenta que cualquier obra literaria puede tener la misma relevancia en la historia de la literatura –que no es más que la historia de la creación y de la recepción de las obras– que aquellos textos que la crítica ha erigido como canónicos. En el hecho literario no solo participa lo novedoso, lo de más calidad o lo de más belleza, sino que todo texto forma parte e incide en la historia de la literatura y, a la vez, todo texto es respuesta del fenómeno literario de su época, puesto que es un producto de la misma.

Dado que el conjunto de literaturas marginadas de los Siglos de Oro constituye un material muy diverso, su estudio no puede abordarse de manera conjunta. Por lo tanto, es necesario ir rescatando los textos del olvido a partir de ediciones críticas y modernas de las obras, de estudios de conjunto en los que se analicen las fuentes, los diferentes niveles de intertextualidad, la personalidad de los autores, la recepción y la difusión de los textos, e

incluso sus vínculos con obras canónicas del momento. De esta manera, será posible dar un lugar y significado en la historia de la literatura y en el desarrollo de la prosa moderna a todos aquellos autores, textos o géneros injustamente olvidados.

En lo que respecta a las Vidas de soldados y al género autobiográfico, la proliferación de este tipo de textos sobre todo a partir de mediados del siglo XVI, así como su innegable conexión con la novela picaresca, son una muestra de que, en la Edad de Oro, la forma autobiográfica es, sin duda, una de las apuestas para la modernización de la prosa literaria del momento y que, en gran medida, los soldados vehiculan esas tempranas manifestaciones autobiográficas. La modernidad, en ocasiones, parte de posturas arriesgadas y heterodoxas de aquellos que no tienen nada que perder, que no necesitan ceñirse a ningún parámetro ni mucho menos a preceptos literarios establecidos por ninguna autoridad. Finalmente, las voces de los soldados dando cuenta de sus experiencias vitales no se limitan a la realidad literaria de los Siglos de Oro, sino que dan lugar a un subgénero literario global, que va más allá de las fronteras españolas y del mundo occidental, que viaja desde la modernidad hasta la realidad contemporánea, ya que la necesidad de expresión personal vinculada a la experiencia de la guerra es un fenómeno consustancial al ser humano y, por lo tanto, universal.

ESTUDIOS REALIZADOS Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

El interés por parte de la crítica en relación con las autobiografías de soldados, como ya se ha señalado anteriormente, es tardío. No es hasta el siglo XIX cuando, en el contexto del auge de la bibliofilia y del nuevo y modernizador impulso de la historiografía, se dan a conocer la mayoría de los textos. Así, en 1829 se edita la *Vida i sucesos de la Monja Alférez* en París; los *Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados, y elección de todos ellos. Vida del mismo autor*, de Diego Duque de Estrada, ven la luz en 1860; la *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo capitán*, se edita en 1869; y los *Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia*, de Félix Nieto de Silva, aparecen en 1888. Ya en el siglo XX, son de 1900 las primeras ediciones del *Discurso de mi vida*, de Alonso de Contreras, y la *Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por él mismo*, de Miguel de Castro; y, en 1922 se publica, en *Revue Hispanique*, la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. Finalmente, es en 1956, a partir del volumen editado por José María Cossío *Autobiografías de soldados del siglo XVII* para la Biblioteca de Autores Españoles, cuando algunas de las Vidas de soldados se presentan de manera conjunta como textos con un posible carácter más o menos homogéneo.¹

A pesar de esas primeras ediciones, las Vidas de soldados, salvo excepciones,² no empiezan a despertar el interés de la crítica literaria hasta el auge de los estudios teóricos sobre la autobiografía como género a mediados del siglo XX. Entre finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, el número de ediciones de las estas obras es creciente. Aun así, hasta

¹ La edición de Cossío incluye las autobiografías de Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro y Diego Duque de Estrada. El editor recoge, además, el *Derrotero universal* de Alonso de Contreras.

² Respecto a la suerte editorial de las autobiografías de soldados en el siglo XX, hay que destacar como excepciones las Vidas de Alonso de Contreras y de Catalina de Erauso. Entre 1829 y 1995, Cassol (2000: 247-248) recoge las referencias de hasta once ediciones de la Vida de la Monja Alférez, incluyendo las traducciones del texto al español, inglés, francés, alemán e italiano. En el caso de Contreras, entre la primera edición de 1900 y 1998, existen catorce ediciones de su autobiografía, dos ediciones de su *Derrotero universal* y hasta doce traducciones al inglés, francés, alemán, italiano y portugués (Cassol, 2000: 242-244). Tal éxito editorial contrasta, por ejemplo, con la escasa repercusión editorial de la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés.

2006 no aparece una edición moderna de la Vida de Diego García de Paredes. Del mismo modo, desde 1922, año en que Foulché-Delbosc recoge por primera vez el texto del manuscrito de Jerónimo de Pasamonte, hasta 2016, no se registra ninguna edición de la obra del soldado aragonés cotejada con el texto original. Hasta ese mismo año no aparece tampoco ninguna edición crítica de la obra de Domingo de Toral y Valdés. A ello hay que añadir que los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada –si bien es destacable la labor filológica de Ettinghausen³ no cuentan con una edición en la que se tengan en cuenta y contrasten las variantes de los tres manuscritos conservados de la obra.⁴ Las diferentes reediciones de la Vida de Miguel de Castro parten del texto ya fijado en 1900 por Paz y Meliá, que, tal y como indica Levisi (1984: 184-186), es incompleto.⁵ Por lo tanto, actualmente no hay una edición crítica de la autobiografía de Miguel de Castro que recoja la totalidad del texto del único manuscrito conservado.⁶ Finalmente, la edición de referencia de la autobiografía de Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón, continúa siendo la de 1888.

Desde las primeras ediciones de las autobiografías de soldados, la crítica ha ido abordando de manera excepcional al principio y con mayor interés los últimos años, por un lado, el análisis de la obra y la personalidad de cada autor de manera individual y, por otro lado, el estudio de los textos de los soldados de manera conjunta. En lo que se refiere a las aproximaciones individuales a las autobiografías de soldados, hay que señalar que, al igual que sucede con las ediciones de los textos, las *Vidas* de Alonso de Contreras y de Catalina de Erauso son las que han suscitado mayor interés y, por lo tanto, han dado lugar a un mayor número de trabajos críticos. En el caso de la Monja Alférez, sin duda, esa atención se debe al auge de los estudios de género durante los siglos XX e inicios del XXI. El

³ A Ettinghausen se debe la edición más completa hasta el momento de la autobiografía de Diego Duque de Estrada, que data de 1982. La edición, sin embargo, no contempla las variantes de todos los manuscritos conservados de los *Comentarios*, puesto que reproduce íntegramente el texto del manuscrito 2498, conservado en la Biblioteca Nacional de España.

⁴ Actualmente, en el marco del Proyecto I+D+i Vida y escritura I [FFI2015-63501-P], coordinado por Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera, está en proyecto la edición y estudio de los *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, de Diego Duque de Estrada.

⁵ Levisi indica que la edición de Paz y Meliá no transcribe los últimos folios del manuscrito, en los que el autor escribe la segunda versión de los hechos de 1606. Tampoco quedan reflejadas en el texto final las anotaciones marginales de los últimos folios del manuscrito.

⁶ Dentro del proyecto I+D+i Vida y escritura I [FFI2015-63501-P] se prevé la edición y estudio de la autobiografía de Miguel de Castro.

interés, por lo tanto, se ha centrado más en el análisis de cuestiones vinculadas con la identidad de género del personaje histórico Catalina de Erauso que en el estudio de su autobiografía en el contexto de la literatura española de los Siglos de Oro. Respecto a Jerónimo de Pasamonte, los últimos años, su obra ha sido analizada desde la perspectiva de los estudios cervantinos. Esto es, la crítica se ha centrado en destacar la aparición del soldado aragonés bajo la figura de Ginés de Pasamonte en la primera parte del *Quijote*, así como en el planteamiento y defensa de la hipótesis según la cual Pasamonte sería Avellaneda.⁷ Las autobiografías de Miguel de Castro y de Diego Duque de Estrada han sido abordadas desde una perspectiva excesivamente historicista. Así, gran parte de los estudios dedicados a la obra de Duque de Estrada se centran en discernir si los hechos narrados en sus *Comentarios* realmente sucedieron o corresponden a la ficción literaria.⁸ En relación con Miguel de Castro, además, los escasos trabajos dedicados a su obra han puesto en evidencia de forma reiterada sus carencias desde el punto de vista estilístico,⁹ al tiempo que han destacado únicamente de forma positiva su valor en relación con la recreación de los detalles sobre la vida cotidiana en la casa del conde de Benavente, virrey de Nápoles.¹⁰ Finalmente, resulta sorprendente que actualmente existan solo unos pocos trabajos dedicados a las autobiografías de Domingo de Toral y Valdés, Diego García de Paredes y Félix Nieto de Silva.

Las Vidas de soldados del Siglo de Oro son incluidas en algunas publicaciones dedicadas a las autobiografías tempranas. Entre ellas, hay que destacar, en primer lugar, el esfuerzo bibliográfico de Serrano y Sanz.¹¹ El autor decide clasificar a los autores

⁷ Martín de Riquer (1988) plantea esta hipótesis, que luego será ampliamente desarrollada en diferentes trabajos por Alfonso Martín Jiménez (2001, 2005, 2006, 2008 y 2015). En la misma línea también hay que destacar las aportaciones de Juan Antonio Frago (2005).

⁸ Así sucede en las aproximaciones críticas de Green (1932), Croce (1933 y 1947), Serrano Poncela (1962), Madroñal Durán (2016) y Ettinghausen (1979).

⁹ Morel-Fatio, por ejemplo, destaca: “Ses discours sont diffus, enchevêtrés, par moments inextricables, et sans aucune saveur de langage” (1901: 142). Serrano y Sanz añade: “escrita en estilo difuso, oscuro y modelo de incorrección” (1905: 63). Para Paz y Meliá, el estilo de Miguel de Castro es “incorrecto, desaliñado y confuso” (2013: 37).

¹⁰ Sobre la realidad o ficción de la Vida de Miguel de Castro, ver Cabo Aseguinolaza (1992). Morel-Fatio (1901: 143), Serrano y Sanz (1905: 63) y Levisi (1984: 184) coinciden en destacar de manera positiva, en la autobiografía de Miguel de Castro, la descripción de detalles sobre la corte del Virrey de Nápoles.

¹¹ Pese a las limitaciones de su análisis, el enfoque historicista y que algunas de las ideas ya han quedado obsoletas, su trabajo *Autobiografías y memorias* (1905) es, hasta la actualidad, el compendio más exhaustivo sobre el género autobiográfico en la literatura española temprana. Serrano y Sanz, además, edita en su

atendiendo a su “estado, profesión o género de vida” (Serrano y Sanz, 1905: 3). Alonso de Contreras y Diego Duque de Estrada son considerados “aventureros”, mientras que Domingo de Toral y Miguel de Castro son incluidos en la categoría de “militares”, y, Catalina de Erauso, es clasificada en el subgrupo “mujeres”. Posteriormente, Pope (1974), en su clásico estudio sobre la autobiografía anterior a Torres Villarroel, incluye dentro de la categoría “los establecidos” la Vida de Jerónimo de Pasamonte y, en el grupo de “los aventureros”, las Vidas de Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Miguel de Castro y Domingo de Toral y Valdés. El trabajo de Pope constituye el primer esfuerzo por aproximarse a las autobiografías desde un enfoque literario. Sus aportaciones al análisis individual de cada uno de los autores resultan muy valiosas a la hora de abordar el estudio de conjunto de estas obras. Finalmente, otros trabajos más recientes y breves sobre la autobiografía anterior al siglo XVIII también incluyen interesantes observaciones sobre las Vidas de soldados, que se irán comentando y matizando a lo largo de la tesis. Entre ellos, hay que destacar los estudios de Spadaccini y Talens (1988), Pittarello (1989), Goetz (1994), Dabaco (2005), Gastañaga Ponce de León (2012), Aladro (2014) y Estévez Regidor (2019).

El primer trabajo de conjunto dedicado a las autobiografías de soldados es el artículo temprano de Morel-Fatio (1901), quien analiza las Vidas de Alonso de Contreras, Miguel de Castro y Diego Suárez. Posteriormente, Levisi (1984) publica un nuevo estudio ya clásico. La autora incluye en el corpus las obras de Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras y Miguel de Castro, si bien hace extensivas las características de los textos a las autobiografías de Diego García de Paredes y Diego Suárez. Aunque concluye que las autobiografías de soldados no tienen difusión en el momento, ni aspiran a ser publicadas y, por lo tanto, quedaría excluida la interrelación entre los autores y sus autobiografías (Levisi, 1984: 235), en su análisis individual de cada uno de los textos, aporta valiosas observaciones. Su trabajo constituye un primer esfuerzo de estudio comparativo que enumera unos rasgos comunes a los textos en conjunto. El trabajo de Levisi es completado posteriormente por Alessandro Cassol (2000), quien, por un lado, propone un corpus de

volumen el *Viaje de Turquía*; el *Viaje del mundo*, de Pedro Ordóñez Ceballos; y las autobiografías de Diego de Simancas, Martín Pérez de Ayala y Domingo de Toral y Valdés.

textos más amplio, incluyendo las *Vidas* de Diego García de Paredes, Pedro Gaytán y Domingo de Toral y Valdés. Por otro lado, aporta interesantes datos sobre las conexiones de estas obras con la prosa del momento, el posible origen de las autobiografías de soldados en el siglo XVI y la evolución de sus características básicas en el siglo XVII. Tanto el análisis individual de cada uno de los textos como sus observaciones de las obras en conjunto, son el indiscutible punto de partida a la hora de aproximarse a las autobiografías de soldados de los Siglos de Oro.

Recientemente, hay que destacar los esfuerzos de Steinbach (2016), Sendón (2017) y Sáez (2018), quienes llevan a cabo un ejercicio crítico en torno a los aspectos que dan homogeneidad a las autobiografías de soldados. Para Sendón (2017: 414), pese a los evidentes elementos comunes de las obras, las *Vidas* de soldados no pueden ser consideradas como un subgénero dentro de la autobiografía del Siglo de Oro debido a su naturaleza heterogénea. Por su parte, Sáez (2018: 178-180) considera que, en ausencia de un patrón formal a seguir, los soldados toman estrategias estéticas o narrativas de otros géneros del momento. Dependiendo de la categoría textual y del grado de ficción, el autor clasifica las autobiografías de soldados en tres grupos: “memoriales puros y duros”, *Vidas* de soldados más extensas con elaboración retórica, y prefacios autobiográficos (2018: 180). Steinbach –que incluye a Diego Galán en el corpus de autobiografías de soldados y excluye a Miguel de Castro, Diego Duque de Estrada y Catalina de Erauso– plantea un trabajo de análisis intertextual de las obras, con el fin de delimitar las estrategias narrativas y los modelos de escritura que suponen una propuesta estética común para todos los autores. También hay que destacar las aportaciones de Ettinghausen (1990), que, si bien no propone en ningún momento un corpus delimitado de textos ni establece un subgénero o grupo literario homogéneo de obras, sí plantea interesantes reflexiones, fruto de un análisis comparativo y descriptivo entre las autobiografías de Diego Duque de Estrada y Alonso de Contreras.¹²

¹² Para profundizar más sobre las aportaciones críticas al estudio de las autobiografías de soldados en conjunto, consultar también los trabajos de Bouchet (2009) e Ignacio Arellano (2008). Arellano, debido a la heterogeneidad de los textos, propone no llamarlas autobiografías de soldados, sino “autobiografías de aventureros”.

Además de los estudios de conjunto mencionados, son una referencia indispensable otros trabajos que abordan aspectos concretos o generales en relación con las autobiografías de soldados. En cuanto a los ensayos que plantean una perspectiva más amplia, hay que destacar el análisis crítico de Harari (2004), quien muestra cómo las memorias de soldados trascienden el contexto de la literatura española para proyectarse en el ámbito europeo y, además, plantea la continuidad del subgénero o línea autobiográfica hasta la época contemporánea. Por su parte, Martínez¹³ aporta una visión de conjunto fundamental sobre el contexto histórico-social del soldado en los Siglos de Oro, así como la labor literaria de los soldados en los siglos XVI y XVII. Para una aproximación a aspectos más concretos sobre las autobiografías de soldados, hay que destacar los estudios de Juárez Almendros,¹⁴ quien analiza las relaciones entre la vestimenta y la construcción de la identidad en las Vidas de soldados, y de Sendón,¹⁵ que explora la personalidad del hombre de acción a partir de algunos textos de los Siglos de Oro, entre los que incluye las autobiografías de soldados. Del mismo modo, son interesantes todos aquellos trabajos dedicados a abordar las relaciones entre las autobiografías de soldados y la novela picaresca.¹⁶

Finalmente, hay que hacer mención de las recientes actividades llevadas a cabo por la red “Voces y silencios”,¹⁷ en la que se enmarca el proyecto de recopilación, edición crítica y estudio de autobiografías de soldados, coordinado por Adrián Sáez y Francisco Estévez. Entre los objetivos planteados, se encuentra la publicación en red de las Vidas de soldados, así como la edición en papel de los textos más relevantes, lo que sin duda constituye un avance determinante en la difusión de las autobiografías de soldados del Siglo de Oro.

¹³ Martínez (2011, 2014, 2016 y 2019).

¹⁴ Juárez Almendros (2006a y 2006b).

¹⁵ Sendón (2015).

¹⁶ Ver los estudios clásicos de Pereyra (1927 y 1928) y Zahareas (1979). Para una visión más actual, consultar Sáez (2019) y Dabaco (2005).

¹⁷ Proyectos de investigación I+D+i de ámbito estatal FFI2015-71390-REDT y FFI2017-90732-REDT). Para un seguimiento detallado de las actividades, ver <https://www.uco.es/redvoces/>.

OBJETIVOS

La presente tesis tiene como objetivo, en primer lugar, establecer los factores sociales, culturales y literarios que motivan la aparición y difusión de las autobiografías de soldados en los Siglos de Oro. La génesis de estas obras parece estar vinculada *a priori* con la realidad de una sociedad fuertemente militarizada, así como también con la creación de un ejército profesional en la Edad Moderna. Del mismo modo, el auge de las escrituras del Yo o egodocumentos en la época, así como también el desarrollo del género autobiográfico habrían supuesto un estímulo para aquellos militares que deciden dar forma al discurso de su vida. En segunda lugar, la investigación surge con la voluntad de determinar si existen elementos o aspectos comunes en las obras, que permitan considerar las Vidas de soldados como subgénero o línea de producción diferenciada dentro de la autobiografía de los Siglos de Oro. Es preciso señalar que, en ningún caso, se pretende constreñir las obras del corpus de manera rígida, artificial y categórica bajo un membrete común y, ni tan siquiera encorsetarlas dentro de la rigidez que imponen los límites artificiales entre Renacimiento y Barroco, o siglo XVI y siglo XVII. La investigación está concebida para aportar luz sobre la expresión literaria de unos autores que podrían haberse influido los unos a los otros o haber seguido por una senda creativa común o compartida.

En última instancia, la finalidad de este estudio es comprender la variabilidad o la materialización del género autobiográfico en los Siglos de Oro. Ello permitirá contribuir, de igual manera que todos aquellos trabajos críticos que se están realizando los últimos años en la misma línea, a que la autobiografía anterior al siglo XVIII y, de manera más concreta, las Vidas de soldados tengan un lugar en la historia de la literatura. Esto es, que dichos textos sean integrados, por un lado, en el contexto de las investigaciones modernas que abordan la formación de la prosa literaria en los Siglos de Oro y, por otro lado, en aquellos estudios dedicados al análisis del origen y el desarrollo de la autobiografía en la literatura española.

METODOLOGÍA

La tesis se divide en dos bloques de trabajo diferenciados, al tiempo que complementarios. La primera fase consiste en presentar una visión panorámica de la autobiografía como género en la tradición occidental en los siglos XVI y XVII y, de manera más concreta, en la prosa de los Siglos de Oro, contexto en el que se enmarca el corpus de textos de las Vidas de soldados. Para ello, por un lado, se recogen los intentos de la crítica moderna por establecer una definición del género autobiográfico, así como las diferentes teorías y líneas de trabajo sobre la autobiografía, y la aplicación de estas al estudio de los textos anteriores al siglo XVIII. Además, se ofrece una visión global del auge de la autobiografía y de los egodocumentos en los siglos XVI y XVII en el contexto europeo. Por otro lado, en este apartado, se analizarán las condiciones en las que surgen los textos del género en los Siglos de Oro y las diferentes líneas de producción autobiográfica. Para ello, se abordará la interrelación entre la autobiografía y otras modalidades literarias del momento, como la biografía, la hagiografía, el género epistolar, la novela picaresca y los libros de viajes.

Para el segundo bloque, se abordarán diversos aspectos relativos al marco histórico-social, cultural y literario de los Siglos de Oro, vinculados con la figura del soldado. A continuación, se establecerá y justificará el corpus de textos escritos por soldados que serán analizados. Forman parte de dicho corpus: *Suma de la vida y hechos* (1533) de Diego García de Paredes; la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (1603); *Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por él mismo* (1612); *Vida y sucesos de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma* (h. 1625); *Discurso de mi vida* (1633), de Alonso de Contreras; *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo capitán* (1634); los *Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados, y elección de todos ellos. Vida del mismo autor* (1646), de Diego duque de Estrada; y los *Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (1690), de Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón. Se trata, sin embargo, de un conjunto flexible y abierto. En ningún caso se pretende ni presentar un corpus rígido de textos ni realizar un compendio

bibliográfico exhaustivo de todas las autobiografías de soldados del Siglo de Oro. Tal labor trascendería los objetivos de esta tesis.

Una vez establecido el corpus, se llevará a cabo un análisis descriptivo y comparativo de los títulos mencionados, valorando y respetando el ingenio de cada uno de los autores, esto es, considerando que desde su libertad e individualidad creativa cada soldado también puede desplegar estrategias de presentación del Yo personales. Así, se prestará atención a los temas y motivos principales que abordan los soldados y el tratamiento de los mismos: la infancia, la salida del hogar, el alistamiento, la batalla, la denuncia de la vida de la soldadesca, la mala vida del soldado y las descripciones de itinerarios y espacios. En cuanto al estilo, se estudiará la concepción estética de la que parten los autores y el lenguaje utilizado. Todos estos elementos serán abordados teniendo en cuenta el peso de la tradición cultural y las deudas e influencias respecto a otros géneros literarios del momento.

PRIMERA PARTE

LA AUTOBIOGRAFÍA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

1. AUTOBIOGRAFÍA Y LITERATURAS DEL YO EN LA EDAD MODERNA

Entre los siglos XVI y XVII aparecen un número considerable de relatos autobiográficos escritos por soldados. Lejos de responder a un impulso creativo individual y aislado, estas obras son producto de un movimiento cultural en el contexto de la tradición literaria europea de la Edad Moderna. La escritura de Vidas de soldados se da con el auge de la autobiografía, así como de otras modalidades literarias autorreferenciales, en los siglos XVI y XVII. Se plantea, sin embargo, si estos textos tempranos pueden ser considerados genuinas autobiografías, desde el punto de vista de la teoría de los géneros literarios.¹⁸ Obtener una respuesta a tal cuestión implica no solo definir la autobiografía como género, sino también determinar si las obras escritas en la Edad Moderna se ajustan a esa definición.

Para Todorov (1996: 55), la identidad del género o la clase textual a la que pertenece una obra está determinada por actos de habla y, de acuerdo con este planteamiento, la autobiografía estaría fundamentada en el discurso autorreferencial. No obstante, la autorreferencialidad queda plasmada mediante diferentes tipologías textuales que pueden englobarse dentro del conjunto “literaturas del Yo”. Por lo tanto, para definir el género autobiográfico, en primer lugar, es necesario aproximarse a las diferentes clases o géneros vinculados con la autorreferencialidad, con el fin de establecer tanto los límites como las conexiones entre esas formas literarias y la autobiografía. En segundo lugar, en lo que respecta a la definición de la autobiografía, una aproximación a las diferentes posiciones de la crítica que se ha ocupado de su estudio teórico desvelará la naturaleza tan flexible como

¹⁸ Algunos autores plantean la posibilidad de adoptar otros conceptos alternativos al de género en el estudio de los textos literarios, como, por ejemplo, “campo literario” (Gaucher, 1994: 38). En el caso de la autobiografía y de otras formas discursivas afines, Arfuch (2002) propone hablar de “espacio biográfico”, concepto con el que se superaría la distinción entre texto y contexto. Hay que tener en cuenta, además, la postura de los que consideran, como Croce (1992), que la clasificación por géneros constituye una mera convención artificial o una “ficción útil” (Rollin, 1988: 140). En lo que a este estudio respecta, se mantendrá el concepto de género literario, en la línea de autores como Tomachevski (1982), Todorov (1996), Genette (1988, 2005) y Schaëffer (1988, 2006), entre otros, que amplían las visiones tradicionales y restrictivas aristotélicas o hegelianas. Así, para García Berrio y Huerta Calvo (1992: 83), la autobiografía es una modalidad genérica secundaria, a diferencia de la lírica, el teatro y la epopeya, que serían las modalidades básicas. El presente estudio de las Vidas de soldados en el contexto de la autobiografía de los Siglos de Oro se concibe como una nueva aportación al análisis pragmático o histórico del género autobiográfico.

escurridiza del género no únicamente en relación con sus manifestaciones contemporáneas, sino también en su aplicación a los textos de la Edad Moderna.

Finalmente, en el plano de la materialización pragmática e histórica del género, el gran impulso de la autobiografía y otras literaturas del Yo en los siglos XVI y XVII indicaría que el discurso autorreferencial en las sociedades del momento está al alza. Como sostiene Todorov, el género constituye “una determinada elección entre otras posibles del discurso, convertida en una convención por una determinada sociedad” (Todorov, 1996: 22). Por consiguiente, el posicionamiento colectivo que propicia el auge de la autobiografía en la tradición occidental estaría motivado por factores comunes a gran parte de la pluralidad de sociedades europeas, no solo lingüísticos o literarios, sino también culturales, sociales e ideológicos.

1.1 Literaturas del Yo y autobiografía

El género autobiográfico, desde el punto de vista de la teoría literaria, se enmarca dentro de lo que se conoce como “literaturas del Yo”. Como indica Gusdorf (1991*b*, II: 138), cualquier texto escrito proyecta, de alguna manera, la personalidad de su autor, esto es, es revelador de la identidad del escritor. No obstante, el concepto “literaturas del Yo” se aplicaría a aquellos géneros o formas literarias que comparten “la autorreferencialidad y el apoyo estructural tripartito: un eje temporal o histórico, un eje individual y un eje literario” (Caballé, 1995: 40). Según Caballé (1995: 39), aunque toda persona tiene en sí un “potencial autobiográfico”,¹⁹ solo aquellos que deciden enfrentarse al papel en blanco y canalizar ese potencial, mediante un acto de escritura autorreferencial, terminan por dar forma a un texto, generalmente escrito en primera persona –aunque no exclusivamente–, en el que proyectan su personalidad. En la función y variación de las coordenadas o parámetros temporales, de la expresión de la individualidad y de los aspectos estéticos o formales adoptados estarán las características singulares de cada uno de los géneros o formas literarias del Yo.

¹⁹ El hecho de dar cuenta de su trayectoria vital o de sus experiencias personales es un acto natural en el ser humano. El individuo, de hecho, desde la infancia, está programado para y por el discurso autorreferencial, ya que la personalidad y la identidad se van fraguando, precisamente, a partir de la elaboración de ese discurso (Eakin, 2008).

Se consideran literaturas del Yo²⁰ la autobiografía, el autorretrato, las memorias, el diario íntimo y los epistolarios. El autorretrato²¹ se caracteriza por su carácter estático, puesto que carece de discurso narrativo. Es por ello que a menudo aparece supeditado a otros textos más amplios que se articulan en un relato continuado, en cuyo interior el autorretrato cobra sentido. Esta tipología textual tendría su origen en el retrato retórico clásico, en auge durante la Edad Media y el Renacimiento. El autorretrato de Cervantes en el Prólogo a sus *Novelas ejemplares* o la letrilla “Autorretrato” de Luis de Góngora son un ejemplo de la difusión de esta forma literaria.

Respecto al diario íntimo,²² según Gusdorf (1991b: I, 150), los primeros diarios se escribirían en Italia en el siglo XV y su escritura se habría generalizado en Europa entre los siglos XV y XVI. El origen de la escritura diarística estaría en los almanaques y los libros de cuentas de comerciantes, así como en las crónicas del día a día de misiones diplomáticas, comerciales o viajes de descubrimiento, como el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón.²³ Estos textos, sin embargo, tienen una motivación profesional, por lo que, en general, la expresión personal como se conoce e interpreta en la actualidad, sería limitada. No obstante, este tipo de obras, sin duda alguna, son el germen del diario íntimo moderno. En la Edad Moderna, con un carácter personal y autorreferencial, son un ejemplo los diarios de los puritanos Samuel Ward (1572-1643) y Richard Rogers (1550-1618), así como también el del protestante David Beck (1594-1634).

²⁰ Para los géneros o formas literarias consideradas literaturas del Yo, sigo a Caballé (1995). Las tipologías textuales que pueden ser consideradas literaturas del Yo varían en función del carácter más o menos restrictivo que confiere cada crítico al concepto. Para Lejeune (1991: 48), por ejemplo, también deben considerarse la novela personal, el poema autobiográfico o el ensayo. Otros autores incluyen la literatura de viajes, debido al uso de la primera persona y a la coincidencia entre autor y narrador. Sin embargo, pese a que el viaje pueda dar lugar a la introspección o al análisis de la propia trayectoria personal o vital, la retórica clásica de la literatura de viajes pasa precisamente por la contemplación de lo externo y la descripción de lo exterior como características esenciales del género. La proyección exterior del relato de viajes sería, pues, la acción contraria a la autorreflexión de las literaturas del Yo. En este mismo estudio, más adelante, se abordarán las evidentes e innegables conexiones entre los libros de viajes y el género autobiográfico.

²¹ Para más detalles sobre el autorretrato, consultar: Beaujour (1980), Salgado (1998) y el trabajo de conjunto *Le portrait dans la littérature* (1978).

²² Para más información sobre las formas del diario íntimo, consultar: Leleu (1952), Girard (1963), Pachet (1990), Picard (1981), Cano Calderón (1987) y Didier (2002).

²³ En el *Tesoro de la lengua castellana o española*, Covarrubias define el diario de la siguiente manera: “La historia que va contando los sucesos por días” ([1611] 1998: 468).

A diferencia de la epístola y del autorretrato, el diario íntimo no cuenta con el apoyo –y al mismo tiempo la limitación– de una preceptiva clásica, por lo, en principio, goza de mayor flexibilidad o libertad formal que otros géneros. Para Caballé (1995: 51), el diario íntimo, debido a la inmediatez de su escritura y a su espontaneidad, constituye la manifestación más genuina de las literaturas del Yo. Por lo tanto, a diferencia del autor de una autobiografía o del memorialista –quienes evocan su vida pasada desde el conocimiento del futuro–, el diarista “no maneja recuerdos, sino impresiones inmediatas, huellas que conservan todavía el aliento de lo vivo y mantienen una conexión inmediata con la realidad escrita” (Caballé, 1995: 52). Debido a ello, la recreación del entorno físico tendría un significado y una presencia particular en los diarios. Así, es más frecuente hallar referencias al paisaje, clima, comidas o paseos en los diarios que en las memorias o autobiografías (Caballé, 1995: 52). Paradójicamente, se trata del género menos literario, puesto que, en un principio, se escribe de manera íntima y para ser leído en la intimidad.²⁴ La escritura, además, sería fragmentaria y por adiciones diarias o con una cierta regularidad, por lo que el punto de vista sería múltiple y cambiante (Caballé, 1995: 53).

En cuanto a los epistolarios,²⁵ es preciso distinguir el género epistolar como forma literaria con una retórica clásica –que parte, en gran medida, del modelo ciceroniano–, de las cartas de carácter privado o personales. Como indica Castillo Gómez (2006: 20), el género epistolar como instrumento de comunicación social va ganando importancia a lo largo de la Edad Moderna y, prueba de ello, es el gran número de artes epistolares conservados. Un ejemplo de epistolarios de carácter privado en los siglos XVI y XVII serían los del Cardenal Cisneros, Teresa de Ávila o Felipe II. Además de ajustarse a unas fórmulas propias preestablecidas, algunas de las características fundamentales de esta forma epistolar son, por un lado, la existencia de un destinatario concreto y, por lo tanto, el carácter confidencial del texto. Por otro lado, en la epístola, como indica Gusdorf (1991b, I: 159), se da siempre una relación de reciprocidad entre el remitente y el destinatario. Hay

²⁴ Para Lanford y West (1999: 8), el diario se situaría entre la literatura y la historia, entre el ámbito privado y el público. Ese aspecto limítrofe del género, además de que, tradicionalmente, el diario no forma parte del canon literario, lo habría condenado a la exclusión o marginalidad desde el punto de vista de los estudios literarios.

²⁵ En relación con el género epistolar, consultar: Gurkin Altman (1982), Violi (1987), Geninasca (1989) y Guillén (1991).

que advertir, sin embargo, que algunas cartas pueden ser escritas con el objetivo de ser publicadas, por lo que podría darse una trascendencia del carácter privado que, en un principio, tendrían las epístolas personales.

Finalmente, las memorias son la forma dentro de la literatura del Yo más semejante a la autobiografía. La aproximación a las conexiones y divergencias entre los dos géneros o formas literarias pone de manifiesto que los límites entre memorias y autobiografías son fluctuantes, por lo que una distinción taxativa o categórica de ambas tipologías textuales sería del todo equivocada. Sin embargo, pese a que esa distinción pueda resultar controvertida, la crítica literaria apuesta por considerar que nos encontramos ante dos tratamientos del discurso autorreferencial diferentes. Es necesario, pues, detenerse a delimitar las características de ambas formas dentro de las literaturas del Yo.

1.1.1 *Autobiografía y memorias*

A diferencia del concepto de “autobiografía”, que surge de manera tardía en la teoría de la literatura, el término “memorias” cuenta con una extensa tradición en la literatura europea. Así, ya en el siglo XIV, según indicación de Gusdorf (1991b: I, 251), Comynnes²⁶ titula su obra *Memoirs*, por lo que, durante algunos siglos, la expresión autobiográfica habría sido identificada popularmente como “memorias”. Este hecho habría propiciado la confluencia o confusión de ambos conceptos, si bien la crítica moderna hace una clara distinción entre ellos. Para Caballé (1995: 43), precisamente en la evolución de las memorias, así como también en el modelo de las confesiones, estaría el origen de la autobiografía.

Tanto la autobiografía como las memorias, desde un plano teórico, presentan rasgos similares, de ahí que a menudo se confundan o intercambien ambos géneros. Al igual que

²⁶ Philippe Comynnes (1447-1511), noble consejero y diplomático al servicio de Carlos el Temerario, duque de Borgoña y, posteriormente, de los reyes de Francia Luis XI y Carlos VIII. Sus memorias cubren el período de 1464 hasta el reinado de Carlos VIII. Aunque en algunos momentos aparece como protagonista, el texto se centra en el relato de aspectos diplomáticos y políticos del reino. Sus memorias gozan de gran popularidad desde 1552. En España, sin embargo, su difusión es tardía. Las primeras traducciones al español son la de Pedro de Aguilón en 1586 (un compendio de fragmentos del texto de Comynnes para el rey Felipe II) y las de 1622 y 1627, de Filiberto de Saboya (que recogen el texto íntegro de Comynnes). Su obra es considerada una de las primeras contribuciones al género memorialístico, pero también un texto destacado dentro de la biografía caballeresca o los espejos de príncipes. Para más detalles sobre la difusión de esta obra en el ámbito español, ver la tesis doctoral de María Sánchez Ruiz (2018).

otras literaturas del Yo, comparten la autorreferencialidad. Sin embargo, se distinguirían de otras modalidades por el carácter retrospectivo del relato y el papel central que juega el tiempo en la estructura del discurso. Así, en ambas formas literarias el autor se sitúa en un presente desde el que puede valorar el pasado con un rango temporal de conocimiento de los hechos muy amplio y, por lo tanto, “su objetivo suele centrarse en resaltar lo que a su criterio se perfiló como las líneas centrales de la trama vital y para ello cuenta con la distancia del tiempo transcurrido” (Caballé, 1995: 81).

La distinción entre autobiografía y memorias se encuentra ya en las teorías sobre la autobiografía de Misch (1950: 15-16), quien considera que el memorialista guarda una actitud pasiva en relación con los acontecimientos narrados, puesto que adopta un rol de mero observador de los hechos. Todos los detalles autorreferenciales adquirirían significado en el contexto de los acontecimientos externos. Por su parte, el autobiógrafo mantendría una actitud activa respecto a los hechos, ya que su acto de escritura constituye una evaluación de su propia personalidad. En general, la crítica literaria posterior ha mantenido la misma postura en cuanto a esa distinción entre autobiografía y memorias.²⁷ Pope, siguiendo a Misch, incorpora también, en esa distinción de géneros, las expectativas del lector, por lo que memorias y autobiografías serían también dos modos diferentes de interpretación:

En una memoria el escritor esgrime como un cebo la autoridad que le asiste por haber sido testigo de ciertos sucesos, por haber estado en algún lugar que estimula la curiosidad del lector o por haber ocupado una posición cuya actividad interesa generalmente. El centro de atracción reside en el suceso o país remoto, en la actuación del funcionario o dignatario, no en la persona del autor. En la autobiografía, por el contrario, la atención descansa en la vida del autor, a quien le interesa escribir sobre ella por razones de amor propio, curiosidad, necesidad de defenderse ante la murmuración, la voluntad de establecerse como un ejemplo o cualquier otro de los motivos que llevan a la expresión del individuo a través de la palabra escrita. El lector no quiere, principalmente, saber qué ha visto, oído o en qué mundo ha vivido el autobiógrafo, sino se cuestiona sobre quién ha sido y cómo ha resuelto su existencia (Pope, 1974: 4).

Según esta perspectiva crítica, las memorias tendrían por objetivo el retrato de la historia en mayúsculas y, por lo tanto, pondrían su foco no únicamente en los acontecimientos externos, sino también en los personajes históricos más destacados del momento. Así,

²⁷ Ver Caballé (1995), Gusdorf (1991*b*) y Amelang (2003), entre otros.

Pascal (1960: 5-6) plantea que las autobiografías de hombres de estado, en esencia, son memorias. El hecho de que el eje vertebrador de las memorias sean los acontecimientos históricos (Caballé, 1995: 26) propiciaría la sumisión del texto a la disciplina cronológica de la historia general y universal (Gusdorf, 1991*b*: I, 182). Mientras, en la autobiografía, el eje estaría en la propia personalidad proyectada en las vivencias personales. En consecuencia, en definitiva, las memorias serían la modalidad más periférica y alejada de la personalidad dentro de las literaturas del Yo.

Este planteamiento teórico sitúa las memorias en un punto a medio camino entre la literatura y la historia, ya que el autor prácticamente estaría dando forma a un documento de carácter testimonial. No obstante, hay que tener en consideración que el memorialista no es un cronista:

La vida de una persona como la de un pueblo (la historia) no está constituida por los grandes acontecimientos o las grandes personalidades que intervienen en ella. No existe en función de fechas y de nombres; es el acontecer cotidiano y anónimo, si puede decirse. La vida se teje en todos los instantes. Las memorias deben descubrir ese tejido, en vez de limitarse a recordar los hechos y las personas que son considerados importantes o curiosos a posteriori (Caballé, 1995: 109).

Al plasmar inevitablemente en su relato una visión íntima y personal, esto es, subjetiva e intrahistórica de unos acontecimientos determinados de la historia, la perspectiva de memorialista iría más allá de una voluntad de objetividad del historiador para entrar de pleno en el campo de la intrahistoria.²⁸ En cualquier caso, las memorias son el testimonio de una persona que asume su rol social, lo que las distingue del modelo confesional, que parte de una crisis de la conciencia consigo misma (Gusdorf, 1991*b*: I, 265).

Pese a estos presupuestos teóricos, como ya se ha indicado, la distinción entre memorias y autobiografías no puede en ningún caso ser taxativa, ya que, a la práctica, en la mayoría de casos, los textos no reflejan esa clara demarcación teórica. Así, Durán López (2002: 157) plantea que, para poder sostener de manera categórica esa distinción entre los dos géneros sería necesario analizar los niveles de personalidad y la vida humana, delimitar qué es o hasta dónde alcanza lo íntimo, lo público y lo profesional. Por lo tanto, concluye

²⁸ Existe una posición dispar entre los historiadores en cuanto a la valoración de los testimonios personales, ya sean escritos u orales. Cabe destacar, sin embargo, la importancia de los recuerdos personales vinculados con algunos acontecimientos históricos recientes, como los múltiples testimonios de los supervivientes del Holocausto en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

que trabajar los textos desde esa distinción resulta de poca utilidad. El autor admite el valor de la distinción entre autobiografías y memorias en un plano teórico descriptivo, pero teme que, al ajustar el análisis de los textos a esa clasificación, queden excluidas y olvidadas algunas obras de interés para los estudios de la escritura autobiográfica. Al distinguir las memorias de las autobiografías, parece ser que se desdeñan las memorias, pues son tratadas como “piezas volcadas hacia el registro documental del mundo, reservadas así para los historiadores y negando su valor estético o la pertinencia de un acercamiento literario a ellas” (Durán López, 2005: 30). Gusdorf (1991b: I, 257), por su parte, reduce la voluntad de delimitar estas tipologías textuales a criterios de utilidad creados por los críticos literarios para clasificar las obras. En última instancia, más allá de la existencia de una distancia formal entre autobiografías y memorias, hay que tener en cuenta que cada autor, haciendo uso de su libertad creativa, puede jugar con la transgresión consciente o inconsciente de esos límites genéricos o generar estrategias narrativas que integren ambas formas de expresión del Yo, difuminando así la imaginaria línea de demarcación teórica entre autobiografías y memorias.

Finalmente, en lo que concierne al presente estudio, la cuestión sobre la distinción o límites entre autobiografía y memorias en los Siglos de Oro debe ser abordada en el contexto de la producción literaria del momento. Así, habría que determinar qué se entiende por “memorias” en los Siglos de Oro, cuáles son las características de los textos que son de alguna manera clasificados o identificados con ese género o tipología textual, qué conexiones guardan las memorias con la historiografía, y su relación con las Vidas áureas.

1.1.2 *La primera persona en la autobiografía*

Una de las características principales de las tipologías textuales que conforman las literaturas del Yo, como ya se ha señalado, es la autorreferencialidad. Eso implica, por lo tanto, una coincidencia entre autor, narrador y personaje principal en los textos autobiográficos. *A priori*, la plasmación de esa posición del individuo respecto al texto se expresaría lingüísticamente mediante el uso natural de la primera persona del singular a lo largo del discurso. Sin embargo, algunos textos optan por el uso de la tercera persona del singular, como *Delirio y destino (los años veinte de una española)* de María Zambrano.

Este hecho demostraría que el uso de la primera persona no es inherente al género autobiográfico y, por lo tanto, la autobiografía no podría definirse en ningún caso por el empleo de la primera persona. Así, Gusdorf (1991b: I, 148), en relación con las escrituras del Yo, sostiene que: “le caractère essentiel est la pratique fréquente de l’écriture comme un exercice d’affirmation de soi, grâce à la mise en ordre de l’espace de dedans”. Lejeune (1977: 96-97), además, considera que toda autobiografía es siempre indirecta, ya que tanto la figura de la primera como de la tercera persona encubren, en realidad, a otro individuo.

Es evidente, sin embargo, la preferencia de los autobiógrafos por el uso de la primera persona. Starobinski (1980: 77) apunta que la constancia pronominal, mediante el uso de la primera persona, daría unidad a esa multiplicidad de estados del Yo que constituye la autobiografía. La elección de la tercera persona, por lo tanto, no es una decisión arbitraria. Para Lejeune (1977: 96-97), mostraría una voluntad de disociación del personaje, una tensión del autor entre la identidad y la diferencia. En la misma línea, Caballé considera que el empleo de la tercera persona constituye “un procedimiento semiológico, más que lingüístico, de amplias repercusiones en la escritura autobiográfica pues con él se pretende lograr objetividad, transparencia referencial y distanciamiento del narrador frente al objeto” (1995: 84).

En relación con la autobiografía en la Edad Moderna, la elección de la primera o la tercera persona tiene unas implicaciones realmente significativas. Julio César, en sus *Comentarios a la guerra de las Galias*, opta por emplear la tercera persona del singular. Es, sin duda alguna, un modo de distanciarse de los acontecimientos narrados. Con ello, además, el autor lograría distinguir su obra de otras formas de expresión autorreferencial, como la confesión o el encomio, en las que el uso de la primera persona sí podría constituir un rasgo de género. La obra de César constituye una autoridad y un modelo literario a seguir a lo largo de los siglos XVI y XVII. Si bien volveremos más adelante sobre este tema, basta señalar aquí que, en la estela de su obra, el rey Carlos V escribe su *Historia del invencible emperador Carlos V*, más conocidas como sus *Memorias*, también en tercera persona. Por lo tanto, la opción por la primera o la tercera persona en memorias y autobiografías, responde a unas motivaciones y significación determinadas, en función tanto de la tradición o modelos literarios adoptados, como de aspectos pragmáticos.

1.2 El género autobiográfico en busca de una definición

Aunque el término “autobiografía” aparece en la tradición occidental por primera vez a finales del siglo XIX²⁹ –en el contexto del renovado interés por los estudios humanísticos y la historiografía–, no será hasta mediados del siglo XX cuando se den los primeros esfuerzos por definir el concepto de “autobiografía” y delimitar sus rasgos e implicaciones genéricas desde la teoría de la literatura. Si bien otros autores se aproximan al estudio de la autobiografía de manera temprana,³⁰ el punto de partida del estudio del género está en las obras de Dilthey y Misch.³¹ Ambos entienden los textos del género como un medio para conocer al hombre histórico, como la posibilidad de acceder a la esencia del alma que, en el acto autobiográfico, se autorrevela. Misch define la autobiografía como “the description (*graphia*) of an individual human life (*bios*) by the individual himself (*auto*)” (1950: I, 4). También Weintraub(1991; 1993) entiende la autobiografía como un medio para reconstruir la personalidad del individuo. Según estos autores, en la Antigüedad, esa recreación del individuo se daría a partir de la sujeción de la personalidad a unos modelos sociales prototípicos y, posteriormente, en el Renacimiento, con la entrada de la individualidad, desde nuevas visiones más personales.

A partir de los años 70, con las teorías de Lejeune se produce un punto de inflexión en la búsqueda de una definición del género autobiográfico. Partiendo de las *Confesiones* de Rousseau como modelo e inicio de la autobiografía, el crítico francés propone una definición del concepto:

Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad (Lejeune, 1991: 48).

²⁹ Es Southey, en un artículo para la revista *Quarterly Review*, quien primero emplea el término “Autobiography” en 1809. Sin embargo, como señala Gusdorf (1991b: 64 y ss.), en el ámbito alemán, el concepto de “Autobiographen” es empleado ya por Schubart en un trabajo que data de 1779 y que ve la luz en 1791: *Die Biografen, sonderlich die Autobiografen*; y por F. Schlegel, en 1798.

³⁰ Los primeros estudios sobre el género son los de Anna Robertson Burr, *The Autobiography: A Critical and Comparative Study* (1909); y E. Stuart Bates, *Inside Out: An Introduction to Autobiography* (1937).

³¹ Dilthey inicia la línea de investigación que continuará George Misch, su discípulo, a partir de 1907. El trabajo de Misch es un análisis de la autobiografía desde las antiguas civilizaciones de Oriente Medio hasta el Renacimiento. Sus discípulos editan un último volumen en el que se completa el estudio de la autobiografía hasta el siglo XIX. Consultar Dilthey (2000) y Misch (1950).

Según esta restrictiva definición, quedarían fuera del género algunas escrituras de carácter autorreferencial, como los textos autobiográficos escritos en verso. Lejeune irá ampliando y matizando su definición del género hasta plantear que la esencia de la autobiografía está en el pacto autobiográfico que se establece entre el autor y el lector en el proceso de lectura. En ese pacto, queda definida la identidad del escritor como autor, narrador y protagonista de los hechos de su vida, mediante el signo textual de la firma, siendo el lector, en última instancia, el sujeto que establece la relación de identidad. Además, el nombre del autor en la portada va unido a la existencia de una persona real, hecho que el lector asume como un contrato social. El pacto autobiográfico también implica un pacto de referencialidad, esto es, la narración autobiográfica es imitación o se corresponde con el devenir vital de un Yo real. Por consiguiente, también existe un acuerdo implícito de sinceridad entre autor y lector. Finalmente, el pacto autobiográfico no constituiría, para Lejeune, un valor inamovible, sino que tendría una evolución histórica, ya que los modos de lectura varían según las diferentes épocas.

Tal y como señala Loureiro (1991: 3), la concepción de la autobiografía de Lejeune, en cuya línea van también los trabajos de Bruss,³² se centra en explorar las relaciones entre el sujeto y el texto, ya que la obra constituye una reconstrucción de los hechos del pasado en el momento presente de la escritura. Esta línea teórica pone de manifiesto, por un lado, la dificultad de definir la autobiografía atendiendo a aspectos meramente formales. La esencia del género trascendería así el ámbito de la filología o de la crítica literaria, como expresa Olney:

The writer of an autobiography is doing something other, something both less and more than creating an artifact accesible to objective, critical analysis and evaluation when he chooses to write directly about himself and his life. Autobiography, like the life it mirrors, refuses to stay still long enough for the genre critic to fit it out with the necessary rules, laws, contracts, and pacts; it refuses, simply, to be a literary genre like any other (Olney, 1980b: 24).

Por ello, Gusdorf (1991b: I, 249) considera que el historiador, el psicólogo o el sociólogo deben colaborar con el filólogo en su estudio sobre el género autobiográfico. Al igual que

³² Bruss considera que la autobiografía no puede definirse desde aspectos formales, sino a partir del concepto de “acto autobiográfico”, según el cual el texto establece unas determinadas relaciones entre el autor y el lector –entre las que se incluye un pacto de sinceridad–, de acuerdo con las convenciones de la comunidad de la que forman parte. Más adelante volveremos a las teorías de Bruss. Ver Bruss (1991).

Eakin (2008), también valora de forma positiva la aplicación de la neurobiología al campo de la teoría literaria (Gusdorf, 1991*b*: I, 10-11). Por su parte, Loureiro (1991: 3) advierte que, en el momento en que entran en juego las relaciones entre el Yo y el texto, el estudio de la autobiografía trasciende inevitablemente el ámbito de la crítica literaria y, por lo tanto, se hace necesaria una definición transversal que incluya el lenguaje, la retórica y la filosofía. Estas últimas propuestas, como más adelante se verá, abrirán perspectivas críticas más modernas en los estudios de la autobiografía como género.

Por otro lado, además de esa imposibilidad de definir la autobiografía desde un aspecto puramente formal, las teorías de Lejeune, al proponer el pacto de referencialidad como esencia de la autobiografía, plantean el problema de la relación entre autobiografía y los conceptos de ficción, verdad, historia o sinceridad. En torno a la relación entre ficción y verdad, Pascal (1960: 61-62) parte de la idea de que ofrecer la verdad de uno mismo es uno de los motivos que impulsan a un autor a escribir su autobiografía. Si bien reconoce que la reconstrucción de la vida es una labor imposible, considera que precisamente las distorsiones de la verdad son tan reveladoras en relación con el texto autobiográfico y la personalidad del autor como la verdad misma. En todo caso, la verdad nunca sería una verdad objetiva, sino una verdad conectada con el propósito del autor (Pascal, 1960: 83). Sin embargo, en lo que concierne a la noción de verdad en los géneros literarios, Todorov (1996: 28), siguiendo a Lessing, señala que una obra nunca es una transposición de una realidad, pues el determinismo mimético no existe. Del mismo modo, Genette (1991) concluye que lo factual y lo ficcional únicamente pueden apoyarse en aspectos paratextuales y no en el texto por sí mismo. Por lo tanto, tal y como indica Gusdorf (1991*b*: I, 135) es imposible acceder a la realidad pasada del autor a través del relato autobiográfico. Para Olney (1980: 241), en el proceso de recordar, el autobiógrafo imagina a una persona que no se corresponde consigo mismo. Eakin va más allá al considerar que el autobiógrafo creará un Yo independiente de su realidad empírica, un Yo que se justifica a sí mismo y cobra sentido únicamente en el valor del texto literario. El acto autobiográfico, por lo tanto, sería una práctica de autoinvención, un ejercicio, en última instancia, biográfico (Eakin, 1985: 182). Finalmente, Arfuch (2002: 92), en lugar del binomio historia/ficción, propone el concepto de experiencia –entendiendo por esta el testimonio subjetivo del autor– como la

más auténtica clase de verdad en relación con el texto autobiográfico. La persona o el personaje del relato, en definitiva, no se distingue de sus propias experiencias (Ricoeur, 2006: 147).

Una visión diametralmente opuesta al pacto autobiográfico de Lejeune la plantean Paul De Man³³ y Jacques Derrida.³⁴ Las teorías deconstruccionistas parten de la idea de que toda literatura, puesto que es lenguaje –y, por consiguiente, una construcción retórica–, supone, en definitiva, una ficción. Por lo tanto, el pacto de referencialidad sería una mera ilusión. Así, el lector únicamente tiene acceso a una formulación retórica del individuo o del sujeto y no a la realidad del mismo. Todo texto es un sistema de tropos y la figura propia de la autobiografía es la prosopopeya:

En cuanto entendemos que la función retórica de la prosopopeya consiste en dar voz o rostro por medio del lenguaje, comprendemos también que de lo que estamos privados no es de vida, sino de la forma y el sentido de un mundo que solo nos es accesible a través de la vía despojadora del entendimiento. La muerte es un nombre que damos a un apuro lingüístico, y la restauración de la vida mortal por medio de la autobiografía (la prosopopeya del nombre y de la voz) desposee y desfigura en la misma medida en que restaura. La autobiografía vela una desfiguración de la mente por ella misma causada (De Man 1991: 118).

Mediante la prosopopeya, el autor construye una máscara o rostro. La identidad se construiría en el ejercicio autobiográfico, esto es, a través de la creación del propio texto. Esa identidad, por lo tanto, tendría un carácter fundamentalmente retórico. Sin embargo, el lenguaje, al ser únicamente una representación o figura, es siempre una privación y, por consiguiente, desfigurador o despojador (De Man 1991: 118).

Las tesis deconstruccionistas también ponen en cuestión el papel de la firma y el del lector en el género autobiográfico. De Man sostiene que, en la teoría de Lejeune, el lector tiene un papel excesivo en la construcción de la autobiografía y que prácticamente se erige en juez (De Man 1991: 114). Derrida, en su análisis de *Ecce homo* de Nietzsche, va más allá al proponer que quien firma la autobiografía es en realidad, al mismo tiempo, el destinatario del texto autobiográfico:

[...] he is not yet himself when he is in the situation, precisely, of distance from the other, the other's distance. When he writes himself to himself, he writes himself to the other so is infinitely far away and who is supposed to send his signature back to him. He has no relation to himself that is not

³³ De Man (1990 y 1991).

³⁴ Derrida (1985 y 1998).

forced to defer itself by passing through the other in the form, precisely, of the eternal return. I love what I am living and I desire what is coming. I recognize it gratefully and I desire it to return eternally. (...) When he writes himself to himself, he has no immediate presence of himself to himself. There is the necessity of this detour through the other in the form of the eternal return of that which is affirmed, of the wedding and the wedding ring, of the Alliance (Derrida, 1985: 88).

Derrida vincula la autobiografía, entendida como una autorrepresentación y una construcción de la propia identidad, a la teoría del eterno retorno de Nietzsche. La firma culmina una doble afirmación de la propia vida, un doble sí, que supone, por un lado, la aceptación de la propia vida. Por otro lado, implica la reafirmación de esa vida y, por lo tanto, del Yo. En el acto de reafirmación, la vida regresa eternamente. Pero ese regreso se da a través del filtro o del paso por el otro, entendiendo el otro no como una alteridad física, sino como un factor esencial y, por consiguiente, estructural, dentro de la propia reafirmación. La firma constituye el lugar en el que la vida se reafirma, pero también el punto del ejercicio autobiográfico en el que el Yo, de alguna manera, se desdobra.³⁵ Esta manera de entender el papel de la alteridad en la autobiografía tendrá una gran influencia en posteriores aproximaciones teóricas al género.

Finalmente, para las tesis deconstruccionistas, la autobiografía no debe ser entendida como un género, sino como un tropo, una forma de lectura, de entendimiento y de construcción –o incluso desfiguración– del propio Yo. Ese hecho explicaría la imposibilidad de hallar una definición para la autobiografía que englobara todos los textos que *a priori* serían susceptibles de formar parte del género autobiográfico. No obstante, las teorías que valoran las obras de carácter autobiográfico únicamente desde la relación del Yo con el texto tampoco resultan eficientes a la hora de definir la autobiografía como género. Las últimas aportaciones de la crítica van encaminadas a proponer nuevas aproximaciones teóricas al concepto de autobiografía desde posturas sincréticas y casi

³⁵ El yo íntimo, a partir de un diálogo con la alteridad (la oreja del otro), expresa la identidad personal en el relato autobiográfico: “Sé que el lenguaje tiene intimidad porque las palabras que oigo decir tienen una vida interior, un repliegue o una densidad que puedo respetar o no (...) porque las palabras se tienen a sí mismas en mi boca; y en ello reside mi identidad, en ese repliegue de las palabras es en donde yo tengo mi morada íntima, en donde me tengo a mí mismo; ello es lo que hace que mi decir sea también un saber decir, que tenga sabor a dicho. Porque, del mismo modo que no puedo tocar el lápiz que sujeto con mis dedos sin sentirme a mí mismo tocándolo, tampoco puedo nombrar las cosas sin sentirme a mí mismo (sin oír mi propia voz) nombrándolas.” (Pardo, 2013: 126-127).

conciliadoras que contemplan tanto la importancia del aspecto formal como el carácter pragmático de los textos.

Para Yvancos,³⁶ las teorías de Lejeune y de la crítica deconstruccionista no son excluyentes. El autor concibe la autobiografía no tanto como un género híbrido, sino fronterizo, dado que, si bien el género participa de muchos aspectos de la ficción, no puede únicamente definirse desde la ficcionalidad (2006: 17). Apoyándose en las teorías de Bajtín (1989), Yvancos (2006: 60) sostiene que en toda autobiografía se da un acto de justificación del autor ante los demás, lo que coincidiría con el concepto de cronotopo externo de Bajtín. El cronotopo interno constituye la vida representada por el autor en el texto. Los dos cronotopos se realizan juntos y, en esa confluencia, se sitúa el hecho autobiográfico. Si los deconstruccionistas se habían centrado en el cronotopo interno, las tesis de Lejeune tendrían sentido a la hora de abordar el cronotopo externo. Para Yvancos (2006: 43), el hecho de que el Yo autobiográfico sea el resultado de un ejercicio retórico no implica necesariamente que la autobiografía no pueda ser propuesta y leída como un discurso con atributos de verdad, como una “impostura”, en palabras de Catelli (1991). En la misma línea, Darío Villanueva (1993: 28) considera la paradoja como esencia y definición del género. El lector, por una convención social, asume los hechos como reales, pero no desde la ingenuidad, sino desde la intencionalidad, cooperando así con el autor de la obra. Por lo tanto, la autobiografía se definiría por su indudable naturaleza ficticia (inherente a todo texto de carácter literario), a la vez que por su capacidad de convicción (Villanueva, 1993).

Finalmente, en los esfuerzos por consolidar una definición de la autobiografía, algunos autores buscan en campos como la ética, la biología o incluso la neurobiología nuevas herramientas para deslindar la naturaleza del género.³⁷ En esa línea, hay que destacar los trabajos, entre otros, de Eakin y Loureiro, quienes centran su análisis sobre la autobiografía

³⁶ Ver Yvancos (1993 y 2006).

³⁷ Ante la imposibilidad de definir la autobiografía desde aspectos formales y también desde el pacto autobiográfico de Lejeune, parte de la crítica se centra en entender el género partiendo de las características y condiciones de la expresión o construcción del Yo en el texto autobiográfico. Esto implica la necesidad de adentrarse en razonamientos de tipo ontológico o metafísico, por lo que todas aquellas disciplinas que de alguna u otra manera abordan el estudio del individuo o del ser se hacen imprescindibles.

en el proceso de construcción de identidad del individuo y su relación con el otro. Eakin³⁸ considera limitantes para el estudio de la autobiografía aquellas teorías que separan el ser del texto. Así, por un lado, la postura teórica de Lejeune parte de la constatación de que primero se da el ser y, después, el lenguaje; y, por otro lado, los deconstruccionistas sitúan el lenguaje antes que el ser. El autor propone la superación de ambas posiciones aplicando a la teoría literaria las tesis de Karl Pope y David Bleich, quienes vinculan al desarrollo de la conciencia humana tanto al lenguaje como a la interacción con los otros y con el entorno. De este modo, ser y lenguaje o texto constituirían un sistema interdependiente (Eakin, 1985:192), pero, además, ese ser estaría limitado o determinado de manera inconsciente por los patrones o modelos de la cultura circundante. En ese contexto, la autobiografía se entiende como un proceso de formación y de plasmación de esa identidad del ser:

Thus the act of composition may be conceived as a mediating term in the autobiographical enterprise, reaching back into the past not merely to recapture but to repeat the psychological rhythms of identity formation, and reaching forward into the future to fix the structure of this identity in a permanent self-made existence as literary text. This is to understand the writing of autobiography not merely as the passive, transparent record of an already completed self but rather as an integral and often decisive phase of the drama of self-definition (Eakin, 1985: 256).

La autobiografía reproduce ese proceso natural de autonarración inherente a la condición humana mediante el cual se traza la identidad del individuo, pero no se trata de un ejercicio retrospectivo, como establece el pacto autobiográfico, sino de una acción performativa. Las formas de esa autonarración están condicionadas por convenciones o limitaciones sociales y culturales que establecen unos modelos o patrones autobiográficos a seguir (Eakin, 2008: 25). Sin embargo, la identidad narrativa no sería meramente producto de una convención social. A partir de las teorías del neurólogo Antonio Damasio, Eakin plantea que, antes de ser lingüística y literaria, la autonarración es biológica, dado que la creación de la propia identidad es una parte integral del proceso de conciencia desarrollado en el tiempo (Eakin, 2008: 74-78). La autonarración y, por lo tanto, también la autobiografía, es parte de la experiencia de la vida. El autor propone la existencia de un imperativo autobiográfico, esto es, un impulso o necesidad de autoexpresión del ser humano que, desde la infancia, aprende a explicar historias sobre sí mismo en su cultura (Eakin, 2008: 152). Finalmente, la

³⁸ Eakin (1985, 1991 y 2008).

narrativa autobiográfica implica un juego entre el pasado y el presente que se proyecta hacia el futuro: “it is precisely by revisiting the past that the potential future comes into focus for us in the present” (Eakin, 2008: 158).

Por su parte, Loureiro³⁹ vuelve a rechazar, por un lado, la idea de autobiografía como recreación o recuperación de una vida, puesto que no existe una realidad objetiva externa al discurso. Así, en ningún caso se daría un pacto de referencialidad en el ejercicio autobiográfico, lo cual no implica que el texto autobiográfico no pueda ser propuesto como una promesa de verdad. Por otro lado, tampoco acepta que la autobiografía sea meramente una ficción, ya que no se trata únicamente de “lo dicho”, sino del “decir” (Loureiro, 2016: 32-33). El autor, al igual que Eakin, también propone entender la autobiografía como un acto performativo, en el que el Yo se crea en el ejercicio de la escritura (Loureiro, 2016: 19). No obstante, la base de la autobiografía no está en el concepto tradicional del Yo, sino en la noción del sujeto como alteridad, a partir de las tesis de Levinas:

El yo comienza como una exhortación a hablar por parte de otro que exige una respuesta, y no como un cogito o auto-conciencia que se funda a sí misma: el yo se constituye como respuesta al otro y como responsabilidad hacia ese otro, el cual es una exterioridad y una anterioridad absolutas (Loureiro, 2016: 22).

La construcción de la identidad, por lo tanto, al igual que plantean Derrida (1985) y Ricoeur (2006), depende del diálogo con la alteridad. Así, el sujeto es entendido como un efecto construido en una relación dialógica, en la que el Yo actúa en virtud de una responsabilidad ética ante el otro. El otro, a su vez, deja su huella en el texto autobiográfico. Por consiguiente, el Yo no constituye una entidad estática, sino que está en continua mutación y siempre deviniendo (Loureiro, 2016: 28).⁴⁰ De acuerdo con esta concepción de la autobiografía, Loureiro define el género a partir de la unión entre la

³⁹ Para una visión más amplia de las teorías del autor, ver Loureiro (1991, 1993 y 2016).

⁴⁰ Para Ricoeur (2006), la identidad personal se construye mediante la relación dialógica de dos polos: la identidad-*ídem* o mismidad y la identidad-*ipse* o ipseidad. La mismidad supondría el núcleo no cambiante de la personalidad, mientras que la ipseidad la formarían aquellos elementos que incorpora la personalidad y que permiten que exista una progresión de la identidad personal en el tiempo y que, por lo tanto, esta sea cambiante. A su vez, la ipseidad se construiría en una relación dialéctica con la alteridad, que tiene un papel polisémico: en primer lugar, existe la alteridad de la carne. En segundo lugar, Ricoeur propone una alteridad inherente a la relación de intersubjetividad: el otro es el distinto, pero también guarda un valor estructural, puesto que a través de él se mantiene la propia identidad. Finalmente, plantea también una alteridad interna, la de la propia conciencia, que estaría vinculada al concepto de superego.

prosopopeya –entendida en su dimensión dialógica– y el apóstrofe,⁴¹ puesto que el texto autobiográfico, además de la construcción de una identidad, constituye una creación discursiva que implica unas relaciones éticas, políticas y pragmáticas (Loureiro, 2016: 34-35). En definitiva, para Loureiro, el estudio de la autobiografía debe centrarse en analizar no únicamente la función del lenguaje y la retórica, sino que también debe atender a la dimensión ética del texto, al legado y respuesta del Yo ante el otro.

En conclusión, teniendo en cuenta todas las aportaciones de la crítica moderna al estudio de la autobiografía como género literario, queda demostrada la imposibilidad de definir la naturaleza del género a partir únicamente de aspectos formales. Superados los enfoques tradicionales e historicistas, hay que valorar la autobiografía no como la reproducción mimética de una trayectoria vital, sino como la expresión de una experiencia de vida, mediante la cual se lleva a cabo un acto performativo de construcción de identidad. La invalidación de la valoración de la autobiografía como género asentado en la referencialidad no implica que el autor, desde una postura impostada, pueda proponer su obra apelando a su autenticidad o verdad, y que esta pueda ser intencionadamente leída como un discurso con atributos de verdad.

En esa construcción de identidad, la alteridad tiene un valor fundamental, no únicamente desde el punto de vista del lector receptor de la obra, sino desde un aspecto estructural. Así, las características de la comunidad en la que autor y lector se insertan, esto es, los códigos y referentes sociales y culturales que ambos comparten, así como también los patrones lingüísticos o literarios preestablecidos para la autonarración en la sociedad, son fundamentales a la hora de abordar el análisis de cualquier autobiografía. Eso, en última instancia, implicaría soluciones formales distintas para la autobiografía dependiendo de la época en la que se inserta la obra, pero también en función del espacio geográfico en el que cobra forma. En definitiva, la mayoría de teorías aquí expuestas parten de la concepción de la autobiografía como un género moderno y, por lo tanto, se articulan

⁴¹ Fernández (1992) también pone en valor la figura del apóstrofe al considera la autobiografía como un acto apoloético del autor. Sin embargo, para el crítico, en el discurso autobiográfico habría una tensión o movimiento interno entre la apología y el apóstrofe. En el apóstrofe queda plasmada tanto la verdadera identidad del autor como las percepciones de los otros, la identidad privada y el discurso público.

fundamentalmente a partir del estudio del hecho autobiográfico en la literatura contemporánea. ¿Son válidos, entonces, estos planteamientos genéricos a la hora de abordar los textos anteriores al siglo XVIII?

1.3 “Acto literario” y variabilidad histórica del género

La definición de autobiografía a partir de la teoría del pacto autobiográfico de Lejeune supone, como se ha indicado anteriormente, el punto de partida de las modernas aproximaciones al género autobiográfico desde la crítica literaria, pero, a su vez, constituye también el inicio de la exclusión de los textos autobiográficos anteriores al siglo XVIII. Debido al hecho de que Lejeune, en un primer momento, articula su teoría tomando como punto de partida las *Confesiones* de Rousseau, toda la producción autobiográfica anterior queda marginada tanto dentro de la historia del género, como en el contexto de la historia de la literatura. Por consiguiente, la autobiografía pasa a ser considerada un género eminentemente moderno, sin atender a la evidencia de que Rousseau, al elegir el título de su obra, está insertando directamente el texto en la extensa y clásica tradición de las *Confesiones* agustinianas. Las obras anteriores al siglo XVIII son relegadas a la categoría de testimonio o documento histórico y, como ya se ha visto, pasan a tener valor únicamente desde el punto de vista historiográfico. Por lo tanto, los estudios de estas obras se deben en un primer momento a profesionales del ámbito de la historia, como George Misch (1905) o Weintraub (1991, 1993). Ambos se dedican a la autobiografía desde una perspectiva diacrónica y, por lo tanto, recogen la tradición autobiográfica clásica. Ante esta situación, como ya plantea Molino (1980: 115), ¿qué hacer con los textos anteriores al siglo XVIII desde la perspectiva moderna de la crítica literaria?

En relación con las modernas teorías literarias aplicadas a las autobiografías tempranas, hay que destacar las aportaciones teóricas de Gusdorf y Bruss.⁴² Tal y como indica Gusdorf (1991b: I, 53-57; 75-78) y según demuestra la obra de Misch, el género se ha venido desarrollando desde la Antigüedad, por lo que existe no solo una tradición sólida y

⁴² Otros autores también llaman la atención sobre la evidente existencia de la autobiografía antes del siglo XVIII. Ver: Pope (1974), Spengermann (1980), Fernández (1992), Goetz (1994), Eakin (2008), Caballé (2014), y Durán López, (2002), entre otros.

establecida, sino también una continuidad en las escrituras del Yo. El sentido de la existencia y la conciencia del ser, sin embargo, se van modificando a lo largo de las distintas épocas. Así, la expresión de la individualidad del París del siglo XVIII no puede ser la misma que la de Erasmo o Lutero.

Los textos anteriores al siglo XVIII que no encajan en el molde confesional quedan fuera del canon autobiográfico al considerarse que los autores únicamente ofrecen una relación externa de sus experiencias vividas. Debido a la ausencia de voluntad de introspección, las obras no constituirían la expresión del Yo o, en palabras de Lejeune, el relato de una “vida individual” o la “historia de la personalidad”. No obstante, Levisi (1984: 19), en su análisis de las autobiografías de soldados de los Siglos de Oro plantea que, pese a que los autores de estas obras no ofrezcan una revelación directa de sus procesos interiores, a través de su relato, exponen la historia de su individualidad de forma indirecta. De igual modo, Harari (2004: 63) advierte que el hecho de que los soldados no consideren que deban dar cuenta de sus procesos internos no significa que no sean capaces de hacerlo. Simplemente, no tendrían interés en ese modelo de autorrevelación propio de la literatura confesional o de autores modernos como Rousseau. En definitiva, no existe un método más válido que otro para la construcción de la propia identidad.⁴³ Mediante el relato de procesos externos, los autobiógrafos también pueden expresar su personalidad, demostrar su posición ante el mundo y el lugar en el que se sitúan respecto a la comunidad de la que forman parte.

En su análisis sobre la teoría de los géneros o clases literarias, Tomachevski (1982: 214) reivindica el carácter dinámico de los mismos, lo que implicaría la futilidad de los esfuerzos por proponer una clasificación teórica, lógica y duradera de los géneros. El análisis del género, por lo tanto, no podría ir más allá de una actividad descriptiva de las

⁴³ Para Hernando (2002), en sociedades más modernas desde el punto de vista socioeconómico, que responden a una lógica burguesa y capitalista, la construcción de la identidad tiene un carácter más individualizado y más centrado en aquellos aspectos que marcan una diferencia personal con respecto al resto de sujetos. En sociedades menos complejas, el individuo no siente la necesidad de distinguirse de los demás para construir su identidad y emplea estrategias de tipo relacional o de pertenencia al grupo, siendo la percepción de uno mismo más colectiva y social. El desarrollo de la subjetividad es distinto dependiendo de las características de la sociedad y, por lo tanto, también lo es la percepción de la realidad y del Yo, y la sensación de separación de los demás individuos de la comunidad. Si la manera en que se construye la identidad es distinta según el momento histórico, también lo serán las estrategias y las formas autobiográficas adoptadas en distintos momentos de la historia de la literatura.

obras concretas, de la materialización empírica e histórica del género. En la misma línea, Todorov (1996: 52), quien sí admite la posibilidad de un análisis abstracto de las clases textuales, sostiene que, desde el punto de vista de la observación empírica, el género es una codificación de las propiedades discursivas institucionalizadas dentro de una determinada sociedad. Así, por un lado, el autor escribe a partir de unos modelos de escritura reconocidos dentro del sistema genérico existente en un momento histórico dado y, por otro lado, el lector recibe el texto de acuerdo con un horizonte de expectativas determinado (Todorov, 1996: 53), esto es, un conocimiento colectivo o hábito literario que no tendría por qué ser consciente. Bruss (1991) aplica también esta concepción dinámica del género al acuñar el concepto de “acto literario”:

El género distingue, no tanto el estilo o construcción de un texto, sino más bien cómo deberíamos esperar “tomar” aquel estilo o modo de construcción: qué fuerza debería tener para nosotros. Y esta fuerza se deriva del tipo de acción que se supone que tiene el texto (Bruss, 1991: 64).

El género, por lo tanto, debe ser identificable para el receptor y, para que el lector pueda asignar unos valores o funciones determinados al texto, “los papeles y propósitos que lo componen deben ser relativamente estables dentro de una comunidad particular de lectores y escritores” (Bruss, 1991: 64). Por consiguiente, el género autobiográfico no existiría fuera del marco de las convenciones sociales y literarias de una determinada comunidad o época y el acto autobiográfico variará en función de las características de esa comunidad (Bruss, 1991: 69). Sin embargo, como indica Schaeffer (2006: 93), la identidad genérica de un texto siempre está abierta y dependerá, en gran medida de la variabilidad en la historia de su recepción, esto es, de recontextualizaciones continuas. Desde la codificación genérica occidental actual, fácilmente se clasifican los textos que son objeto de este estudio como autobiografías, pero ¿qué entidad desde el punto de vista genérico tienen estas obras en el contexto de los Siglos de Oro? Finalmente, más allá de la relación entre autor y lector, en la misma línea que Bruss, Loureiro (2016: 27) plantea que toda autobiografía es escrita en un contexto de prácticas e instituciones que expresan una forma determinada de entender y hablar del Yo. La construcción de la identidad, en definitiva, está sujeta a los discursos preestablecidos de la experiencia individual de la sociedad de partida (Durán López, 2002: 175).

En lo que respecta a las formas que adoptan los textos autobiográficos, son fundamentales las relaciones entre el autobiógrafo y la audiencia, en el contexto en que las obras emergen:

Las presiones sobre los autobiógrafos proceden de la cultura en general y, al mismo tiempo, de dominios literarios más restringidos. Debido al lugar que ocupa dentro del sistema literario, las modificaciones formales y cambios en el estatus o vitalidad de otros géneros le afectarán al final también; un cambio en cualquier parte de un sistema altera la forma del todo (Bruss, 1991: 62).

La autobiografía, por lo tanto, es un acto y no una forma, pero el uso del lenguaje está vinculado y es reflejo de ese diálogo social y cultural que conforma el género. La persona gramatical seleccionada, el título o el propósito de la obra son manifestaciones del papel del autor y de su relación con el material (Bruss, 1991: 73). Para Durán López (2002: 165–166), entender los textos autobiográficos únicamente como una expresión o construcción del Yo resulta ingenuo, pues toda obra literaria está construida atendiendo a unas pautas retóricas, un punto de vista determinado, una cierta voluntad de estilo y de acuerdo con una tradición que construye distintos discursos autobiográficos en cada época. En definitiva, las opciones estéticas seleccionadas por parte del escritor también responderían a la construcción y las características formales del género autobiográfico en un momento determinado, ya que el estatuto genérico de la autobiografía, tal y como se ha indicado, al igual que el de cualquier género literario, es “multiforme, convencional e históricamente movedizo” (Pozuelo Yvancos, 1993: 21).

La difusión e influencia de la primera definición de la autobiografía de Lejeune identifica el género autobiográfico únicamente con una de las materializaciones de la autobiografía, esto es, el modelo confesional de Rousseau. Por lo tanto, es conveniente determinar las formas que ha ido adoptando el género a lo largo de la historia (Durán López, 2002: 174). Levisi (1984: 15-17) propone que para recuperar las formas autobiográficas anteriores al siglo XVIII es necesario analizar la práctica individual de los autores de cada época, prestando atención a la influencia de otras formas narrativas del momento, que operan como modelos. Además, advierte de que, si bien esa labor se viene haciendo en las tradiciones inglesa, francesa e italiana, la producción literaria española aún no ha merecido la suficiente atención por parte de la crítica, salvo en el caso excepcional de

la obra de santa Teresa. Actualmente, aún faltan estudios que ofrezcan una visión de conjunto en la autobiografía española que integre los textos anteriores al siglo XVIII.

En definitiva, las modernas aproximaciones teóricas al género autobiográfico tradicionalmente se han mantenido al margen de los textos anteriores al siglo XVIII. Eso implica la ausencia de estudios de las obras más tempranas y del análisis de las condiciones en las que el género surge y se desarrolla, pero también que las propuestas para la definición abstracta del género se articulen prescindiendo de las primeras manifestaciones autobiográficas. Que una definición del género no pueda aplicarse con éxito a las obras anteriores al siglo XVIII no puede tener como consecuencia que esas obras sean obviadas y queden marginadas de la literatura. Si la propuesta genérica abstracta no abarca o no es aplicable a todas las obras, ese hecho, en todo caso, indicaría que el planteamiento teórico no es el correcto. Con el fin de lograr avances significativos en el estudio de la autobiografía, es preciso ampliar el horizonte geográfico o cultural y temporal. Esto es, hay que incluir las autobiografías anteriores al siglo XVIII, pero también mantener una visión global o universal del hecho literario. El discurso autorreferencial, que da lugar al ejercicio autobiográfico de construcción de la identidad, es inherente a la condición del ser humano y, por lo tanto, no tiene sentido considerar que la autobiografía es fruto únicamente de la tradición occidental.⁴⁴

⁴⁴ Según el planteamiento tradicional de Misch (1905), Gusdorf (1991*b*), Weintraub (1991, 1993), Pascal (1960) y otros, la autobiografía es un género propio de las literaturas occidentales. A modo de ejemplo, basta una breve cita de Gusdorf: “[...] no parece que la autobiografía se haya manifestado jamás fuera de nuestra atmósfera cultural; se diría que manifiesta una preocupación particular del hombre occidental, preocupación que ha llevado consigo en su conquista paulatina del mundo y que ha comunicado a los hombres de otras civilizaciones; pero, al mismo tiempo, estos hombres se habrían visto sometidos, por una especie de colonización intelectual, a una mentalidad que no era la suya. [...] La preocupación, que nos parece tan natural, de volverse hacia el pasado, de reunir su vida para contarla, no es una exigencia universal. Se da solamente tras muchos siglos y en una pequeña parte del mundo. [...] Está claro que la autobiografía no puede darse en un medio cultural en el que la conciencia de sí, hablando con propiedad, no existe.” (1991*a*: 9-10). No obstante, recientes estudios demuestran que existen obras autobiográficas en otras tradiciones literarias, como no podía ser de otra manera. El relato de la propia experiencia, como se ha apuntado anteriormente es consustancial al ser humano independientemente de la época y del lugar. Para una visión descentralizada, transcultural e inclusiva del género, consultar las siguientes fuentes: Siebenhüner y Church (2015), Wagner-Egelhaaf (2019), y el trabajo de conjunto editado por Riuggiu, *The Uses of First Person Writings Africa, America, Asia, Europe* (2013). En relación con la tradición autobiográfica árabe, ver los compendios de artículos editados por Dwight, (*Interpreting the self: Autobiography in the Arabic literary tradition*, 2001), y por Elger y Köse (*Many Ways of Speaking About the Self: Middle Eastern Ego-Documents in Arabic, Persian, and Turkish. 14th-20th Century*, 2010). Para un acercamiento a la autobiografía oriental y asiática,

1.4 La autobiografía en la Edad Moderna europea

La aparición significativa de textos autobiográficos en los siglos XVI y XVII no es una tendencia exclusiva de la literatura de los Siglos de Oro, como se ha indicado con anterioridad, sino que se trata de un fenómeno global común, por lo menos, en el contexto de las tradiciones culturales europeas. Muestra de ello es la cantidad de títulos del género que recogen las literaturas italiana, inglesa, alemana o francesa de la época.⁴⁵ Esta circunstancia está estrechamente relacionada con los cambios desde el punto de vista histórico, social y político que se producen en el contexto europeo y que suponen el paso de una sociedad medieval, feudal y estamental a un nuevo orden donde las dinámicas sociales generadas en torno a los grandes núcleos urbanos serán de vital importancia.

En lo que respecta al desarrollo de la literatura autobiográfica en los siglos XVI y XVII, es fundamental, por un lado, analizar la importancia de los modelos clásicos heredados, ya sea a través de la tradición medieval, ya sea mediante las traducciones a lenguas vernáculas de obras clásicas, que abundan sobre todo a partir de los siglos XV y XVI. Estos textos, junto con las formas literarias existentes en cada tradición o comunidad cultural europea, supondrán los modelos formales básicos para la construcción de la autobiografía en la Edad Moderna. Por otro lado, hay que atender a las formas de expresión autorreferencial no necesaria o exclusivamente literarias de la época. Esas tipologías textuales, pese a que puedan tener un carácter administrativo o jurídico, constituyen modelos de expresión del Yo de dominio popular, por lo que su incidencia en las formas adoptadas por los autobiógrafos es significativa. Finalmente, es en el ámbito popular donde la autobiografía parece encontrar su mayor impulso y difusión en los siglos XVI y XVII, dando voz así, tal vez por primera vez en la historia del género, a nuevos estratos de la

ver: Zaman (2011), Gyatso (2001), Kafadar (1989), Wu, (1990), y el trabajo editado por Arnold y Blackburn (*Telling Lives in India: Biography, Autobiography, and Life History*, 2004).

⁴⁵ La bibliografía sobre la autobiografía en las diferentes tradiciones europeas es muy extensa. Sin pretender ofrecer una relación bibliográfica exhaustiva, destacamos los siguientes títulos para una visión general: Delany (2016), Bedford y Kelly (2006), Dekker (2000 y 2002a), Coirault (1975); Goodden (2017) y Guglielminetti (1977). Asimismo, son de interés los artículos recogidos por Smyth (*A History of English Autobiography*, 2016) y el número 49 de la revista *Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises: L'Autobiographie en France avant Rousseau*.

sociedad que encuentran en la autobiografía el modo de expresar su identidad y el lugar que ocupan en la sociedad.

1.4.1 Modelos autobiográficos de la Antigüedad y la Edad Media

Debido a que los estudios literarios sobre la autobiografía anterior al siglo XVIII se abordan en un primer momento desde la definición de autobiografía de Lejeune, la atención de la crítica se centra en aquellas obras autobiográficas en prosa en las que se aprecia un carácter más introspectivo o hay una mayor autorreflexión por parte del autor. Probablemente, debido a esa noción de la autobiografía como tipología textual o género basado en la expresión de la interioridad, parte de la crítica considera que su auge en los siglos XVI y XVII está vinculado con la aparición de la individualidad en esa época.

La propuesta de la individualidad como elemento propio del Renacimiento parte de las tesis del historiador suizo Burkhardt, quien, en 1860, en su obra clásica *La cultura del Renacimiento en Italia*,⁴⁶ sostiene lo siguiente:

Durante toda la Edad Media, y como envueltos en un mismo velo, yacían en el sueño o en una especie de duermevela los dos rostros posibles de la conciencia humana –el que se dirige hacia el mundo, y el que se vuelve al interior del individuo–. Y a través de este velo, tejido con una peculiar mezcla de fe, infantil desconcierto y delirantes quimeras, mundo e historia aparecían teñidos con los más curiosos tonos, mientras el ser humano se percibía a sí mismo tan solo como un simple componente de una estructura general: como parte de un pueblo, de una raza, de un partido, de una corporación, de una familia... Y es este velo el que levanta el viento de los cambios por vez primera en Italia; pues allí se despierta una forma nueva y objetiva de observar y tratar el estado y en general las cosas de este mundo y, a su lado, y con el mismo ímpetu, se levanta también lo subjetivo; de modo que el hombre se convierte en individuo provisto de un espíritu y se reconoce a sí mismo como tal (Burkhardt, 2004: 141).

Tomando como punto de partida esta visión burkhardtiana de la historia, Weintraub, al aproximarse a los textos autobiográficos de la Antigüedad grecolatina, concluye que, si bien en la Roma republicana son comunes los discursos apologéticos y las relaciones de la

⁴⁶ La obra de Burkhardt tiene un gran impacto en la historiografía. Su propuesta del individualismo como hallazgo de la cultura renacentista es validada por gran parte de la crítica y, por lo tanto, subyace en la mayoría de aproximaciones culturales, filosóficas y sociológicas al individuo de los siglos XVI y XVII. Por extensión, también impregna las teorías sobre el género autobiográfico en la Edad Moderna. La introducción elaborada por Bouza a la edición de 2004 del texto, citada en la bibliografía, ofrece un excelente panorama general tanto sobre la figura de Burkhardt como sobre el impacto de sus teorías en la crítica posterior.

propia actividad política o pública,⁴⁷ estos no constituyen autobiografías genuinas, aunque reconoce el valor del discurso de defensa de Isócrates (354 a.e.c.) en la formación del género (Weintraub, 1993: 47). Del mismo modo, las *Res gestae* o las *vitae* imperiales,⁴⁸ las memorias de testigos de acontecimientos destacados de la historia y las vidas de filósofos o de sabios⁴⁹ en ningún caso podrían ser consideradas autobiografías. Para el crítico, si bien con el cristianismo se da un giro hacia la personalidad interior en obras como las *Confesiones* (397-401) de san Agustín (354-430) o la *Historia Calamitatum* (h. 1135) de Pedro Abelardo (1079-1142),⁵⁰ en la Edad Media no existiría una manifiesta individualidad (Weintraub, 1991: 26-29), puesto que el modelo de identidad de estos autores estaría remitiendo a una concepción del Yo fuertemente influida por la hagiografía y por los esquemas del arquetipo del filósofo cristiano. Para Weintraub (1993: 28), la actividad autobiográfica parte de la búsqueda del propio Yo, pero un Yo fundamentado en la individualidad. Por consiguiente, pese a que reconoce la existencia de hasta ocho obras autobiográficas entre los años 500 y 1400 (Weintraub, 1993: 100), no sería hasta el

⁴⁷ Las apologías de personajes públicos parecen ser frecuentes en la tradición clásica. Según Polibio, Aníbal escribe una relación de sus hazañas y, Aratus de Sición, unas memorias de su actuación política y militar. A través de referencias de Cicerón, Tácito y Plutarco, se tiene conocimiento de las apologías políticas de Catulo, quien también escribe *De consulatu et de rebus gestis suis liber*. En la misma línea se encuentra la *Epistula ad Philippum regem*, de Escipión el Africano (235-183 a.e.c.), la *Epistula ad Massinissam regem* de Escipión Nasica (227-171 a.e.c.), *De Vita Sua* de Aemilius Scaurus (163-89 a.e.c) y las memorias de Cornelius Sulla (138-78 a.e.c).

⁴⁸ Como *Res gestae Divi Augusti* se conoce la obra escrita por el emperador romano César Augusto (63 a.e.c.-14 d.e.c.), quien deja indicaciones para que, a su muerte, el texto quede grabado en dos columnas de bronce de su mausoleo en Roma. La obra tiene carácter panegírico y está concebida como defensa o justificación de su labor política y militar, ante futuras generaciones. Además de estos textos, Augusto escribe unas *Memorias* de las que únicamente se conservan fragmentos y referencias en libros de otros autores romanos, como Suetonio. No únicamente Augusto escribe unas memorias o autobiografía, sino que también parece ser que otros emperadores, como Adriano, Septimio Severo y Marco Aurelio, además del dictador Sila y de Julio César, se aproximan estos géneros. Para más detalles sobre las autobiografías y memorias de Augusto y de otros hombres de estado en la antigua Roma, consultar los trabajos editados por Smith y Powell (*The Lost Memoirs of Augustus and the Development of Roman Autobiography*, 2009), y por Marasco (*Political autobiographies and memoirs in antiquity*, 2011).

⁴⁹ Schuster define las autobiografías de filósofos como “documents typically providing two kinds of information: how philosophical thought processes influence the praxis of philosopher, and how life situations influence philosophical thought processes” (2003: 5). Misch (1905) incluye como autobiografías de filósofos las cartas de Cicerón y los autorretratos de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. En ese contexto o línea de literatura autobiográfica podrían incluirse las consolaciones estoicas, la influyente obra de Boecio *De consolacione Philosophiae* (muy difundida sobre todo a mediados del siglo XV) o el *Discurso del método* de Descartes.

⁵⁰ Pedro Abelardo escribe entre 1130 y 1136 la *Historia Calamitatum*, una autobiografía escrita en forma de carta *ad absentem*. La obra ha sido considerada como muestra de la existencia de un sentimiento de individualidad medieval. Para más detalles, ver Bagge (1993).

Renacimiento cuando la autobiografía tendría su desarrollo (Weintraub, 1991: 30). De acuerdo con este planteamiento, las obras de san Agustín y de Pedro Abelardo quedarían fuera del género autobiográfico, mientras que el *Libro de la vida* de santa Teresa sería considerado una autobiografía genuina. Quedarían también fuera de la perspectiva autobiográfica los textos de Leonor López de Córdoba⁵¹ y de Teresa de Cartagena,⁵² pues escriben en el siglo XV.

La apuesta por la individualidad como factor para discernir el carácter autobiográfico de un texto resulta un tanto arriesgada si se tiene en cuenta que se trata de un valor difícil de cuantificar. ¿Se puede asegurar que en san Agustín no existe un sentimiento de individualidad? o ¿por qué habría mayor individualidad en santa Teresa que en Pedro Abelardo o en Petrarca? Individualidad no es en ningún caso sinónimo de sentimiento de pertenencia o identidad. Si, como indica Hernando (2012: 32), la identidad constituye la necesidad de un ser humano de sentirse vinculado a un grupo en aras de su capacidad de supervivencia, entonces construir un discurso autorreferencial ajustando la propia personalidad al ideal de filósofo cristiano o de *pater familias* romano no otorgaría mayor o menor entidad autobiográfica al discurso. Se trataría simplemente de una estrategia más de reafirmación o legitimación del individuo dentro del grupo. Además, tal como sugiere Durán López (2002: 183), la historia del Yo suele ser siempre una historia colectiva, pues la manera en que la individualidad de cada cual es pensada e interiorizada está en función de valores ideológicos colectivos (Durán López, 2002: 187), incluso en la actualidad. El propio Burckhardt, además, en su clásico estudio, admite que en siglos anteriores a la Edad

⁵¹ Son las denominadas *Memorias* de Leonor López de Córdoba (1362/1363-1430), escritas alrededor del año 1412 y consideradas la primera autobiografía en lengua española. El texto, titulado *Relación que deja escrita para sus descendientes Leonor de Cordoba*, se conserva en una copia del siglo XVIII que se encuentra en la Biblioteca Capitular y Colombina, de Sevilla. Sobre la compleja adscripción genérica de la obra, ver Lacarra (2007).

⁵² Están vinculadas con el género autobiográfico la *Arboleda de los enfermos* (1475-1476) y *Admiración Operum Dey* (1477-1478) de Teresa de Cartagena (entre 1420/1425-?). Sin embargo, respecto a la naturaleza genérica de estas obras, existe un debate entre la crítica. La *Arboleda de los enfermos* ha sido valorada como un tratado de tipo moral o religioso-didáctico, una epístola consolatoria en la línea de la obra de Boecio o una confesión. Teresa de Cartagena escribe la *Admiración Operum Dey* con el objetivo de justificar la redacción de la *Arboleda de los enfermos*, por lo que se ha considerado un documento de vindicación o autodefensa de la autora. Un resumen de las diferentes posturas críticas respecto a ambas obras se puede consultar en: Majuelo Apiñániz (2008). Para un análisis más detallado de la obra de Teresa de Cartagena, ver los trabajos de Mar Cortés Timoner (2004 y 2016).

Moderna se detecta “la presencia esporádica de algunas personalidades individuales” (Burkhardt, 2004: 142). Así, en siglo XIII, “Italia está ya repleta de personalidades, de modo que el hechizo bajo el que estaba prisionero el individualismo se ha disuelto por completo y mil rostros aparecen en escena, cada uno de ellos caracterizado de forma diferente” (Burkhardt, 2004: 142).

La defensa de la existencia de una individualidad en la Edad Media es apoyada por otra parte de la crítica.⁵³ Así, Gaucher (1994: 11) considera que sin individualidad no podrían explicarse los escritos en homenaje a contemporáneos ni el desarrollo de la biografía entre los siglos XIII y XV. Los cambios sociales y militares provocan una nueva búsqueda de referentes que culminaría con el triunfo del individualismo en el siglo XIII (Gaucher, 1994: 534-535). Para Morris (1987), la individualidad iría tomando distintas formas a lo largo de la historia, si bien el descubrimiento del individuo se daría entre los años 1050 y 1200. El mismo Weintraub (1993: 116) reconoce que, entre 1000 y 1300 hay una mayor riqueza de textos e historiadores que hablan de sí mismos. En esta misma línea, Hernando (2002: 56) también sostiene que la percepción del Yo como entidad individualizada ya está en el mundo clásico y también está presente en la filosofía de los siglos XII y XIII, aunque es a partir del Renacimiento cuando el concepto de individuo empezaría a aplicarse a las personas (Hernando, 2002: 58). Por lo tanto, no se puede asegurar que la individualidad sea un aspecto exclusivo de los siglos XVI y XVII, como tampoco que esta sea el motivo del éxito o de la aparición de la autobiografía en la Edad Moderna. De acuerdo con Goetz (1994: 57), el individualismo por sí solo no bastaría para crear un género literario, como tampoco probablemente para impulsarlo. El género se da siempre a partir de la transformación de uno o varios géneros antiguos, ya sea por inversión, desplazamiento o combinación (Todorov, 1996: 50). El éxito de la autobiografía en los siglos XVI y XVII, en última instancia, tendría que explicarse desde la evolución natural de las formas literarias, en relación con los cambios histórico-sociales y culturales en la sociedad del momento.

La autobiografía de la Edad Moderna no surge como un simple ejercicio de recuperación e imitación de los modelos clásicos en el momento, sino que emerge desde la

⁵³ En relación con el tema de la individualidad en la Edad Media, ver: Morris (1987) y Aurell (2012), además del estudio y las útiles referencias bibliográficas sobre el tema de Walker Bynum (1980).

Antigüedad y va adoptando diferentes formas, en una continua evolución, hasta los siglos XVI y XVII. Como Gusdorf (1991b: I, 199) plantea, el auge de la autobiografía en la Edad Moderna podría estar motivado por el clima de cambio y renovación cultural y material que se produce en la Europa del siglo XVI. La revolución copernicana, el descubrimiento de nuevas tierras, la reevaluación de la relación de las personas con Dios –fruto de la revuelta de Lutero en 1517–, suponen una transformación de la relación del hombre consigo mismo y, por lo tanto, una alteración de los sentimientos de identidad, de diferencia o de diversidad. El autor propone el valor significativo de la aparición de la firma, la invención de los espejos en Venecia o los orígenes del autorretrato en relación con la autobiografía (Gusdorf, 1991b: II, 339). Todos estos signos apuntan a una nueva conciencia del ser en el Renacimiento, que podría haber puesto de moda no únicamente la autobiografía, sino también otras tipologías de escrituras del Yo (Gusdorf, 1991b: I, 200) que, en la tradición occidental, tienen también su origen en la Antigüedad.

La expresión autobiográfica tiene sus primeras manifestaciones ya en época clásica. En su monumental trabajo, G. Misch se remonta a escritos autobiográficos ancestrales, aunque su estudio abarca fragmentos de textos de carácter autorreferencial que no constituyen en sí mismos una autobiografía. Desde una perspectiva más literaria, Mijaíl Bajtín sitúa el primer texto autobiográfico en la tradición grecorromana. La primera autobiografía antigua sería el ya mencionado discurso de defensa de Isócrates, una apología articulada en torno al ideal de hombre público de la época (Bajtín, 1989: 289), que posteriormente influye a los humanistas italianos e ingleses. El crítico, además, en su exposición teórica sobre el nacimiento de la autobiografía, plantea que el origen del género está en dos formas textuales de la Grecia clásica (Bajtín, 1989: 283-286). La primera tipología correspondería al modelo platónico de la *Apología de Sócrates* y *Fedón*. Este sería el punto de partida del concepto de vida como sinónimo de conocimiento y desembocaría en textos autorreferenciales de carácter filosófico, como el *Discurso del método* (1637) de René Descartes. La segunda tipología textual sería la autobiografía retórica derivada del encomio, una forma de elogio fúnebre, que habría supuesto una influencia determinante no solo para el discurso en defensa propia de Isócrates, sino también para el cristianismo y, por lo tanto, las consolaciones estoicas y san Agustín. El modelo del encomio se articula en

torno a la imagen ideal de la forma de vida del hombre público. Así, se enumeran las cualidades y virtudes de ese hombre modélico, con el fin de exponer un ideal de virtud ejemplar para la sociedad (Bajtín, 1989: 289).

En época helenística, según Bajtín (1989: 287), la autobiografía se escinde de la biografía, dado que la autoglorificación pasa a ser una acción admitida en la sociedad grecorromana. Además, nace una concepción del hombre como ente privado y no únicamente social, lo que permitiría la acción de replegarse en uno mismo. En ese desplazamiento del hombre al espacio privado o íntimo, la carta amistosa –como las de Ático a Cicerón–, las consolaciones –como las de Hortensio o Cicerón– y los soliloquios –como los de Marco Aurelio– adquieren un gran valor en relación con el desarrollo de la autobiografía (Bajtín, 1989: 295-297). No obstante, el auténtico hombre solitario aparecerá posteriormente, ya en época medieval (Bajtín, 1989: 298).

De los planteamientos de Bajtín surgen dos interesantes aspectos para valorar en relación con la formación y desarrollo de la autobiografía hasta los siglos XVI y XVII. El primero de ellos es el vínculo entre el género epistolar y la autobiografía. Así, Bruss (1991: 66) y, más tarde, Pozuelo Yvancos (1993: 183) y Rico (2000: 19-20) consideran que la caída en desuso de la epístola hace posible que la autobiografía constituya la forma textual idónea para la expresión de la intimidad y la espontaneidad. Para Yvancos (2006: 22-23), la primera ficción autobiográfica de los Siglos de Oro, *Lazarillo de Tormes*, se articula como una confesión en forma de epístola. También la obra de Pedro Abelardo adopta el molde de la carta. De este modo, la autoexhibición del narrador estaría justificada por la elección de un tú concreto como receptor al que se exponen los hechos de la propia vida (Yvancos, 2006: 22-23). Por tanto, en el siglo XVI, expresión autobiográfica, confesión y género epistolar estarían estrechamente vinculados. Como se verá más adelante en este estudio, la epístola como tipología textual relacionada con la expresión autorreferencial, y sus conexiones con la autobiografía –y no únicamente con la autobiografía ficticia– son innegables en los Siglos de Oro. Muestra de ello es la abundante inclusión de cartas en la autobiografía de Alonso Enríquez de Guzmán.

El segundo planteamiento destacado en las tesis de Bajtín es la propuesta de una estrecha conexión genética entre autobiografía y biografía. Esa visión es apoyada también

por Loureiro (1991: 2) y, en cierta manera, por Weintraub (1993: 116), quien destaca que la aparición de fragmentos autorreferenciales en textos de carácter historiográfico medievales.⁵⁴ Ciertamente, en la Edad Media ya existirían significativas muestras de una voluntad de expresión autobiográfica⁵⁵ en biografías o crónicas. Eso responde a un impulso por parte del autor, que Gaucher (1994) denomina la “tentación autobiográfica”. Esta tendencia ha sido ampliamente estudiada en el ámbito de la historiografía francesa. Así, Aurell (2012) plantea las conexiones entre los textos de Robert Clari⁵⁶ (1170-1216/1220), Geoffroy Villehardouin⁵⁷ (h. 1150/1164-h. 1213), Philippe de Novare⁵⁸ (h. 1195-h. 1265) o Jean de Joinville⁵⁹ (1225-1317) y las estrategias narrativas empleadas en la conocida como *Crònica* de Ramon Muntaner⁶⁰ (1265-1336), escrita en lengua catalana (Aurell, 2012: 72). En especial, el autor destaca las semejanzas entre el punto de vista de Joinville y Muntaner. Ambos sirven al Rey y, o bien emplean la biografía para generar autobiografía, o bien los fragmentos autobiográficos serían una estrategia para exaltar la biografía real (Aurell, 2012: 146). Aurell (2012: 72) concluye que la emergencia de la literatura del Yo en el siglo XIII va pareja a la aparición de la literatura en lengua vernácula en Francia. Ese modelo de crónica se habría expandido posteriormente a la Península (Aurell, 2012: 142). La

⁵⁴ Existe un debate sobre la relación entre biografía e historiografía. Por un lado, para los clásicos y la preceptiva humanista inspirada en estos, la biografía sería una parte más de la historia. Por otro lado, desde el punto de vista de la teoría de los géneros literarios, la biografía tendría una entidad literaria propia que le otorgaría un valor más allá del documento o la recreación histórica.

⁵⁵ Sobre la autobiografía medieval, consultar: Lehmann (2014), Fleming (2014) y Rubenstein (2005).

⁵⁶ Robert Clari, caballero de la región de Picardía al servicio de Pierre de Amiens, escribe *La Conquête de Constantinople*, obra en la que relata los preparativos y el asedio a Constantinopla de la Cuarta Cruzada.

⁵⁷ La materia principal de la obra de Geoffroy Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, es la Cuarta Cruzada, en la que el autor sirve como líder noble que acompaña al conde Teobaldo III de la Champagne.

⁵⁸ En sus *Mémoires (1218-1243)*, Philippe de Novare refiere la Guerra de los Lombardos (1228-1242), una disputa entre la familia Ibelín, a cuyo servicio está Novara, y Federico II de Hohenstaufen, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

⁵⁹ Jean de Joinville, noble de la región de la Champagne, escribe la *Histoire de Saint Louis*. El texto recoge los acontecimientos de la Séptima Cruzada de Luis IX en Egipto, en la que participa como guerrero el mismo autor.

⁶⁰ Se trata de la *Chronica, o descripcio dels fets, e hazanyes del inclyt Rey don Jaume Primer*, escrita en Valencia entre 1325 y 1328, y que narra los acontecimientos históricos desde el nacimiento de Jaume I hasta la coronación de Alfonso el Benigno, desde la perspectiva de un hombre de armas, Ramon Muntaner. Una de las intenciones del autor, además de presentar los hechos históricos de los que ha sido testigo en relación con la expansión militar catalana por el Mediterráneo, es inmortalizar la figura de Roger de Flor, desde un ideal medieval caballeresco. En la segunda parte de la crónica, el relato va adquiriendo un carácter más autobiográfico, en la línea de los textos arriba mencionados de la tradición francesa.

mezcolanza entre historiografía, biografía y autobiografía se encuentra representada, en la tradición hispánica, en obras como *El Victorial o Crónica de don Pero Niño*, escrita, entre 1431 y 1450, por Gutiérrez Díez de Games (h. 1379-1450), quien también habría bebido de las fuentes de la biografía caballerescas francesa para la elaboración del texto.⁶¹

En relación con las conexiones entre la autobiografía y la historiografía, hay que prestar atención a la emergencia de las memorias en el ámbito francés.⁶² Kuperty-Tsur (1997, 2001) sostiene que esta línea de escritura, que engloba textos como los de Olivier de La Marche⁶³ (h. 1426-1502), Guillaume de Villeneuve⁶⁴ (desconocida) o Blaise de Monluc⁶⁵ (h. 1501-1577), emerge en el siglo XV, a partir de los *Comentarios* de Comynnes, y tiene su mayor auge desde la segunda mitad del siglo XVI. El memorialismo surge como respuesta a un nuevo ambiente cultural en el que el acceso a la escritura se amplía a otras capas de la sociedad. Un sentido del honor renovado da lugar a que los hombres de estado sientan la necesidad de dar cuenta de su compleja relación con el poder, de expresar su decepción o su ansia de justicia. Así, estos autores emplean el relato de hechos históricos y la autoridad que les confiere su condición de testigos de vista de los mismos para controlar su imagen histórica y defender su carrera individual públicamente. De este modo, los memorialistas se escudarían tras el relato histórico para justificar el acto transgresivo de enaltecer su propia imagen.

⁶¹ Gutiérrez Díez de Games se habría visto influido por la obra de Bouciquaut. Para más detalles, ver: Beltrán (1991).

⁶² Sobre el memorialismo francés, ver: Knecht (1989) y Kuperty-Tsur (1997).

⁶³ Noble chambelán y capitán de los duques de Borgoña Felipe III y Carlos I. Posteriormente, servirá a María de Borgoña, esposa de Maximiliano I. Tras su participación en las campañas borgoñesas de 1450 a 1470, escribe unas *Memorias* (1562) que dedica a Felipe I de Castilla, padre de Carlos V. Su obra es una crónica de acontecimientos militares y asuntos cortesanos de Borgoña entre la década de 1430 y mediados 1480, en la que en ocasiones el autor aparece como protagonista. Para más información, ver: Emerson (2004).

⁶⁴ Noble francés, chambelán de Carlos VIII. Participa en la invasión de Italia de 1494 y es posteriormente capturado en el reino de Nápoles. En prisión empieza a escribir sus *Memorias*, en las que, además del relato de las campañas en Italia y de su participación en las mismas, da cuenta de su cautiverio. La primera edición impresa de la obra es de 1717. Para más detalles, ver: Bratu (2010).

⁶⁵ Noble mariscal francés que sirve a Francisco I, Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Tras caer en desgracia en 1570, escribe una carta al rey, defendiendo su posición a partir del relato de su carrera profesional. Posteriormente, esa carta servirá como base para sus *Comentarios*, que, además del relato de su trayectoria desde 1521 hasta 1574, es un libro de instrucciones para soldados y capitanes. La obra circula de forma manuscrita hasta 1592, año en que aparece impreso. Se reimprime en 1593 y 1594, y se difunde fuera de Francia. Ver: Courteault (1970) y Knecht (1995).

Este tipo de obras indican ya una posición identitaria distinta del noble en relación con la sociedad, representada por el estado o el poder. Algunos de estos textos, como la obra de Agrippa de Aubigne⁶⁶ (1552-1630) y de Marguerite de Valois⁶⁷ (1553-1615), además, presentan un conflicto religioso del individuo, que se debate entre su fe y el servicio al Rey, lo que, de alguna manera, los conectaría también con la tradición de las confesiones. Su elección religiosa y el nuevo sistema de valores que ello implica, finalmente, justifican esa tensión u oposición hacia el poder. A partir de estas tesis de Kuperty-Tsur, Harari (2004: 21) considera que las memorias de militares guardarían más relación con esta línea memorialística, que se inicia en el siglo XV, que con los escritos autobiográficos del Renacimiento. Como en adelante se verá, las Vidas de soldados en los Siglos de Oro no están escritas por nobles cercanos al poder ni tampoco el discurso autobiográfico de esos textos está sujeto al relato de los acontecimientos de la historia, como sí sucede en las memorias francesas. Sin embargo, estas memorias son una muestra, entre otras, de cómo los hombres de armas, a partir de su trayectoria y condición profesional, legitiman su derecho no solo a referir la historia, ya que han sido testigos directos de los hechos, sino también a emplear el discurso autorreferencial para alcanzar objetivos materiales o personales.

Durante la Edad Media, además de los fragmentos autobiográficos en biografías o crónicas y del posterior memorialismo, la línea del modelo autobiográfico confesional, iniciado por san Agustín, tiene continuidad en el ámbito monacal. Weintraub (1993) enumera un conjunto de textos escritos en latín dentro del ámbito religioso, entre los que destacan la *Confessio* de San Patricio (h. 400-h. 493) y la *Lamentatio* de San Valerio (h. 630-695). Estas obras tomarían como modelo para la construcción de la imagen del

⁶⁶ Théodore Agrippa de Aubigne es un escritor y poeta francés, calvinista. Sirve como escudero y, posteriormente, como mariscal al rey de Navarra. Escribe *Sa vie à ses enfants* (1629) para sus descendientes, a los que pide que se conserven dos copias de la obra que no deben publicarse ni difundirse. Es autor de otras obras, entre ellas, una *Historia Universal* (1620). Para más detalles sobre las memorias de Agrippa de Aubigne, ver: Schrenck (1997).

⁶⁷ Marguerite de Valois o Margarita de Francia es casada con Enrique de Navarra, en un intento de conciliación entre católicos y protestantes en el contexto de las Guerras de Religión de Francia. El texto de sus *Memorias* aparece en 1628, años después de su muerte. La obra es editada una treintena de veces durante el siglo XVII y traducido al inglés y al italiano. Bourgeon (1989) sostiene que se trata de un texto apócrifo. Esta teoría es refutada más tarde por Viennot (1996). Para más detalles sobre la obra de Marguerite de Valois, ver también Trotot (2016).

individuo, aparte del texto de san Agustín, la literatura hagiográfica.⁶⁸ Además de estos textos tempranos, Weintraub (1993: 107) destaca, en cuanto a la expresión autobiográfica medieval, lo que denomina “autobiografías por adición”, esto es, fragmentos diseminados en distintas obras, a través de los cuales el autor va dejando constancia de su trayectoria vital. Rubenstein habla de “momentos autobiográficos” (2005: 26) en referencia también a los textos de autores como Ratherius de Verona (h. 890-974) o, posteriormente, Ailred de Rievaulx (1110-1167), Guigo de Chastel (1083-1136), Adelardo de Bath (1080-h.1150) o Juan de Salisbury (1110/1120-1180), entre otros.

Las primeras obras del ámbito monacal que pueden ser consideradas, en su totalidad, autobiografías aparecen entre los siglos XI y XII. Para Morris (1987), el primer autobiógrafo es Otloh de San Emerano⁶⁹ (1010-1070). Sin embargo, Rubenstein (2005: 26) y Fleming (2014: 38) consideran que el primer occidental que escribe una autobiografía genuina después de san Agustín es el benedictino Guibert de Nogent⁷⁰ (1056-1124). También hay que destacar la ya mencionada *Historia Calamitatum* de Abelardo y la obra de Giraldus Cambrensis⁷¹ (h. 1147-1223). Como indica Fleming (2014: 35), mientras que la autobiografía moderna se basa en la subjetividad y en la expresión personal, el valor de estas tempranas autobiografías confesionales estaría en su ejemplaridad y, por lo tanto, la construcción identitaria o el retrato que de sí mismo que ofrece el autor en su discurso estaría en función de ese objetivo. Los autores del siglo XII, de acuerdo con Rubenstein

⁶⁸ En relación con las conexiones entre la hagiografía y las confesiones, Fleming (2014: 36) señala que el mismo San Agustín, para la redacción de su obra, toma de la *Vita Antonii*, escrita en griego por Athanasius hacia el 350 y traducida al latín por Evagrius en el 400, el modelo de monje ejemplar. El patrón tomado por San Agustín será, a su vez, la fuente de la que beberán los continuadores de la tradición confesional.

⁶⁹ Monje benedictino que incluye en su obra fragmentos autobiográficos, como el relato de su conversión o descripciones de la vida monástica. Sin embargo, no se conserva ninguna obra del autor que pueda considerarse autobiográfica en su totalidad. En el *Liber Visionum Suarum et aliorum* recoge un conjunto de visiones suyas y de otras personas y, en *Liber de Temptationibus* (redactado entre 1068 y 1070), relata sus experiencias a partir de la lectura de los textos sagrados. Para más detalles, consultar: Joyce (2005) y Violante (2007).

⁷⁰ Monje benedictino de la región de Picardía, discípulo de San Anselmo. Aunque su autobiografía es conocida como *De vita sua, sive monodiarum suarum libri tres*, el autor se refirió a su obra como *Monodiae*, esto es, “Memorias”. Guibert de Nogent escribe sus *Monodiae* con el objetivo de edificar a sus lectores. Ver: Kantor (1976).

⁷¹ También conocido como Gerald o Gerardo de Gales, es un monje formado en París y Oxford. Su obra constituye una fuente de información destacada en relación con la historia de Irlanda y de Gales. En lo que al género autobiográfico se refiere, es autor de *De Rebus a se Gestis* y *De iure et statu Meneuensis Ecclesiae*, obras en las que relata su vida personal y profesional.

(2005: 30), tal vez no descubren el individuo, pero sí la manera de escribir sobre él, pues a menudo se incluyen a sí mismos en el universo literario. En el ámbito monacal, pero con un planteamiento distinto al del discurso confesional, habría que situar también la obra de Suger de Saint-Denis (1081-1151), *De rebus in administratione sua gestis*, en la que, a través de una explicación de todas las acciones o iniciativas impulsadas por él mismo en la abadía de Saint-Denis, el autor defiende su gestión como abad. En última instancia, estas obras muestran el más que probable éxito del modelo de autobiografía confesional en el ambiente religioso durante el siglo XII. De ahí la aparición de una pseudoautobiografía o autobiografía ficticia, el *Opusculum de conversione sua* de Herman el Judío,⁷² que toma el molde confesional para la construcción de un relato de conversión orientado a la difusión de la fe cristiana. A partir del siglo XV, con la recuperación y traducción de los textos clásicos a las lenguas vernáculas, la literatura confesional tendrá una mayor difusión e incluso llegará a estratos sociales más populares, dando lugar a una línea de producción de gran fecundidad dentro del género autobiográfico.

Las formas del discurso autorreferencial que tienen su origen o primer impulso en la Edad Media –en forma de confesiones o fragmentos insertados en crónicas o biografías– son muestra de la entrada paulatina de la expresión autobiográfica en la prosa del momento y constituyen un terreno abonado para la rápida integración y el éxito de los modelos clásicos vinculados con el género que posteriormente se van recuperando en las literaturas occidentales a partir de la corriente humanista. Entre los siglos XVI y XVII tienen gran difusión en lenguas vernáculas las *Confesiones* de san Agustín y los *Comentarios a la guerra de las Galias* de Julio César. Ambos textos serán el punto de partida de dos líneas de producción autorreferencial muy marcadas en el contexto europeo. Por un lado, la obra de San Agustín dará lugar a las autobiografías de tipo confesional, muy presentes en los Siglos de Oro español a partir del *Libro de la vida* de santa Teresa, aunque también determinantes para el desarrollo de las autobiografías espirituales del protestantismo inglés. En la obra de san Agustín está incluso el inicio de la autobiografía moderna, puesto que su

⁷² El *Opusculum de conversione sua* es una obra redactada en el siglo XII, en el monasterio de Cappenberg e impresa por primera vez en 1687. Aparece como autor de la obra “Hermann quondam Judaeus”, esto es: “Herman el antiguo judío”. Para parte de la crítica, se trata de una obra apócrifa escrita en ambientes cristianos para promover las conversiones. Sobre esta obra, ver: Schmitt (2010).

influencia alcanza desde la obra *Secretum* de Petrarca⁷³ hasta las *Confesiones* de Rousseau. En relación con los *Comentarios* de Julio César, es preciso tener en cuenta que las Vidas de hombres de estado tienen también una extensa tradición, que no únicamente se manifiesta en el ámbito europeo, sino que trasciende la cultura occidental con textos como las *Memorias* de Bābur, emperador del antiguo Imperio Mongol.⁷⁴ El modelo de Julio César es el precedente inmediato de, por ejemplo, las conocidas como *Memorias* (1620) de Carlos V e influye también en el *Llibre dels feits* de Jaume I.

Finalmente, es preciso destacar la influencia de la ficción autobiográfica clásica en las literaturas europeas de la Edad Moderna. Francisco Rico (1967) pone de relieve la difusión de la obra de Ovidio en la literatura española ya desde la Edad Media, en el contexto de ese primer renacimiento de la ciencia y las artes que constituye el siglo XII. Entre los textos más leídos del autor latino, se incluyen las *Cartas tristes*, los poema “Ibis” y “De Vetula”, *Ars amandi* y *Amores*, obras muy cercanas a la autobiografía. Según Rico, la difusión de la obra de Ovidio es determinante para la escritura del *Libro de buen amor* de Juan Ruiz, “una autobiografía amorosa” (1967: 301),⁷⁵ como también lo había sido antes para la *Historia Calamitatum* de Pedro Abelardo. Además de Ovidio, hay que destacar la difusión de la obra de Apuleyo *El asno de oro*, modelo para obras como *Lazarillo de Tormes*.⁷⁶ En definitiva, la ficción autobiográfica clásica también tiene un gran impacto en las formas literarias autorreferenciales tanto en la Edad Media como en la Edad Moderna en Europa.

⁷³ *Secretum* (1347-1353) se articula como una conversación entre Petrarca y San Agustín, en la que Petrarca va descubriendo su propia personalidad. En su obra, el autor recupera el modelo de diálogo platónico como expresión de la propia individualidad. Para Fleming (2014: 44), sin embargo, la obra más autobiográfica de Petrarca es su *Cancionero*.

⁷⁴ La línea autobiográfica de hombres de estado en Asia Central se inicia con el *Mulfuzāt Timūry* del Gran Tamerlán o Timur (1336-1405), obra escrita en chagatai, turco antiguo, que relata los sucesos de su reinado hasta 1375. Su sucesor, descendiente también de Gengis Kan, Bābur (1483-1530), escribe el *Bāburnāmah* o *Libro de Babur*. A Bābur se debe la conquista del norte de la India y el establecimiento del Imperio timúrida-mongol. La obra, que goza de gran difusión en el continente asiático, también está escrita en chagatai, aunque posteriormente se traduce al persa. También se conserva el relato de la vida de Jahāngīr (1569-1627), *Tūzuk-i-Jahāngīrī*. En la misma tradición, si bien escrito por Jahuar, se sitúa el *Tazkirat Al-wāqi‘āt*, que relata la vida del emperador Humāyūn (1508-1556).

⁷⁵ Sobre la influencia de la obra de Ovidio en el *Libro de buen Amor*, ver Rico (1967).

⁷⁶ Sobre la influencia de *El Asno de oro* de Apuleyo en la literatura española de los Siglos de Oro, ver los trabajos de Antonio Vilanova (1989a), la introducción a la edición de *Lazarillo de Tormes* de Navarro Durán (2003a), así como también los artículos de Mascarell (2011) y Guarino (2001).

En conclusión, el auge de la autobiografía en la Edad Moderna se debe tanto a cambios histórico-sociales y culturales en la Europa del momento, como a la lógica evolución y desarrollo interno de los géneros literarios. La autobiografía europea tiene su origen en la tradición occidental grecolatina y, durante la Edad Media, el discurso autobiográfico evoluciona y adopta nuevas formas de expresión que parten de una necesidad de autojustificación del individuo. Así, por un lado, en lengua latina y con el objetivo general de mostrar la propia conversión espiritual como ejemplo para la sociedad, se difunde el modelo de las *Confesiones* agustinianas en ambientes monacales. Por otro lado, ligados a la historiografía y al género biográfico en lengua vernácula, surgen discursos autobiográficos en los que el autor defiende su imagen pública y profesional, bien sea con un objetivo material o vinculado con la defensa de su imagen personal, bien sea para expresar una crisis de fe religiosa que afecta a su relación con el poder. Estos textos medievales, junto a otras literaturas del Yo del momento, constituyen el terreno abonado para el éxito de las obras autobiográficas y de autoficción clásicas, que se empiezan a traducir a las lenguas vernáculas a partir de la corriente humanista y durante el Renacimiento. Sin embargo, no únicamente estos textos se erigen como un modelo para la autobiografía de los siglos XVI y XVII. Otras tipologías de escritura autorreferencial difunden y popularizan el discurso autobiográfico, de manera que también determinan las formas que adoptará la autobiografía en la Edad Moderna.

1.4.2 *Egodocumentos y autobiografía en los siglos XVI y XVII*

El género autobiográfico, como anteriormente se ha indicado, se enmarca dentro de las literaturas del Yo. Gusdorf, en su estudio sobre la autobiografía, habla de “escrituras del Yo” e incluye en ese grupo aquellos documentos escritos en primera persona en los que el autor da testimonio de su vida (Gusdorf, 1991b: I, 57). Por lo tanto, una confesión ante la Inquisición, una agenda o un *curriculum vitae* serían susceptibles de ser considerados “escritura del Yo” (Gusdorf, 1991b: I, 24). Los conceptos “escrituras del yo” y “literaturas del Yo” se distinguen por la perspectiva desde la que el investigador se aproxima a unos textos que tanto pueden ser valorados desde la crítica literaria como desde la

historiografía.⁷⁷ Amelang (2006) analiza las diferencias entre las aproximaciones a la autobiografía de los estudiosos de la literatura y de los historiadores. La crítica literaria, al tratar la autobiografía como género literario, muestra mayor firmeza a la hora de definir el concepto de autobiografía, a la vez que se aproxima a los textos desde su aspecto formal. Por su parte, los historiadores trabajan con el contenido, lo que les permite ser menos taxativos con los documentos y aceptar mayor variedad y amplitud de manifestaciones autorreferenciales en sus estudios. Para el historiador, aquellos documentos en los que el Yo se expresa suponen un acceso a la subjetividad o personalidad de un individuo que, a su vez, se erige en paradigma de la mentalidad de una sociedad específica en una determinada época de la historia. Los textos autorreferenciales, puesto que son también documentos (Pope, 1974: 6), son una fuente fundamental en el terreno de la microhistoria. Durán López, (2002: 178) advierte, sin embargo, sobre la necesidad de superar esa lectura documentalista y lograr una integración o complementación de ambas perspectivas a la hora de acercarse a las autobiografías. De otra manera, las obras pueden terminar por ser consideradas únicamente como auxiliares de la historia o documentos de archivo (Durán López, 2002: 155). Por su parte, Amelang (2006: 157), tras plantearse si es necesario un trabajo conjunto o interdisciplinar entre historiadores y crítica literaria, concluye que es preferible la especialización de cada investigador en su propia disciplina, si bien valora de forma positiva el contacto y diálogo entre profesionales de la crítica literaria y de la historia.⁷⁸

A la hora de aproximarse al estudio de la autobiografía en la Edad Moderna, es imprescindible tener en cuenta otros testimonios de escritura autorreferencial, esto es, las “escrituras del Yo” o egodocumentos.⁷⁹ Esa visión amplia posibilita comprender de manera

⁷⁷ Serrano y Sanz también distingue entre un tratamiento más historicista de los textos y una visión más literaria: “La palabra autobiografía no puede coincidir con la denominación de género autobiográfico, siendo éste de mayor extensión, pues comprende hasta cartas, relaciones de sucesos particulares, de méritos y otros escritos breves que una persona redacte acerca de su vida, los cuales no se deben llamar autobiografías; su verdadera denominación es la de documentos autobiográficos (Serrano y Sanz, 1905: 2).

⁷⁸ Un ejemplo de la convergencia entre la perspectiva más filológica y la visión historicista en relación con los textos de carácter autorreferencial es la actividad de Phillippe Lejeune como cofundador de la Association pour l'autobiographie et le patrimoine autobiographique (1992), donde participa activamente en la localización y catalogación de textos desde una visión más amplia del hecho autobiográfico.

⁷⁹ El uso del término egodocumentos no deja de ser controvertido entre los historiadores. En el ámbito anglosajón, algunos prefieren continuar refiriéndose a estos documentos con el término *self-narratives*, y, *Selbstzeugnisse*, en el contexto alemán. En español también se emplean los conceptos “escritura personal”, “documentos personales” o “autoescritura”. Asimismo, respecto a la teoría de los egodocumentos hay que

más exacta, en primer lugar, las circunstancias culturales y sociales, así como el contexto literario que dan lugar a la aparición temprana del género autobiográfico. En segundo lugar, tener en cuenta los egodocumentos en el análisis textual de las autobiografías de la Edad Moderna puede aportar información fundamental en cuanto a las estrategias formales de las que se nutren sus autores para la expresión personal. Más allá de la recuperación del modelo de San Agustín o Julio César en los siglos XVI y XVII, hay que valorar la posibilidad de que el impulso autobiográfico no se deba únicamente a la difusión de esos textos clásicos, sino que responda también a las necesidades de expresión de voces populares para las que, sin duda, algunas de las formas de representación del Yo –no necesariamente literarias– constituyen un modelo más accesible y familiar.

Presser,⁸⁰ en 1958, al acuñar el término “egodocumentos”, define ese conjunto de textos como «those historical sources in which the researcher is faced with an “I”, or occasionally (Caesar, Henry Adams) a “he”, as the writing and describing subject with a continuous presence in the text»⁸¹ (citado por Dekker, 2002a: 14). Posteriormente, Dekker, propone que un egodocumento es “a text in which an author writes about his or her own acts, thoughts and feelings” (2002a: 14). Esta definición incluye tipologías textuales tan diversas como cartas privadas, diarios, memorias, autobiografías, confesiones y peticiones ante los tribunales, memoriales, libros de familia, libros de memoria,⁸² libros de cuenta y

tener en consideración que, para parte de los especialistas en el campo de la historiografía, el valor de este tipo de fuentes, en lo que a la reconstrucción histórica se refiere, es relativo. Para una visión más amplia sobre las teorías en torno a los egodocumentos, consultar los trabajos de Dekker (2000, 2002a y 2002b), el trabajo de conjunto de Mascuch, Dekker y Baggerman (“Egodocuments and history: A short account of the Longue Durée”, 2016), Fulbrook y Rublack (2010) y Von Greyerz (2010).

⁸⁰ En 1958, Jacob Presser, en el ámbito holandés-alemán, acuña el término “egodocumentos”, en un esfuerzo por rescatar los testimonios de la comunidad judía superviviente del genocidio nazi para su obra *Ashes in the wind: the destruction of Dutch Jewry*. Se debe a Burke la adaptación al inglés y, a Winfried Schulze, al alemán. Schulze, además, plantea una visión más amplia del concepto, ya que incluye como egodocumentos textos judiciales, el *curriculum vitae* y otro tipo de documentos oficiales. Ver Schulze (2005).

⁸¹ En 1969, Presser matiza su definición de egodocumentos de la siguiente manera: “those documents in which an ego deliberately or accidentally discloses or hides itself” (Dekker, 2002a: 14).

⁸² Según Castillo Gómez (2006: 62-63), el precedente de los “librillos de memoria” son las tablillas enceradas medievales, si bien los libros de memoria también emplean el papel como soporte. Parece ser que estos libros se utilizan en la Corte y que su introducción en España se debe a su uso en Holanda y Alemania. Los “librillos de memoria” se emplean para realizar anotaciones o apuntes temporales. En relación con las Vidas de soldados, en el “Inventario extendido en Bolonia a la muerte de Diego García de Paredes el 15 de marzo de 1533”, se registran las siguientes pertenencias del militar: “un libro de memorias”, “otros papeles de memorias” y “un libro de escrituras sueltas de memorias” (Muñoz de San Pedro, 1956: 37-38).

razón⁸³ e incluso *marginalia* o *graffiti*. Además de los diferentes tipos de textos, hay que destacar también la diversidad de los soportes empleados por sus autores.⁸⁴ Tales escritos personales están especialmente presentes en las sociedades europeas a partir de los siglos XVI y XVII, probablemente debido al aumento de los niveles de alfabetización,⁸⁵ tal y como indica Amelang (2003: 43-44).

En esa diversidad de documentos conservados, por sus conexiones con la autobiografía –si bien también influyen en otras formas de autoficción como la novela autobiográfica–, son de especial interés, por un lado, los escritos carcelarios y, por otro lado, los libros de familia. Reichardt (2006: 116) indica que ya en el siglo XV hay presos que escriben inspirados en su propia experiencia, como Carlos de Orleans (1394-1465),⁸⁶ James I de Escocia (1394-1437),⁸⁷ o George Ashby (h. 1390-1475).⁸⁸ Si bien entre los muros de las prisiones europeas pueden gestarse todo tipo de textos, incluidas obras de referencia para la literatura como las de Fray Luis de León⁸⁹ o Boecio,⁹⁰ las tipologías de escritura propias del ámbito carcelario⁹¹ son confesiones, peticiones, memoriales o memorias justificativas, súplicas, billetes, cartas y escritos murales. De esta nómina, siguiendo a Castillo Gómez

⁸³ Se trata de breves registros, anotaciones o asientos de cuentas relacionados con las actividades (en muchas ocasiones, de carácter económico o comercial) de su autor o autores.

⁸⁴ Castillo Gómez (2006) registra como soportes, además del papel, tablillas enceradas, hojas embetunadas, los muros de una prisión e incluso el hueso de un aguacate. Como materiales de escritura, además de la pluma, destaca el uso de objetos punzantes para hacer incisiones murales o carboncillos.

⁸⁵ Para una visión más amplia sobre la alfabetización en España durante la Edad Moderna, consultar: Chevalier (1976), Tapia (1993-1994), Castillo Gómez y Sáez (1994), Viñao Frago (1999) y Kagan (2019).

⁸⁶ Carlos I, duque de Orleans, es apresado en la guerra contra los ingleses. En su cautiverio, que se extiende de 1415 a 1440, escribe una colección de poemas. Para más información sobre el autor y su obra, consultar: Spearing (1992), Summers (2004: 90-107) y el trabajo editado por Mooney y Arn, *The Kingis Quair and other prison poems* (2005: 113: 146).

⁸⁷ James o Jacobo I es enviado a Francia en 1406 por su padre Roberto III, rey de Escocia, para su protección. Por el camino, es capturado por las tropas de Enrique IV de Inglaterra. Su cautiverio se extenderá hasta 1424 y, fruto del mismo, sería la obra *The Kingis Quair (Libro del Rey)*, aunque no hay consenso sobre la autoría de la misma. Para más información, ver: Summers (2004: 60-89) y el trabajo editado por Arn y Mooney, *The Kingis Quair and other prison poems* (2005: 17-112).

⁸⁸ Funcionario real al servicio de Enrique VI y, posteriormente, de Margarita de Anjou. En 1462 pasa un período en la prisión de Fleet, en Londres, donde escribe el extenso poema *Reflexiones de un prisionero* (1463). Para más información, ver: Summers (2004: 142-169) y el trabajo editado por Arn y Mooney, *The Kingis Quair and other prison poems* (2005: 147-172).

⁸⁹ Durante su estancia en la cárcel de Valladolid, fray Luis de León escribe *De los nombres de Cristo, Exposición del Libro de Job, In Psalmun XXVI* y algunos poemas.

⁹⁰ Boecio escribe en la cárcel, a la espera de juicio acusado de traición al rey Teodorico el Grande, *De consolatione Philosophiae* (1523).

⁹¹ Sobre las escrituras carcelarias ver Castillo Gómez (2006), Gómez-Moriana (1983), Summers (2004), Reichardt (2006) y Ahnert (2013).

(2006: 152), los billetes, cartas y escritos murales responderían a un acto de rebeldía o de resistencia del preso –bien ante el poder, bien ante la posibilidad de caer en el olvido–, así como también a una necesidad de comunicación entre internos o con sus familiares. Más interesantes para este estudio son los memoriales, las confesiones y las súplicas. Los memoriales o memorias justificativas se articulan a modo de biografía del autor y se estructuran de manera cronológica, en ocasiones partiendo desde el inicio de la vida y, en otros casos, únicamente dando relación de aquellos acontecimientos vitales estrechamente relacionados con las acusaciones que se le imputan al condenado. Robres (2005: 61-62) considera que las memorias justificativas suelen ser textos de carácter político, dado que a menudo el memorialista escribe con el objetivo de rehabilitar su honor dañado, al justificar su propia actuación y presentarse como víctima de sus enemigos. Para Castillo Gómez (2006: 126), estos textos estarían condicionados por las expectativas del destinatario, de igual modo que, de alguna manera, sucede con algunas autobiografías escritas por monjas.⁹² Tanto Castillo Gómez (2006: 132) como Robres (2005: 62) plantean que la veracidad es uno de los ejes en los que se articulan este tipo de discursos y el autor emplea bien un tono desafiante, bien un tono de humildad encaminado a presentarse como un personaje inocente (Castillo Gomez, 2006: 126).

Una variación de las memorias justificativas sería el modelo de la confesión inquisitorial. Para Gómez-Moriana (1983: 458), los interrogatorios inquisitoriales cuentan con un programa establecido que incluye la siguiente información del interrogado: identidad, genealogía, cultura cristiana, discurso de la vida y cuestionario relativo al “caso”. El discurso de la vida contendría información sobre el lugar de nacimiento, cambios de residencia, viajes, etapas y cronología de la evolución del estado, así como también confesión de la persona interrogada. El crítico advierte que, por la estructura que adoptan estos textos, por el hecho de que las escrituras sean por encargo y por la posición sumisa que mantienen sus autores, la confesión inquisitorial guarda una relación muy estrecha, por

⁹² Castillo Gómez conecta los escritos carcelarios de María Bautista con las autobiografías del ámbito conventual, si bien advierte sobre las variaciones entre ambos modelos. El texto de María Bautista, a diferencia de la autobiografía de santa Teresa, por ejemplo, no empieza desde el principio de su vida. En cambio, el relato de las visiones, el tópico de la falsa humildad y la existencia de un tú que se encargará de censurar o de valorar el texto serían rasgos compartidos por el texto de María Bautista y las autobiografías del ámbito conventual (2006: 129-132).

un lado, con *Lazarillo de Tormes*⁹³ y la novela picaresca y, por otro lado, con las autobiografías escritas por monjas.

Dentro también de las escrituras carcelarias, la súplica se remonta a un origen clásico, ya que se han conservado algunos documentos escritos entre los siglos III y V. Para Castillo Gómez (2006: 132), en la Edad Media las súplicas se consolidan como tipología textual en el ámbito penitenciario. Debido a que se trata de un modelo ya fuertemente establecido, cuenta con una estructura muy marcada que recuerda a la epístola. Así, el inicio es siempre un saludo, seguido de la presentación del suplicante, la exposición de sus motivos, la enunciación de la súplica y, finalmente, una fórmula de despedida. Al tratarse de una petición, es frecuente el uso de fórmulas que muestren sumisión o dependencia (Castillo Gomez, 2006: 133–134).

Hay que destacar también, pese a no tratarse de una tipología exclusiva del ámbito carcelario, la importancia e influencia de los diarios escritos en prisión. Así, por ejemplo, Reichardt (2006: 116) hace mención de los diarios de George Fox, escritos desde la cárcel, como modelo de las autobiografías de cuáqueros, que proliferan a partir de la segunda mitad del siglo XVII en Inglaterra.⁹⁴ Para estos autores, san Agustín, Boecio y san Pablo serían un patrón de escritura a seguir (Reichardt, 2006: 122).

El uso de los libros de familia⁹⁵ se extiende desde finales del siglo XIII en Florencia hasta el siglo XVIII, según Ciapelli (2014: 5). El origen del libro de familia está en los

⁹³ En su estudio, Gómez-Moriana (1983) amplía la perspectiva crítica del *Lazarillo* al vincular su estructura con documentos administrativos de la época y con prácticas confesionales ritualizadas. En la misma línea, Alberca (2007: 87) insiste en la necesidad de ir más allá de la tradición escrita en el análisis crítico de los textos autobiográficos del momento, para poder comprender la obra en su totalidad.

⁹⁴ Al igual que las autobiografías escritas por mujeres en el ámbito conventual, que suponen una línea independiente dentro de la autobiografía española de los Siglos de Oro y que parte del *Libro de la vida* de santa Teresa de Jesús, las vidas de cuáqueros, dentro de la literatura inglesa, constituyen una línea de producción autobiográfica homogénea muy fecunda a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Consultar: Ebner (1971), Booy (2004), Hindmarsh (2005) y Delany (2016).

⁹⁵ Se trata de un tipo de documento cuyo uso está muy extendido en Europa. Se conocen como *libri di familia* en Italia, *livres de raison* en Francia, *private diaries* en Inglaterra, *Tagebücher* en Alemania y *dietaris* en Cataluña. En el ámbito español, hay que destacar los diarios de dos estudiantes salmantinos: *Vida, aspiraciones y fracasos de un estudiante de Salamanca. El diario de Gaspar Ramos Ortiz (1568-1569)*; y *Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Girolamo da Sommaia (1603-1607)*. También el *Libro de la señora doña María de Mendoza*, hermana del marqués de Mondéjar (ver referencia en Castillo Gómez, 2006). Actualmente existen proyectos bibliográficos y de catalogación vinculados con los libros de familia en Holanda, Suiza, Alemania, Austria, Dinamarca y Francia. Sobre este tema, ver: Cicchetti y Mordenti (1985), Mordenti (2001), Castillo Gómez (2006) y Ciapelli (2014).

libros de registros de cuentas que, con el tiempo, van incluyendo anotaciones vinculadas con acontecimientos en el ámbito familiar, esto es, nacimientos, matrimonios, muertes, y otra información personal del autor. Son textos de carácter privado y transgeneracional, ya que tanto la autoría como la recepción del escrito se dan en el ámbito de la familia de una generación a otra (Ciapelli, 2014: 5). Pese a que en un principio la temática también estaría restringida a temas relacionados con los miembros de la familia, con frecuencia ofrecen relación de acontecimientos históricos de los que la persona que escribe ha sido testigo o que, en cierta medida, han tenido un impacto en su trayectoria vital, tales como eventos políticos de importancia, guerras, hambrunas, pestes o catástrofes naturales. Así, por ejemplo, el pelaire Gaspar Gasset hace una relación del embarque del emperador Carlos V y de la celebración del Corpus en Valencia en 1544. Del mismo modo, en su libro de familia, Miquel Ferrer describe las fiestas celebradas en Valencia en 1622 por la canonización de varios santos, y el libro de memoria iniciado por el payés Joan Guàrdia incluye al final una “cosa miracolosa”, que es la relación de la plaga de langostas de 1687.⁹⁶ En algunos de estos libros se hace patente, por lo tanto, la entrada de la crónica social en las memorias familiares. Algunos de los textos, además, incluyen resúmenes de cartas, relaciones y otros materiales documentales (Castillo Gómez, 2006: 83). Por todo esto, los libros de familia representan “un testimonio elocuente del trasvase y de las conexiones entre la memoria personal y la colectiva, así como de la voluntad de trascendencia depositada en la primera” (Castillo Gómez, 2006: 82-83). En lo que a los objetivos de esta tipología de escritos se refiere, Ciapelli (2014: 23-24) considera que, en un principio, los libros de familia se escriben con una motivación de mantener el estatus familiar. Sin embargo, con el tiempo, se emplearían para obtener ventajas políticas. Para Dekker (2002a: 15), estos libros tendrían un papel importante en la construcción de la identidad familiar, puesto que la transfieren de una generación a las siguientes. Por su parte, Castillo Gómez (2006: 80), al presentar como ejemplo el prefacio ejemplarizante del dietario de Jeroni Pujades, plantea la posibilidad de que este tipo de documentos puedan ser escritos con una voluntad didáctica o instructiva en el seno de la familia. Precisamente, Bajtín señala que las autobiografías romanas son “un documento de la conciencia familiar-hereditaria” (1985:

⁹⁶ Ver referencias en Mandingorra Llavata (2002: 220) y Castillo Gómez (2006: 80-82).

290) de carácter público, pues la familia romana está unida al estado. La autobiografía romana, al igual que los libros de familia –que se originan justamente en Italia–, se construye en el seno de la familia a modo de recuerdo del clan, dirigida a generaciones futuras y transmitida de padres a hijos (Bajtín, 1985: 295). Finalmente, en los libros de cuentas de comerciantes, registros de artesanos y libros de familia estaría, en gran medida, el origen de las autobiografías populares de los siglos XVI y XVII (Amelang, 2003: 171), sobre las que se discutirá en el siguiente apartado.

En conclusión, es innegable la necesidad de que el estudioso de la literatura tenga en cuenta los egodocumentos a la hora de aproximarse al origen, desarrollo y características de las literaturas del Yo y, por lo tanto, de la autobiografía. Dichos documentos reproducen patrones discursivos popularmente conocidos en las sociedades europeas de los siglos XVI y XVII, por lo que estas formas de expresión del Yo tienen un papel fundamental en la construcción colectiva del género autobiográfico. De este modo, tanto los escritos carcelarios como los libros de familia presentan aspectos en común con las autobiografías de los siglos XVI y XVII. Por un lado, los memoriales, las confesiones y las súplicas dan voz a un individuo que se muestra en una posición desfavorecida y cuyo relato de vida constituye una autojustificación, pero también un acto de afirmación de su identidad o comportamiento dirigido a un destinatario determinado. En ese ejercicio de autojustificación, la insistencia en la veracidad del relato es fundamental para demostrar la propia inocencia. Por otro lado, a través de los libros de familia se construye la memoria colectiva de varias generaciones. Si bien se centran en aspectos de la familia, estos textos dan entrada a relatos de la crónica social del momento, por lo que a veces trascienden el ámbito familiar. Los libros de familia son esenciales en la aparición de las autobiografías populares.

1.4.3 *Autobiografías populares*⁹⁷ y la voz de los desclasados

En la producción autobiográfica europea de la Edad Moderna es considerable el gran número de textos cuyo autor no cuenta con un elevado nivel cultural ni tampoco es un personaje destacado de la época. Así, Gastañaga (2012: 15) advierte que mientras que, en la Edad Media, las literaturas del Yo son escritas por nobles y eclesiásticos, en los siglos XVI y XVII, los autores pertenecen a distintos estratos sociales. Se habría producido, por lo tanto, una democratización del género (Goetz, 1994: 150). Amelang (2003), sin embargo, va más allá al plantear que el género autobiográfico en la Edad Moderna parece tener precisamente su máxima expresión entre los artesanos o las clases populares. Tal vez por ese motivo, también en el plano de la ficción, el discurso autobiográfico da voz a personajes marginales, como Lázaro de Tormes, Estebanillo González o incluso el capitán cautivo del *Quijote*. Entre las clases populares, los autores más leídos, según Amelang (2003: 43-44), serían los artesanos y sus obras se habrían difundido en forma manuscrita, sobre todo entre la familia, dado que muchos de ellos dirigen sus obras a sus hijos (Amelang, 2003: 65-69).

El hecho de que las clases populares contribuyan al desarrollo del género autobiográfico tendría relación, en primer lugar, con el factor, anteriormente ya puesto de relieve en este trabajo, del aumento de los índices de alfabetización en los ambientes urbanos. Los artesanos no únicamente escriben más autobiografía, sino que, en general, simplemente escriben más que en épocas anteriores (Amelang, 2003: 43-44). La escritura de diarios, memorias y diarios de viaje, como indica Amelang (2003: 37), habría impulsado el desarrollo de la autobiografía entre las clases populares ante el declive de la escritura de libros de familia y de crónicas. A ello habría que añadir la influencia de las formas autorreferenciales no literarias, esto es, las diferentes tipologías de egodocumentos, cuyas

⁹⁷ Esta visión general sobre las autobiografías populares en la tradición europea está en deuda con el excelente trabajo de Amelang (2003), quien hace un exhaustivo análisis sobre el tema y, además, elabora un valiosísimo apéndice (“La escritura autobiográfica popular: un registro preliminar”, en Amelang, 2003: 257-282) que constituye la relación bibliográfica más extensa de autobiografías de artesanos escritas entre los siglos XVI y XIX que se pueda encontrar. Es un indispensable punto de partida para todo aquel que decida embarcarse en la labor de desentrañar las diferentes manifestaciones literarias autorreferenciales en la época, si bien hay que tener en cuenta que la perspectiva del análisis es la de un historiador. En la misma línea, hay que destacar los estudios de Torres Sans (2000) y Escartí (1998).

estrategias formales probablemente son de dominio popular. Artesanos y mercaderes son, precisamente, quienes más habituados están a elaborar libros de cuentas y, en consecuencia, mayor conocimiento tienen de los libros de familia. Además, desde la Edad Media, comerciantes y mercaderes están en contacto con los libros de viajes,⁹⁸ un género que, indudablemente, supone una influencia determinante para las diferentes tipologías de literaturas del Yo. Otras formas literarias habrían influido decisivamente en las autobiografías populares, pues, tal y como señala Castillo Gómez (2004: 32), los artesanos toman como modelo para su escritura las biografías, Vidas de santos, crónicas urbanas, romances, canciones, ficción contemporánea (picaresca y caballeresca) y otras piezas transmitidas oralmente. Finalmente, en el ámbito religioso, no cabe duda de que la popularización de la obra de santa Teresa, como se verá con detenimiento más adelante, supone un revulsivo para otras mujeres que, en el ámbito conventual, deciden dar cuenta de su propia experiencia religiosa.

En segundo lugar, una de las causas de la difusión de la autobiografía entre las clases populares en la Edad Moderna es que el género parece ser la forma literaria idónea para dar voz a los desclasados. El discurso autorreferencial, tal como se ha visto en el ámbito de los egodocumentos, podría haber quedado asociado a ciertos patrones en los que los hombres de estado o los nobles no tuvieran intención de verse reflejados, como una postura de víctima, de rebeldía, de dependencia o sumisión. La autobiografía habría quedado vinculada al discurso de autojustificación, la súplica, la confesión, una necesidad de afirmación de la propia identidad ante la sociedad o ante un Tú determinado jerárquicamente superior. De este modo, Jacobs (1975: 45), Deyermond (1992: 170) y

⁹⁸La tradición del libro de viajes está vinculada con los peregrinajes a Tierra Santa y las embajadas diplomáticas, pero también con la incesante actividad de mercaderes y comerciantes. Un ejemplo de ello es la obra traducida y editada como *El libro de las maravillas* o *Los viajes de Marco Polo*, basado en las actividades comerciales de la familia veneciana de los Polo. No se valorará aquí si realmente Marco Polo viaja a China o si simplemente dicta su texto a Rusticello de Pisa, basándose en relatos de comerciantes (sobre este tema, ver: Wood, 2018). En el contexto de la Península Ibérica, el *Séfer-Masa'ot*, más conocido como los *Viajes de Benjamín de Tudela* es un ejemplo más del libro de viajes vinculado con la actividad comercial de su autor. En su edición y excelente traducción de la obra del hebreo al español, Ramón Magdalena Nom de Déu (2009: 23 y ss.) sugiere que el texto no es simplemente un itinerario o un libro de viajes al uso. La inclusión de detalles relativos a las comunidades judías y su situación, a las relaciones políticas en y entre las naciones cristianas occidentales y el ámbito islámico oriental, así como el registro de centros mercantiles y artesanales y rutas comerciales, podrían indicar que el autor, con su obra, estaría confeccionando una especie de guía para otros judíos comerciantes.

Dabaco (2005) destacan que, en el ámbito de la literatura española, tanto en la autobiografía como en la autobiografía ficticia, el discurso autobiográfico es conducido por seres socialmente alienados, como pobres, mujeres,⁹⁹ conversos o, simplemente, personajes caídos en desgracia. Así, por ejemplo, santa Teresa o Luis de Carvajal “el Mozo” (1567-1596) tienen origen judío.¹⁰⁰ De igual modo, en el contexto de las nuevas espiritualidades, las autobiografías de Madame Guyon (1648-1717)¹⁰¹ o las obras de baptistas y cuáqueros, como John Bunyan (1628-1688),¹⁰² dan voz a figuras de heterodoxos desde el punto de vista de la religiosidad oficial. En algún caso, esa marginalidad podría incluso ser de carácter transversal: santa Teresa es mujer y, además, tiene un origen converso.

Este motivo explicaría, por ejemplo, las causas por las que Cervantes, pese a parecer debatirse en el limbo de la tentación autobiográfica, lamentablemente no nos deja como legado su propia autobiografía. Por ello, Rodríguez (1994: 121) sostiene que el Yo autobiográfico «no podía ser más que “pobre”; ni siquiera el de un burgués y muchísimo menos el de un noble. [...] Muy al contrario: era precisamente una vida “insignificante” la única que podía “autobiografiarse”». El autor, además, distingue entre el relato de las

⁹⁹ En relación con la autobiografía escrita por mujeres, hay que destacar el impulso de los estudios de género en las últimas décadas. Algunas autoras, como Donna C. Stanton o Germaine Brée, prefieren emplear el término “Autoginografía” para referirse a estos textos. Entre la numerosísima bibliografía sobre la autobiografía escrita por mujeres cabe destacar los estudios de Jelinek (1986) y Araújo (1997). También son de interés los artículos compilados en *Her Own Life: autobiographical writings by seventeenth-century Englishwomen* (2003), y *Life/lines: Theorizing women's autobiography* (2019).

¹⁰⁰ A propósito de la relación entre autobiografías populares y egodocumentos en la comunidad judía, además de la obra conservada de Luis de Carvajal el Mozo, se considera que la primera autobiografía escrita en hebreo es *Gei' Hizzayon* del sefardí Abraham Yagel (1553-1623). Amelang (2003: 231-232) menciona también la existencia de textos autobiográficos de tenderos y buhoneros como Yosef de Módena (desconocido-1600), Yitzjak Behrend (1766-1845) y Ascher Lehmann (1769-1858). En la tradición judía hay que destacar la costumbre del testamento, arraigada en la comunidad desde el siglo XII al XIX. Se trata de un documento que pasa de padres a hijos, en el que el padre hace recomendaciones de vida partiendo de su propia experiencia a sus descendientes. Para más detalles, consultar: Moseley (2005), Abrahams (1891), Bar-Levav (2002) y Chajes (2005).

¹⁰¹ Jeanne-Marie Bouvier de la Motte Guyon, más conocida como Madame de Guyon, mística francesa condenada a prisión por su vinculación con la corriente quietista. Tanto sus obras, como las de su defensor, François de Fénelon, arzobispo de Cambrai, son censuradas por el papa Inocencio XII en 1699. Entre 1695 y 1703, Madame de Guyon cumple condena en Vincennes, Vaugirard y la Bastilla. Fruto de sus convicciones religiosas y de su encierro es su *Vie de Madame Guyon, Ecrite Par Elle-Même*, elaborada en diferentes etapas, entre 1682 y 1709. Su obra tendrá gran difusión entre los cuáqueros americanos.

¹⁰² Escritor y predicador baptista inglés. Debido a su actividad como predicador, John Bunyan es condenado en 1668 y no será indultado hasta 1672. Su autobiografía espiritual, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (1666), en la que describe su conversión y persecución, es editada hasta en cinco ocasiones en vida del autor. También es considerado un precursor de la novela inglesa moderna por su influyente obra *The Pilgrim's Progress* (1678).

propias hazañas y el discurso de la propia vida. El noble en ningún caso aceptaría someterse al juicio público que lleva consigo la autobiografía (Rodríguez, 1994: 114-116). Las clases nobles, en el caso de necesidad de enaltecimiento de su figura a través de la literatura, habrían recurrido a géneros más consolidados como la biografía, el modelo clásico de *las res gestae* o el panegírico. Por lo tanto, solo para las personas humildes se abría «la posibilidad de entregar su propia vida “privada” al pasto y al juicio del público» (Rodríguez, 1994: 116).

Para las clases populares, la autobiografía se convierte en el vehículo apropiado para alzar su voz dentro de la sociedad (Dabaco, 2005: 30-32), puesto que se trata de un género sin preceptiva y, por lo tanto, ilimitado desde el punto formal y que no pertenece a nadie, que no está limitado o sujeto a los presupuestos de ninguna autoridad. No parece que el acto de relatar su trayectoria vital desde una posición de sumisión plantee ningún problema para los autores más que en aquellos momentos en los que su discurso se puede desviar a otros géneros para los que, dada su condición social, no tendrían autoridad. Amelang cita en su trabajo el siguiente fragmento del diario de Parets al describir la entrada real de Doña María de Austria a Barcelona en 1630:

Empresa mui grande, o loco atrevimiento parece, el querer en breves líneas descifrar tanta magestad, tanta gala, tanta grandeza y tanta hermosura como la que mi pluma pretende describir en este capitulo: pero sírvame de sol, [no] como a Ícaro para el precipicio, mi buen deseo, y me dé calor para relatar, aunque en tosco idioma, la maior celebridad que ha visto Barcelona en estos siglos, con la entrada y arribo de la serenísima Doña María de Austria [...]. Aunque mi destino me trujo a esfera menor, no me quitó el ánimo de elevarme a cosas superiores y a tener de ellas natural complacencia y gusto, y así llevado de esto, descriviré, aunque con tosco idioma y nada afectado, los celosos aparejos [...] (Amelang, 2003: 143).

El autor es consciente de que el relato de un acontecimiento histórico de tal repercusión requiere el despliegue de una retórica específica no propia ni autorizada para su condición de artesano, y es por ello que se justifica. De la misma manera hay que entender las críticas de Lupercio Leonardo de Argensola, cronista oficial, Jerónimo de San José y Andrés de Ustarroz hacia el pastelero Luis López por atreverse a escribir sobre la historia de

Zaragoza.¹⁰³ Finalmente, en el mismo contexto cobran sentido las continuas justificaciones de Teresa de Jesús en el *Libro de la vida*:

Su Majestad tenga siempre a vuestra merced de su mano y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz alumbre esta miserable, poco humilde y muy atrevida, que se ha osado determinar a escribir cosas tan subidas. Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo intención y deseo de acertar y obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor, que es lo que ha muchos años que le suplico. Y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida, aunque no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí con toda la llaneza y verdad que yo he podido (Teresa de Jesús, [1588] 1983: 554).

Mediante la sumisión y humildad –así como a partir de la excusa de escribir por mandato–, Teresa de Jesús se justifica ante su confesor o censor no por escribir el discurso de su vida, sino por su atrevimiento al tratar temas reservados, en principio, para los teólogos. Como indica Navarro Durán, a través de este procedimiento “despeja suspicacias y avala el método como fruto de su experiencia cotidiana” (2017a: 79). Como mujer, Teresa, al igual que Parets, sabe que no es conveniente entrar en un terreno que le está vedado, si bien entre líneas no podrá evitar elevar la autoridad que le confiere su experiencia mística por encima del plano teórico desde el que abordan los métodos de oración los doctos.

También como desclasados sociales tienen voz en la autobiografía, así como en la ficción autobiográfica, los pobres. Como señala Rodríguez (1994: 31), el tema de la pobreza responde a una nueva concepción social que tiene su origen en el ámbito urbano de finales de la Edad Media e inicios del Renacimiento.¹⁰⁴ Para el crítico, entre los siglos XV y XVII esa nueva estructura social daría lugar a “la posibilidad de construir la propia vida a raíz de su enunciación desde abajo, desde el ámbito de lo atroz, del desorden y de su manera de defenderse ante él: del pícaro al bufón” (Rodríguez, 1994: 42). El mundo que los creadores de *Lázaro*, *la Lozana* y *Celestina* nos describen estaría enmarcado en ese intento de las clases humildes por dar respuesta ante una nueva situación de reestructuración del

¹⁰³ La reivindicación de Luis López de su derecho a escribir historia (en *Tropheos y Antigüedades de la Imperial Ciudad de Zaragoza*, 1639) genera críticas entre algunas voces que se erigen como autoridad. Así, aludiendo a la obra de Luis López, Lupercio Leonardo de Argensola, habla de “gacetas y romances”. El pastelero también es criticado por Jerónimo de San José en su epistolario con Andrés de Ustarroz. Ustarroz declara que Zaragoza se ha convertido en el hazmerreír de España, pues su pasado está en manos de “pasteleros movidos por su capricho ignorante”. La contundente respuesta de Jerónimo de San José es la siguiente: “escriba el zapatero, i haga zapatos el cronista” (ver referencias en Amelang, 2003: 223).

¹⁰⁴ En relación con el tema de la pobreza en la literatura, consultar: Rodríguez (1994) y Geremek (1991).

orden social (Rodríguez, 1994: 60). Considera, además, que existe un “punto ciego” en los Siglos de Oro, que es la vida como generadora de textos: “Y que ese miserable yo que es la vida cotidiana legitimara un texto, lo sostuviera con sus manos y lo guiara como un lázaro guía a un ciego.” (1994: 21). Ni *Lazarillo de Tormes* ni el *Retrato de la Lozana andaluza* se escriben con la finalidad de denunciar la realidad de las condiciones de vida del pícaro o la prostituta. *Lazarillo* es una crítica a los vicios de la sociedad del siglo XVI,¹⁰⁵ mientras que el *Retrato de la lozana andaluza* constituye, como demuestra Navarro Durán (2017c), una sátira contra algunos personajes públicos de la España del momento, enmascarados tras los diferentes tipos que van desfilando por la obra. Sin embargo, tanto la crítica como la sátira se articulan en torno a la vida cotidiana o a la trayectoria vital de un protagonista desclasado, por lo que, indirectamente, ambas obras, de alguna manera, terminan por dar cabida a las voces arquetípicas de ese nuevo universo marginal.

Estas conclusiones sobre la picaresca son extensibles a las autobiografías populares de la Edad Moderna. El nuevo orden social afecta de manera directa, como en adelante se mostrará, a la figura del soldado. A menudo, los soldados en el ámbito europeo escriben desde esa posición de víctima, de sumisión o de reclamación de justicia, de recompensa económica o de reconocimiento ante la autoridad. Sin embargo, las vidas de soldados no únicamente quedarían autorizadas o justificadas por ese rol de personaje marginal dentro de la sociedad, que adopta el militar en los siglos XVI y XVII, sino que detrás hay toda una tradición literaria con el guerrero o el hombre de armas como protagonista, orientada a satisfacer el gusto por el exotismo y la aventura de un público receptor habituado al consumo de libros y romances de caballerías, relatos de aventuras y de cautiverio o libros de viajes.

Además del gusto del público, la labor del soldado como autor de autobiografías vendría justificada por el papel de los soldados como informadores privilegiados en primera línea de batalla. Como se verá con detalle más adelante, estos ofrecen su relación o testimonio a cronistas oficiales, cuando no deciden por sí mismos asumir la labor del historiador o memorialista, pues su posición de testigos de vista les otorga la autoridad que

¹⁰⁵ Como indica Navarro Durán, el *Lazarillo* no es una novela picaresca, sino “una sátira erasmista contra miembros viciosos de una Iglesia necesitada de reforma” (2012: 68).

no les confiere su posición social. Las autobiografías populares llegan también, por lo tanto, al campo de batalla y es ahí donde toman la pluma hombres como el mercenario Ulrich Bräker¹⁰⁶ (1735-1798), el artillero y marinero Hans Staden¹⁰⁷ (1525-1579) o el cirujano Johann Dietz¹⁰⁸ (1665-1738).

Para Harari (2004), las memorias de soldados constituyen en sí un subgénero dentro del memorialismo, que se desarrollaría en el ámbito europeo desde su origen en la historiografía francesa hacia 1500, hasta el siglo XXI. No obstante, es indudable que el desarrollo y el éxito de las autobiografías populares en los siglos XVI y XVII constituyen un impulso determinante para que cada vez más soldados decidan dar cuenta de su trayectoria vital. El gusto por las relaciones peregrinas y extravagantes habría también alentado a conquistadores, viajeros y diplomáticos a escribir sus autobiografías, así como también a aquellos que habían tomado el camino del exilio o que habían pasado por un encierro en prisión (Ettinghausen, 1982: 15). Es el caso de los conocidos como *Naufragios* (1542) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (1488/1490-1559) y de las relaciones de tantos otros indios que han llegado a nuestros días. En definitiva, las autobiografías de soldados, junto a las Vidas de artesanos y a las autobiografías de monjas, son la máxima expresión del género durante la Edad Moderna.

Las motivaciones personales que impulsan a las clases populares de los siglos XVI y XVII a escribir autobiografías son variadas. Caballé sostiene que, en realidad, el desencadenante de toda autobiografía son las “metamorfosis” del individuo:

Si no hubiera cambios o éstos no afectaran a la psicología del narrador, a éste le bastaría con describirse a sí mismo de una vez por todas y la única materia cambiante en el relato sería la serie de acontecimientos exteriores que pueden sucederse a lo largo de una vida (1995: 32).

En un primer estadio, según Caballé (1995: 32), ese cambio respondería a una conversión religiosa. Este es el caso del modelo de san Agustín, que influye a las escrituras autobiográficas en el ámbito conventual de los Siglos de Oro, pero también de las autobiografías católicas, presbiterianas, anglicanas, de cuáqueros y de otros grupos

¹⁰⁶ Ulrich Bräker, *The life Story and Real Adventures of the Poor Man of Toggenburg* (1788-1789).

¹⁰⁷ Hans Staden, *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos* (1553-1555).

¹⁰⁸ Johann Dietz, *Master Johann Dietz, Surgeon in the Army of the Great Elector and Barber to the Royal Court. From the Old Manuscript in the Royal Library in Berlin* (1682-1696).

religiosos en el ámbito británico, y las inspiradas en el pietismo en la literatura alemana. Precisamente, motivado por su conversión religiosa, escribe su diario el carpintero milanés Giambattista Casale (1534-h. 1629) (Amelang, 2003: 175-176). Posteriormente, a partir del Renacimiento, el narcisismo y la voluntad de dejar huella serían los motivos por los que los autores optarían por el género autobiográfico como modo de expresión (Caballé, 1995: 32). En esa línea se escriben los libros de familia, con el deseo de transmitir un legado familiar a la descendencia. En ese contexto también hay que señalar la modernidad de la obra de Benvenuto Cellini (1500-1571), quien parece no tener necesidad de contar ni sus virtudes ni sus defectos, no tener un propósito didáctico ni historiográfico, no andar en busca de sí mismo, ni estar motivado por una finalidad concreta (Weintraub, 1993: 227). En última instancia, no hay que descartar la posibilidad de que los autores de autobiografías populares escriban por una utilidad práctica, sea de tipo profesional o económico, sobre todo en el caso de los soldados.

Finalmente, el éxito de las autobiografías en el ámbito popular no queda restringido temporalmente a la Edad Moderna. En la segunda mitad del siglo XVII, según Gusdorf (1991*b*: I, 219), se produce una progresiva laicización o desacralización del espacio interior, lo que conduce al renovado clima cultural del siglo XVIII. El conocimiento de uno mismo a través de la introspección se habría convertido en un fin en sí mismo y de aquí partiría el desarrollo de la autobiografía moderna que da lugar a las *Confesiones* de Rousseau (Gusdorf, 1991*b*: I, 235). Sin embargo, la línea de las autobiografías populares de la Edad Moderna continuará su curso para desembocar, en los siglos XIX y XX, como pone de relieve Amelang (2003: 241), en los textos autobiográficos de las clases obreras, los disidentes o militantes de izquierdas.

2. LA AUTOBIOGRAFÍA EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS DE ORO

Existe una posición crítica tradicional según la cual la autobiografía contaría con poco arraigo en la literatura española.¹⁰⁹ Sin embargo, autores como Pope (1974: 294), Ettinghausen (1982: 15),¹¹⁰ Fernández (1992: 1-2) y Caballé (2014: 409) ponen de manifiesto que se trata de un prejuicio, evidenciado por la cantidad de obras del género escritas en español ya en los Siglos de Oro.¹¹¹ Debido, además, a que las teorías sobre la autobiografía se desarrollan en el siglo XX y a que, en un primer momento, Lejeune establece las *Confesiones* de Rousseau como obra fundacional del género, los estudios sobre los textos autobiográficos españoles anteriores al siglo XVIII son escasos, tardíos y sesgados.¹¹² Por ello, no solo el conocimiento de la autobiografía en los siglos XVI y XVII está condenado a la parcialidad, sino también los trabajos que abordan el desarrollo, en general, de la literatura de la época.¹¹³

Es en el ámbito de la historiografía donde, en primera instancia, se da un interés por rescatar y comprender los textos autobiográficos. Así, Serrano y Sanz (1905) recoge en su estudio bibliográfico los títulos conservados de autobiografías y memorias a partir de la Edad Media y hasta el siglo XIX. Desde un enfoque literario, las obras tempranas del género, en conjunto, no serán abordadas hasta el análisis fundamental de Pope (1974), cuya línea seguirá posteriormente Goetz (1994). Pese a estas y a otras aportaciones al estudio de

¹⁰⁹ Para una visión completa de estas posiciones tradicionales, ver el resumen de Fernández (1992: 1-2).

¹¹⁰ Ettinghausen (1982: 14) llama la atención sobre la exclusión de las obras autobiográficas del canon literario, a excepción de las Vidas de santa Teresa y de Torres Villarroel. Considera que la autobiografía ha sido tratada como un “género subliterario” (1982: 14).

¹¹¹ Molino (1980: 115) se pregunta qué hacer con los textos autobiográficos tempranos, si se considera que el género surge en el siglo XVIII con las *Confesiones* de Rousseau. Precisamente, debido a la cantidad de obras conservadas en español y a las fechas de producción, el autor apunta que “l’Espagne est le creuset où s’est constituée l’autobiographie moderne” (1980: 125).

¹¹² Para una visión detallada de los prejuicios y carencias de los estudios sobre la autobiografía española anterior al siglo XX, ver el imprescindible análisis de Durán y López (2002).

¹¹³ Pope (1974: 294) sostiene que el estudio de la autobiografía es esencial no solo para un acercamiento a las obras del género en particular, sino también para comprender el desarrollo de otras formas literarias. En el mismo sentido, Ettinghausen señala la necesidad de delimitar un corpus autobiográfico y de llevar a cabo un análisis posterior de las obras que lo conforman, con el objetivo de establecer las relaciones mutuas entre estas obras y otros géneros de los Siglos de Oro.

la autobiografía,¹¹⁴ aún no existe un trabajo filológico moderno que complete y actualice la importante labor –aunque ya obsoleta– de Serrano y Sanz, si bien se da una excepción respecto a la producción autobiográfica en el ámbito conventual, sobre la que se han publicado exhaustivos y valiosísimos análisis críticos.¹¹⁵ A ello hay que añadir que tampoco existe una línea de investigación sólida sobre los egodocumentos, ni sobre los libros de familia, ni sobre otros escritos autobiográficos¹¹⁶ en el panorama español de la Edad Moderna, que sirvan de apoyo o complemento para el estudio de la autobiografía. Esa ausencia de un corpus convenientemente delimitado, similar al que ya existe para las obras de los siglos XVIII y XIX,¹¹⁷ dificulta todo análisis encaminado a detallar la materialización del género en los Siglos de Oro.

Los autores que abordan las características de las primeras manifestaciones autobiográficas en la literatura española toman diferentes perspectivas y puntos de partida para su análisis. En lo que respecta al origen del género, Jacobs (1975), Rico (1967) o Deyermond (1992) señalan la entrada de la voz personal ya en las literaturas medievales,¹¹⁸ mientras que, para Goetz (1994: 14), ese Yo que aparece en la obra de Berceo o López de Ayala supondría una construcción poética sin vínculos con el género autobiográfico. Retomando las teorías de Bajtín, algunos trabajos críticos señalan las conexiones y dependencias formales de las tempranas autobiografías españolas respecto a la biografía,¹¹⁹

¹¹⁴ Rico (1967), Jacobs (1975), Molino (1980), Gómez-Moriana (1987), Spadaccini y Talens (1988), Levisi (1989), Barchino (1993), Castillo Gómez (2004), Dabaco (2005), Robres (2005), Aladro y Dabaco (2008), Gastañaga Ponce de León (2012), Aladro (2014), Howe (2016) y Estévez Regidor (2019).

¹¹⁵ Entre los numerosos trabajos dedicados a la autobiografía en el ámbito conventual, hay que destacar especialmente los de Poutrin (1995) y Herpoel (1999).

¹¹⁶ Pascal (1960: 12-13) distingue las autobiografías de los escritos o pasajes autobiográficos, ceñidos a experiencias más concretas y, en ocasiones, intercalados en textos de otro género. Entre ellos, incluye, por ejemplo, los libros de viajes.

¹¹⁷ Ver el trabajo de Durán López (1997).

¹¹⁸ En su tesis doctoral, Jacobs (1975: 11), al hilo del análisis de la autorreferencialidad en la obra de Don Juan Manuel, concluye que los estudios de la autobiografía española deben partir de los textos medievales. En esa misma línea, Deyermond (1992: 163-164) señala la existencia de ciertos episodios autobiográficos en las obras de Pero Tafur, Teresa de Cartagena, Don Juan Manuel y el marqués de Santillana. Remite también a los documentos epistolares, las declaraciones de acusados y testigos, y los prólogos literarios para una aproximación al estudio de la voz personal en la tradición española (Deyermond, 1992: 168). Finalmente, Jacobs (1975: 29) considera que es el *Libro de buen amor* el primer texto literario en el que se exploran artísticamente las posibilidades de la narración autobiográfica, idea compartida por Rico (1967).

¹¹⁹ Ver Goetz (1994: 42).

la hagiografía,¹²⁰ la crónica,¹²¹ los libros de viajes,¹²² el género epistolar¹²³ y diferentes tipologías de documentos oficiales.¹²⁴

En cuanto a los motivos de la indudable fecundidad del género en los Siglos de Oro, la crítica señala, en primer lugar, el impulso de la línea confesional, debido a la traducción de las *Confesiones* de San Agustín a mediados del siglo XVI.¹²⁵ En segundo lugar, otros trabajos abundan en la idea de que el gusto por el realismo o verosimilitud en la literatura de la época habría supuesto un acicate para el género autobiográfico,¹²⁶ lo que vincula el desarrollo de este con los derroteros del discurso historiográfico en la Edad Moderna. En tercer lugar, constituye ya casi un lugar común el planteamiento de una conexión esencial entre la aparición de la autobiografía y el auge de la novela picaresca.¹²⁷

En lo que concierne a los aspectos formales de los textos autobiográficos de los Siglos de Oro, Pope (1974: 295) señala la diversidad de propuestas estéticas dependiendo de la personalidad de cada autor, si bien destaca la existencia de unas tendencias generales que evolucionarían desde una mayor sujeción al memorial o a la forma confesional hasta obras con mayor influencia de la ficción, sobre todo de la picaresca. Sin embargo, parece existir un consenso entre la crítica a la hora de establecer dos líneas de producción autobiográfica diferenciadas en la época: una religiosa o espiritual y otra secular.¹²⁸ Las autobiografías religiosas se centrarían más en el relato confesional o introspectivo, mientras que la línea secular optaría por la narración de aventuras o peripecias, poniendo mayor énfasis en la acción o en los acontecimientos externos.

¹²⁰ Calvo (2019: 31), Pope (1974: 125), Gastañaga Ponce de León (2012: 38), Herpoel (1999: 121-125).

¹²¹ Goetz (1994: 118, 145 y ss.) y Steinbach (2016: 94).

¹²² Goetz (1994: 34 y ss., 60) y Steinbach (2016: 240 y ss.).

¹²³ Francisco Rico (2000: 19-20) y Pozuelo Yvancos (1993: 183).

¹²⁴ Molino (1980: 133) y Fernández (1992: 12) relacionan la autobiografía con los memoriales, las confesiones, los interrogatorios o los testamentos. Pope (1974: 210) entiende la Vida de Domingo de Toral y Valdés como ampliación de un memorial. En el mismo sentido, Levisi (1984: 129) menciona la dependencia de la Vida de Contreras respecto al memorial de servicios. Fernández (1992: 11-12), siguiendo ambas consideraciones, concluye que la autobiografía de los Siglos de Oro estaría estrechamente vinculada con la burocracia y las instituciones legales.

¹²⁵ Goetz (1994: 64), Herpoel (1999: 121), Aladro y Dabaco (2008: 29) y Howe (2015: 83) señalan la influencia del autor en santa Teresa.

¹²⁶ Yllera (1981:169), Ettinghausen (1982: 19), Spadaccini y Talens (1988: 10), Goetz (1994: 25) y Gastañaga Ponce de León (2012: 12).

¹²⁷ Pope (1974: 299-300), Molino (1980: 128), Carreño (1986), Goetz (1994: 12, 121 y ss., 142, 153 y ss.) y Ettinghausen (1990: 27-28, 204).

¹²⁸ Serrano y Sanz (1905), Levisi (1988: 98), Goetz (1994: 12) y Molino (1980: 133).

En definitiva, para acercarse a las Vidas de soldados de los Siglos de Oro es imprescindible comprender el marco genérico en el que estas obras se insertan, esto es, las condiciones del acto autobiográfico y las características de la materialización del género en el momento. El desarrollo de la autobiografía de los Siglos de Oro, de acuerdo con las tesis de Todorov respecto a la formación de los géneros literarios,¹²⁹ estaría estrechamente vinculado con la evolución de ciertas formas de la prosa¹³⁰ del momento, ya identificadas por la crítica. Un breve análisis de esa interacción entre la autobiografía y las formas discursivas que *a priori* más inciden en la construcción del género permitirá comprender los contextos literarios de creación y las características de las obras en conjunto. A partir de ahí, se podrán establecer los subgéneros o las líneas de producción autobiográfica de los Siglos de Oro, entre las que se incluyen las Vidas de soldados.

1.1 Autobiografía e historiografía

En los Siglos de Oro nace la historiografía como disciplina científica independiente, impulsada por el espíritu renovador de los humanistas. Estos establecen una preceptiva con el fin de regular las características formales que debe presentar todo discurso historiográfico. La evolución de las modalidades textuales de la historia coincide con la renovación de la prosa áurea y, por lo tanto, con el desarrollo de la autobiografía como género. Goetz (1994: 118) establece un vínculo entre la posición de ciertos autobiógrafos, como Alonso de Contreras, con la perspectiva desde la que narra el cronista. Según el crítico, al documentar su interacción con el mundo exterior, estos autores estarían motivados por una intención historiográfica (Goetz, 1994: 145). En la misma línea, Steinbach (2016: 80) sugiere que las Vidas de soldados de los Siglos de Oro, además, habrían sido recibidas o leídas como documentos historiográficos en la época. Por lo tanto,

¹²⁹ El género se da siempre a partir de la transformación de uno o varios géneros antiguos, ya sea por inversión, desplazamiento o combinación (Todorov, 1996: 50).

¹³⁰ Aunque, desde las bases teóricas sobre el género, establecidas por Lejeune, los estudios críticos sobre la autobiografía se centran en los textos en prosa, es preciso señalar la existencia de obras también en verso desde la Antigüedad clásica. Un ejemplo son los poemas personales autobiográficos de Cicerón o Paulino de Pela. Del mismo modo, Goetz (1994: 56) llama la atención sobre la inclusión de pequeñas autobiografías en verso como prefacio de algunos poemas históricos. No obstante, en este estudio no se abordarán ni incluirán las autobiografías en verso, dado que ello exigiría una reflexión crítica y profunda previa sobre el Yo autobiográfico y el Yo lírico, que excedería los objetivos de la presente investigación. Para más detalles sobre la autobiografía poética, ver Estefanía (2000).

habría una conexión conceptual y teórica entre autobiografía e historiografía en los Siglos de Oro.

Desde el punto de vista de la génesis de la autobiografía áurea, Goetz (1994: 61), Barchino (1993: 104), Steinbach (2016: 94) y Sendón (2017: 409) apuntan que en la crónica y en la biografía estarían tanto el origen como los modelos narrativos de la expresión autobiográfica. De ahí que Cassol (2000: 46) plantee la conveniencia de llevar a cabo un análisis de los niveles de intertextualidad entre las obras historiográficas y autobiográficas, con especial atención en las digresiones que dan entrada a la voz personal o al discurso autorreferencial del cronista. Harari (2004: 28), sin embargo, cuestiona el planteamiento de una autobiografía entendida como producto de la culminación de un proceso de evolución de la crónica, puesto que ambos géneros tendrían un desarrollo y una evolución propios y paralelos durante los siglos XVI y XVII.

Finalmente, es preciso insistir de nuevo en que la construcción de la autobiografía áurea no únicamente está sujeta al desarrollo de la historiografía o al modelo formal de la crónica. La tradición de los libros de familia, los escritos carcelarios o las confesiones, así como la prosa literaria son también determinantes para la formación del género en los siglos XVI y XVII. No obstante, una breve aproximación a las relaciones entre la autobiografía y la historiografía contribuirá a comprender tanto el marco conceptual como la génesis del género en los Siglos de Oro.

2.1.1 *La verdad, el estilo sencillo y la modestia*

La autobiografía no tiene un espacio propio dentro de la preceptiva áurea. Por ello, apenas existen referencias teóricas sobre el género, más allá de contados fragmentos metaliterarios de los autobiógrafos. En relación con la historiografía, algunos aspectos paratextuales apuntarían a un vínculo conceptual entre ambos planos, como el hecho de que el editor de la *Crónica del Gran Capitán* decida añadir como material complementario en el mismo volumen la *Suma* de Diego García de Paredes.¹³¹ No obstante, los preceptistas

¹³¹ Según indicación de Cassol (2000: 77) en la edición *princeps* de la *Crónica de las dos conquistas de Nápoles* (Zaragoza, 1559) se incluye también la *Suma* de Diego García de Paredes. En las siguientes ediciones de la obra (Sevilla, 1580 y 1582; Alcalá de Henares, 1584), los editores también optarán por incluir la autobiografía del Sansón de Extremadura. Para Tamayo de Vargas, sin embargo, la primera edición es la de

humanistas, quienes sientan las bases de la historiografía como disciplina científica, no incluyen el relato de la propia vida como un género dentro del campo de la historia. Fox Morcillo, en su tratado *De historiae institutione dialogus* (1557) enumera los diferentes géneros o tipologías textuales propios de la historiografía: “crónica, cronología, comentarios, anales, diarios, narraciones breves o concisas, vidas o, finalmente, historia propiamente dicha”¹³² (Fox Morcillo, [1557] 2000: 212). Por “vidas” el autor entiende:

[...] las descripciones de algunos hombres o sus hechos, como son las de Plutarco, Filóstrato, Diógenes, Laercio, Suetonio, Dion y todos los demás que pusieron las vidas de otros en sus escritos (Fox Morcillo, [1557] 2000: 213).

Sin lugar a dudas, se está refiriendo a la biografía que, por lo tanto, a diferencia de la autobiografía, sí es considerada un género con la suficiente entidad clásica para ser considerado dentro de las teorías literarias. Del mismo modo, Cabrera de Córdoba, en *De historia, para entenderla y escribirla* (1611), distingue, dentro de la historia moral, la particular y la pública, y define la historia particular como aquella “que narra la vida, virtudes y vicios de alguno” (Cabrera de Córdoba [1611] 1948: 34). Los preceptistas de los Siglos de Oro, por lo tanto, no dan un lugar al discurso de la propia vida dentro de los géneros o tipologías textuales con los que se construye el relato histórico.

Los autobiógrafos de los Siglos de Oro, al igual que los preceptistas, no expresan en sus obras la idea de una equivalencia entre el acto autobiográfico y la labor historiográfica. Alonso Enríquez de Guzmán afirma su conciencia autobiográfica precisamente distinguiendo su discurso de la crónica:

1584, tal y como especifica en la entrada dedicada al autor: “Diego García de Paredes, de Trujillo, escribió *Relación de su vida para instrucción de D. Sancho de Paredes, su hijo*. Anda con la Crónica del Gran Capitán, escrita por Fernando del Pulgar. Alcalá, 1584” ([1639] 2007: 286).

¹³² Fox Morcillo distingue la “historia propiamente dicha” de las crónicas, definidas como: “narraciones dispuestas por el orden de tiempos. A esta clase pertenecen las que lo describen todo según las edades una a una” (Fox Morcillo, [1557] 2000: 212). La historia, por su parte, se concibe como: “exposición completa, abundante, verdadera, clara y adornada de hechos. No hay nada más útil que ella para el género humano, más ilustre, más divino o que pueda ser más necesario” (Fox Morcillo, [1557] 2000: 213). Para escribir la historia hay que elegir los hechos y que estos se dispongan “en sus lugares de modo apto y adornado” para lo que cual resulta imprescindible que el historiador disponga de “naturaleza, juicio, arte, imitación, consejo y suma prudencia” (Fox Morcillo [1557] 2000: 214).

Y desde nuestro capitán general fué avisado de los corredores, retruxímonos en çierta manera, como más largamente os contará la corónica que sobre ello se haze, porque esto no es sino para hazeros saver mi vida. (Enríquez de Guzmán, [1547] 1960: 15).

Del mismo modo, cuando relata su visión del conflicto entre Diego de Almagro y Francisco Pizarro en el contexto de la conquista de Perú, el autor también diferencia su obra de la biografía, reivindicando nuevamente la naturaleza autobiográfica del texto:

[...] no se haze para contar vidas ajenas syno la propia mía, solamente tocando en algunas otras a ella anexas e concernientes que combiene tocar en ellas para más declaraçión de la mía, por daros más claramente a entender lo que á acaesçido en esta vida [...] en lo bueno y en lo malo dellos no puedo dexar de tocar, pues dello susçeden mis obras (Enríquez de Guzmán, [1547] 1960: 155).

Similar aclaración se encuentra en la Vida de Juan Martín Cordero, quien justifica no detenerse en pormenores sobre Flandes de la siguiente manera:

[...] no me teman por corto de no tratar desto, porque yo no hago historia de Flandes sino de mi vida (Martín Cordero, [1588] 1927: 148).

También Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón se expresa en los mismos términos, al justificarse por no incluir en su obra todas las batallas de la guerra con Portugal:

Y porque en las demás campañas que hicimos, sorpresas de lugares y quemas de otros muchos, presas que hicimos, partidas, armas, convoyes y demás faenas militares, aunque me hallé en todo, suspendo el referirlo porque tocaba á otros la pelea, y no hallo en todo el número de ocasiones que en mi tiempo se ofrecieron, cosa que toque á mi intento más que lo referido: y así omito lo demás porque fuera meterme á cronista, si escribiera todo lo que ví y oí ([1690] 1888: 101).

Hay, en definitiva, en estos autores, como señala Goetz (1994: 101) en el caso particular de Alonso Enríquez de Guzmán, una clara conciencia de género, que se pone de manifiesto precisamente distinguiendo el acto autobiográfico del quehacer del historiador.

Una de las escasas reflexiones sobre la autobiografía, si bien indirecta, nos la da Cervantes, quien, como indica Levisi (1984: 220), muestra tener conciencia de un género cuyas reglas aún no han sido sistematizadas.¹³³ En el conocido encuentro de Don Quijote con los galeotes en el capítulo XXII de la primera parte, lo primero que le anuncia el guardia que custodia a los condenados al hidalgo es que se encuentra ante “gente que recibe gusto de hacer y *decir bellaquerías*” ([1605] 1998: I, 237). El caballero andante entabla

¹³³ Para más detalles sobre las ideas de Cervantes acerca de la autobiografía, ver Levisi (1988: 112).

conversación con uno de los galeotes, Ginés de Pasamonte, trasunto del soldado aragonés Jerónimo de Pasamonte:¹³⁴

- [...] sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.
 –Dice verdad –dijo el comisario–, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.
 –Y le pienso quitar –dijo Ginés–, si quedara en docientos ducados.
 –¿Tan bueno es? –dijo don Quijote.
 –Es tan bueno –respondió Ginés–, que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen.
 –¿Y cómo se intitula el libro? –preguntó don Quijote.
 –La vida de Ginés de Pasamonte –respondió el mismo.
 –¿Y está acabado? –preguntó don Quijote.
 –¿Cómo puede estar acabado –respondió él–, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras ([1605] 1998: I, 242-243).

El objetivo de Cervantes no es otro que tildar de fabulador, bellaco y pícaro al soldado aragonés. Por eso lo sitúa en galeras en el punto final de su *Vida*, al igual que Guzmán de Alfarache, a sabiendas de que Jerónimo de Pasamonte vive un cautiverio de dieciocho años condenado a trabajos forzados entre los turcos. Ginés de Pasamonte, además, no cuenta verdades en su obra y, por lo tanto, el relato se alejaría conceptualmente de la autobiografía y se situaría en la órbita de la novela picaresca, esto es, la autobiografía ficticia. En su burla, el autor del *Quijote* sugiere, de forma indirecta, que en la veracidad está la esencia del género autobiográfico.

En el capítulo XXII de la segunda parte del *Quijote*, Cervantes vuelve a referirse a la naturaleza de la autobiografía. Entre los libros que guarda Juan Palomeque en una maleta olvidada en su venta, se encuentran las novelas *Don Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania* junto a la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida*

¹³⁴ Jerónimo de Pasamonte es el autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. Es probable que la enemistad entre Cervantes y el soldado aragonés se dé durante la batalla de Lepanto, en la que ambos intervienen. Martín Jiménez (2017: 31-32) sostiene que, hacia 1595, Cervantes habría leído una primera versión de la autobiografía de Pasamonte, puesta en circulación en 1593, pues el manuscrito de la *Vida y trabajos* consta en la biblioteca de su amigo Hernando de Cangas. Además, Martín de Riquer (1988) propone a Jerónimo de Pasamonte como autor del falso *Quijote* de Avellaneda. Esta teoría ha sido ampliamente desarrollada por Frago Gracia (2005) y Martín Jiménez (2001, 2004, 2005, 2006, 2008).

de *Diego García de Paredes*.¹³⁵ Únicamente aprueba la evaluación crítica del cura la crónica del Gran Capitán:

[...] este del Gran Capitán es historia verdadera [...] y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas, que si, como él las cuenta y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes ([1605] 1998: I, 371-372).

Dejando a un lado la ironía con la que Cervantes muestra la credulidad del cura ante las hazañas de Diego García de Paredes,¹³⁶ el autor define al soldado extremeño como “coronista”, al igual que hará también Tamayo de Vargas en su *Junta de libros*.¹³⁷ La máxima de referencialidad en la obra de García de Paredes y en la *Crónica del Gran Capitán* se opondría al universo de los libros de caballerías, que se deleitan en la narración de ficciones, algo no únicamente considerado amoral o perjudicial desde un punto de vista social, sino también legalmente censurable.¹³⁸ La verdad y la “modestia de caballero y coronista propio” del Sansón de Extremadura, además, contrastarían con las mentiras y la fanfarronería del galeote Ginés de Pasamonte. Buen conocedor de la preceptiva de momento, Cervantes advierte el peligro de la vanagloria que subyace en la

¹³⁵ Como indica Cassol (2000: 77-78), Cervantes probablemente tuviera acceso a la edición de 1584 (Antonio Hernández, Alcalá de Henares) de la *Crónica del Gran Capitán*.

¹³⁶ Ver Miñana (2002: 53-69).

¹³⁷ En la entrada 509 del “Índice de escritores castellanos” aparece Diego García de Paredes como “historiador” ([1639] 2007: 121).

¹³⁸ Como sostiene Petrucci (1999: 58), son los órganos de poder de una sociedad los que, atendiendo a sus intereses, promueven una determinada función de la escritura, ejerciendo un control del producto escrito y del tipo de lenguaje utilizado. En los Siglos de Oro, se produce una batalla contra los libros considerados perniciosos o deshonestos, como las novelas de caballerías. Desde el Consejo Real de Castilla y a través de las licencias de impresión, se pretende impulsar la edición de libros considerados útiles o edificantes, esto es, obras de teología, lógica o libros de rezo. No obstante, como demuestra el “Memorial” que Lope de Vega escribe entre 1605 y 1616, los “pregoneros públicos de mentiras” (citado en García de Enterría, 1971: 143) continúan editando y difundiendo lecturas no edificantes, pues el autor solicita que estos: “[...] no pregonen por las calles Relaciones, coplas, y otros géneros de versos” (citado en García de Enterría, 1971: 141). Tal vez por este motivo, en 1621, Felipe IV crea la Junta de Reformación, que promueve la prohibición de imprimir “libros de comedias, nouelas ni otros deste género” (1974: 97). Ver sobre el particular: García de Enterría (1971), Moll (1974) y Castillo Gómez (2016).

autorreferencialidad, al tiempo que da la clave sobre el punto en el que confluyen historiografía y autobiografía en los Siglos de Oro: la verdad.¹³⁹

La verdad es una máxima que se antoja deseable en todos los géneros literarios de los Siglos de Oro, por lo menos de forma teórica. Las líneas de evolución de la novela pasan por una decidida apuesta por la verosimilitud o el deseo de que el texto escrito sea reflejo o se acerque a la verdad. Así, por ejemplo, Blanco Aguinaga (1957: 313) considera que en el realismo de textos como el *Quijote* y *Lazarillo* está la renovación de las formas narrativas. Los humanistas recuperan la división aristotélica entre historia, entendida como narración de hechos reales, y poesía, forma natural que adopta la ficción.¹⁴⁰ Así, para Vives, “La primera ley de la historia es que sea veraz, tanto, ciertamente, cuanto pueda garantizar el que la escribe” (Vives, [1532] 1948a: 781). Esa línea clásica tendrá vigencia aún casi un siglo después, como se comprueba en la obra anteriormente mencionada del preceptista Cabrera de Córdoba: “es la historia narración de verdades por hombre sabio, para enseñar a bien vivir” (Cabrera de Córdoba, [1611] 1948: 24). En los Siglos de Oro, la verdad, al igual que sucede durante la Edad Media, tiene un valor ejemplar y moralizante para los humanistas, es *magistra vitae* y, por lo tanto, ingrediente indiscutible de todo texto con valor historiográfico que se precie:

Aquí se tiene que predicar el amor de la verdad, el estudio y el cuidado de la utilidad pública, ya que en ello nos instruye la historia, no tú mismo o tus cosas, para cuya alabanza no se escribe ésta, sino para la utilidad pública, nacida del conocimiento de la verdad, al seguir el cual, sin embargo, te alaban y proporcionas un gran nombre a ti y a tu patria (Fox Morcillo, [1557] 2000: 236).

La exigencia de la verdad tiene implicaciones de carácter formal. Estas no se concretarían únicamente en la opción por la narración en prosa –ya que el verso está reservado para la ficción–, sino también por el empleo de un estilo sencillo: “Su cuerpo mismo es menester consagrarlo a la verdad; *ninguna necesidad de color ni de afeite*” (Vives, 1948a [1532]: 782). En la misma línea que Vives, Fox Morcillo ([1557] 2000: 257) se refiere a la “verdad

¹³⁹ La verdad, como apunta Frankl (1963: 36), es un concepto mutable, que evoluciona según la cultura y la época. El estudio de sus relaciones con la historiografía, además, es un terreno complejo y pantanoso que trasciende los objetivos de este trabajo. Para ello, ver Ricoeur (2000) y White (2003). Para una visión del tema en los Siglos de Oro, consultar el clásico estudio de Frankl (1963).

¹⁴⁰ Para un análisis en profundidad sobre la historia y la poesía o la ficción en los Siglos de Oro, ver el trabajo de Miñana (2002).

sospechosa” cuando en la historia se emplea un estilo afectado. Por consiguiente: “se debe narrar la verdad desnuda y no oscurecerla con ningún *artificio retórico*” (Fox Morcillo, [1557] 2000: 216).

La conexión entre la verdad y el estilo sencillo que plantean los humanistas como base de la historia parece ser un requisito formal indispensable también para gran parte de los autores de memorias y autobiografías. Como indica Gaucher (1994: 93), eso se advierte en el texto de Commynes. En cuanto a los autores españoles, Diego Duque de Estrada justifica la inclusión en su obra de la descripción de Roma y de otras ciudades de la siguiente manera:

Excusado el estudiar estos mis *Comentarios* lo exquisito, culto y exagerativo, porque, como en sí es una verdad sincera, llana y sin inventiva, esmerándome en el lenguaje y adorno de la historia, mostraría más presto ser novelas de entretenimiento que historia verdadera; y así, he huido de lo histórico, fabuloso y poético, a pesar de mi inclinación (Duque de Estrada, [1646] 1982: 180).

En todo momento, durante sus *Comentarios*, el autor se presenta bajo el noble ideal de las armas y las letras, en línea con su linaje, por lo que insiste en sus capacidades literarias o conocimientos de retórica. Por ello, desea dejar constancia de que la elección de un estilo llano está en función de la verdad del relato de vida. Del mismo modo, en el *Discurso de la vida* (1566), Martín Pérez de Ayala indica que escribirá los sucesos de su vida “con simplicidad y verdad” ([1566] 1947: 9). Una actitud similar, si bien con el matiz de la modestia, muestra al final de la primera redacción de su vida el capitán Alonso de Contreras, quien nos ofrece una auténtica declaración estética en la que verdad, humildad y laconismo van de la mano:

Esto ha sucedido hasta hoy, que son once de octubre de 1630 años, y si hubiera de escribir menudencias sería cansar a quien lo leyere; además que cierto que se me olvidan muchas cosas, porque en once días no se puede recuperar la memoria y hechos y sucesos de treinta y tres años. Ello va seco y sin llover, como Dios no lo crio y como a mí se me alcanza, sin retóricas ni discreterías, no más que el hecho de la verdad ([1633] 1983: 169-170).

La apuesta por la llaneza como garantía de la verdad y, al mismo tiempo, como muestra de modestia también se encuentra en Teresa de Jesús, quien insiste en su *Libro de la vida* en el deseo de dar a conocer su experiencia religiosa y su forma de ejercitar la oración con “claridad y verdad” (1983: 93, 388, 400). A partir de una exposición sencilla de sus

enseñanzas no solo se asegura del éxito de la difusión de sus doctrinas entre sus hermanas – lo que constituye el principal objetivo de su obra–, sino que también se puede mostrar humilde y sumisa ante “vuesa merced”, pues no debe olvidarse que escribe bajo la inquisitiva mirada del censor (Navarro Durán, 2017a y 2017b). Esa sencillez de estilo, como indica Navarro Durán (2017b), pasa a integrarse como un rasgo de la prosa de Teresa de Jesús. Al igual que Alonso de Contreras, quien detalla haber dado forma a su discurso en solo once días, santa Teresa insiste a lo largo de la obra haber escrito “casi hurtando el tiempo, y con pena porque me estorbo de hilar” ([1588] 1983: 180) o “no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester” ([1588] 1983: 554). La *negligentia diligens* ciceroniana les permite adoptar una posición de autores no profesionales o no doctos, lo que constituye una *captatio benevolentiae* común en la época. No obstante, en los autobiógrafos parece ser también una útil herramienta con la que refuerzan la validez y la sinceridad de su discurso, al tiempo que justifican el mismo atrevimiento del acto autobiográfico ante los lectores, pues los aleja de cualquier sospecha de autoenaltecimiento.

Al igual que la verdad y la sencillez, la humildad o la “modestia” ponderada por Cervantes en relación con la *Suma* de García de Paredes juegan un papel fundamental en la autobiografía de los Siglos de Oro. Los autores en todo momento parecen querer protegerse del riesgo de caer en la vanidad. Como indica Rico (1983: 421), tanto la modestia cristiana como la retórica clásica desaconsejan hablar de uno mismo salvo por causas de fuerza mayor.¹⁴¹ Véase, al caso, la recomendación de Vives para la escritura de cartas:

De nuestras cosas hablaremos con medida, con modestia, con reserva, con parquedad, para alejar todo asomo de arrogancia que no soportamos en los más grandes hombres y que se parece a un veneno que afea y corrompe las cualidades, por otra parte hermosísimas, sobre las que se derrama ([1536] 1948b: 848).

Rico (1983: 420) sugiere que el hecho de que un individuo de clase social baja, en los Siglos de Oro, se atreva a escribir sobre su persona podría resultar escandaloso. Sin embargo, tal reserva no es exclusiva de los autobiógrafos de origen humilde, dado que

¹⁴¹ Santo Tomás distingue la vanagloria (*inanis gloria*), que sería un vicio y, por lo tanto, no tendría justificación alguna, de la gloria legítima de los hombres destacados: “natural manifestación o irradiación de alguna bondad”, esto es, “reflejo de la gloria divina” (Frankl, 1963: 201). La vanagloria se situaría, por lo tanto, en el terreno de Satanás.

también Alonso Enríquez de Guzmán, quien a lo largo de su obra insiste en poner en valor su linaje y su persona, siente la necesidad de justificar su acto autobiográfico en la “Dedicatoria”:

La qual obra, illustrísimo señor, con vuestras yllustrísimas y verdaderas palabras os suplico autorizéys, y certifiquéys esto que digo y en efeto pasó, porque verdaderamente es verdad y de mí se deve creer. Porque lo hize no por ponpa ni vanagloria, syno porque muchos hijos de buenos hagan y obren lo que a su estirpe y genealogía son obligados (Enríquez de Guzmán, [1547] 1960: 6).

Ante los fantasmas de la vanagloria, aquellos de origen humilde optan, en general, por mostrar una actitud sumisa, en la línea de las formas autorreferenciales de documentos administrativos como la súplica, la confesión o las memorias justificativas. Las religiosas como Teresa de Jesús, además, se podrán escudar bajo el lugar común de la escritura por mandato. No obstante, estas estrategias no resultan viables para aquellos que, como Alonso Enríquez de Guzmán, debido a su posición social, no pueden escribir su obra en clave de arrepentimiento, sumisión o súplica y que, además, en su condición de personajes públicos, tal vez pudieran haber encargado la redacción de su biografía. Estos autores eligen destacar el valor ejemplar de su obra para la educación de los nobles, a fin de que se conduzcan según “lo que a su estirpe y genealogía son obligados”. De este modo, circunscriben el texto en la noble tradición del espejo de príncipes. Tal es la estrategia que se observa también en la autobiografía de Diego García de Paredes, quien al final de su relato declara escribir para su hijo Sancho,¹⁴² o en la obra de Félix Nieto de Silva.

Ni tan siquiera el monarca Carlos V se siente libre del peligro del autoenaltecimiento, como se observa en el escrito fechado en 1552 que encabeza sus conocidas *Memorias*. Su obra está concebida en la línea de los *Comentarios* de Julio César y, por lo tanto, el texto quedaría justificado por la misma tradición clásica recuperada y avalada por los preceptistas. Aunque, siguiendo el modelo cesariano, utiliza la tercera persona, no por ello

¹⁴² Existen dos versiones de la autobiografía de García de Paredes, la que recupera Menéndez Pelayo y la de Antonio Rodríguez Villa, en la que el texto se amplifica. En el texto reproducido por Menéndez Pelayo, la *Suma* finaliza de la siguiente manera: “Dejo estas cosas a Sancho de Paredes, por espejo en que haga sus obras conforme con éstas, en servicio de Dios” ([1559] 2006: 48). En la versión de Rodríguez Villa y Torre se recoge lo siguiente: “Dejo estas cosas a Sacho de Paredes, mi hijo, para que en las cosas que se ofrecieren en defensa de su persona y honra haga lo que debe como caballero, poniendo a Dios siempre delante de sus ojos y procurando tener razón para que le ayude” ([1559] 2006: 88). Como fuere, la obra quedaría enmarcada en la tradición del espejo de príncipes, si bien no se puede determinar con seguridad si este último fragmento se debe a la pluma del propio García de Paredes o que se trata de un añadido del editor.

se siente libre de los peligros que entraña la autorreferencialidad, pues son palpables sus reservas:

Esta historia es la que yo hize en romance, quando venimos por el Rin y la acabé en Augusta: ella no está hecha como yo quería. Y dios sabe que no la hice con vanidad, y si della El se tuuo por ofendido, mi ofensa fue más por ignorancia que por malicia; [...] Yo estuue por quemarlo todo, mas porque, si Dios me da vida confío ponerla de manera que El no se deservirá della, para que por acá no ande en peligro de perderse, os la embío, para que agáys que allá sea guardada y no abierta hasta [...] (Carlos V, [1552] 1979: 485).

La insistencia en el carácter privado o semiprivado, aunque sea temporalmente, es también la postura adoptada por Carlos V, quien, tras superar esa presunta tentación de quemar el texto de sus memorias, termina por acogerse a la ya clásica máxima horaciana.¹⁴³ Aunque probablemente se trate de una postura tópica, la preocupación del monarca podría ser, además, sincera. Cabrera de Córdoba se hace eco de ella años después:

Estando retirado para morir tan gloriosamente como viuió y triunfó el emperador don Carlos Quinto [...] preguntó al gran padre Francisco de Borja, duque de Gandía en el siglo, si era vanidad el escriuir sus propias hazañas: porque él auia escrito todas sus jornadas, causas y motiuos para emprenderlas, para que se supiesse la verdad: porque los historiadores de nuestros tiempos que él auía conocido y leído la escurecían o por no saberla o por afición (Cabrera de Córdoba, [1611] 1948: 20).

El preceptista nos da, además, un nuevo pretexto para la escritura autorreferencial del Emperador: la verdad. Parece que solo el mismo testigo de los acontecimientos puede asegurar la veracidad de los hechos descritos, por lo que el monarca, a riesgo de ser tachado de vanidoso, se sentiría autorizado a escribir sus memorias. Es preciso señalar, sin embargo, como un posible motivo de la escritura del texto, los intentos infructuosos de Carlos V por lograr que vea la luz una biografía dedicada a su persona.¹⁴⁴ Tal vez por ello decide tomar el modelo de memorialismo cesariano y escribir él mismo sus hazañas.

¹⁴³ Agustín de Zárate recoge la idea de Horacio de la siguiente manera: “Y assi seria muy sano consejo a los historiadores entretener sus historias no solamente los nueue años que Horacio manda en otras qualesquier obras, pero aun nouenta: para que los que proceden de los culpados, tengan color de negar su descendencia, y los nietos de los virtuosos, queden satisfechos con qualquier loor que vieren escrito dellos” ([1555] 1965: 7).

¹⁴⁴ Para la construcción de su crónica imperial, el monarca contrata a cronistas de la talla de Juan Ginés de Sepúlveda, Bernabé de Busto, Pedro Mexía o Juan Páez de Castro. No obstante, el proyecto no verá la luz hasta 1614, cuando Prudencio de Sandoval retoma los materiales de trabajo de los autores anteriores para su *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos Quinto*.

Más de un siglo después de las dudas de Carlos V respecto a su relato autobiográfico, la estrategia de la distancia respecto a los hechos narrados también le sirve de justificación del acto autobiográfico a Tamayo y Velarde, como muestra al inicio de sus *Memorias del captiuero* (1683):

Muchos años me he resistido a las instancias de los amigos y personas de respeto que me han pedido escriba los sucessos de mi captiuero en Berbería, porque siempre he tenido por peligroso ser historiador de sí mismo el que refiere los sucessos de su vida, ora sean aduersos, o prósperos. Si escribe lo que ha hecho bueno parecerá jactancioso; si pondera los males padecidos incurrirán la nota de exagerados; y en los vnos y los otros lleba arriesgado el crédito de verídico. Ya en los vltimos años de mi vida me determino a atropellar por este reparo; porque ni pretendo llevar aplausos a la sepultura, ni temo incurrir la nota de los viuos, y espero que los que leyeren darán crédito a esta relación por el honor que se debe a la vejez ([1683] 2017: 47).

La petición, no ya de un superior, sino del lector potencial: los “amigos y personas de respeto”, refuerzan la justificación del discurso autorreferencial. Bien entrado el siglo XVII, el relato en primera persona de experiencias personales estaría justificado por la demanda de un público ya acostumbrado a algunas formas de literaturas del Yo. Aun así, la necesidad de “modestia” de la que habla Cervantes continuaría vigente, pues uno de los riesgos de la vanagloria, como sugiere el fraile jesuita, estaría paradójicamente en la pérdida de veracidad. Para Barchino (1993: 102-103), además, el esfuerzo por no caer en la vanidad habría motivado que los textos autobiográficos no se publicaran en el momento.

En suma, la autobiografía en los Siglos de Oro, desde la preceptiva, no se entiende como una modalidad en la órbita de la historia o la crónica. Los autores parecen ser conscientes de estar escribiendo algo distinto a un documento historiográfico. La conexión teórica o conceptual entre autobiografía e historiografía estaría basada en la máxima de verdad en torno a la cual se articulan ambos planos de producción textual. En lo que a la autobiografía concierne, la impostura de verdad autoriza un acto autobiográfico que, de otra manera, podría ser tachado socialmente como un ejercicio de vanagloria. Esa ilusión de referencialidad, además, implica unas soluciones estéticas dictadas por la preceptiva del momento, que se concretan en la preferencia por un lenguaje llano. En última instancia, la verdad, el estilo sencillo y la modestia no solo avalan el género autobiográfico, sino que también, paradójicamente, terminan por justificar y dar cabida al discurso autorreferencial en la historiografía, como a continuación se argumentará.

2.1.2 *Testigos de vista y experiencia individual versus autoridad*

La moda o exigencia de la verdad en la escritura de la Edad de Oro no únicamente tiene implicaciones estilísticas, como ya se ha puesto de relieve anteriormente, sino que también determina el oficio del historiador o cronista. Desde el siglo XII el testimonio tanto oral como escrito va ganando importancia en el terreno judicial, lo que supone una priorización del hecho reciente comprobado y verificado en los procedimientos. Esta valoración del rigor en la información reforzará los métodos de construcción del relato histórico importados de los clásicos. Así, en relación con la manera apropiada de situar o describir lugares geográficos, Fox Morcillo advierte lo siguiente:

Se necesita del cuidadoso conocimiento de la cosmografía, de los viajes, del relato de mercaderes y navegantes que en sus numerosos viajes tienen noticia de ellos o de la narración verificada de soldados o aquellos que estuvieron presentes en los hechos, si el historiador no estuvo [...] Todo esto se conocerá a la perfección o por la cosmografía, o en su defecto, por el relato de otros ([1557] 2000: 223).

Las relaciones de mercaderes, misioneros, conquistadores o soldados dan acceso a una valiosa información, que, en todo caso, debe ser verificada, esto es, contrastada por el cronista. Consciente de que en función de unos determinados intereses o de la percepción subjetiva de cada individuo pueden darse distintas versiones de un mismo acontecimiento, Cabrera de Córdoba señala la importancia del criterio del historiador a la hora de fijar una única versión del relato:

[...] sería pequeña la historia que de lo que vio solamente se hiziesse y forçosamente ha de creer lo que le dizen no vno sinó muchos, en quienes no hallará la perfecta narración de que él presupone vniforme. Antes porque es ordinario y cierto el variar, aurá de argumentar sobre prouables en la diuersidad de los hechos que se refieren, para sacar en limpio la fineza de la verdad y establecer lo que más verdadero o verosímil le pareciere. Vale más en estas cosas la relación que la presencia (Cabrera de Córdoba, [1611] 1948: 24).

Esta metodología humanista supone una evolución en relación con la labor del cronista medieval –generalmente vinculado al ámbito monacal–, dedicado a la compilación de información almacenada en archivos y libros con el fin de elaborar una versión definitiva de la historia nacional o universal desde la Antigüedad. En los Siglos de Oro, la figura del testigo de vista o informante adquiere mayor relevancia en la medida en que se impone el

relato de acontecimientos de la historia reciente. Usunáriz (2007) y Kagan (2010) ponen de relieve que la crónica se revela como un instrumento propagandístico idóneo para una monarquía que en la difusión de victorias militares y conquistas de nuevos territorios descubre una herramienta para ensalzar su imagen ante el pueblo.¹⁴⁵ La historia pasa, así, a ser competencia del estado y el discurso oficial es controlado a través de la figura del cronista real –cuya obra debe pasar por la revisión del Consejo– y del mecenazgo de la administración (Usunáriz, 2007: 105).

A pesar de la profesionalización del oficio de cronista, en un contexto en que la historia –al contrario de las recomendaciones de los humanistas– también se escribe en lengua vernácula, son muchos los testigos de vista que ceden a la tentación de pasar del rol de mero informador a tomar la pluma y erigirse en autores del relato histórico. Lo hacen bien sea con el fin de solicitar una recompensa por su participación en los acontecimientos narrados, bien para defender su imagen pública, o simplemente por el placer de escribir su versión de la historia. En tal contexto juega un papel determinante la traducción y difusión de los *Comentarios* de Julio César,¹⁴⁶ modelo al que recurren gran parte de los autores no autorizados desde el punto de vista de la ortodoxia defendida por preceptistas y cronistas profesionales.

Con el aval de los clásicos,¹⁴⁷ el comentario constituye una de las formas propias del relato histórico reconocidas por los humanistas. Para Vives, se trata de una modalidad

¹⁴⁵ Sobre las relaciones entre la escritura y el poder público, ver Petrucci (1999). El autor destaca un uso de la escritura y testimonios gráficos encaminado a “dar mensajes a sus súbditos, a propagar la propia imagen y a perpetuar en el tiempo la memoria de sí” (1999: 58).

¹⁴⁶ La primera traducción al español de los *Comentarios* de Julio César es de Diego López de Toledo, comendador de Castilnovo, caballero de la Orden de Alcántara y secretario de los Reyes. Son precisamente estos quienes le encargan la traducción en 1490. La obra será editada en 1498 y reeditada en 1529, 1549 y 1621. El texto de César tiene un claro objetivo propagandístico, por lo menos, como indica Sánchez Salor (2010: 25-26), en la primera parte, pues luego el componente histórico va ganando terreno en el discurso. En la tradición occidental, los *Comentarios* se difunden como modelo de escritura para las crónicas y los tratados de *re militari*, pero también tendrán valor a modo de espejo de príncipes. No en vano, Diego López de Toledo dedica su traducción al príncipe D. Juan. Para más detalles sobre la recepción y difusión de los *Comentarios* de Julio César en el Siglos de Oro, ver: Costas Rodríguez (2005), Moreno Hernández (2010) y García-Alegre (2010).

¹⁴⁷ La historiografía latina distingue *Historiae* y *Commentarii*. Se entiende por “comentarios” una monografía histórica en la que el autor es al mismo tiempo el protagonista de los hechos, y se sirve de tal modalidad con objetivos propagandísticos (Sánchez Salor, 2010: 22). El texto, además, tiene una marcada estructura en la que el relato de cada campaña militar incluye *consilia* o antecedentes, *acta* o hechos y, finalmente, *euentus* o consecuencias. Según Sánchez Salor (2010: 42), este patrón favorece la entrada de

“ceñida, directa, desnuda” (Vives, [1532] 1948a: 803). En la misma línea, por “comentario”, Fox Morcillo entiende: “una narración concisa y simple que contenga lo principal de los hechos, como son los de César, de sobra conocidos entre la gente” ([1557] 2000: 212). De alguna manera, esta definición muestra no solo que a mediados del siglo XVI la obra de César ya goza de gran difusión, sino la existencia de cierta conexión conceptual entre el modelo cesariano y las relaciones de sucesos, pues el comentario parece entenderse como una variedad textual de producción ágil en la que podría primar el valor informativo. Las relaciones de sucesos, como se verá más adelante, irán adquiriendo importancia en el contexto de la construcción del discurso histórico oficial de la época.

En su estudio sobre las memorias de militares en el ámbito europeo, Harari incluye algunos textos escritos por soldados que estarían vinculados con el patrón de la tradición de los comentarios. Es el caso de las obras de Bernardino de Mendoza (1540-1604),¹⁴⁸ Francisco de Aguilar (1479-1560)¹⁴⁹ y Francisco Verdugo (1537-1597).¹⁵⁰ Dejando a un lado la adscripción genérica de estos comentarios desde el punto de vista de la actual crítica literaria, así como también las posibles deudas de los textos en relación con el

valoraciones de tipo moral en la última parte de la obra, lo que es posteriormente aprovechado por la historiografía cristiana.

¹⁴⁸ Noble emparentado con el Cardenal Cisneros, licenciado en la facultad de Arte y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares, militar, caballero de la Orden de Santiago, político y diplomático. Participa en campañas militares junto al duque de Alba entre las décadas de 1550 y 1570. En relación con su experiencia militar, escribe sus *Comentarios de lo sucedido en la guerra de los Payses Baxos desde el año 1567 a 1577* (1592), orientados a la formación de los soldados, que se imprimen y traducen en 1591 y 1611 al francés y, en 1597, al inglés. En la obra en ocasiones se refiere a sí mismo y a su participación en la guerra en tercera persona. También es autor del tratado *Teórica y práctica de la guerra* (1595), que tiene una gran difusión en Europa, pues en 1596 se traduce al italiano; en 1597, al francés; en 1598, al inglés; y, en 1667, al alemán. Además, traduce los *Seis libros de las Políticas* de Justo Lipsio. Sobre la interesante figura de Bernardino de Mendoza, ver Laspéras (1997) y Cabañas Agrela (2001).

¹⁴⁹ Fray Francisco de Aguilar escribe en su vejez una *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, sobre las campañas de Cortés, en las que participa antes de tomar el hábito de monje en 1529. Se trataría más bien de una historia general, en la que, según indicación de Harari (2004: 196), hay esporádicas apariciones del autor como protagonista de los hechos.

¹⁵⁰ Soldado noble que desarrolla su carrera militar en la década de los 1550. Es posteriormente nombrado sargento mayor por el duque de Alba y en 1581 asciende a gobernador de Frisia. Tras su caída en desgracia por la pérdida de Frisia, escribe una relación en tono apologético que recoge los acontecimientos históricos entre 1581 y 1594 que dan lugar a la derrota. El *Comentario del coronel Francisco Verdugo de la guerra de Frisia en XIV años que fue gobernador y capitán de aquel estado y ejército por el rey don Felipe II nuestro señor* (1610). La obra circula manuscrita en los Países Bajos, Francia e Italia. Para más detalles, ver Armas (1950) y Fagel (2017).

memorialismo francés,¹⁵¹ estas obras resultan reveladoras en cuanto a la presencia de un discurso autorreferencial en el ámbito historiográfico de los Siglos de Oro. Así, al inicio del *Comentario de la guerra de Frisia* (1610) del coronel Francisco Verdugo, la redacción del texto queda justificada en los siguientes términos:

Siendo advertido de la corte de estos estados de los malos oficios que en ella algunos me hacen contra razón, procurando por sus pasiones, o particulares intereses, escurecer mis servicios, me ha parecido convenirme cortarles el hilo de sus tramas y diseños por este medio, no pudiendo por ahora hacerlo en persona. Y así, forzado, divulgaré mi proceder en los catorce años que he tenido esta provincia y ejército a mi cargo, narrando llanamente todos los accidentes de este tiempo, con tan manifiesta y pura verdad, que ninguno, sin apartarse della, podrá decir en contrario cosa que baste a disminuir un solo punto de el nombre y reputación que Dios ha sido servido darme, que sabe la intención con que siempre he vivido, en servicio de mi Rey (Verdugo, [1610] 1872: 1-2).

La relación de la guerra de Frisia está, por lo tanto, motivada por la necesidad de defender tanto el honor personal como la fidelidad al monarca por parte del autor, quien, además, incluye en la justificación de su obra la consabida declaración estética, esto es, la elección de un estilo llano en favor de la veracidad del relato. La autorreferencialidad, en este caso, es indispensable, puesto que el texto está concebido precisamente para la defensa pública del autor ante las acusaciones de sus enemigos. El ejemplo de Verdugo pone de manifiesto la presencia del discurso autorreferencial en la historiografía española por lo menos desde finales del siglo XVI, si bien para Harari (2004: 189) podría ser anterior.

En relación con el relato subjetivo o la entrada de la autorreferencialidad en el discurso histórico, además de la traducción y difusión del texto cesariano, será determinante la llegada de los españoles a suelo americano en 1492. El encuentro con el nuevo continente trae consigo una reformulación de las formas textuales y de la metodología empleadas en la

¹⁵¹ Como ya se ha indicado anteriormente, el memorialismo parece iniciarse en la tradición francesa con Comynnes. Gaucher (1994: 95) indica que ya Comynnes expresa la idea de que la historia debe ser contada por sus protagonistas. Sin embargo, Harari (2004: 189) considera que hay obras españolas ya en el reinado de los Reyes Católicos, como las de Álvarez de Albornoz y Andrés Bernáldez, anteriores a los textos franceses. Como fuere, el estudio de Harari (2004) pone de relieve que este tipo de memorialismo vinculado a los comentarios sería una tendencia común en el marco de la literatura y la historiografía europeas. No existen estudios equiparables al de Kuperty-Tsur (1997) que aborden los textos españoles, como tampoco se dispone de un análisis comparativo entre las distintas tradiciones europeas de las memorias, más que la aproximación de Harari, que presenta las limitaciones propias de un trabajo que no pretende ser en ningún caso una aproximación literaria. El memorialismo español es un tema complejo que requiere de un análisis pormenorizado aún por hacer.

narración histórica, que terminan por dinamitar los rígidos y exclusivistas criterios estipulados por preceptistas e historiadores profesionales. Como indican Delgado-Gómez (1995: 3) y Valcárcel (1997: 430), ante la ausencia de referencias clásicas sobre América, los cronistas se sirven del relato de viajes, pero también de los testimonios de soldados y conquistadores, quienes, por diversas razones, remiten información instantánea sobre sus actividades en el Nuevo Mundo a los órganos de poder.

Las relaciones y las cartas de relación,¹⁵² además de otros documentos oficiales, como ciertos memoriales de servicios, estarían a medio camino entre el documento administrativo y otros géneros de escrituras o literaturas del Yo, como las cartas. Con la redacción de estos textos, sus autores cumplen con el deber recordado en las capitulaciones: hacer relación del viaje para informar a sus superiores (Valcárcel Martínez, 1997: 354).¹⁵³ Así, en la línea de los primeros escritos de Cristóbal Colón, redactan sus cartas de relación los capitanes Hernán Cortés o Pedro Alvarado (1485-1541),¹⁵⁴ entre otros. El mandato, al igual que podría suceder en ciertas autobiografías del ámbito conventual, es el motivo o tal vez simplemente la justificación de buena parte de estos escritos. No obstante, otros autores,

¹⁵² Agustín de Zárate expresa de la siguiente manera qué entiende por “relación”: “[...] escreui vna relacion que no lleua la prolixidad, y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breue ni sumaria que se pueda llamar Comentarios, mayormente yendo diuidida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escreuir” ([1555] 1965: 5-6). Para Valcárcel (1997: 394), se trata de un documento primario no elaborado literariamente y próximo al informe oral. En el siglo XVI, en el contexto del Nuevo Mundo, las relaciones son vitales para la promoción o para justificar la propia actividad de los conquistadores en territorio americano. Algunos de estos documentos, que en principio tienen un carácter privado, se publican posteriormente como pliego suelto. Dado que la mayoría de relaciones se escriben a modo de epístola, volveremos sobre el mismo asunto más adelante, en el apartado “El género epistolar y la expresión autorreferencial”.

¹⁵³ Pupo-Walker (1992: 84) establece una relación entre esos documentos y la tradición de edictos imperiales romanos e *Instituciones* de Justiniano. Los informes responden a las exigencias de la Copulata de leyes de Indias y, por lo tanto, se redactan teniendo muy presentes las directrices institucionales que regulan los motivos de los mismos. (Pupo-Walker, 1992: 86). Las relaciones deben entenderse, por lo tanto, también en el contexto del derecho indiano, por lo que su forma y contenidos estarían determinados también por directrices de tipo administrativo o legal.

¹⁵⁴ Como es bien sabido, se conservan cuatro (1520, 1522, 1524, 1526) de las cinco cartas escritas por Hernán Cortés para dar cuenta de su actividad en el Nuevo Mundo, pues la primera carta de 1519 no ha llegado a nuestros días. A su vez, cuando Cortés envía a Pedro de Alvarado a realizar labores de reconocimiento del territorio, también le requerirá que informe por escrito de todo lo que halle y acontezca. Pedro de Alvarado escribe dos cartas, una desde Uatatlán, el 11 de abril de 1524, y otra, el mismo año, el 28 de julio en Santiago. Las cartas de Pedro de Alvarado son editadas por primera vez en 1525 por Gaspar de Ávila y, en 1606, se traducen al italiano.

como Pascual de Andagoya (1490-1548),¹⁵⁵ Andrés de Urdaneta (1508-1568)¹⁵⁶ o Pedro Valdivia, (1497-1553)¹⁵⁷ se dirigen a una instancia superior sin una demanda previa¹⁵⁸ para solicitar mercedes o para justificar su controvertida actividad en el continente americano, auspiciándose en la validez de su relato como testigos de vista y protagonistas de los hechos históricos (Harari, 2004: 42). Lo cierto es que, a partir de 1525, la producción de cartas o relaciones, cuyos autores insisten en su calidad de testigos de vista, va en aumento (Valcárcel, 1997: 430). La difusión y el acceso de los cronistas y la población a estos textos tendrán un innegable impacto en el relato histórico oficial.

La utilización de las relaciones de soldados en la construcción del discurso histórico se ejemplifica en la búsqueda de materiales por parte de Fernández de Oviedo para su crónica sobre América. El autor, según indica Pupo-Walker (1992: 39), se habría entrevistado con Álvaro Núñez Cabeza de Vaca para conseguir información.¹⁵⁹ Del mismo modo, al inicio de

¹⁵⁵ Inicia su trayectoria en la Nueva España al servicio de Pedrarias Dávila, si bien cae en desgracia, cuando este abandona Panamá, ante Pedro de los Ríos, nuevo gobernador, por lo que es desterrado y despojado de sus bienes. En 1540 es acusado de usurpador por Belalcázar, gobernador de Popayán. Este hecho es el motivo de la “Carta del adelantado Pascual de Andagoya dirigida al Emperador Carlos V, sobre su partida de Panamá, y prosecución y reconocimiento hasta Cali”. Andagoya escribe esta carta de relación el 15 de septiembre de 1540 con el fin de intentar demostrar que su presencia en el Nuevo Mundo es necesaria. Es, finalmente, enviado a España en 1541, donde el Rey le restituye su cargo. Ese mismo año escribe la *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en Tierra Firme, desde el año 1514, que fue con su armada de 19 naos, en el descubrimiento del mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua, en la conquista y pacificación de aquellos países*.

¹⁵⁶ Embarca en 1525 en la expedición de Elcano hacia la Especiería. También participa en la expedición al Pacífico de Pedro de Alvarado en 1538 y en otras campañas por Asia y América. Escribe estudios cosmográficos y derroteros, como la *Tabula geográfica del Mar del Sur*, además de una *Relación escrita y presentada al emperador por Andrés de Urdaneta de los sucesos de la armada del comendador Loaisa, desde 24 de julio de 1525 hasta 1535*.

¹⁵⁷ En el contexto del descubrimiento y la conquista de Chile, Pedro Valdivia escribe seis cartas entre 1545 y 1552, dirigidas a Hernando y Gonzalo Pizarro, al Consejo de Indias y al Emperador, en las que pide mercedes e informa de los servicios prestados. Pérez (2018) establece coincidencias entre las representaciones espaciales en Valdivia y Jerónimo de Vivar, quien escribe la primera crónica sobre Chile en 1558. Como resultado del análisis, concluye que las cartas de Pedro de Valdivia trazan el modelo de representación del espacio chileno en relación con las decisiones políticas en el territorio, estableciendo un modelo retórico que será retomado por cronistas o historiadores que escribirán posteriormente. Para más detalles, ver Pérez (2018).

¹⁵⁸ Según información aportada por Montáñez Mantilla (1953: 49-50), un escrito de 3 de octubre de 1558 establece la obligación a los residentes en el Nuevo Mundo de escribir primero al Virrey o a la autoridad competente antes de dirigirse al Rey. Además, una ley de 4 de octubre de 1642, promulgada por Felipe IV, establece que los regidores de las ciudades no deben dirigirse al Rey sin la aprobación previa del Cabildo. Estas ordenanzas ponen de relieve la cantidad de cartas de petición enviadas por los conquistadores del Nuevo Mundo al monarca.

¹⁵⁹ Fernández de Oviedo visita al autor de *Naufragios*, tal y como él mismo refiere en el capítulo VII del libro XXXV de su *Historia general y natural de las Indias*: “En que el auctor de estas historias cuenta algunas cosas que en la relación susodicha no cuentan, las cuales después en España, año de mil e quinientos e

La Florida del Inca (1605), el Inca Garcilaso de la Vega detalla haber hecho uso de los papeles de Alonso de Carmona¹⁶⁰ y Juan Coles¹⁶¹ para la construcción de su relato. El autor destaca las carencias de ambos textos desde el punto de vista estético y retórico. Sin embargo, estas escrituras hallarían justificación en su carácter privado:

Estas inadvertencias que tuvieron debieron de nacer de que no escribieron con intención de imprimir, a lo menos el Carmona, porque no quiso más que sus parientes y vecinos leyesen las cosas que había visto por el Nuevo Mundo y así me envió las relaciones como a uno de los conocidos, nacido en las Indias, para que yo también las viese.

Y Juan Coles tampoco puso su relación en modo historial. Y la causa debió ser que, como la obra no había de salir en su nombre, no se le debió dar nada por ponerla en orden y dijo lo que se le acordó, más como testigo de vista que no como autor de la obra, entendiéndolo que el padre provincial que pidió la relación la pondría en forma para poderse imprimir ([1605] 2015: 398).

Son, por lo tanto, textos accesorios, valiosos por los datos que aportan, pero en ningún caso pueden tener un carácter definitivo, apto para la publicación. Se trata del mismo “modo soldadesco, como si para ellos solamente fuese” ([1555] 1959: IV, 207) al que también alude Fernández de Oviedo (1478-1557). Pese a ello, estas escrituras concebidas para ser leídas como documento oficial o para “parientes y vecinos” terminarán por trascender el ámbito privado y proyectarse hacia un público más amplio.

Los testigos de vista en el continente americano no únicamente se limitan a dar forma a relaciones o cartas de relación, sino que algunos de estos autores no profesionales deciden dar un paso más y directamente escribir una crónica que recoja su visión de los

cuarenta y siete años, en la corte del príncipe don Felipe le contó e dijo el mismo Álvaro Núñez Cabeza de Vaca” ([1555] 1959: IV, 315). A lo largo del texto también hace mención de otras relaciones a las que acude como fuente de información como, por ejemplo, la de Antonio Pigafeta o la del capitán Urdaneta. Ambas le sirven para documentar el viaje de Magallanes ([1555] 1959: II, 217).

¹⁶⁰ Sobre Alonso Carmona y sus relaciones, el mismo Inca Garcilaso de la Vega aporta la siguiente información: “El uno se dice Alonso de Carmona, natural de la villa de Priego. El cual, habiendo peregrinado por la Florida los 6 años de este descubrimiento y después otros muchos en el Perú y habiéndose vuelto a su patria, por el gusto que recibía con la recordación de sus trabajos pasados escribió estas dos peregrinaciones suyas –y así las llamó. Y sin saber que yo escribía esta historia me las envió ambas para que las viese. Con las cuales holgué mucho, porque la relación de la Florida, aunque muy breve y sin orden de tiempo ni de los hechos y sin nombrar provincias sino muy pocas, cuenta saltando de unas partes a otras los hechos más notables de nuestra historia” ([1605] 2015: 397).

¹⁶¹ Sobre Juan Coles y los documentos escritos por él, el Inca Garcilaso de la Vega aporta los siguientes detalles: “El otro soldado se dice Juan Coles natural de la villa de Zafra, el cual escribió otra desordenada y breve relación de este mismo descubrimiento y cuenta las cosas más hazañosas que en él pasaron. Escribiolas a pedimento de un provincial de la provincia de Santa Fe en las Indias llamado fray Pedro Aguado, de la religión del seráfico padre san Francisco” ([1605] 2015: 397).

acontecimientos de la historia reciente. Dejando a un lado los escritos de misioneros,¹⁶² hay que destacar a Francisco de Jerez (1504-h. 1554),¹⁶³ Cieza de León (h. 1520-1554)¹⁶⁴ o Bernal Díaz del Castillo (1495-1584). Si bien algunos escriben motivados por un interés material, no hay que descartar en ningún caso que exista también un placer de historiar o incluso, como en el caso de Pedro Cieza de León, casi un sentido del deber que lo impulsa a tomar la pluma:

[...] a mi me basta haber escrito lo cierto; porque esto es lo que mas he procurado, porque mucho de lo que escribo vi por mis ojos estando presente, y anduve muchas tierras y provincias por ver lo mejor; y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios. [...] Y cobrando ánimo, con mayor confianza determiné de gastar algún tiempo de mi vida en escribir historia. Y para ello me movieron las causas siguientes: La primera, ver que en todas partes por donde yo andaba ninguno se ocupaba de escribir nada de lo que pasaba. Y que el tiempo consume la memoria de las cosas, de tal manera, que si no es por rastros y vías exquisitas, en lo venidero no se sabe con verdadera noticia lo que pasó (Cieza de León, [1553] 1971: 24-25).

De alguna manera, la realidad de la experiencia vivida y el ser testigo de vista de los acontecimientos constituyen un imperativo que irremediamente empuja al soldado a convertirse en cronista.¹⁶⁵ Pese a que Cieza de León no es un profesional de la historia, al igual que sucede con Bernal Díaz del Castillo,¹⁶⁶ es evidente que no se trata de un autor no letrado, pues tiene integrados ciertos aspectos metodológicos también señalados por los

¹⁶² Molina Martínez (1984: 292), en el contexto americano, distingue las obras de los soldados-cronistas de los escritos de religiosos, como el padre Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*), que tienen un valor etnográfico, científico y antropológico añadido al relato historiográfico. Esos textos, por su complejidad y riqueza, merecen una aproximación distinta y, teniendo en cuenta que los religiosos son autores letrados y, por lo tanto, autorizados, optamos por no incluirlos en el presente análisis.

¹⁶³ Francisco de Xerez o Jerez acompaña a Pizarro en la conquista del Perú. Compone la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla* (1534), donde incluye a modo de apéndice unas décimas en las que da cuenta de su persona.

¹⁶⁴ Pedro Cieza de León pasa doce años entre Colombia y Ecuador, antes de pasar a Perú en 1547. Durante las guerras civiles de Perú toma partido por Lagasta, en oposición a Gonzalo Pizarro. Viaja a España, donde visita al Rey y consigue licencia del Consejo de Indias para la impresión de su *Crónica del Perú* (1553). Para Molina Martínez (1984: 291), se trata de la obra de un soldado testigo presencial de los hechos o que escribe de oídas de los compañeros, y esa condición marcaría el escrito, cuyo objetivo es obtener el favor real. Sin embargo, Kohut (2009) destaca la profesionalidad y la capacidad de investigación del autor, que, a diferencia de Bernal Díaz del Castillo, escribiría para hacer memoria de los hechos de la historia.

¹⁶⁵ Para más detalles sobre la figura del soldado-cronista, ver Molina Martínez (1984).

¹⁶⁶ Según Romero (1988), la llaneza y la pretendida tosquedad no es más que una “falacia antirretórica” del autor. Serés (2004: 48) también admite que la falta de afectación no es ingenua, sino aprendida, y detalla las habilidades narrativas de Bernal Díaz del Castillo, si bien considera que se han podido sobrevalorar sus conocimientos retóricos (2004: 27). Para más detalles, consultar: Serés (2004: 34 y ss).

preceptistas y practicados por los cronistas profesionales, como es el cuidado o el rigor con el que asegura obtener la información (kohut, 2009: 173-174). En la misma línea que Cieza de León, escribe también Agustín de Zárate:

Llegados alla, vi tantas rebueltas y nouedades en aquella tierra, que me parecio cosa digna de ponerse por memoria. [...] No pude en el Peru escreuir ordenadamente esta relacion [...] porque solo auerla alla començado, me vuiera de poner en peligro de la vida con vn Maestre de campo de Gonçalo Piçarro que amenazaua de matar a qualquiera que escriuiesse sus hechos, porque entendio, que eran más dignos de la ley de oluido [...] Necessitome a cessar alla en la escriptura, y a traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude auer, por medio de los quales escreui vna relacion [...] (Zárate, [1555] 1965: 5-6).

En este caso, el autor va más allá que Cieza de León, pues no únicamente escribe las memorias que nadie se molesta en recoger para la posteridad, sino que además lo hace a escondidas, ante el temor de sufrir represalias y de que sus materiales puedan serle requisados.

Esta línea de producción historiográfica de autores no autorizados por las elites intelectuales irá en aumento a lo largo del siglo XVI y alcanzará su máxima expresión con la *Historia de la conquista de la Nueva España* (1584). Con esta obra, Bernal Díaz del Castillo trasciende los imperativos de Cieza de León o Agustín de Zárate, pues considera que su labor como cronista resulta indispensable, pero no solo por su calidad de testigo de vista y, por lo tanto, su capacidad de narrar los acontecimientos de manera fidedigna, sino también porque el texto aporta una visión justa de la historia, ya que recoge las hazañas de todos aquellos soldados rasos que participan en la conquista de la Nueva España:

Digo que haré esta relación quién fue el primero descubridor de la provincia de Yucatán y cómo fuimos descubriendo la Nueva España y quién fueron los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que sobre las tales conquistas pasamos que son dinas de saber y no poner en olvido. Lo cual diré lo más breve que pueda y, sobre todo, con muy cierta verdad, como testigo de vista. Y si hobiese de decir y traer a la memoria parte por parte los heroicos hechos que en las conquistas hecimos cada uno de los valerosos capitanes y fuertes soldados que desde el principio en ellas nos hallamos, fuera menester hacer un gran libro para declarallo como conviene y un muy afamado coronista que tuviera otra más clara elocuencia y retórica en el decir que estas mis palabras tan mal propuestas, para podello intimar tan altamente como merece, según adelante verán en lo que está escrito. Mas en lo que yo me hallé y vi y entendí y se me acordare, puesto que no vaya con aquel ornato tan encumbrado y estilo delicado que se requiere, yo lo escribiré con el ayuda de Dios con recta verdad, allegándome al parecer de los sabios varones, que dicen que la buena retórica y polidez en lo que escribieren es decir verdad, y no sublimar y decir lisonjas a unos capitanes y abajar

a otros, en especial en una relación como ésta, que siempre ha de haber memoria della ([1584] 2015: 12-13).

Al igual que otros autores, Bernal Díaz adopta una actitud modesta apoyándose en la *mediocritas mea* como recurso de *captatio benevolentiae*, pues se sabe un autor no autorizado, pero, al mismo tiempo, reivindica su derecho a escribir la historia como “el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España” ([1584] 2015: 14). Y así debe hacerlo, pues nadie escribirá ni por él ni por el resto de soldados.¹⁶⁷ La conquista es entendida como una hazaña colectiva;¹⁶⁸ por eso en su discurso prima el uso de la primera persona del plural (Serés, 2004: 35). Esa reclamación de un espacio en la historia para él y para todos sus compañeros de armas culmina en el capítulo ccv con una extensa enumeración de los nombres de todos los soldados que han participado junto a él y Cortés en las campañas militares de la Nueva España.

Bernal Díaz del Castillo escribe su obra con una función pragmática, pues también denuncia la falta de recompensa por sus servicios prestados, pero su visión de la historia también cobra una dimensión democrática y ética, que responde también a un contexto de debate sobre la nobleza, honor y honra versus el linaje (Serés, 2005: 40).¹⁶⁹ Como indica Sampedro (2000: 378-379), en suelo americano, el presente y lo personal es lo único que realmente tiene relevancia, puesto que el desplazamiento a un territorio lejano implica la fundación de nuevos orígenes. De este modo, la experiencia individual adquiere un mayor sentido y, en consecuencia, en tal contexto, también toman fuerza las formulaciones del Yo.

¹⁶⁷ Ante las posibles acusaciones de vanidad o personalismo en su obra, Bernal Díaz del Castillo defiende con amarga ironía el relato de sus méritos: “Y aun con letras de oro había de estar escrito. ¿Quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto? ([1584] 2015: 1074).

¹⁶⁸ Caillet-Bois (1960: 223) advierte el carácter de memorial colectivo en la obra de Bernal. Esta idea será retomada posteriormente por Serés (2005: 37-38), quien indica la posibilidad de una lectura de la obra como epopeya, pues se ceñiría a los parámetros de la épica. Para más detalles, consultar Serés (2005).

¹⁶⁹ La clásica polémica del *Homo nouus*, que parte de Salustio y Marco Tulio, es recuperada por los humanistas. Según apunta Rico (1983: 422), la reflexión de Fernando del Pulgar sobre la idea de la virtud como verdadera nobleza habría influido en el prólogo del *Lazarillo de Tormes*, puesto que se trata de una controversia propia de la época. Valladares y Valdelomar se hace eco de ella en su *Caballero venturoso*: “aunque uno sea de bajo linaje nacido, su mucha y esclarecida virtud será el jabón para quitar esta mancha, a lo menos acerca de los buenos y virtuosos ([1617] 1902: 7); “Por donde podemos decir que la verdadera nobleza, no sólo y totalmente consiste en descender de buenos padres, illustres y generosos (aunque es de tanta estima), sino en la virtud propia, la cual ilustra al hombre” ([1617] 1902: 12). El debate sobre el estado heredado o adquirido subyace en el trasfondo de buena parte de los distintos documentos escritos por soldados y conquistadores de la Edad de Oro, entre ellos, el texto de Bernal Díaz del Castillo.

Esa concepción de la historia abierta e integradora constituye no solo una oposición frontal a la versión oficial de los hechos escrita por Gómara, sino también a la postura de los preceptistas y las élites intelectuales, que no se mantendrán indiferentes ante la entrada de voces emergentes y no autorizadas en el discurso historiográfico. Ya a mediados del siglo XVI, Fox Morcillo hace mención de:

[...] narracioncillas chismosas y fabulillas malamente configuradas, no sobre la antigüedad, que quizá se pudiera tolerar el ignorarlas, sino más bien sobre la edad cercana (Fox Morcillo, [1557] 2000: 266).

Con toda probabilidad, se está refiriendo a los documentos vinculados con la realidad americana, pues nuevamente vuelve a insistir en otro lugar del texto en la misma censura de manera ya más específica:

Recientemente he visto una historia en castellano, sobre nuestros sucesos en el Nuevo Mundo [...] Aunque se mencionan muchas cosas inusitadas y admirables [...] sin embargo se cuenta cómo un soldado raso, capturado por los bárbaros, fue llevado al sacrificio y en un cierto pasaje se dice su nombre. ¿Qué hay más pueril y ligero que el que un hombre que narra grandes cosas caiga, por así decirlo, de lo alto del monte al valle y no se mantenga una igualdad congruente con la dignidad de su historia? (Fox Morcillo, [1557] 2000: 215).

El autor se opone a la visión democratizadora del hecho histórico que años después reivindicará Bernal Díaz del Castillo.¹⁷⁰ Por lo tanto, desde el punto de vista de los preceptistas o las élites intelectuales, la calidad de testigo de vista, la adopción de un estilo sencillo y una actitud humilde ante la narración de hechos históricos no es suficiente para que cualquiera tenga el atrevimiento de escribir la historia en mayúsculas. Esa postura de Fox Morcillo se mantiene vigente hasta ya entrado el siglo XVII, como se pone de manifiesto en las palabras con las que Cabrera de Córdoba arremete contra los escritores “vulgares”:

¹⁷⁰ El protagonismo que Bernal Díaz del Castillo otorga a los soldados o conquistadores a lo largo del texto y, en especial, en el capítulo ccv se opone totalmente a los preceptos de los humanistas en relación con la historiografía. Véase, además del ejemplo de Fox Morcillo, la opinión de Vives sobre el particular: “Así, por ejemplo, en la relación de batallas, no se han de puntualizar todos los nombres, que es recurso de poetas, sino de los más descollados personajes que en ella intervienen, como son los caudillos y adalides. Hágase con todo una excepción en favor de aquellos cuya cobardía o heroísmo o consejo fueron excepcionales” (1948a [1532]: 782).

[...] parecerles han descubierto la verdad de los sucesos y de los tiempos, aunque lo digan como quiera y sin aduertir palabra de la ethica y política. En auiendo una guerra, ¡qué de plumas la amenazan en el mundo, sin arte y naturaleza para saber enpeçar, proseguir ni acabar!, ¡qué decir, callar, alabar, juzgar, creer ni con qué orden poner todas las cosas! Engañanse los que piensan ser historia sin artificio; tiene su doctrina, leyes, por los clarissimos maestros con prudencia confirmadas.” (Cabrera de Córdoba, [1611] 1948: 31).

Si bien el objetivo de la historia es el relato de la verdad, la finalidad última es el servicio público, esto es “la ethica y política” y, por lo tanto, el relato oficial no puede estar sujeto a intereses personales ni puede ser controlado por autores no profesionales. Del mismo modo, el estilo llano no debe confundirse con la rudeza o el desconocimiento de la retórica específica de la historiografía.

La posición de los preceptistas, sin embargo, no hace más que reflejar la realidad de la difusión de otro tipo de textos que recogen esa visión de la historia más personalizada. Agustín de Zárate, en el preámbulo a su obra, reconoce del siguiente modo las carencias de su estilo:

[...] la historia de qualquier manera que se escriua deleyta, y agrada, porque por medio della se alcançan a saber nuevos acontecimientos a que los hombres tienen natural inclinacion, y aun muchas vezes se huelgan en oyrlos contar a vn Rustico por palabras grosseras y mal ordenadas. Y assi no siendo el estilo desta escritura tan polido como se requeria, seruire de saberse por el la verdad del hecho, quedando licencia, y aun facilidad, a quien quisiere tomar este trabajo para escreuir la historia de nuevo, con mejores palabras y orden [...] (Zárate, [1555] 1965: 6).

Es evidente que la aceptación de las limitaciones del autor como historiador no parece obedecer únicamente a una simple estrategia de *captatio benevolentiae* en este caso. Zárate justifica su texto alegando la existencia de un público curioso por leer novedades, que admite ese otro discurso histórico no oficial o autorizado, pero igualmente válido, y que en ningún caso excluye la posibilidad de otra versión más pulida del mismo testimonio, que tal vez pudiera orientarse a otro tipo de público.

Finalmente, pese a la resistencia de los cronistas profesionales, las obras historiográficas redactadas desde un punto de vista subjetivo, escritas por autores no profesionales, se irán imponiendo a lo largo de los Siglos de Oro, sea en forma de comentario, crónica, memorias, relaciones o cartas de relación. El gusto por la verdad y la curiosidad de un lector que desea noticias del Nuevo Mundo; la necesidad de los órganos

de poder de difundir los éxitos de la monarquía; y la divulgación del formato del pliego suelto terminan por impulsar los testimonios de los protagonistas de la historia. En ese proceso de personalización y democratización del discurso historiográfico es fundamental destacar el papel protagonista de hombres de armas, como Bernal Díaz del Castillo. Estos abrirán un camino para la expresión autorreferencial de otros soldados que irán más allá al escribir la historia de sus vidas.

2.2 La autobiografía y la historia *pro persona*: biografía y hagiografía

Los géneros biografía y hagiografía, en el terreno de la crítica literaria, han recibido un tratamiento marginal por parte de los hispanistas,¹⁷¹ pese a su considerable difusión en los siglos XVI y XVII, al papel determinante que juegan en la construcción de la novela de aventuras¹⁷² desde la Edad Media y a su influencia en la creación de la novela picaresca.¹⁷³ Así, como advierte Poutrin (1995: 17), prácticamente no existen estudios sobre la literatura de los Siglos de Oro que integren la biografía, la autobiografía y la hagiografía. Esas formas narrativas, que centran su discurso en el relato de la vida de un individuo, así como también en la formulación de su identidad,¹⁷⁴ conforman el “espacio biográfico”, propuesto

¹⁷¹ Hay que señalar, no obstante, y sin pretender hacer una relación exhaustiva, la existencia de interesantes estudios generales sobre la materialización de estos géneros con anterioridad al siglo XVIII. Como compendio bibliográfico de las obras existentes, es de obligada referencia el trabajo ya clásico de Simón Díaz (1985), así como los apuntes de Soriano sobre la biografía (1998). Una útil visión de conjunto se encuentra en los capítulos que Gómez Redondo (1998-2007) dedica a ambos géneros en su monumental e imprescindible trabajo sobre la prosa medieval. En lo que respecta a la biografía en los Siglos de Oro, son destacables las aportaciones de Gómez Redondo (1994) y Romero (1944), así como el estudio de conjunto del año 2000: *La Biographie dans le monde hispanique (XVIe-XXe siècles)*. Sobre la hagiografía, puede consultarse la utilísima bibliografía de Abad Asín y Aragués Aldaz (2014). Cabe hacer una mención especial del excelente trabajo de Gómez Moreno (2008), que cubre una enorme laguna no solo en cuanto a la hagiografía, sino también sobre la prosa de los Siglos de Oro.

¹⁷² Para López-Renieblas (2003: 29 y ss.), el género hagiográfico es la correa de transmisión del relato de aventuras durante la Edad Media. Tanto es así, que la existencia de la novela de ciclo artúrico no podría entenderse sin las Vidas de santos (López-Renieblas, 2003: 25 y Gómez Moreno, 2008: 132). Es por ello que, en su estudio sobre las Vidas caballerescas en el ámbito francés, Gaucher (1994: 197-198) propone el concepto “biografía novelesca” para referirse a unos textos en los que resulta difícil deslindar los límites entre biografía y novela.

¹⁷³ Goetz (1994: 133) ya anota que en el *Lazarillo* hay una parodia de géneros y de vidas de nobles. En la misma línea, Gómez Moreno (2008: 231-233) encuentra paralelismos entre la *Vita Martini* de Sulpicio Severo y el *Lazarillo*, por lo que sugiere que un análisis entre la novela picaresca o *Lazarillo* y la hagiografía daría para mucho.

¹⁷⁴ Ese espacio biográfico, Arfuch engloba distintos géneros o tipologías textuales también clasificadas como literaturas del Yo, además de otras formas modernas, como la entrevista, las conversaciones, los

por Arfuch (2002: 87) en su análisis teórico sobre las literaturas del Yo desde una perspectiva contemporánea. En el Medievo español y en los Siglos de Oro, biografía, hagiografía y autobiografía también parecen compartir un marco literario común. A ello apunta tanto el hecho de que las tres formas estén asociadas a la denominación de Vidas¹⁷⁵ como la innegable existencia de una interdependencia en el desarrollo de estos géneros, en cuanto al despliegue de motivos, recursos y técnicas literarias.

Las Vidas de santos y de personajes ilustres, al igual que sucede con la autobiografía, parecen resistirse a una taxativa delimitación o definición genérica. Ciertamente, desde el punto de vista estético, son géneros de gran plasticidad, que pueden materializarse en formas muy diversas o híbridas, especialmente en el caso de la hagiografía. Por ello, Delehayé (1927: 101 y ss.), a la hora de clasificar las leyendas hagiográficas,¹⁷⁶ establece cuatro subtipos básicos: pasiones, vidas, milagros y traducciones. Reconoce, además, que la hagiografía puede dar lugar a obras escritas tanto en prosa como en verso, que irían desde los egodocumentos –con los testimonios de mártires– hasta los relatos imaginarios o novelados. Para Gómez Moreno (2008: 29 y ss.), la hagiografía va adoptando distintas formas en su evolución diacrónica, desde la cuaderna vía, la novela y el cuento o relato breve en la Edad Media, hasta la comedia de santos en los Siglos de Oro. En la misma línea, Gómez Redondo (1998-2007: II, 1916) apunta que la hagiografía parece trascender el marco de un único género literario para impregnar toda la literatura del momento.

A las dificultades para definir el concepto y los límites de biografía y hagiografía hay que añadir que, además, en épocas tempranas, no existe una denominación específica para sendas formas literarias,¹⁷⁷ lo que no significa que esos géneros no sean una realidad en los

testimonios o los anecdotarios, entre otras. Sin embargo, no hay que entender ese campo como una suma de géneros, sino como un espacio de construcción común, marcado por la intertextualidad y la hibridación. Para una visión en profundidad de esta interesante perspectiva, ver Arfuch (2002).

¹⁷⁵ Precisamente por ello, Gastañaga Ponce de León (2012: 1) sugiere llamar Vidas a las autobiografías de los Siglos de Oro, pues considera que resulta un anacronismo clasificarlas como autobiografías.

¹⁷⁶ Acerca del discutido concepto de “leyenda hagiográfica”, ver Delehayé (1927: 1-11), Moya (2000: 48-49) y Baños Vallejo (2003: 52).

¹⁷⁷ El término “hagiografía”, según García de Enterría (1991-1992: 191) se remontaría al siglo XVIII. Por su parte, la denominación “biografía” habría surgido en Inglaterra, en 1660 (Gusdorf, 1991b: I, 70). La modernidad de ambos conceptos lleva a Borja Gómez (2007), en su análisis sobre la hagiografía, a preferir hablar de “vidas ejemplares” en referencia estos textos, puesto que el término “vidas” aparece en los títulos de muchas de las obras que conforman el espacio biográfico en los Siglos de Oro.

Siglos de Oro.¹⁷⁸ Precisamente, los humanistas reservan un lugar dentro de la historiografía para las Vidas.¹⁷⁹ En su obra *De ratione dicendi*, Vives hace referencia a la necesidad de escribir textos de estos géneros:

[...] hase de escribir mucho y frecuentemente de los filósofos gentiles y de nuestros santos, pues pueden reportar mucho fruto al linaje humano, así los ejemplos de las virtudes que aquellos alcanzaron y practicaron sin más luz y guía que la Naturaleza o de la heroica probidad que los nuestros obtuvieron por gracia de Dios ([1532] 1948a: 781).

De este modo, la preceptiva reconoce un espacio autorizado para las fecundas y sólidas tradiciones clásicas y medievales de relatos protagonizados por santos y personajes ilustres. En el capítulo que Cabrera de Córdoba dedica íntegramente a la biografía, se hallan las siguientes apreciaciones:

En escriuir las vidas de los príncipes e ilustres varones dignos de inmortal memoria, ay manera propia dellas diferente de la historia, quanto el título dellas difiere y el ser dellas vno de otro. Escriúense las de los insignes y admirables, por virtud, nobleza, heroicós hechos y grandeza de estado notables: éstos miramos e imitamos [...] Hanse de advertir los vicios y las virtudes, para que se vea cómo corrigió lo malo y confirmó lo bueno, qué es vencerse a sí mesmo y a los vicios ([1611] 1948: 117-122).

Al igual que sucede con las crónicas, la función ejemplarizante de la exposición de *vitia et virtutes*, para Vives y Cabrera de Córdoba, constituye una justificación de las Vidas. La preferencia por lecturas provechosas durante los Siglos de Oro, esto es, aquellas que instruyen, dan ejemplo y no son fingidas (Castillo Gómez, 2016: 28), podría haber reforzado la difusión de la biografía y, tal vez, de la autobiografía. Esto no excluye que, como apunta Maravall, el éxito de la biografía en los Siglos de Oro pudiera estar vinculado también con ese interés de raíz humanista “por lo que al hombre le acontece en cuanto hombre” (1951: 484). No obstante, la popularidad que alcanzan estos géneros en la época

¹⁷⁸ García de Enterría (1991-1992: 191) considera que los textos hagiográficos son anteriores al concepto de hagiografía, pues se remontan al menos al siglo IV. Para la autora, la Vida de san Antonio Abad, escrita por san Atanasio el año 357 d.e.c, sería el primer texto del género. Baños Vallejo (2003: 18), por su parte, sitúa la primera obra hagiográfica, la Vida de san Policarpo, en el siglo II. Finalmente, según Moya (2000: 50), la primera manifestación de la hagiografía son las primitivas actas de mártires.

¹⁷⁹ Pese a la posición de los humanistas, difícilmente la hagiografía y la biografía podrían quedar circunscritas al ámbito historiográfico, debido a la complejidad conceptual y estética que entrañan ambos géneros. En su esencia, las leyendas hagiográficas transgreden lo puramente histórico, ya que aglutinan en sí tradiciones folklóricas, paganas y épicas, al tiempo que nuevamente las revierten sobre otros géneros literarios en desarrollo, como la novela de aventuras y la biografía. Para más detalles, consultar Delehayé (1927), Moya (2000: 55 y ss.) y Gómez Moreno (2008).

se debe, en gran medida, al impulso por parte de las instituciones y órganos de poder del momento, que ven en el valor doctrinal y propagandístico de estas formas literarias una eficaz herramienta de control ideológico, político y social.

Desde el siglo XIII, según Kagan (2010: 59), los cultivadores de la historia *pro persona* –o lo que es lo mismo: la crónica particular–¹⁸⁰ descubren en la biografía un instrumento para justificar o ensalzar determinadas posiciones políticas o logros de un monarca durante su reinado. Así, Pedro López de Ayala traza un retrato cruel de Pedro I que legitime el regicidio de Enrique de Trastámara. Para Romero (1944: 117), en los reinados de Juan II y de Enrique IV, el retrato empezaría a destacar como forma historiográfica importante, si bien son los Reyes Católicos los primeros en hacer un uso destacado de la biografía particular.¹⁸¹ En ese contexto, hay que situar el interés de Carlos V por las posibilidades que ofrece el género, siguiendo así a su abuelo Maximiliano I. El Rey se hace acompañar por sus secretarios, Pedro Girón y Jean de Vandenesse, en sus viajes, con el fin de que estos vayan registrando los detalles de su reinado. Lo acontecido en las campañas militares en las que participa será recogido por Luis de Ávila y Zúñiga y, en 1535, lo acompaña Antonio de Guevara a la batalla de Túnez, en calidad de cronista oficial. Su biografía personal, la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos Quinto* de Prudencio de Sandoval, verá la luz en 1614.

La biografía, no obstante, también se abre al retrato de otros personajes relevantes en la esfera política del momento a partir de los siglos XIV y XV. En la crónica particular, además del *Victorial*, los ejemplos más destacados son las Vidas del condestable Miguel Lucas de Iranzo (desconocido-1473)¹⁸² y de don Álvaro de Luna (1390-1453).¹⁸³ También

¹⁸⁰ Gómez Redondo (1998-2007: IV, 3557) considera que estas obras pueden ser clasificadas como biografías cronísticas o crónicas particulares, si bien, siguiendo a Deyermond, habla también de “biografías de un solo personaje”. También Simón Díaz se refiere a estos textos como “crónicas particulares”, y, además, distingue las de un personaje histórico de las crónicas reales, “donde la intención política general se sobrepone a los hechos individuales.” (Simón Díaz, 1985: 343).

¹⁸¹ El Rey Fernando le encarga a Lucio Marineo Siculo la biografía de su padre, *De rebus gestis Ioannis II rege* (terminada en 1509 y publicada en 1530 dentro de *De rebus Hispaniae*) y, en 1509, además, le pide a Nebrija que escriba en latín la historia de su reinado. Para más detalles, consultar el completo estudio de Kagan (2010).

¹⁸² Los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* (1471), de autor desconocido, es una biografía vinculada con la refundición de la conocida como *Crónica del Halconero*, ya que el Condestable sirve a Enrique IV como administrador de Jaén entre 1461 y 1462. Un buen resumen sobre el estado de la

se popularizan los compendios de crónicas colectivas, cuyo auge guarda una estrecha relación con el gusto por las genealogías.¹⁸⁴ Estas nuevas biografías, a diferencia de lo que sucede con las Vidas de reyes, la épica o los cantares de gesta tradicionales, no se limitarán únicamente a retratar héroes arquetípicos, como el Cid o Alejandro Magno, con el fin de ensalzar las glorias nacionales del pasado. En estas obras se aprecia una voluntad de perfilar la singularidad de individuos concretos o colectivos específicos, en aras de la justificación o conservación de su estatus social y político o de una determinada línea de actividad pública (Romero, 1944: 116 y Gaucher, 1994: 543-567). Así, el *Victorial* se concibe como un tratado de caballería, en la línea de la tradición de los espejos de príncipes, encaminado a fijar unos parámetros ideales de comportamiento para la nobleza como colectivo. Pero, al mismo tiempo, como indica Gómez Redondo (1998-2007: III, 2358), es también una reclamación de derechos de Pero Nuño por sus servicios prestados, que le valen el condado de Buelna. No en vano, el texto parte de un memorial, cuyo objetivo pasa por conseguir una investidura caballeresca. Una vez Pero Nuño obtiene el condado, la narración se centra en el retrato del hijo del conde, Juan Niño de Portugal, por lo que se convierte en una suerte de biografía familiar o de un linaje entero (Gómez Redondo, 1998-2007: III, 2359). Debido a ese proceso complejo de escritura y a la diversidad de objetivos, el *Victorial* admite distintas lecturas: biografía, tratado de caballería, novela de aventuras e incluso, en ciertos pasajes, relación de viajes.¹⁸⁵ Además,

cuestión respecto a las teorías sobre la autoría y otros aspectos de esta biografía pueden consultarse en Gómez Redondo (1998-2007: IV, 3576 y ss.) y Martín Romero (2011).

¹⁸³ Don Álvaro de Luna, condestable del Rey entre 1420 y 1423, aparece en la *Crónica de Juan II*. Posteriormente, se escribe la *Historia del ínclito don Álvaro de Luna* (1546), de autor desconocido, en la que el personaje viene retratado desde los cánones del perfecto caballero, como sucede con Pero Nuño en el *Victorial*. Para un resumen de los aspectos más destacados de la obra, ver Gómez Redondo (1998-2007: III, 2885-2947).

¹⁸⁴ La crónica colectiva se desarrolla en la literatura a partir del siglo XV, tomando como modelo *De viris illustribus* de Colonna y dando continuidad a la tradición clásica de Plutarco y Suetonio. Las obras más representativas son *Generaciones y semblanzas* (1450) de Fernán Pérez de Guzmán, *Claros Varones de España* (1485) de Fernando del Pulgar y, posteriormente, el *Fructus sanctorum*, incluido en el *Flos sanctorum*. Gaucher (1994: 69) considera que la aparición de la biografía coincide con el desarrollo de una conciencia de linaje, de la memoria familiar y, en última instancia, de la literatura genealógica. Ciertamente, además de las semblanzas, en estas obras se insiste en el linaje de los personajes retratados. A propósito de la genealogía, hay que destacar el papel importante que esta desempeña también en la autobiografía de Esteban de Garibay, precisamente un profesional de la materia.

¹⁸⁵ Para un resumen de las diferentes fases de redacción de la obra y de su carácter híbrido, ver Gómez Redondo (1998-2007: III, 2358 y ss.) y Heusch (2010).

hay en la obra fragmentos autorreferenciales, que podrían situarla, por momentos, en el ámbito del memorialismo.

Un proceso y una motivación de escritura similares al del *Victorial* se observa en la crónica particular de don Álvaro de Luna. Según indica Romero (1944: 119), la obra tiene como objetivo mostrar el ascenso social mediante el valor individual del protagonista (Romero, 1944: 119). Ciertamente, la figura pública de don Álvaro de Luna está marcada por esa superación de su linaje, como queda demostrado en el *Estebanillo*:

Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir “de paje vine a marqués”, como don Álvaro de Luna, dije: “de bufón vine a correo, que fue el primer escalón ([1646] 1978: 360-361).

El texto, según Gómez Redondo (1998-2007: III, 2904) se habría promovido para corregir aspectos desfavorables sobre el personaje, previamente divulgados a través de la crónica de Juan II. Podría, además, haber sido diseñado como un doctrinal de caballerías ajustado a las “líneas maestras del pensamiento político que, tras 1428, logra imponer de Luna en la corte castellana” (Gómez Redondo, 1998-2007: III, 2904). Del mismo modo, la biografía de Miguel Lucas de Iranzo, habría sido concebida con la intención de mostrar al personaje como un individuo excepcional, merecedor de su reconocimiento público e institucional, pero “víctima de las asechanzas de una colectividad, en la que se simbolizan los aspectos negativos de la vida cortesana” (Gómez Redondo, 1998-2007: IV, 3563). En última instancia, a inicios del siglo XVII, como se analizará posteriormente, algunos soldados sentirán también la necesidad de justificar sus méritos, con el fin de reclamar derechos por los servicios prestados y de trascender, de ese modo, su estatus inicial. Lo harán, sin embargo, a diferencia de Pero Nuño, don Álvaro de Luna y Lucas de Iranzo, a través de la autobiografía.

La función propagandística y de control ideológico o social que subyace en algunas biografías es aún más poderosa en el caso de la hagiografía. Como señala Baños Vallejo (2003: 52 y ss.), ya desde el Medievo los relatos de hazañas de santos son utilizados por el *ars praedicandi* a modo de *exemplum* edificante para los fieles. A partir del siglo XIII, además, con la fundación de las órdenes mendicantes y redentoras, se intensifica la demanda de textos hagiográficos que visibilizan la actividad de las instituciones

eclesiásticas (Baños Vallejo, 2003: 32, 163). Sin embargo, es a finales del siglo XVI y, sobre todo, en la primera mitad del siglo XVII, cuando las *vitae* alcanzan mayor difusión popular¹⁸⁶ en el ámbito español. El paso de los textos a lenguas vernáculas, la revolución editorial que supone la imprenta y la apuesta por formatos que favorecen la lectura colectiva –como las compilaciones hagiográficas o *Flos sanctorum* y los pliegos sueltos–¹⁸⁷ aseguran la amplia recepción de unas obras que, en última instancia, están al servicio de la divulgación de la doctrina oficial contrarreformista, como sugiere Carro Carvajal (2020: 111). Al éxito de la hagiografía también ayuda, sin duda, el atractivo de algunas leyendas, como las de san Eustaquio, san Serapio, santo Domingo, san Amaro o san Jorge, auténticos relatos de aventuras, tanto en lo que concierne a la configuración épica del protagonista, como en lo que respecta a las líneas argumentales de los textos, a menudo articulados en forma de una sucesión de viajes, peripecias o trabajos. A medida que avanza el siglo XVII, sin embargo, el espíritu *bolandista* irá imponiendo la voluntad de verosimilitud en los relatos, por lo que se depura el discurso tradicional y se modera la inclusión de elementos sobrenaturales.

La instrumentalización postridentina del hecho literario termina por contribuir, en gran medida, al rico desarrollo de las formas literarias adscritas al espacio biográfico en el ámbito conventual. Las numerosas Vidas de místicas y beatas españolas, que aparecen a finales del siglo XVI y sobre todo ya en el siglo XVII, difunden patrones ideales de comportamiento femenino con un valor ejemplarizante, aunque también represivo, pues el objetivo último de los confesores que impulsan tales escrituras, como indica Herpoel (1999: 151), es la regulación social. Al mismo tiempo, esos textos despiertan vocaciones entre jóvenes que, como Teresa de Jesús, ansían parecerse a las santas de las hagiografías

¹⁸⁶ Respecto al alcance popular de la hagiografía, Baños Vallejo apunta lo siguiente: “Las vidas de santos no son literatura popular, pues son, en general, obra de clérigos, pero su composición y su difusión están directamente relacionadas con el sentir del pueblo. En las vidas se descubre la imagen que de los santos forja el pueblo, lo que espera de ellos, sus rogativas y su agradecimiento” (2003: 52). Existiría, por lo tanto, siguiendo las observaciones de Cátedra (2002: 93) sobre los pliegos sueltos, una participación de varias clases sociales en la difusión de la hagiografía, pues no debe olvidarse que las élites también colaboran en la creación de las tradiciones populares (Burke, 1991: 63 y ss.). En definitiva, por popularidad entendemos, de acuerdo con las tesis de García de Enterría (1973: 133 y ss.), la vulgarización de las Vidas de santos, esto es, la difusión entre la población en general de este tipo de literatura.

¹⁸⁷ Sobre los pliegos sueltos hagiográficos ver los ya clásicos trabajos de García de Enterría (1973, 1991-1992), el estudio de Cátedra (2002) y el análisis de Carro Carvajal (2020).

clásicas o a las místicas coetáneas que protagonizan los relatos (Gómez Moreno, 2008: 215-216). Con ese propósito ejemplar, en un principio, se promueve la edición de biografías y escritos de autoras como Gertrude de Helfta (1256-1302),¹⁸⁸ Angela Foligno (1249-1309)¹⁸⁹ o la española Juana de la Cruz (1481-1534),¹⁹⁰ si bien es Caterina de Siena (1347-1380)¹⁹¹ el modelo más influyente. Paulatinamente, irán viendo la luz una gran cantidad de Vidas de místicas españolas escritas sobre todo por sacerdotes,¹⁹² puesto que entra dentro de las funciones del clero, como indica Poutrin (1995: 217-218), la promoción de la orden en la que profesan. Por ello, en ocasiones los textos aparecen insertados en las crónicas de las órdenes religiosas, que relatan la vida del fundador, pero también las de otros individuos destacados o canonizados, y las de mujeres santas veneradas en una determinada diócesis.¹⁹³ A través de estos textos se obtiene un doble propósito: difundir modelos de santidad y, al mismo tiempo, demostrar o promocionar el éxito alcanzado por una determinada comunidad religiosa entre los fieles (Poutrin, 1995: 221). Los confesores,

¹⁸⁸ La primera traducción de la obra de Gertrude o Gertrudis de Helfta es de 1599, si bien será la versión de Leandro de Granada del *Libro intitulado Insinuación de la Divina Piedad. Revelado a sancta Gertrudis, Monja de la Orden de San Benito* la que tendrá mayor difusión. Según indicación de Poutrin (1995: 73) esta obra influye en los escritos de Luisa de Carvajal, Hipólita de Jesús, María Ángela Astorch o Ángela María de la Concepción.

¹⁸⁹ La primera traducción castellana de las *Visiones e instrucciones* de Ángela Foligno data de 1618, si bien existe una edición latina de 1505. Este conjunto de revelaciones, que admite una lectura a modo de autobiografía espiritual (Smith, 1998), constituye un modelo popular, según Poutrin (1995: 75) y Aladro (2014: 150), para las vidas del ámbito conventual. A su obra remite, por ejemplo, Ángela María de la Concepción (Poutrin 1995: 75).

¹⁹⁰ La actividad de la franciscana Juana de la Cruz se sitúa en el contexto de la reforma de su protector, el cardenal Cisneros (Poutrin, 1995: 80). Escribe el *Libro del Conorte*, obra de carácter profético, que en un primer momento permanece inédito. La primera biografía de esta monja, publicada en 1610 por Antonio de Daza, queda prohibida en 1611, y aparecerá nuevamente en 1614 con correcciones. Pedro Navarro escribirá otra en 1622. Para Poutrin (1995: 80), la vida de esta autora deja su huella en la *Mística ciudad de Dios* de sor María Agreda y en los escritos de María Magdalena de la Santísima Trinidad.

¹⁹¹ Caterina o Catalina de Siena es el modelo más influyente para las místicas y beatas españolas. Al cardenal Cisneros se debe la difusión de su imagen y su obra, pues manda imprimir el *Libro de la gracia espiritual de Santa Matilde* (1510) y las *Epístolas y Oraciones de Santa Catalina de Siena* (1512). Además, circulan biografías –como la anónima de 1564 y la de Isabel de Liano de 1604– y episodios de su vida. Se trataría más de un modelo místico o de santidad que literario (Poutrin, 1995: 72). Para más detalles sobre la influencia de Caterina de Siena en la literatura conventual, ver Herpoel (1999: 127-129). Sobre la recepción de la obra de Caterina de Siena en España, consultar: *Casas Nadal* (1998).

¹⁹² Existen excepciones a esta generalización, como la biografía de santa Teresa, escrita en 1631 por la priora de las carmelitas descalzas de Valladolid, Petronila de San José. También aparecen algunas biografías escritas por familiares, como la de Catalina de Jesús y San Francisco, redactada por su hijo Juan Bernique, o la de Juana de Jesús María Rodríguez, escrita por su sobrino, Juan de Santo Tomás (Poutrin, 1995: 218).

¹⁹³ Destacan las Vidas de Carmelitas Descalzas y de Agustinas. Un ejemplo de este tipo de escritura es la serie de biografías de monjas del Carmelo escrita por Miguel Batista de Lanuza. Para más detalles, ver Poutrin (226 y ss.).

además, alientan a estas místicas o visionarias a ejercitarse en la escritura autobiográfica – siempre bajo su supervisión o control–, ya sea para difundir directamente los textos, ya sea con el propósito de servirse de ellos como material para dar forma a nuevas biografías. Luis de Mesa, confesor de Mariana de Jesús, y Antonio de los Mártires, director de Águeda de la Cruz, son ejemplos de esa doble función de biógrafos y, al mismo tiempo, impulsores del acto autobiográfico de monjas que buscan en ellos orientación espiritual. Estos autores se sirven del material autorreferencial elaborado por las místicas y beatas para recabar detalles sobre sus vidas, pero también incluyen o parafrasean fragmentos de estos escritos en sus biografías. Poutrin (1995: 262) sugiere que se trataría no solo de una estrategia para dar mayor veracidad a las biografías, sino que, mediante la cita, los autores se protegerían también de una posible censura o persecución inquisitorial.

Las místicas y beatas que emprenden el relato de su propia vida, dada la inexistencia de una sólida tradición o una preceptiva previa para la autobiografía en los Siglos de Oro, se apoyan en la obra de santa Teresa, pero también en otros relatos de vida. No hay duda de que estas autoras tienen un amplio conocimiento de las *vitae*.¹⁹⁴ La misma Teresa de Ávila, en el *Libro de la vida*, se presenta como lectora de *Vidas de santos* ([1588] 1983: 397) y consultando un cartujano ([1588] 1983: 512). Debido, precisamente, a la utilización de recursos y motivos tomados de las hagiografías más populares, Greenspan (1996: 2018) propone el concepto de “autohagiografía”¹⁹⁵ para referirse a los escritos de estas autoras. Efectivamente, parece existir un espacio común de producción en el ámbito conventual en el que biografía, hagiografía y autobiografía se nutren y complementan. Buena muestra de ello es el *Libro de las recreaciones* (1583-1585) de María de San José (1548-1603), de imposible clasificación genérica, pues, como advierte Herpoel (1999: 165-166), no se puede abordar su análisis sin llevar a cabo un estudio que integre los elementos

¹⁹⁴ Según Herpoel (1999: 23), todas las monjas coinciden al señalar la hagiografía como lectura. Teresa de Jesús hace mención, por ejemplo, del *Flos sanctorum* (Herpoel, 1999: 121). De las vidas de santos, la autobiografía tomaría la estructura, el lenguaje y el vocabulario específico (Herpoel, 227). Para más detalles, ver Herpoel (1999: 121-125).

¹⁹⁵ Greenspan propone la siguiente definición: “Autohagiography is an account of a holy person’s life written or told by its subject.”(1996: 218). Para la autora, tanto la hagiografía como la autobiografía en la Edad Moderna están orientadas a presentar más una vida ejemplar o un modelo de santidad universal que real. Así, estas *Vidas* reconstruirían la experiencia vital de monjas y beatas ajustándose a unos modelos culturales preexistentes (Greenspan, 1996: 219).

autobiográficos con lo biográfico y hagiográfico que subyace en su génesis, forma y contenidos. Influida por las *Peregrinaciones de san Anastasio* de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, María Salazar escribe su *Libro de las recreaciones* en forma de diálogo, lo que, según Herpoel (1999: 167), le permite distanciarse de la experiencia personal. La obra contiene una autobiografía espiritual de la autora (Manero Sorolla, 1992: 509), una biografía de santa Teresa (Manero Sorolla, 1992: 511; Herpoel, 1999: 165), un tratado oracional (Manero Sorolla, 1992: 515) y una relación histórica de fundaciones de la orden.

Más allá del ámbito conventual, otros autobiógrafos de los Siglos de Oro hallan estímulo en la biografía o la hagiografía para el discurso autorreferencial (Goetz, 1994: 42). Álvaro Núñez Cabeza de Vaca parte inicialmente de un proyecto biográfico¹⁹⁶ que después derivará en *Naufragios*. Estos géneros, además, como señala Goetz (1994: 148), constituyen modelos formales de cómo elaborar un relato sobre la trayectoria vital de un individuo. Esteban de Garibay, por ejemplo, está familiarizado con la biografía y las genealogías, por lo que esas formas podrían haber sido una influencia importante en la escritura de su propia Vida.¹⁹⁷ Del mismo modo, el modelo hagiográfico de los martirologios parece impregnar la obra de Jerónimo de Pasamonte.¹⁹⁸ La línea de biografías colectivas de guerreros ilustres, que toma como base la traducción de los *Elogios o vidas breves, de los caballeros antiguos y modernos, Ilustres en valor de guerra, que están al bivo pintados en el Museo* (1568) de Paulo Giovio, podría haber supuesto una influencia

¹⁹⁶ La segunda redacción o texto primario de *Naufragios* lleva por título *Relación del viaje de Pánfilo Narváez al Río de las Palmas hasta la punta de la Florida, hecha por el tesorero Cabeza de Vaca (año de 1527)*. Según indica Pupo-Walker (1992: 67), ese texto inicial se redacta en tercera persona y, en este, el autor no tiene un rol protagonista.

¹⁹⁷ En el *Discurso de mi vida*, Esteban de Garibay ([1594-1598] 1999: 308) se declara autor de una biografía de Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, conocido por su participación decisiva en el relevante proceso a Bartolomé de Carranza.

¹⁹⁸ Pope (1974: 125) advierte el valor de los elementos hagiográficos en la obra de Pasamonte. Posteriormente, Camamis indica la posición de mártir que adopta el soldado. No es casualidad, según el crítico, que la libertad del autor llegue el segundo día de Pascua y Resurrección de 1592. Tal fecha es “significativa para un Pasamonte muy martirizado, que ha sufrido en su cuerpo y en su espíritu la Pasión de Cristo” (Camamis, 1977: 207). Cassol (2000: 104, 106) también abunda en la misma idea, hasta el punto de definir la obra del cautivo y soldado aragonés como “autohagiografía” (Cassol, 2000: 126). Un ejemplo de esa vivencia de su experiencia de cautiverio en términos religiosos sería el capítulo 23, en el que el autor se presenta prácticamente como un nuevo Jesús (Cassol, 2006: 106). Finalmente, Steinbach (2016: 114) también señala la influencia de la obra de santa Teresa y de los martirologios en la autobiografía de Jerónimo de Pasamonte.

también para algunos militares que escriben sus memorias o autobiografías.¹⁹⁹ A la biografía, en última instancia, podrían deberse determinadas propuestas estéticas, como la organización del discurso a partir de un orden cronológico y las continuas referencias temporales, presentes en algunas autobiografías.

La influencia de las Vidas de personajes ilustres y de santos en la construcción de los textos autobiográficos se pone claramente de manifiesto en los relatos de infancia. Así, los primeros años de la Vida de Martín Pérez de Ayala están marcados por una precocidad en el aprendizaje y en la vocación religiosa que están también presentes en algunas biografías y hagiografías:

[...] y salí tan grande lector que se hacían desafíos conmigo y con otros para quién más presto y expeditamente leyese, y aprovechaba notablemente en todo lo que ponían más que mis compañeros y contemporáneos [...] tenía tanta cudicia al aprender que me hacía levantar con la gente de casa que iba al campo, para ir a aguardar a la iglesia, por ser el primero antes de mis compañeros y de ninguno, y esperaba a la puerta de la iglesia muchas veces con unas telas y espartos y tizones y brasas que llevaba, que espantaba a los que pasaban por el cementerio, sin tener temor de las cosas que los niños suelen temer, y no quería almorzar porque no impidiese el aprender; de que venían muchos a conjeturar que Dios había de hacer algo conmigo notable, porque no me veían distraído, sino muy sujeto y muy continuo, industriado y enseñado en las cosas de la Iglesia y en leer muy bien latín [...] ([1566] 1947: 13-14).

El tópico del *puer* o la *puella senex*,²⁰⁰ esto es, el infante dotado de aptitudes extraordinarias, es un recurso de tintes folklóricos que se encuentra en la *Leyenda dorada* y también en algunas Vidas de personajes ilustres, según se observa en las tradiciones de Alejandro Magno o Jesús de Nazaret. La utilización de la biografía como punto de partida del discurso de la propia vida está presente también en la autobiografía de Diego Duque de Estrada. El texto empieza, precisamente, con unas notas biográficas, supuestamente elaboradas por el padre y el tutor del autor, que dan pie o sirven de pretexto para el relato de vida del soldado.

En definitiva, esta breve aproximación a la biografía y la hagiografía en los Siglos de Oro muestra cómo, en gran medida, ambas formas literarias, que cuentan con una preceptiva y una sólida tradición cultural, acompañan a la autobiografía en su desarrollo en los Siglos de Oro. En ese espacio común que comparten estos géneros, las Vidas de santos

¹⁹⁹ Sobre las biografías de hombres de armas, ver Espino López (2011: 306-310).

²⁰⁰ Ver Gómez Moreno (2008: 97-114; 155 y ss.).

y de personajes destacados prestan a la autobiografía recursos, técnicas y motivos literarios en los que apoyarse. La autobiografía, a su vez, les ofrece materia prima para enriquecer el discurso, así como el valor del testimonio en calidad de autoridad o prueba de autenticidad. Paradójicamente, por su carácter novedoso y por la ausencia de un aparato retórico, la autobiografía abre un campo de expresión por explorar, libre de corsés retóricos y, además, no vedado para aquellos que no pueden hacerse escribir una biografía. Monjas y beatas, lideradas por el ejemplo de Teresa de Ávila, comprenden enseguida las posibilidades de expresión que les ofrece el género autobiográfico para alzar su voz en la sociedad de la Edad de Oro. También los hombres de armas de los Siglos de Oro, mediante la exposición de los hechos de su vida, podrán justificar su actividad y poner en valor sus aptitudes personales, al igual que Pero Niño, Álvaro de Luna o el Lucas de Iranzo.

2.3 El género epistolar²⁰¹ y la expresión autorreferencial

De acuerdo con las teorías de Bajtín, biografía y epístola estarían estrechamente vinculadas con el origen y la evolución de la autobiografía. En el contexto de la literatura áurea, la inclusión de epístolas en las autobiografías de Alonso Enríquez de Guzmán,²⁰² Esteban de Garibay o Diego de Simancas, así como la relación epistolar entre Teresa de Jesús y Felipe II, apuntan a una conexión entre la autobiografía y el género epistolar en sus diferentes modalidades y usos. Ese empleo de la carta por parte de los autobiógrafos, sin

²⁰¹ Algunos autores, como Lawrance (1988: 86) consideran que la carta tiene la suficiente entidad literaria como para merecer la categoría de género. Por su parte, Guillén (1997: 87) opta por considerarla un “cauce de comunicación” superior a los géneros y a la literatura, dado que la carta da lugar a manifestaciones de naturaleza no estrictamente literaria. Para un análisis pormenorizado de la cuestión, ver también Gurkin Altman (1982). Existe una extensa bibliografía sobre el género epistolar en la Edad Moderna. Basta mencionar aquí las aportaciones más relevantes para una aproximación a la carta en la literatura de los Siglos de Oro: Lawrance (1988), Ynduráin (1988), Guillén (1991, 1997 y 2000), Trueba Lawand (1996), López bueno (2000), Pontón (2002), Martín Baños (2005a) y Castillo Gómez (2006, 2011). Martín Baños (2005b: 187-201) aporta, además, un detalladísimo repertorio bibliográfico sobre la carta en el Renacimiento y el Barroco.

²⁰² Alonso Enríquez de Guzmán, incluye epístolas ficticias y reales para amenizar su obra, tal y como indica en el “Prólogo al lector”: “En el qual veréis cartas de nuestro Çesar que oy reina en España para el autor y otras suyas a su Católica y Sacra Magestad y a otras personas, ansí de burlas como de veras; y otras de Su Magestad al serenísimo rey y reyna de Portugal, sus hermanos, enviándoles a visitar y a çertificar de la prisión del rey de Françia con el autor, que era su criado en el estado de los gentiles-hombres de su real casa” (Enríquez de Guzmán, [1547] 1960: 7). Para Gastañaga Ponce de León (2012: 8), precisamente la Vida de Alonso Enríquez de Guzmán se construye entre la miscelánea y el género epistolar. Sobre la difusión de cartas de bufones, truhanes y locos palaciegos, ver Bouza (2001: 185 y ss.).

embargo, no es más que un reflejo del éxito y la difusión de la epístola en los Siglos de Oro, no solo como medio de comunicación y de transmisión de información, sino también como forma literaria y vehículo de expresión personal.

Si bien el uso corriente de la epístola ya es una realidad en la Antigüedad y durante la Edad Media, la complejidad de los nuevos estados modernos de los siglos XVI y XVII impulsa la apuesta decidida por la carta como medio de comunicación. El desarrollo de los núcleos urbanos, la expansión de nuevos territorios, la movilización de parte de la población por causas militares, el aumento de las relaciones comerciales o la ingente emigración a tierras americanas²⁰³ traen consigo la demanda de un sistema fluido de comunicaciones, por lo que los servicios postales del estado se implementan.²⁰⁴ En torno a la monarquía como base central del ejecutivo, surgen o se consolidan instituciones de gestión y de control, como la Inquisición, el Consejo de Indias o los virreinos, entre otros, que cuentan con un aparato administrativo fuertemente burocratizado. En tal contexto, como sostiene Ynduráin (1988: 54), las cartas de secretarios y diplomáticos, así como las misivas reales, adquieren un valor importante. Desde una perspectiva cultural más amplia, la forma epistolar también va ganando mayor presencia social, debido al triunfo del uso de las lenguas vernáculas en la producción escrita, la apertura de un número creciente de universidades, el acceso a la cultura de los nobles –ya desde los siglos XIV y XV–, y el posterior aumento de los índices de alfabetización durante la Edad Moderna. La carta, por lo tanto, también se va configurando como una forma de expresión interpersonal en el ámbito privado y familiar en la sociedad de los Siglos de Oro. Ese aumento de la correspondencia oficial y privada conlleva un auge de la publicación de libros que utilizan la epístola como forma de expresión escrita y que, a su vez, como indica Guillén (1997: 110), proporcionan modelos que enriquecen y estimulan la composición de nuevas cartas.

El género epistolar, tal como es entendido y difundido en los Siglos de Oro, entronca con los modelos clásicos recuperados a partir de los siglos XIV y XV. Si bien durante la Edad Media la epístola goza de gran fecundidad, los *artes dictaminis* o *artes dictandi* de la

²⁰³ En relación con el intercambio epistolar entre la Península y América en la Edad de Oro, ver Otte (1996) y Sánchez Rubio (1999).

²⁰⁴ Para más información sobre el sistema de correos y postas durante los siglos XVI y XVII, véase Montáñez Matilla (1963).

época muestran una concepción de la carta sujeta a una retórica que propone estructuras formales codificadas y que se centra en el carácter oficial del texto. De este modo, la preceptiva medieval ofrece poco margen a la exploración de otras posibilidades de expresión de la epístola que sí están muy presentes en los compendios clásicos y que empiezan a contemplar los autores a partir del siglo XV. Así, por ejemplo, durante la Edad Media, no se atiende a la dimensión familiar de la carta, que será recuperada por Petrarca. Las innovaciones petrarquescas tendrán difusión en el contexto europeo especialmente a partir de la circulación de la obra de Aretino (1492-1556) y del uso pedagógico de la epístola en los *studia humanitatis*.²⁰⁵

El éxito de la carta durante el siglo XV, ya sea como documento administrativo o como medio de comunicación privado o personal, cristaliza en el siglo XVI con la elaboración de una preceptiva actualizada, que toma como base no solo los textos clásicos, sino también las aportaciones de los autores del siglo anterior. Los tratados *Opus de conscribendis epistolis* de Erasmo (1522) y *De conscribendis epistolis* (1536) de Vives serán la base teórica del género epistolar en la Edad Moderna. Los nuevos preceptistas abogan por la claridad, brevedad, sencillez y la elegancia en el estilo epistolar. Así, Vives plantea que el lenguaje de las cartas debe reflejar la espontaneidad de la conversación.²⁰⁶

La carta es una especie de retrato o reproducción del habla cotidiana y una especie de diálogo continuado [...] Lo primero, pues, que ha de procurar la carta es expresar con la posible fidelidad las charlas y los diálogos familiares de las personas prudentes e ilustradas [...]. Tanto mayor perfección habrá conseguido un arte cuanto más se acerque a su propio natural. Nuestra habla de cada día debe ser sencilla y con elegancia desafiada, siempre que el lenguaje sea puro y castizo, pues el lenguaje desaliñado y sucio es cosa de ignorantes o de negligentes; pero si es en exceso acicalado y arreado, arguye preciosismo o insolencia o petulancia y pedantería pueril. Y si tal ha de ser nuestra

²⁰⁵ Sobre la utilización con fines pedagógicos de la carta, consultar Martín Baños (2005a).

²⁰⁶ La tradicional concepción que equipara epístola y conversación es puesta en duda por Salinas (1981: 228): “Asimilar escritura epistolar a conversación es desentenderse de la originalidad pasmosa, de la novedad absoluta, con que aumenta la carta este negocio entre persona y persona. [...] Cartearse [...] no es hablarse”. La carta se basa en la ausencia, lo que implica distancia, mientras que el diálogo requiere de la presencia del otro. Guillén (1991: 78), además, añade que la carta también puede dar lugar a una conversación solitaria del remitente consigo mismo. Finalmente, en relación con esa visión clásica de la epístola, Martín Baños observa lo siguiente: “Si la epístola es vista como una conversación es porque, en efecto, estilísticamente aspira a reflejar la sencillez y despreocupación de la charla familiar, del coloquio amistoso. Por otro lado, no se olvida que la carta es un tipo de expresión escrita, y ello matiza sutilmente su supuesta proximidad al lenguaje oral: aunque pueda (y deba) dar la impresión de estar compuesta a la ligera, con desenfado y naturalidad, una epístola es siempre el resultado de un exquisito trabajo compositivo. Justamente por tratarse de un género escrito” (2005a: 497).

conversación, no otro debe ser el estilo epistolar, que viene a ser una sombra y fiel imagen y sustituto suyo (Vives, [1536] 1948b: 868).

Esta idea, como indica Martín Baños (2005a: 581), guarda una estrecha conexión con el motivo demetriano del *speculum animi epistola*, recuperado por Lipsio, que entiende la carta como una plasmación del *ethos* del remitente. En el Renacimiento, por lo tanto, el género epistolar trasciende su carácter informativo para adquirir una dimensión intelectual, íntima y literaria (Trueba Lawand, 1996: 43), lo que sin duda enriquece no solo el panorama cultural europeo, sino también las formas del discurso autorreferencial.

Las obras de Erasmo y de Vives se insertan en una fecunda línea editorial que sitúa en el mercado tratados de estilo epistolar, compendios de cartas y repertorios de modelos de misivas. En el ámbito de la literatura española, esos libros circulan desde la segunda mitad del siglo XV, aunque a medida que avanza el siglo XVI su impacto cultural y social va en aumento (Castillo Gómez, 2006: 35). Una muestra del éxito de los tratados epistolares del siglo XV en el Renacimiento es la reimpresión en 1543 y 1545 de las *Letras* de Hernando del Pulgar (1485). Además de los manuales orientados a establecer las formas de la epístola latina de los humanistas, también se abre un espacio editorial para la difusión de prototipos o ejemplos de cartas en lengua vulgar para uso de secretarios, por lo que, *a priori*, estas obras serían accesibles para un público más amplio. Tanto los compendios en latín como los elaborados en castellano recogen, además, directrices y modelos que abarcan un amplio abanico de temas y estilos para las cartas, desde las más cancillerescas a las familiares o amorosas. Como indica Ynduráin (1988: 67), estos libros establecen tendencias y normas que inciden en las formas de comunicación interpersonal, puesto que contribuyen a promover una determinada política de la escritura (Castillo Gómez, 2006: 36).²⁰⁷

Cabe preguntarse, siguiendo a Castillo Gómez (2006: 39-40), en qué medida los tratados y compendios de uso epistolar tienen calado entre el pueblo en los Siglos de Oro o si su lectura queda reducida a secretarios, burócratas y profesionales de la escritura. Hay que tener en cuenta, sin embargo, como advierte Guillén (2000: 104), que la apuesta editorial por el universo de la carta obedecería a una demanda por parte de una sociedad

²⁰⁷ Para la relación entre los manuales de arte epistolar y la escritura en el Siglos de Oro, ver Castillo Gómez (2006: 34 y ss.).

cada vez más alfabetizada. Si bien el fenómeno epistolar parece trascender la existencia de una determinada tratadística (Bouza, 2005: 12), lamentablemente, no es posible analizar el alcance real de la moda epistolar en el ámbito popular, puesto que únicamente se han conservado aquellas cartas escritas por la gente común que forman parte de expedientes administrativos (Castillo Gómez, 2011: 22). Pueden consultarse, por ejemplo, las epístolas incluidas en procesos inquisitoriales o las misivas vinculadas con denuncias por bigamia en el contexto americano.²⁰⁸ Como fuere, tomando en consideración ese corpus de textos que ha llegado a nuestros días, se puede observar una extensión en el uso social de la producción epistolar, pese a que la gente común no quede contemplada como público potencial en los compendios de cartas de la Edad Moderna (Castillo Gómez, 2011: 22). El hecho de que, como indica Pontón (2002: 27), ya en el siglo XV se lean y glosen en corrillos epístolas literarias sería una muestra de esa dimensión popular del género.

En relación con la práctica escrita del discurso subjetivo y autorreferencial en los Siglos de Oro, es indudable que la revitalización, difusión y flexibilidad del género epistolar, así como también su carácter confidencial y la premisa de que la epístola debe escribirse con un estilo cercano a la conversación, convierten la carta en una vía para la expresión personal. La población de los Siglos de Oro escribe cartas atendiendo a objetivos profesionales, con el fin de realizar una petición o declaración ante las administraciones²⁰⁹ o simplemente para la comunicación en el ámbito privado o semiprivado. Cualquier persona, independientemente de su formación o de su condición social, puede convertirse en un escritor de cartas autorizado y puede plasmar sus vivencias personales en una misiva. Buena muestra de ello es la epístola que Alonso de Vera dirige desde Trinidad a Francisco González, corredor de lonja, que se encuentra en Méjico.²¹⁰

Señor, yo salí de esa ciudad de Méjico para Guatemala. Yo vine a Guatemala y estuve en ella dos meses y no me podía sustentar. Mas yo me huelgo haber visto y andado todo lo que me he andado,

²⁰⁸ Consultar Sánchez Rubio (1999).

²⁰⁹ Castillo Gómez vincula la expresión de la subjetividad en la epístola con la autobiografía. Ilustra su argumento con el ejemplo de la carta-memorial que Manuel Díaz Enríquez escribe a los Inquisidores del Santo Oficio de México con el fin de restaurar su honor y que se presenta así: “Éste es el discurso de mi vida...” (Castillo Gómez, 2006: 33).

²¹⁰ “Carta de Alonso de Vera (natural de Belmonte), desde Trinidad, a Francisco González (corredor de lonja), en Méjico. 1572 (16 de febrero)”, reproducida en Sánchez Rubio (1999: 82-83).

porque a lo menos, si Dios me llevare a España con algún remedio, huélgome que lo habré ganado por mi pluma y habilidad, y si fuere pobre no podrán decir lo que me conocieren que no es por falta de no salir a buscarlo. Mas si la fortuna me es siempre contraria, no sé qué le haga. Yo he estado en una cama muy malo, que pensé morirme [...] Ya, sea Dios bendito, estoy mejor.

Señor, yo me veo tan perseguido de la fortuna, que por no dar parte a mi señor padre de mis trabajos, no contarle el fundamento de dónde me nacieron, no pienso escribirles por no darles más penas de la que ellos tienen [...] Si a v.m.d. Dios Nuestro Señor llevare en salvamento, que si llevara, que no se haga más cuenta de mí que si no hubiera nacido, porque si no es que Dios me ayuda y me da algún remedio para que yo pueda ir a sus ojos y llevar algún remedio para darles buen fin y poner a mi hermana Leonor de Vera, pues es sola [...]. Ojos que me vieron salir de Belmonte no me han de volver, porque yo, con intento de si Dios me diera algún remedio para ir a dar buen fin a mis señores padres, trabajo y ando echando la hiel y el hígado, porque para mí juramento hago a Dios y a esta cruz que sintiera que la fortuna siempre me hubiera de ser contraria, echara el pecho al agua y con cinco o seis varas de sayal se acabarían mis trabajos, porque viéndome tan perseguido entiendo que tengo habilidad para que me dieran el hábito donde yo lo pidiera. [...] (en Sánchez Rubio, 1999: 82-83).

El objetivo de la carta es solicitar el favor del destinatario y, para ello, el remitente adopta una postura sumisa desde la que da cuenta de sus trabajos en el continente americano, marcados por la enfermedad y la falta de fortuna. Este tipo de discurso de vida, que cobra sentido y se justifica en función de la *petitio*, presenta semejanzas –en cuanto al tono empleado y la forma de presentación del Yo–, no únicamente con las solicitudes administrativas o los documentos del ámbito inquisitorial y carcelario, sino también con la carta de relación.

En su estudio sobre las epístolas de relación, Cátedra (1996: 33-34) sostiene que estos documentos, sobre todo aquellos de tema militar, escritos en un principio con un carácter informativo, tienen como base la *narratio* y la *petitio*. Al estar orientados a obtener mercedes, preludian el recurrido memorial de servicios de los soldados de los Siglos de Oro. Si bien para García de la Fuente (1996: 178) el elemento autobiográfico resulta difuso en estas cartas, Ettinghausen considera que las relaciones sí tendrían estrechas conexiones con el género autobiográfico (1995: 12). En ese sentido, hay que destacar las valiosas observaciones de Cátedra, respecto a este tipo de misivas durante el reinado de Juan II:

Estas cartas son mucho más que relaciones de sucesos militares: son la voz del protagonista, pero no valen tanto por esto, cuanto por su función ritualizadora de la acción heroica y de las relaciones con el Rey [...]. Las cartas son la expresión de lo que son y deben ser las relaciones entre señor y vasallo, con una ideología caballeresca rancia que da importancia y beneficia las acciones individuales del protagonista y de su familia, en sentido lato, y linaje. Son historia no tanto de hechos militares, cuanto del servicio al monarca, servicio que requiere mercedes, en su más amplia tipología. Merced

real, en cierto modo, es el hecho de que la carta a la letra pase a integrar la propia historia oficial que –no lo olvidemos– se está realizando bajo la égida y quizá control del Rey y que tiene por objetivo proyectar hacia el futuro la fama y la memoria de sus protagonistas (1996: 42).

En la realidad de la Edad de Oro, esos objetivos de la carta de relación continúan vigentes, como lo demuestran las epístolas de Hernán Cortés o Pedro de Valdivia, a las que nos hemos referido con anterioridad. La misiva como informe o memorial de servicios sirve, además, a algunos remitentes como base para estructurar la redacción posterior no solo de crónicas,²¹¹ sino también de genuinas autobiografías o memorias, como sucede con la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Las cartas previamente escritas por el autor, destinadas a Carlos V (22 febrero 1552) y a Felipe II (20 febrero 1558), habrían sido la base de un memorial de servicios de la década de 1550 que, a su vez, establece la estructura de su obra.²¹²

Lejos de mantenerse, como sería de esperar, en el ámbito privado, algunas de estas cartas tendrán una gran difusión a finales del siglo XVI, gracias al formato del pliego suelto. Según García de Enterría (1973: 389), entre los siglos XVI y XVII, la literatura de cordel evoluciona de composiciones más tradicionales y populares a relaciones de la historia cercana, burlas, parodias y tremendismo. Ese desplazamiento se inicia en el momento en que la monarquía, a partir de los Reyes Católicos,²¹³ descubre que no únicamente las crónicas oficiales tienen un poder propagandístico, sino que mediante la relación se puede influir de manera rápida y eficiente en la opinión pública. En época de los Austrias, se perfeccionan los medios de publicación y edición, y se promueve la homogeneidad de las relaciones de sucesos, para una mayor regulación de la información impresa (Cátedra, 1996: 50). Así, por ejemplo, las victorias imperiales de Túnez y la Goleta, como señala Gonzalo García (1996: 190-192), copan el interés en la literatura de

²¹¹ Para Pupo-Walker (1992: 86-87), los documentos oficiales o relaciones se amplifican hasta dar lugar a narraciones históricas propiamente dichas en el contexto del Nuevo Mundo. Al diversificar sus objetivos, las relaciones escritas en América superarían el programa narrativo de la crónica medieval y las codificaciones de la historiografía clásica.

²¹² Para más detalles sobre la génesis de la obra de Bernal Díaz del Castillo ver Serés (2004: 19 y ss.).

²¹³ Los Reyes Católicos crean un programa historiográfico común con el fin de presentarse como gobernantes por mandato divino. Para tal objetivo, habrían reunido un equipo de cronistas para discutir y editar textos (Kagan, 2010: 86-87). Según Cátedra (1996: 45), la primera guerra cubierta desde el punto de vista de la información sería la Conquista de Granada. Pero, sin duda, el ejemplo más ilustrativo del uso propagandístico por parte de la monarquía de la carta de relación es la publicación y difusión de la *Carta a Luis de Santángel* de Cristóbal Colón.

cordel del momento, adquiriendo, además, tintes heroicos de cruzada.²¹⁴ En tal contexto, se imprimen abundantes cartas de relación escritas por conquistadores, militares o testimonios de diferentes acontecimientos de la historia.²¹⁵ Debido a su difusión, la carta de relación podría haberse erigido en modelo discursivo para el relato de las propias hazañas de otros soldados que deciden escribir su propia autobiografía.

El discurso autorreferencial de los soldados en base a la epístola no únicamente queda reducido a las cartas de relación. Buena muestra de ello son las epístolas poéticas del capitán Francisco de Aldana, en las que “la voz del Yo del poema puede fundirse con la del poeta” (Navarro Durán, 2000: 203). Véase un fragmento de la carta a Cosme de Aldana, su hermano, desde Flandes:

La vida que ora paso aquí no es otra
que trafagar en esta corte Ibera
[...] No quiero entrar en este abismo y centro
oscuro de mentira; en este inmensa,
de torpe vanidad, circunferencia,
que nunca acabaría; baste deciros
que no pude pasar de aquí adelante,
que al fin vine a parar do no hay plus ultra,
pues me puedo alabar que he sido (y soy)
paje, escolar, soldado y cortesano,
no que por esto infiera alguna parte
de aviso en mí, más por mostrar que halla
cualquiera mal aquí su extremo y cabo;
ni me quiero alargar, Cosme suave,
a describir esta región do vivo,
do en un cerco solar de un año entero
(menos tan solo un mes) yo nunca he visto
la serena del Sol cara sin nube
Y si, por suerte, el velo húmido y negro
de sus ventanas abre algún resquicio
por do un rayo de luz se muestre al suelo,

²¹⁴ Gonzalo García (1996: 190-192) pone de relieve el gran interés en difundir con tintes de cruzada la toma de la Goleta y de Túnez. Un ejemplo es la siguiente relación, en la que quedan fusionadas dos cartas: *Traslado de la Carta que la Emperatriz y Reina nuestra embió al Cabildo de la Sancta Yglesia de Toledo, en la qual se contiene por relación la carta que el Emperador y Rey nuestro señor embió a su Magestad de la victoria que se ouo en la entrada de la Goleta, y vencimiento de Barbarroxa, y tomada de Túnez.*

²¹⁵ Son especialmente abundantes los pliegos sueltos dedicados a narrar incursiones en el Mediterráneo (García de Enterría, 1973: 233-234) y triunfos bélicos de las tropas españolas (García de Enterría, 1973: 290-299). Para más detalles sobre la literatura de cordel, ver los ya clásicos estudios de García de Enterría (1973) y Caro Baroja (1988).

en pago de merced tan transitoria
 vuelve a cerrarse y con vapor más grueso
 nos carga, de manera que al Sol mismo
 llega la opacidad que sube en alto
 sin que la luz de allá se lo defienda.
 ¿Puédese más decir, sino que cuando
 despido el falso humor yo de mi boca,
 antes que llegue al suelo, ya en el aire
 va congelado en cuerpo espeso y duro?
 Cierto yo no sabría deciros cómo
 tanta, viviendo aquí, salud poseo [...]

Mas ¿qué podré hacer, puesto que haga
 cuanto al poder mortal sea más posible,
 que –a vuestro merecer– poco no sea?
 En fin, mi Cosme, digo que me hallo
 en tan mala región tan sano y bueno [...]

(1978 [1568]: 42-44).

Tal como indica Navarro Durán (2000: 203), el tono distendido de la epístola de Francisco de Aldana muestra la voz propia voz del poeta, “expresando sus congojas o su felicidad” (2000: 203). El hartazgo ante los entresijos de la Corte o el lamento por las inclemencias del frío en Flandes no responden en ningún caso a una mera construcción poética, sino que muestran “la realidad colándose por los versos” (Navarro Durán, 2000: 203). En la epístola horaciana a Arias Montano, Aldana vuelve a hacer referencias al oficio de soldado en clave autobiográfica, mostrándose como un hombre “desvalido y solo” (1978 [1577]: 42-44). Por todo ello, como apunta Navarro Durán, precisamente las epístolas aparecen como la única forma poética donde lo autobiográfico “puede ser materia lírica como rasgo del propio género” (2000: 220). En relación con las Vidas de soldados, como se verá en adelante, es interesante observar que Francisco de Aldana, en sus referencias autobiográficas, muestra una actitud vital prototípica de las escrituras autobiográficas de la soldadesca.

La carta, además de permitir y divulgar la entrada de la voz personal de los hombres de armas, contribuye a la creación de un espacio para la expresión escrita de la subjetividad femenina. Esta situación se da especialmente en el ámbito privado, ya sea a partir de misivas familiares o de cartas de *complimento* u obligación social,²¹⁶ si bien en estas

²¹⁶ En relación con este tipo de cartas, ver, a modo de ejemplo, el estudio de Martínez Hernández (2004a) sobre el intercambio epistolar entre la infanta Isabel Clara Eugenia y el marqués de Velada. El mismo autor aborda, además, la figura del marqués de Velada a la luz de los egodocumentos en Martínez Hernández

últimas la naturalidad y espontaneidad quedan sometidas a las necesidades de cortesía (Martín Baños, 2005a: 581). Deyermond (1990) destaca la significativa contribución de las mujeres al desarrollo y difusión del género epistolar ya desde la Edad Media. El alcance de esa producción escrita va desde las cartas y billetes, en el contexto de los usos amorosos,²¹⁷ hasta los compendios de misivas de Hildegarda de Bingen (1098-1179) y, sobre todo, de Caterina de Siena, así como también las epístolas de Eloísa (h. 1090-1164). Las *Epístolas y Oraciones de Santa Catalina de Siena* (1512), además, se traducen al español e imprimen por orden del cardenal Cisneros. La forma de la epístola consolatoria subyace también bajo la expresión personal en la obra de Teresa de Cartagena,²¹⁸ que constituye un precedente de los textos de Teresa de Jesús y de las autobiografías escritas por monjas en la Edad de Oro. Tanto la correspondencia de las autoras medievales como las epístolas de las renacentistas no quedan restringidas a un ámbito místico o religioso, sino que también trascienden al plano político, social y cultural (Doglio, 1993: 2-4), en un momento en el que el acceso a la educación de la mujer, aunque de manera tímida, empieza a valorarse de manera positiva. El humanismo, en obras como *De Institutione Feminae Christianae* (1523) de Vives, plantea la conveniencia de que las mujeres accedan a determinadas obras consideradas no perniciosas, aunque solo sea para que la transmisión de valores contrarreformistas en el seno de la familia quede asegurada.²¹⁹

El elevado número de cartas escritas por mujeres desde la Edad Moderna hasta el siglo XX es en ocasiones justificado por ese lugar común de la supuesta natural inclinación del género femenino hacia la escritura epistolar.²²⁰ Torras Francès señala (2001: 233-235) de

(2004b). Consultar también López y Galende Díaz (2005), que en al abordar las misivas reales, se detienen en el epistolario de María de Austria, hermana de Felipe II.

²¹⁷ Navarro Bonilla (2004) realiza un estudio de las cartas y los usos amorosos en los Siglos de Oro. El volumen incluye, como apéndice documental, la transcripción de algunas cartas y billetes (Navarro Bonilla, 2004: 103-124).

²¹⁸ Para una visión general de la posible influencia de la epístola en los tratados de Teresa de Cartagena ver García (1997).

²¹⁹ Para una visión detallada del debate sobre la educación femenina en la Edad Media y los Siglos de Oro, consultar: Fuentes (2009), Rivera-Garretas (1996) y Torras Francès (2001).

²²⁰ La posición de Pedro Salinas basta para ilustrar esa visión tradicional limitadora de la mujer como escritora de cartas. El autor advierte en su ensayo que, si bien en la literatura en general, el número de escritores hombres es superior en número al de mujeres, no sucede lo mismo en relación con el género epistolar. Considera que “La aptitud especial de la mujer para la epistolografía íntima, tan reiteradamente probada, desde la Edad Media hasta hoy, sin duda ha de responder a algún rasgo psicológico particularmente femenino. [...] Las cartas son una forma de coquetería, una de sus variantes escritas, diríamos.” (1981: 259).

manera acertada que, bajo esa perspectiva, se oculta la falacia de los “hábitos conversacionales” femeninos. Superando esa visión limitadora del fenómeno epistolar entre las mujeres, Castillo Gómez sostiene que la escritura de cartas constituye “una forma de mediación y reconocimiento de autoridad frente a las exclusiones operadas por la cultura patriarcal” (2006: 23). En el carácter privado y flexible de la epístola, las mujeres habrían encontrado una fisura a través de la cual alzar su voz sin que su escritura pudiera ser sospechosa de un atrevimiento impropio del sexo femenino.

En esa intensa práctica epistolar, Teresa de Jesús,²²¹ María de Ágreda²²² y Ana de Jesús,²²³ habrían encontrado estrategias para el discurso autobiográfico y, a su vez, la escritura de sus autobiografías les habría aportado nuevas fórmulas con las que enriquecer el estilo de sus cartas. Las misivas, además, dan lugar al intercambio escrito de experiencias vitales entre mujeres. Así, Leonor Fernández del Río escribe a su prima Inés Fernández, que se halla en Méjico, para informarla de la situación precaria en la que se encuentra, y espera esa reciprocidad:

Finalmente, en el carácter antirretórico de la carta cree encontrar la explicación de esa inclinación natural femenina hacia el género: “Esa proximidad del ser humano al lenguaje en su uso más directo y elemental, esa originalidad de toda carta, que prescinde de reglas y de clásicos, se ofrece por amiga pintiparada al modo de ser femenino, a su pura naturalidad” (1981: 260).

²²¹ El *Epistolario* (1546-1582) de santa Teresa se edita por primera vez en 1658, en Zaragoza, en la tipografía de Diego de Dormer. El compendio, cuya selección se debe al padre Diego de la Presentación, incluye cartas de negocios, que tratan sobre la fundación, organización y funcionamiento de los conventos, así como también cartas privadas a amigos o familiares. Teresa de Jesús escribe sus misivas en el ámbito privado. Sin embargo, su obra adquiere gran éxito y sus cartas son traducidas y reeditadas a lo largo del siglo XVII. Para más detalles, consultar Trueba Lawand (1996: pp. 109-117).

²²² Del epistolario de María de Ágreda destaca, por un lado, el intercambio de cartas con Fernando y Francisco de Borja entre 1628 y 1664. El estudio y edición de estas misivas (unas doscientas) ha sido abordado por Baranda Leturio (2014). Por otro lado, hay que destacar su correspondencia desde 1642-1643 hasta su muerte, editada en los volúmenes IV y V del *Epistolario español* de BAE (1958). María de Ágreda trata en sus cartas tanto temas espirituales o morales, como de la realidad cotidiana. Destaca, sin embargo, su activa aportación en lo concerniente a asuntos de la política del momento.

²²³ Torres (1995) recoge 53 cartas escritas por Ana de Jesús entre 1590 y 1621, conservadas en el archivo del Carmelo Descalzo de Bruselas. La mayor parte están dirigidas a fray Diego de Guevara y a su compañera Beatriz de la Concepción, aunque también hay que destacar el intercambio epistolar con Juana del Espíritu Santo. En sus cartas, Ana de Jesús se centra especialmente en temas profesionales, como la fundación de Mons, la edición del *Libro de Job* de Fray Luis de León o la traducción e impresión de las obras de santa Teresa al flamenco. Sin embargo, también se encuentran reflexiones acerca de la realidad doméstica, de su salud, de la Orden del Carmen Descalzo o de la situación política del momento.

Por lo cual os ruego, señora prima, [...] me escribáis largamente de toda vuestra vida o de lo que esperáis de hacer de vos (en Sánchez Rubio, 1999: 39).²²⁴

Finalmente, como se ha indicado al principio de este estudio, parte de la crítica considera que la caída en desuso de la epístola favorece el nacimiento de la autobiografía. Sin embargo, en los Siglos de Oro, la epístola no parece caer en desuso, pues la misiva continuará teniendo una presencia destacada en la literatura y en la sociedad hasta bien entrado el siglo XX. El éxito de las *Epístolas familiares* (1539) de fray Antonio de Guevara sería una muestra de esa vitalidad del género epistolar ya en la primera mitad del siglo XVI. La inclusión de misivas en obras de la época es abrumadora, trátase de cartas amorosas en novelas de caballerías y ficciones sentimentales o de epístolas bufonescas en la *Crónica burlesca del emperador Carlos V* y en la autobiografía de Alonso Enríquez de Guzmán. El género epistolar, además, subyace en la base del ensayo (Guillen, 2000: 125-126) y está en el origen de las relaciones de sucesos. El carácter flexible que adquiere la epístola en la Edad de Oro y su amplia divulgación en la sociedad del momento enriquece las formas de expresión personal y del discurso autorreferencial, esenciales para el desarrollo de la prosa moderna y para la construcción del género autobiográfico. Soldados y monjas recurren especialmente al género epistolar por diferentes motivos y, precisamente, son estos quienes, en gran medida, vehiculan la autobiografía en los Siglos de Oro.

2.4 Novela autobiográfica, autobiografía ficticia y autoficción

En los Siglos de Oro, el término “vidas” parece dar cabida a una serie de textos de imposible encaje dentro de las categorías de autobiografía, hagiografía o biografía, pese a la estrecha relación conceptual y formal que guardan con esos géneros. *La vida de Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades* (h. 1530), las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón* (1618) o *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, escrita por él mismo* (1646) son buena muestra de una galería de obras que se sirven de las estrategias del discurso autobiográfico de manera harto efectiva –prueba de ello es el innegable éxito popular que alcanzan algunos de esos textos–, al tiempo que

²²⁴ Puede consultarse el documento “Carta 1, de Leonor Fernández del Río, desde Sevilla, a su prima Inés Fernández, en Méjico, 1521” en Sánchez Rubio (1999: 39).

contribuyen de forma determinante a la construcción de la prosa autobiográfica y de la novela moderna.²²⁵

Las obras arriba mencionadas optan por la narración en primera persona del protagonista, recurso que parece imponerse a mediados del siglo XVI en los círculos erasmistas (Lázaro Carreter, 1968: 200).²²⁶ Ese enfoque más íntimo o personal refuerza la ilusión de realismo (Rico, 2000: 124), al tiempo que confiere unidad a un relato, cuyo eje argumental es la relación de la experiencia vital del héroe. No obstante, a diferencia de lo que sucede con la autobiografía, en las obras anteriormente citadas, esa narración retrospectiva de la propia vida del narrador no constituye el objetivo del discurso en sí mismo, sino que sirve de pretexto, de engarce o de marco para otros fines o significados del texto, como, por ejemplo, la presentación de tipos que encarnan vicios sociales, en el caso del *Lazarillo*, o la inclusión de episodios o aventuras, a modo de miscelánea, en la obra de Vicente Espinel.²²⁷ Del mismo modo, la falta de correspondencia entre autor y narrador, así como la deliberada intención de jugar con una mixtura entre el material que ofrece la experiencia vital y elementos folklóricos o literarios, alejan estas obras de la esencia de la autobiografía y las insertan en la línea de las novelas del Yo²²⁸ y las diferentes tipologías que la integran: novela autobiográfica, autobiografía ficticia²²⁹ y autoficción.²³⁰

²²⁵ En su clásico estudio, Pitarello ya plantea esa interrelación entre géneros: “inicialmente il romanzo picaresco mutua dall’autobiografia le strutture formali del proprio discorso; poi l’autobiografia recepisce dal romanzo picaresco contenuti non previsti dalla tradizione, con il risultato di minare l’attendibilità storica delle narrazioni non fittizie” (1989: 18).

²²⁶ El uso del relato en primera persona no es una técnica exclusiva de la literatura de los Siglos de Oro, pues ya está presente en novelas como *Cárcel de amor*. No obstante, a mediados del siglo XVI, es una tendencia en la literatura de ideología o corte erasmista, por lo que se establece como un recurso para la renovación de los géneros narrativos en la Edad de Oro (Lázaro Carreter, 1968: 200). Para Yllera (1981: 170), los erasmistas habrían empleado la primera persona para dar mayor veracidad y profundidad a los textos, en un momento de desprecio por la ficción. En tal contexto hay que entender la opción por la primera persona en *Eremitae*, el *Viaje de Turquía*, el *Diálogo de las transformaciones* o el *Crotalón*, como también en el *Lazarillo de Tormes*.

²²⁷ Navarro Durán advierte que hay en el *Marcos de Obregón* una “silva de varia novela” (2008: liii), en la que “la autobiografía será el hilo conductor en donde se ensartarán novelas, anécdotas y chascarrillos, ejemplos, fábulas, moralidades o incluso un breve relato picaresco” (2008: xxi). Para un análisis de la hibridez genérica de *Marcos de Obregón*, consultar el prólogo a la edición de la obra de Carrasco Urgoiti (1972), la tesis de Aguayo (2013), el estudio introductorio a la edición del texto de Navarro Durán (2008: xi-iv) y el ya clásico análisis de Haley (1959).

²²⁸ Lejeune propone el pacto autobiográfico en oposición al pacto novelesco o “fantasmático”, que se caracteriza por la práctica patente de la no-identidad y por la atestación de la ficción (Lejeune, 1991: 53). Asimismo, define la novela autobiográfica como “todos los textos de ficción en los cuales el lector puede tener razones para sospechar, a partir de parecidos que cree percibir, que se da una identidad entre el autor y

El uso del autobiografismo a modo de sostén o estructura de la narración ya viene anticipado por el *Libro de buen Amor*, si bien desde el punto de vista de la autobiografía, la innovadora propuesta de Juan Ruiz no tendrá continuadores durante la Edad Media. No es hasta mediados del siglo XVI cuando el recurso autobiográfico adquiere un valor destacado en algunos géneros u obras, explotando así las posibilidades creativas del espacio narrativo entre la autobiografía y la novela. La experimentación con los límites y las formas adoptadas por ambos géneros se irá imponiendo como una tendencia para la construcción de la prosa moderna. Por un lado, ello se debe al éxito de *Lazarillo de Tormes* y de sus continuadores. Por otro lado, esa tendencia se ve propiciada por la aparición de obras en las que, a través de la ilusión de intimidad que confiere el empleo de la primera persona, algunos autores aprovecharán para proyectar en el texto sus vivencias personales.

Para la redacción de *La vida de Lázaro de Tormes*, Alfonso de Valdés se nutre, al igual que Juan Ruiz, de las tradiciones del *Asno*, pero también de otras obras o formas textuales en las que tiene un peso importante la autorreferencialidad, como las epístolas, las

el personaje, mientras que el autor ha preferido negar esa identidad o, al menos, no afirmarla” (Lejeune, 1991: 51). Para el marco teórico de las “novelas del Yo”, así como los subtipos que la integran, seguimos a Alberca (2007). Según el autor, ese concepto englobaría textos que se sitúan entre los márgenes de la novela y de la autobiografía (2007: 53): “es el resultado también de un experimento de reproducción literaria asistida, que consistió en tomar genes de los dos grandes géneros narrativos, novela y autobiografía, y mezclarlos en una probeta o matriz de la casilla vacía del pacto autobiográfico elaborado por Philippe Lejeune” (Alberca, 2007: 29).

²²⁹ Para Rodríguez Fontela (1996: 251), una vez superada la dicotomía ficción/verdad para desentrañar la naturaleza del género autobiográfico, la separación conceptual entre “autobiografía ficticia” y “novela autobiográfica” se diluye. Opta, por lo tanto, por mantener un único concepto: la “novela autobiográfica”, y propone entenderla como una opción convencional que obra como tal en el “modelo de escritura” del autor y en el “horizonte de expectativas” de los lectores. Así, la novela autobiográfica no elimina la referencialidad histórica, sino que la hace irrelevante: «La expresión “novela autobiográfica” representa, por lo tanto, la fusión de dos instancias genéricas –autobiografía y novela– que implican un doble componente ficcional, referencial o intrínseco en el caso de la autobiografía y convencional en el caso de la novela» (1996: 253). En relación con los propósitos de este estudio, si bien reconocemos la validez del argumentario de Rodríguez Fontela, mantendremos la separación entre autobiografía ficticia y novela autobiográfica, puesto que ambas formas despliegan, como analiza Alberca (2007), dos actitudes distintas del autor que, de igual manera, se proyectan sobre la recepción de los textos.

²³⁰ Estos conceptos han sido, sobre todo, aplicados al estudio crítico de obras literarias del siglo XX. Existe un riesgo de incurrir en un anacronismo al plantear un análisis de obras de los Siglos de Oro desde conceptos tan modernos. Sin embargo, como se ha puesto de manifiesto al inicio de esta tesis, los objetivos del presente trabajo pasan, en parte, por analizar desde una visión actualizada formas y géneros literarios de la Edad de Oro. La ausencia de una preceptiva o incluso de una reflexión crítica elaborada sobre la autobiografía y la autoficción en los siglos XVI y XVII no implica necesariamente que los autores del momento no se sirvan de tales técnicas ni que las obras actuales adscritas a esos géneros no estén en deuda, precisamente, con esa línea de producción temprana.

Confesiones de san Agustín, la *Crónica burlesca* de Francesillo de Zúñiga o el *Sumario de la natural historia de las Indias* de Fernández de Oviedo (Navarro Durán, 2003b: 29).²³¹ Goetz (1994: 142) va más allá al considerar que habría que entender el *Lazarillo* como una parodia del género autobiográfico. En lo que respecta a la recepción del texto, es complejo determinar hasta qué punto en los Siglos de Oro el *Lazarillo* podría haber sido leído como una autobiografía.²³² El prólogo del autor²³³ al inicio de la obra, las referencias librescas cultas presentes en el texto o el carácter anónimo de las diferentes ediciones, abrirían la posibilidad de que por lo menos los lectores letrados de la época advirtieran la falta de correspondencia entre el autor y el narrador. La novela habría sido propuesta y, probablemente, recibida por buena parte de sus lectores como una autobiografía ficticia.²³⁴

El *Lazarillo* da lugar a otras novelas que mantienen el mismo esquema y que, en su conjunto, van construyendo lo que hoy conocemos como novela picaresca.²³⁵ Sus continuadores irán incorporando nuevos elementos o variaciones sobre un similar universo narrativo en el que el recurso autobiográfico va adquiriendo diferentes significados. De este modo, la autobiografía de Guzmán vendrá justificada por la conversión final del protagonista (Rico, 2000: 25, 73), mientras que el discurso de vida de Lázaro tiene sentido en relación con “el caso”.²³⁶ A partir de la lectura de la obra de san Agustín y de su propia experiencia escuchando declaraciones de forzados en las minas de Almadén (Rico, 2000:

²³¹ Para un análisis exhaustivo sobre las lecturas de Alfonso de Valdés, ver Navarro Durán (2003a y 2003b).

²³² Goetz (1994: 153 y ss.) señala la conveniencia de que cualquier estudio que aborde la novela picaresca analice las relaciones del género con la autobiografía, puesto que existiría una interdependencia entre ambas formas literarias.

²³³ Navarro Durán considera que en el prólogo de *Lazarillo* de Tormes falta una página en la que la distinción entre autor y narrador-protagonista quedaría evidenciada. Para más detalles, consultar: Navarro Durán (2003: 14 y ss.).

²³⁴ Alberca define de la siguiente manera el género o la técnica de la autobiografía ficticia, pues “simula deliberada y miméticamente el discurso de la autobiografía, jugando con la expectativa del lector al hacer pasar como referencial un texto que, en realidad, es ficticio” (2007: 93).

²³⁵ Para parte de la crítica, el *Lazarillo* es considerado la primera novela picaresca. Rico (2000: 117 y ss.) argumenta que el género se fundamenta en el esquema de vida del pícaro, no en el pícaro en sí mismo. El paradigma vital de Lázaro sería, en líneas generales, igual al de Guzmán, *ergo* ambas obras son novelas picarescas. Navarro Durán (2003: 11; 2012: 70), sin embargo, plantea que Lázaro no es un pícaro, sino un mozo de muchos amos, lo que marca una distinción entre el *Lazarillo* y sus continuadores. Por lo tanto, la obra no puede ser considerada una novela picaresca.

²³⁶ Respecto al *Lazarillo*, Rodríguez Fontela observa lo siguiente: “La autobiografía del héroe protagónico-testigo que es *Lazarillo* se revela [...] como mecanismo novelístico retrospectivo original que traiciona, solo por coherencia, su papel testimonial en los comienzos del relato y cuya funcionalidad reside [...] en que el pasado se cuenta para explicar la situación actual del narrador” (1996: 222-223).

89),²³⁷ Mateo Alemán construye el relato retrospectivo de Guzmán. Además, ya se ha editado la influyente obra de santa Teresa.²³⁸ El punto de vista autobiográfico del *Guzmán*, como indica Rico (2000: 75), está al servicio de la captación del interés de un público menos cultivado, al que el autor desea edificar. Por ello, elige el esquema base del Lazarillo, esto es, la autobiografía de un *outsider* o personaje de baja extracción social,²³⁹ como manera de acceder a un público probablemente ya familiarizado con el género autobiográfico. No obstante, no hay que pasar por alto que, en 1599, cuando aparece la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, la autobiografía ya es una realidad en la literatura española, pues ya han escrito sus obras Alonso Enríquez de Guzmán, Diego García de Paredes, el doctor Constantino, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Ignacio de Loyola, Esteban de Garibay, Juan Martín Cordero, Martín Pérez de Ayala y Diego Simancas. En última instancia, en *Guzmán de Alfarache*, la autobiografía está vinculada con el proceso de autoconocimiento y la creación de la identidad personal del héroe (Rodríguez Fontela, 1996: 233), lo que no sucederá con la mayoría de obras del género que aparecerán posteriormente.²⁴⁰

En relación con la autobiografía y la novela picaresca, suscita un especial interés *La vida y hechos de Estebanillo González*. Se trata de un texto complejo, cuya adscripción genérica ha sido muy discutida desde dos vertientes. Por un lado, la crítica se divide entre quienes consideran que se trata de una autobiografía y aquellos que sostienen que nos encontramos ante una autobiografía ficticia.²⁴¹ Por otro lado, su tradicional clasificación

²³⁷ Para más detalles sobre la estancia de Mateo Alemán en Almadén como juez visitador, ver Bleiberg (1985).

²³⁸ Tanto Carreño (1986) como Herpoel (1999: 29, 226) plantean las posibles interrelaciones entre la picaresca y la obra de santa Teresa.

²³⁹ La entrada y popularización de los personajes de baja extracción en la literatura de los Siglos de se da a través de *La Celestina*. Ver para más detalles el clásico e indispensable trabajo de Lida de Malkiel (1962).

²⁴⁰ Para Rodríguez Fontela, la estructura del *Lazarillo* es aprovechada por Mateo Alemán para construir una novela didáctica, que anticipa el *Bildungsroman* (Rodríguez Fontela, 1996: 302). Para un análisis más profundo del *Guzmán de Alfarache* como novela de autoformación didáctica, ver Rodríguez Fontela (1996: 284 y ss.).

²⁴¹ Es Marcel Bataillon (1973) quien primero pone en duda que el criado Estebanillo o *Stefanigli* sea el autor de la obra y propone la autoría de Gerónimo de Bran, quien escribiría la novela para entretenimiento del círculo de Piccolomini. Cid (1988, 1989a, 1989b) y Cid y Carreira (1990) confirman la existencia real del criado Estebanillo, pero proponen como autor de la obra al escritor Gabriel de la Vega. Para otra parte de la crítica, la autoría de Gabriel de la Vega no estaría lo suficientemente demostrada. Así, Navarro Durán (2008: lv y ss.) considera que no hay evidencias textuales o paratextuales que desmientan la autoría de la obra y, en

como novela picaresca también es motivo de controversia entre los estudiosos de la literatura de los Siglos de Oro, debido a las divergencias que presenta el *Estebanillo* con respecto a los esquemas canónicos del género.²⁴² En lo que toca a la autobiografía, efectivamente, el autor marca una distinción entre su propuesta literaria y otros modelos de vidas de pícaros ya en la dedicatoria a Piccolomini:

Yo, Estebanillo González, hombre de buen humor [...] dando a la imprenta este libro de mi vida y no milagros [...] para que mi varia peregrinación y ridículo discurso llegue con tal auxilio a merecer aplauso, y me sirva de alcanzar de V. Exc. la merced y favor que hasta aquí he recibido [...] que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse, y yo desvanecido de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme ([1646] 1978: 131-132).

Estebanillo no desea presentarse como un héroe –no es ningún santo, por lo que no nos va a explicar sus milagros–,²⁴³ pero sí como un “hombre de buen humor”, pues su intención es escribir un libro de entretenimiento con el que espera obtener el favor de su protector. Ese objetivo marca soluciones, como, por ejemplo, la ausencia de arrepentimiento o de una evolución moral en el proceso de madurez del protagonista, que lo alejan de otras obras de la picaresca, por lo que se aparta de la novela de autoformación. La obra también se distingue de otras del género por presentar *a priori* una coincidencia entre autor, narrador y personaje principal, por lo cual habría sido propuesta para ser leída como una autobiografía. Para reforzar la impostura autobiográfica, además, el narrador insiste en el carácter referencial del texto:

cambio, sí existen elementos que la avalan. Estebanillo González no sería, por lo tanto, una novela picaresca al uso, sino “una novelización de la vida real de un pícaro bufón” (Navarro Durán, 2008: lxiii).

²⁴² No existe un consenso entre la crítica en cuanto a la adscripción genérica del *Estebanillo*. Algunos aspectos distinguirían la obra del esquema canónico de la novela picaresca, como el carácter bufonesco del autor, la insistencia en la veracidad del relato, el origen no disfuncional del protagonista o la ausencia de una moralidad o arrepentimiento en la actitud con la que el narrador plantea el relato retrospectivo de su vida. Aun así, Bataillon (1973), Spadaccini (1978), Spadaccini y Zahareas (1978), Cid y Carreiro (1990), Arredondo (1995), San Emeterio (2000) o Rico (2000) clasifican la obra dentro de la novela picaresca. Para otra parte de la crítica, como Avalor-Arce (1985-1986), el *Estebanillo* es una mixtura entre el género picaresco y el género bufonesco, lo que aproxima la obra a la crónica burlesca de Francesillo de Zúñiga. No obstante, Márquez Villanueva (1985-1986), en su excelente trabajo sobre la literatura del loco, demuestra cómo lo bufonesco trasciende los géneros literarios e impregna obras de diversa tipología.

²⁴³ Con la expresión “vida y no milagros”, Estebanillo remite de forma irónica a algunos títulos de hagiografías del momento, como *Vida y milagros de San Francisco de Paula*, escrita en toscano por Paulo Regio y traducida por Francisco de Cuevas; *Vida y milagros de Santa Inés y otras obras de poesía* (1611), de Álvaro de Hinojosa y Carvajal; o *Vida y milagros de San Oleguer, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona* (1609), escrita por Jaime Rebullosa.

Y te advierto que no es la fingida de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relación verdadera con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombro a todos para averiguación y prueba de mis sucesos, y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día, mes y año, y antes quito que no añado ([1646] 1978: 133-134).

Aunque del análisis de la obra en su conjunto se desprende que estamos ante una novela picaresca, el autor parece querer marcar una distancia con el género al mencionar estrategias narrativas propias de la autobiografía o de las relaciones, como su condición de testigo de vista. Además, la exactitud cronológica y geográfica, así como la inclusión de los nombres reales de los personajes históricos que aparecerán en la obra irían también en la línea de conseguir un efecto de realismo en el texto. Como en adelante se verá, tal minuciosidad descriptiva o referencial es una de las soluciones formales adoptadas por los soldados a la hora de dar forma al discurso de sus vidas y no se encuentra ni en *Lazarillo* ni en sus continuadores. No en vano, una de las etapas más destacadas de la vida de Estebanillo es su servicio en las milicias. Pese a ello, la voluntad de entretener está por encima de esa supuesta impostura de verdad, pues más adelante el narrador nos indica lo siguiente:

Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades (González, [1646] 1978: 384).

Estebanillo elige, de manera consciente, no comprometer o limitar la comicidad de su relato con la sujeción a la verdad, por lo que se permite la licencia y flexibilidad de deformar deliberadamente las situaciones y episodios narrados de manera hiperbólica y grotesca, con el fin no solo de entretener, sino también de construir su identidad de bufón.²⁴⁴

El carácter híbrido del texto, en tanto en cuanto el autor compromete su identidad nominal, pero, al mismo tiempo ficcionaliza sobre su personalidad y los episodios vividos, situaría la obra, al igual que sucede con el *Libro de buen Amor* o incluso, hasta cierto punto, con la *Vida de Diego Duque de Estrada*, en el terreno de la autoficción.²⁴⁵ No obstante, el

²⁴⁴ Navarro Durán (2002: 114) señala la convergencia entre el modelo del pícaro y el bufón, unidos por el ingenio mordaz.

²⁴⁵ El concepto de “autoficción” es acuñado por Doubrovsky en su estudio *Fils* (1977), donde propone la siguiente definición: «es el testimonio autobiográfico de un ser ficticio, un “don nadie”, que combate su irrealidad o su ficción (sería lo mismo) escribiendo su propia vida, es decir, la novela de un personaje que tiene su mismo nombre y apellido» (citado en Alberca, 2007: 147). Sin embargo, esa identidad que el autor

problema de la autoría de la obra impide establecer conclusiones categóricas en cuanto a la técnica de la autoficción aplicada al *Estebanillo*. Si, como plantean Cid (1988, 1989a, 1989b) y Cid y Carreiro (1990), el autor no es el mismo Estebanillo –bufón al servicio de Piccolomini– y es el escritor Gabriel de la Vega,²⁴⁶ entonces estaríamos, dependiendo también de la recepción del texto en la época, ante una autobiografía ficticia, como en el caso del *Lazarillo* y las novelas picarescas, o simplemente, ante una autobiografía fingida.

Como fuere, la obra muestra un salto evolutivo en relación con el esquema de las Vidas de mozos o pícaros, lo que debe entenderse no tanto como una ruptura, sino como una nueva orientación del género (Spadacini y Zahareas, 1978: 9-10; Arredondo, 256). Como hace notar Arredondo (1995), existe un lapso temporal de aproximadamente un siglo entre el *Lazarillo de Tormes* y *Estebanillo González*, en el que las formas de la prosa se amplían y continúan evolucionando. Por lo tanto, las variaciones respecto al modelo narrativo de la picaresca resultan casi inevitables.²⁴⁷ Lo relevante para nuestro estudio es que, en ese marco temporal que separa ambas obras, se desarrolla la autobiografía de los Siglos de Oro y, más concretamente, las autobiografías de soldados. Ettinghausen (1982: 18) ya advierte en el *Estebanillo* una voluntad de parodiar la autobiografía heroica. Esos modelos habrían permitido al autor del *Estebanillo* experimentar con el espacio entre la novela y la autobiografía, lo que, sin duda, enriquece la perspectiva y las técnicas de las que se sirve

presenta en su relato es “deliberadamente incompleta, la finge, es imaginaria o parcial” (Alberca, 2007: 205). Alberca describe el procedimiento que sigue el autor de autoficciones de la siguiente manera: “consiste primero en tomar algunos genes escogidos de su ADN biográfico, después de depositarlos en la probeta de la novela junto con algunos principios activos ficticios, y, por último, esperar el resultado [...] De la figura o cuero del autor se obtienen numerosos clones autoficticios, que rompen la divisoria entre lo natural y lo artificial, entre lo autobiográfico y lo ficticio, entre el original y la copia...” (Alberca, 2007: 29). Para Alberca (2007: 142-144), el *Libro de buen amor* es ya un ejemplo de autoficción, y la técnica también es utilizada por Cervantes en el *Quijote*, en *Los sueños* de Quevedo, el *Estebanillo* y la autobiografía de Diego de Torres Villarroel.

²⁴⁶ Cid (1988, 1989a, 1989b) y Cid y Carreira (1990) basan su teoría en el análisis comparativo entre unos poemas compuestos por De la Vega entre 1636 y 1638 y el texto del *Estebanillo*.

²⁴⁷ Arredondo (1995: 260 y ss.) concreta en tres bloques las variaciones que se encuentran en el *Estebanillo* en relación con el esquema del relato de pícaros: el marco geográfico e histórico, el número de oficios y de amos y el desenlace de la obra. Las singularidades adoptadas por el autor del *Estebanillo* se deberían a una evolución del paradigma picaresco, más que a una voluntad de transgresión del modelo (Arredondo, 1995: 279). La autora concluye que desde el inicio del género hasta 1646, la novela picaresca experimentaría variaciones a medida que se va configurando su poética, constituyendo cada modificación una nueva conciencia genérica en relación con el molde del *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache* (Arredondo, 1995: 256).

para dar forma a su obra. Precisamente, por ese motivo, abordar la naturaleza genérica de la novela resulta una labor tan compleja.

El juego con las técnicas de las diferentes modalidades de la novela del Yo no únicamente queda restringido a los relatos de mozos y pícaros, sino que, a inicios del siglo XVII, otros autores van más allá al decidirse a explorar las posibilidades narrativas que ofrece la novela autobiográfica. Alberca describe así el quehacer del novelista que hace uso de esas estrategias literarias:

[...] se sirve de un registro que le permite hablar de sí mismo tras el disfraz ficticio sin poner en peligro su prestigio social [...] De este modo, escapa de la reprobación moral y de la acusación de narcisismo autocomplaciente, para conferirle a su experiencia personal un valor universal. [...] Para no ser reprobado o acusado de exhibicionista, el novelista se oculta tras la máscara novelesca por pudor o por pura necesidad de autodefensa (Alberca, 2007: 103-104).

Algunos escritores, por lo tanto, optan por enmascarar su discurso, desaparecer así del texto y simplemente delegar “la conducción del relato en el narrador o protagonista, que en principio en nada hace suponer que se trata del mismo autor” (Alberca, 2007: 112-113).

Como se ha mostrado con anterioridad en el caso de las *Memorias* de Carlos V o en el relato del cautiverio de Tamayo y Velarde, en la época existen ciertas reservas hacia la autorreferencialidad. Sin embargo, esas reticencias entran en contradicción con un panorama literario español cada vez más abierto a la experimentación con la autobiografía, otras formas del discurso autorreferencial y la autobiografía ficticia. En ese contexto, el recurso formal de la novela autobiográfica se erige como una opción que permite al escritor compartir en su obra elementos de su biografía, sin que por ello deba comprometer en ningún caso su identidad nominal.

Vicente Espinel construye la *Vida del escudero Marcos de Obregón*²⁴⁸ a partir de esa narrativa de ocultación y al mismo tiempo proyección de su Yo. El autor mezcla sus vivencias con las peripecias, inspiradas en la novela bizantina, la picaresca o la soldadesca,

²⁴⁸ En relación con la *Vida del escudero Marcos de Obregón* y el género autobiográfico, Haley (1959) trabaja con la idea de un trasfondo de creación literaria como disfraz del autor para comunicar impresiones y recuerdos personales. En la misma línea, Carrasco Urgoiti (1972: 37-38) considera que la obra no puede adscribirse al género debido a que la estructura del texto se ajusta a modelos literarios. Además, el desdoblamiento del personaje principal rompe con la identificación entre el autor, el narrador y el protagonista. La ambigüedad que nace de la separación y fusión entre el escritor y el héroe sería un rasgo de modernidad en la prosa de Espinel (Carrasco Urgoiti, 1972: 40).

protagonizadas por Marcos. Esas mismas técnicas empleadas por Espinel se observan también en el esquema formal del *Cavallero venturoso* (1617). No existen, sin embargo, estudios que analicen en profundidad las relaciones entre autobiografía y novela en la obra de Valladares y Valdelomar que permitan establecer conclusiones al respecto.²⁴⁹ El ejemplo más claro de la entrada de la experiencia personal en la obra literaria del autor se encuentra en el universo cervantino, donde el “coqueteo con la verdad camuflada” (Alberca, 2007: 80) va penetrando no solo en los textos en prosa del autor, sino también en el *Viaje del Parnaso* (1614), hasta el punto de que Canavaggio (2000: 79) lo define como un poema autobiográfico.²⁵⁰

La tentación de la autobiografía parece sobrevolar la obra de Cervantes.²⁵¹ En sus prólogos se advierte una voluntad por parte del autor de ir dejando huellas de su Yo personal (Canavaggio, 2000: 69-70).²⁵² Sin embargo, es en los textos cervantinos que guardan conexión con el tema del cautiverio o con Argel donde se advierte una mayor entrada de elementos que dan acceso directo a los recuerdos del autor. No cabe duda de

²⁴⁹ El uso de tercera persona en el relato del Caballero Venturoso mostraría la voluntad del autor de distanciarse del discurso de la vida del protagonista. Sin embargo, existe una deliberada ambigüedad en relación con el compromiso nominal y la identidad del héroe principal, pues en ningún momento el lector tiene acceso al nombre del protagonista. La obra, además, al igual que sucede con *Marcos de Obregón*, tiene un carácter misceláneo, que hace más complejo el análisis de sus vínculos o relaciones con la autobiografía. A ello hay que añadir la ausencia de datos y estudios en profundidad sobre la obra de Juan de Valladares y Valdelomar, más allá de la hipótesis de Cruz Casado (2008), quien lo propone como autor del falso *Quijote* de Avellaneda.

²⁵⁰ Canavaggio (2000: 75) considera que en el *Viaje del Parnaso* la correspondencia entre el autor, el narrador y el personaje principal se hace efectiva en los momentos en que Mercurio y “mancebito cuellierguido” interpelan e insertan al poeta en el marco espacio-temporal del poema. En la *Adjunta al Parnaso*, además, en el diálogo entre Pancracio de Roncesvalles y el protagonista, el autor terminaría por comprometer su identidad al admitir ser Miguel de Cervantes. De este modo, el yo se va adueñando del espacio poético en favor de la propia autoafirmación (Canavaggio, 2000: 81). Ello implicaría la superación de los modelos empleados por el autor para la elaboración del poema, esto es, el *Viaggio* de Caporali y el *Viaje de Sannio* de Juan de la Cueva (Canavaggio, 2000: 81). Finalmente, por todos estos elementos, Canavaggio (2000: 79) indica que hay una “autobiografía reivindicadora” en el autodiscurso de Cervantes. Para más detalles, ver Canavaggio (2000: 17-85).

²⁵¹ Sobre las relaciones entre la autobiografía y la obra de Miguel de Cervantes, consultar: Avalor-Arce (1975), Zmantar (1980), Levisi (1984), Canavaggio (2000), Allen (1976), Monga (1996), Garcés (2005) y Sáez (2016).

²⁵² Canavaggio indica: «[...] los prólogos cervantino revelan cómo el código del exordio ha sido poco a poco penetrado por un “decir” cuyo polifacetismo renueva por completo el sentido del discurso prologal [...] Un estudio más amplio y detenido [...] confirmaría, sobre todo, la extraordinaria coherencia del mito personal que impone, mediante el cual Cervantes se revela y esconde a la vez. Resulta, en efecto, que aquel mito no solo instaura el yo cervantino como enlace de los seis textos que lo van forjando entre historia y poesía; lo moldea como eje de un espacio todavía virtual y fragmentado, pero que prefigura, en cierto modo, el que habrá de establecer, en adelante, la autobiografía» (2000: 71).

que, como ya hacen notar Mas (1967: 289 y ss.) y Avalle-Arce (1975: 316), la experiencia del cautiverio marca un antes y un después en la vida de Cervantes. Esas memorias habrían quedado grabadas en su conciencia e irían asomando entre las líneas de sus textos, en un proceso natural, universal y transhistórico compartido, según Garcés (2005), por todas aquellas personas que pasan por una experiencia psicológica similar de encierro forzoso o esclavitud. La captura retorna de manera obsesiva en la obra de Cervantes, pero lo hace cada vez de forma más breve, más difusa y mezclada con la ficción (Garcés, 2005: 391-392).²⁵³

El cautiverio o la realidad argelina vivida y observada por Cervantes se dejan traslucir especialmente en la *Galatea*, *Los baños de Argel*, *La española inglesa*, *El gallardo español*, *El trato de Argel* y el relato del Capitán cautivo,²⁵⁴ insertado en la primera parte del *Quijote*. Algunos de los personajes que desfilan por estas obras, como el Tirmio de la *Galatea*,²⁵⁵ así como la descripción de ciertos espacios geográficos y ambientes, pueden ser leídos e interpretados como pequeñas puertas de entrada a la personalidad y a la vida del autor. No obstante, es el uso del patronímico “Saavedra” la clave de acceso al discurso autorreferencial cervantino. Véase, por ejemplo, la referencia al soldado Saavedra en la historia del Capitán cautivo:

Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia (Cervantes, [1605] 1998: I, 463).

²⁵³ En su estudio sobre el cautiverio en la obra de Cervantes, Garcés (2005) parte del vínculo existente entre las situaciones de cautiverio o prisión y los relatos autobiográficos, en cuyo contexto se entiende la obra de Primo Levi o de Cervantes. También Levisi (1984: 35 y ss.) establece una relación entre el trauma de la esclavitud y la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. La experiencia del encierro marca, de manera inevitable, la identidad del sujeto y, por consiguiente, su obra: “[...] el cautiverio de Cervantes lo colocó durante varios años en la posición liminal del cautivo, del renegado, del soldado fronterizo, o de la persona liminal que no es esto ni aquello [...] y que, sin embargo, es ambas cosas a la vez” (Garcés, 2005: 311).

²⁵⁴ Mas (1967) y Avalle-Arce (1975) también incluyen la *Epístola a Mateo Vázquez*, supuestamente escrita por Cervantes durante su cautiverio en Argel. Sin embargo, Rodríguez-Moñino (1962) demuestra que el documento es una falsificación.

²⁵⁵ Avalle-Arce (1975: 316) relaciona la anécdota puesta en boca de Timbrio en el libro V de la *Galatea* con la experiencia del cautiverio de Cervantes, si bien admite diferencias en la versión del relato respecto a la biografía cervantina.

El narrador, sin duda alguna, se refiere a los varios intentos de fuga de Cervantes en Argel, por los que, de manera casi milagrosa, no es castigado con la muerte. Esta mención de Saavedra y de su historia, digna de ser contada, muestra tanto un deseo de revelar como una necesidad de encubrir (Garcés, 2005: 317). No obstante, de alguna manera, el autor compromete nominalmente su identidad a partir de un patronímico que él mismo adopta seis años después de volver del cautiverio.²⁵⁶ Saavedra, pues, actúa como *alter ego* de Cervantes, pero también este podría haber proyectado aspectos de su vida en el personaje de Ruy Pérez de Viedma,²⁵⁷ avanzando así “camuflado detrás de máscaras, nombres y seudónimos con los que intenta disimular sus marcas en el texto” (Garcés, 2005: 300).

Ni Cervantes, ni Valladares y Valdelomar, como tampoco Espinel, eligen la autobiografía para dar cuenta de su experiencia vital, ya sea porque no hallan justificación para el atrevimiento que supone el acto autobiográfico, ya sea porque simplemente prefieren moverse en ese espacio entre la novela y la autobiografía, que les ofrece un ilimitado abanico de formas de expresión. Al proyectar sus propias vivencias sobre el texto, este tipo de autores enriquecen su universo literario, al tiempo que dejan las pistas justas “para poder afirmar su yo íntimo frente a los demás sin exponerse al peligro de la sanción social” (Alberca, 2007: 80). Existe en estos autores cierta voluntad autobiográfica, que nada tiene que ver ya con el artificio de la picaresca –si bien se nutre de ella–, y que, como en toda novela autobiográfica, “abre pasadizos y tiende puentes intencionadamente entre la esfera ficticia de la novela y su esfera personal” (Alberca, 2007: 112).

²⁵⁶ Cervantes empieza a firmar por primera vez haciendo uso del patronímico “Saavedra” en un memorial de 1586. Este será el segundo apellido que utilice a partir de entonces y que dará a Isabel, su hija con Ana Franco. En su universo literario, Saavedra aparece por primera vez en *El trato de Argel*, aunque también es el héroe en *El gallardo español*. Zmantar (1980: 33) considera que elige libremente el patronímico después de su cautiverio, y que ese desdoblamiento rige toda la obra cervantina. Siguiendo la línea de Zmantar, Garcés sostiene que Saavedra “encarna tanto la experiencia limítrofe del cautivo que sobrevivió al encuentro con la muerte, como el límite fluctuante entre la autobiografía y la producción literaria” (2005: 49).

²⁵⁷ Garcés (2005: 318-319) considera que la personalidad del autor se desdobra en Saavedra y en el Capitán, pues existen coincidencias entre su los detalles de su biografía que aparecen un memorial al Rey de 1590 con la historia del personaje. Sin embargo, ya Camamis (1977: 205) se hace eco de las semejanzas entre la *Vida de Jerónimo de Pasamonte* y los detalles de la experiencia del Capitán cervantino. Garcés (2005: 360) advierte que el autor no está presente en la pérdida de Túnez y la Goleta y que, por lo tanto, se sirve de otros testimonios para el trasfondo histórico de una batalla en la que sí participa Pasamonte. Finalmente, Martín Jiménez (2005: 43-70) argumenta que las vivencias del Capitán Cautivo están basadas en la dura experiencia narrada por Jerónimo de Pasamonte. Debido a la manifiesta enemistad entre Cervantes y Pasamonte, este habría utilizado detalles de la vida del soldado aragonés para escribir una versión *meliorativa* de los hechos en su novela.

En suma, el éxito de la autobiografía ficticia y de la novela autobiográfica en los Siglos de Oro corre paralelo al desarrollo de la autobiografía. En la última novela picaresca, *Estebanillo González*, terminan por confluír el modelo del *Lazarillo* y del *Guzmán* con el género autobiográfico. La novela picaresca y la obra de Cervantes, Valladares y Valdelomar o Vicente Espinel muestran que, de igual manera que sucede en la literatura contemporánea, la prosa de los Siglos de Oro evoluciona en una continua interacción entre las estrategias formales de la novela y de la autobiografía, así como también en el juego con los límites y con el espacio intermedio que une y, al mismo tiempo, separa los dos géneros.

2.5 Los libros de viajes²⁵⁸ y la autobiografía

En los análisis teóricos sobre la autobiografía suele plantearse la existencia de una conexión entre el género y las narraciones de viajes. La literatura de viajes cuenta con una sólida tradición ya en la Edad Media española,²⁵⁹ pues se conservan un elevado número de manuscritos o documentos de *itineraria*, relaciones de embajadas a tierras lejanas y relatos de viajes utópicos o imaginarios, entre otras modalidades discursivas en las que el desplazamiento a otros lugares constituye el núcleo central de la narración. Esa línea de producción medieval, como indica Pupo-Walker, obedece a una “existencia cifrada en el afán de conocer y revelar” (1992: 132). La concepción del relato de viajes como registro de *mirabilia* y descripción de espacios derivará en el siglo XVI en tratados de tipo científico y etnográfico, así como en textos de carácter histórico o costumbrista. En esas obras, el movimiento geográfico es entendido como fuente de conocimiento, por lo que en ellas se materializa la versión más pura o restrictiva del libro de viajes.²⁶⁰ Véase, a modo de ejemplo, la dedicatoria al Rey del *Viaje de Turquía* (h. 1556):

²⁵⁸ Los conceptos “libro de viajes” o “literatura de viajes” son escurridizos desde el punto de vista de la teoría de los géneros literarios. Para una visión general sobre el particular, consultar los trabajos de Díez Borque (1975), Adams (1983), Carrizo Rueda (1997) y Colombi (2006).

²⁵⁹ Sobre la literatura de viajes española en la Edad Media, consultar: Pérez Priego (1984), Rubio Tovar (1986), Aznar Vallejo (1994), Béguelin-Argimón (2011), y el Anejo I. *Los libros de viajes en el mundo románico* de la *Revista de Filología Románica*, editado en 1991. También ver el compendio bibliográfico en el que Simón Palmer (2011) recoge los estudios críticos realizados sobre el motivo y la literatura de viajes entre los 1990 y 2010.

²⁶⁰ Carrizo Rueda aporta una definición restrictiva del género: “Se trata de un discurso narrativo-descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objetivo final, que es la

Aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conocer que natura puso en todos los hombres, César invictísimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fruto ninguno las fábulas y ficciones, no puede mejor ejecutarse que con la peregrinación y ver de tierras extrañas, considerando en cuánta angustia se encierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse a especular la infinita grandeza deste mundo ([1556] 1942: 19).

A pesar de que esa visión tradicional del viaje continuará teniendo vigencia durante los Siglos de Oro, el género se abre a nuevas formas de producción. Ya en el siglo XV, como demuestra Pérez Priego (1984: 234-235), los libros de viajes no son solo un producto de una ideología clerical y letrada o de comerciantes y diplomáticos, sino que el recorrido por tierras exóticas y extrañas cobra sentido en el contexto del ideario y virtudes del caballero cortesano (Pérez Priego, 1984: 235). Buena muestra de ello son el *Victorial*, el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* (1515) y las *Andanzas y viajes* (1454) de Pero Tafur. Al inicio de esta última obra, el autor se expresa sobre las bondades del viaje para el caballero:

[...] visitar tierras estrañas, porque de tal visitación razonablemente se pueden conseguir provechos cercanos a lo que la proeza requiere, así engrandeciendo los fijosdalgo sus corazones donde sin ser primero conocidos los intervienen trabajos y priesas, como deseando mostrar por obras quién fueron sus antecesores, cuando solamente por propias façañas puede ser de ellos conocedora la gente estrangera. E no menos porque, si acaece fazer retorno después del trabajo de sus caminos a la provincia donde son naturales, puedan [...] venir en conocimiento de lo más provechoso a la cosa pública e establecimiento de ella [...] E yo, avido respeto que, allende de otras causas, la tregua fecha entre nuestro señor el rey don Juan e los moros nuestros naturales enemigos, me podía dar lugar e otorgar tiempo para que yo visitase algunas partes del mundo, en su execución e fecho el comienço del viaje [...] Por ende, mi muy noble señor, plégavos leer mi tratado, oír mis trabajos en diversas partes del mundo avidos e recibir con amor este pobre presente (Tafur, [1439] 2018: 63-66).

El viaje no es únicamente vivido desde la perspectiva del observador que registra espacios y nuevas realidades –aunque sean ficticias o legendarias–, sino que también constituye el germen de la aventura, a través de la cual el caballero o cortesano puede demostrar su valía. Además, con la información que transmite a la sociedad de origen, el autor lleva a cabo un servicio a la comunidad –algo indispensable en todo caballero que se precie (Frankl, 1963: 217)–, así como también a don Fernando de Guzmán, comendador de la Orden de

presentación del relato como espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace. Este espectáculo abarca desde informaciones de diversos tipos, hasta las mismas acciones de los personajes. Debido a su inescindible estructura literario-documental, la configuración del material se organiza alrededor de núcleos de clímax que en última instancia, responden a un principio de selección y jerarquización situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen” (1997: 28).

Calatrava, a quien dedica el texto. Para Gómez Redondo (1998-2007: III, 3402), en estas obras, próximas a la biografía caballeresca, la experiencia del viaje determina la configuración identitaria del protagonista. Aunque Pero Tafur no lo expresa de forma explícita, el viaje es también una búsqueda de sus orígenes genealógicos en Constantinopla, por lo que implica un proceso de formación vinculado al descubrimiento de sus propias raíces (Gómez Redondo, 1998-2007: III, 3403).

La visión del viaje como aventura va adquiriendo relevancia desde finales del siglo XV y de forma más clara en el siglo XVI, cuando el *homo viator* se lanza a la conquista de nuevos territorios (González Sánchez, 2007: 14). El Mediterráneo deja de ser el *omphalos* del mundo, de la cultura y de la civilización (Aínsa, 2004: 48) a partir de la conquista de las Indias Orientales y Occidentales (Adams, 1983: 78 y Herrero Massari, 1999: 56). En un esfuerzo tanto por integrar esa nueva realidad geográfica, histórica y sociológica, como por adaptarse a las nuevas tendencias literarias vigentes, se produce una clara evolución en el relato de viajes tradicional. El género se actualiza a partir de la recuperación de las obras más representativas del período anterior,²⁶¹ sobre cuya base se integran las formas y técnicas narrativas de la prosa en boga. Lo literario, como indica Adams (1983: 56), progresa en los libros de viajes, guiado por los modelos de ficción consagrados en la época, como la novela bizantina.²⁶² Ello da lugar, según indica Herrero Massari (1999: 38, 83), a una confluencia entre el libro de viajes y la novela de aventuras,²⁶³ algo que, de alguna

²⁶¹ En los siglos XVI y XVII abundan las reediciones o traducciones de libros de viajes medievales. Así, es de 1503 la primera traducción del libro de Marco Polo, y de 1521, la del *Libro de las maravillas del mundo* de Mandeville, reeditado tres veces hasta 1540. La obra de Benjamín de Tudela se traduce al latín, y del latín al español, para ser editada en 1575. La *Embajada a Tamerlán* se edita en 1582. Finalmente, entre 1515 y 1902 se contabilizan hasta un total de 112 ediciones del *Libro del Infante D. Pedro de Portugal*. Esta apuesta editorial por el género muestra la vitalidad, actualidad y demanda del libro de viajes en los Siglos de Oro, así como la vigencia de los patrones tradicionales del género, cuyo desarrollo es paralelo a las líneas de producción más modernas.

²⁶² Para un análisis de las conexiones entre el libro viajes y la novela en la tradición occidental, ver su estudio (Adams, 1983).

²⁶³ Como indica Lozano-Renieblas (2003: 2), resulta complicado hallar una definición para el género novela de aventuras, puesto que, de igual modo que sucede con el viaje, la aventura se acomoda a distintos discursos narrativos y, además, tiende a dar lugar a textos híbridos. Carrizo Rueda (1997: 13 y ss.) distingue la literatura de viajes de los relatos de aventuras ocurridas durante un viaje. En la primera prepondera la *descriptio*, mientras que, en los segundos, el peso está en la *narratio*. La novela de aventuras, sin embargo, cuenta con una base clásica y una retórica sólida, a cuya filiación se adscriben los relatos bizantinos de los Siglos de Oro, que revitalizan el género. Para un análisis detallado del género novela de aventuras, ver Lozano-Renieblas (2003) y García Gual (1972: 63-96).

manera, ya presagia el texto de Tafur. De hecho, la aventura parece impregnar toda la literatura áurea,²⁶⁴ según demuestra el clásico estudio de Bajtín (1989).²⁶⁵ En el contexto de la conquista del Nuevo Mundo, los autores insistirán en los trabajos y sufrimientos experimentados por el conquistador que es, en definitiva, un viajero. Esa perspectiva se observa ya en el “Proemio” de los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca:

[...] de quantas armadas a aquellas tierras han ydo ninguna se viesse en tan grandes peligros, ni tuiesse tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy estrañas tierras que anduee perdido y en cueros, pudiesse saber y ver, ansí en el sitio de las tierras y prouincias y distancias dellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diuersas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conuersé y viuí; [...] porque aunque la esperança que de salir de entre ellos tuue siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo [...] Lo qual yo escreui con tanta certinidad que aunque en ella se lean algunas cosas muy nueuas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin dubda creerlas; [...] y bastará para esto ayerlo yo offrescido a Vuestra Magestad por tal. A la qual suplico la resciba en nombre de seruicio, pues éste solo es el que vn hombre que salió desnudo pudo sacar consigo ([1542] 1992: 179-180).

El autor dedica su obra al Rey, ante el cual se presenta como “un hombre que salió desnudo”, “perdido y en cueros” y sin esperanza. Sin embargo, atesora el conocimiento de todo lo visto y vivido; dispone de valiosa información, que pone a disposición de los intereses de la Corona.²⁶⁶ A diferencia de Pero Tafur, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca no es un caballero cortesano, por lo que espera una recompensa material por sus servicios.²⁶⁷ Por ese motivo, se describe completamente desvalido. De acuerdo con la idea bíblica de la *peregrinatio vitae*,²⁶⁸ recuperada por el humanismo erasmista, el viaje, en la literatura

²⁶⁴ Véanse las observaciones de Molino sobre la literatura áurea: «une littérature de l’aventure individuelle: aventure amoureuse, aventure pastorale, aventure du conquistador, aventure du mystique... On dirait que l’individualisme renaissant s’incarne in Espagne par le double processus de “littérisation” de la vie et d’insertion dans la vie des grands thèmes littéraires de l’aventure» (1980: 127).

²⁶⁵ Para Bajtín (1989), en el siglo XVI se materializan dos líneas clásicas: la novela de aventuras y de prueba, que dará lugar a la ficción bizantina, y la novela de aventuras costumbrista, cuyos modelos serían el *Satiricón* de Petronio y *El asno de oro* de Apuleyo, así como también la hagiografía cristiana primitiva.

²⁶⁶ En su edición al texto, Pupo-Walker (1992: 89) destaca que el motivo del deber de compartir nuevos conocimientos ya se encuentra en el *Libro de Alexandre* (1252).

²⁶⁷ La génesis de la obra, estudiada por Pupo-Walker (1992), demostraría esa finalidad pragmática del texto, que en un primer momento, como indica Herrero Massari (1999: 111), no habría sido concebido a modo de informe o relación en el ámbito privado o restringido.

²⁶⁸ Vilanova (1989b: 333 y ss.) considera que el motivo de la vida como peregrinación ya se encuentra en la leyenda bíblica de Abraham, en el cautiverio del pueblo hebreo en la tierra de Egipto y en el *Libro de Job*. De ahí partiría la idea contrarreformista de la vida humana como amarga peregrinación desde la tumba a

áurea, se entiende como una sucesión de peripecias y padecimientos. El héroe, al igual que ocurre en las *Vidas* de san Eustaquio, san Serapio, santo Domingo, san Amaro o san Jorge, es un personaje itinerante para el que los trabajos suponen una auténtica lección de vida. Ese espíritu, que subyace en la autobiografía de san Ignacio de Loyola, se observa también en las *Peregrinaciones* (1614) de Mendes Pinto. En el prólogo a la edición española, se encuentra el siguiente fragmento:

[...] Fernão Mendes Pinto, autor deste libro [...] el cual con mucha gloria y honra del nombre de la nación portuguesa, a causa de la sangre que muchas veces derramó por la fe y contra sus enemigos, padeciendo trabajos y riesgos de su propia vida, que siempre lo acompañaron en la larga peregrinación que hizo por todos los Reinos y provincias de aquel grande Imperio Oriental, alcanzó noticia de cosas notables y secretos nunca descubiertos por algún historiador, las cuales ahora se comunican al mundo en esta breve historia que escribió en estilo tan vario que igualmente se pueden recrear y aprovechar con la lección della los curiosos que la leyeren, porque aunque trate de cosas muy nuevas y peregrinas, deben ser creídas [...] (Mendes Pinto, [1620] 1982: lxx).

El viaje entraña aventuras, pero también supone el encuentro con el exotismo de Oriente, que se presenta como un reclamo para los lectores. Así, se apela a su curiosidad por conocer las “cosas notables” y los “secretos” del imperio oriental. Si Álvaro Núñez Cabeza de Vaca promete revelar “cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer”; Mendes Pinto asegura que en su libro se desvelan “cosas notables y secretos nunca descubiertos”. Esa concepción del viaje como aventura y como puerta de entrada al conocimiento de otras realidades se aprecia en algunas autobiografías de soldados de principios del siglo XVII. Precisamente, para Steinbach (2016: 240 y ss.), el libro de viajes constituye uno o de los hipotextos de las *Vidas* de soldados.

Textos como las *Peregrinaciones* de Mendes Pinto o los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, que cuentan con un gran éxito editorial,²⁶⁹ no solo se sitúan entre el libro

la sepultura. El motivo se encuentra en el *Pellegrino d'amore* de Boccaccio y en *Il pelegriano* de Jacopo Caviceo. En la literatura española, el *Criticón* de Gracián y *El pasajero* de Cristóbal Suárez de Figueroa derivan de esa novela de peregrinaje contrarreformista. Para más detalles, ver Vilanova (1989b).

²⁶⁹ La traducción de la obra de Mendes Pinto al español se edita en 1620, para volverse a reeditar en 1627, 1628, 1645, 1664 y 1666. En relación con el éxito del libro de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, hay que destacar que los relatos de naufragios constituyen un núcleo temático realmente productivo en la época. Herrero Massari registra un total de diecinueve relatos de naufragios que circulan de forma manuscrita e impresa en los Siglos de Oro (1999: 21). Además, el tema del naufragio aparece de manera profusa en crónicas y otras narraciones del momento. Así, el quincuagésimo libro de la obra de Fernández de Oviedo está dedicado precisamente a naufragios e infortunios. Para Pupo-Walker (1992: 135), el cambio del título de la

de viajes y la novela de aventuras, sino que también muestran conexiones con la autobiografía.²⁷⁰ En esas obras se produce una coincidencia entre autor, narrador y protagonista, marcada por el uso de la primera persona. Pérez Priego (1984: 233), Goetz (1994: 34-35) o Colombi (2006: 25) consideran que el Yo del viajero no responde a una voluntad autobiográfica, sino que obedece a la necesidad de asegurar la veracidad y fidelidad del relato. Además, para Pérez Priego (1984: 233), el uso de la primera persona contribuiría a que el texto resulte más atractivo para el lector. Colombi resume de la siguiente manera los aspectos teóricos fundamentales que distinguen la función del narrador del libro de viajes de la mirada del autobiógrafo:

El narrador del relato de viaje está distante de la exclusiva preocupación por la construcción de un *ethos* personal, o de la justificación de toda una vida, como es el caso del autógrafa. [...] De manera que la subjetividad viajera parece más abierta a lo imprevisible (el futuro) que preocupada por lo conocido (su pasado). No obstante, el viajero siempre escribe hacia destinatarios que ha dejado en su partida, hacia un tiempo espacio que nunca volverá a ser, siendo él mismo un sujeto en tránsito y mutación [...] Un ejemplo en nuestro campo puede aclarar el punto: el narrador de viaje no puede ingresar indiscriminadamente en el pensamiento de cualquier personaje representado, a riesgo de romper la verosimilitud del género, y su propia fiabilidad como informante. El género limita la autoridad plena del narrador y lo excluye de la omnisciencia (Colombi, 2006: 29-34).

En la misma línea, Pérez Priego apunta que en el relato de viajes no hay cabida para “entrelazamientos, acciones paralelas, que obliguen al narrador a interrumpir o dejar en suspenso su relato” (1984: 232), por lo que la narración sería lineal, al estilo de las crónicas, de las que tomaría su estructura (Goetz: 1994: 34). Sin embargo, en los textos de los Siglos de Oro (dejando a un lado la rica perspectiva de los egodocumentos),²⁷¹ establecer una frontera entre la novela de aventuras, los libros de viajes y la autobiografía no resulta una labor sencilla. Adams (1983: 167) acierta al señalar que en la literatura de viajes de la Edad Moderna se produce una evolución en el uso y la función de la primera

obra de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca a *Naufragios* en la edición de 1555 respondería precisamente a una estrategia del editor, que, de este modo, situaría el texto en una tradición con éxito de público en el momento.

²⁷⁰ Por ello, Goetz incluye como textos autobiográficos algunos relatos de viajes o peregrinaciones (1994: 60).

²⁷¹ En su estudio sobre los libros de viajes de los Siglos de Oro, Herrero Massari (1999: 58) destaca que el memorial, la carta de relación o la simple confesión oral están en el origen de muchas narraciones del género. También se hace eco de la existencia de un subgénero epistolar de viajes (Herrero Massari, 1999: 55). Como se ha comprobado en apartados anteriores, la realidad de la expansión por nuevos territorios da lugar a un gran número de documentos o egodocumentos, entre los que fácilmente pudieran rescatarse ejemplos de relatos de viajes.

persona, que tiene que ver, en gran medida, con la existencia de diferentes arquetipos de viajeros (Colombi, 2006: 25-26). Como observa Colombi (2006: 17), a medida que el libro de viajes se erige como un género autónomo con una decidida voluntad estética, el mandato de verdad y objetividad propio del género va perdiendo consistencia. Por lo tanto, al entrar en el terreno de lo literario ya en los Siglos de Oro, el libro de viajes se impregna de las formas de la novela, como ya se ha visto, pero, sin duda alguna, también de la autobiografía.

En el momento en que la experiencia vital y subjetiva adquiere el mismo peso que la descripción geográfica, etnográfica o costumbrista, se produce una confluencia o hibridación entre el viaje, la aventura y las literaturas del Yo.²⁷² Por ello, Goetz (1994: 34 y ss.) señala que la evolución de los libros de viajes y de la autobiografía son paralelas. Ordóñez de Ceballos, en el prólogo de su *Viaje del mundo*, se muestra consciente del valor autobiográfico de su obra:

Bien sé que a algunos se les puede hacer cosa muy nueva el ser historiador de mi propia vida, parece que yendo contra el consejo del sapientísimo Salomón, que dice que nadie quiera se alabado de su propia boca. A eso responderé que no es mi intento hacer tal, sino dar un desengaño particular de la variedad que este mundo tiene. Y que, así como el gran Julio César, emperador romano, historió su vida y guerras, no por el interés del nombre y fama que de ello le podía resultar, sino para que sirviese de un ejemplar vivo para otros capitanes y gente aficionada al ejercicio militar, no de otra suerte me ha parecido a mí el poner aquí los varios sucesos que me han acontecido; lo uno, para que sirvan de nota para otros, y lo otro, para que, haciéndolo, cumpla con mi debido agradecimiento (Ordóñez Ceballos, [1614] 1993: 18).

El autor, tras negar toda pretensión de vanagloria y justificarse ante el lector por hablar de sí mismo, plantea un doble objetivo en el texto, al igual que Mendes Pinto: relatar su experiencia del viaje y, al mismo tiempo, dar cuenta de los lugares visitados. La obra, además, se estructura en función de esos objetivos, pues Ordóñez Ceballos distingue dos primeras partes dedicadas al relato de su actividad militar y religiosa, y, dos partes más, a la descripción geográfica y de espacios. Esa estructura ambivalente se observa también, como se verá posteriormente, en ciertos relatos de cautiverio, como la obra de Diego Galán.

²⁷² El motivo del viaje no solo impregna el universo de la autobiografía *strictu sensu*, sino que también influye en diarios y cartas. Destacan en la época los diarios, cartas y otros documentos, custodiados por la Compañía de Jesús, escritos desde 1540 y hasta 1773, año en que la sociedad se disuelve por decreto del Papa. Estas cartas o relaciones, enviadas al Papa o a un superior, se publican en colecciones. Así, en 1575 aparece una colección española de noventa cartas escritas desde Japón (Adams, 1983: 55).

En suma, en el contexto de una expansión geográfica sin precedentes, el viaje pasa a ser tanto una experiencia de conocimiento como una aventura de penalidades y sufrimiento, que buscan ser transmitidos a la sociedad de partida, en lo que, en última instancia, constituye un acto de construcción de identidad colectiva. Especialmente en su variedad testimonial, los relatos de viajes aportan nuevos modelos literarios para la elaboración del discurso autorreferencial, así como también contribuyen a la existencia de un público que demanda y consume con interés lecturas pseudoautobiográficas. Las formas de las literaturas del Yo, especialmente la autobiografía, se enriquecen mediante la incorporación de aspectos y estrategias narrativas del universo de los relatos de viajes y de aventuras. Eso da lugar a textos de carácter híbrido, que admiten una lectura desde diferentes perspectivas genéricas. Tal contexto de producción literaria permite comprender algunos aspectos relevantes sobre las características de ciertos subgéneros o formas de la autobiografía de los Siglos de Oro, como los relatos autobiográficos de cautiverio y las autobiografías de soldados.

2.6 Líneas de producción autobiográfica en los Siglos de Oro

Las primeras autobiografías escritas en los Siglos de Oro de las que se tiene conocimiento datan de la primera mitad del siglo XVI. Se trata del *Libro de la vida y costumbres de D. Alonso Enríquez de Guzmán* (1547), cuyo texto habría empezado a gestarse entre 1518 y 1519,²⁷³ y de la *Suma* de Diego García de Paredes, escrita en 1533.²⁷⁴ Sin embargo, hasta aproximadamente una década después no aparecen publicados los primeros textos del género. En 1542 se edita la obra de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y, en 1547, *La confesión de un pecador* del doctor Constantino Ponce de la Fuente (1502-

²⁷³ Según Gastañaga Ponce de León (2012: 117), Alonso Enríquez de Guzmán empieza a escribir desde 1518 y 1519 hasta 1547. El mismo autor indica la existencia de cuatro copias de su obra: una para Felipe II, otra para la duquesa de Alba, otra para el conde de Linares, y una última para García de Toledo, hijo de Pedro de Toledo, virrey de Nápoles. Únicamente se conservan dos manuscritos, uno en el Archivo del Consejo de Indias, que es recuperado por Gayangos, y otro en la Biblioteca Nacional de Nápoles. Sobre la obra de Alonso Enríquez de Guzmán, consultar la introducción a la edición de Keniston (1960) y Gastañaga Ponce de León (2012).

²⁷⁴ Según consta en el título de los manuscritos 1752 y 12931, conservados en la Biblioteca Nacional, que contienen la Vida de Diego García de Paredes, el autor escribe el texto “quando estaua enfermo del mal de que morio”, esto es, antes del 15 de febrero de 1533 (Muñoz de San Pedro, 1946: 423; Cassol, 2000a: 76; Gastañaga, 2012: 46; López y Pérez, 2018: 99).

1560).²⁷⁵ Esta obra se reedita en varias ocasiones a mediados del siglo XVI, antes de entrar en el *Índice de libros prohibidos* de Valdés. Solo unos años después, en 1550, escribe sus *Memorias* Carlos V²⁷⁶ y, entre 1553 y 1555, Luis Gonçalvez da Câmara redacta, al dictado del mismo padre Ignacio de Loyola, los *Hechos del Padre Ignacio*.²⁷⁷ Posteriormente, Teresa de Jesús da forma a su *Libro de la vida*, si bien el texto no se da a conocer hasta 1568, de forma primero manuscrita y, a partir de 1588, impresa.²⁷⁸ Por esos mismos años, Martín Pérez de Ayala (1503/4-1566) escribe su *Discurso de la vida* (1566)²⁷⁹ y, Diego Simancas (1519/20- después de 1579), *La vida y cosas notables del señor obispo de Zamora, don Diego Simancas* (h. 1577).²⁸⁰

²⁷⁵ *La confesión de un pecador* se publica como anónima en Sevilla en 1547 y no será hasta la edición de 1548 cuando aparezca el nombre Constantino Ponce de la Fuente como su autor. La obra tiene un éxito considerable, pues se edita en 1554 en Évora y, en 1556, en Amberes. Además, se traduce al inglés y al francés y entre los siglos XVIII y XIX tiene gran difusión entre cuáqueros y protestantes. El texto podría considerarse fundamentalmente un tratado de la oración, por lo que Aspe (1979: 31) considera que serviría de puente entre los confesionarios tradicionales y la autobiografía del Renacimiento: “Desea ofrecer a cualquier pecador un elenco de pecados, al estilo de los confesionarios, para ayudarlo a la confesión. Para ello elige la forma autobiográfica y la adapta a su funcionalidad ejemplar, así presenta a su yo-pecador como reo arrepentido de todos y cada uno de los pecados reales o posibles” (Aspe, 1979: 35).

²⁷⁶ Carlos V escribe sus memorias en tercera persona, siguiendo el modelo de César, entre 1513 y 1550. No se conserva el manuscrito original de las *Memorias* de Carlos V. Como indica Sánchez Alonso (1953: 306), probablemente el texto habría sido redactado en francés, si bien ha llegado a nuestros días en la versión portuguesa de 1620.

²⁷⁷ En el prólogo a la obra, el P. Nadal se refiere al texto como los *Hechos del Padre Ignacio*, si bien también es conocido con el título *El peregrino*. La obra se escribe al dictado, ante la insistencia de los hermanos de la Compañía de Jesús, que solicitan a San Ignacio una guía de comportamiento. En 1566 el Superior General de los jesuitas, San Francisco de Borja, encarga a Pedro de Ribadeneira la biografía oficial de San Ignacio, al tiempo que ordena la retirada de los ejemplares de los *Hechos del Padre Ignacio* y prohíbe su lectura. La obra no se publicará hasta el siglo XVIII, en su traducción latina. Sin embargo, no hay que descartar una posible difusión del texto, teniendo en cuenta lo que indica el P. Nadal en su prólogo: “Son los *Hechos del Padre Ignacio*, que corren de mano en mano” ([1555] 2011: 144).

²⁷⁸ Como es bien sabido, la primera edición del libro de la vida (Salamanca, 1588) es obra de Fray Luis de León. Antes de fin de siglo la obra es reeditada en Barcelona, Zaragoza y Madrid. En el XVII aparecen traducciones en Nápoles, Bruselas, Roma, Lisboa y Amberes.

²⁷⁹ Teólogo español al servicio de Carlos V, nombrado obispo de Guadix en 1548, obispo de Segovia, en 1562 y, finalmente, arzobispo de Valencia. La participación del autor en el Concilio de Trento, a petición del Rey –en 1543, en 1546 y en 1551–, marca el *Discurso de la vida del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Martín de Ayala, arzobispo de Valencia, escrito por él mismo*. La obra, redactada poco antes de su muerte, se centra en su trayectoria profesional, poniendo especial énfasis tanto en sus méritos y ascenso en la carrera eclesiástica, como las persecuciones sufridas por causa de sus adversarios. Para más detalles sobre el texto, ver Pope (1974: 33-46).

²⁸⁰ *La vida y cosas notables del señor obispo de Zamora, don Diego Simancas* es el título que da a esta autobiografía su editor, Serrano y Sanz (1905), si bien, como indica Pope (1974: 90), el mismo autor se refiere a esta como “comentarios” o “discurso de mi vida”. Tras licenciarse en derecho por la Universidad de Salamanca, Diego Simancas es nombrado consejero del tribunal de la Inquisición en 1545 y, más tarde, oidor. También ejercerá como obispo de Ciudad Rodrigo, de Badajoz y de Zamora. Tiene una participación

En las últimas décadas del siglo XVI y, tras la exitosa edición de la obra de santa Teresa, la aparición de autobiografías va en aumento. Se redactan en esa época el *Discurso de mi vida* (1594) de Esteban de Garibay (1533-1599);²⁸¹ la autobiografía de Juan Martín Cordero (1531-1588);²⁸² las *Relaciones* (1598) de Antonio Pérez (1534-1511)²⁸³; y las conocidas como *Memorias* (h. 1590) de Luis de Carvajal el Mozo (1567-1596).²⁸⁴ En el ámbito conventual, escriben sus autobiografías Catalina de Jesús (1540-1586), Catalina de Cristo (1544-1594), María Bautista (1543-1603) y María de San José (1548-1603).²⁸⁵ De la primera mitad del siglo XVII datan un considerable número de obras de carácter autobiográfico, sobre las que volveremos más adelante, como la *Vida y trabajos* (1603) de Jerónimo de Pasamonte; la *Vida del soldado español Miguel de Castro* (1612); la

destacada en los Autos de Fe de Valladolid en 1568, en estrecha colaboración con el inquisidor Fernando de Valdés, y en el conocido proceso al obispo de Toledo, Bartolomé de Carranza. Este último caso constituye la parte central de su autobiografía. Una visión general del texto se encuentra en Pope (1974: 89-103).

²⁸¹ Esteban de Garibay, tras abandonar sus estudios de derecho canónico y civil, se dedica a la historia, su gran vocación. Durante su vida, alterna su oficio de genealogista y cronista real de Felipe II con un cargo en la Inquisición. Esa dedicación deja huella en el *Discurso de mi vida*, escrito hacia 1594 (con adiciones de 1598). Respecto a las deudas del texto en relación con la crónica, Pope comenta lo siguiente: “La profusión de nombres y fechas está relacionada con la forma original de la obra, que ha surgido de una primera redacción en forma de crónica y diario. [...] Sus memorias son la revisión de un diario corregido y aumentado. Es por lo tanto una forma más abierta que una estricta autobiografía [...]” (1974: 106). Para una aproximación a la obra, consultar el estudio introductorio del editor, Jesús Moya (1999), y Pope (1974: 103-117).

²⁸² Pocos estudios se refieren a la obra de este intelectual erasmista. Pese a los esfuerzos de Matías Barchino, la edición de referencia de la autobiografía de Martín Cordero continúa siendo la de Francisco Martí Grajales de 1927. El editor no da título al texto, que empieza de la siguiente manera: “Sigue la vida y sucesos varios que en mi vida me han acontecido desde el día que nací, hasta la presente hora que contamos” (Martín Cordero, [1588] 1927: 128). La obra habría sido escrita ya en el retiro de su autor hacia 1588. Para una visión general de la vida y obra de Juan Martín Cordero, ver Martos (2015).

²⁸³ La escritura autorreferencial asociada a Antonio Pérez, secretario de Felipe II desde 1568, incluye cartas, memoriales y relaciones. En su obra se diluyen las fronteras entre las memorias y la autobiografía y, merecería, sin lugar a dudas, un estudio con una visión más amplia, tal vez desde el punto de vista de los egodocumentos. En lo que respecta al género autobiográfico, hay que destacar sus *Relaciones de Antonio Pérez, secretario de estado que fue del Rey de España don Felipe II de este nombre*, escritas en tercera persona, y centradas, como no podría ser de otra manera, en su conflicto con el Rey, a raíz del asesinato de Escobedo, y en su huida del país. La obra se edita en París en 1598.

²⁸⁴ Hacia 1590, tras salir por primera vez de la prisión inquisitorial, escribe su autobiografía Luis de Carvajal el Mozo o Joseph Lumbroso. En esta narra en tercera persona su conversión al judaísmo y su vivencia de la religión, así como la situación de persecución que viven tanto él como su familia y la comunidad criptojudía residente en Méjico. Luis de Carvajal también es autor de cartas y de un testamento, que se hallan junto a los documentos del proceso inquisitorial de la familia Carvajal. Para más detalles sobre Joseph Lumbroso y la familia Carvajal, ver Toro (1944) y Grosz (1972).

²⁸⁵ Sobre la obra de estas autoras, ver Herpoel (1999: 42-49).

Peregrinación de Anastasio (1613), de Jerónimo Gracián (1545-1614);²⁸⁶ *la Vida y sucesos* (h. 1625) de Catalina de Erauso; el *Discurso de mi vida* (1633), de Alonso de Contreras; la *Relación de la vida* (1634) del capitán Domingo de Toral y Valdés; los *Comentarios del desengañado de sí mismo* (1646), de Diego duque de Estrada; y *Cautiverio y trabajos* (1612-1648), de Diego Galán. Además, se registran las Vidas de Ana de Jesús (1555-1624), María Vela y Cueto (1561-1617), Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614), Mariana de San José (1568-1638), Mariana de Jesús (1565-1624), Ana de Jesús (desconocida- 1617), Antonia de Jesús (1592-1627) y Ana de San Bartolomé (1549-1626).²⁸⁷

En la segunda mitad del siglo XVII, atendiendo a los documentos de los que actualmente se tiene referencia, el género parece diluirse. Son de esa época *Cautiverio feliz* (1673), de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-1680), las *Memorias del cautiverio* (1683) de José Tamayo y Velarde; y los *Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (1690) de don Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón. También se escriben a partir de la segunda mitad del siglo XVII las Vidas de Lucía de Jesús (1601-1653), María de Salinas (1602-1657), Jerónima de San José (1609-1661), María de Jesús de Agreda (1602-1665), Mauricia del Santísimo Sacramento (desconocida-1670), Ángela María de la Concepción (1649-1690) y Francisca, la monja anónima.²⁸⁸ Por lo tanto, el punto álgido de la autobiografía habría que situarlo entre las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII.

En un intento por trazar las diferentes formas o tendencias de las primeras autobiografías y memorias en el ámbito español, Serrano y Sanz propone una clasificación de los textos, dejando a un lado las Vidas espirituales. De este modo, sitúa las obras religiosas en un marco de producción diferenciado del resto (1905: I). Tras la estela de Serrano y Sanz, Molino (1980: 133-134) diferencia también la autobiografía religiosa,

²⁸⁶ Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, más conocido por ser confesor de santa Teresa, escribe a modo de diálogo su *Peregrinación de Anastasio*, en que se trata de los trabajos, persecuciones, peregrinaciones y ejercicios del Maestro fray Gerónimo Gracián de la Madre de Dios Carmelita, desde que tomó el hábito descalzo hasta el año 1613. Más detalles sobre su vida constan en la hagiografía *Excelencias, vida y trabajos del Padre Fray Jerónimo Gracián* (1619), escrita por Cristóbal Márquez y editada por Andrés del Mármol. Para más detalles sobre la *Peregrinación de Anastasio*, ver Manero Sorolla (2001) y Andrés Robres (2004).

²⁸⁷ Sobre la obra de estas autoras, ver Herpoel (1999: 51-61).

²⁸⁸ Sobre la obra de estas autoras, ver Herpoel (1999: 70-75).

sujeta a la ejemplaridad y articulada en torno a la confesión, de las obras del género laicas, escritas con una voluntad testamental y en forma de aventura o relato del ascenso social o profesional del autor (Molino, 1980: 134). Otros críticos, como Levisi (1980: 98) y Goetz (1994: 12), se harán eco también de ese mismo criterio de clasificación para las obras del género. A su vez, en lo que respecta al conglomerado de autobiografías no religiosas, Serrano y Sanz agrupa las obras atendiendo al “estado, profesión o género de vida” de los autores (1905: III). Así, distingue las Vidas de reyes; de ministros, políticos y funcionarios públicos; de navegantes y conquistadores; de viajeros; de militares; de aventureros; de oradores y escritores; de clérigos y religiosos; y de mujeres. Por su parte, Goetz (1994: 12), quien considera las autobiografías laicas como obras de la experiencia o “accidentales”, establece los siguientes subtipos de Vidas: de viajes o peregrinaciones; de exploraciones; de conquistas; de actividad militar; de cautiverio y, finalmente, las autobiografías de intrigas políticas (Goetz, 1994: 61).

Estos intentos de agrupación de los textos resultan problemáticos. En primer lugar, las obras incluidas entre las autobiografías religiosas no tienen un carácter homogéneo entre sí, como se evidencia también en el caso de la línea definida como laica. Dentro de esa tendencia confesional, hay una gran divergencia entre la propuesta de santa Teresa, la de Ignacio de Loyola o la de Constantino Ponce de la Fuente, en cuanto a estrategias estéticas, objetivos, posición identitaria del autor y contextos de producción. Además, cabría plantearse dónde incluir las autobiografías que divergen del modelo confesional cristiano, como la de Luis de Carvajal el Mozo, cuya identidad judía y vivencia de la religiosidad constituyen la piedra angular sobre la que se articula toda la obra. En todo caso, como bien sugiere Durán López (2002: 176), habría que definir diferentes modalidades dentro de la autobiografía religiosa.²⁸⁹

En segundo lugar, los subgrupos establecidos para las autobiografías definidas como laicas también presentan limitaciones, más allá de la difusa línea que separaría los conceptos de aventurero, militar y conquistador o navegante; o de la complejidad de

²⁸⁹ Respecto a las diferentes modalidades de la autobiografía religiosa, Durán López indica lo siguiente: “[...] todas ellas, cada una a su modo, establecen un determinado formato narrativo, una trayectoria personal común y un arquetipo del yo netamente diferenciados en cada submodalidad, pero en conjunto definen la individualidad en función de la dimensión espiritual de la persona” (2002: 176).

distinguir entre las experiencias de exploración, conquista, peregrinación y actividad militar, que a menudo se superponen. Durán López (2002: 174) rechaza la propuesta de Serrano y Sanz, al considerarla una clasificación con criterios documentalistas únicamente útil para historiadores. En su análisis crítico sobre las modalidades de la autobiografía, argumenta lo siguiente respecto al discurso identitario:

Una vez más se confunden las tipologías literarias con las de la realidad, y se asume erróneamente que existe un automatismo de carácter más o menos estable entre las categorías humanas *reales* y las categorías *ideológicas* –lo que aquí vale tanto como *literarias*– de la identidad. La autobiografía lo que refleja no es la realidad, sino las concepciones de la identidad de sus autores [...] Una concepción de identidad del *yo* [...] supone un proceso de abstracción a partir de la infinidad de hechos, sentimientos o experiencias de un individuo real y de la colectividad en que éste se inserta (Durán López, 2002: 174-175).

Una clasificación que atienda únicamente a la condición del autor mostraría, por lo tanto, una visión simplista o sesgada en relación con la naturaleza del acto autobiográfico. Además de la imposibilidad de la referencialidad en la autobiografía –sobre la cual se ha discutido anteriormente–, es preciso tener en cuenta la complejidad que entraña definir la identidad de un individuo. Esta tiene un carácter caleidoscópico, puesto que se conforma de manera transversal y colectiva. Así, al oficio o estado pueden superponerse otras señas identitarias de gran peso en la sociedad de los siglos XVI y XVII, como el género o la pureza de sangre. Es en las variables discursivas adoptadas donde hay que buscar las modalidades de la autobiografía:

[...] las posibilidades de desarrollar diferentes formatos de identidad individual a través de un relato autobiográfico están drásticamente limitadas por los formatos prevalentes en la sociedad en la que vive el autor y por los tipos de discurso consolidados en ella. Estos tipos de discurso proporcionan abstracciones preestablecidas de la experiencia individual, en cierto modo son arquetipos fijos de la conducta y la personalidad humana. Sobre esta no muy extensa variedad de discursos es sobre la que hay que realizar las clasificaciones del género autobiográfico y no meramente sobre tipologías de oficios o condiciones humanas (Durán López, 2002: 175).

Por lo tanto, los subgéneros de la autobiografía ciertamente podrían estar vinculados con determinados roles sociales o estados, siempre y cuando estos determinen tanto la posición identitaria del autor ante el relato de su vida, como las estrategias discursivas adoptadas. La propuesta de subgéneros autobiográficos, por lo tanto, debe ser el resultado de una exploración, como sugiere Molino (1980: 133), de las formas de autoconocimiento

desplegadas en el texto; la motivación del autor; la selección de materiales, fuentes y modelos; y los valores y concepción del mundo desde los que se construye el relato.

De acuerdo con esos métodos de análisis, en los Siglos de Oro es posible distinguir de manera clara algunas líneas de producción autobiográfica, dejando al margen de este trabajo los escritos autobiográficos insertados dentro de otras obras y aquellos relatos que, desde un punto de vista teórico, quedarían claramente circunscritos en la esfera del memorialismo. Estas otras variables de escritura autobiográfica merecen un estudio detallado que tenga en consideración las particularidades de los textos, en cuanto a forma y contextos de producción. Tal análisis iría más allá de esta visión de conjunto, que está encaminada a comprender el marco genérico en el que se inserta la fecunda línea de producción de las autobiografías de soldados. Además de este subgénero, constituyen una modalidad dentro de la autobiografía en los Siglos de Oro las Vidas escritas en el ámbito conventual y los relatos autobiográficos de cautivos o de cautiverio. Estas dos últimas modalidades merecen una breve aproximación crítica en este análisis.

Es preciso hacer mención de una posible última dirección en las autobiografías de los siglos XVI y XVII. Ya Serrano y Sanz establece una categoría diferenciada para las Vidas “de ministros, políticos y funcionarios públicos”. Del mismo modo, Goetz (1994: 61) se refiere a las “autobiografías de intrigas políticas” y, Andrés Robres (2005: 61 y ss.) propone las “memorias justificativas” o “políticas” como un conjunto más o menos homogéneo dentro del memorialismo de los Siglos de Oro. Ciertamente, parecen existir elementos comunes entre las Vidas de Esteban de Garibay, Martín Pérez de Ayala, Diego Simancas y, en algunos aspectos, también las *Relaciones* de Antonio Pérez y la autobiografía de Juan Martín Cordero. En todas ellas, el relato está centrado en la actividad profesional del autor, al servicio del estado o de la Iglesia, y en su imagen pública. También hay referencias a la vida intelectual del autobiógrafo y, en casi todas, se insiste en el relato de las asechanzas de los enemigos, así como también en la denuncia de la escasa compensación económica a cambio de los servicios prestados. Sin embargo, se requiere un análisis en mayor profundidad para poder concluir que estas obras realmente presentan una conexión o que constituyen una propuesta autobiográfica más o menos homogénea.

Finalmente, en relación con el desarrollo de la autobiografía en los Siglos de Oro, hay que tener en cuenta la posibilidad de una interacción o influencia mutua entre las diferentes obras y autores, más allá de las posibles propuestas de clasificación. Así, por ejemplo, Esteban de Garibay ([1594] 1999: 243-244), según él mismo indica en su autobiografía, tiene contacto con Teresa de Ávila, por lo que habría podido verse influido por su *Libro de la vida* y la línea confesional femenina. Del mismo modo, Diego Simancas ([1577] 1905: 157) da cuenta de su entrevista con Martín Pérez de Ayala, por lo que no hay que excluir que su relación profesional pudiera implicar una influencia desde el punto de vista literario. En última instancia, cabe señalar el interés por el acto autobiográfico demostrado por personajes vinculados de manera personal o profesional con Carlos V, como Alonso Enríquez de Guzmán, Diego García de Paredes, Constantino Ponce de la Fuente o Martín Pérez de Ayala.²⁹⁰

2.6.1 *Autobiografías del ámbito conventual*

Las autobiografías de los Siglos de Oro escritas por religiosos y religiosas están vinculadas con las *Confesiones* de San Agustín. No en vano, para Pascal (1960: 21), en base a esta obra se construye el género autobiográfico en la civilización occidental. En su versión latina, el texto agustiniano es fundamental para la redacción de *La confesión de un pecador* del doctor Constantino, así como también, probablemente, para los *Hechos del Padre Ignacio*. Del mismo modo, posteriormente, Pedro de Ribadeneira dará forma a sus *Confesiones* (1611)²⁹¹ a partir de la lectura del relato de San Agustín en su lengua original. Sin embargo, el auge de la línea confesional se daría con motivo de la primera traducción de las *Confesiones* al español en 1554 (Goetz, 1994: 42; Aladro y Dabaco, 2008: 28). La sucesión de reediciones del texto en castellano –en 1555, 1556, 1569 y 1579– da cuenta del

²⁹⁰ Como indica Francesillo de Zúñiga en su *Crónica burlesca*, Alonso Enríquez de Guzmán, “hombre de livianos cascos” ([1525-1529]: 1981: 68), es un noble vinculado con la Corte. Según se deduce de su Vida, tiene contacto personal con el monarca. Hacia 1529 Carlos V requiere a Diego García de Paredes para su servicio personal, por lo que a partir de entonces y hasta su muerte el Sansón de España acompañará al Rey. Por su gran fama, el doctor Constantino es invitado a la Corte en 1548 por Carlos V, quien le ofrece un puesto de predicador real. Durante siete años acompañará al Emperador en sus viajes. Finalmente, Martín Pérez de Ayala guarda también una estrecha relación con el monarca, ya que este requiere sus servicios como teólogo en el Concilio de Trento.

²⁹¹ Para más detalles de la obra de Ribadeneira, ver Goetz (1994: 68 y ss.).

indudable éxito de público que alcanza en el momento. Entre sus lectores, se encuentra Teresa de Ávila, tal y como explica ella misma en el *Libro de la vida*:

En este tiempo me dieron las *Confesiones* de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré ni nunca las había visto. [...] Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me vía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí mesma con gran aflección y fatiga (Teresa de Jesús, [1563] 1983: 171-172).

No cabe duda de que las *Confesiones* inspiran de manera decisiva a santa Teresa, que seguirá el paradigma de San Agustín no solo en el motivo de la conversión como eje del relato retrospectivo, sino también en la estructura binaria²⁹² del texto y en el desdoblamiento del Tú receptor (Dios y el público lector) al que la autora dirige su confesión espiritual. La propuesta de santa Teresa, sin embargo, se desmarca del modelo agustiniano en algunos aspectos fundamentales, ya que es una monja la que escribe su confesión y, por lo tanto, existe un contexto determinado asociado a esa identidad de género que, inevitablemente, condiciona su labor literaria.²⁹³

A mediados del siglo XVI, cuando Teresa de Jesús elabora el relato de su vida, la escritura femenina, como indica Baranda Leturio (2005: 90), está restringida al ámbito privado o semipúblico.²⁹⁴ Toda pretensión de trascender esos límites supone una transgresión social, por lo que las autoras adoptan diferentes estrategias para dotar de autoridad su discurso. Tales circunstancias, inevitablemente, dejan su huella en las autobiografías femeninas (Baranda Leturio, 2005: 130; Howe, 2015: 17-18),²⁹⁵ como se aprecia a lo largo del *Libro de la vida* de santa Teresa:

²⁹² Como la misma santa Teresa indica, el *Libro de la vida* contiene dos partes: “relación de la oración y vida desta religiosa” (1983 [1563]: 560).

²⁹³ Howe (2015: 17-18) argumenta que las autobiografías escritas por mujeres necesitan otros criterios de aproximación, que integren la perspectiva de género en el análisis.

²⁹⁴ En privado las mujeres escriben fundamentalmente cartas y epistolarios. En el espacio semipúblico, además dan forma a diarios y autobiografías que, ya en el siglo XVII, romperán las barreras conventuales para tener una proyección pública. Paulatinamente, las mujeres irán también conquistando ese espacio semipúblico al cultivar otros géneros o formas literarias, como poesía, drama, tratadística doctrinal, historia, hagiografía, biografía e incluso novela. Para más detalles sobre este particular, ver el estudio de Baranda Leturio (2005: 139 y ss.).

²⁹⁵ En relación con la autoridad y la escritura femenina en los Siglos de Oro, Baranda Leturio indica lo siguiente: “Dado que las mujeres en su conjunto pertenecen a un grupo subordinado de la sociedad, carecen de autoridad y, por lo tanto, del reconocimiento imprescindible para que su discurso sea escuchado. Entonces

Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla, que si lo fuere, será suya y no mía, porque yo sin letras ni buena vida ni ser informada de letrado ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente no están aquí) y casi hurtando el tiempo, y con pena porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones. Así que, aunque el Señor me diera más habilidad y memoria, que aun con ésta me pudiera aprovechar de lo que he oído o leído, es poquísima la que tengo; así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuestra merced lo quitará (Teresa de Jesús, [1563] 1983: 179-180).

La condición de mujer de la autora propicia que se añada un tercer interlocutor al doble Tú de la propuesta agustiniana. Como señala Herpoel (1999: 84), al igual que Lázaro de Tormes, Teresa de Ávila se acoge al pretexto del mandato de “vuestra merced” para justificar el acto autobiográfico. Mediante una pretendida sumisión a esa autoridad, expresada a partir de “la retórica de la autodegradación” (Herpoel, 1999: 152),²⁹⁶ santa Teresa habría hallado la manera no solo de autorizar su discurso ante la sociedad del momento, sino también de protegerse de la mirada vigilante de un narratario implícito que sobrevuela todas las escrituras femeninas de la época: la Inquisición.²⁹⁷ Además, Teresa de Jesús presenta a Dios como impulsor de un acto autobiográfico en el que revela las mercedes que el creador ha manifestado a través de ella (Howe, 2015: 67). Esa apelación a un interlocutor que está por encima de la jerarquía de los sacerdotes y de la Iglesia, en última instancia, también resulta un efectivo mecanismo de autorización de su discurso.

La obra de Teresa de Ávila, sin duda alguna, supone una ruptura con el discurso hegemónico de la sociedad patriarcal de los Siglos de Oro. Su gran labor dentro de la Iglesia, tal y como indica Herpoel (1999: 143), le dará derecho a alzar públicamente su voz

su primera obligación es construir en su discurso una autoridad que abra los cauces de comunicación con el público, es decir, que convierta al otro en receptor, en el sentido más estricto del término” (Baranda Leturio, 2005: 128).

²⁹⁶ Según Herpoel (1999: 152) la “retórica de la autodegradación” o de la “autohumillación” constituye un *leitmotiv* en las autobiografías escritas por religiosas. Así, por ejemplo, las referencias a la obediencia como motivo de la escritura son continuas a lo largo de la obra de santa Teresa: “por no hacer más de lo que mandaron” (1563] 1983: 136), “teniendo intención y deseo de acertar y obedecer” ([1563] 1983: 554) o “yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan” ([1563] 1983: 179).

²⁹⁷ Como indica Carreño (1986: 38), “Vuesa merced”, no es un mero lector del relato de santa Teresa, sino un censor, cuyo cometido no sería otro que evaluar la ortodoxia del texto. Esa apelación sumisa al confesor, para Márquez Villanueva (1983: 531), constituye una maniobra defensiva. En la misma línea, Herpoel (1999: 38) sostiene que, a la práctica, la autora habría escrito más con la licencia de su superior que bajo un mandato efectivo. Finalmente, para Navarro Durán (2017a), Teresa de Jesús, consciente de que su escritura está bajo sospecha, incluye al confesor –que hará las de censor de la obra– como interlocutor directo, si bien las destinatarias serán sus hermanas monjas.

y, pese al control institucional ejercido sobre ella, expresar su individualidad (Herpoel, 1999: 7). En ese sentido, para Carreño (1986: 32), en santa Teresa se hallaría la primera defensa de la dignidad de un ser como mujer. Su autobiografía cumple, así, una función empoderadora no únicamente para ella, sino también para todas sus hermanas que, a raíz de la publicación del *Libro de la vida*, tomarán su personalidad, su manera de vivir el cristianismo y su escritura autorreferencial como modelos a seguir.²⁹⁸ Erigirse en paradigma de otras monjas no es un efecto fortuito de su escritura. Como sostiene Poutrin (1995: 87), cuando Teresa de Ávila escribe lo que constituye un tratado de la oración interior, está pensando, precisamente, en la instrucción de las Carmelitas Descalzas:

Escrívolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios (Teresa de Jesús, [1563] 1983: 262).

Por lo tanto, la “escritura en libertad” de la autora, como bien la define Navarro Durán (2017a: 85), no es solo un examen de conciencia, sino también una obra con una funcionalidad comunicativa y didáctica (Pope, 1974: 67; Navarro Durán, 2017a).

A partir de la difusión de la obra de santa Teresa se desarrolla la fecunda línea de producción autobiográfica de tipo religioso o confesional en los Siglos de Oro, por lo que resulta inexacto considerar que el éxito del género se deba directamente a la difusión de las *Confesiones* de San Agustín. Aunque, como se ha visto, Teresa de Jesús se inspira en el texto del santo, su obra supone también una superación de ese modelo,²⁹⁹ puesto que, en su universo, también confluye la tradición literaria de las escrituras femeninas de Teresa de Cartagena, Angela Foligno o Caterina de Siena, entre otras (Herpoel, 1999: 8; Aladro y Dabaco, 2008: 29). Del mismo modo, algunas de las monjas que posteriormente adoptarán el estilo de escritura teresiano obvian o desconocen el tema de la conversión de San

²⁹⁸ Con la edición de las obras de santa Teresa en 1588 y las múltiples reimpresiones posteriores, la escritura femenina trasciende el ámbito privado y se proyecta en el espacio público (Baranda Leturio, 2005: 150). Este hecho, para Baranda Leturio (2005: 117), da lugar a la publicación no solo de autobiografías, sino de poemas y obras más extensas escritas por mujeres. Para más detalles sobre la evolución y las características de los ámbitos de la escritura femenina en los Siglos de Oro, ver Baranda Leturio (2005).

²⁹⁹ Respecto a las divergencias entre la obra de santa Teresa y las *Confesiones* de San Agustín, Howe aporta las siguientes observaciones: «Where Augustine produces a straightforward narrative of his misdeeds, conversión, and realization of God’s graces in his life, Santa Teresa “speaks” in her own voice to her confessor, her nuns, and, ultimately, to a wider readership about her mystical experiences. Her “rethoric of humility” masks a sure grasp of the gifts that she has received and of the misión she perceives laid out before her. It partakes of both apologia and advocacy for women’s spirituality in equal measure» (2015: 246).

Agustín y, como señala Poutrin (1995: 90-92), optan por presentar un itinerario vital más próximo al modelo de vocación y piedad precoz de Caterina de Siena. En última instancia, no solo el éxito de la línea confesional iniciada por santa Teresa tiene un perfecto encaje en el espíritu contrarreformista de los Siglos de Oro, sino que también está en consonancia con el contexto de los movimientos místicos femeninos.³⁰⁰ En realidad, el acto autobiográfico no constituye un ejercicio muy alejado de la escritura de “cuentas de conciencia” o “relaciones de espíritu”, en las que las monjas relatan su vida en el convento. Para Herpoel (1999: 96-97), esos textos podrían ser la base de algunas autobiografías,³⁰¹ como también lo será el hábito de la escritura epistolar, según se ha argumentado anteriormente en este estudio.

El desarrollo de las conocidas como autobiografías por mandato se da desde mediados del siglo XVI y, como demuestra Herpoel (1999: 51), alcanzaría su momento álgido entre 1606 y 1624. Si bien desde la segunda mitad del siglo XVII la producción del subgénero decae, Durán López (2005: 22) considera que el modelo autobiográfico de santa Teresa perviviría hasta el siglo XVIII. En un primer momento, en el siglo XVI, las autobiógrafas son carmelitas, algunas del entorno de Teresa de Jesús. Sin embargo, paulatinamente, a medida que la obra de la santa va siendo conocida en círculos más amplios y que la escritura femenina va abriéndose camino en el espacio público, monjas de otras órdenes también irán cultivando la autobiografía, siguiendo el patrón de santa Teresa o simplemente el ejemplo de otras religiosas. No existe, como ponen de relieve Poutrin (1995: 25) y Herpoel (1999: 228), una corriente paralela de obras similares de autoría masculina.³⁰² Por ello, más que de Vidas de tipo confesional, religiosas o incluso por mandato,³⁰³ habría que

³⁰⁰ Herpoel (1999: 40-41) vincula el auge de las autobiografías escritas por monjas con la renovación de las órdenes impulsada por el Cardenal Cisneros y con el clima de apertura a la corriente erasmista europea. Ese contexto promueve los movimientos de beatas, laicas o religiosas, lo que, sin duda, estaría en la base de los textos aquí tratados.

³⁰¹ Para las conexiones entre el ejercicio de la confesión y la autobiografía, ver Gómez-Moriana (1983).

³⁰² Herpoel (1999: 15-16) menciona como ejemplo de autobiografía por mandato escrita por un hombre la obra del carmelita Tomás Gómez de Mendoza (1585-1638). Sin embargo, se trata de un caso excepcional. En ningún caso, atendiendo a los textos conservados, podría hablarse de un fenómeno de escritura de carácter confesional en el ámbito monacal equiparable a la fecunda corriente autobiográfica desarrollada por monjas.

³⁰³ Definir esta línea de producción como “autobiografías por mandato” resulta arriesgado, puesto que, como apunta Poutrin (1995:143-148), es complejo determinar hasta qué punto las autoras escriben por voluntad o por obediencia. Del mismo modo, el mandato en algunos casos constituye un imperativo real y, en otros, un recurso retórico o una estrategia defensiva para la integridad de las autoras.

referirse a este subgénero como autobiografías del ámbito conventual, puesto que es en ese espacio de saberes compartidos³⁰⁴ donde se gesta un movimiento o tendencia literaria que, en gran medida, vehicula el desarrollo del género autobiográfico en los Siglos de Oro.

Los muros del convento generan un ambiente de creación, en el que los confesores estimulan las escrituras femeninas, con el fin de ejercer un control ideológico sobre la expresión íntima y subjetiva de las autoras. De ahí que, como indica Herpoel (1999: 222), se inste a la escritura autobiográfica precisamente a mujeres que desempeñan cargos medios o altos en la jerarquía eclesiástica –fundadoras, abadesas y reformadoras–, y que, por lo tanto, ejercen una gran influencia sobre las otras religiosas.³⁰⁵ Del mismo modo, son invitadas a escribir el discurso de su vida aquellas monjas que cuentan con un historial inquisitorial, por lo que en estos casos la autobiografía operaría bien como un modo de curación, bien como correctivo individual (Herpoel, 1999: 80, 151). Como fuere, existe un cierto grado de intervención del confesor en la elaboración de algunos textos, hasta el punto de determinar la génesis y los procesos de redacción o composición.³⁰⁶ Las monjas, a su vez, siguiendo el ejemplo de la madre Teresa, se someten de manera consciente a esos códigos de comportamiento y de escritura, no solo con el fin de salvaguardar su identidad, sino también para dar autoridad a su obra. Al mismo tiempo, logran sortear las limitaciones impuestas para autoafirmarse e incluso rebelarse.³⁰⁷

El mandato, sin embargo, no es el único desencadenante de ese contexto de cooperación en las escrituras del ámbito conventual. Hay que subrayar también la existencia de obras que, de igual modo que la autobiografía de Ignacio de Loyola,³⁰⁸ son el

³⁰⁴ Ver sobre este particular Arenal y Schlau (1989).

³⁰⁵ Al respecto, Herpoel indica lo siguiente: “Cuando perciben el más leve síntoma de creencia heterodoxa, las autoridades ya recurren a este medio de control y represión ideológica que constituye a fin de cuentas la autobiografía por mandato” (Herpoel, 1999: 223).

³⁰⁶ Howe (2015: 63) apunta que algunas autobiografías podrían ser consideradas un texto social, pues el paso por diferentes manos altera el producto final. Para Poutrin (1995: 129), incluso podría hablarse de una coautoría en algunos casos. Para un análisis del grado o nivel de intervención del confesor en la elaboración de este tipo de autobiografías, ver Poutrin (1995: 127 y ss.).

³⁰⁷ Respecto a esa transgresión de los límites marcados, Herpoel observa lo siguiente: “Al entablar un diálogo ficticio con el mandatario, llegan a invertir la relación jerárquica confesor-penitente para asumir ellas mismas un papel de guía espiritual. Esta inversión de la jerarquía es otra ruptura importante practicada en los textos que estudiamos” (1999, 224).

³⁰⁸ En el prólogo a *El Peregrino*, el P. Luis Gonçalves da Câmara describe cómo se gesta la obra: “[...] en el setiembre [...] el Padre me llamó, y me empezó a decir toda su vida [...] Yo venía luego inmediatamente a escribillo, sin que dijese al Padre nada, primero en puntos de mi mano, y después más largo, como está

resultado del trabajo colaborativo entre la autora, que dicta el texto, y una o varias escribientes y secretarías, que también imprimen su sello personal.³⁰⁹ Un ejemplo es la labor como amanuense y enfermera de Ana de San Bartolomé, quien acompaña a la madre Teresa hasta su muerte. Posteriormente, además, la monja escribe su propia autobiografía, en la cual tiene un gran peso la obra de Teresa de Ávila. También Mariana de Jesús (1565-1624) se sirve de un escribiente para la elaboración del discurso de su Vida.

Las autobiografías del ámbito conventual presentan una misma filiación y rasgos que les dan homogeneidad, debido a ese contexto de vida en comunidad y al peso del modelo identitario y de escritura de la madre Teresa. Desde el punto formal y en cuanto a contenidos se refiere, la mayoría de obras coinciden en el relato de enfermedades, trabajos y sufrimientos, derivado del camino hacia Dios; así como también en la recreación de motivos y figuras similares en la narración de visiones (Herpoel, 1999: 155). No obstante, al mismo tiempo, los textos presentan una gran variedad formal, ya que el convento no es en ningún caso un taller de producción autobiográfica.³¹⁰ Las obras de estas autoras son tan diversas como distintos y ricos son los transversales perfiles identitarios, desde los que narran su discurso de vida. De este modo, la variedad geográfica, de origen social, de formación o simplemente la divergencia de experiencias vitales darán lugar a propuestas literarias con diferentes objetivos y formas de expresar la subjetividad.³¹¹ A ello hay que añadir que existe una inevitable evolución en la línea de producción, señalada por Herpoel (1999: 79). Así, en el siglo XVII, ya se ha ido perdiendo el vínculo con la figura de santa

escrito. He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre; y en cuanto a las cosas que temo haber faltado, es que, por no desviarme de las palabras del Padre, no he podido explicar bien la fuerza de algunas dellas” ([1555] 2011: 146).

³⁰⁹ En relación con la colaboración entre monjas en la redacción de los textos, Poutrin advierte: “De la sorte, la rédaction du texte m’était plus un simple exercice de dictée mais une collaboration qui s’instaurait entre les religieuses. Les textes ainsi produits conservent de nombreuses traces du style oral, de la parole transcrite. La secrétaire prêtait également sans doute ses facultés d’expression propres et pouvait suggérer des thèmes” (1995: 130). Sobre el trabajo colaborativo en este tipo de textos, ver también Howe (2015: 115 y ss.).

³¹⁰ Para Poutrin (1995: 133), no se puede decir que las autoras tuvieran acceso a los escritos de las otras ni que las relaciones autobiográficas sean resultado de un trabajo común.

³¹¹ Respecto al heterogéneo perfil de las autobiógrafas, ver Herpoel (1999: 79, 155-156) y Poutrin (1995: 25).

Teresa, por lo que se diversifican y enriquecen los motivos, las estrategias narrativas y los temas, que pueden ir desde una vertiente mística hasta una relación de la vida exterior.³¹²

Con el tiempo, también las voces de las autoras romperán con los límites de los muros del convento, para proyectarse hacia un público más amplio, familiarizado ya con las escrituras femeninas y, tal vez, también con la autobiografía. Para ello, las monjas se sirven del carácter didáctico o ejemplar de sus obras, alineándose así con los objetivos de las instituciones religiosas. Sin embargo, ese servicio a la comunidad no está reñido ni con el placer o la vocación de escribir, ni con el desahogo terapéutico que puede suponer el acto autobiográfico.³¹³ En definitiva, esa rica corriente literaria no únicamente es determinante para el desarrollo de las escrituras femeninas, sino también para la construcción del género autobiográfico en los Siglos de Oro.

2.6.2 *Relatos autobiográficos de cautiverio*

El motivo del cautiverio en la tradición hispánica no constituye una novedosa aportación de la literatura de los Siglos de Oro, pues ya está presente en textos medievales, como la *Vida de Santo Domingo de Silos*, de Gonzalo de Berceo, y los *Miráculos romanzados*, de Pero Marín (Camamis, 1977: 43-44). Además, hay que tener en cuenta los romances fronterizos del siglo XV de “cautivos y forzados” (Camamis, 1977: 41). Sin embargo, el particular contexto histórico del Mediterráneo en los siglos XVI y XVII,³¹⁴ así

³¹² Para Herpoel (1999: 105), a medida que se desarrolla la autobiografía, se advierte una mayor autoconciencia y autorreflexión metadiscursiva en las autoras, por lo que los relatos van ganando complejidad desde el punto de vista retórico.

³¹³ Márquez Villanueva (1983), en su clásico estudio sobre santa Teresa, demuestra cómo la vida de la autora está marcada por su quehacer literario. Estaríamos, sin lugar a dudas, ante una escritora profesional y por vocación. Del mismo modo, Herpoel (1999:113-117) destaca la inclinación literaria de María de la Cruz, autora con una sólida formación humanista, y de María de Salinas, priora del convento de Borja, para la cual la escritura habría supuesto un auténtico ejercicio liberación y autoexploración.

³¹⁴ El cautiverio, el corso y las *razzias* son inherentes al contexto histórico de la guerra entre cristianos y musulmanes en Al-Andalus y en territorios magrebíes. Sin embargo, con el auge del imperio otomano, el corso pasa a ser una actividad económica fundamental, para la que los cautivos son necesarios. Si bien durante el siglo XVI los esclavos son prisioneros caídos en combate, a medida que avanza el reinado de Felipe II, estos serán capturados en saqueos, por lo que el número de cautivos aumenta y su perfil se diversifica. Para una visión más detallada sobre la realidad del Mediterráneo y, concretamente, el fenómeno del cautiverio en la sociedad y la literatura de la Edad Moderna, es indispensable la consulta de los siguientes estudios: Mas (1967), Camamis (1977), Bunes Ibarra (1993, 1996, 1999), Braudel (1976), Benassar (1989), Garcés (2005), Voigt (2009) y Rodríguez Rodríguez (2013).

como el encuentro con el llamado Nuevo Mundo, propician el auge de relatos de cautiverio o de esclavitud.³¹⁵

Como indica Garcés (2005: 283-284), quien más quien menos tiene, en la España del momento, un conocimiento directo de tal experiencia, bien sea por sus propias vivencias, bien sea a través del relato de personas de su círculo más cercano.³¹⁶ El cautivo tiene una innegable visibilidad popular en los Siglos de Oro, a partir de los desfiles de rescatados³¹⁷ y de los relatos orales, en plazas públicas, de excautivos que peregrinan o hacen romería en cumplimiento de un voto y encomendándose a la caridad pública. Para Cátedra (2002: 286), el rescatado que se lamenta por su suerte y el ciego que canta coplas son dos oficios limítrofes, vinculados con la mendicidad. Buena muestra de ello es la escena de los estudiantes disfrazados de cautivos que, en el capítulo X del libro III del *Persiles*, relatan en las calles su fingida experiencia de esclavitud en tierra de turcos. Estos son desenmascarados por el alcalde del pueblo que, como excautivo, advierte el engaño. Del mismo modo, en el capítulo 33 de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, el soldado aragonés describe la siguiente estampa, a su regreso del cautiverio:

Lo que después padecí, no lo puedo encarecer, porque cerca de dos meses no comía otra cosa sino un panecico –y bien pequeño– y una taza de vino que me daban en Santiago, mañana y tarde. ¡Miren qué sustento para un hombre de gran cuerpo y trabajado! (Pasamonte, Jerónimo de [1603] 2017: 193).

Esa situación de necesidad extrema conduce a Pasamonte a la mendicidad, tal como refiere en el capítulo XL de su autobiografía, en el que se halla en el prado de san Jerónimo, junto a la fuente del Caño Dorado, cantando unos versos de Ariosto. Teniendo en cuenta también los problemas de vista sobre los que insiste a lo largo del discurso de su vida, cabría suponer que habría hecho casi las de ciego coplista –si bien marcando las distancias con los profesionales del gremio–, al menos durante un período de su vida.

³¹⁵ Como demuestran el trabajo de Voigt (2009) y la tesis de Peña Tristán (2012), el fenómeno de la esclavitud no se reduce al contexto del Mediterráneo y la lucha contra los otomanos en los Siglos de Oro.

³¹⁶ Según Garcés (2005: 284), la población cautiva a finales del siglo XVI equivale a un diez por ciento de los habitantes de Castilla.

³¹⁷ Bunes Ibarra (1993: 82) da cuenta de las procesiones organizadas por religiosos en las que los cautivos rescatados pasean por las calles de la ciudad con sus ropajes y cadenas.

Existe una amplia producción literaria vinculada con la esclavitud en los Siglos de Oro. Por ello, Bunes Ibarra (1993: 69) propone la existencia del género “literatura de cautivos o sobre el cautiverio”,³¹⁸ que tendría vigencia hasta el final del auge de las ciudades corsarias magrebíes, y que incluiría desde los romances fronterizos de finales del siglo XV, hasta los últimos rescates de cautivos, ya en el siglo XVIII. El mayor éxito de estos escritos se vivirá a partir de la batalla de Lepanto y hasta el último tercio del siglo XVII (Bunes Ibarra, 1993: 69). Barchino (2001: 31), sin embargo, concluye que difícilmente podría hablarse de un género independiente, puesto que el tema es recreado en modalidades literarias muy dispares, que irían desde la narrativa hasta el teatro. Así, como indica Cátedra (2002: 278), el tema del cautiverio da lugar a textos novelescos de tradición clásica,³¹⁹ obras de corte historiográfico o costumbrista,³²⁰ epístolas de cautivos,³²¹ memoriales o documentos oficiales, entre otras modalidades discursivas. Además, hay que tener en cuenta la cantidad de pliegos sueltos o literatura popular impresa que abunda en el motivo del cautiverio. Un ejemplo es la *Renegada de Valladolid*,³²² obra que alcanza un gran éxito de público en la

³¹⁸ El autor define el género del siguiente modo: “La literatura de cautivos es un género que posee un esquema bastante rígido y constante [...] Desde las simples relaciones de sucesos hasta los relatos más puramente literarios se repiten invariablemente los padecimientos del apresamiento y del bogar en los bancos de una galera, las penalidades en los baños, el relato de las atrocidades que cometen los musulmanes, las muertes ejemplares de sus compañeros, los intentos de fuga y, por fin, la liberación del protagonista” (Bunes Ibarra, 1993: 70). Hay que tener en cuenta que la propuesta de Bunes Ibarra no supone una novedad en el panorama crítico español. Anteriormente, algunos críticos también advierten de la fecundidad de obras vinculadas con el tema del cautiverio. Para un estado de la cuestión, ver Cerezo Soler (2016).

³¹⁹ Camamis considera que antes de 1580 el motivo del cautiverio bebe de la novela clásica bizantina *Los amores de Leucipe y Clitofonte* de Aquiles Tacio y las *Etiópicas* de Heliodoro, así como también de los *novellieri*. Si bien Núñez de Reinoso adapta la obra de Aquiles Tacio en su *Historia de los amores de Clareo y Florisea* (1552), el prototipo de esa línea idealizada en los Siglos de Oro es *Selva de aventuras* (1565) de Jerónimo de Contreras. Aun así, como Camamis sostiene (1977: 39), esta obra ya incorpora rasgos sobre la realidad argelina del momento. En la misma línea, el tema del cautiverio aparece en *La desdicha por la honra* y *Guzmán el Bravo* de Lope de Vega, en la obra de Cervantes, en el *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel o en *Alonso, mozo de muchos amos* de Jerónimo Alcalá Yáñez, entre otros textos.

³²⁰ Sin duda, hay que destacar, por su impacto y difusión en la época, así como por su influencia en otras obras del momento, la *Topografía e historia general de Argel* (1612), sobre la volveremos más adelante.

³²¹ Las epístolas de cautivos, que tienen su base en la tradición ovidiana de las pósticas, se escriben y difunden hasta el siglo XIX. Se trata de un tipo de literatura popular muy familiar para los oyentes, y buena muestra de ello son la “Carta de Melchor de Padilla” (1576), de Mateo Brizuela, y la *Relación de una carta muy dolorosa embiada por Lorenzo de Páez, cautivo en Constantinopla, a su afligido padre, en que le cuenta el camino que hizo desde que salió de Antequera hasta ser preso de los turcos y parte de lo que allá le ha subcedido. Fecho a quatro de enero año de mil y quinientos y sessenta y nueve. Compuesta en muy sentido metro por Juan Ramírez* (1569). Para más información, consultar Cátedra (2002).

³²² Obra de Mateo Brizuela que, según indica Cátedra (2002: 296), supera el centenar de ediciones. La primera parte aparece en Barcelona en 1585 y constituye un relato de cautivos. La segunda parte, ya con el

época. Sánchez Pérez (2012: 346), precisamente, destaca, entre la literatura de cordel, el auge de los relatos de cautivos y renegados a partir de la década de 1570, debido a la creciente afición por las relaciones de carácter tremendista. Para Bunes Ibarra, sin embargo, la difusión de este tipo de textos respondería a un interés oficial, ya que el cautivo “como elemento de piedad y de devoción” (1993:77) se acomoda a la perfección con la nueva estética barroca, pero también con el espíritu de la Contrarreforma.³²³

En lo que concierne a los vínculos de este tipo de obras con la autobiografía, hay que destacar la apuesta por formas autorreferenciales en los relatos de cautiverio. Se da una predilección por el uso de la primera persona, incluso en las visiones más idealizadas, como el poema gongorino “Amarrado al duro banco” y los romances de cautivos.³²⁴ Para Cerezo (2016: 49), el uso de la primera persona constituiría una estrategia narrativa en favor de la verosimilitud. Cátedra (2002: 258), además, lo vincula con la voluntad de que el relato gane en hondura, emotividad o patetismo. Para este estudio, son de interés los textos de carácter testimonial, que dan lugar a una línea más o menos homogénea de expresión autobiográfica. En ese universo, hay que tener en cuenta el *Libro de cassos impensados* (1576) de Alonso de Salamanca, escrito en verso;³²⁵ el *Tratado de la redención de cautivos* (1609) y la *Peregrinación de Anastasio* (1613), de Jerónimo Gracián;³²⁶ *Cautiverio y*

arrepentimiento y conversión de la renegada, cobra tintes hagiográficos. *La Renegada de Valladolid* será inspiración también de piezas teatrales. Para más referencias, ver Cátedra (2002: 292-300; 385-402).

³²³ Bunes Ibarra, al respecto, argumenta lo siguiente: “La literatura de cautivos supone la victoria de lo extremo y de lo más cercano a los gustos populares de la época, muy inclinados a los ejemplos moralizantes, las aventuras azarosas y al mantenimiento de unos valores de enaltecimiento de la nación española y de la religión católica” (Bunes Ibarra, 1993: 70).

³²⁴ Para los romances de cautivos, ver Mas (1967: 258 y ss.).

³²⁵ *Libro de cassos impensados, perdidas y levantamientos de reyes de Turquía, y de lo que mobio al Gran Turco Selim Segundo octomagno a mandar su Armada a la recuperacion de la fuerça de La Goleta y reyno de Tunes, y de con que potencia y astucia lo recobro. Y de vn notable discursso de la muerte del mismo Gran Turco Selim y subcession de su hijo Morato Primero octomagno, con lo de otras cossas de gustosa lectura. Compuesto en cinco cantos de octaua rima por vn soldado de los particulares que se perdieron en La Goleta.* La obra relata la pérdida de la Goleta en 1574, con el fin de que en futuras campañas no se repitan los mismos errores que condujeron a la derrota. Incluye, además, en el canto V, el relato autobiográfico de la evasión del autor con otros doscientos setenta cautivos cristianos desde Alejandría, tras dos años de cautiverio. Para un análisis más detallado del texto, ver el estudio y la edición de González Castrillo (1992) y las aportaciones de Martínez (2016: 117 y ss.).

³²⁶ Jerónimo Gracián de la Madre de Dios es apresado por los corsarios durante un viaje por mar de Mesina a Roma en 1593, y rescatado un año y medio después. Fruto de esa experiencia es su *Tratado de la redención de cautivos* (1609), que dirige al Papa, junto con otros documentos y memoriales, a fin de lograr su reingreso en el Carmelo. También hay detalles sobre su experiencia como cautivo en los diálogos V, VI y VII

trabajos (1612-1648) de Diego Galán;³²⁷ y la *Compendiosa relación de las costumbres, ritos y gobiernos de Berbería* (1645) junto a las *Memorias del captiuerio* (1683), de José de Tamayo y Velarde. Para una mejor comprensión de los relatos de cautiverio, hay que prestar atención también a la *Topografía e historia general de Argel* (1612), de Antonio de Sosa,³²⁸ y el *Viaje de Turquía* (h. 1556),³²⁹ si bien teniendo en cuenta los problemáticos vínculos con el género autobiográfico que presentan ambos textos. A ello hay que añadir que la primera parte de *La vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (1603), germen o prototexto de esa autobiografía del soldado aragonés, constituye un auténtico relato de cautiverio. Sucede lo mismo con los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca,³³⁰ pues

de su autobiografía, la *Peregrinación de Anastasio*. Para más detalles sobre la obra en relación con los relatos de cautivos, ver Bunes Ibarra (2014).

³²⁷ La obra de Diego Galán, inexplicablemente, ha recibido poca atención por parte de la crítica. Se conservan dos manuscritos de la obra, que corresponden a dos fases de redacción. El manuscrito T, cuya escritura se da entre 1612 y 1621, se encuentra en la Biblioteca Pública de Toledo y, en base a este, Serrano y Sanz edita el texto para la Sociedad de Bibliófilos españoles, en 1913. Diego Galán reelabora los materiales, entre 1626 y 1648, en el manuscrito E, que se conserva en San Lorenzo del Escorial. Matías Barchino hace el *collatio textorum* y edita la obra en 2001. Para más detalles sobre *Cautiverio y trabajos*, ver Camamis (1977: 208 y ss.), Levisi (1989), Barchino (2001) y Rodríguez Rodríguez (2013: 21-74).

³²⁸ En la dedicatoria de la obra, fray Diego de Haedo, abad del monasterio benedictino de Frómista, hace coautor del texto a su tío homónimo, arzobispo de Palermo y presidente y capitán general del Reino de Sicilia. Ciertamente, Diego de Haedo tío cuenta con un conocimiento directo de la realidad del cautiverio, como muestra Diego Galán en el capítulo XXII, en el que relata su encuentro con el religioso de la siguiente manera: “[...] y comenzó a hablar conmigo, preguntándome muchas cosas, así de Turquía como de Candía. Yo le satisfací a todas, de que quedó contento y admirado [...]” ([1648] 2001: 521). No obstante, la crítica francesa, en primera instancia y, después, Camamis (1977), ponen en duda la autoría de la obra, que solo un cautivo con conocimiento directo de Argel podría haber escrito de manera tan detallada. Camamis propone la autoría del doctor Antonio de Sosa, cautivo en Argel entre 1577 y 1581, quien, además, aparece en el texto como interlocutor en los diálogos de la segunda parte de la obra. Se trata del mismo Antonio de Sosa que comparte cautiverio con Miguel de Cervantes y que consta como testigo a su favor en la *Información de Argel*. Camamis (1977: 147-148) cree que Sosa, tras el cautiverio, a su paso por el palacio arzobispal de Palermo, habría dejado la obra a Diego de Haedo tío. Tras la muerte de este, el sobrino la publica, compartiendo la autoría con su tío. Garcés, por su parte, apunta la posibilidad de una autoría múltiple (2005: 80). Para más detalles, ver Camamis (1977: 60 y ss.) y Garcés (2005: 133-187).

³²⁹ Tanto los problemas de autoría como la complejidad que entraña el análisis desde el punto de vista de los géneros literarios del *Viaje de Turquía* suponen una dificultad añadida a la hora de establecer las relaciones del texto con la autobiografía. En lo que concierne a la autoría, en su primera edición, Serrano y Sanz (1905: cx-cxxiii) atribuye la obra a Cristóbal de Villalón. Por su parte, Bataillon (1950) propone a Andrés Laguna como autor, si bien su teoría no es refrendada por la crítica. Otros autores propuestos son Juan de Ulloa Pereira (García Salinero, 1980), Bernardo de Quirós (García Jiménez, 2016) o Alonso de Santa Cruz (Rodríguez López-Vázquez, 2017). Para ver las conexiones entre el *Viaje de Turquía* y el género autobiográfico, consultar Ortolà (1983) y Sevilla Arroyo (1997).

³³⁰ Aunque la obra admite el estudio desde la perspectiva de otros géneros o formas literarias, se incluye en este subgrupo de relatos autobiográficos de cautiverio, debido a que la obra presenta aspectos en común con otros textos que abundan en el mismo motivo. El mismo Álvaro Núñez de Vaca refiere en los siguientes términos a su experiencia: “dimos gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable

entre los capítulos XIV y XX el autor narra una experiencia de privación de libertad y, posteriormente, incluye el relato de fuga con sus compañeros. También el soldado Jacques Coutre (1577-1640) da cuenta de su cautiverio y rescate entre los capítulos X y XII de la segunda parte de sus *Andanzas asiáticas* (1640). En última instancia, aunque localizado en el espacio americano, admite también una lectura desde el punto de vista del relato autobiográfico de esclavitud *Cautiverio feliz* (1673) de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán (1607-1680).³³¹ Esta nómina de textos no constituye un corpus cerrado ni exhaustivo, pues, como bien observa Cátedra (2002: 281), probablemente existan otros documentos similares aún dormidos en archivos.³³² Sin embargo, es suficiente para poner en valor la relevancia de la experiencia del cautiverio como impulso del acto autobiográfico en los Siglos de Oro.

Los relatos autobiográficos de cautiverio se escriben, a excepción de la obra de Alonso de Salamanca, una vez superada la experiencia de esclavitud, esto es, durante el proceso de reinserción del autor en la sociedad de origen. Sin duda, tal circunstancia marcará tanto el punto de partida identitario desde el cual el autobiógrafo se sitúa ante el discurso de su vida, como los motivos y la finalidad del acto autobiográfico en sí. Por lo tanto, para abordar estos textos es preciso tener en consideración las circunstancias físicas, económicas y psicológicas de los excautivos, una vez recobrada la tan ansiada libertad. En el siguiente fragmento, situado en el capítulo XXVI del discurso V del *Cautiverio feliz*, Francisco Núñez de Pineda y Bascañán retrata la lamentable situación a la que se enfrentan los excautivos:

captiverio, y el placer que desto sentimos júzguelo cada vno quando pensare el tiempo que en aquella tierra estuuimos y los peligros y trabajos que passamos” (Núñez Cabeza de Vaca, [1542] 1992: 296). Prácticamente en los mismos términos Fernández de Oviedo se refiere a la experiencia de Álvar Núñez: “En el cual se cuentan otros trabajos e cautiverio que padescieron estos hidalgos Álvar Núñez Cabeza de Vaca e Andrés Dorantes e Alonso del Castillo e un negro, e cómo se juntaron todos quatro e determinaron de morir o salir de entre aquella mala generación de indios a buscar tierra de cristianos [...]” ([1555] 1959: IV, 295).

³³¹ *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile* narra la experiencia de esclavitud del autor entre los mapuches. Para Barraza (2011: 12), se trata de una obra polifónica que contiene diferentes libros, entre ellos, una autobiografía. La redacción se habría iniciado hacia 1656, entre treinta y cuarenta años después de la liberación del autor. Para más detalles de la obra, ver Voigt (2009: 154-208) y Barraza (2011).

³³² Una búsqueda en los archivos, como demuestra el trabajo realizado por González Castrillo (2011), podría resultar reveladora en cuanto a la existencia de egodocumentos escritos por cautivos. Sin ir más lejos, Jerónimo de Pasamonte, en su autobiografía, da cuenta de los memoriales que presenta ante las autoridades para obtener una compensación económica, tras su regreso de Argel.

Si algún desdichado cautivo aventura su vida por librarse, como lo han hecho algunos huyéndose de sus amos, ¿qué agasajo ni acogida buena hallan entre nosotros? Yo diré lo que he visto y experimentado: en ocasiones se han venido huyendo a todo riesgo expuestos muchos que del camino por ásperas montañas, a pie descalzo y sin tener qué comer otra cosa que raíces del campo, llegaron medio vivos, o por mejor decir, muy casi muertos a la presencia del gobernador y nobles ciudadanos; y a estos les vi pasearse, más de dos meses, por entre ricos vecinos moradores y bien hacendados mercaderes de la suerte que salieron del cautiverio, y con el traje de indio que sacaron, que era una frezadilla vieja y sobre sus carnes unos calzones de manta, abiertos y aventados ya a poder del tiempo, descalzos de pie y pierna, sin camisa y sin sombrero, sin haber persona alguna que se lastimase de verlos de esta suerte, ni quien les diese un capotillo viejo, ni unos calzones [...] (Núñez de Pineda y Bascuñán, [1673] 1982: 167-168).

El contraste entre la pobreza de los excautivos y la riqueza de mercaderes, nobles y gobernantes enfatiza la indiferencia y la ausencia de compasión con la que se encuentran los liberados a su regreso. Si bien para Cerezo Soler (2016: 45) este tipo de lamento podría responder a un recurso retórico propio de los relatos de tema otomano, no hay que excluir la realidad de la necesidad económica que, además, motivaría la escritura autobiográfica. Así, la indolencia de las administraciones públicas es una de las denuncias y causa de frustración de Jerónimo de Pasamonte. También en el “Proemio” de *Naufragios*, dedicado al Rey, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, como se ha señalado anteriormente, parece presentarse en una situación precaria. Del mismo modo, Diego Galán se resigna ante la dificultad de recibir una ayuda para el viaje de regreso a España por parte del Patrimonio de Palermo:

Los señores del Patrimonio me trujeron en palabras muchos días hasta que, enfadado, lo dejé, dando por mejor la pérdida del dinero que el cansancio y vergüenza de pedirlo, una de las mayores mortificaciones para un hombre honrado ([1648] 2001: 522).

Precisamente, en la dedicatoria al Sumo Pontífice del *Tratado de la Redención de Cautivos*, Jerónimo Gracián de la Madre de Dios declara que el objetivo de su obra es mover a compasión a los cristianos ante la realidad de los cautivos:

Tenía escrito este breve tratado que se intitula la Redención de cautivos con intento de estamparle para enviar a España y a otras partes, a fin de que leyéndole los fieles cristianos se muevan a compasión y ayuden con sus limosnas para obra de tanta caridad, y hele comunicado con personas celosas de las obras de misericordia a quien pareció que puede hacer algún fruto. Porque muchos, por no saber en particular lo que pasa en aquellas tierras, se olvidan de los cautivos ([1609] 2006: 27).

Existe, por lo tanto, un problema social vinculado con el retorno de los excautivos a tierras españolas que habría originado la aparición de estas obras.

No obstante, la precariedad en la que se encuentran los rescatados o liberados no es la única circunstancia que motivaría la escritura del relato de su vida. A su regreso a la patria, el excautivo se halla en una especie de limbo identitario, puesto que ya ha logrado desprenderse de las vestiduras del cautivo, pero la dura experiencia vivida, de alguna manera, ha dejado un sello imborrable tanto en la manera de percibirse a sí mismo, como en el modo en que es percibido por los demás.³³³ Los que logran sobrevivir entre infieles se encuentran con la incompreensión de una sociedad católica que recela de su fe inquebrantable durante el cautiverio. Ese “temor de momos y mormoradores” (Galán, [1648] 2001: 288), al que hace referencia Diego Galán, condiciona, sin duda, la posición identitaria de los autores y, por consiguiente, deja sus huellas en el discurso autobiográfico. Por ello, tal vez, Jerónimo de Pasamonte reviste su *Vida y trabajos* de objetivos de tipo religioso. Dice escribir para prevenir contra los malos espíritus y, además, como también hará Núñez de Pineda y Bascuñán, guarda un espacio en su relato para narrar sus labores de predicación o catequización durante el cautiverio. También Diego Galán insiste en defender su fe católica al inicio de su obra:

Y la mayor merced que Dios nuestro señor usó con su liberalidad y largueza fue libramme en tan tierna e inocente edad, dándome valor y fuerzas para no dejar la santa fe católica, como la han dejado infinitos cristianos, unos fingidamente, con propósito de volver a su tierra en hallando ocasión, otros por ignorancia y otros de malicia, por no trabajar y pasar vida ancha. En fin, por su santa bondad e inmensa magnificencia me libró de caer en tal ceguedad y abismo en que están encenagados tantos bautizados y atollados en aquella mala secta y pernicioso cieno. (Galán, [1648] 2001: 77-78).

³³³ Respecto a la posición de los excautivos a su regreso a la sociedad de origen, Rodríguez Rodríguez indica lo siguiente: “[...] deben enfrentarse al desafío de comunicar su experiencia y su conocimiento y, simultáneamente, negociar su reinserción en el mundo cristiano, mientras tratan de entender sus propias transformaciones, reveladas en su escritura” (2013: 15). La escritura autobiográfica, además, le permite a Diego Galán autorizarse a sí mismo y definirse, en ese intento por ubicarse socialmente desde el punto de vista identitario (Rodríguez Rodríguez, 2013: 27). Abundando en la idea del trauma psicológico de los autores a su regreso, Garcés (2005: 28-29) y Levisi (1984: 41 y ss.) vinculan, respectivamente, la obra cervantina y el relato del cautiverio de Pasamonte con las literaturas del Yo de tema concentracionario. También Bunes Ibarra (1999: 570) destaca el trastorno psicológico que se trasluce en los textos inspirados en la experiencia del cautiverio.

Las reservas de la sociedad española hacia los excautivos se fundamentan en la realidad de la figura del renegado³³⁴ y, precisamente, a esa necesidad de distanciarse de la apostasía responde, en parte, la reescritura de la obra de Diego Galán, según se colige de las ampliaciones de la segunda redacción del texto (Barchino, 2001: 24). En la mayoría de autores, el celo por mostrar un catolicismo intachable viene reforzado por la vivencia del cautiverio como un martirio.³³⁵ Esa visión de la esclavitud, que ya aparece en la *Topografía e Historia de Argel* de Antonio de Sosa, esta muy presente en la obra de Jerónimo de Pasamonte, como también lo estará en Tamayo y Velarde. Precisamente, el sacerdote, durante su cautiverio escribe, como él mismo indica (Tamayo y Velarde, [1683] 2017: 74), su obra *Job paciente en ambas fortunas* (1648). En esa misma línea, Álvar Núñez Cabeza de Vaca compara su situación de esclavitud con la Pasión de Cristo:

No tenía, quando en estos trabajos me vía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesuchristo y en la sangre que por mí derramó, e considerar quanto más sería el tormento que de las espinas él padesció, que no aquel que yo entonces sufría ([1542] 1992: 259).

Hay en estas obras, por lo tanto, una voluntad de autojustificación de los autobiógrafos ante la sociedad cristiana. El mismo motivo se encuentra, curiosamente, en la Vida de Juan Martín Cordero. El autor insiste también, en varios pasajes de su autobiografía, en demostrar una fe católica inquebrantable y su oposición o crítica hacia la “mala secta” (Martín Cordero, [1588] 1927: 151), pues pasa largos períodos en Flandes y Francia. En la obra, además, relata el secuestro sufrido a manos de las tropas francesas en 1551, así como su exitosa tentativa de fuga. Del mismo modo que los excautivos, siente la necesidad de demostrar que el estrecho y prolongado contacto con herejes no ha hecho mella en sus convicciones religiosas.

Pese a las causas de orden pragmático, ya sean sociales o económicas, que los empujan al acto autobiográfico, los autores alegan, de forma explícita, otros motivos para justificar la autorreferencialidad. Algunos ponen en valor la información sobre el enemigo que contienen sus obras. Como se ha señalado con anterioridad, Álvar Núñez Cabeza de Vaca,

³³⁴ Sobre renegados y cautivos en los Siglos de Oro, ver Bunes Ibarra (1989: 139-199) y Benassar (1989).

³³⁵ Para un análisis más profundo de las motivaciones religiosas de este tipo de relatos, ver Bunes Ibarra (1999).

en el “Proemio” de *Naufragios*, presenta el texto como un servicio al Rey y, por lo tanto, a la comunidad o a las instituciones del país. Del mismo modo, Núñez de Pineda y Bascañán declara que, en su *Cautiverio feliz*, se halla “el fundamento de la dilación de esta guerra de Chile” ([1673] 1982: 20), por lo que el texto estaría revestido de una justificación político-militar (Barraza, 2011: 12). También Alonso de Salamanca dice escribir su obra con el fin de explicar las causas de la pérdida de la Goleta, si bien también lo hace como ejercicio de evasión de la experiencia del cautiverio. Otros autores, además, justifican el acto autobiográfico a partir de la petición de amigos o familiares, como sucede en el caso de Tamayo y Velarde. También Diego Galán se refiere a aquellos que, de forma privada, conocen la versión oral de su relato de vida y lo animan a compartir su historia con un público más amplio:

Pocos días después de haber descansado en mi patria de los trabajos del cautiverio me persuadieron algunos amigos, a quienes conté algunas cosas de Turquía, que compusiera un libro y, hallándome corto e ingenio para empeño igual por haber consumido el tiempo de mi juventud en poder de infieles de diferentes lenguas y costumbres, no me atreví a escribir cosa que saliese a luz pero, tornándome a importunar, diciendo que por cosa nueva y rara se supliría la tosquedad de la pluma, me determiné dar a la estampa algo de lo que pude apereibir y encomendar a la memoria en las jornadas que hice por mar y tierra [...] ([1648] 2001: 77-78).

Ciertamente, esa “cosa nueva y rara” a la que se refiere el autor recuerda a las “cosas tan señaladas, y por venturas nunca oídas ni vistas” (Valdés, [1530-1532] 2003: 73-74) del *Lazarillo* o a las “cosas notables y secretos nunca descubiertos” ([1614] 1982: lxxv) de Mendes Pinto. Tanto el interés por satisfacer la curiosidad de un público potencial, como el servicio a las instituciones del país determinan la adopción, por parte del autor, de la mirada del viajero en los relatos de cautiverio. Trátese de un pretexto del autobiógrafo para justificar el relato autorreferencial o bien responda a un estímulo sincero, Diego Galán insiste a lo largo del texto en su curiosidad innata por ver mundo:

[...] fue elegido mi amo entre otros pretendientes por cabo y gobierno de las cuatro galeras, de lo cual recibí gran contento por ver cada día cosas nuevas que, aun con los trabajos pasados, no se mitigó el deseo que me sacó de mi patria y regalo de padecer tantos infortunios y penalidades. [...] y todo se me olvidaba en viendo cosas nuevas, dando por bien pasadas tantas incomodidades, por la consecución de mis deseos y propia voluntad, causadora de tantos desaciertos, como la briosidad de un hombre mozo sin tener quien le reprenda sus demasías acarrea (Galán, [1648] 2001: 246-247).

La posición de observador de Diego Galán se concreta en una primera parte del relato que comprende una narración de costumbres turcas, construida en base a la obra de Antonio de Sosa.³³⁶ Aunque la descripción del otro parece estar al servicio de la afirmación de la propia identidad, esa posición de superioridad ante los infieles no impide que Galán sea capaz de distanciarse y reconocer aspectos positivos de la sociedad otomana (Levisi, 1989: 128). La obra de Galán, sin embargo, no puede comprenderse como un libro de viajes sin más, como bien advierte la crítica.³³⁷ El mismo autor indica que su pretensión pasa únicamente por “contar mis sucesos” (Galán, [1648] 2001: 511) y así, en la segunda parte, el texto toma una nueva dirección:

Ya que en el antecedente libro he dado noticia de mi cautiverio y trabajos con certeza y fidelidad, parece que convienen en el presente referir los que me sucedieron en un año y quince días que tardé en el viaje desde Negroponte hasta Consuegra, patria mía, por venir atravesando la mayor parte de Grecia con mejor estrella que la pasada, si bien no se olvidaron del todo las calamidades de este sujeto de desdichas, según se verá por esta relación (Galán, [1648] 2001: 353).

Diego Galán presenta su discurso en función de dos ejes: por un lado, la transmisión de información sobre las características de la comunidad turca; por otro lado, la narración de la experiencia personal, con especial énfasis en el relato de la fuga o liberación, entendida como un periplo odiseico. Similar perspectiva en relación con la vivencia del cautiverio adoptan Tamayo y Velarde,³³⁸ Álvar Núñez Cabeza de Vaca,³³⁹ Núñez de Pineda y Bascuñán e incluso Pedro de Urdemalas, el protagonista del *Viaje de Turquía*.³⁴⁰

³³⁶ Es probablemente Camamis (1977: 214) el primero en señalar las deudas de la obra de Diego Galán respecto a la *Topografía e historia general de Argel*. Le siguen Levisi (1983: 136-137) y Barchino (2001: 29 y ss.), quien demuestra que, en su autobiografía, el autor reproduce literalmente o resume pasajes de la *Topografía e historia general de Argel*. Así, por ejemplo, para su descripción de la ciudad de Argel se habría servido del texto de Antonio de Sosa.

³³⁷ Camamis (1977: 208) la considera una novela autobiográfica, mientras que Levisi define el texto como “documento autobiográfico de viajes y aventuras” (1989: 110) o “Hibridación de autobiografía, historia, libro de viajes y relación de aventuras” (Levisi, 1989: 110). Para Gastañaga (2012: 55) se trataría más de una narración autobiográfica que de un libro de viajes (Gastañaga, 2012: 55-62), si bien toma estrategias narrativas del género. Barchino, por su parte, la considera una autobiografía.

³³⁸ Tamayo y Velarde divide en dos obras distintas sus escrituras inspiradas en la experiencia del cautiverio. En primer lugar, en 1645 escribe la *Compendiosa relación*, en la que refiere las costumbres y la historia de los turcos. Mucho más tarde, en 1683, escribe las *Memorias*.

³³⁹ En su estudio sobre *Naufragios*, Pupo-Walker incluye un fragmento de la cédula firmada por Francisco Ledesma, secretario del Consejo de Guerra, el 21 de marzo de 1555. En ella, se dirige a Álvar Núñez Cabeza de Vaca de la siguiente manera: “nos hezistes relación diziendo que vos auíades compuesto vn libro intitulado *Relación de lo que acaesció en las Indias*, en el armada de que vos ýuades de gouernador. Y que assímesmo auíades hecho componer otro intitulado *Comentarios*, que tratan de las condiciones de la tierra

En algunos relatos autobiográficos de cautiverio, por lo tanto, subyacen las estrategias narrativas de los libros de viajes y de aventuras de los Siglos de Oro, e incluso, en cierta medida, de la novela picaresca.³⁴¹ Sin embargo, es la relación de la experiencia de esclavitud el objetivo central de estos textos, como señala Tamayo y Velarde, cuando opta por dejar fuera de su discurso los avatares en torno al arzobispado de Granada:

[...] esto no es de mi assumpto, que sólo contiene memorias de mi captiuerio (Tamayo y Velarde, [1683] 2017: 112).

De este modo, el relato retrospectivo se ciñe temporalmente al cautiverio, al tomar como inicio la salida y la captura y, como cierre del relato, el retorno al hogar o a la patria. En el caso particular de la obra de Jerónimo de Pasamonte, el texto no se reviste, en ningún momento, de libro de viajes o relación de costumbres, sino que la narración se centra en los padecimientos de los cautivos, así como también en los valerosos intentos de fuga. La obra, además, no se cierra con el regreso del soldado a su casa, sino que, a partir de ese punto, se abre una nueva etapa en la vida del autor. Es por ello que la autobiografía de Pasamonte trasciende el molde del relato autobiográfico de cautiverio. Sucede algo similar en la obra de Alonso de Salamanca, que constituye una relación de lo sucedido en la Goleta, en la que queda insertado el relato de fuga de los soldados cautivos.

En última instancia, es preciso señalar que la expresión del sufrimiento ocasionado por la privación de libertad tiene una indudable proyección más allá del marco de los Siglos de Oro, pues atraviesa de manera transversal distintas tradiciones literarias y diferentes épocas

y costumbres de la gente della. Lo qual era obra muy prouechosa para las personas que auían de pasar aquellas partes” ([1555] 1992: 177). Por lo tanto, al igual que Tamayo Velarde, el autor desdobra lo observado y lo vivido en América en dos textos complementarios. Del mismo modo que Diego Galán, el relato de huida marcaría una segunda parte en la *Relación*.

³⁴⁰ El autor del *Viaje de Turquía*, al igual que Diego Galán, hace uso de variadas fuentes para revestir la obra de un trasfondo histórico realista, al tiempo que se nutre de tradiciones folklóricas, que cargan de contenido simbólico el universo de sus personajes. Como Bataillon demuestra, la obra se inserta en la línea de la corriente erasmista. De este modo, al igual que sucede con el *Lazarillo de Tormes*, el *Viaje de Turquía* es, en definitiva, una presentación o denuncia de los vicios de la cristiandad. Sin embargo, para la narración de la vida del protagonista, Pedro de Urdemalas, el autor se sirve de las estrategias propias de los relatos de cautiverio y de la literatura de viajes. Entre la numerosa bibliografía que aborda el tema, ver especialmente Bataillon (1950), Ortolà (1983) y Delgado-Gómez (1986). Para la relación con el libro de viajes, consultar Delgado-Gómez (1986) y Redondo (1988).

³⁴¹ Levisi (1983) demuestra que la obra de Diego Galán sigue los lineamientos formales y la intención moralizadora de la novela picaresca y, concretamente, del *Guzmán de Alfarache*. Barchino (2001), Gastañaga (2012: 63-64) y Steinbach (2016) desarrollan el mismo planteamiento.

históricas. Al igual que sucede en la obra de Primo Levi, Aaron Appelfeld, Varlaam Shalámov o Alexander Solzhenitsyn; en autores como Cervantes o Pasamonte el tema del cautiverio o esclavitud es una puerta de acceso a su Yo más personal. El impacto psicológico de la privación de libertad marca un antes y un después en la trayectoria vital de los que lo sufren, un punto de no retorno que condiciona para siempre la posición identitaria del individuo y, por consiguiente, también sus escrituras. En definitiva, ese lazo indisoluble entre el cautiverio o esclavitud y el acto autobiográfico impulsa una de las líneas de producción de la autobiografía en los Siglos de Oro.

El acto autobiográfico, esto es, el relato de la propia experiencia vital es consustancial al ser humano, independientemente de su posición cultural, social, geográfica o histórica. Desde el punto de vista de los géneros literarios, ese discurso performativo, mediante el cual el autobiógrafo crea su propia identidad, va adquiriendo diferentes características y significados a través de las épocas. En la tradición occidental, la autobiografía surge en la Antigüedad clásica, vive un primer auge en la Edad Moderna y tiene, a partir del siglo XX, su momento de mayor riqueza estética y expresiva.

El aumento de los índices de alfabetización, el nacimiento de las grandes ciudades, la aparición de nuevas corrientes de espiritualidad, la Contrarreforma o el impacto de la realidad del Nuevo Mundo, junto a otros factores, propician cambios sociales y culturales profundos en la España de los Siglos de Oro. En tal contexto, la literatura vive un momento de experimentación, renovación y modernización sin precedentes, en el que el discurso autorreferencial ocupa un lugar importante. La autobiografía se forja a partir de la recuperación y continuidad de modelos clásicos, como las *Confesiones* de san Agustín o los *Comentarios* de Julio César, si bien su desarrollo responde también al movimiento interno de las formas literarias españolas. El género se abre paso en el espacio biográfico que comparte con las Vidas de santos y de personajes ilustres, pero enriquecido también por el nuevo universo de los relatos de viajes, las novelas de aventuras y el éxito de la novela picaresca, máximo exponente de la autobiografía ficticia en la Edad de Oro. Sin embargo, también influyen en la construcción del género otros modelos discursivos de difusión

popular, como los memoriales, las confesiones y las súplicas del ámbito carcelario, los libros de familia o las cartas. En su dimensión pública o privada, la explosión del género epistolar en los Siglos de Oro impulsa la expresión autorreferencial e, indudablemente, contribuye a la fecundidad de la autobiografía en la época. En última instancia, al mismo tiempo, la autobiografía, en ese ejercicio de experimentación con los límites entre géneros, contribuye a la evolución de la prosa narrativa de la Edad de Oro.

La ausencia de una preceptiva para la autobiografía en los siglos XVI y XVII propicia que determinados colectivos hallen en el género la posibilidad de alzar la voz y expresar su posición identitaria ante la sociedad. La autobiografía se convierte, por lo tanto, en un acto en ocasiones subversivo con un efecto empoderador e incluso terapéutico. En la literatura española, en general, se acercan al género diferentes autores que desean justificar su actividad o presentarse como un modelo de vida, pero especialmente escribirán autobiografías monjas, soldados y aquellos que han pasado por una experiencia de privación de libertad y, a su regreso, necesitan reinsertarse en la sociedad.

Los soldados de los Siglos de Oro escriben cartas de relación, relaciones o crónicas, en los que dejan huella de su visión personal de los acontecimientos de la historia. Su versión subjetiva se abre paso en el discurso historiográfico en el momento en que el testimonio de los protagonistas de los hechos adquiere valor y el relato histórico se democratiza. Pero los soldados también redactan memoriales de servicios y relatos de viajes, en los que dan cuenta de su experiencia de vida. A través de diferentes modalidades discursivas se irán ejercitan en el discurso autorreferencial hasta que algunos, además, decidirán ir más allá y escribir su propia autobiografía. De este modo, contribuyen con sus escrituras al desarrollo y auge del género entre finales del siglo XVI e inicios del siglo XVII.

SEGUNDA PARTE

LAS VIDAS DE SOLDADOS DE LOS SIGLOS DE ORO

3. EL ARQUETIPO DEL SOLDADO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Los Siglos de Oro constituyen una etapa de incesante actividad militar, debido a la necesidad de controlar el extenso territorio que abarca el imperio español. Entre 1540 y 1550, el esfuerzo bélico tiene como principal enemigo las tropas francesas, sobre todo en territorio italiano. A partir de la década de los 80, la atención militar se desplaza principalmente a los Países Bajos y al Mediterráneo, donde la piratería de los renegados holandeses e ingleses supone una continua amenaza. A ello hay que sumar el gran despliegue militar que implica la expansión española por América y Asia. La cultura de la guerra, por lo tanto, impregna las sociedades de los siglos XVI y XVII, a pesar del ideario antibelicista y pacifista de intelectuales como Vives o Alfonso de Valdés, en la estela de Erasmo de Rotterdam. Ello obedece, en gran medida, según propone García Hernán (2006: 36), al despliegue de una estrategia de adoctrinamiento del Estado ya empleada anteriormente por los Reyes Católicos. Así, las instituciones se sirven de panfletistas, burócratas y predicadores para, con mensajes cargados de providencialismo y mesianismo,³⁴² –en la línea del espíritu de la Reconquista– justificar la política bélica.

El panorama de las guerras modernas, sin embargo, nada tiene que ver con la tradición militar anterior. La generalización del uso de la pólvora, el desarrollo de la ingeniería naval y militar, de la artillería, la fortificación y la cartografía implican un cambio tanto en las estrategias y planificación de la batalla, como en la manera de comprender la guerra en sí misma. En tal contexto, los ejércitos ya no atraen a caballeros nobles en busca de honor y fama, sino que están formados por un cuadro militar de generales, almirantes y soldados profesionales (Burke, 1991: 231). Asimismo, el control militar ya no está en manos de la aristocracia, sino del Estado (Espino López, 2001: 18). En el campo de batalla, toman protagonismo la infantería –formada por piqueros, arcabuceros y mosqueteros–, y la caballería ligera, en detrimento de la caballería pesada. En esa diversidad de nuevos perfiles soldadescos, como indica Puddu (1984: 76-78), se difuminan las barreras entre infantes y

³⁴² Aunque el providencialismo y mesianismo son ya empleados por los Reyes Católicos, resurgen en el contexto de la Contrarreforma, con la amenaza turca y protestante. Para un análisis en profundidad, ver García Hernán (2006: 35-46).

caballeros, lo que daría cabida, en teoría, a la posibilidad de ascenso social y mejora económica a través de la carrera militar, independientemente del origen o linaje. Debido a los avances técnicos en la maquinaria de guerra,³⁴³ se valoran en el soldado nuevas competencias y virtudes profesionales que deben y pueden ser recompensadas, tal y como recomienda el capitán Marcos Isaba en *Cuerpo enfermo de la milicia española*:

Y los oficios que se den a los que asistieren en la guerra y los demás oficios, los den y repartan a las personas que los merezcan, que de ello se seguirán tres cosas. La primera, tener los oficios personas que los merecen, donde de tal gobierno se espera mucho servicio. La segunda, la gente de guerra levantárseles el ánimo para preciarse del arte, no andar descontentos y cada día en la Corte pidiendo, demandando y dando memoriales. La tercera, con tantas cosas que habrá que dar y repartir con ellos, que se dan a personas inméritas, no criar cosa de nuevo para ellos enflaqueciendo el patrimonio real (Isaba [1594] 1991: 78).

Las crónicas serán reflejo de esa movilidad dentro del ejército, al presentar como protagonistas de los hechos a soldados de bajo rango o personajes como García de Paredes: “a medio camino entre el caballero y el soldado, siempre caballeresco y nunca cortés o cortesano” (Puddu, 1984: 74). El Sansón de Extremadura será un ejemplo de cómo desaparece la correlación entre el linaje del combatiente y su grado o función en el ejército. Pese a ello, en los Siglos de Oro, aún existe una coexistencia entre “las grandes formaciones de soldados plebeyos, la técnica y la táctica cada vez menos cortesés” y “el mundo tradicional de los hombres de armas” (Puddu, 1984: 45), que mantendrá cierta vigencia.

En ese contexto bélico de la Edad de Oro, el arquetipo³⁴⁴ popular del soldado se redefine o actualiza a partir de la superposición, sobre la imagen clásica del personaje, de aspectos de las nuevas realidades de la época. Tradicionalmente, la visión del militar tiene un carácter ambivalente, que se mantendrá también en los Siglos de Oro. De este modo, convive la visión idealizada del guerrero de las cruzadas, de la que se nutren la épica y las novelas de caballerías, con la imagen del militar fanfarrón, que se difunde en la comedia

³⁴³ Para un análisis de la modernización del ejército en los siglos XVII, consultar el trabajo de González de León (1996).

³⁴⁴ Por arquetipo, siguiendo a Caro Baroja, se entiende “algo que, reuniendo las características de varios ejemplares conocidos, corresponde a una noción general y superior a ellos” (1979: 94). El arquetipo se conforma mediante la conjunción de factores históricos, literarios y folklóricos, a partir del principio de “dar más al que tiene más” (Caro Baroja, 1979: 105).

española e italiana, según Lida de Malkiel (1962: 703), a partir del Centurio de *La Celestina*.³⁴⁵ Al igual que el *miles gloriosus* de Plauto, Centurio es ingenuo y mentiroso, alardea de hazañas exageradas, presume de sus galas y de su belleza, y se muestra obsesionado con tener éxito entre las mujeres. Como indica Lida de Malkiel, uno de los aspectos interesantes del personaje es que, a través de él, entran en el universo de la tragicomedia “aspectos de la mala vida coetánea, riñas del hampa, armas de la época, jerga de espadachín mercenario” (1962: 706).

En la literatura áurea, las modernas materializaciones del arquetipo del soldado parten de *Soldadesca* (1517) de Torres Naharro, que, pese a entrar en 1559 en el *Índice* de Valdés, cuenta con un gran número de ediciones y se difunde ampliamente. La obra recoge las tradiciones del Centurio y del *miles gloriosus*, pero, además, el arquetipo del soldado adquiere un relieve verosímil, acorde con la realidad histórica del momento (Croce, 1911: 190; Burke, 1991: 232). Así, por ejemplo, los militares se burlan de la fama y del honor, actitud con la que se pone de manifiesto la ausencia de valores en los ejércitos de los Siglos de Oro. La gran acogida por parte de los lectores de los personajes que pueblan el universo teatral de Torres Naharro se debe precisamente a su correspondencia con la realidad del soldado, de igual manera que en el siglo XV sucede con Centurio (Lida de Malkiel, 1962: 707-708).

La visión menos idealizada del soldado parece tener un buen encaje en el realismo de la literatura de la Edad de Oro. Las condiciones de la vida militar afloran en novelas, poesía y obras de teatro,³⁴⁶ dando cuenta del nuevo perfil del arquetipo del soldado en la conciencia colectiva de la época. Los soldados de los tercios españoles son hidalgos venidos a menos, galanes huidos por haber dado muerte a un rival en desafío, jóvenes aventureros atraídos por las costumbres de vida disoluta de la soldadesca en Flandes o Italia, así como también rufianes y pícaros, como Estebanillo o Guzmán de Alfarache, para los que el oficio de soldado es uno más entre los que profesan. A diferencia de lo que

³⁴⁵ Lida de Malkiel (1962: 703) sostiene que el soldado de la literatura de los Siglos de Oro deriva principalmente del Centurio y solo secundariamente del modelo de Plauto y Terencio. Para un análisis comparativo entre Centurio y el *miles gloriosus* romano, ver Lida de Malkiel (1962: 704 y ss.).

³⁴⁶ Para una visión detallada del soldado y de la guerra en la literatura de los Siglos de Oro, ver Borreguero Beltrán (2005) y García Hernán (2006).

sucede en la Edad Media, a partir del siglo XVI la carrera militar se entiende, popularmente, como una salida más para asegurarse el sustento. Cervantes, en el *Quijote*, muestra la siguiente estampa:

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y, así, le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer de sus vestidos [...] la edad llegaría a diez y ocho o diez y nueve años; alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona. Iba cantando seguidillas, para entretener el trabajo del camino [...]:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad
([1615] 1998: II, 832-833).

Ciertamente, la guerra en los Siglos de Oro se sitúa ya lejos del tradicional ideal cristiano y caballeresco. Ante el escaso interés de la nobleza por acudir a la batalla, los capitanes deben esforzarse por reclutar a jóvenes, para lo que se sirven de diferentes estrategias y argumentarios. En *El licenciado vidriera*, Cervantes, buen conocedor de la realidad de las milicias y la maquinaria de guerra, ilustra el prototípico discurso empleado por los capitanes de la Edad de Oro, a través de la figura de Diego de Valdivia, quien invita a Tomás Rodaja a unirse a su compañía:

Alabó la vida de la soldadesca. Pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha*, *patrón*; *pasa acá*, *manigoldo*; *venga la macarela*, *li polastri*, *e li macarroni*. Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de la minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear y la voluntad a aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte ([1613] 2005: 29-30).

Cervantes resume a la perfección las ventajas y los inconvenientes de lo que supone la vida para un soldado de los Siglos de Oro. La experiencia de las milicias pasa inevitablemente por la dureza de las campañas, unida a la escasez y las hambrunas. Ese retrato de las penurias militares no es una novedad en la literatura española. Ya en el *Victorial* se halla una descripción desmitificada de la realidad del hombre de armas:

Los caballeros, en la guerra, comen el pan con dolor; los biçios della son dolores e sudores; un buen día entre muchos malos. Pónense a todos los travaxos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, aventuran sus vidas a morir o vivir. Pan mohoso o vizcocho, viandas mal adovadas; a oras tienen, a oras, non nada. Poco vino o no ningúno. Agua de charcos e de odres. Las cotas vestidas, e cargados de fierro; los enemigos al ojo. Malas posadas, peores camas. La casa de trapos o de ojarascas; mala cama, mal sueño. [...] Tal es su ofiçio, vida de grand trabajo, alongados de todo viçio. Pues los de la mar, no ay nada igual de su mal: non acabaría en un día su lazería e grand trabajo. Que dicha es la honra que los caballeros meresçen, e grandes merçedes de los reyes, por las cosas que dicho he (Díez de Games, [h. 1450] 1993: 233-235).

Del mismo modo, más de un siglo después, en la epístola autobiográfica a su hermano Cosme, el capitán Francisco de Aldana se lamenta del siguiente modo por el frío que pasa en Flandes:

¿Puédese más decir, sino que cuando
despido el falso humor yo de mi boca,
antes que llegue al suelo, ya en el aire
va congelado en cuerpo espeso y duro?
Cierto yo no sabría deciros cómo
tanta, viviendo aquí, salud poseo [...]
En fin, mi Cosme, digo que me hallo
en tan mala región tan sano y bueno [...]
(1978 [1568]: 42-44).

En el siglo XVI, sin embargo, las carencias de las milicias van más allá de las incomodidades inherentes al oficio de soldado, pues son el resultado de una deficiente gestión y de los escasos recursos económicos con los que cuenta la Corona para el sustento de las tropas. Por lo general, los sueldos son bajos y, además, las pagas no llegan a su debido tiempo. Los libros de cuentas pasan de mano en mano, de organismo en organismo, sin ser revisados y, en consecuencia, nunca se ponen al día, por lo que difícilmente los soldados llegan a recuperar los salarios que se les deben. A esa situación se une el factor de la corrupción. Esta va desde los más altos cargos hasta la parte más baja de la jerarquía militar. El capitán Marcos Isaba se hace eco de ello y propone soluciones al respecto:

Primeramente se ha de mandar y ordenar que en el pagamento de esta gente de guerra no se entremeta veedor ni contador ni pagador ni oficial ninguno de ellos, porque cierto se puede creer muy de veras que de cada pagamento que se hace a un tercio de estos monta una parte y aun la mayor la que los oficiales del sueldo llevan de esta manera. Que si un capitán tiene en su compañía de muertos o ausentes treinta plazas o más, la noche antes de la muestra el tal contador, de consentimiento con los otros, les envía a demandar y aquella noche en las listas las apunta y hace buenas, con esta condición que él se lleve la mitad y de las que quedan, se reparten entre capitán,

alférez y sargento, sin otros adherentes que hay muy contra el servicio de su Majestad [...] y de esta manera se pierden las plazas, castillos y batallas y andamos siempre cojos y faltos de los que es menester [...] ([1594] 1991: 84).

La venta de cargos, herencia de puestos privilegiados y otras irregularidades están a la orden del día. Veedores, contadores, pagadores y proveedores, que controlan la distribución de las pagas y materiales de trabajo, con frecuencia, aprovechan su posición para quedarse con parte del dinero que llega a sus manos. Esta situación queda recogida en la literatura del momento. En la primera escena de *Soldadesca*, las palabras del capitán que forma su nueva compañía muestran la sátira de Torres Naharro respecto a unas malas prácticas que, como refleja el texto de Marcos Isaba, son habituales en la época:

CAPITÁN: Deja andar.
 Ayúdenos a juntar
 una vez la compañía,
 que después en el pagar
 perderá la fantasía.
 Que, a mi ver,
 yo sé muy bien conocer
 los soldados virtuosos,
 y sé lo que han menester
 estos Guzmanes bravosos,
 muy peinados,
 presumiendo de esforzados
 y sirviendo por antojos;
 pues con cada tres ducados
 les quiero quebrar los ojos.
 Mi pensar
 ha de ser en procurar
 de mejorar esta capa;
 que suelen poco durar
 Aquestas guerras del Papa
 ([1517] 1973: 62-63).

Las consecuencias de la desfachatez y la avaricia de los capitanes las padecen, sobre todo, los bisoños, como el soldado Juan de *Soldadesca*, que durante tres años sirve a la compañía sin recompensa alguna. De nuevo, es Cervantes quien denuncia la situación de miseria en la que viven los soldados por no recibir sus sueldos a tiempo:

[...] no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbear por sus manos, con notable peligro de su vida y de su

conciencia [...] ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo ([1605] 1998: 445-446).

La experiencia militar del bisoño de *Soldadesca* contrasta con la del soldado plático o experimentado, que, buen conocedor de las costumbres de los capitanes, urde un plan para, en lugar de ser engañado, salir con beneficio del negocio:

GUZMÁN: Mal bermejo;
 pero yo soy perro viejo
 y entiendo sus ademanes.
 Si vos queréis mi consejo,
 no os fiéis de capitanes.
 Ya sabemos
 como cuanto d'él habremos
 no bastará para bragas;
 yo os diré cómo hurtemos
 una docena de pagas
 (Torres Naharro, [1517] 1973: 85).

Más allá de la comicidad de la escena de Torres Naharro, de la falta de provisiones y del impago de sueldos se derivan lamentables consecuencias. Precisamente, es la falta de equipamientos lo que motiva la apropiación indebida de armas por parte de los militares en Hornachos, pues el capitán Contreras indica: “como íbamos con espadicas solas –y alguno sin ellas– en muchos lugares nos perdían el respeto” ([1633] 1983: 79). En la misma línea, el soldado Diego Suárez denuncia la situación de desamparo en la que se encuentra por causa del retraso en los pagos:

[...] enpero todo me salió al contrario, porque demás del trabaxo del servicio de la guerra me moría de hambre, porque nunca fuy bien pagado de mi sueldo. Por lo qual y otras legítimas causas pase mi entretenimiento de Sicilia en Ñapóles entendiendo que hallara allí mejoría, en que mucho mas me halle peor y mal pagado y en muchas formas necesitado, de manera que todo el tiempo se me paso en andar limosneando, pidiendo por Dios para comer un pedaço de pan seco y aun eso no hallava todas vezes, demás de otras muchas miserias que son largas de rreferir aqui, todas causadas de los malos pagamentos en tiempo de los gobiernos del duque de Escalona en Sicilia y del de Osuna allí y en Ñapóles y de sus sucesores los cardenales Borja y Çapata y lo mismo del Duque de Alva [...] ([1623] 1901: 157).

Asimismo, en su relación de la batalla de los Gelves, Alonso Enríquez de Guzmán da cuenta de cómo los militares son sorprendidos por el ejército enemigo mientras se detienen a buscar alimento:

Y otro día caminamos en horden de pelear y con grand deseo y confiança de los ganar, que fue lo que nos dañó. Y andados dos leguas syn topar con nadie, pensamos que siempre fuera ansí. Començamos a desconcertarnos e unos cogían higos y otros dátiles (...) y otros entravan en las caserías a las robar, aunque no avía qué, sino algunas tinajas de miel y de pasas que no avían podido llevar. Y en esto estando, los moros que asomavan [...] ([1547] 1960: 11).

El hambre pasa a ser un problema tan frecuente entre los soldados que se convierte en un lugar común al referirse a la vida militar. Véase, por ejemplo, el parlamento de Alonso, al inicio de *El asalto de Mastroique*, de Lope de Vega:

ALONSO: [...] Mientras un hombre no muera,
denle a comer y beber.
¡No hay más de andar sin comer
tras una rota bandera!
¡Por vida del rey de espadas
–que de España iba a decir–,
que no la pienso seguir
sin comer tantas jornadas!
Por comer nos han de oír.
¡Pesia al caminar, amén!
¿Somos acá los vencidos?
([h. 1606] 2002: 311).

Las carencias suponen un duro revés para los ejércitos, pues no únicamente está en juego la integridad física de los soldados, sino también la victoria en las batallas. Debido a la falta de equipamientos y sobre todo a las hambrunas, en algunos combates, los cristianos incluso llegan a entregarse a los otomanos como esclavos. Así, ante la falta de provisiones en galeras, el capitán Sancho de Leyva muestra su impotencia de la siguiente manera:

[...] se passan dos meses que no les dan carne fresca, o tonina o bacallao, y esto y el vino se acaban algunas vezes y se quedan con solo vizcocho. No queda porque no se a pedido, y pide al proveedor que haga comprar y compre las provisiones nescessarias adonde y en los tiempos convenientes, a todo responde, que como puede hazer provisiones sin dineros, y con esto a mucho tiempo que me atapa la boca y no le puedo replicar (en Thompson, 1981: 207).

Durante los reinados de Felipe III y Felipe IV el panorama se agrava. En los puestos de Larache y la Mámora, los soldados se ven obligados a alimentarse de raíces y de hierbas silvestres y, en mayo de 1623, llegan a contabilizarse hasta cuarenta y dos soldados que mueren de inanición. Basta atender a la siguiente llamada de atención del conde duque de Olivares en 1629:

Los soldados están muertos de hambre, en carnes vivas y pidiendo limosna de puerta en puerta [...] Hase llegado a lo sumo de la miseria y desnudez, particularmente los españoles, de los cuales han muerto infinitos y ninguno de herida (en Deforneaux, 1983: 200).

Ante tal panorama, para paliar el hambre, los militares desarrollan diferentes estrategias de supervivencia, como ejercer la mendicidad. Así, por ejemplo, en 1579, los soldados destinados a Navarra piden de puerta en puerta. Alonso Enríquez de Guzmán relata cómo en Masara, para procurarse el sustento, mendiga y trabaja como recogedor de astillas. También se vale de la picaresca o del ingenio:

Estava todo el día sin comer; unas vezes me yva a las tavernas y hurtava que comer; otras vezes pedía por amor de Dios en el arrabal; otras vezes pasava de la otra parte del río, que estava en lugarejo donde moran los judíos, y me hazía judío y me davan de comer ([1547] 1960: 14).

El hambre, con frecuencia, es la causa de las deserciones, que se producen incluso antes de que los reclutas lleguen a sus unidades de destino. También son abundantes los motines. Solo entre 1582 y 1607, se registran un total de cincuenta y seis. Precisamente, la posibilidad de un alzamiento de los propios soldados es la mayor de las preocupaciones de los altos cargos del ejército en *El asalto de Matrique*:

PARMA: Señores, ya habéis visto y advertido
 en la poca asistencia, aunque con causa,
 que el Rey nuestro señor hace a este ejército.
 También sabéis que los soldados todos
 han padecido innumerables penas
 y trabajos que son intolerables
 y de ser referidos imposibles,
 mayormente los fuertes españoles,
 que, en país tan remoto de su patria,
 no tienen otro amparo que el del cielo.
 Tengo temor que amotinarse quieren,
 porque la sed y hambre los aflige
 y ha mucho tiempo que la paga esperan,
 si no es que los empleo en algún sitio
 de tierra, que pudiese la esperanza
 del saco entretenerlos algún tiempo,
 para lo cual, ninguno me parece
 más conveniente sitio que Matrique [...] (Lope de Vega, [h. 1606] 2002: 318).

Tanto las condiciones de vida militar, como los nuevos perfiles de los que se nutren los ejércitos de la Edad Moderna, son causa de una evidente pérdida de compromiso ético entre los soldados, reforzada por la libertad o impunidad de la que estos gozan. Por ello, además de mendigar, de amotinarse o de desertar, los militares buscan otras ocupaciones alternativas, como ejercer de asesinos a sueldo, formar bandas de atracadores nocturnos, cobrar por proteger a rufianes o rameras –como hace Centurio–, ingresar en cuadrillas de bandoleros o directamente saquear las poblaciones por las que pasan. Un ejemplo es la “ira de Dios”, grupo del que se tiene noticia en 1626, que se dedica al saqueo en territorio catalán y aragonés. El capitán Domingo de Toral y Valdés describe cómo la compañía se sustenta hasta llegar a Lisboa: “hurtando en el camino, que en tales alojamientos no se hace otra cosa” ([1634] 2016: 128). En su autobiografía, Martín Cordero da cuenta de las dificultades de hallar hospedaje en Flandes debido, precisamente, a los estragos ocasionados por el ejército a su paso:

[...] no querían acogernos, porque auia pasado por alli aquel tercio de Españoles que Rey nro Sr. auia embiado en ayuda del Rey, y auian hecho males y desuerguenças espantosas, y particularmente en la posada donde queriamos alojar y assi en viendonos respondieron que no auia posada [...] Dexo de tratar las baxezas y ruindades que en toda esta tierra auian usado, y particularmente en esta posada, recibiendo como amigos, pues a las mugeres y hijas las auian afrentado deshonrandolas por fuerça ([1588] 1927: 152).

Esos excesos, sin lugar a dudas, son una preocupación para parte de una jerarquía militar que aún mantiene unos ideales elevados respecto a lo que debe ser un hombre de armas. El capitán Marcos Isaba se muestra muy crítico ante los abusos de los militares, que afectan a la población civil:

[...] lo que los soldados hacen es grandísimo, porque no contentos con las bestias que se les dan sin licencia y algunas veces con ella de sus oficiales se ausentan trastrocando caminos y veredas, descalabrando hombres y alargándose por las granjas y caserías, hurtando, rescatando y aun a veces otras fuerzas en mujeres de mucha honra con tanta desenvoltura y poca vergüenza, que es principio de revueltas, muertes y escándalo, donde después los terranizados por vengarse a cualquier pasajero de esta nación y nombre le dan cruelísima muerte: y esto como he dicho viene una arte de sus oficiales que les mandan que vayan a buscar bagajes y otra de la libertad que tienen guiados y puestos en hacer mal ([1594] 1991: 125).

Pese a la evidente preocupación entre las altas esferas militares por los desórdenes de la soldadesca, la impunidad y libertad de costumbres ejercen un innegable poder de atracción para los jóvenes amantes de la vida licenciosa. El soldado Píndaro lo resume así:

[...] nuestra libertad era tan disoluta, que de los excesos y delitos hazíamos gala, y de los atrevimientos temerarios honor y valentía; siendo así la verdad que la cierta y segura es respetar a la justicia, rendirse a su obediencia, favorecerla y ampararla y honrar a sus ministros; pero según aquesto, ¿qué puede disculpar mis torcidos caminos, sino la misma causa que me guía a ellos, mi corta experiencia, mi desatada juventud y locura? (Céspedes y Meneses, [1626] 1975: 148).

Esa misma promesa de libertad y de ver mundo impulsa a Tomás Rodaja a aceptar la invitación de Diego de Valdivia y abandonar el hábito de estudiante para vestirse “de papagayo” (Cervantes, [1613] 2005: 31). De nuevo, el soldado Píndaro describe en qué consiste ese particular atuendo:

[...] andava yo a este tiempo por Valladolid con licenciosas galas de soldado señalado y luzido, ya unas vezes pintado de diversos colores, y ya otras con los extremos dellas, plumas, guarniciones y botones que muestra una fachada de platero (Céspedes y Meneses, [1626] 1975: 10).

El privilegio de vestir acorde al propio deseo es algo vedado para la población civil, no para una soldadesca que hasta 1652 no cuenta con uniforme. Es propio de los soldados de la Edad Moderna el lucimiento de plumas, encajes, puntillas, peinarse en redondo, llevar perilla o bigote alzado. Se trata, además, de una característica compartida por parte de los militares del continente europeo. Véase el tono satírico con el que se presenta al militar en uno de los coloquios de Erasmo:³⁴⁷

¿Con cuántos colores te has pintado? Ningún ave posee tal variedad de plumas. Vaya cortes que traes, tan raros y desacostumbrados. Añádele la coronilla rapada, la barba a medio afeitar, un bosque intrincado en el labio superior, que sobresale por todos lados como los pelos esos tan largos que tienen los gatos ([1523] 2020: 370).

Es tal la ostentación de los soldados en su modo de vestir, que por ello no solo son fácilmente reconocibles, sino también juzgados y señalados por la población. Sin embargo, las instituciones y el ejército son permisivos en cuanto al modo de vestir de los militares se

³⁴⁷ Erasmo de Rotterdam hace una crítica a la vida militar y a la figura de soldado en dos de sus *Colloquia* (1513-1533). Así, en la edición del texto de 1522 aparece “La confesión del soldado” (*Militaria* o *Confessio Militis*) y, en la de 1523, el autor incluye “El soldado y el cartujo” (*Milites et cartusiani*). La denuncia de la actitud del soldado debe comprenderse en el contexto del ideario pacifista de Erasmo, desarrollado en la *Querela pacis*, el adagio *Dulce bellum inexpertis* y la *Institutio principis christiani*.

refiere, al considerar que con ello, en cierta medida, quedan compensados las miserias y pesados trabajos de la vida soldadesca. Esta idea queda reflejada en la conversación que mantiene Guzmán de Alfarache con el capitán de una compañía en la que pretende enrolarse, con el objetivo de pasar a Italia. De este modo, defiende el capitán el privilegio de los soldados de elegir atuendo libremente:

¿Quiere vuesa merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimos furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores o hechos estudiantes capigorristas enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros? Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre de español, que otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba dél todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida. Estamos tan falidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuimos somos y seremos (Alemán, [1599] 1997: I, 360-361).

La libertad de costumbres no atañe únicamente a la apariencia de los soldados. Estos tienen también permiso para llevar mujeres e hijos consigo a sus destinos. Al grupo que se encamina a la batalla, cada vez con más frecuencia, se unen también parásitos, prostitutas y vendedores ambulantes. Tanto es así, que incluso algunas instituciones militares llegan a fijar el número de mujeres públicas consentidas en los tercios. De nuevo, Marcos Isaba muestra su preocupación al respecto:

Hase de buscar el capitán que sea casto, huyendo de toda conversación de mujeres públicas, porque el que de esta enfermedad fuere herido –fuera de la mala doctrina que dará a sus soldados– de ordinario faltará a las cosas que se le ofrecieren de honra y siempre cargado y vestido de mil necesidades, falto de palabras y fe, desollando sus soldados ([1594] 1991: 132).

Las alusiones a la prostitución constituyen casi un lugar común en el universo de la soldadesca. Rey de Artieda, en la “Carta a un amigo dándole cuenta de las cosas de Flandes” describe su realidad cotidiana, en la que las prostitutas parecen ocupar un lugar importante:

[...] Destas señoras que se dan al vicio,
doña Maricopete es la más linda
y de mayor ingenio y artificio.

No hay coraçón que luego no le rinda,
y si tantico pica y persevera
le dexa confitado como guinda.

De otras dueñas de honor, dezir pudiera,
que con dones prestados y postizos
siguen la caja, pífano y bandera.

[...] Y con sus arandelas y sus rizos,
de nuestro prolongado alojamiento
ocupan muchos tálamos pagizos
([1605] 1955: 135-136).

En general, el arquetipo del soldado está marcado, tanto en el folklore popular como en la literatura de diferentes épocas, por una determinada relación con las mujeres. Se atribuye al hombre de armas, además de los vínculos con el mundo de la prostitución, un innato éxito como seductor. En una variación cómica del motivo, se satiriza el alardeo de los soldados sobre sus supuestas conquistas. Ese aspecto se encuentra en el Centurio de la Celestina y se mantendrá también en la literatura de los Siglos de Oro. En *Soldadesca*, los soldados pláticos Mendoza y Guzmán mantienen la siguiente conversación:

MENDOZA: Voto a Dios
que yo quiero llevar dos,
y no lo tengo en dos higos.

GUZMÁN: Y una os basta para vos.

MENDOZA: Y otra quiero para amigos. [...]

GUZMÁN: No podréis tantas hallar
Si no fuesen de almacén.

MENDOZA: ¡Por Dios, sí!
Voto a Dios que van tras mí
seis docenas más que bellas.

GUZMÁN: Hermano, pues es así,
carguemos un carro d'ellas.

MENDOZA: ¿Vos burláis?
¡Voto a Dios! Cuando queráis
podemos llevar cincuenta [...]
(Torres Naharro, [1517] 1973: 86).

El gusto por las mujeres se presenta vinculado con uno de los males típicos de la vida militar: el despilfarro. En el coloquio de Erasmo “La confesión del soldado”, Trasímaco dice haber devuelto lo ganado en la guerra: “A las prostitutas, a los taberneros y a quienes me ganaron en el juego” ([1522] 2020: 162). Sobre esa idea vuelve a insistir el autor en “El soldado y el cartujano” donde el militar reconoce sus excesos: “Cuanto pude conseguir de mi salario, de los saqueos, sacrilegios, robos y hurtos lo gastaba todo en vino, putas y

dados” ([1523] 2020: 374). La asociación del soldado con el juego es también un lugar común universal muy presente en el imaginario colectivo de la sociedad de los Siglos de Oro. Esa visión, además, tiene un fundamento real, tal y como queda demostrado en la denuncia del capitán Marcos Isaba:

Pues jugar picas, montantes, puñales, dos espadas, rodela, lanzones armados y desarmados, era una gran fineza de la profesión militar; ahora todo se ha enterrado y olvidado por este infernal juego de dados, por él son malos cristianos, por él no tienen armas, por él son ladrones, por él están hambrientos y desnudos, por él faltan muchas veces a las guardias y centinelas y casos de honra que se les ofrecen; por ese abominable y diabólico vicio matan muchos millares de españoles en corredurías, travesuras y males recaudos, que él les obliga a que hagan los enemigos; por este ponzoñoso y pestilencial entretenimiento afrentan y añoran mucho los amigos; de manera si se hubiese de decir y apuntar el mal daño de que es causa, no hay papel suficiente que baste para que se escriba el principio, medio, ni fin de él. Y aunque este vicio está tan arraigado y señor en los pechos de esta gente, si se diese un poco de remedio y orden, se podría evitar y desterrar ([1594] 1991: 162).

Los dados, por lo tanto, son vistos como un ejercicio innoble para el hombre de armas, al tiempo que abren un abismo entre el soldado de los Siglos de Oro y el caballero ejercitado en el juego de espadas, lanzas o puñales de períodos anteriores. El mundo del juego está presente no únicamente en las costumbres de los militares en activo. A los lisiados en la guerra y faltos de recursos se les da la posibilidad de regentar casas de juego o establecer mesas en los cuerpos de guardia. Pese a la prohibición de los dados en 1629, el vicio del juego no llegará a ser nunca erradicado en las milicias de los Siglos de Oro.

La imagen heroica y tradicional del soldado, en parte ya caduca, contrasta, en definitiva, con la realidad de los mencionados excesos y libertad de costumbres de los nuevos profesionales del ejército. Son frecuentes, en la época, las quejas y denuncias tanto de la población civil como de las autoridades municipales, que tienen como motivo principal las malas costumbres de la soldadesca. En la siguiente denuncia de un veinticuatro de Madrid, presentada en 1598, quedan resumidos los malos hábitos de los soldados y cómo estos repercuten directamente en daños ocasionados en la localidad:

Cada día se ven suceder delitos atrosísimos y que no se pueden castigar, con que la Justicia padece detrimento. El exemplo es dañosísimo para república. Los soldados no atienden a sus negocios, menesteres y oficios, andan osiosos, perdidos y vagamundos jugadores, y con más licencia de la que solían en ynquietar y solicitar mugeres y atraerlas a vivir mal, gastando muchos las haciendas que tienen y aun lo que no tienen en vestidos y galas, y esto es en tal manera que destos soldados, con el ocio y las malas costumbres de vivir con libertad y acudir a jugar a las vanderas, se hacen hombres

libres, facinerosos y ladrones y muy perjudiciales a la Republica, con que los ciudadanos honrados y quietos, y los mercaderes y hombres de negocios no están seguros en sus casas ni por los caminos ni campos... y en el entretando que Vuestra Señoría no remediare esto verna en grande dismunycion el trato y comercio desta Ciudad (en Thompson, 1981: 176-177).

El documento plasma no solo el problema social en el que se han convertido las milicias, sino también la imagen pública y popular del soldado en los Siglos de Oro, ya muy alejada de la visión del caballero o del héroe épico.

Las malas costumbres y la vida licenciosa del soldado lo emparentan con las figuras del pícaro y del rufián.³⁴⁸ Así, Alonso Enríquez de Guzmán, respecto a su estancia en Palermo, indica lo siguiente: “acabé lo que me quedaba de los çient ducados y fué menester hazerme rufián” ([1547] 1960: 12). Como señala Navarro Durán (2012: 142, 155), estos arquetipos beben de la misma tradición del soldado fanfarrón de Plauto y del Centurio de *La Celestina*. Las referencias al hambre, el tratamiento del amor, el tema del juego, la recurrencia a robos y estafas o la cobardía son aspectos en los que el universo de los pícaros, rufianes y soldados presentan convergencias.³⁴⁹ La picaresca, además, presta algunos episodios a las aventuras de la soldadesca y, a su vez, algunos pícaros hacen incursiones, en algún momento de su trayectoria, en el mundo militar. Sin embargo, como se ha indicado anteriormente, el arquetipo del soldado va más allá del *miles gloriosus* de Plauto y admite otros matices o variaciones, ajustadas a la realidad de las milicias de los Siglos de Oro. De este modo, se abre un espacio de divergencia respecto al rufián y al pícaro. Así, por ejemplo, las acciones de los militares, como observa Pope (1974: 196), no están condenadas al fracaso sistemático, como si sucedería con los pícaros. Guzmán de Alfarache muestra ese contraste en el tema del juego, vicio compartido por ambos arquetipos:

[...] no me atreví a jugar por no hacerlo con gente de milicia, que juegan siempre con mucha malicia. Todos o los más procuran valerse de sus ventajas. Yo no podía usar de las mías ni me las habían de consentir, y yo por fuerza se las había de consentir. Aventuraba con ellos a ganar poco y a perder mucho ([1604] 1998: II, 232).

³⁴⁸ La conexión entre el mundo de la picaresca y la soldadesca es señalada por Ruiz (2004: 315) y Martínez (2016: 190 y ss.).

³⁴⁹ Para un análisis del tratamiento de estos temas o motivos en la novela picaresca de los Siglos de Oro, ver Navarro Durán (2012).

El pícaro prefiere no tratar con soldados, pues se reconoce en inferioridad de condiciones, ya sea por la inmunidad de la que gozan los militares, ya sea por temor a ser víctima de una reacción violenta. Mientras que los mozos, como destaca Navarro Durán (2012: 131), se muestran ingeniosos y se desenvuelven a la perfección en el uso de la palabra, los hombres de armas resuelven sus conflictos echando mano de su espada.³⁵⁰ A su paso por una venta, Guzmán de Alfarache coincide con dos soldados: “el uno vestido de una mezclilla verdosa y el otro de vellorín, un jubón blanco muy acuchillado” (Alemán, [1599] 1997: I, 176). No solo las vestiduras separan al protagonista de los hombres de armas. En el lugar, el pícaro es timado por una vieja, que le sirve unos huevos pasados. Mientras Guzmán asume el engaño con impotencia, los soldados toman una actitud muy distinta:

[...] el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fue donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina, y con terrible fuerza le dio en la cara con ella, fregándose la por ambos ojos. Dejélos tan ciegos y dolorosos, que, sin osarlos abrir, daba gritos como loca. Y el otro compañero, haciendo como que le reprehendía la bellaquería, le esparció por el rostro un puño de ceniza caliente. Y así se salieron por la puerta, diciendo: “Vieja bellaca, quien tal hace, que tal pague” (Alemán, [1599] 1997: I, 180).

La violencia está muy presente en el retrato arquetípico de determinados soldados y contrasta no solo con la tradición celestinesca de Centurio, sino también con la cobardía consustancial al pícaro y al criado. Véase, por ejemplo, la reacción de Estebanillo en su experiencia en las milicias:

[...] y por probar mi valor, aunque ya tenía harta noticia dél, me llevó una mañana consigo, más forzado que de voluntad, diciéndome que me quería hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable si no es quitándome el pellejo como a culebra y volviéndome a hacer de nuevo. [...] nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que a bajar la puntería nos llevaba al los dos de bola o a uno de calle; [...] cuando vi que poco distante de nosotros hizo a un soldado volatín de Carnaval, [...] cumpliendo con mi profesión y gustando más que dijese: “Aquí huyó”, que no: “Aquí cayó”, me afufé con tal donaire, que parecía el suelto caballo a quien movían tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos de aliento; subíme al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo [...] Mandome bajar [...] me dijo:
–Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me habéis dejado, y a vista de una armada habéis vuelto las espaldas y puéstoos en huida?
Yo le respondí:

³⁵⁰ Martínez (2016: 198) destaca la capacidad de asesinar o los crímenes de sangre como uno de los rasgos que distinguen a Guzmán o Lázaro de los soldados.

–Señor, ¿quién le ha dicho a Vuecelencia que yo soy valiente, o en qué ocasión no lo he hecho mucho peor que hoy? Si Vuecelencia me envió a llamar a Flandes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son arciprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas ([1646] 1978: 414-415).

Existen, por lo tanto, puntos de convergencia entre los arquetipos del pícaro, el rufián y el soldado, fruto de esa tradición compartida. Sin embargo, la realidad de las milicias de la Edad Moderna enriquece con nuevos elementos la figura popular del soldado que, en algunas recreaciones, muestra un carácter particular que lo separa de los personajes del hampa o los pícaros.

En su estudio sobre la cultura popular en los Siglos de Oro, Burke (1991: 91) distingue la contracultura de mendigos y ladrones, que pueblan las novelas picarescas, de la subcultura de soldados y marineros. El arquetipo del soldado también presenta convergencias con el marinero,³⁵¹ aunque existirían diferencias notorias en las vestiduras y en el argot propios de sendos colectivos. Burke define del siguiente modo la particular subcultura del soldado:

Distinguidos del resto de personas por su modo de vestir, odiados, temidos –y también admirados– por los civiles, es fácil ver que los soldados formaban una subcultura. Estaban marginados de la sociedad común; su trabajo era peligroso; se les desarraigaba de su cultura local tradicional; y, además, el regimiento era una “institución total” que hacía demandas ilimitadas a sus miembros. Los soldados tenían su propia jerga, sus propias canciones que entonaban cuando estaban de marcha o acampados; canciones de batalla, de despedida, de reclutamiento [...], de desmovilización, las que expresaban el orgullo por su trabajo o aquellas que mostraban su desilusión por él (Burke, 1991: 86).

El hombre de armas de los Siglos de Oro ya no es el caballero solitario que busca su fama individual. La identidad del soldado se diluye dentro de un colectivo de compañeros o semejantes. Esos contingentes de militares no únicamente son vistos como una fuerza imparable que arrasa los lugares por donde pasa o que defiende los valores de la patria ante el enemigo. El soldado es también, al igual que el marinero, un desarraigado y, por lo tanto, también el que trasciende los límites de la sociedad de origen para tender puentes con otras culturas. Es el conquistador de territorios y también el aventurero que abre el camino a nuevos horizontes o mundos exóticos. El sargento mayor Antonio Vázquez, en su soneto

³⁵¹ Sobre la subcultura de los marineros, ver Burke (1991: 87 y ss.).

“Del mismo a las pretenciones militares”,³⁵² muestra, además de los sinsabores propios de la vida militar, el carácter itinerante como rasgo propio de la vida del soldado:

Cruzar caminos, emfadar naciones,
mudar de camas, vinos diferentes,
ayres frios, templados y calientes,
costumbres varias, varias opiniones;

Desquixalar serpientes y leones
(que es domar unas gentes y otras gentes)
rompiendo siempre por inconvenientes,
y siempre esclavo de las sinrazones,

os darán diez escudos de ventaja
pagados por la mano de un verdugo,
enemigo mortal del trato humano,

y a largos años, cuando al cielo plugo
que veáys parte dellos en la mano,
serán para comprar una mortaja
([1605] 1955: 221).

Ese “cruzar caminos” implica necesariamente un desplazamiento del centro de gravedad del soldado, con la consiguiente e inevitable redefinición de su identidad, en un encuentro o encuentros sucesivos de la propia subjetividad con la realidad del otro. Tal proceso dejará de ser individual en la medida en que el viajero comparta su experiencia con la sociedad de partida, a través de su relato oral, de cartas de relación o de su autobiografía. De este modo, la redefinición de la propia identidad adquiere una dimensión colectiva y popular. En el prólogo de su obra, Alonso Enríquez de Guzmán presenta su relato como una puerta de acceso al conocimiento de otros mundos:

Por ende, o tú, amantísimo letor, si eres curioso por saber e investigar la monarquía del orbe terreno, hágote saber que leyendo esta mi scriptura abrás sabido lo que con verdad dél se puede decir, porque ví lo que screví y screví lo que ví ([1547] 1960: 7).

En suma, si bien en los Siglos de Oro aún pervive la imagen gloriosa y épica del hombre de armas, a partir de la creación de un ejército profesional surge el arquetipo del soldado moderno. En una sociedad caracterizada por un estado de guerra permanente, tanto

³⁵² El soneto queda recogido por Rey de Artieda en sus *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro* ([1605] 1955).

en la cultura popular como en la literatura, el soldado tiene una presencia destacada. La imagen del militar de los siglos XVI y XVII está marcada por la realidad de las duras condiciones de la soldadesca, la impunidad y relajación de costumbres del soldado, y la mala vida derivada de la conjunción de ambos factores. La subcultura de la soldadesca impregna las manifestaciones literarias de los Siglos de Oro y es generadora de nuevas escrituras. El arquetipo del soldado es satirizado en comedias o poemas, en la estela de la tradición del Centurio de *La Celestina*, enriquecida por la versión más actualizada de *Soldadesca* y por la incorporación de nuevos elementos de la realidad del momento. Sin embargo, el soldado es también aquel que, debido a sus viajes y a sus experiencias, atesora interesantes recuerdos y novedades para la sociedad de origen. En la Edad de Oro, sus escrituras y, en especial, su voz más personal hallarán un público al que dirigir esos relatos.

4. ESCRITURAS DE SOLDADOS Y AUTOBIOGRAFÍA

De acuerdo con la idea renacentista del buen noble o cortesano, la escritura se concibe como un complemento natural al ejercicio de las armas. Garcilaso de la Vega, Cervantes o Agustín de Rojas Villandrando ejemplifican esa unión ideal entre experiencia militar y dedicación a las letras. Sin embargo, mientras que las aportaciones de estos autores a la literatura de los siglos XVI y XVII no se desprenden de su condición de hombres de armas ni especialmente evocan la subcultura de la soldadesca, las escrituras de otros militares son inherentes al oficio de soldado. Así, por ejemplo, la obra de Cieza de León no puede deslindarse de su experiencia bélica en el continente americano:

Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban cansaba yo escribiendo. Mas ni esto ni las asperezas de tierras, montañas, y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escrebir y seguir a mi bandera y capitán sin hacer falta ([1553] 1971: 24).

El fragmento es una muestra de cómo el ideal de armas y letras trasciende el modelo arquetípico del buen cortesano, a medida que el relato histórico se democratiza, que los perfiles de la soldadesca se diversifican y que aumentan los índices de alfabetización. Además, la necesidad de elaborar un discurso a partir de la propia participación en la guerra

va más allá del relato testimonial que nutre el discurso historiográfico o la crónica. Alonso de Ercilla, al inicio de *La Araucana*, expresa una motivación y una imperiosa necesidad de escribir sorprendentemente similar a la de Cieza de León:

Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba, no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada [...] que no puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos [...]. ([1589] 1998: 69).

En ambos autores, la dura ocupación de la guerra no está reñida con la escritura, sino que supone un estímulo para la creación literaria.

En su análisis sobre la épica de la Edad de Oro, Martínez (2011, 2016) habla de una “poética de la pólvora”,³⁵³ pues las nuevas formas que adopta el género muestran la convivencia entre la clásica visión heroica del hombre de armas y la emergente realidad del soldado. Esa nueva producción épica es el resultado de los espacios sociales generados por la particular cultura de la guerra de los Siglos de Oro, que da lugar a diferentes prácticas de escritura, de lectura y de maneras de difusión de los textos (Martínez, 2016: 4). Los soldados, en su dimensión colectiva y transnacional, operan como agentes activos en la creación de romances y baladas,³⁵⁴ en la circulación de noticias, en el intercambio de libros y papeles. Así, por ejemplo, el soldado Diego Suárez muestra su activa dedicación a las letras:

Travaxe asimismo en este tiempo en Oran la sustancia de otros cinco o seis libros, uno con titulo de *Ramillete de Oran* en cantos de llano verso, con un coloquio en quintillas entre dos soldados, uno de Italia y el otro de la misma Oran y Marçaelquivir, litigando sobre su milicia. Las demás obras: una cartilla militar del puntual soldado de la milicia española en prosa; las obligaciones del buen alcaide,

³⁵³ La “épica de la pólvora” representa el discurso de la clase militar o de los compañeros de armas, que se opone a una visión aristocrática de la guerra. Esa literatura sería escrita y consumida principalmente por soldados de origen humilde. Para más detalles sobre esta idea o concepto, ver Martínez (2011, 2016).

³⁵⁴ Hacia la mitad del siglo XVI abundan los poemas recitados por soldados sobre las guerras en Italia. La “guerre in ottava rima” se caracterizaría por el relato específico, preciso y verídico de hechos y detalles, oponiéndose así a la tradición paralela de los “romanzi”. Para más detalles sobre la “guerre in ottava rima”, ver el análisis de Martínez (2016).

capitán o castellano que tiene plaza de Rey, castillo o villa fronteriza a su cargo; otro libro de las obligaciones del hombre noble; otro de las grandezas de Asturias de Oviedo, juntamente otras obras menudas en verso llano de cantos o romances que comunmente nombran en España ([1623] 1901: 154).

En última instancia, en la Edad Moderna, el soldado raso deja de ser un mero personaje o arquetipo literario para tener un papel proactivo, desde distintos puntos de vista, en el hecho literario.

La subcultura soldadesca genera un determinado tipo de escrituras,³⁵⁵ como algunas obras de género épico, crónicas y otros textos en la órbita del memorialismo. Pero también son producto del ámbito del ejército los memoriales o papeles de servicio, la tratadística militar y ciertas relaciones o cartas de relación, a las que anteriormente se ha hecho alusión en este estudio. La mayoría de estos documentos se escriben para el propio colectivo, esto es, para ser leídos y, en algún caso, también difundidos principalmente en el seno de las milicias. De este modo, en sus *Comentarios*, Bernardino de Mendoza expresa los objetivos de su obra:

Mi intención ha sido en el tomar trabajo de escribir estos *Comentarios* no tanto por hazer memoria de las ganancias y pérdidas de las vitorias quanto para que la lectura de él fuesse de algún provecho a los que han de seguir la guerra y ser soldados, pudiendo con el oír el sucesso de éstas alcançar en alguna manera conocimiento de las ocasiones y sitios; y debaxo de esto, aventajar su partido para el pelear en las que vinieren a las manos, cosa que se puede adquirir mal, si no es siguiendo años la guerra, que acarrea semejante experiencia, o supliendo esto con la lección de alguna que escribiesse el general que la hizo; o que otro entendiesse los disignios y razones que le movían para executar las facciones, que es lo que satisfaze a los soldados y los aventaja en el exercicio militar. Particular que comprueva bien la lectura de los *Comentarios* de César, a causa de escribir no sólo el hecho, pero apuntar la forma de pelear, calidad de sitios, y la manera con que disponía la gente para el combatir en ellos con más ventaja ([1592] 2008: 167).

En esa labor didáctica juegan un papel destacado los tratados de *re militari*, en la tradición de Vegecio y de los *Comentarios* de Julio César,³⁵⁶ a los que hace referencia Bernardino de

³⁵⁵ Para una visión más amplia de las escrituras de soldados ver el exhaustivo estudio de Martínez (2016).

³⁵⁶ El tratado *De re militari* de Flavio Vegecio Renato, funcionario imperial del siglo IV, tiene una gran difusión en las tradiciones militares y literarias europeas. Su influencia es determinante para obras como, por ejemplo, el *Llibre de l'ordre de cavalleria* (1275) de Ramon Llull o el *Libro del caballero e del escudero* (1326) de Don Juan Manuel. A partir del siglo XV se dan a conocer también algunos textos griegos, sobre todo de Eliano, que tendrán éxito desde finales del siglo XVI. Sin embargo, la obra clásica más influyente en la tratadística militar de los Siglos de Oro es la obra de César. En algunos textos incluso de intercalan pasajes de sus *Comentarios*, a modo de glosas. Para más detalles sobre la influencia de los modelos u obras clásicas

Mendoza. Desde el siglo XV y, especialmente, a partir de la difusión de *Dell'arte della guerra* (1521) de Maquiavelo³⁵⁷ y de otras traducciones de obras italianas, la tratadística militar se convierte en un fenómeno editorial,³⁵⁸ especialmente entre 1580 y 1621, período en que precisamente aparecen la mayoría de autobiografías de soldados. Se publican tratados de ingeniería, artillería y arquitectura militar, así como también obras acerca del duelo, el uso de la esgrima y la jineta, la educación de príncipes,³⁵⁹ o libros de jurisdicción militar y eclesiástica, que analizan la labor del clero en las milicias. Entre ese gran abanico de temas abordados por la tratadística militar, destacan los libros dedicados al comportamiento de militares y soldados,³⁶⁰ como la obra ya mencionada de Marcos Isaba; *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566) de Jerónimo de Urrea; los *Diálogos del Arte Militar* (1583) de Bernardino de Escalante; el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mayor y antiguo estado* (1587) de Sancho de Londoño; *El perfecto capitán* (1590) de Diego de Álava y Viamont; *Milicia, discurso y regla militar del alférez...* (1592) de Martín de Eguiluz; *Theórica y práctica de guerra* (1595) de Bernardino de Mendoza; y el *Discurso que trata del cargo de Maestre de Campo General, y de todo lo que de derecho le toca en el Exercito* (1603) de Cristóbal Lechuga. Estos textos podrían haber marcado unos patrones sobre el ideal del hombre de armas en la Edad Moderna.

Cabría preguntarse, como bien plantea Espino López (2001: 151), hasta qué punto la tratadística militar constituye una influencia para el ideario del soldado raso. En principio, la mayoría de militares españoles habrían aprendido su oficio mediante la experiencia en el campo de batalla, principalmente en las guerras de Italia o Flandes, que son las que toman de base para sus obras los tratadistas (Espino López, 2001: 175-176). No obstante, no habría que subestimar la aportación personal de conocimientos o el interés en adquirirlos de soldados o capitanes con un modesto perfil. Así, por ejemplo, Alonso de Salamanca, autor

en la tratadística militar de los siglos XVI y XVII, ver Costas y Trascasas (2005), Conde Salazar (2010), García-Alegre Sánchez (2010), Moreno Hernández (2010) y Sánchez Salor (2010).

³⁵⁷ La obra de Maquiavelo se difunde en España a partir de la traducción y adaptación de Diego de Salazar: *Tratado de re militari* (1536).

³⁵⁸ Sobre la tratadística militar, consultar el exhaustivo trabajo de Espino López (2001).

³⁵⁹ Como indica Rodríguez Velasco (1996) la teoría caballeresca está incluida en tratados de doctrina militar, como los de Vegecio y Frontino, así como también en libros de crónicas y de leyes. Espino (2001) también incluye los libros sobre la educación de príncipes en su estudio sobre la tratadística militar.

³⁶⁰ Para una visión de conjunto sobre este tipo de obras, ver González de León (1996).

del *Libro de cassos impensados*, que incluye en el canto V un relato de cautiverio, escribe también el *Libro del servicio de artillería, composiciones de pólvora y fuegos artificiales* (1589).³⁶¹ Del mismo modo, en su autobiografía, el capitán Alonso de Contreras da cuenta del proceso de elaboración de su *Derrotero universal del Mediterráneo* (1616).³⁶²

En el discurso de estos viajes no dormía yo, porque tenía afición a la navegación, y siempre practicaba con los pilotos, viéndoles cartear y haciéndome capaz de las tierras que andábamos, puertos y cabos, marcándolas, que después me sirvió para hacer un derrotero de todo el Levante [...] puerto por puerto, con puntas y calas donde se pueden reparar diversos bajeles, mostrándoles el agua. Este derrotero anda de mano mía por ahí, porque me lo pidió el príncipe Feliberto para verle y se me quedó con él ([1633] 1983: 16-17).

Contreras expresa no solo su curiosidad por aprender de navegación, sino también su motivación por la escritura, al igual que Cieza de León y Alonso de Ercilla. El capitán, además, pone al servicio de sus compañeros de armas los conocimientos que atesora. Del mismo modo, Diego Suárez, entre los diversos géneros que cultiva en su intensa actividad literaria, guarda un espacio para escritos vinculados con la profesión militar. El mismo soldado hace una relación de las obras que escribe, entre las que se encuentran las siguientes:

[...] una exortacion militar a los hijos naturales de la patria España en su defensa y buena guarda.
[...] una rrelacion verdadera de todos los capitanes generales y gobernadores que avia ávido en Oran en tiempo de cien años, desde que se gano de los Moros hasta el dicho de 1607. Demás desto hize asimismo impremir ciertos avisos pertenecientes a su Magd tocantes a lo mal rrecatado de las mismas mercas de Oran y Marçalquivir y lo que mucho inportan para la seguridad y sosiego de España y otras cosas de aquellos rreynos de Berveria [...] ([1623] 1901: 156).

El ejemplo de estos autores muestra, por lo tanto, además de un interés por las letras, la voluntad de compartir información, saberes y experiencias del ámbito militar dentro del mismo colectivo. Posteriormente, dependiendo del tipo de documento o de texto, algunas obras habrían podido tener cierta difusión entre un público más amplio.

Entre las escrituras de soldados de la Edad Moderna, los papeles o memoriales de servicios tienen una gran relevancia, ya que, a través de ellos, los profesionales de las

³⁶¹ Una aproximación general a las motivaciones de redacción y proceso de edición de la obra se encuentra en Martínez (2016: 119 y ss.).

³⁶² Cossío edita por primera vez el *Derroterio universal del Mediterráneo* en 1956. Existe, además, otra edición del texto en 1996, que se cita en la bibliografía. Sobre la obra, ver la introducción de Ignacio Fernández Vial a la edición de 1996 y el clásico trabajo de Pelorson (1966).

milicias pueden mejorar sus condiciones económicas, solicitar un ascenso o simplemente justificar su actividad profesional. Francisco de Quevedo, en el *Buscón*, ilustra a la perfección la importancia que para los soldados de la época tienen estas relaciones de méritos acreditados por los superiores. En su camino, Pablos se encuentra con el Mellado, quien ha acudido a la Corte, tras veinte años de servicio, a solicitar una capitanía:

[...] Lea estos papeles –me dijo–, por vida del licenciado; que no he salido en campaña, ¡voto a Cristo! [...] Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él [...] ([1626] 1993: 129).

En compañía del Mellado, Pablos se hospeda en una posada de Cercedilla. Después de cenar, se disponen a dormir:

[...] y el soldado llamó al güésped y le encomendó sus papeles, en las cajas de lata que los traía [...] Hízose hora de levantar. Pedí yo luz muy aprisa. Trujéronla, y el güésped, el envoltorio al soldado y olvidáronse los papeles. El pobre alférez hundió la casa a gritos, pidiendo que le diesen los servicios. El güésped se turbó y, como todos decíamos que se los diese, fue corriendo y trajo tres bacines [...] Aquí fue ella que se levantó el soldado con la espada tras el güésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél, que se había hallado en la Naval, San Quintín y otras, trayendo servicios en lugar de los papeles que le había dado [...] ([1626] 1993: 129-130).

Más allá de la evidente comicidad de la escena, Quevedo se hace eco de la importancia de los documentos, pues de ellos depende no solo la mejora profesional, sino también el sustento del militar. Prácticamente en todas las autobiografías de soldados incluidas en este estudio se hallan referencias a los memoriales de servicios escritos por sus autores. Así, el capitán Contreras viaja a Valladolid, al igual que el Mellado, al enterarse de que sale una elección de capitanes, y deposita sus “papelillos en Consejo de Guerra” ([1633] 1983: 68). También Catalina de Erauso, a su regreso de América, se presenta ante el Rey: “suplicándole me premiase mis servicios que expresé en un memorial que puse en su real mano” ([1625] 2002: 169). Del mismo modo, Diego Duque de Estrada escribe un memorial: “para que me asentasen aquellos cuatro escudos de ventaja.” ([1646] 1982: 210).

Tal como señalan Francisco y Serrano (2004: 22), en su estudio sobre los papeles de servicio del capitán Alonso de Noguerol, estos documentos constituyen una especie de archivo personal que recoge todas las certificaciones de los trabajos desempeñados por un soldado en distintas compañías o destinos. Diego Duque de Estrada se refiere en varias

ocasiones a ese archivo personal a lo largo de sus *Comentarios*: “como consta de una muy honrada fe que entre mis papeles de servicios tengo” ([1646] 1982: 223); “como consta en la fe de dicho general y capitán que en mis papeles tengo” ([1646] 1982: 243); “de quien guardo entre mis papeles tan honrada fe” ([1646] 1982: 267). Del mismo modo, el capitán Domingo de Toral y Valdés, al ser encarcelado por enfrentarse con su superior en Goa, echa mano de sus papeles de servicio para su defensa:

Presenté los papeles de mis servicios, y agravios que me había hecho, todos justificados en Goa y respondidos por él, que yo guardaba cautamente una fe suya de ocho servicios particulares que había hecho por órdenes suyas. Otra del Consejo de Estado de la India, sin otras de otras personas. Otra fe de cómo no me había hecho en todos estos servicios merced ninguna. Con que parece que el Conde y el Consejo se dieron por satisfechos, y a mí por disculpado ([1634] 2016: 215).

Aunque el memorial de servicios se ajusta a una estructura predeterminada y a un lenguaje burocrático específico, tendría evidentes conexiones con la escritura autobiográfica de los soldados, pues, de hecho, constituye una relación de la propia trayectoria profesional y vital. Por ello, Pope (1974: 210) entiende la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés como una confirmación o ampliación de sus papeles de servicio. En la misma línea, Levisi (1984: 129) concluye que, en la Vida del capitán Alonso de Contreras, el memorial de servicios subyace como un esquema mental básico que habría servido al autor para organizar su discurso. Del mismo modo, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, como se ha indicado con anterioridad, tendría como base un memorial de guerras (Serés, 1992: 23).³⁶³ Por su parte, en su estudio introductorio a la Vida de la Monja Alférez, Esteban (2002: 69) relaciona el texto con el *genere humili*, un tipo de relación de servicios escrita por un militar de rango inferior para solicitar prebendas. En última instancia, las palabras de Jerónimo de Pasamonte, en su autobiografía, apuntarían a esa dependencia, en la primera parte de su obra, respecto al memorial de servicios:

En los pocos días que allí estuve, que no llegaron a diez o doce, se dio memorial a Su Majestad y salió remetido a Francisco Idiáquez, a quien se dieron mis papeles, que eran todos los trabajos que

³⁶³ Serés (1992: 23) señala que los primeros diecisiete capítulos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* son un “memorial de guerras” redactado para testificar en una probanza en favor de la familia de Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala.

atrás están escritos, con las jornadas y una fe del señor don García de Toledo, autenticado y probado todo ([1603] 2015: 205).

A modo de memorial de servicios habrían podido funcionar también algunas formulaciones orales del discurso de su vida por parte de los soldados. Así se infiere del encuentro entre el príncipe Filiberto y Diego Duque de Estrada, narrado en los *Comentarios*. El militar se presenta ante el Príncipe y se justifica por su participación en una pendencia:

[...] y díjome: “Deseo saber puntualmente y con verdad el discurso de vuestra vida; decídmela, que la imagino notable, pues de solas las cosas que yo tengo noticia se puede hacer un libro”. “Sí haré, señor –dije–; pero no como a Virrey ni Príncipe del mar, sino como a Príncipe”. [...] Conté desde que nací las anotaciones de los astrólogos, mi crianza, ejercicios y sucesos [...]. No faltaron curiosos de la cámara que por una puerta oían, que, no pudiendo sufrir la risa, se salieron tan corriendo que sentimos las pisadas, a reír a la sala. Acabado el cuento, añadí, una rodilla al suelo: “Esta es mi vida, Serenísimo Señor, y éste el que la ha hecho, tan inquieta, que de boca propia, por gusto de Vuestra Alteza, confesó lo que en tantos tormentos negó. Haga de mí lo que fuere servido, que la muerte por su mano me será vida”. Respondióme: “Yo no soy ahora vuestro juez, que vos habláis con Filiberto no más, y vuestra cabeza la quiero para servicio de Su Majestad. ¡Por el hábito de San Juan!, que es la más extraña vida que jamás oí, con gran variedad de sucesos, todos peregrinos, y la quiero por escrito. “En verso la daré –dije–, señor”. Beséle la mano y diómela, levantándose y diciendo: “La primera compañía que vaque es vuestra; procurad quietaros” ([1646] 1982: 314-315).

Del mismo modo, Catalina de Erauso relata su vida al papa Urbano VIII: “referíle en breve, y lo mejor que supe, mi vida y corridas, mi sexo y virginidad” ([1626] 2002: 173). Para Cassol (2000: 50), el memorial habría podido ir evolucionando, dando lugar a textos más complejos, extensos, profundos y personales, al tiempo que incluyendo elementos de ficción de la época. En un momento determinado, algunos autores no se habrían conformado con la redacción de un memorial de servicios y también habrían deseado dar cabida a la expresión de su personalidad (Cassol, 2000a: 58). Buena muestra de ello es el encuentro entre Alonso de Contreras y Lope de Vega:

[...] Lope de Vega, sin haberle hablado en mi vida, me llevó a su casa diciendo “Señor capitán, con hombres como vuesa merced se ha de partir la capa”, y me tuvo por su camarada más de ocho meses, dándome de comer y cenar, y aun vestido me dio. Dios se lo pague. Y no contento con eso, sino que me dedicó una comedia, en la veinte parte, de “El rey sin reino”, a imitación del testimonio que me levantaron con los moriscos ([1633] 1983: 164).

Indudablemente, durante su estancia en casa del Fénix, el capitán Contreras comparte con él su historia de vida, que será el argumento para una nueva obra de teatro, por lo que su

discurso trasciende el ámbito militar y de las administraciones públicas. Fuera de toda finalidad pragmática se sitúa la expresión íntima que adquieren las epístolas del capitán Francisco de Aldana, a las que se ha hecho referencia anteriormente. La carta que dirige a Arias Montano constituye casi un autorretrato en el que juega un papel fundamental su condición de militar (Navarro Durán, 2000: 217):

[...] yo soy un hombre desvalido y solo,
Expuesto al duro hado [...]
Oficio militar profesado y hago,
¡baja condenación de mi ventura
que al alma dos infiernos da por pago!
Los huesos y la sangre que natura
me dio para vivir, no poca parte
dellos y della he dado a la locura,
mientras el pecho al desenvuelto Marte
tan libre di, que sin mi daño puede
(hablando la verdad) ser muda el arte;
[...] No digo más sobre esto, que podría
cosas decir que un mármol deshiciese
en el piadoso humor que el ojo envía
y callaré las causas de interese
(no sé si justo o injusto) que en alguno
hubo porque mi mal más largo fuese;
menos te quiero ser ora importuno
en declarar mi vida y nacimiento
que tiempo dará Dios más oportuno [...]
(Aldana, 1978 [1577]: 42-44).

El autor se muestra a sí mismo como un hombre “desvalido y solo”, como un soldado desventurado que deja abierta la posibilidad de escribir el relato de su vida. El tono que adopta Aldana muestra una cierta actitud agónica, prototípica del soldado roto de los Siglos de Oro, que estará también presente en las autobiografías escritas por militares. Los ejemplos anteriores muestran que el relato de la propia experiencia en las milicias, ya sea de manera oral o escrita, parece consustancial a la subcultura soldadesca. Como señala Martínez (2016: 6), los soldados construyen su identidad social o política, individual o colectiva, explicando a los demás sus historias, participando así en el discurso público. Con el tiempo, además, para representar la guerra y su discurso, habrían ido abandonando la épica en favor del relato autobiográfico (2016: 169).

La proliferación de Vidas de soldados hacia finales del siglo XVI y a principios del siglo XVII responde a un contexto de creación y difusión de escrituras en el seno del ejército ciertamente productivo. Los soldados profesionales de los Siglos de Oro escriben y consumen crónicas, épica, memoriales de servicio, tratados de *re militari*, relaciones o cartas de relación y memorias. A partir de la publicación, a finales del siglo XVI, del *Libro de la Vida* de santa Teresa y del *Guzmán de Alfarache*, tanto la autobiografía como la autobiografía ficticia están en auge. Los soldados españoles, acostumbrados a escribir memoriales para justificar su actividad u obtener ventajas ante las autoridades, y habituados a relatar sus experiencias de vida a compañeros, familiares y amigos, hallan en la autobiografía la manera idónea de expresarse, de compartir públicamente sus vivencias o aventuras con la sociedad del momento.

5. EL SUBGÉNERO “AUTOBIOGRAFÍAS DE SOLDADOS”

La proliferación de discursos de vida escritos por soldados españoles entre las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII apuntaría, *a priori*, a la existencia de un subgénero o una línea de producción diferenciada dentro de la autobiografía de los Siglos de Oro. Además, partiendo del ya citado trabajo de Harari (2004), la modalidad autobiográfica de las Vidas de soldados no estaría restringida al ámbito español, sino que se extendería a otras culturas europeas. Del mismo modo, el estudio del historiador israelí demostraría que el subgénero no se detendría, en su desarrollo, en los siglos XVI y XVII, sino que la línea de producción habría tenido continuidad hasta la actualidad.

La existencia de la modalidad o línea de producción independiente “Vidas de soldados de los Siglos de Oro”, de acuerdo con las ya citadas reflexiones de Durán López (2002), vendría avalada por la demostración de que las obras del corpus se corresponden con una variable discursiva común que, a su vez, nace de una misma o similar concepción identitaria y literaria compartida por los autores. Las señas de identidad de los autores estarían, además, asociadas a la condición o al oficio del soldado. En su definición de la novela picaresca, Francisco Rico observa lo siguiente:

El personaje del pícaro es un carácter (picaresco a ratos, a ratos tal vez no) y el esquema de una vida: esquema que no se desprende necesariamente de la realidad, sino que deriva de una afortunada

elaboración novelesca. Así, el héroe de la picaresca es también (permítaseme exagerarlo) una forma y una fórmula narrativas (2000: 117).

Del mismo modo, la elección del arquetipo del soldado como máscara desfigurante o metafórica, por parte de los autores de las obras del corpus, implica tanto una toma de posición en la interpretación del mundo, como la selección de una fórmula discursiva o narrativa determinada. A partir del análisis de la autobiografía en Miguel de Cervantes, Levisi (1984: 220) sugiere la existencia de un ámbito referencial y social común entre los soldados, que daría lugar al desarrollo de los mismos temas y motivos. A su vez, la identidad de todo personaje se construye, como indica Ricoeur (2006: 139) en unión con la trama o las experiencias narradas.

El estudio comparativo del corpus propuesto de Vidas de soldados de los Siglos de Oro parte del análisis de la condición de soldado como máscara elegida por los autores para su narración. Esa adscripción identitaria trae consigo un discurso prototípico ya consolidado en otras escrituras y relatos autorreferenciales de la subcultura soldadesca, como se ha argumentado anteriormente. En esas narraciones cobran importancia temas como la iniciación en el ejército, las experiencias de guerra, la denuncia de las condiciones de vida del soldado, las pendeencias o anécdotas referidas a los malos hábitos de la soldadesca y la itinerancia, inherente al desempeño de la actividad militar. La condición de soldado, además, lleva consigo implicaciones estilísticas en el discurso, vinculadas con los modelos de escritura que influyen a los militares y también con las particularidades del lenguaje del colectivo. En último instancia, a partir del siguiente análisis se podrán establecer las características de esa posible línea de producción o subgénero autobiográfico “Vidas de soldados de los Siglos de Oro”.

5.1 El corpus de textos

Los textos que se han adscrito desde la tradición crítica al subgénero “autobiografías de soldados” varían de un autor a otro. Cossío (1956) es quien primero se refiere a esta modalidad e incluye en ella las Vidas de Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro, Alonso de Contreras y Diego Duque de Estrada. Posteriormente, Levisi (1984) analiza las Vidas de los mismos autores y hace extensibles las características de esos textos a las autobiografías

de Diego García de Paredes, Diego Suárez y, con ciertas reservas, a la obra de Diego Duque de Estrada (Levisi, 1984: 242). Es, sin embargo, Cassol (2002) quien establece por primera vez un corpus razonado de autobiografías de soldados, delimitado por el ámbito geográfico del Mediterráneo y por el marco cronológico entre el reinado de los Reyes Católicos y 1648, año de finalización de la Guerra de los Treinta Años. Al conjunto de obras ya citadas, añade un escrito del soldado Pedro Gaytán y la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés, a pesar de que la actividad de este último hombre de armas no se desarrolla en el Mediterráneo. Steinbach (2016), por su parte, excluye del corpus las obras de Diego Duque de Estrada y de Miguel de Castro y, sin embargo, al igual que Calvo (2019), incluye el *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán como autobiografía de soldado.

La propuesta de este trabajo es el resultado del estudio crítico y comparativo de un conjunto de textos literarios de carácter autorreferencial escritos por soldados en lengua española. A partir de ese análisis se excluyen del canon de autobiografías de soldados, por un lado, aquellas obras que no constituyen en sí mismas una auténtica autobiografía. Es lo que sucede en el caso del texto de Diego Suárez Montañés (1552–h.1623), un prólogo autobiográfico a su *Historia última que fue del Maestre de Montesa*, como el mismo autor indica al inicio de la obra:

El hombre que tiene animo y atrevimiento para tratar de vidas ajenas de otros, muertos y vivos, deve, antes que se meta en tan peligrosos trances, rrepresentar y mostrar la suya, quien es por sí mesmo, su naturaleza de patria y sangre, discurso y carrera de la vida que a tenido hasta la ora que saco la obra a luz, no rrecatandose ni escondiendo la verdad de oficio puesto, ni trances altos ni vaxos que aya tenido en su vivienda, para que de esta manera su travaxo y obra sea mas estimada de los prudentes letores, que pocos gustan de los que en sus entroduçiones y prólogos venden grandezas mentirosas ni (sin?) verdades ([1623] 1901: 146).

Diego Suárez sí habría escrito una autobiografía, tal y como él mismo indica, pero ese texto no se ha conservado:

[...] como en todo me rremito a mis papeles y otro libro de un discurso de mi vida que en mi poder se hallara en que se narra todo mas conplidamente [...] ([1623] 1901: 157).

Aunque los prólogos autobiográficos pueden ser reveladores en cuanto a la entrada de la voz personal en la literatura aurisecular se refiere, precisan de un acercamiento crítico distinto al que se propone en este estudio. Además del texto de Diego Suárez, la *Respuesta*

y *defensa* (1588) de Pedro Gaytán (1518-1588)³⁶⁴ difícilmente puede ser considerada una autobiografía, pues más bien se trataría de un breve texto justificativo, como bien indica Cassol (2000: 50), muy cercano al memorial de servicios. También quedarían fuera de los límites de la autobiografía, como ya se ha discutido anteriormente, el *Cavallero venturoso* de Juan de Valladares y Valdelomar, el *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel y *La vida y hechos de Estebanillo González*. Asimismo, la obra de Bernal Díaz del Castillo tendría que ser abordada en el marco de los estudios del memorialismo en los siglos XVI y XVII.

Por otro lado, no se incluyen dentro del canon aquellas obras en las que la condición de soldado no constituye el eje central en la posición identitaria del autobiógrafo, lo que excluye *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán. A pesar de que el autor se alista en una compañía, jamás llega a ejercer el oficio ni se identifica en ningún momento con su condición de soldado. Además, por sus características, el texto, como ya se ha argumentado, quedaría circunscrito al ámbito de los relatos autobiográficos de cautiverio y estaría también próximo al universo de los libros de viajes. Del mismo modo, el *Viaje del mundo* de Ordóñez de Ceballos difícilmente ser tenido en cuenta, en su conjunto, como una autobiografía de soldado.³⁶⁵ El mismo autor describe del siguiente modo la estructura de su obra:

Y, porque en mi vida las cosas y sucesos prodigiosos que me han pasado han sido mientras seglar y después de clérigo, me pareció, discreto lector, referirlo en dos libros, y, así, trata el primero de los sucesos mientras seglar y el segundo de lo que me pasó después de clérigo. Y, por no interrumpir la historia y para dar noticia y conocimiento de las tierras, reinos y provincias, hice por tercer libro un itinerario o viaje por donde se camina, y sus descubridores, y por donde yo lo caminé, y cosas famosas de los reinos en general y particular. Y por cuarto libro, por pagar la deuda a la madre patria, trato de las grandezas de esta famosísima ciudad de Jaén [...] (Ordóñez de Ceballos, [1614] 1993: 11).

³⁶⁴ Pedro Gaytán es autor de una *Historia de Orán y de su cerco* y de *El llanto que hizo San Pedro quando negó a Jesú Cristo*. Además, escribe la *Respuesta y defensa que hace Pedro Gaytán. Al cargo que le ha sido dado por parte de la visita General d'este Estado de Milán* en 1588. Habría escrito esa especie de memorial en tercera persona para reivindicar sus derechos, y como respuesta a la *Visita General* al Estado de Milán de Luis de Castilla. Cassol decide incluir el texto en el corpus de autobiografías de soldados, si bien considera que la obra está a medio camino entre el simple papel de servicios y la autobiografía (Cassol, 2000: 57).

³⁶⁵ Zugasti (2005), sin embargo, plantea la posibilidad de flexibilizar el corpus de “autobiografías de soldados” y dar cabida a la obra de Ordóñez Ceballos. Además, sugiere que también el *Caballero Venturoso* de Juan de Valladares y Valdelomar y el *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán podrían clasificarse dentro del subgénero.

El texto, como ya se ha argumentado anteriormente, se sitúa en un punto de confluencia entre la novela de aventuras, la autobiografía y los libros de viajes. El discurso de sus primeras experiencias como militar ciertamente comparte aspectos propios de las autobiografías de soldados, por lo que se tendrá en consideración a la hora de establecer las características del subgénero. Algo similar ocurre con las conocidas como *Andanzas asiáticas* de Jacques Coutré. La actividad principal del autor, que además escribe en portugués,³⁶⁶ es el comercio de piedras preciosas en Goa,³⁶⁷ pese a que inicia su carrera profesional como soldado. Al igual que sucede en el texto de Ordóñez de Ceballos, la obra se aproxima al libro de viajes, pues el autor indica que su objetivo es “contar el successo de mis trabajos, y lo que he visto por mis ojos” ([1640] 1991: 310). Por ello, Jacques Coutré incluye ricas y abundantes descripciones de ciudades y reinos, como el de Idalcán, y también da detalles sobre las culturas y costumbres de los pueblos asiáticos. Así, por ejemplo, dedica unas páginas a dar cuenta sobre la industria de la extracción de piedras preciosas, a las prácticas de la tradición hindú del *sati* o a las costumbres de los yoguis. En última instancia, se excluye también del corpus la obra de Alonso Enríquez de Guzmán, dado que no existe una clara identificación del autor con el arquetipo del soldado. Por momentos, el autobiógrafo se muestra como un caballero venido a menos o casi un bufón de Corte.³⁶⁸ Asimismo, a pesar de la influencia de Torres Naharro,³⁶⁹ la obra no parece reflejar o ser el resultado de la subcultura de la soldadesca. Aunque Alonso Enríquez de Guzmán muestra una clara voluntad autobiográfica, su relato a ratos se antoja, según el

³⁶⁶ El autor habría redactado el texto original de sus andanzas por Asia en portugués hacia 1627. Sin embargo, actualmente únicamente se conserva una traducción al español hecha por su hijo, la *Vida de Jacques Coutré, natural de la ciudad de Brugas, condado de Flandes, puesto en la forma que está por su hijo D. Estevan de Coutré* (1640).

³⁶⁷ El mismo autor se presenta como un mercader: “Y nadie puede ser desta berdad testigo como mi hermano Joseph de Coutré y yo, porque en treyenta y dos años que avemos rezidido en aquellas partes, siempre avemos tratado en piedras preciosas y joyas; y assí todas las que han passado de Europa y de otras partes a la India en los dichos treyenta y dos años avemos tenido en las manos, y vendidas en grandíssima cantidad, y pieças de mucho valor” ([1640] 1991: 310); “A grandes voces preguntavan a los que me llevaban: “Porqué lleváis a este mercader prezo?” ([1640] 1991: 331).

³⁶⁸ Gastañaga (2012: 143) considera que, si bien no sigue el modelo de Francesillo de Zúñiga ni de Francisco López de Villalobos, Alonso Enríquez de Guzmán se presenta como el modelo de cortesano entretenido, esto es, un caballero que quiere divertir con el ingenio. Esos donaires le habrían permitido presentarse en la Corte (Gastañaga, 2012: 147). Para Goetz (1994: 105), Alonso Enríquez de Guzmán también se ajustaría, en cierta medida, al modelo del cortesano aficionado a las letras de Castiglione.

³⁶⁹ Ver Gastañaga Ponce de León (2012: 74 y ss.).

estudio de Gastañaga Ponce de León (2012), una miscelánea o una silva de varia lección.³⁷⁰ Presenta, sin embargo, al igual que el texto de Ordóñez de Ceballos, elementos próximos a las autobiografías de soldados que podrían situar la Vida de este caballero como un precedente de las obras del subgénero, tal y como sugiere Calvo (2019: 36).³⁷¹

Finalmente, quedan circunscritas dentro del ámbito de las Vidas o autobiografías de soldados aquellos textos del género en los que la posición identitaria del autor está vinculada con su condición de militar y en los que, además, el relato se centra en una experiencia de vida marcada por el oficio, considerando, como indica Cassol (2000: 151), que la vivencia de la guerra no se reduce únicamente al campo de batalla, sino que incluye toda la vida del ejército con sus consecuencias. Forman parte del corpus la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (1603); la *Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por él mismo* (1612); el *Discurso de mi vida* (1633), de Alonso de Contreras; la *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo capitán* (1634); los *Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados, y elección de todos ellos. Vida del mismo autor* (1646), de Diego Duque de Estrada; y los *Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (1690),³⁷² de Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón. Además, se incluye la *Suma de la vida y hechos* (1533) de Diego García de Paredes, así como también la *Vida y sucesos de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella*

³⁷⁰ Alonso Enríquez de Guzmán describe del siguiente modo su libro: “En él concurren cosas saludables para el ánima y para la honrra y salud del cuerpo. Veréys en él cosas de muy grand saver y aviso” ([1547] 1960: 7). De acuerdo con esa declaración de objetivos, para Gastañaga Ponce de León (2012: 88-89) el texto habría sido concebido como una miscelánea. Por ello, habría una voluntad de glosar y de incluir diferentes materiales en el texto, como, por ejemplo, cartas.

³⁷¹ En relación con la obra de Alonso Enríquez de Guzmán como posible precedente de las Vidas de soldados, consultar el sugerente trabajo de Pittarello (1989).

³⁷² Sánchez Martín (2015), siguiendo a Andrés Robres (2005), sitúa la obra del marqués de Tenebrón en el ámbito de las memorias o del memorialismo justificativo. Aun así, el mismo autor reconoce que el marqués de Tenebrón “realiza un recorrido autobiográfico completo de que suele carecer la memoria justificativa profesional, cuya atención suele centrarse más en sucesos delimitados a un tiempo concreto, aunque comparte con esta esa elección premeditada de los hechos de la trayectoria vital que a juicio del autor más puedan servir a su intención” (2015: 230). Asimismo, Sánchez Martín también observa que, en el relato de su participación en las guerras de Portugal, al igual que sucede en las Vidas de soldados, Félix Nieto de Silva se detiene “más en la microhistoria episódica y particular de la milicia con tono aventurero que en el tratar el trasfondo histórico que da pie al conflicto [...] tampoco muestra interés en desarrollar coherentemente los aspectos de una verdadera historia militar [...]” (2015: 238). Por todos estos motivos y, de acuerdo con las teorías sobre el género autobiográfico expuestas en el primer bloque del presente trabajo, resulta más adecuado situar la obra en el ámbito de la autobiografía.

misma (h. 1625),³⁷³ pese a que estos textos han sido considerados apócrifos por parte de la crítica.³⁷⁴ Dado que no existen conclusiones definitivas que avalen tal hipótesis, no quedaría justificada en ningún caso su exclusión. En última instancia, esta nómina está abierta a otras obras que pudieran compartir las mismas características.

5.2 El oficio de soldado como seña de identidad

Los autores de las Vidas de soldados, en mayor o menor medida, eligen identificarse con la condición de militar y centrar el discurso en su experiencia vital como miembros del ejército. A pesar de que en estas obras no se describen profundos procesos de introspección,³⁷⁵ existen aspectos que, de manera implícita o explícita, señalan el modo en que se perciben a sí mismos los autores, como también la manera en que desean presentarse ante el público potencial de su relato. Bien sea una decisión del editor o del propio autor, lo cierto es que las palabras “capitán”, “soldado” o “alférez” en la portada del relato de vida de Miguel de Castro, Domingo de Toral y Valdés, Alonso de Contreras o Catalina de Erauso, anuncian, de manera inequívoca, una clara posición identitaria y, por consiguiente, una determinada línea argumental. Desde el título, la obra atrapa a un lector que esperará

³⁷³ Para una visión general de cada uno de los textos, consultar el “Anexo de obras”.

³⁷⁴ Basándose en la información que aporta Muñoz de San Pedro (1946), Cassol defiende la autenticidad de la autobiografía de García de Paredes, a pesar de que Menéndez Pelayo la tome por apócrifa: “[...] nada nos impide pensar que el texto, mejor dicho, los textos, con los que hoy tenemos que trabajar, sean solamente episodios individuales de una historia de la circulación y refundición del original, constituida por copias mal hechas, imprecisas, borradores, añadidos, erratas de imprenta, interpolaciones, noticias erróneas, anécdotas de origen inseguro” (2000b: 165). López Díez y Pérez Hernando (2018) también avalan la autenticidad de la autobiografía del Sansón de Extremadura, a partir del estudio comparativo del texto con el canto 27 del *Carlo famoso* de Luis de Zapata de Chaves, dedicado a la figura de García de Paredes. En lo que respecta a la Vida de Catalina de Erauso, debido a los errores y anacronismos detectados en el texto, autores como Menéndez Pelayo y Serrano y Sanz ponen en duda la autenticidad de la obra. Pérez Villanueva (2004: 1449), sin embargo, sostiene que la popularidad de la autora habría motivado que ella misma pusiera por escrito los hechos de su vida. Ello no implica que el texto conservado corresponda a ese manuscrito original, pues copistas y editores habrían podido modificarlo. En esas alteraciones del texto, la obra se habría ido ajustando al modelo de las autobiografías de soldados. En esa misma línea, otros autores, como Mendieta (2010: 65), consideran la obra como una autobiografía novelada.

³⁷⁵ En relación con la introspección e intimidad en las autobiografías de soldados, Levisi (1984: 164-167) plantea que, en los Siglos de Oro, los procesos de reflexión individual únicamente se dan en las autobiografías con un enfoque religioso. Los soldados autobiógrafos, para la autora, escribirían sus Vidas con el objetivo de mostrar su valor personal en la acción, por lo que el reflejo de su propia interioridad se hallaría, de manera indirecta, en el relato de aventuras. Harari (2004: 60), Castillo Gómez (2004: 29), Steinbach (2016: 157 y ss.) y Sendón (2017: 408) muestran el mismo punto de vista en sus trabajos.

hallar en ella aventuras exóticas, épicas batallas, lances e incluso episodios cercanos a la picaresca.

Las autobiografías de Diego García de Paredes, de Alonso de Contreras, de Domingo de Toral y Valdés y de Félix Nieto de Silva se centran de manera especial en la trayectoria militar de los autores, por lo que la autoconcepción de estos como hombres de armas es inequívoca. Así, Félix Nieto de Silva se refiere a sí mismo identificándose como militar: “creí a fuer de soldado” ([1690] 1888: 193); “Señor Pedro Jacques, todos somos soldados” ([1690] 1888: 86). García de Paredes, además, es un personaje público bien conocido en los Siglos de Oro por encarnar en sí mismo el arquetipo del militar de la Edad Moderna, a medio camino, como advierten Pope (1974: 52) y Cassol (2000b: 167), entre el héroe caballeresco y el eficiente soldado profesional que requieren los ejércitos de las guerras modernas. En el particular caso de Contreras, hay incluso una reafirmación de esa condición de soldado a partir de la demostración de su vocación por la carrera en el ejército durante toda la obra. A través del texto, el autor desea demostrar sus méritos y capacidades, ya que carece de la posición social privilegiada del marqués de Tenebrón o del reconocimiento público del Sansón de Extremadura. Para Calvo (2019: 22), en la Vida del capitán Contreras, se trasluciría engreimiento, autocomplacencia y orgullo. Pero lo que sin duda hay es una necesidad de expresión de un soldado hecho a sí mismo a base de mérito y tesón, que celebra los avances en su carrera profesional. Al inicio de su trayectoria, se reafirma con vehemencia en su identidad de soldado:

Diome licencia el comendador Monreal, con harto pesar suyo, y envióme bien vestido. Llegué a Mesina, donde estaba el Virrey, duque de Maqueda. Senté la plaza de soldado en la compañía de mi capitán, donde serví como soldado y no como criado ni paje ([1633] 1983: 14-15).

La referencia detallada de la vestimenta es uno de los recursos de Contreras para mostrar los logros en cuanto a su posición dentro del ejército se refiere. Así, siendo paje de rodela, ya indica que con lo ganado se hace confeccionar “un vestido con muchos colores” ([1633] 1983: 14-15). Además, cuando acude a visitar a su madre, va “muy galán, a lo soldado, con buenas galas” ([1633] 1983: 69). Si bien en algún momento toma otros hábitos, como el de peregrino o de ermitaño, inmediatamente regresa a su identidad de militar. Es lo que sucede tras la falsa acusación por el caso de los moriscos de Hornachos. Al ser detenido, vuelve a

enfundarse en sus ropas habituales: “para lo cual me vistieron de terciopelo, muy bien, en hábito de soldado” ([1633] 1983: 112). De tal modo, sale a San Felipe: “como digo, galán” ([1633] 1983: 155). Según Juárez Almendros, Contreras se identifica plenamente con el traje de soldado, “a través del cual expresa públicamente lo que ha sido y lo que quiere ser y, por eso, apenas puede disimular la alegría que le produce la vuelta a su estado militar” (2006b: 155).³⁷⁶ Su trayectoria en el ejército culmina, precisamente, con el desfile ante los condes de Monterrey, como capitán de corazas:

Qué sería menester de galas para este día que yo, con ser pobre, saqué mi librea de dos trompetas y cuatro lacayos, todos de grana, cuajados de pasamanos de plata, tahalíes y espadas doradas y plumas, y encima de los vestidos gabanes de lo mismo; mis caballos, que eran cinco con sus sillas, dos con pasamanos de plata y todos con sus pistolas guarnecidas en los arzones. Saqué unas armas azules, con llamas de plata, calcillas de camuza cuajadas de pasamano de oro, y mangas y coleteo de lo mismo, un monte de plumas azules y verdes y blancas encima de la celada, y una banda roja recamada de oro, cuajada, que, a fe, podía servir de manta en una cama. Yo entré de esta manera en la plaza con mi alférez y estandarte y ochenta caballos detrás bien armados; los soldados con sus banderas rojas, y mi hermano, que era mi tiniente, detrás de la compañía, harto galán (Contreras, [1633] 1983: 182).

Esas descripciones del aspecto externo del capitán Contreras tienen, como indica Levisi (1984: 158-159), una función de definición del rol social y de la personalidad del autor. Contreras, además, en su discurso, asume no solo la apariencia, sino también los cánones de conducta y el lenguaje asociados al soldado de los Siglos de Oro (Levisi, 1984: 172). No cabe duda de que la posición identitaria del capitán Contreras en su autobiografía es inherente, en definitiva, al oficio de soldado. Y no puede ser de otra manera, ya que, en parte, los objetivos del texto pasan, en gran medida, por la demostración o apología de sus aptitudes como profesional en el ejército.

La manera en que los autobiógrafos se presentan como militares no es, sin embargo, uniforme. El arquetipo del soldado admite variaciones y, además, las identidades individuales son siempre complejas y transversales. Como observa Gusdorf (1991b: II, 299), dado que los individuos no son sustituibles, en un mismo grupo social pueden darse posiciones identitarias diversas. A ello hay que añadir que algunos textos se van gestando a lo largo de los años, en diversas fases de redacción, por lo que se produce una evolución en

³⁷⁶ Para un análisis en profundidad sobre la vestimenta en la obra de Alonso de Contreras, ver Juárez Almendros (2006b: pp. 144-161).

la trayectoria vital del autor, que queda reflejada en la obra. Es lo que sucede en las *Vidas* de Diego Duque de Estrada y de Miguel de Castro. Ambos narran desde un presente en el que, al igual que Ordóñez de Ceballos, han abandonado el oficio militar para tomar el hábito, un privilegio probablemente reservado solo para aquellos con una elevada posición social. El grueso de la narración, sin embargo, a diferencia de lo que sucede en el *Viaje del mundo*, se centra en la experiencia militar de los autores. Desde el estado o condición de religiosos observan su pasada juventud disoluta adoptando un tono de arrepentimiento o de desengaño impostado y estereotipado, pues, como indica Ettinghausen (1982: 34), no habría una distancia moral y temporal que separe al protagonista del narrador, como sí se daría en el modelo confesional. Pope (1974: 197-198) abunda en la misma idea, al subrayar que los episodios de conversión o de retiro religioso, en las autobiografías de soldados, muestran tanto una carencia de profundidad y solidez en su motivación, como una preparación teórica insuficiente. La narración retrospectiva de hazañas bélicas en clave de conversión por la que optan estos autores, así como también Ordóñez de Ceballos, podría estar vinculada con el influyente modelo de vida de san Ignacio.

Desde su condición de religioso redacta la parte final de su obra Diego Duque de Estrada. Sin embargo, el texto se va gestando en varios momentos, a lo largo de cuarenta años³⁷⁷ y solo en la última fase de redacción el autor escribe como fraile en la Orden hospitalaria de San Juan, por lo que el impulso autobiográfico no es un resultado de su conversión. Con anterioridad, Diego Duque pasa por diferentes estados y, en función de ellos, adopta distintos disfraces. Así, se presenta como caballero, peregrino, estudiante, tutor de un sobrino del rey de Francia o privado y preceptor del príncipe Bethlen Gabor, aunque el período de su vida militar abarca la parte central de la narración. Para Juárez Almendros (2006b: 183), el autor mostraría tres facetas de su personalidad que se irían

³⁷⁷ Tanto Ettinghausen (1982: 43) como Cassol (2000a: 195) plantean diferentes momentos de redacción. Los capítulos del I al V se habrían redactado antes de la llegada del autor a Italia en 1600. Los capítulos del VI al XIV, los habría escrito el autor en 1630, durante su gobernanza en el castillo de Fraumberg. Finalmente, en diversas etapas entre 1630 y 1645 se habrían ido escribiendo los capítulos del XV al XIX.

alternando: el héroe épico, el valiente espadachín y el distinguido cortesano.³⁷⁸ Todas ellas, sin embargo, podrían quedar englobadas dentro del hombre de armas de la Edad de Oro.

La posición identitaria de Diego Duque de Estrada queda perfilada en las continuas referencias a su atuendo.³⁷⁹ En los *Comentarios*, como ya observa Pope (1974: 173-176), se da la mayor descripción de vestiduras de todas las autobiografías de la Edad de Oro, pues la conciencia estética del autor impregna toda la obra. Al igual que ocurre en la Vida de Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada goza del bien vestir, pues las ropas le permiten plasmar en el texto su riqueza interior (Pope, 1974: 172). Para Juárez Almendros (2006b: 186), el traje con el que más se identifica Diego Duque de Estrada es el de militar y, como tal, construye una imagen de héroe bélico que mantendrá hasta el final de la obra. Así, a su llegada a Nápoles, en sus años de juventud, se describe “cargado de galas y plumas” ([1646] 1982: 188). De la misma guisa hace su entrada, junto a otros compañeros de armas, en Dubrovnik:

Vestíme de pontifical, como se suele decir, con un vestido encarnado, blanco y oro, y una montaña de plumas de las mismas colores, y mis cabos y tahalí bordado, con cabestrillo y algunas joyas de diamantes. Parecía nuestro grueso esquife un bosque de plumas, porque todos las llevaban e iban muy bien puestos y de tantos colores que parecíamos jaula grande de papagayos ([1646] 1982: 215).

Las referencias a las plumas y a los ricos ropajes de colores se mantendrán prácticamente a lo largo de toda la obra. Sin embargo, de igual manera que sucede en la Vida del capitán Contreras, la más rica descripción que nos ofrece Diego Duque de Estrada se da en el momento culminante de su carrera militar, en su madurez, cuando es hecho gobernador tras la batalla de Lutzen:

[...] Llevaba un colete de ante fino, tal que pocos había sus iguales en Alemania, cuyo valor era de cien escudos, y este guarnecido de oro sobre pestaña de raso, con fajas muy anchas y en el pecho

³⁷⁸ Juárez Almendros describe del siguiente modo las modalidades de la personalidad del autor: “El personaje épico coincide con sus momentos de gloria militar y ganancias materiales en un fondo referencial histórico. El espadachín asoma sobre todo en sus baches existenciales como consecuencia de desnudamientos y pérdidas. Se conecta con la rebeldía y las transgresiones sociales –duelos, muertes, huidas, amores exóticos, persecuciones y desgracias- y se inspira más en la literatura. Por último, el militar y el espadachín se apoyan siempre en el cortesano. Tanto en sus acciones heroicas como en sus actos criminales Duque es impulsado por la ideología de su estamento. Las ganancias de sus hazañas guerreras sustentan el despilfarro del hidalgo ostentoso y su prurito de honra le lleva a duelos y muertes” (2006b: 183).

³⁷⁹ Para un análisis detallado de los vestidos en el proceso de construcción de identidad de Diego Duque de Estrada, ver Juárez Almendros (2006b: pp. 175-197).

muchos alamares de oro y botones gruesos con perlas y rubíes sobre la misma pestaña. El ferreruelo era del mismo raso carmesí, forrado en la misma rica tela de oro, con veintiséis guarniciones sobre la misma pestaña, que casi se cubría todo; el sombrero, con muchas plumas, rojo y guarnecido su aforro como el vestido; dos joyas de diamantes, una en él y otra en el pecho en una gruesa cadena, y el tahalí de ante recamado, y con él una espada y daga de mucha invención y labor; botas blancas, espuelas doradas, guantes de ante guarnecidos de oro; como se ve en un retrato que envié a mi hija ([1646] 1982: 435-436).

Las vestiduras, sin embargo, no son el único signo de su identidad como soldado. En el texto se hallan orgullosas reivindicaciones de su condición militar. En Viena, se presenta del siguiente modo ante el Rey:

Preguntóme quién era. Yo dije: “Soldado de fortuna”. Quiso saber a qué venía; respondí que a buscarla. Preguntóme qué había sido en la milicia. Dije que soldado, que en esto se incluía todo lo demás ([1646] 1982: 371).

Incluso en momentos en los que no desempeña labores en el ejército, aflora esa otra identidad tan integrada en la personalidad del autor. Así, durante su estancia en Transilvania al servicio del Príncipe, reacciona ante el embajador de Venecia diciendo: “Si él representa su república como embajador, yo a mi Rey como su capitán” ([1646] 1982: 355). Del mismo modo, habiendo tomado el hábito, se define a sí mismo como “fraile injerto en soldado” ([1646] 1982: 490). Pese a indicar que su deseo es “totalmente despegarme de las cosas de guerra y ser verdadero religioso” [1646] 1982: 462), es requerido para la defensa de Córcega ante la invasión de los franceses. En el contexto de esa contienda, nuevamente muestra su orgullo militar cuando destaca “la experiencia que de cuarenta años de guerra tengo” ([1646] 1982: 463) y pone en boca del capitán Masons las siguientes palabras:

“El fraile es tan bueno de calidad como Vuestra Señoría, y tan soldado que no pocas cabezas francesas y turcas conocen los filos de su espada, y ha gobernado ejércitos y provincias.” Respondió el arzobispo: “¿Qué talle y edad tiene?”. Díjole el capitán: “La edad no la sé. El talle es pequeño; pero a algunos ha parecido gigante con la espada en la mano [...] ([1646] 1982: 472-473).

En esas descripciones o referencias a sí mismo en calidad de hombre de armas hay una necesidad de presentarse como superhombre (Ettinghausen, 1982: 35) o de forjarse una imagen de héroe novelesco (Cassol, 2004: 49). Esa autorrepresentación heroica está, hasta cierto punto, sujeta a la posibilidad de mejorar socialmente en el seno del ejército, como

sugieren las continuas referencias a sus papeles de servicios. Para Juárez Almendros, el autor “extiende y complementa los ideales de conducta del noble al añadir el elemento de la heroicidad” (2006b: 178) a través de su trayectoria militar. En última instancia, a partir de su cambio de estado a religioso, el texto toma una nueva dirección en cuanto a contenidos y a estilo, como bien indica Ettinghausen (1982: 42). La autobiografía pasa a incluir extensos relatos de acontecimientos históricos y semblanzas de personajes del momento, como Baltasar de Marradas. Algo similar se observa también en la obra de Ordóñez Ceballos, el “clérigo agradecido”. Eso demuestra que el oficio de soldado como seña identitaria está sujeto a una determinada manera de escribir el relato de la propia Vida.

Al igual que Diego Duque de Estrada, Miguel de Castro escribe su autobiografía tras tomar el hábito. El texto, sin embargo, se centra en los siete años que el autor sirve como soldado en Italia, entre 1605 y 1612. Tal vez por ello y por la narración de pendencias y amoríos, Serrano y Sanz (1905: 63) considera que el autor encarna el arquetipo del *miles gloriosus*. Para Cossío (1956: xxvi), sin embargo, tanto por el estilo de vida de Miguel de Castro como por su carácter, la figura difiere del prototipo del soldado español, precisamente porque, en la obra, prima el relato de escenas amorosas por encima de la actividad militar. Por el mismo motivo, Irigoyen García (2008: 24) destaca la dificultad de determinar la adscripción genérica del texto. Ciertamente, parece existir una vacilación en la autorrepresentación del autor en su Vida. Cabo Aseguinolaza (1992: 595) considera que existe una incoherencia en la expresión del Yo en el texto, que Juárez Almendros (2006b: 164) atribuye a la cercanía temporal entre el momento de redacción y los acontecimientos narrados. Para la autora, Miguel de Castro aún estaría en búsqueda de su propio Yo durante el proceso de escritura. En esa vacilación a la hora de definir su identidad, la imagen de Miguel de Castro en el relato fluctuaría entre el modelo del soldado y el del criado. Durante su trayectoria en el ejército, trabaja como criado de Antonio de la Haya y de Francisco de Cañas, capitanes de su compañía, y con ellos mantiene una inequívoca relación de servidumbre. Así, por ejemplo, es reprendido por Francisco de Cañas:

Ven acá, Miguelito, ¿por qué te fuiste así sin decirme nada? ¿Tan inhumano y privo de razón soy yo que, si querías irte, no podías decírmelo? [...] Si yo te castigo poniendo las manos en ti, dime si me las has visto poner en algún criado de a suerte que en ti, como a mi propio hijo, haciendo yo mi persona verdugo de tus bellaquerías, y sufriendote cada día diez mil; riñéndotelas y reprendiéndote

con palabras, cuando blandas, cuando ásperas, y viendo que no aprovecha, sino que siempre perseveras [...] Cierta es que estas palabras y razones dichas de un hermano a otro, bastarían a edificar a un pertinaz más duro que un mármol, cuanto más dichas de amo a criado [...] ([1612] 2013: 200-202).

El diminutivo “Miguelito” y el término “criado”, con los que el capitán interpela al soldado, su juventud; el relato de sus trapacerías y los consiguientes escarmientos por parte de sus superiores, así como el paso por distintos amos, acercarían la figura de Miguel de Castro al criado o mozo e incluso, en determinados momentos, también al pícaro. Además, la entrada de Miguel de Castro como sirviente en casa del conde de Benavente es vista como una evolución en su carrera profesional. Sin embargo, en la autobiografía, también ocupan un lugar importante las pependencias, los escarceos amorosos y, aunque en menor medida, la actividad militar. Así, el capitán Francisco de Cañas, a modo de escarmiento, obliga a Miguel de Castro a servir en la compañía de su sobrino:

El capitán me dio un arcabuz suyo y frascos muy buenos y pólvora, y una espada suya, muy buena en extremo, y escribió una carta para don Juan de Cañas, su sobrino y alférez de su compañía, diciéndole cómo iba por portador de aquella, y las causas que para ello hubo, [...] que más me enviaba allá para desviarme de los inconvenientes que en aquella ciudad había [...] y para castigo y destierro [...] y por otro cabo hacerme servir como a los demás soldados, y aún peor, para que probase lo que era ser soldado ordinario, o estar a los regalos y mercedes que él me hacía, y que todo esto fuese sin dar a entender que él lo ordenaba ([1612] 2013: 208).

El autor se enfunda en ocasiones en sus ropas de soldado: “[...] con mis botas y espuelas calzadas, y tomé mi maleta y arcabuz” ([1612] 2013: 209). Para Juárez Almendros (2006b: 168), a través de la descripción de la vestimenta, Miguel de Castro construye su identidad como soldado y también como criado. En realidad, ambos oficios no son excluyentes, tal y como demuestra la tradición de Centurio y la realidad de los ejércitos de los Siglos de Oro. Así, cuando se alista en su primera compañía, Contreras puntualiza que, en ella, sirve como soldado “y no como criado ni paje” ([1633] 1983: 14-15). Del mismo modo, el capitán Isaba propone en su tratado “Que ningún capitán tenga criado en nombre de soldado, so pena de la vida” ([1594] 1991: 117). También Estebanillo González, durante su etapa en el ejército, sirve como criado de un capitán. Por lo tanto, no parece infrecuente que algunos militares, a la práctica, terminaran asumiendo labores de paje o mozo. La superposición de

esos dos perfiles encarnados en una misma identidad queda plasmada en la alternancia de dos estilos en la autobiografía de Miguel de Castro, como indica Juárez Almendros:

La división del sujeto explica también los dos tipos de narración que alternan en la obra según el asunto tratado. Uno linear, rápido, lleno de eventos, fechas, nombres y lugares en relación con las empresas masculinas y la institución militar a la que el joven pertenece. Otro lento, repetitivo y circular cuando trata de sus relaciones amoroso-sexuales y sus burlas y resistencia a la autoridad. Los dos modos expresan la respuesta de Castro entre la llamada de la obligación y la búsqueda del placer (2006b: 164).

La Vida de Miguel de Castro es una muestra de cómo, en algunas de las autobiografías aquí tratadas, la identidad del soldado y la experiencia de la vida militar no siempre están tratadas en clave de heroicidad o de vocación por las armas, a diferencia de lo que sucede en las obras de Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Félix Nieto de Silva o García de Paredes.

Miguel de Castro no es el único autobiógrafo que, de alguna manera, parece querer escapar a la realidad de su oficio. La expresión del rechazo a la condición de soldado y el deseo de hacer efectiva una conversión religiosa e iniciar una vida como fraile constituye un *leitmotiv* en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. La tensión en la configuración de la identidad del soldado aragonés se observa desde el inicio del texto, ya en la salida del hogar. Así, en un primer momento, el autor se afirma en su decisión de seguir su vocación religiosa, si bien cambia de opinión antes de llegar a Roma:

[...] aunque a mi hermano pesase y a todo mi linaje, me había de poner fraile en un monasterio de bernardos que se llama Veruela [...] Estando en Barcelona con descomodidad, me puse a pensar y dije: “Válame Dios, yo soy corto de vista: ¿cómo tengo de estudiar, no teniendo renta?”. Y pensé en mi imaginación: “Mis agüelos sirvieron al Rey Católico don Fernando y valieron tanto; también puedo yo servir al Rey ([1603] 2017: 142-143).

A diferencia de Miguel de Castro y de Diego Duque de Estrada, Pasamonte no cuenta ni con el suficiente respaldo económico ni probablemente tampoco con un linaje destacado que habría podido facilitar su ingreso en una orden religiosa. Tras dieciocho años de cautiverio en Argel, a su regreso a España, vuelve a encontrarse con los mismos impedimentos para ser fraile. Durante su ausencia, la familia ha repartido la herencia familiar y Pasamonte se halla en la disyuntiva de reclamar su parte o renunciar a sus derechos:

Era tanto el deseo que tenía de ser clérigo que no podía reposar, por levantar la casa y hacienda de aquel niño, hijo de mi hermano ([1603] 2017: 209).

A esos obstáculos de tipo económico y social que le impiden tomar el hábito, se añaden sus problemas de visión, por los que se lamenta en repetidas ocasiones en su autobiografía. Precisamente, con el objetivo de sanar de la vista acude en peregrinaje al santuario de la Virgen de Loreto en Génova:

Yo no fui a esta santa casa por voto, sino por devoción y para pedir el perdón de mis pecados y la gracia de la vista de los ojos con condición de ser fraile o clérigo, que no era otra cosa mi intención, y no pude haber la vista. Y si Dios y su Madre me hicieran gracia de la vista, Dios sabe lo que hubiera sucedido, como adelante se verá, pero son verdaderos concedores de los sucesos ([1603] 2017: 196).

Las muestras de su vocación religiosa están presentes, además, en el relato de su largo cautiverio en Argel. Y no solo por describir su experiencia en clave de martirologio, sino porque durante su cautiverio tiene la oportunidad de ejercitarse en el oficio de clérigo:

Y a los inviernos, cuando estábamos en tierra, tenía cuenta con el altar, así en predicalles como en entonar la salve y salmos y oraciones. Y de esto en Alejandría me dieron licencia los padres de Jerusalén, y en Constantinopla el padre patriarcal que está en lugar de obispo, pero no *in scriptis*, sino de palabra, por no tener órdenes. Y frailes del monasterio de San Francisco me venían a oír para ver cómo me gobernaba. En el captiverio de Hazán Bajá había dos frailes que decían misa, y yo predicaba con no poco aplauso de gente. ¡Gloria de mi Dios Soberano por Su divina gracia! [...] ([1603] 2015: 184).

Estas referencias a su actividad como religioso están también, como sugiere Pope (1974: 127), al servicio de la reafirmación del autor en su fe católica, tras una larga estancia entre infieles, ante la sociedad de origen y ante los padres Jerónimo Javierre y Bartolomé Pérez de Nueros, a los que dedica su obra.

No obstante, la personalidad de Jerónimo de Pasamonte es ciertamente compleja, como ya observa Levisi (1984: 44 y ss.). Aunque su deseo y su vocación apuntan a la vida religiosa, su realidad es la de un soldado que ha pasado por la experiencia del cautiverio. Así, desde su dedicatoria, al inicio del texto, se presenta como un excautivo: “Habiendo estado diez y ocho años cautivo de turcos” ([1603] 2015: 133). Posteriormente, ya en España, acude ante las administraciones públicas “con mi hábito de cautivo” ([1603] 2015: 194) y a Génova “venía con mi hábito de esclavo” ([1603] 2015: 200). La respuesta a sus

peticiones económicas, tras abandonar tal atuendo, es un documento donde se le obliga nuevamente a servir y se le anuncia su próximo e ineludible destino como militar:

Cuando yo vi esto, me vi tan aborrido que no sabía qué hacerme, viéndome quitados los caminos de ser de la Iglesia. Consolábame Miguel Pedro, mi buen señor y amigo, y otros señores y padres espirituales, y por no tener la corona perdí una capellanía de las de mi casa [...] ¡Oh, secretos de Dios! ([1603] 2015: 214).

Pasamonte debe acudir otra vez al frente, si bien ya como soldado plático o experimentado, hasta que recibe una paga para poder retirarse en Italia. Curiosamente, a partir del relato de su retiro, cuando la obra adquiere un tono más religioso, el autor se refiere a sí mismo identificándose de manera vehemente con la condición de soldado. Así, desde esa posición identitaria anuncia el inicio de la segunda parte de su autobiografía:

Y para que se vea que en soldados como yo tiene Dios algún buen estilo por su gracia, quiero contar mi vida espiritual como he contado mis muchos trabajos ([1603] 2015: 257).

La vida espiritual del soldado aragonés consiste en la relación detallada de sus hábitos de oración y rezo como católico. Es consciente de que, desde su identidad de soldado, en la sociedad de los Siglos de Oro, no tiene la autoridad suficiente para adentrarse en cuestiones teológicas. De hecho, como indica en la dedicatoria al padre Jerónimo Javierre, el texto “fue acusado por libro de herejías en el arzobispado de Nápoles” ([1603] 2015: 133). Sin embargo, Pasamonte justifica de la siguiente manera sus lecciones teológicas:

Dirá algún especulativo, y mejor sofístico: “¿Quién le mete a este soldado necio sin estudio en estas disputas, pues la Iglesia de Dios tiene tantos doctores para defender sus causas?”. A eso respondo que el haber derramado más sangre que algunos en servicio de mi Dios, como se ve por lo escrito atrás, y haber predicado, con su divino favor, su santa fe en tierra de enemigos de la fe, y compadecerme de los que mi Dios ha redemido ([1603] 2015: 257).

Además de su actividad de clérigo en Argel, la posición mixta de soldado y excautivo, como indica Levisi (1984: 33), le da autoridad a su discurso. Por lo tanto, la experiencia de vida, al igual que sucede en el *Libro de la vida* de Teresa de Jesús, es justificación del atrevimiento del autor a tratar temas que, en un principio, no estarían reservados para un soldado. En consonancia con ese propósito religioso que impregna la obra, Pasamonte se presenta no solo como un mártir, sino también como una especie de soldado de Cristo:

¡Eya, Pasamonte! ¡Quesistes ser soldado sin pensar que el apóstol san Pablo lo fue, y san Sebastián, y otros santos! Y aquellos ilustrísimos Macabeos, con tanto derramamiento de sangre, defendieron y pelearon. Pues ¡alegremente, que a grande ánimo grandes trabajos se aparejan! ([1603] 2017: 147).

La manera de entender la experiencia y el oficio de soldado de Jerónimo de Pasamonte se aleja del espíritu vocacional y autocomplaciente de Alonso de Contreras o Diego Duque de Estrada. Más que una afirmación de su identidad de militar, hay en el soldado aragonés un rechazo y lamento hacia un oficio que desempeña únicamente por necesidad. Su posición identitaria es compleja e híbrida, puesto que el autor se muestra escindido entre lo que es y lo que aspira a ser. En definitiva, es simplemente otra manera de vivir y de expresar la identidad de soldado.

Un proceso de tensión identitaria inverso al de Jerónimo de Pasamonte se da en la Vida de Catalina de Erauso, más conocida como la Monja Alférez. Su apelativo remite, precisamente, a una autoconciencia ambivalente de religiosa y de militar.³⁸⁰ La alternancia de ambos oficios, sin embargo, no es más que el símbolo o la manifestación externa de un conflicto de identidad de género, en base al cual se articula la autobiografía. Siendo una niña, sus padres la internan en un convento y allí permanece hasta los quince años, cuando decide escapar y adoptar un rol masculino:

[...] dejé mi escapulario y me salí a la calle sin haberla visto ni saber por dónde echar ni adónde ir. Tiré no sé por dónde, y fui a dar en un castañar que está fuera, y cerca a las espaldas del convento, y acogíme allí; y estuve tres días trazando y acomodándome y cortando de vestir. Corté e híceme de una basquiña de paño azul con que me hallaba, unos calzones; de un faldellín verde de perpetuán que traía debajo, una ropilla y polainas: el hábito me lo dejé por allí, por no ver qué hacer con él. Cortéme el cabello y echélo por ahí, y partí la tercera noche [...] ([1625] 2002: 95).

Esta escena, como indica Juárez Almendros (2004: 1114), constituye un ritual de cambio o un acto simbólico de castración femenina, que *a priori* emparentaría a la autora con la tradición de mujeres disfrazadas de varón, muy presente en la hagiografía, en el teatro de los Siglos de Oro y en los romances.³⁸¹ La figura de la Monja Alférez también ha sido

³⁸⁰ Como señala Segás, Monja Alférez es “un seudónimo que reúne en un oxímoron una función femenina que remite al encierro y una función masculina vinculada a la guerra y el viaje” (2015: 208).

³⁸¹ El motivo del travestismo aparece en las Vidas de santa Eugenia, santa Marina, Apolinaria, Anastasia, Atanasia, Teodora, Pelagia y santa Eufrosina, entre otras. Para Juárez Almendros (2006b: 134), en el acercamiento a la obra de Catalina de Erauso debe ser tenida en cuenta la tradición de representación teatral del papel de la mujer travestida. También en los romances como Espinela o doña Violante de Segovia, mencionados por Caro Baroja (1988: 119-120), se reproduce el modelo de la mujer virilizada, y en los pliegos

asociada con las amazonas o con las vírgenes guerreras, como Juana de Arco.³⁸² Sin embargo, aunque no puede negarse una posible influencia de estos modelos en la autobiografía de Catalina de Erauso,³⁸³ existe una tensión interna respecto a su identidad genérica que no se encuentra en estas visiones femeninas míticas o arquetípicas, en las que la heroína adopta el atuendo masculino sin por ello abandonar su identidad de mujer. La posición identitaria de Catalina de Erauso no puede comprenderse exclusivamente desde el análisis puramente literario, sino que es preciso que tal estudio contemple las teorías feministas o *queer*. Esa es la orientación que han tomado los últimos trabajos sobre la Vida de la Monja Alférez, en los que se ha definido su identidad desde el lesbianismo, el travestismo o la transexualidad.³⁸⁴ Ciertamente, como indica Rodríguez Ortega (2018: 43), en la autobiografía se pone de manifiesto una disconformidad o negación del sexo biológico, pues la apariencia masculina no es un estado temporal, sino que Catalina de Erauso mantiene ese aspecto durante prácticamente toda su trayectoria (Rodríguez Ortega, 2018: 113). Se trata, por lo tanto, de un posicionamiento vital (Howe, 2015: 179-180; Rodríguez Ortega, 2018: 122), por lo que el texto es el “testamento de una exitosa operación de cambio de sexo” (Rutter-Jensen, 2007: 90-91). Respecto al particular, Segas concluye lo siguiente:

[...] el prefijo «trans», que se aplica a todo lo que Erauso hace, expresa la idea del desplazamiento perpetuo, una calidad precisamente negada a las mujeres del XVII. Con la Monja Alférez

de aventuras de la Ramírez y la Acevedo. Esta última llega a ser capitana de una cuadrilla de bandoleros y se enrola como soldado en el ejército, para terminar sus días en una cueva llevando una vida de anacoreta. Para una visión detallada de la Vida de la Monja Alférez en relación con la tradición de mujeres disfrazadas en el ejército, ver Velasco (2000: 32 y ss.) y Juárez Almendros (2006b: 132 y ss.). Sobre las disfrazadas de varón en los Siglos de Oro, ver el trabajo de Romera Navarro (1934). Sobre las travestidas en la hagiografía, consultar Moya (2000: 187-230) y Gómez Moreno (2008: 166 y ss.).

³⁸² Segas considera que las variedades de la mujer fuerte (*virago*, *puella bellatrix*, etc.), muy en boga en la literatura caballeresca y en el teatro, constituyen “las raíces, la justificación casualmente ideal y la sutil máscara” (2015: 215) de la construcción identitaria de la Monja Alférez. Sin embargo, en lo que respecta al mito de la amazona, la autora señala que la necesidad de reproducción y la exclusión de varones, en aras de mantener el sistema matriarcal, separarían este arquetipo de la identidad construida por Catalina de Erauso en su autobiografía. Para Howe (2015: 176), la narración de crímenes y peticiones alejarían a la Monja Alférez de personajes como Juana de Arco, pese a mantener su virginidad.

³⁸³ En su estudio, Rutter-Jensen (2007) plantea que la identidad de Catalina de Erauso se construye en el espacio narrativo a partir del empleo de modelos literarios preexistentes. Estos “constituyen las raíces, la justificación casualmente ideal y la sutil máscara de la construcción del personaje. Forman parte de las estrategias de la representación” (Segas, 2015: 215).

³⁸⁴ Ver los trabajos de Pancrazio (2001), Velasco (2000), Rutter-Jensen (2007), Aresti (2007), Segas (2015) y Mendieta (2019), entre otros.

desaparecen las fronteras, las separaciones tradicionales. Se coloca en la intersección o la transición entre lo femenino y lo masculino, las armas y las letras, Europa y América, etc. (Segas, 2015: 208).

Como fuere, en ese proceso de construcción del sujeto como hombre juegan un papel fundamental tanto el arquetipo del militar como el modelo formal de las autobiografías de soldados. Tras enfundarse en las ropas masculinas, Catalina de Erauso parte de su ciudad y, posteriormente, se embarca para América, sirviendo como grumete. El Nuevo Mundo, que abre la puerta a cambios de estatus o de posición social (Segas, 2015: 224), le permite a Catalina de Erauso, como indican Rutter-Jensen (2007: 95) y Segas (2015: 224), volver a nacer, cambiar de género, esto es, crearse una identidad. En su rol masculino, trabaja como sirviente del mercader Diego Solarte; es camarero de Juan López de Arquijo; y, además, sienta plaza de soldado. La experiencia militar tendrá una importancia destacada en su periplo por América. Como tal, participa en las guerras de Chile, donde recibe el grado de alférez, es destinada a los Chuncos y al Dorado e interviene en la campaña contra los holandeses. A través de esa actividad militar, según Rutter-Jensen (2007: 95), Catalina de Erauso muestra su patriotismo, al tiempo que justifica y culmina su transformación genérica.

La identificación con el oficio de soldado de la Monja Alférez, bajo el nombre de Díez Ramírez de Guzmán, no se reduce, sin embargo, al relato de batallas en tierras americanas. La autora, al igual que otros militares, como Alonso de Contreras, selecciona para su discurso de vida escenas de pendencias a raíz del honor o del vicio del juego, y episodios de escauceos amorosos. La condición de hombre de armas, así como también el servicio a distintos amos, a modo picaresco, le dan la posibilidad de vivir libremente, sin estar sujeta a un espacio geográfico o a estados no deseados, como el matrimonio. Se produce, así, por lo tanto, la trascendencia del espacio doméstico, el paso del ámbito cerrado del convento al público (Juárez Almendros, 2006*b*: 130). Además, la identificación con el soldado no solo le permite reafirmar su identidad masculina, sino que también le garantiza, como sugiere Juárez Almendros (2004: 1114; 2006*b*: 130), la autoridad y el derecho tanto de hablar como de ser el sujeto de la historia. En última instancia, como apunta Guillén (1997: 77), “optar por un género y cultivarlo es elegir la literatura”, y Catalina de Erauso, para expresarse y

para construir su masculinidad, toma como base el molde de las autobiografías de soldados.³⁸⁵

En definitiva, para los autores del corpus de textos delimitado en este estudio el oficio de militar, con todo lo que el universo de la experiencia soldadesca implica, supone un rasgo identitario fundamental desde el cual elaborar el discurso de la propia vida. Cada autor, sin embargo, presenta una recreación individualizada de esa condición de soldado, en función de su personalidad, de los objetivos de su escritura y de la particular manera de vivir o asumir las propias vivencias en calidad de hombres de armas. Así, por un lado, Diego García de Paredes, Félix Nieto de Silva, Domingo de Toral y Valdés y Alonso de Contreras se identifican plenamente y se autoafirman en su identidad de soldados. Por otro lado, se observa mayor complejidad, en relación con el arquetipo del soldado y la posición identitaria del autor, en las Vidas de Diego Duque de Estrada, Pasamonte, la Monja Alférez y Miguel de Castro. Estos presentan personalidades híbridas, en las que el oficio de religioso también desempeña un papel destacado en el proceso de construcción identitaria. Pasamonte y Miguel de Castro, además, viven la condición de militar desde la negación, mientras que, para Catalina de Erauso y para Diego Duque de Estrada, el enfundarse en la piel del arquetipo del soldado les da la posibilidad de presentar una imagen personal hipermasculinizada y un ideal de vida heroica respectivamente.

5.3 El relato de infancia y la iniciación en la vida militar

La mayoría de Vidas de soldados analizadas en este trabajo se inician con referencias al nacimiento y a la primera infancia del autor. Para ello, los soldados del siglo XVII se inspiran en la picaresca, la hagiografía, la biografía u otras autobiografías. Del siguiente modo, inicia el discurso de su Vida el capitán Contreras:

³⁸⁵ Sobre los vínculos entre la Vida de la Monja Alférez y el subgénero autobiografías de soldados, ver los trabajos de Rutter-Jensen (2007), Rodríguez Ortega (2018), Harden (2017) y Spragins (2019). Mendieta (2019: 241), siguiendo a Pérez Villanueva (2004), también asocia la obra de Catalina de Erauso con las Vidas de soldados, pero concluye que la autora es un personaje híbrido, con múltiples identidades y que, por lo tanto, no puede ser considerada únicamente desde la perspectiva del soldado. Para la autora, esta sería la autobiografía de una mujer, no la de un soldado. Juárez Almendros, por su parte, sostiene que la obra debe ser estudiada “dentro de una corriente cultural femenina que ha existido por centurias”, esto es, en el contexto de las mujeres disfrazadas de varón (2006b: 135).

Nací en la muy noble villa de Madrid, a 6 de enero de 1582. Fui bautizado en la parroquia de San Miguel. Fueron mis padrinos Alonso de Roa y María de Roa, hermano y hermana de mi madre. Mis padres se llamaron Gabriel Guillén y Juana de Roa y Contreras. Quise tomar el apellido de mi madre andando sirviendo al rey como muchacho, y cuando caí en el error que había hecho no lo pude remediar, porque en los papeles de mis servicios iba el Contreras, con que he pasado hasta hoy, y por tal nombre soy conocido, no obstante que en el bautismo me llamaron Alonso de Guillén, y yo me llamo Alonso de Contreras.

Fueron mis padres cristianos viejos, sin raza de moros ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio, como se verá en el discurso adelante de esta relación. Fueron pobres y vivieron casados como lo manda la Santa Madre Iglesia veinticuatro años, en los cuales tuvieron dieciséis hijos, y cuando murió mi padre quedaron ocho, seis hombres y dos hembras, y yo era el mayor de todos. En el tiempo que murió mi padre yo andaba a la escuela y escribía de ocho renglones [...] ([1633] 1983: 5-6).

En este breve y lacónico relato de origen y linaje destaca, por encima de todo, la insistencia en la pureza de sangre. Ese detalle es importante, ya que Alonso de Contreras es encarcelado como sospechoso de participar en el alzamiento de los moriscos de Hornachos, como narra en su vida y como queda recogido en la obra *El rey sin reino* de Lope de Vega, inspirada precisamente en ese episodio. Además, Contreras da razón de la adopción del apellido materno, probablemente para demostrar que no existe, por su parte, un intento de evitar la línea paterna por causa de un posible linaje sospechoso. En el fragmento, el capitán da cuenta de la pobreza de su familia, así como también de la temprana muerte de su padre. Algunos de estos elementos se encuentran también al inicio de la Vida de Domingo de Toral y Valdés:

El año de 1598 nací en el concejo de Villaviciosa, en la colación de Argüero; fue mi padre Juan Toral y Valdés, mi madre María de Costales, entrambos hijosdalgo. Del parto de un hermano menor, murió mi madre y quedó mi padre con tres hijos, dos varones y una hembra. Para el remedio de este cuidado, y de la pobreza, que obrando con extremos opuestos o anima o desatenta, se determinó bajar a Castilla, trayendo consigo a los dos mayores, que éramos yo y mi hermana ([1634] 2016: 99).

La condición de huerfano se halla, asimismo, en el relato de origen de Miguel de Castro:³⁸⁶ “donde también está enterrada su madre que murió de parto, y según decían los doctores y comadres, con dos criaturas en el cuerpo” ([1612] 2013: 40); en la Vida de Jerónimo de

³⁸⁶ Los primeros fragmentos de la Vida de Miguel de Castro están escritos en tercera persona. Para Levisi (1984: 188-189), se trata de una interpolación posterior en el texto, debido al mal estado del manuscrito. En una nota inicial del primer folio, se indica que la primera página se halló arrancada y manchada de aceite y, probablemente por ese motivo, hasta la tercera página el texto está escrito por otra persona. Levisi (1984: 190) atribuye a ese hecho algunos de los errores de fechas que se encuentran en la obra.

Pasamonte: “Después de la muerte de mis padres quedamos tres hermanas y dos hermanos” ([1603] 2017: 141); e incluso en los papeles escritos supuestamente por el padre de Diego Duque de Estrada, que encabezan su autobiografía:³⁸⁷ “Murió mi amada esposa Doña Isabel Duque de Estrada de enfermedad de calenturas, día de Corpus Christi, quedando yo desconsolado y viudo y mi querido hijo huérfano de madre” ([1646] 1982: 89), y en el texto posterior: “murió mi padre y señor el año 1592, a los tres años de mi edad” ([1646] 1982: 89). Como demuestra Croce (1933: 365), la orfandad de Diego Duque de Estrada no tiene base real o histórica, por lo que podría deducirse que la pérdida de los padres en la temprana infancia responde a un motivo folklórico o a un tópico literario que la mayoría de soldados deciden incluir en sus obras, al igual que Lázaro de Tormes. Así, la orfandad también aparece en las *Andanzas y viajes* de Jacques Coutre, escritas en portugués: “Poco tiempo después que faleció mi padre determinó mi madre de embiarme a España” ([1640] 1991: 87); en la Vida de Alonso Enríquez de Guzmán: “siendo yo de hedad de diez e ocho años; cerca de diez e nueve, halléme syn padre y pobre de hazienda y rico de linaje” ([1547] 1960: 7); e incluso en el *Cavallero venturoso*: “el Venturoso huérfano era de catorce años” ([1617] 1902: 18). Hay que destacar, sin embargo, como indica Durán López, que, a diferencia de las Vidas de pícaros, en las que los narradores se presentan como “hijos bastardos, de sangre judía y de padres infames” (2002: 181), los soldados se declaran descendientes de cristianos viejos, casados en matrimonio católico. Estos autores se exponen socialmente al escribir el relato de su propia vida, por lo que resulta esencial “presentarse arropados por la dignidad de una cuna respetable” (2002: 181). Así lo hacen también Diego Suárez, Alonso Enríquez de Guzmán o Juan de Valladares y Valelomar.³⁸⁸

³⁸⁷ Cassol (2004: 43) sostiene que el relato del hallazgo de los papeles redactados por el padre y el tutor no es más que un recurso novelesco del autor. Ettinghausen (1982: 28-29), sin embargo, muestra una perspectiva distinta. Tomando por cierto –no sin ciertas reservas– el hallazgo de los papeles escritos por el padre y el tutor del autor, plantea que el relato de origen se convierte en una suerte de imperativo para Diego Duque de Estrada, quien se verá obligado a forjar una vida heroica digna de su linaje. El discurso, en definitiva, vendría determinado por las expectativas generadas en el relato biográfico inicial encontrado por el autor.

³⁸⁸ El soldado Diego Suárez, en su prólogo autobiográfico, muestra su origen noble: “Primeramente, fue mi nacimiento de padres nobles en medio del terreno del principado de Asturias de Oviedo [...] en cuyas montañas me crie y deprendí a leer y escribir y servia a mis padres, hasta que me ausente d'ellos [...] La qual ausencia no fice por necesidad que yo pasase ni mis padres tuviesen [...]” ([1623] 1901: 146-147). De igual modo, el Cavallero Venturoso nace “de nobles padres y medianamente ricos” ([1617] 1902: 12).

La conciencia de clase, como indica Pope (1974: 167), impregna de manera especial la obra de Diego Duque de Estrada desde el relato de su nacimiento y bautizo, escrito por la pluma de su padre:

El día era claro y sereno, viento fresco y templado. Nació llorando desde el punto que nació, y a poco rato convirtió en risa el llanto, con tanta admiración de todos que lo tuvieron por prodigio, porque reía como si fuese de año. Y particularmente Don Diego de la Calzada, Obispo de Salona [...] viendo las acciones de la criatura, me pidió las escribiese con las demás de su crianza y niñez, que no faltaría quien escribiese las demás, pues serían tan varios sus sucesos que apenas se podrían imaginar y malamente creer. [...] empero la tarde tempestuosa, con lluvia, truenos y relámpagos y algunos rayos, y en el punto que se bautizaba tocaban las campanas para volver a Nuestra Señora a su lugar, y cesó la agua y tempestad tan prontamente, que antes de acabar las ceremonias del bautismo estaba el día claro y sereno, como si no hubiese llovido, y el sol resplandeciente con extremo, con que dicho señor Obispo explicó el agüero prodigioso y me encargó de nuevo el escribir sus sucesos ([1646] 1982 : 88-89).

Para Pope (1974: 166), esos documentos familiares suponen una extensión de la costumbre heráldica de colocar al inicio del libro el escudo de armas y, por lo tanto, son una muestra de orgullo de pertenencia a un cierto estamento social. Ciertamente, la inclusión de un supuesto narrador distinto del protagonista y el despliegue de signos proféticos en clave biográfica y heroica³⁸⁹ le permiten, por un lado, distanciarse de otros personajes de los Siglos de Oro que también deciden dar cuenta de su vida, como Lazarillo de Tormes u otros soldados de baja clase social.³⁹⁰ Por otro lado, las aptitudes precoces del infante y la tormenta como presagio de un destino borrascoso remiten a una vida digna de ser contada, como sugiere el obispo. Por consiguiente, el inicio biográfico opera como pretexto de la obra, esto es, justifica el subversivo acto autobiográfico.

La narración de los primeros años de Diego Duque de Estrada, al igual que su nacimiento, también está marcado por su noble linaje, pues el proceso de crianza evoca

³⁸⁹ Los relatos idealizados del nacimiento y primera infancia de un héroe parten de la mitología y del folklore popular. La biografía, la hagiografía, la novela de aventuras y caballerías o la épica comparten una narración de origen marcada por prodigios, presagios y profecías. En determinadas biografías caballerescas, además, son de obligada referencia las alusiones al linaje. Nótese que Cabrera de Córdoba, en sus recomendaciones sobre la escritura de Vidas de santos y personajes ilustres, indica que es preciso incluir “lo que aconteció antes de su nacimiento” ([1611] 1948: 119), así como también “lo que los oráculos pronosticaron y milagros que acaecieron” ([1611] 1948: 120). En relación con las características del relato de infancia en las Vidas, consultar Gaucher (1994: 320 y ss.) y Gómez Moreno (2008: 97-114).

³⁹⁰ García Santo-Tomás (2011: 83-85) sostiene que, la descripción del linaje de Diego Duque de Estrada estaría escrita por influencia del *Lazarillo* o el *Guzmán*. Sin embargo, hay notables diferencias entre el relato de origen de Diego Duque con respecto al modelo los pícaros.

episodios de la vida otros caballeros, como Pero Niño. Don Diego aprende a leer y a escribir en dos años y se ejercita en la danza y en el laúd. Su formación incluye también otras disciplinas propias de todo cortesano, en las que, de igual manera, muestra una habilidad sobrenatural:

A los ocho años de su edad le di maestro de subir a caballo, cantar y tañer y nadar, y le envié al estudio de los Jesuitas. [...] Estudió la gramática en poco más de un año, por cuya facilidad fue hecho prefecto de las aulas, bedel del gimnasio y decurión de decuriones generales. No se daba menos maña en los demás ejercicios, siendo admiración también del insigne maestro Juan Álvarez, llamado por excelencia “El Alanceador”, gran jinete y toreador, como también en la música, pues su voz era celebrada, y entre otras cosas baile de castañeta, siendo tan determinado y aun precipitado en el nadar que en dos días pasó el río sin el maestro, lo que mis hijos no hacían en dos años; y viendo un día de San Pedro echarse del puente de Alcántara a su maestro, que sólo él y un hijo suyo lo hacían, por ser tan precipitoso salto, sin decir nada a ninguno, se desnudó y a vista de toda la ciudad [...] se arrojó del puente, dejando atónito a su maestro y aun corrido, admirados a todos [...] ([1646] 1982: 90-91).

Esas aptitudes responden al tópico del *puer senex*, muy común en los relatos hagiográficos. La importancia del nacimiento y de la formación del individuo, como señala Gaucher (1994: 320 y ss.), no solo constituye un rasgo importante que comparten biografía caballeresca y hagiografía, sino que, por influencia de estos géneros, también está muy presente en las Vidas de pícaros y, en general, en otras autobiografías y novelas autobiográficas de los Siglos de Oro, como, por ejemplo, la Vida de Martín Pérez de Ayala o el *Cavallero venturoso*.³⁹¹

En las Vidas de Jerónimo de Pasamonte y de Félix Nieto de Silva, al igual que sucede en la *Suma* de García de Paredes, no hay referencias al nacimiento de sus autores,³⁹² sino que ambas obras parten de una narración de infancia con sorprendentes semejanzas entre sí. El primer capítulo de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, empieza de este modo:

³⁹¹ Véase, a modo de ejemplo, el relato de formación del Caballero Venturoso: “En teniendo uso de razón se inclinó á cosas de la Iglesia. Hacía oratorios, nacimientos, cofradías e imágenes, gastando en esto dineros y tiempo hasta los diez años. Luego comenzó a ejercitarse en las armas y caballos, en la pintura, talla, escultura y música. Sabiendo ya leer avergonzabase de ir á la escuela para sólo escribir; tomaba cartas de buena letra, y sin maestro alguno, presto dio cuenta de sí con reglas de contador. De edad de diez años sintió en si una abundante vena de poesía, de modo que casi cuanto hablaba y escribía eran razones medidas como verso [...] Empleado todo en estas cosas, tenía por tiempo perdido la caza, pesquería y juego de ningún género, salvo el del ajedrez, que le mostró su padre, que tenía fama de gran jugador” ([1617] 1901: 16-147).

³⁹² Para Cassol (2000a: 169-170), la omisión del relato de nacimiento sería una característica de las autobiografías de soldados del siglo XVI. Los ejemplos de Pasamonte y del marqués de Tenebrón, sin embargo, desmentirían tal hipótesis.

Siendo de edad de siete años, o por ahí, que aún eran vivos mis padres y agüelos, me salía después de comer a jugar, y llevaba un aguja de arramangar en las manos, que era más larga de un dedo; y para quitar la aldaba de la puerta, me la puse en la boca. A este tiempo mi señor padre –que esté en gloria– me llamó: y yo, por responder, me tragué el alfiler, y se quedó en medio de la garganta y me ahogaba, y con muchos remedios no lo pude arravesar. Y una hermanica de tres años me ponía la mano y no lo pudo sacar. Al último la tragué: o que la digiriese, o que Dios hizo milagro, no pareció más ([1603] 2017: 139-140).

De la misma manera que Jerónimo de Pasamonte, el marqués de Tenebrón inicia el relato de su vida, en el primer capítulo, con el siguiente episodio:

Y así digo, que siendo yo, a mi parecer, de cuatro a cinco años [...] me salí a la antesala y hallé a uno de los capellanes que había en casa; hízome fiestas y llegóme a besar, y alzándome con la mano la barba arriba, me besó, a tiempo que yo tenía en la boca un alfiler, y como me alzó la cara me lo tragué. [...] Lleváronme a mi cuarto, y sin tener lesión alguna eché el alfiler dentro de dos o tres días, quedando bueno, sin que al entrar ni al salir, con ser por tan distintas partes, me hiciese lesión ni sangre, que me acuerde ([1690] 1888: 3).

El motivo recreado por estos autobiógrafos procede tal vez de una fuente común, que con toda probabilidad tiene que ver con leyendas hagiográficas asociadas a la figura de San Blas, patrono de los enfermos de garganta. Es Diego Duque de Estrada quien apunta a las tradiciones del santo, al recrear una vez más el mismo motivo:

[...] estos días, comiendo un pescado de entre puente y puente, se me atravesó una espina que me tuvo al punto de la muerte [...]. La cual, habiéndomela de sacar con hierros, me hicieron tanto daño que quedé con mal de garganta, asma y otros achaques, que perdí gran parte de mi celebrada voz [...] En estos achaques pasé dos años luchando con enfermedades hasta que Nuestro Señor, por intercesión de Nuestra Señora del Carmen, siempre mi protectora y amparo, me dio salud, y por intercesión del glorioso San Blas ([1646] 1982: 93).

La milagrosa capacidad de supervivencia ante la adversidad y la enfermedad demostraría la asistencia divina al protagonista, elemento que Gaucher (1994: 129) también menciona como lugar común de algunas biografías caballerescas y, a su vez, recreación del motivo épico del héroe como elegido de Dios. No hay que descartar, sin embargo, la posibilidad de una influencia mutua entre los autores, en esa búsqueda de modelos para confeccionar el relato de infancia de un soldado. Sin embargo, para poder establecer conclusiones definitivas al respecto, sería necesario un análisis en profundidad.

El período inicial de las Vidas del marqués de Tenebrón y de Jerónimo de Pasamonte se narra a modo de sucesión de escenas de peligro que ponen en riesgo la integridad física

de sus protagonistas. Así, los primeros años de Pasamonte están marcados por la enfermedad y padecimientos diversos, lo que presagia una vida adulta de continuos trabajos y martirios, superados, desde el punto de vista del autor, tanto mediante una férrea resistencia jobiana como por la intercesión divina. De este modo, los capítulos de infancia finalizan con fórmulas tales como: “Dios hizo milagro, no pareció más”, “Y no me acuerdo más, sino que estuve bueno”, “y me vi casi ahogado, y salí libre sin saber cómo”, “De allí a no sé qué días yo estuve bueno”, “Y estuve bueno”, “Y también sané”, “Y vino la Cuaresma, y confesando y comulgando estuve bueno”, “Allí estuve muy malo, pero fui muy regalado y estuve bueno”, “Y después estuve bueno” ([1603] 2017: 140-142). Pasamonte sobrevive, por ejemplo, a la caída de una tapia, en la que hace volteretas, al peligro de ahogarse en un río o a “ciertas viruelas” ([1603] 2017: 141). De igual manera, para don Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón, la Virgen de la Peña de Francia juega un papel determinante en su suerte. Así, cierra cada uno de los capítulos de su Vida con fórmulas como: “Bendita sea la Virgen de la Peña de Francia y su misericordia”, “Bendita sea su misericordia para siempre” o “Bendita y alabada sea su divina Majestad por siempre y para siempre”. La intercesión divina lo salva, en su infancia, del ataque inminente de un toro, de la peligrosa caída de una escalera, a la que se ha subido para alcanzar las uvas de una parra, o de la caída de una yegua.

En lo que respecta a la salida del hogar, algunas Vidas de soldados guardan semejanzas con la novela picaresca, en la que la pobreza y el desvalimiento inicial marcan el carácter itinerante del protagonista.³⁹³ De este modo, Catalina de Erauso parte a Bilbao: “sin saberme yo qué hacer ni adónde ir, sino dejarme llevar del viento como una pluma” ([1625] 2002: 97). Al igual que sucede con Lazarillo, el movimiento de un lugar a otro viene determinado, en el caso de Miguel de Castro, Jerónimo de Pasamonte, Domingo de Toral y Valdés y Alonso de Contreras, por su condición de húerfanos. Así, Pasamonte pasa a vivir

³⁹³ Cassol (2000a: 33) señala la influencia de la picaresca en el relato de infancia como rasgo que distinguiría las autobiografías de soldados del siglo XVI de las del siglo XVII, a pesar de que los primeros años de la vida del marqués de Tenebrón no responden a ese patrón. Dabaco (2005: 73) también destaca las convergencias entre la narración de origen de los soldados y las de mozos y pícaros. Finalmente, Steinbach (2016: 230 y ss.) analiza el relato de juventud y de abandono del hogar de los soldados considerando la novela picaresca como hipotexto de estas obras. Sobre el motivo de la escasez vinculada con el requerimiento para abandonar el hogar, ver García de la Concha (1981: 94).

bajo la tutela de Pedro Luzón y María de Pasamonte en un primer momento, aunque después es enviado a Soria, donde reside en las casas de un doctor en Medicina y del caballero Antonio Calderón, hasta que, finalmente, su hermano lo lleva a vivir con un tío clérigo “para estudiar la Gramática” ([1603] 2017: 142). Por su parte, Miguel de Castro, a la muerte de su madre, vive con distintos familiares, como sus tíos Juan Vicario, Antonio de Castro o el obispo Pedro de Castro, hasta su enrolamiento en el ejército. También se advierte el mismo motivo en la Vida de Alonso Enríquez de Guzmán, quien abandona el hogar, años después de la muerte de su padre, en busca de riquezas.³⁹⁴

En este tipo de Vidas de soldados se narra, además, el paso por el servicio a distintos amos, al igual que sucede con Lazarillo o Guzmán de Alfarache. La Monja Alférez, tras salir del convento, emprende su viaje hacia la Corte, donde “me acomodé en breve por paje de don Juan de Idiáquez, secretario de rey” ([1625] 2002: 96). Del mismo modo, Domingo de Toral, que acompaña a su padre a Madrid, narra del siguiente modo su experiencia como mozo:

Paró en Madrid, y a mí me acomodó a ser paje de un señor y le serví cuatro años; ausentándome de su casa anduve otros cuatro peregrinando por España como otro Lazarillo de Tormes. Volví a Madrid, y el mismo señor a quien había servido, como me había criado, con el afecto amoroso de la crianza, pidió a mi padre que le volviese a servir. Así lo hice tres años [...] ([1634] 2016: 99).

Pese a la mención expresa de Lazarillo de Tormes, el capitán Toral y Valdés, como indica Pope (1974: 212), no muestra en su autobiografía ningún intento de novela picaresca ni introduce anécdotas propias de ese universo. Hay, por lo tanto, una referencia o influencia de la realidad del mundo de los mozos, al tiempo que un rechazo o evitación del discurso propio de la picaresca. Lo mismo sucede en la Vida del capitán Alonso de Contreras. También a instancias de su madre, es enviado, a su pesar, a servir a un platero como ayudante:

[...] me volví a Madrid, y dentro de veinte días que había llegado, llegó también el Príncipe Cardenal Alberto, que venía de gobernar a Portugal y le mandaban ir a gobernar los estados de Flandes [...] Yo la dije a mi madre “Señora, yo me quiero ir a la guerra con el Cardenal”, y ella me dijo: “Rapaz

³⁹⁴ Alonso Enríquez de Guzmán narra lo siguiente en su discurso: “E congoxado de la pobreza y deseoso de riqueza acordé de yr a buscar mis aventuras. Y salí de la çiudad de Sevilla, do fue mi naturaleza, en este tiempo que arriba digo, con un cavallo e una mula e una acémila y una cama y sesenta ducados” ([1547] 1960: 7).

que no ha salido del cascarón y quiere ir a la guerra... Ya le tengo acomodado a oficio con un platero”. Yo dije que no me enclinaba a servir oficio, sino al Rey, y no obstante me llevó en casa del platero que había concertado sin mi licencia. Dejóme en su casa y lo primero que hizo mi ama fue darme una cantarilla de cobre, no pequeña, para que fuese por ella de agua a los Caños del Peral; díjela que yo no había venido a servir, sino a aprender oficio, que buscase quien fuese por agua. Alzó un chapín para darme y yo alcé la cantarilla y tirécela, aunque no pude hacerla mal porque no tenía fuerza y eché a huir por la escalera abajo y fui en casa de mi madre, dando voces que por qué había de ir a servir de aguador. A lo cual llegó el platero y me quería aporrear; salí fuera y carguéme de piedras y comencé a tirar. Con que llegó gente, y sabido el caso, dijeron por qué me querían forzar la inclinación; con esto se fue el platero y quedé con mi madre, a quien dije: “Señora, vuesa merced está cargada de hijos; déjeme ir a buscar mi vida con este príncipe”. Y resolviéndose mi madre a ello dijo:

“No tengo qué te dar”; dije: “No importa, que yo buscaré para todos, Dios mediante”. Con todo, me compró una camisa y unos zapatos de carnero, y me dio cuatro reales y me echó su bendición, con lo cual, un martes siete de setiembre 1597, al amanecer, salí de Madrid tras las trompetas del Príncipe Cardenal ([1633] 1983: 7-8).

Aunque para Jacobs (1975: 40) y para Ruiz (2004: 315) el relato de juventud e infancia del capitán Contreras sería una ficción probablemente tomada del modelo de la literatura picaresca, hay que señalar la voluntad del autor de negar con vehemencia cualquier identificación con el arquetipo del sirviente o del criado. Como se ha señalado anteriormente, en la referencia a ese pasado como mozo hay una autoafirmación del autor en su identidad como militar. Nuevamente, cuando Contreras acompaña a las milicias como pinche de cocina, aunque dice hallarse “entre otros pícaros” ([1633] 1983: 9), marca una distancia en relación con estos personajes, pues, como apunta Navarro Durán (2012: 107), ellos no aceptan que suba al carro donde viajan porque “no era de su gremio” ([1633] 1983: 9). Por lo tanto, más que una identificación con el pícaro, habría, en el relato de los soldados, una influencia de las tradiciones folklóricas de los mozos itinerantes o de la literatura picaresca, que actuaría como tópico o lugar común en el relato de juventud y en la narración de la salida del hogar.

En las autobiografías de soldados, tanto el relato de infancia como el abandono de la familia no únicamente estarían marcados por las narraciones biográficas, hagiográficas o picarescas, sino también por el precedente de la *Suma* de Diego García de Paredes. La *Suma* se escribe en la primera mitad del siglo XVI, en 1533, mucho antes que el resto de autobiografías de soldados, por lo que el texto presenta características, como, por ejemplo, la brevedad, que marcarían una distancia respecto a las obras posteriores del subgénero. Sin

embargo, como sostiene Martínez (2016: 192), en este texto se inspiran el resto de soldados, pues su difusión se da a partir de la década de 1580, cuando se edita junto a la *Crónica del Gran Capitán*. El Sansón de Extremadura inicia su autobiografía con el motivo de su temprana salida del hogar:

En el año de mil y quinientos y siete hubo una diferencia con Ruy Sánchez de Vargas sobre un caballo de Corajo, nuestro sobrino, que yo le tomé para venir en Italia. Vino tras mí Ruy Sánchez con tres de caballo por me lo quitar. Dímosnos tantas cuchilladas hasta que cayó Ruy Sánchez, y luego sus escuderos me acometieron de tal manera que me vi en grande aprieto, pero al fin los descalabré a todos y me fui mi camino ([1533] 2006: 41).

Ese uso precoz de la violencia como un rasgo de la personalidad del autor está alineado con la imagen arquetípica del soldado en el ideario colectivo de los Siglos de Oro. Una escena de similares características marca también la huida de Madrid de Domingo de Toral y Valdés. El amo, a quien sirve a instancias de su padre, muestra inclinación por él, lo que le granjea la animadversión de los otros criados:

[...] que movidos de la envidia notaban mis menores acciones. Con todas las que de mí sabían, dieron con ellas en el rostro de mi dueño, tocándole en lo que se diría. Provocado con estas cosas, me pidió los papeles que por mi cuenta tenía, que eran de consideración. Sentido de esto, propuse la venganza, y a un criado, y a mi deudo, que había sido la principal causa de mi mudanza, le esperé en parte estrecha y le di dos estocadas, que entendiendo que le había muerto me ausenté de Madrid y paré en Alcalá de Henares. ([1634] 2016: 100).

También la infancia del capitán Alonso de Contreras está marcada por una escena de violencia en la escuela, que le acarrea, como consecuencia, el destierro de Madrid:

Juntéme con otro muchacho, hijo de un Alguacil de Corte, que se llamaba Salvador Moreno, y fuimos a ver la justa, faltando de la escuela. Y a otro día, cuando fui a ella, me dijo el maestro que subiese arriba [...] y con un azote de pergamino me dio hasta que me sacó sangre, y esto a instancia del padre del muchacho, que era más rico que el mío, con lo cual, en saliendo de la escuela, como era costumbre nos fuimos a la plazuela de la Concepción Jerónima, y como tenía el dolor de los azotes, saqué el cuchillo de las escribanías y eché al muchacho en el suelo, boca abajo, y comencé a dar con el cuchillejo. Y como me parecía no le hacía mal, le volví boca arriba y le di por las tripas, y diciendo todos los muchachos que le había muerto me huí y a la noche me fui a mi casa como si no hubiera hecho nada ([1633] 1983: 6).

Alonso de Contreras, como observa Martínez (2019: 87), ataca a su compañero, de manera significativa, con un estilete, por lo que aprende a escribir al tiempo que aprende a matar. Para Ettinghausen, la escena tiene un valor simbólico, ya que “señala claramente el signo

bajo el cual pretende representar toda su carrera” (1983: xix). En el fragmento destaca, además, la temprana conciencia de clase que irá marcando el discurso de la autobiografía de Contreras, como se abordará más adelante, pues el autor indica que el padre de su víctima “era más rico que el mío”. Este tipo de escenas en el relato de infancia no están, sin embargo, reservadas únicamente a los soldados de bajos recursos. Diego Duque de Estrada, como señala Ettinghausen (1990: 204), coincide con el capitán Contreras al elegir el colegio como espacio para una temprana disputa que se resuelve también con el uso de la violencia:

[...] sacando un cuchillo, tiró a su maestro dos puñaladas que le rompió las mangas de la ropa, y saliéndose a la calle [...] fue tanta la furia de pedradas que tiró al postigo de la puerta, que ningún estudiante se atrevió a salir, dando tal pedrada al maestro que lo hizo entrar más que de paso. Vínose a casa lastimado de los azotes, que fueron crueles, pero tan rabioso que si un criado no le quita el puñal que tenía ya debajo del hábito, va sin duda a matar a su maestro ([1646] 1982: 1982: 92).

Tanto Duque de Estrada como Contreras, a partir de estos episodios, prefiguran una vida plagada de aventuras, al mismo tiempo que muestran “una valentía innata y de una airosa despreocupación por las consecuencias de sus actos” (Ettinghausen, 1983: xxix). El relato de infancia, en definitiva, es determinante para el desarrollo de las autobiografías de soldados, puesto que participa de la estrategia de presentación del Yo (Kuperty-Tsur, 1997: 111). En esas breves primeras páginas de las Vidas, los autores trazan y fijan los rasgos que serán una constante a lo largo del relato. En tal contexto, la escena precoz de violencia que aparece en algunas de estas obras actúa como una suerte de ritual de iniciación de paso a la edad adulta,³⁹⁵ que anuncia la actividad militar posterior de los autores.

El ingreso en el ejército supone un acontecimiento que marca un antes y un después en la trayectoria vital de los autores incluidos en el corpus. Algunos asumen la condición de soldados por necesidad, como ya se ha demostrado anteriormente en el caso de Jerónimo de Pasamonte y como también sucede con Miguel de Castro:

Por julio del dicho año de 1604 junto a Palenzuela, topé al capitán Alonso Caro, que marchaba con su compañía, y fuime con ella unos cuatro o cinco días; y no me inclinando a ello, me volví la vuelta de Segovia adonde estaba don Pedro de Castro por obispo, que le promovieron desde Lugo allí el año de 1602; y pensando hallar acogida, hallelo todo muy seco y frío; y así me salí luego a tres o

³⁹⁵ Para una visión más amplia sobre los ritos y cuentos de iniciación, ver Marcus (1960).

cuatro días de allí; y yendo a Valladolid, en un lugarillo hallé al alferez don Francisco de Melgar que conducía la compañía del capitán Antonio de la Haya que había levantado en Medina de Rio seco [...] y fui sin plaza de soldado hasta la Mota del Cuervo, en la Mancha, adonde el comisario y oficiales del sueldo me admitieron por soldado (Miguel de Castro [1612] 2013: 42).

Las milicias parecen ser la única salida para un joven Miguel de Castro huérfano al ser rechazado por su tío el obispo, a cuya casa ha acudido esperando hallar amparo. Por su parte, Domingo de Toral y Valdés se alista en una compañía tras agredir a uno de los criados de la casa en la que sirve como paje:

En ella estaba levantando la compañía Don Cosme de Médicis, hijo de Don Pedro de Médicis. Díjele al alferez que si me quería asentar la plaza de soldado; respondiome que era muchacho que venía huyendo de casa de mi padre, que no sabía lo que pedía; que lo pensase bien. Respondile que venía determinado. Asentómela contra su voluntad, que hay hombres de consideración tan madura que quieren más perder su oficio y derecho que no que se siga un daño notable ([1634] 2016: 101-102).

El reparo ante la juventud del joven que quiere ingresar en el ejército aparece también en la narración del alistamiento de Alonso de Contreras, si bien el autor se une a las milicias llevado por un impulso vocacional y por la necesidad de medrar, pues ese es precisamente el objetivo con el que abandona el hogar. Véase la insistencia del joven Contreras en pasar de pinche de cocina a soldado:

Y como vi algunos soldados que me parecían eran tan mozos como yo, me resolví de pedir licencia a mi amo maestre Jacques, el cual me había cobrado voluntad, y no sólo no me dio licencia, pero me dijo que me había de aporrear, con que me indigné e hice un memorial para su Alteza, haciéndole relación de todo, y cómo le seguía desde Madrid, y que su cocinero no me quería dar licencia, que yo no quería servir si no era al Rey. Díjome que era muchacho, y yo respondí que otros había en las compañías, y otro día hallé el memorial con un decreto que decía: “Siéntesele la plaza no obstante que no tiene edad para servirla” ([1633] 1982: 259).

El motivo del sirviente que, pese a la negativa de su amo, se empecina en tomar el camino del ejército, está también presente en la autobiografía de Catalina de Erauso, para quien las milicias son una opción personal y en ningún caso una obligación o una necesidad imperiosa:

Estábanse allí entonces levantando seis compañías para Chile; yo me llegué a una y senté plaza de soldado, y recibí luego doscientos ochenta pesos que me dieron de sueldo. Mi amo Diego de Solarte que lo supo, lo sintió mucho, que parece no lo decía por tanto. Ofrecióme hacer diligencias con los oficiales para que me borrasen la plaza, y volver el dinero que recibí; y no vine en ello, diciendo era mi inclinación andar y ver mundo. En fin, asentada la plaza en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, partí de Lima en tropa de mil seiscientos hombres, de que iba por maestro de campo

Diego Bravo de Sarabia, para la ciudad de la Concepción, que dista de Lima quinientas cuarenta leguas ([1625] 2002: 109-110).

El deseo de ver mundo vinculado con la vocación por la vida militar se encuentra también en la primera toma de contacto de Diego Duque de Estrada con el oficio de soldado y en el prólogo autobiográfico de Diego Suárez.³⁹⁶ Si bien no sienta plaza hasta los “24 de septiembre año 1614 y de mi edad veinticuatro” ([1646] 1982: 190), anteriormente solicita permiso a su padre para participar en la toma de Larache, puesto que es su deseo “ver algunas tierras” ([1646] 1982: 100). También participa en la jornada de la Mahometa, de nuevo tras el visto bueno del padre, “como aventurero a mi costa” ([1646] 1982: 93), movido por “el natural amor y afición a la guerra” ([1646] 1982: 93). Esa natural asunción del oficio de soldado, en el caso de algunos soldados, viene dada por unos antecedentes familiares de servicio a las milicias. Así, el hermano de la Monja Alférez también sirve como soldado en el Nuevo Mundo y Jerónimo de Pasamonte se decanta por la vida militar de camino a Roma al pensar: “Mis agüelos sirvieron al Rey Católico don Fernando y valieron tanto; también puedo yo servir al Rey ([1603] 2017: 142-143). El padre de Diego Duque de Estrada lo despide cuando decide salir del hogar con las siguientes palabra: “A la guerra vas; sigue las pisadas de tus padres y antepasados” ([1646] 1982: 158). De igual modo, en la autobiografía de Félix Nieto de Silva la carrera en el ejército parece asumirse como una opción lógica:

Fuíme á servir al Rey y fuí á sentar plaza á Zamora, porque mi hermano mayor, el Conde de Alba de Yeltes, era Maestre de Campo allí [...] ([1690] 1888: 6).

Sin duda alguna, las relaciones familiares favorecen el ingreso de algunos de los autores en las milicias, así como también la posibilidad de mejorar su posición. Diego García de Paredes marcha a Roma con su hermano Álvaro para unirse al ejército, tras el altercado con Ruy Sánchez de Vargas. Como él mismo indica, “por la falta de la guerra, que no había” ([1533] 2006: 41) sirve primero como alabardero en la guardia del Papa y, después, se dedica a “ir de noche a buscar ventura de enemigos” ([1533] 2006: 41), hasta que,

³⁹⁶ En el prólogo autobiográfico de Diego Suárez Montañés, la salida del hogar también está justificada, en parte, por el deseo de ver mundo: “[...] La qual ausencia no fice por necesidad que yo pasase ni mis padres tuviesen; si porque uno de mis tres hermanos mayores, nombrado Pedro Suarez, me persiguia y quería mal; y lo mismo, por ver mundo, me ausente de mi patria [...]” ([1623] 1901: 147).

finalmente, decide solicitar el favor de su tío Bernardino de Carvajal.³⁹⁷ El indudable poder de este familiar le permitirá tener su primera compañía.

En definitiva, las autobiografías de soldados toman como punto de partida las referencias al nacimiento, así como también el relato de infancia o de juventud del autor, antes de su ingreso en las milicias. Esas narraciones de origen se construyen a partir de elementos folklóricos o de estrategias discursivas tomadas de biografías, hagiografías, de la novela picaresca, de otras autobiografías o novelas autobiográficas, y anuncian de manera significativa las dinámicas que se irán desarrollando en la vida adulta del futuro soldado. La mayoría de autores describen una infancia prototípica marcada por la pobreza, por la capacidad de supervivencia del autor o por una situación de desamparo y desarraigo debido a la ausencia de uno o de ambos progenitores. Tal contexto determina la salida del hogar y, en algunos casos, da lugar a primeras experiencias del autobiógrafo como mozo o paje. Algunas autobiografías, además, incluyen escenas de iniciación marcadas por el uso de la violencia en la más temprana juventud, lo que anuncia una vida adulta dedicada a las armas. Los autobiógrafos, en última instancia, llegan a la vida militar movidos por la necesidad económica o de autoafirmación personal y, en determinados casos, también siguiendo el camino facilitado por la tradición o la influencia familiar.

5.4 La experiencia de la guerra: valor individual y épica colectiva

Los relatos de guerra ocupan un espacio importante en la historiografía y la literatura de los Siglos de Oro. Las batallas más importantes se encuentran narradas en crónicas, relaciones y cartas de relación, épica y otras obras en la órbita del memorialismo. Estos textos tienen una gran difusión en la época –como demuestra el éxito de la traducción de la *Guerra de las Galias* de Julio César– y, junto a los tratados de *re militari* y a las ficciones

³⁹⁷ Se trata de Bernardino López de Carvajal (1456-1523), gran orador, religioso e influyente diplomático en la Corte española y en Roma, donde ejerce como embajador de los Reyes Católicos. A lo largo de su trayectoria profesional, ocupa distinguidos cargos, como obispo de Astorga, de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza, y Cardenal de Santa Cruz. Hay que destacar su intensa labor diplomática y de mediación en tiempos de Sixto IV, Inocencio VIII y Pío III, si bien cae en desgracia tras participar, junto a otros cardenales, en el Concilio de Pisa de 1510 en contra de Julio II. Ese incidente motiva su excomunión y la pérdida de todos sus títulos. En 1513, sin embargo, es perdonado por León X y reintegrado con el título de Cardenal y Obispo de Ostia. En sus últimos días ocupará el episcopado de Plasencia. Bernardino de Carvajal juega también un papel importante en el contexto de la Santa Liga, esto es, de las guerras italianas de finales del siglo XV, en las que participa como militar su sobrino Diego García de Paredes.

caballerescas, estarían en la base de las narraciones de experiencias bélicas que aparecen en las autobiografías de soldados. En estas obras, sin embargo, los relatos de guerra quedan insertos en un discurso de vida y, por lo tanto, motivados por un acto autobiográfico que es, inevitablemente, subjetivo. Los autores no pretenden legar un testimonio de grandes batallas de los Siglos de Oro en las que han participado, sino dar cuenta de su experiencia de guerra. La labor militar no únicamente consiste en la lucha en el campo de batalla, pues también implica trabajos técnicos de reconocimiento del terreno y de aprovisionamiento, guardias, actividades de curso, construcción y edificación, relaciones o encuentros diplomáticos con el enemigo, entre otros menesteres. El discurso de los militares, por lo tanto, como ya indica Cassol (2000: 151), es más rico y variado de lo que podría pensarse, puesto que engloba toda la vida del ejército de los siglos XVI y XVII. En el contexto de la “épica de la pólvora” (Martínez, 2016) y del triunfo de la visión democratizadora de la historia, los pasajes de las Vidas de soldados dedicados a la narración bélica están encaminados a destacar tanto los méritos individuales como el esfuerzo colectivo de los hombres que conforman los contingentes militares de los siglos XVI y XVII.

5.4.1 *La batalla como empresa colectiva*

En las autobiografías de soldados, la experiencia de guerra se narra a partir de la vivencia subjetiva de los hechos por parte de los autores. Por ello, a diferencia de otros soldados como Bernal Díaz del Castillo, los autobiógrafos no necesariamente se detienen en los pormenores de las batallas más destacadas de la historia en las que han participado, sino que seleccionan los hechos que incluirán en el texto en función de la trascendencia de estos en su trayectoria vital. García de Paredes, por ejemplo, se refiere de manera superficial a una de las guerras más importantes en las que participa activamente: “Sucedieron las Comunidades y pararon en lo que ya sabemos” ([1533] 2006: 210). Del mismo modo, Jerónimo de Pasamonte resume brevemente su acción en la batalla de Lepanto:

En los Molinos de Corfú se hizo el aguada, y allí frontero, en un puerto que se llama las Gumenizas, tomó muestra Su Alteza a la felicísima armada católica. De allí nos partimos con ánimos invencibles, y, a siete de octubre, domingo, salido el sol, año 1571, dimos la batalla al turco con cien galeras

menos de las tuyas, y gozamos con la ayuda de Dios la felicísima victoria. Yo salí sin ninguna herida, aunque la galera en que yo iba peleó con tres del turco ([1603] 2017: 144).

Ambos soldados muestran no tener intención de asumir las labores de cronista, ni tan siquiera de escribir unas memorias de guerra, sabedores de que, a través de las crónicas y relaciones de la época, ambas contiendas son de sobras conocidas en la sociedad de los Siglos de Oro. Hay que señalar, sin embargo, que en la obra de Diego Duque de Estrada se evidencia, sobre todo en las últimas fases de redacción, un interés por la narración objetiva de acontecimientos o batallas destacadas del momento. Esa evolución estaría vinculada especialmente con la conversión religiosa del autor en su etapa de madurez, que, como ya se ha señalado anteriormente, implica también un giro en la manera de narrar su Vida. Del mismo modo, Miguel de Castro incluye la crónica de alguna batalla en la que no ha estado presente y cuyos detalles conoce de oídas.

Los soldados entienden los acontecimientos de la historia como una colección de hechos memorables, según Harari (2004: 127-128). Por ello, en las Vidas no existen apreciaciones sobre los motivos políticos o históricos que dan lugar a la batalla. La experiencia de guerra se concreta en una sucesión de escenas de acción, en las que los soldados participan. Las Vidas de Félix Nieto de Silva y de Alonso de Contreras son especialmente ricas en la narración de combates por mar o por tierra. En la presentación de esas escenas de guerra, al igual que sucede en obras cercanas al memorialismo, como las de Blaise de Monluc o Bernal Díaz del Castillo, se advierte una reivindicación del papel destacado de soldados y capitanes. Véase, a modo de ejemplo, el relato de la “pelea con la Xelma” en la Vida del capitán Contreras:

[...] abordámonos y fue reñida la pelea, porque nos tuvieron ganado el castillo de proa y fue trabajoso el rechazarlos a su bajel. Quedámonos esta noche hasta el día con lo dicho, y amaneciendo nos fuimos para él, que no huyó, pero nuestro capitán usó de un ardid que importó, dejando en cubierta no más de la gente necesaria y cerrados todos los escotillones, de suerte que era menester pelear o saltar a la mar. Fue reñida batalla, que les tuvimos ganado el castillo de proa muy gran rato, y nos echaron de él, con que nos desarrazamos y le combatíamos con el artillería, que éramos mejores veleros y mejor artillería. [...] Pasamos adelante con nuestra pelea aquel día a la larga, y viniendo la noche trató el enemigo de hacer fuerza para embestir en tierra, que estaba cerca [...] Y el capitán mandó que todos los heridos subiesen arriba a morir [...] Subieron todos y yo entre ellos, que tenía un muslo pasado de un mosquetazo y en la cabeza una grande herida [...] mandó el capitán a la fragata que nos remolcase hasta llegar al otro bajel, que estaba muy cerca; y, abordándonos fue tan grande la escaramuza que se trabó que, aunque quisiéramos apartarnos, era imposible, porque había

echado un áncora grande, con una cadena, dentro del otro bajel, porque no nos desasiéramos. Duró más de tres horas y al cabo de ellas se conoció la vitoria por nosotros [...] ([1633] 1983: 23-24).

La narración de la escena está dominada por la primera persona del plural, lo que refuerza el valor de la acción colectiva. La figura del capitán de la compañía, cuyo liderazgo parece ser decisivo para alcanzar la victoria, aparece completamente integrada como un todo en el conjunto de la compañía, al igual que sucede con el autor. Esa manera de entender la campaña como épica colectiva se observa también en la obra de Miguel de Castro:

Entraron los soldados, y cada uno tomaba la parte que le habían dicho, y donde su capitán hablaba, para ser conocidos de la gente de la tierra. [...] yendo el capitán y cosa de una docena de soldados de los suyos, entre los cuales iba yo, y por la callejuela que iba al castillo, que era angosta, vimos ciertas vacas, y todos detuvieron el paso, que hasta entonces apresuraban, pensando eran turcos; y conocido ya nuestro engaño, proseguimos el camino del castillo, al entrar del cual había una escala de leños larga ocho varas y ancha una, y muy alta a la cumbre de cuatro varas, y al entrar de la puerta, el primero que llegó fue Bartolomé García, yo y Cristóbal Rodríguez de la Pescina, aventajado del Rey, al tiempo que un turco viejo, alto, cerraba ya la puerta. Atravesamos los chuzos entre la puerta y la pared, y le impedimos el cerrarla, que hubiera sido de mucho daño, y de no haber hecho nada. Entramos luego dentro el capitán y doce o catorce soldados. Cogimos el turco y otros dos con él [...] ([1612] 2013: 82-84).

Además del uso de la primera persona del plural, Miguel de Castro reserva un reconocimiento especial para dos de los militares al mencionar sus nombres y apellidos. Tal recurso aparece en todas las autobiografías de soldados. Así, por ejemplo, Diego García de Paredes, sirve en la guardia del Papa “con otros españoles amigos nuestros, cuyos nombres son: Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio y Villalba, y posando todos juntos” ([1533] 2006: 41). El protagonismo o dignificación del trabajo del soldado común está reñido con las recomendaciones de los preceptistas sobre la narración de guerra:

[...] de todo se tiene que narrar y no se debe callar nada necesario. A no ser que algo sea tan poca cosa y sin importancia que merezca por sí misma recordarse. Lo que se tiene que narrar es lo grande y útil y no una cosa cualquiera, que si se omite no pasa nada. Como si uno, al narrar un combate enconado, dijera cómo se comportó un soldado raso, pues, a no ser que corresponda a un momento importante, obrará de modo inútil y sin juicio (Fox Morcillo, [1557] 2000: 215).

Los aspectos cotidianos o insignificantes que para Fox Morcillo deben quedar fuera del relato tienen cabida, sin embargo, en las *Vidas de soldados* y no únicamente con el objetivo de reconocer el valor o esfuerzo del colectivo en el campo de batalla. Así, por ejemplo, tras

dar cuenta de un combate, Alonso de Contreras decide incluir, a modo de relación de sucesos, las siguientes anécdotas:

Aquí vi dos milagros este día que son para dichos: y es que un artillero holandés se puso a cargar una pieza descubierto y le tiraron con otra de manera que le dio en medio de la cabeza, que se la hizo añicos, y roció con los sesos a los de cerca, y con un hueso de la cabeza dio a un marinero en las narices, que de nacimiento las tenía tuertas. Y después de curado, quedaron las narices tan derechas como las mías, con una señal de la herida. Otro soldado estaba lleno de dolores que no dejaba dormir en los ranchos a nadie, echando por vidas y reniegos. Y aquel día le dieron un cañonazo o bala de artillería raspándole las dos nalgas, con lo cual jamás se quejó de dolores en todo el viaje, y decía que no había visto mejores sudores que el aire de una bala ([1633] 1983: 23-24).

Esta escena muestra cómo, en las autobiografías de soldados de los Siglos de Oro, la historia en mayúsculas cede su espacio a la intrahistoria, lo que supone una completa subversión de los cánones tradicionales del relato de guerra.

El valor de la acción colectiva se aprecia de manera especial en la relación de los intentos de fuga de la *Vida y trabajos* de Jerónimo de Pasamonte. La realidad de los baños se presenta en esta obra como una suerte de campo de batalla, a diferencia de lo que ocurre en otros relatos autobiográficos de cautiverio. No hay en la autobiografía del soldado aragonés lugar para la observación o la descripción exótica de costumbres o ambientes otomanos, que sí están presentes, por ejemplo, en *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán.³⁹⁸ Los cautivos parecen vivir en un estado permanente de lucha colectiva por la vida, por lo que la intensa acción domina todas las escenas de la primera parte de la autobiografía. Véase, a modo de ejemplo, cómo se desarrolla uno de los primeros intentos de fuga liderados por Jerónimo de Pasamonte:

Llegué a la puerta, y todos fueron conmigo. Comencé a llamar bajo bajo:
 –¡Francisco! ¡Francisco! ¡Dad acá la hacha!
 Y el griego traidor se había escondido con la hacha por miedo, que es una. Salidos fuera, dije:
 –Lazarín, id dos a reconocer si hay algún naval detrás de la saetía.
 Él me dijo:
 –Va, va, corta las gúmenas y traviesa la galera, que siempre piensas el diablo.
 ¡Y no era sino Dios! Yo fui con mi camarada, que habría treinta pasos hacia riba, a hacer nuestro cargo, y, puestos encima la escala, comenzamos con nuestros cuchillos a cortar las ataduras de una

³⁹⁸ Al igual que sucede en la obra de Pasamonte, el también soldado Alonso de Salamanca centra su relato de cautiverio, que aparece en el canto V del *Libro de cassos impensados*, en la narración de la fuga colectiva de los cautivos.

gúmena de cáñamo que estaba en medio de la escala. A este tiempo, el turco de la guardia gritó, que siempre ellos gritan cuando hacen la guardia y se responden. Yo dije a mi compañero:

—¡Eya, Pedroso! Aquel es el viñadero y estas son las uvas: ¡animaos!

Y él después lo contaba a muchos.

Cortada esta gúmena, yo entré dentro de la galera a cortar la boza para aflojar un resto de esparto, y se habían de cortar dos palamaras de popa, y mi compañero cortaba la cuerda de la escala para echarla a la mar. A este tiempo sonó la grita y andaba la herrería de los buenos y animosos esclavos que habían embestido la galeota, y andaba la santa pedrada, y el buen Juan Fernández daba voces:

—¡Viva Malta!

Y animaba su gente ([1603] 2017: 152).

Tras cortar las ataduras de la galera que debe quedar atravesada en el puerto, Pasamonte pierde el hacha y a su compañero Pedroso. Opta por arrojarse al mar e intentar alcanzar la embarcación en la que los esclavos pretenden darse a la fuga:

Yo, con este pensamiento, me di tanta prisa a nadar con mi cuchillo atravesado en la boca, y salí un tiro de ballesta antes que la galera [...] Y luego me encontré con ella que salía casi armada, y conocí un buen soldado que se llamaba Andrea Milanés, con un puntal en las manos que venía guiando la galeota, que no encallase. Yo me abracé con el espolón hasta que salimos al largo, y él y Juan Fernández, mi camarada, me ayudaron a subir, y me arrodillé en el espolón y alcé las manos al cielo, creyendo estar en libertad.

Entré en la galera y hallé un pobre viejo que no tenía compañero y se llamaba Lohoro Esclavón, que me gritaba:

—¡Ayúdame, Pasamonte!

Yo torné el bogavante y él puso el estropo y comencé a arrancar con los demás. [...] El griego candioto que nos había desherrado, como le iba la vida, andaba por aquella crujía como un león, animando. Y el buen español que hacía la guardia en tierra y la había echado por la ventana se había echado a dormir sobre seguro, y como oyó la gritería, había arrebatado dos espadas y salido como un toro de Jarama a embarcarse, y andaba también como un león.

Púsose un poniente lebeche en popa, y nos llevaba la vuelta de la punta de Puerto Farina. Cuando vieron esto los que andaban por crujía, comenzaron a gritar:

—¡Oh, Lazarín, da el timón a la banda!

Corren a la popa; ni hallaron a Lazarín, ni a Moreto, ni a Nicroso, ni a Metelín, ni otros diez con ellos, que se habían ido por tierra, creyendo salvarse en Tabarca, tanto que seguían la galeota, y ninguno se salvó. Luego nueve hombres de los mejores frenillaron los remos y corrieron a mover el timón, que si los traidores que lo tenían a cargo lo hubiesen puesto, nos salvamos. [...] Y llamaron un griego que se llamaba Nicolás, porque era marinero [...]

Seríamos al pie de cuarenta millas a la mar, cuando llegaron las dos galeotas de veintidós bancos y la otra que hacía las ahumadas, y ¡triste la madre que allí tuvo hijo! Embisten todas tres con toda Bizerta con un alarido, y a gente desarmada: como quien corta melones al melonar, hicieron pedazos dieciocho o veinte. Y salimos heridos hasta veintiocho o treinta. [...] Diéronme cuatro heridas, y un renegado que me dio la que llevo en la mano derecha, que me era amigo, como me conoció, me defendió y salvó.

Tornamos bogando al puerto con mucho trabajo, y nos encerraron en la prisión así heridos. Como yo fui a mi rancho, hallé a Pedroso echado. Y como yo dijese: “¿Quién está ahí?”, él me respondió y

le conocí. Me así con él con dientes y manos, de coraje que no habíamos atravesado la galera. Todos nos acordamos en dar la culpa a los muertos, y así yo quedé con la vida, y uno que estaba con nueve heridas de muerte, lo hicieron pedazos y lo pusieron por los cantones para espantar los pájaros del cañamar. *Laus Deo* ([1603] 2017: 152-155).

El relato tiene un claro sabor épico, reforzado por el uso de comparaciones: “andaba por aquella crujía como un león” y “como un toro de Jarama a embarcarse, y andaba también como un león”. La escena avanza a partir de dinámicos diálogos en boca de los múltiples personajes que participan en el intento de fuga, cuyos nombres se mencionan de manera expresa. Incluso se detallan los nombres de los ausentes: Lazarín, Moreto, Nicrosio y Metelín, quienes traicionan al grupo e intentan huir por tierra. El uso de las palabras “camaradas”, “compañero” y “amigo”, las exclamaciones de ánimo y estímulo continuas entre los que participan en la empresa y la repartición consensuada de tareas también refuerzan esa visión de la acción bélica entendida como un esfuerzo colectivo. La escena, además, se resuelve con el acuerdo unánime del grupo, ante el fracaso del intento de fuga, de culpar del alzamiento a los fallecidos. El relato oral de la anécdota también será compartido con el colectivo posteriormente, puesto que Pedroso, como indica el propio Pasamonte, “después lo contaba a muchos”.

El reconocimiento del valor de todos los integrantes del equipo que participan en la campaña no únicamente incluye a los soldados rasos. El campo de batalla parece igualar a los militares de distinto rango y, por ello, Domingo de Toral y Valdés guarda una mención especial para Don García Pimentel, hijo del conde de Benavente, que fallece en el asedio a la ciudad de Bergen:

[...] demás de ser tan gran señor, servía en cualquier puesto como un soldado, el más humilde, sujeto a la obediencia de un cabo de escuadra, sin excepción en su persona ninguna ni recatarse del peligro. Tanto que cubriéndonos una noche, en un puesto que tomábamos, sin morrión ni peto acudía a traer la fajina, a asentarla, a echar la tierra con tanto desenfado y poco cuidado de sí como si fuera por la calle Mayor de Madrid paseándose. Díjele: “Señor, ¿cómo vuestra señoría anda así, no ve que le dará un balazo con mucha facilidad y le perderemos, que importa más que todo este sitio?”; y me respondió: “¿Qué es lo que dice, soy yo más que un pobre soldado como vuestra merced?” Era de extremada piedad, visitaba a los heridos con mucho cuidado de que se les asistiese, y lo que podía hacer por ellos no lo pedía a nadie. Cuando retiraban algún herido le salía al camino, consolábale y dábale uno o más reales de a ocho, según eran las personas y las heridas ([1634] 2016: 123-124).

El valor del noble militar parece no residir ya en su fuerza o heroísmo como guerrero o líder del contingente, sino en la modestia de situarse al mismo nivel que un soldado raso y de trabajar en favor del bien común, de fundirse, en definitiva, con el colectivo.

Existe, como señala Harari (2004: 176 y ss.), una conexión entre los hechos, el honor y la identidad. Al salir del plano anónimo, los soldados, de algún modo, ganan el reconocimiento y la inmortalidad. Las pequeñas anécdotas, los personajes de bajo rango, que son mencionados por sus nombres y que toman protagonismo en la escena, muestran el triunfo de la épica colectiva y la democratización del testimonio de guerra. En estas obras, el “nosotros” se sitúa en primer plano, pero también lo hará el “Yo”. No en vano, los autores eligen la autobiografía para expresarse, en lugar de otras formas literarias como las memorias o la crónica.

5.4.2 *Hazañas épicas, honra e industria*

La finalidad última de las Vidas de soldados no pasa por presentar una visión justa o ética y, por lo tanto, objetiva, de los acontecimientos bélicos narrados. Los militares escriben desde la más absoluta subjetividad, en vistas a poner en valor su acción individual o sus hazañas, lo que no excluye que, como se ha argumentado anteriormente, también entiendan la batalla como una empresa eminentemente colectiva. La temprana autobiografía de Diego García de Paredes parece sentar las bases del relato de proezas individuales en el campo de batalla que seguirán otros soldados autobiógrafos posteriormente. Al no contar con un linaje destacado, como observa Gastañaga Ponce de León (2012: 46), el Sansón de Extremadura fía en la fuerza de sus brazos su valía como hombre de armas, participando así de la construcción popular de su propia leyenda. Un ejemplo de la descripción de la acción individual en la obra de García de Paredes se halla en la narración de la batalla de Rávena, en el contexto de las campañas militares en Italia:

Y fui por esco[l]ta con mis tres banderas, dos de escopeteros y una de caballos, donde se hizo el sacomano. Dejé la infantería y yo pasé adelante con los caballos. Fui acometido de ellos y tomáronme el paso. Fue forzado pelear y romper por medio, lo cual se hizo a su pesar. [...] Todos los otros murieron, y a mí me prendieron con tres heridas de escopeta y mi caballo muerto. Tomáronme cuatro hombres de armas y, llevándome preso a pie, tomamos un puente sin bordes. Y

allí me abracé con los que me llevaban asido y, abrazado así, me dejé caer de la puente abajo con ellos en el río, donde todos ellos se ahogaron y yo escapé por buen nadador y voluntad de Dios, que si me llevaran al campo me dieran mil muertes. Y así volví a nuestro campo armado de todas armas, a pie y mojado y seis millas de camino. Con todo, fui bien recibido del Próspero ([1533] 2006: 44).

Este tipo de acciones temerarias, en las que el autor hace alarde de su fuerza hiperbólica, se ajustan a la imagen popular del mítico Hércules de España o Sansón de Extremadura, que queda reflejada en las múltiples referencias y recreaciones literarias del personaje en los siglos XVI y XVII. Así, en el *Quijote*, el ventero Juan Palomeque se refiere a García de Paredes como el “valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia” ([1605] 1998: I, 372).³⁹⁹

En los relatos de batalla que aparecen en la *Suma*, el militar extremeño construye, además, una imagen de sí mismo en la que destacan la honra y el sentimiento de pertenencia a la patria. Así, sirviendo en el ejército del Papa, García de Paredes se lanza contra el batallón enemigo, precisamente las tropas españolas, al grito de “¡España, España!” ([1533] 2006: 42), lo que le vale una acusación de traición por parte de su capitán. Para salvaguardar su honra, se enfrenta a su superior: “y le corté la cabeza, no queriendo entenderle que se rendía” ([1533] 2006: 42). Por esa acción implacable, el Papa ordena el encarcelamiento de Diego García de Paredes, aunque el soldado logra escapar para, finalmente, unirse al ejército español. Con este relato, el Sansón de Extremadura le da la vuelta a su condición de mercenario al servicio de diferentes ejércitos durante su dilatada trayectoria profesional. Para esa autorrepresentación heroica, el autor se sirve, como indica Gastañaga Ponce de León (2012: 49), de los libros de caballerías, pero también tendrán

³⁹⁹ Como ya se ha mencionado en este estudio, García de Paredes aparece en el *Quijote*, en la *Crónica del Gran Capitán* y en el *Carlo famoso*. El famoso militar también es un personaje destacado en tres comedias de Lope de Vega: *La contienda de Diego García de Paredes y el capitán Urbina*, *Las cuentas del Gran Capitán* y *El blasón de los Chaves de Villalba*. En 1621, en la carta anónima de Diego Monfar, aparece la “Vida y hechos de García de Paredes, flor de estremenos, senior” y, en 1631, Tamayo de Vargas escribe una biografía del Sansón de Extremadura. La popular anécdota de los doce pares, protagonizada por García de Paredes, aparece en el *Sermón de la Aljubarrota* (1545) y en la *Floresta española* (1574). Hay menciones al autor en obras tan dispares como el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (1603) de Francisco de Luque Fajardo, el *Criticón, Días geniales o lúdrico* (1626) de Rodrigo Caro, los *Comentarios a Garcilaso* (1580) de Herrera, los *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589) de Juan de Pineda o la *Crónica burlesca* de Francesillo de Zúñiga. En la literatura de ámbito militar, hay referencias a su figura, por ejemplo, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y en el *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566) de Jerónimo de Urrea. Para más detalles sobre la recreación de Diego García de Paredes en la literatura de los Siglos de Oro, ver Cassol (2000b) y Sánchez Jiménez (2006, 2019).

peso las tradiciones épicas, determinadas Vidas de santos y biografías caballerescas.⁴⁰⁰ Si bien en el testamento de García de Paredes queda registrado un ejemplar de los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de Julio César como libro de cabecera del autor, Pope (1984: 33) ya advierte las diferencias respecto a la obra del soldado extremeño. Gastañaga Ponce de León (2012: 50), por su parte, sugiere que la obra de César no habría sido leída por los soldados y estos la conocerían únicamente a partir de referencias.

La exaltación épica de la acción del autor en el combate se encuentra prácticamente en todas las autobiografías de soldados posteriores a la *Suma*, si bien en los textos de Diego Duque de Estrada, Alonso de Contreras y Félix Nieto de Silva hay una mayor recurrencia a ese tipo de pasajes. En casi todas las Vidas, a diferencia de lo que ocurre en la *Suma* de García de Paredes, el honor y el servicio a la patria se traducen también en compensaciones de tipo económico. Una buena muestra de la autorrepresentación heroica en la batalla se encuentra en la Vida de Catalina de Erauso. En la toma de Valdivia, el enemigo se lleva la bandera y el arrojo de la Monja Alférez será decisivo para su recuperación:

Viéndola llevar, partimos tras ella yo y dos soldados de a caballo por medio de gran multitud, atropellando y matando, y recibiendo daño: en breve cayó muerto uno de los tres. Proseguimos los dos. Llegamos a la bandera, cayó de un bote de lanza mi compañero. Yo recibí un mal golpe en una pierna, maté al cacique que la llevaba y quitésela, y apreté con mi caballo, atropellando, matando e hiriendo a infinidad, pero malherido y pasado de tres flechas y de una lanza en el hombro izquierdo, que sentía mucho. En fin, llegué a mucha gente y caí luego del caballo. [...] Curáronme, y quedamos allí alojados nueve meses. Al cabo de ellos mi hermano me sacó del gobernador la bandera que yo gané, y quedé alférez de la compañía de Alonso Moreno [...] ([1625] 2002: 114).

La proeza de Catalina de Erauso, que, a pesar de las heridas, avanza implacable por el campo de batalla hasta conseguir la bandera, es una clara muestra de exaltación patriótica,

⁴⁰⁰ Los arquetipos del santo, del caballero y del héroe se superponen, pues todos beben de la inagotable fuente del folklore y de las tradiciones populares. Alejandro Magno, el Cid o Fernán González aparecen, en ciertos momentos, como el brazo armado de Dios, en un vaivén entre lo heroico y lo hagiográfico (Gómez Moreno: 2008: 33-34). A su vez, desde la Edad Media los hagiógrafos emplean fórmulas épicas y algunos santos se presentan como héroes (Baños Vallejo, 2003: 65). También la biografía se habría visto impulsada al final de la Edad Media por el culto a los héroes, con motivo de la Guerra de los Cien Años (Gaucher, 1994: 12). Sánchez Alonso (1953: 306) destaca la *Crónica del Gran Capitán* en ese contexto de gusto por las biografías de perfil heroico. De ahí la recuperación, además, de textos o tradiciones similares anteriores, como la crónica del Cid, impresa en 1498 y 1512. En el siglo XVI, el texto se vuelve a imprimir hasta en tres ocasiones, al tiempo que el relato del Cid pasa a difundirse también en pliegos de cordel. Todas estas imágenes de lo heroico están presentes en el ideario colectivo e influyen, sin lugar a dudas, en las estrategias de autorrepresentación de Diego García de Paredes.

que le vale un ascenso en su carrera profesional. Elementos similares se hallan en los múltiples relatos de guerra de Diego Duque de Estrada. Véase, a modo de ejemplo, el siguiente fragmento:

Fue tal el combate que, hallándome con diez soldados valentísimos muertos y yo mal herido de un flechazo en el hombro izquierdo, desangrándome, peleaba por muerto desesperadamente, sin acordarme de más que de la honrosa empresa y quemar el bajel; y esto, cuando me decían que me retirase, que me desangraba [...] Estaba un bajel pequeño a una parte de aquel grande y espacioso puerto, [...] y embistiendo de romana y subiendo yo primero, fui arrojado, de una arma en hasta, en el barco, siendo esta herida, dada en la frente, peligrosa y dolorosa, y muertos otros dos soldados y aun perdidas las esperanzas de mi vida y de la victoria. Volví en mí y, embistiendo segunda vez marineros y soldados con la codicia de la presa, ganamos la plaza de armas, muriendo de ellos veinte. [...] Llegué al galeón capitán, adonde fui recibido del general besándome la sangre de la frente y llamándome honra de españoles y reputación de Su Majestad. No hizo menos el almirante, gran soldado de Flandes, de quien guardo entre mis papeles tan honrada fe cuan envidiada fue esta sangre vertida hasta del general. Hiciéronme la cama en popa, adonde no pudiéndome sacar el hierro de la flecha por estar en el juego del hombro, por haber yo quebrado el asta porque no me estorbase, tiré de ella con admiración de todos, y al movimiento que hice abrióse la coyuntura y salió. Dióme el almirante cien escudos para confituras y mucha presente de la presa, que llegarían a mil escudos ([1646] 1982: 265-267).

Al igual que la Monja Alférez, Duque de Estrada lidera a sus soldados, herido gravemente en el hombro izquierdo. Además, también recibe un reconocimiento de sus superiores por el servicio a la patria y al Rey.⁴⁰¹ La recompensa no se traduce únicamente en términos de honra, sino que al autor se le entrega una fe, con la que engrosará sus papeles de servicios, y una compensación económica. En cuanto a las demostraciones de honra, sin embargo, para Calvo (2019: 50-52), es la obra de Jerónimo de Pasamonte la autobiografía que muestra un perfil más heroico del protagonista. El soldado aragonés presenta la siguiente escena en de su etapa como militar:

Yo iba con una terrible quartana, y mi capitán, don Pedro Manuel, me quiso dejar en Mesina y en Palermo y en Trápana. Yo, por celo de la honra, no quise sino ir a la armada o morir. Y me acuerdo que, el día que desbarcamos al arenal de La Goleta con buena marea, me tenía la quartana: y yo, armado con mi coselete y pica, con el terrible frío hacía crujir mis guazamalletas. El capitán, que me vio, me hizo subir del esquite. Yo dije:
—¿Por qué?

⁴⁰¹ Croce (1933: 372) señala la importancia del honor y la sumisión al Rey en ciertos pasajes de la Vida de Diego Duque de Estrada, como, por ejemplo, en el relato de su estancia en la Corte de Bethlen Gabor. Para el crítico, Diego Duque encarnaría un ideal común en la época, caracterizado por el honor, el orgullo y la devoción al Rey y al Dios español. Esas cualidades estarían alineadas con una “conciencia de pueblo español invencible” (1933: 373).

Él me dijo que me quedase con los malos. Y me torné a arrojar al esquiife. Y el alferez Holguín mío dijo:

–Soldado tan honrado, ¡déjenle ir! ([1603] 2017: 146).

En la segunda parte de su autobiografía, Pasamonte insiste nuevamente en sus méritos: “soy conocido y sustento honra” ([1603] 2017: 255). Por esos “muchos y honrosos servicios y trabajos en servicio de mi Rey” ([1603] 2017: 255), Jerónimo de Pasamonte solicita ser recompensado económicamente, del mismo modo que Duque de Estrada y la Monja Alferez.

En los militares de los Siglos de Oro, el comportamiento honroso, sin embargo, no únicamente es importante en aras de la consecución o justificación de ascensos y beneficios económicos. Se observa, en sus Vidas, una preocupación por la imagen pública que proyectan de sí mismos. Respecto a este aspecto, son interesantes las observaciones de Puddu:

En esta sociedad militar en la que las acciones de cada uno encuentran en los compañeros un público crítico y de memoria dilatada, la censura o el elogio obtenidos en el frente se traducen en serios perjuicios o en ventajas sustanciales incluso cuando, después de largos años de duro servicio, los soldados regresan a su tierra de origen. La reputación se convierte así en un bien inestimable y con ella parece coincidir casi enteramente el concepto de honra, valor fundamental, en la paz como en la guerra, de toda la sociedad castellana (1984: 80).

Esa relevancia del honor en la subcultura soldadesca y en la sociedad en general se pone de manifiesto en la autobiografía del marqués de Tenebrón, cuando el autor es apresado por el enemigo y negocia su libertad con Manuel Freire, a cambio de la entrega de un soldado portugués. A su llegada a Madrid, las autoridades no aprueban el canje, a lo que el capitán Nieto de Silva responde del siguiente modo ante el funcionario público con el que se entrevista:

–Lo que yo deseo es que se me dé á Nuño de Mendoza, porque no dándomele, me es forzoso volverme á cumplir mi palabra á Portugal y S. M. ni puede ni debe estorbármelo, porque la palabra que dí como D. Félix de Silva, como tal la he de cumplir [...] yo no tengo más oficio que servir al Rey, y no me he de exponer á que si mañana me vuelven á hacer prisionero, me hagan un desaire con razón, porque falté á mi palabra, y así más quiero que me ahorquen sin causa ([1690] 1888: 110-111).

En las palabras de Félix Nieto de Silva, el sentido de honra se presenta como un deber caballeresco⁴⁰² con claras repercusiones sociales. Otro ejemplo del valor social de la honra entre los militares de los Siglos de Oro se encuentra en el relato que aparece en la Vida del capitán Alonso de Contreras, sobre la trágica batalla de la Mahometa de agosto de 1605. En él, el soldado refiere la actitud reprobable de un capitán de infantería:

El Adelantado, viendo esta desdicha, fuese a embarcar a su faluga que tenía. Y un capitán de infantería, camarada suya, dentro de guarda, como vio la gran desorden y la borrasca se fue a galera. Dicen que le llamaba a voces el Adelantado por su nombre, apellidándole camarada, que el nombre no digo por su infamia que hizo, y sin volver a tierra se fue y dejó al buen señor donde se ahogó queriendo nadar, y el esquife de la Capitana lo embarcó, que lo conoció; pero cuando lo hizo ya estaba ahogado ([1633] 1983: 91).

La escena es sobre todo deshonrosa por la falta de compañerismo del capitán, pues se insiste en que era “camarada” del General y no únicamente un subordinado. Tal vez por ello, el episodio tiene importantes resonancias entre los soldados –y quizá también en la sociedad del momento–, pues Miguel de Castro da, a su vez, una versión del mismo en su autobiografía, si bien fecha los acontecimientos en agosto de 1606. El soldado conoce los hechos de la batalla de la Mahometa de oídas, pues no participa activamente en la campaña, pero decide incluir “la lastimosa pérdida e infeliz jornada” ([1612] 2013: 105) en su obra “por ser cosa digna de no pasarla en silencio” ([1612] 2013: 105). Miguel de Castro narra, del siguiente modo, la actitud cobarde del capitán que abandona a su suerte al Adelantado de Castilla:

También dicen que cierto capitán de infantería, que por no ser demasiado, paso en silencio su nombre, el cual yendo de los primeros a embarcarse a gran prisa, sin mirar por sus soldados [...] y llegado a la marina, encontró solo la faluca que estaba armada aposta para su general, esperándole en la necesidad, y la tomó por fuerza, habiéndoselo dicho los marineros que era del adelantado, y que le estaban esperando por orden suya; y defendiéndoselo, metió mano a la espada para darles. Viendo esto los marineros, por fuerza le llevaron a galera, y él se fue a la donde venía embarcado, dejando su compañía y general en tierra peleando [...] El adelantado se fue a embarcar, constreñido y seguido de una infinidad de turcos o moros que le iban siguiendo [...] Llegado a la marina, la faluca no había vuelto aún, y no hallando en qué embarcarse, a la orilla del mar estuvo peleando un gran rato, y no vino bajel alguno ni faluca, que las galeras estaban lejos [...] que parece que todo se había aunado a perseguir al pobre adelantado [...] El cual [...] cayó en la marina; y forzándose a levantar, no pudo

⁴⁰² Para Sánchez Martín, en el relato de su vida, Félix Nieto de Silva “se personifica a sí mismo en las virtudes del buen caballero cristiano al servicio del Rey” (2015: 229), con un fin autorreivindicativo y autoapologético.

por el gran peso de las armas y el cansancio del cuerpo y heridas, y así murió allí ahogado [...] ([1612] 2013: 107-108).

Tanto Alonso de Contreras como Miguel de Castro optan por omitir el nombre del capitán en sus relatos, aunque probablemente fuera de sobras conocido entre los soldados de la época. Miguel de Castro, además, narra el regreso de los militares tras el fracaso de la contienda, entre ellos el avergonzado capitán, que no logra asumir las consecuencias de su cobardía:

Basta lo dicho de él, que hartó trabajo tiene quien no puede alzar la cara donde no se vea señalar con el dedo, y no por ensalzarle, antes al contrario; y fue de tal fuerza en este caballero o capitán que atrás dije [...] que dentro de tres meses murió de pesadumbre ([1612] 2013: 109-110).

Por su parte, también Alonso de Contreras da su propia versión sobre la suerte que corre el capitán, con interesantes divergencias respecto al relato de Miguel de Castro:

Al capitán que le llevó la faluga al Adelantado hicieron proceso, y un hermano suyo, que estaba en Palermo en puesto grande, viendo que le habían de dar muerte infame por lo escrito, le dio una noche veneno y amaneció muerto, hinchado como una bota. Ya he dicho que no digo su nombre, porque era muy conocido ([1633] 1983: 93).

Como fuere, la presencia de esta anécdota en dos autobiografías del momento es una muestra, no solo de la difusión oral que tienen determinados relatos de guerra entre los soldados de los Siglos de Oro, sino también del peso social de la honra en la narración de la acción individual en el campo de batalla.

En la narración de acciones bélicas en las Vidas de soldados de los Siglos de Oro, además del patriotismo y la honra, se ponen en valor la temeridad y el arrojo que ya aparecen en la *Suma* de García de Paredes. Este motivo es un recurso reiterado en la autobiografía de Félix Nieto de Silva, que monta en su caballo con determinación “para hacer una locura” y, “encaprichado en este disparate” ([1690] 1888: 31), se dirige solo hacia el batallón enemigo. De manera similar a Catalina de Erauso y a Diego Duque de Estrada, el soldado avanza entre las tropas enemigas con una espada clavada en un brazo:

[...] y llegando una cuadrilla de estas á cerrar conmigo, cerré con ella, y dándole á uno una cuchillada con los primeros tercios, me pareció dí en duro, y recogiendo el caballo, le tiré una estocada á la cara, y al sacar la espada me tiró otro que venía detrás una estocada; y como me cogió en aquella postura, me atravesó por junto al borde del peto y salió á la punta de la espaldilla [...] y él huyó dejando la espada, y así que la soltó dio dos o tres sacudidas la guarnición con la hoja que

estaba fuera del cuerpo, fieras y de sumo dolor [...] Y me salí de ellos, y poniendo mi espada entre el arzón de la silla, le eché las dos manos y tiré por la hoja á ver si me la podía sacar; cortéme ambas manos y no pude, volví a tomar mi espada y proseguí con estotra atravesado [...] llegó mi Alférez, que era bravo mozo [...] Y agarrándola él con ambas manos, y yo la una en el mechón del caballo y la otra en la manzanilla de la silla, le dio tres o cuatro enviones y me la sacó [...] Y atravesar por medio de tanta caballería, que no pude numerar por venir deshechos, pero me persuado pasarían de quinientos caballos, y yo solo y con la espada colgando del pecho derecho, y ser forzoso atravesar por entre ellos dando y recibiendo, bien se vé fue milagro patente y no valor ([1690] 1888: 11-105).

También Diego Duque de Estrada insiste en su impulso temerario en la narración de la batalla de Bratislava, en la que el ilustre general Baltasar Marradas, tras elogiar la actitud del soldado, expresa su temor a perderlo por ser “demasiado arrojado” ([1646] 1982: 377). Ya desde las primeras campañas en las que participa, a las órdenes del marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, se insiste también en la temeridad del soldado toledano:

[...] el Marqués me mandó no saliese de su popa y en tierra no dejase su persona, so pena de su desgracia; que deseaba emplearme en mayores cosas y que no estaba la valentía en embestir sin prudencia sino en obedecer con paciencia y mostrar el valor cuando se le ordenaba. Pesóme mucho me fuese a la mano, doliéndome esta reprehensión, en la cual me dijo que aprendiese primero a ser soldado y después ejecutaría el serlo (Duque de Estrada, [1646] 1982: 192).

La iniciativa individual contraviniendo las órdenes de los superiores también da lugar a una de las acciones más destacadas en la etapa como militar del capitán Domingo de Toral y Valdés. En el relato de la jornada de Bombaça, el autor da cuenta de cómo su toma de decisiones resultará determinante para la suerte del General y de los hombres que lo acompañan en las labores de reconocimiento del terreno:

Llevó consigo los caballeros más lucidos que había en el ejército, una compañía de arcabuceros, sin muchos que fueron sueltos, que serían cerca de cien soldados; dejándome a mi gobernando lo restante del ejército que quedaba, con orden que no saliese nadie de allí sin la suya, hasta que avisase. Había en el puesto una casa vieja que estaba fortificada. Luego que llegó, arrimaron las armas y los soldados se desparramaron, divirtiéndose en árboles frutales que hay; y el General se subió a un árbol para descubrir y ver la fortaleza y la isla. Había en el bosquejo alrededor, que era mucho, una emboscada de negros. Como conocieron la ocasión, de tropel embistieron disparando muchas flechas. [...] Encerráronse en la casa vieja, y en ella murieron defendiéndose Don Diego de Lima, Juan Álvarez de Mora, el Capitán Pedro Álvarez de Castelbranco, el Capitán Juan de Fonseca. A Don Rodrigo de Acosta hirieron, sin otros soldados de menos nombre que mataron o fueron heridos [...] Oyose este ruido en los cuarteles donde estábamos, por la respuesta de algunos arcabuces, y entendí que el General peleaba; y así, contra toda buena orden de milicia, desguarneciendo el puesto y las banderas y artillería, y contra la orden, sin tener aviso cierto,

entresaqué alguna gente y con dos Capitanes, y con ellos Don Fernando de Noroña, hijo del Virrey, le socorrí; y llegué a tiempo del mayor aprieto en que estaba la gente. El enemigo, viendo el socorro, se retiró, y los nuestros se mejoraron ([1634] 2016: 172-173).

A pesar de este fragmento, sin embargo, no se observa, en la Vida del capitán Toral y Valdés, esa exaltación épica de sus méritos personales tan característica de otras autobiografías. Hay un cierto comedimiento en la construcción de su imagen como hombre de guerra y, tal vez, un mayor interés en mostrar las habilidades técnicas del autor. Esta obra es muestra de cómo la valía individual del soldado de la Edad Moderna no únicamente se reduce al relato de sus hazañas honrosas y heroicas en la lucha cuerpo a cuerpo.

En el momento en que los autobiógrafos ocupan un cargo importante en las milicias y, por lo tanto, tienen bajo su mando un contingente de soldados, otros aspectos, como la responsabilidad y profesionalidad jugarán un papel importante en la construcción de su imagen de hombre de armas. El ascenso en la jerarquía militar se refleja en un desplazamiento del uso del “nosotros” en la narración de la acción bélica colectiva, en favor de la primera persona del singular. Este rasgo ya se observa en la obra de Diego García de Paredes. Cuando el soldado extremeño decide abandonar su servicio en las tropas del Papa y pasar al ejército español, en calidad de capitán de una compañía de arcabuceros, narra la batalla de la siguiente manera:

[...] Y venida la hora puse en cinco partes la gente y comencé de templar las cajas de los atambores. Y los enemigos pensaron que fuesen venecianos, y así pude legar sin alboroto al campo, al cual acometimos a un tiempo todos, entrando por él matando y quemando, de tal suerte que no era bien de día cuando eran rotos sin saber quién los rompía. Y tomé el artillería, haciendo volver las bocas hacia ellos. Y, salido el Duque, acabamos la jornada, donde reposamos cuatro horas. Y tuvimos modo de enviar la carta a los venecianos y que pasasen el río, y así lo hicieron, y pasaron todos, que eran seis mil. Yo fui con dos mil arcabuceros a un soto donde los puse secretos. Y el Duque vino como a recibirlos, y ellos, no sabiendo cosa de lo pasado, salvo el ruido de la artillería, pasaron sin sospecha. Y queriendo ponerse en orden, les acometí con la escopetería, donde murieron más de dos mil, y los otros presos y ahogados ([1533] 2006: 43-44).

El éxito de la campaña no se debe ya únicamente a la acción conjunta del colectivo, ni tampoco al arrojo o la temeridad individual del autor. En su posición de capitán, García de Paredes se muestra resolutivo en la toma de decisiones y en el diseño de una estrategia militar adaptada a las características de los ejércitos de la Edad Moderna, en los que la artillería pesada y las armas de fuego tienen un valor determinante. A pesar de haber sido

considerado como un pusilánime por parte de la crítica, Jerónimo de Pasamonte también se muestra capaz de liderar y trazar, en términos indiscutiblemente bélicos, una meditada estrategia de fuga durante su cautiverio:

Yo tenía ochenta cristianos en la prisión, y íbamos a trabajar al castillo. Los otros veinte eran algunos maestros, y hacían una galeota en un isloto que está allí en el canal. Yo hice de mis ochenta tres postas con sus cabezas, y avisé a los de la isla que, en sintiendo el ruido, que volasen. De mis ochenta, en arremetiendo y ganando la puerta, los veinte subiesen encima de la puerta y cortasen el rastrillo, y los otros veinte defendiesen y atrancasen la puerta hasta aseguralla y, asegurada, subiesen con los otros a defendella con esfuerzo. Y yo con los otros cuarenta había de volar a los almacenes por armas y pólvora, y que andase la danza. Y muertos los pocos y ruines turquillos, cañonear muy bien la ciudad y hacellos sfrasar por aquellas campañas a son de artillería, y hacer un agujero por la muralla a la vuelta del canal, y armar nuestra galera, que estaba allí debajo, y coger el camino hacia tierra de cristianos ([1603] 2017: 149-150).

Ese valor del Yo que lidera con madurez y astucia a los soldados en la lucha por la victoria está muy presente en las autobiografías del marqués de Tenebrón y de Alonso de Contreras, en cuya obra se encuentra el siguiente pasaje:

[...] enarboló un estandarte verde con tres medias lunas que llegaba al agua. Mi gente comenzó a desmayar y el patrón dijo “Ay de mí, que somos esclavos; que es la galeota de Cayte Mamí de Trípol”; yo le reñí y dije: “Ea, hijos, que hoy tenemos buena presa” [...] “Déjame, que esta galeota es nuestra; cada uno tenga su espada y rodela a su lado, y los soldados con sus mosquetes” [...]. Comencé a caminar hacia la galeota; ella se estaba queda y hacía bien, porque yo ya no podía huir, aunque hubo pareceres de ello, pero era mi total ruina, además de la infamia. Díjelos “Amigos, ¿no veis que de aquí a tierra de cristianos hay ciento veinte millas y que este bajel es reforzado y a cuatro paladas nos alcanzará y les damos valor en huir? Déjame hacer a mí, que yo también tengo vida” [...] Pareciores bien, y arbolando nuestras banderas fui con el mayor valor a embestirla, que se quedaron atónitos; y vista mi resolución ya que estábamos cerca se puso en huida. [...] Antes de amanecer di de almorzar a la gente y vino puro por lo que se podía ofrecer, y amanecido me los hallé a tiro de arcabuz. Puse la proa sobre ellos, y los iba alcanzando y tiré la mosquetería; ellos apretaron los puños en huir, yo en seguir, que no los quise dejar hasta que lo hice embestir en tierra, debajo de la fortaleza de los Gelves, donde saltaron en tierra, el agua a la cintura, porque esto todo es bajo y, aunque me tiraron algunas piezas, no por eso dejé de dar un cabo a la galeota, y saqué fuera, donde no me alcanzaba la artillería. ([1633] 1983: 33-35).

A través del uso del estilo directo, Alonso de Contreras se muestra como un soldado plático, pues su éxito es el resultado de la experiencia y del temple en la toma de decisiones. En otro pasaje de su autobiografía, el mismo capitán indica que el enemigo, para alcanzar su embarcación, “usó de su astucia marinera”, y Alonso de Contreras, a su vez, se sirve de “la industria” ([1633] 1982: 52) para conseguir derrotarlo. Precisamente por

sus habilidades y su experiencia, el duque de Feria requiere sus servicios cuando monta unos buques destinados al corso: “sabiendo que yo era práctico, me rogó quisiese capitanearlos” ([1633] 1983: 86). En la misma línea, Diego Duque de Estrada narra cómo, en una ocasión, el conde de Alagui le alaba su “ardid de guerra” ([1646] 1982: 369). Su preocupación por la estrategia militar y sus habilidades técnicas se ponen de manifiesto también en la carta o relación que destina al marqués de Palmas, así como también en el “Parecer dado en el segundo Consejo de guerra sobre lo necesario para provisionar y fortificar la ciudad de Caller” ([1646] 1982: 481-484). Las observaciones sobre la importancia de la organización técnica en el campo de batalla son especialmente ricas en la obra de Domingo de Toral y Valdés. Así, a propósito del asedio de Bergen, el autor indica: “Comenzáronse a abrir trincheras tarde y mal, porque todo fue sin orden ni acuerdo” ([1634] 2016: 120) y, en el relato de la jornada por la recuperación de Bombaça, se encuentra la siguiente valoración: “Ocupamos el puesto y fortificose de mala manera” ([1634] 2016: 176). También en la Vida de Félix Nieto de Silva se hallan apreciaciones sobre la relevancia, en términos estratégicos, de la fortificación. Así, respecto a su desempeño como General de la plaza de Orán, indica: “lo que me dio más cuidado fué cuando reconocí las fortificaciones, porque mayor miseria ni dentro de Castilla la Vieja la podía haber” ([1690] 1888: 188).

Domingo de Toral y Valdés, al igual que el capitán Contreras, desempeña en el ejército labores de reconocimiento y de evaluación del terreno que requieren de habilidades técnicas muy específicas. En la toma de Bombaça, por ejemplo, es enviado a valorar las condiciones para trazar una posible estrategia de ataque y concluye al respecto: “Hícelo, no me pareció a propósito” ([1634] 2016: 176: asegurarme). En el relato de esa misma campaña, el autor se detiene a analizar los problemas en las labores de fortificación, en las que desempeña un papel destacado bajo las órdenes del General:

Mandome que le fuese a reconocer, pareciome bueno, y así se lo dije al General, aunque peligroso porque era en medio de la isla, y lo necesario de la gente había de venir de los navíos y era necesario gran cuidado y mucha escolta para que viniese seguro. Con todo, me volvió a mandar, qué quería levar, que volviese allá y procurase se fortificase lo mejor que fuese posible. Así se hizo en una tarde, ya digo que no con la perfección que acostumbra la nación castellana en Flandes y en otras partes, porque esto se hace a puro trabajo personal, y los portugueses en aquella parte lo remiten todo a pelear y el valor, no dejando nada a la industria, porque lo tienen por defecto. Además, que no

guardan los preceptos de las órdenes con la puntualidad que requiere la guerra, teniéndose cada uno por tan bueno en todo como el que gobierna. Y esto causa muchas veces malos efectos y oposiciones, disminuyéndose el acierto de lo que se pretende conseguir, sin entender que con la conformidad lo poco crece, y sin ella lo mucho se hace nada; y que corre evidente peligro lo que orden no tiene. [...] Esto dio ocasión en este sitio a notables desgracias [...] ([1634] 2016: 171-172).

En este pasaje, el oficio del hombre de armas se antoja ya lejano a la imagen del guerrero épico tradicional, que sí parecería pervivir, según Domingo de Toral y Valdés, en el ideario de los soldados portugueses. En la narración del capitán, curiosamente, se aprecia un cierto rechazo implícito hacia la ponderación de acciones heroicas individuales en los soldados y una defensa de la voluntad de servicio en favor del éxito común del colectivo. Para lograr la victoria en la batalla son importantes la puntualidad, el orden y la industria, esto, la profesionalidad del capitán y de los soldados. Se pone en valor, por lo tanto, la figura del “soldado plástico”, en detrimento del “caballero esforzado” (García-Santo Tomás, 2011: 90). Estas ideas están alineadas con lo expuesto en los tratados de *re militari* de los Siglos de Oro, como el ya citado de Marcos de Isaba. La lectura de este tipo de obras subyace también en la reflexión del capitán Toral y Valdés acerca de la labor de altos cargos y capitanes:

[...] el arte militar, compuesto de varios accidentes, y el gobernar y sujetar con tanta opresión tanta cantidad de gente, de tan varios naturales, en una campaña o sitio, en oposición de otros tantos de tanta importancia como valen las vidas y honras de tantos soldados, y de su Rey, no se aprende en una sala cerrada de libros ni en la urbanidad de la Corte. Mas apréndese en una campaña y otra, y en un sitio y otro sitio, con un trabajo y otro, arriesgando una y cien veces la vida, ya con el trabajo personal, ya con el riesgo de perderla; teniendo una sagacidad profunda, un natural claro, una privación de toda pasión, un conocimiento de las causas, del menester que trae entre las manos, una providencia dilatada, que mediante el discurso en lo pasado con larga experiencia en varios casos [...] sea próximo a la certeza del efecto [...] ([1634] 2016: 183-184).

De acuerdo con estas ideas, lamenta los errores en las fortificaciones de la Inclusa, debidos a la falta de experiencia de Íñigo de Borja:

Como he dicho, gobernaba Don Íñigo de Borja, y aunque era valiente soldado y entendido en el arte militar, y discípulo de aquel famoso ingenio, Miguel Curieto, se conoció con evidencia que aquella famosa ciencia del saber acuartelar un ejército, reconocer la calidad y circunstancias de un sitio, o para alojarse o dar batalla según guerra ofensiva o defensiva [...] no la enseña Euclides en su Geometría, ni reglas ni preceptos de famosos ingenieros, mas un claro natural curtido en una larga experiencia de casos militares. Si en esta parte se supiera esta ciencia, no se hubiera hecho yerro tan costoso y notable, pues fueron los fuertes mucha causa para que se consumiesen 7500 hombres ([1634] 2016: 133).

En relación con las ideas expresadas por Domingo de Toral y Valdés, la Vida del capitán Contreras, en el conjunto de las escenas que conforman su experiencia de guerra, constituye un muestrario de todas las habilidades de un buen capitán de los Siglos de Oro. Además de su valor individual en el campo de batalla, se presenta como un buen estratega; un experimentado marino, que escribe un *Derrotero universal del Mediterráneo* y hace “una relación e instrucción para el modo como se habían de gobernar los bajeles” ([1633] 1983: 190); un hábil y diplomático negociador de rescates; un gobernador implacable y, finalmente, un capitán capaz de imponer una férrea disciplina a sus soldados. Así, cuando se le ordena acudir a las Indias a prestar socorro a las tropas españolas, se topa con la insubordinación de los hombres que están a su cargo:

[...] los soldados, como todos eran forzados y dejaban las amigas de tantos años, y eran los oficiales de la muerte de la Andalucía, casi hacían burla de mí, porque diciendo: “¡Ea, señores! ¡Abajo, que es ya noche!”, respondían: “¿Somos gallinas que nos hemos de acostar con día? ¡Acuéstese su ánima!”. Yo me vía atribulado y no dormía pensando cómo se había de hacer este viaje, porque si no eran quince marineros y seis artilleros, no tenía de mi parte otra gente, que todos los cien soldados eran enemigos. Y así me valí de la industria y poniendo los ojos en uno de los que me parecía más valiente y a quien ellos tenían respeto [...] y llamándole, dije “¡Ah, señor Juan Gómez! ¡Venga acá!” [...] Cuando los valientes le vieron sargento dieron su negocio por acabado y ejecutado lo que tenían determinado. Y llamando al sargento en la cámara le dije “Ya vuesa merced es otro de lo que era, porque siendo oficial cualquier delito es traición, lo que no es en el soldado, dígame, por vida del sargento, quién de éstos son los más perniciosos y valientes” [...] Vino la noche y dije, como era solito “¡Ea, señores!, abajo que es ya hora”. Respondieron con la insolencia ordinaria “¡Acuéstese su ánima!”. Yo, que estaba cerca del Calderón, alcé y dile tal cuchillada que se veían los sesos, y dije “¡Ah, pícaros insolentes! ¡Abajo!”. En un punto estaba cada uno en su rancho, como unas ovejas. [...] con que quedó esta gente tan sujeta que aún echar “¡Voto a Cristo!”, no se echó en todo el viaje, porque el que le echaba le hacía estar en pie una hora con un morrión fuerte que pesaba treinta libras en la cabeza y con un peto que pesaba treinta ([1633] 1983: 140-141).

El capitán resuelve la situación valiéndose nuevamente de su “industria”, pero también del uso contundente de la violencia. El recurso a la violencia, muy presente en la obra de Diego Garcia de Paredes, es recurrente en la autobiografía de Alonso de Contreras. Durante su gobierno en El Águila, como capitán de guerra bajo el mando del Virrey, el autor ajusticia a un soldado por su comportamiento:

A otro día tuve noticia que andaba un caballero haciendo mil bellaquerías en campaña y en conventos de monjas, hincando la que más bien le parecía. [...] me encaminé la vuelta de un lugarejo donde él dormía y le parecía que estaba como el Rey en Madrid, y le di una alborada hallándole en la cama, aunque se arrojó por una ventana a un huerto; pero hubo otros tan buenos saltadores que le

pescaron. Atáronle y traje a la ciudad del Águila, que se quedaron espantados de que hubiese quien se atreviera a prendelle. Metílo en el castillo e hícele la causa, y hecha, le di dos días de término en los cuales se trató de hacer un tablado en medio la plaza y hacer los cuchillos para el sacrificio. La gente se burlaba de ver el tablado y de oír que era para cortarle la cabeza, pero más se admiraron cuando le vieron al quinto día, a las tres de la tarde, sin cabeza, que se la cortó un mal verdugo al cual le di un vestido mío y diez escudos. El pobre no era práctico, pero fue como los médicos que se enseñan en los hospitales a costa de inocentes, aunque este caballero no era sino grandísimo bellaco ([1633] 1983: 177-178).

Contreras no solo emplea la violencia para someter o ajusticiar a sus soldados. También, al igual que García de Paredes, se muestra cruel e implacable con el enemigo. De este modo, corta las orejas y narices de los cautivos cuando los turcos desentierran a los muertos del bando cristiano y profanan sus cuerpos; ordena azotar a los que toman un caramuzal de trigo, cuya venta el capitán está negociando; o amenaza con cortar la cabeza de un muchacho de quince años ante la mirada suplicante del padre. Algunas de estas escenas marcan una clara distancia respecto a la imagen tradicional y épica del hombre de armas.

En definitiva, en el relato de la acción individual en el campo de batalla de las Vidas de soldados de los Siglos de Oro tienen vigencia ciertos aspectos de la épica popular y tradicional, como la descripción de hazañas temerarias, el patriotismo y el valor de la honra. Sin embargo, como ya se observa en la *Suma* de Diego García de Paredes, los méritos del soldado profesional de los siglos XVI y XVII van más allá de una actitud heroica en el campo de batalla. Las guerras en la Edad Moderna precisan de individuos que destaquen por sus conocimientos técnicos, su capacidad de trazar estrategias, sus dotes de mando y un férreo liderazgo para capitanear e imponer disciplina a sus subordinados. Esos méritos son el fruto de la profesionalidad y la madurez adquiridas por el soldado plático en duras experiencias militares.

5.4.3 *Los trabajos de la guerra*

Los relatos de los soldados de los Siglos de Oro no únicamente comprende acciones colectivas o individuales narradas desde la exaltación épica, el patriotismo o el orgullo. Además, hay lugar en las Vidas para crudas escenas, que ponen de manifiesto la “vida de grand trabajo” (Díez de Games, [h. 1450] 1993: 234) que implica el oficio de soldado, así como también el sufrimiento, la desesperación y el miedo que trae consigo la experiencia

de guerra. Este tipo de narraciones, en las que se demuestra el lado más vulnerable y humano del hombre de armas, ya se encuentran en las crónicas de Indias, especialmente en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. En la obra de Bernal Díaz del Castillo abundan las escenas dantescas y desgarradoras en las que los soldados se hallan en situaciones límite, entre la vida y la muerte. En estos pasajes, el texto adquiere un tono más lírico, pues la voz ya no es la del guerrero o caballero de la tradición épica, sino que el relato conecta con la expresión del “soldado roto” de los Siglos de Oro.⁴⁰³

Una buena muestra de los trabajos que acarrea la experiencia de guerra se halla en el relato del capitán Contreras, mencionado anteriormente, sobre la batalla de la Mahometa. Alonso de Contreras acude a la jornada como alférez reformado en las galeras de Sicilia, bajo el mando del Adelantado de Castilla, General del ejército español. Como indica el autor, él es uno de los soldados que colocan escalas para acceder a la ciudad a través de las murallas. Tras superar el muro, los militares no retiran las escalas, cosa “que fue la total ruina” ([1633] 1983: 88), pues por el mismo lugar accederá el enemigo a la ciudad y sorprenderá a los españoles, en plenas labores de saqueo. A raíz de ese error se desata el caos entre las tropas:

Y al cabo de un rato se tocó la trompeta a recoger, sin saber quién se lo hubiese mandado. Con lo cual comenzó cada uno a cargar con los malos trapos que había buscado y se iban a embarcar a las galeras [...] La gente se comenzó a embarcar sin más orden. Cuando se lo dijeron al Adelantado, dijo quién lo había mandado. [...] Comenzaron a salir de los silos los moros escondidos y de la muralla nos acribillaban con la artillería, que aún no fuimos para desencabalarla o clavarla. Pero si tenía Dios dispuesto lo que nos sucedió, ¿cómo habíamos de tener juicio, pues nos lo quitó a todos este día? [...] La gente de a caballo que estaba en las huertas con algunos de a pie, rompió con los que estábamos a la marina, e hicieron tan gran matanza que es increíble, sin haber hombre de nosotros que hiciese resistencia, siendo los nuestros casi toda la gente dicha, y ellos no llegaban a ciento, y sin bocas de fuego, sólo con lanzas y alfanges y porras de madera cortas. Miren si fue milagro conocido y castigo que nos tenía guardado Dios por su justo juicio. Toda esta gente que estábamos en la marina, unos se echaron al agua y otros a la tierra, de ellos mismos huyendo [...] Ahogose mucha gente, que no sabían nadar [...] ([1633] 1983: 88-90).

El uso de interrogaciones y el tono exclamativo muestran el sentimiento de desesperación e incredulidad de un maduro Alonso de Contreras, que recuerda la batalla como un castigo

⁴⁰³ Para un análisis en profundidad del concepto de “soldado roto” y de sus implicaciones en las escrituras de los militares, ver el trabajo de Martínez (2016: 168 y ss.).

divino. No obstante, la misma Providencia, que parece originar el caos, supone la salvación del capitán Contreras, pues es rescatado por algo tan aleatorio como llevar puesta la cota de malla del cómitre de la galera:

[...] y yo me había metido en el agua vestido como estaba, adonde me daba poco más de la cintura y tenía encima una jacerina que me había prestado el cómitre de mi galera, que valía cincuenta escudos, con que se armaba en Sicilia cuando iba a reñir. Pesaba más de veinte libras y pude desnudarme y quitármela e irme a nado a galera, que hacía fortuna porque nado como un pescado, pero estaba tan fuera de mí que no me acordaba y estaba embelesado mirando cómo seis morillos estaban degollando los que estaban en el esquife sin que ninguno se defendiese, y después que lo hubieron hecho, los echaron a la mar y se metieron en el esquife, desencallándole, con que fueron matando a todos los que estaban en el agua e iban nadando, sin querer tomar ninguno a vida. [...] Venía por cabo el dueño de la jacerina y conocióme en una montera morada que tenía con unas trencillas de oro y en la ropilla que era morada y, dándome voces que me arrojase, que ellos me recogerían afuera, lo hice sin quitarme nada de encima; disparate grande. Nadé como veinte pasos y me ahogaba con el peso y la gran borrasca que había; el cómitre, por no perder su jacerina, embistió conmigo y cogióme de un brazo y metióme dentro con harta agua que había bebido. Y otro pobre soldado que, medio ahogado, agarró del esquife y lo remolcaba a tierra con la mar, hasta que le cortaron la mano porque le soltase, con que se ahogó, que me hizo harta lástima, pero todo fue menester para salvar el esquife. Llevóme a galera, donde los pies arriba y la cabeza abajo, vomité el agua bebida ([1633] 1983: 90-91).

El joven Contreras, petrificado por las cruentas escenas que se suceden ante sus ojos, se lanza al mar sin tan siquiera quitarse de encima el peso de la jacerilla. Su suerte contrasta con la del soldado que trata de salvarse asiéndose a la barca y que, finalmente, muere ahogado. Los militares regresan a Palermo, como también queda recogido en la autobiografía de Miguel de Castro, “bogando sin concierto, que ponía dolor a quién lo veía” y “con los fanales de las galeras cubiertos de luto” ([1633] 1983: 93). La fatalidad de la campaña adquiere tintes dramáticos cuando los familiares que aguardan en el puerto conocen la suerte de los soldados:

[...] y más viniendo tantas barcas a preguntar, quién por su marido, y por hijo, y por camarada y amigos, y era fuerza responder: “Son muertos”; porque era verdad que los alaridos de las mujeres hacían llorar los remos de las galeras ([1633] 1983: 93).

La metagoge final intensifica el sentimiento de desolación de un capitán Contreras que aún se lamenta por los tristes sucesos de la jornada. También en la Vida de Domingo de Toral y Valdes un error en la toma de decisiones del sargento Rincón y el alférez Moreno, en el asedio de Bergen, desemboca en una escena dantesca. El capitán relata en su autobiografía

las consecuencias de la avalancha del numeroso grupo de soldados que se lanzan a la batalla y quedan atrapados en las trincheras:

Habíanse llenado ya las trincheras del enemigo de soldados nuestros, con la codicia de la acción, y queriendo volver atrás, no pudieron, ni tampoco pelear porque la muchedumbre de la gente era tanta que en la misma trinchera murieron la mayor parte de ellos, sin poder retirarse ni pelear. [...] Tenía esta medialuna, encima de la muralla, un torno con unas púas atravesadas de parte a parte por el eje, y estaban enebadas y andaba muy ligero alrededor. La muralla estaba baja, los soldados procuraban subir y meterse por debajo del torno. Para subir asían de las púas, y como estaban enebadas escurrían, de suerte que cuando estaban ya encima de la muralla deslucían de las manos las púas, y con la fuerza del deslucio andaba el torno alrededor. Y el que subía venía rodando por la muralla abajo con algún picazo o arcabuzazo, y con esto estaba el suelo cubierto de cuerpos muertos. [...] estaban las trincheras llenas de cuerpos muertos, que no se podía poner los pies en la tierra, si no en ellos, pisándolos. Unos que retirándose murieron, otros que allí mataron, reputáronse quinientos los muertos. Amaneció y mandaron los retirasen; y mi compañía también se retiró ([1634] 2016: 116-120).

Resultado de una mala decisión es también la situación en la que se ve atrapado el marqués de Tenebrón con sus soldados. Huyendo del enemigo, el autor propone resguardarse en una Iglesia y él mismo confiesa que “el juicio que hice no me salió bien [...] siguióse mi mal consejo y entramos” ([1690] 1888: 81). Cercados por el enemigo, los soldados aguardan unos refuerzos que no llegan, por lo que se encuentran en una posición extrema:

Nosotros entramos allí con gran necesidad de comer y beber, porque el día antes apenas comimos, aquella noche antes lo mismo, la pelea de aquella mañana fué larga, pero no teníamos ni qué comer ni qué beber, que era lo más sensible; y así que entramos en la Iglesia, que estaba dentro del fuerte, los primeros soldados que entraron se bebieron la pila del agua bendita [...] La sed era de modo que habiéndose muerto la lámpara del Santísimo por haberse acabado el aceite, llegó mi Teniente y se bebió el agua; ya la gente ni nosotros podíamos con tanta necesidad; el enemigo nos hacía llamadas para que nos rindiésemos ([1690] 1888: 82-83).

Félix Nieto de Silva, finalmente, negocia con el capitán de las tropas portuguesas una salida para él y sus soldados. Relatos como este son frecuentes en la Vida del marqués de Tenebrón, cuyo objetivo explícito es demostrar cómo la Virgen de la Peña lo salva de los constantes peligros de la guerra. Al igual que expresa Alonso de Contreras en el relato de la jornada de la Mahometa, para Félix Nieto de Silva, los trabajos del soldado parecen estar sujetos a una Providencia caprichosa: “la guerra es notable, y de un día tan afortunado dí en una fatalidad” ([1690] 1888: 50). La desgracia a la que se refiere tiene lugar cerca del

monte de nuestra Señora de Aguiar. Bajando por un cerro, el capitán Nieto de Silva y otro compañero se encuentran con el enemigo y, para huir, deciden arrojarse por una ladera:

[...] yo ví á mi caballo, á mi parecer, despeñado, y pareciéndome me haría menos mal arrojándome de él que despeñándome con él, me arrojé de él sobre la mano derecha, y quedé preso con la espuela derecha, no sé si en el estribo, si en la cincha: el caballo iba rodando y yo asido de la espuela, dando vuelcos la ladera abajo, y cada vez que volvía hacia la tierra, echaba las manos, por si hallaba de qué agarrarme. Dí cuatro vuelcos, yendo como he dicho, y al último agarré unas retamas y oí quebrar la espuela, y el caballo fué hasta abajo y yo me quedé allí agarrado; y mirando hacia arriba ví allí mi espada [...] y agarrando con las manos las yerbas y de rodillas, subí y la cogí, y juntando las piernas me dejé resbalar la ladera abajo [...] Levanteme para montar y no me pude tener en pié porque el pié derecho se me había dislocado [...] Así que empezamos á subir el repecho se le resbalaron á mi caballo las manos y cayó, tan arreatadamente, que lo primero con que dí en el suelo fue con la cabeza y el pecho, pero el aleta de la borgoñota me libró y el peto [...] ([1690] 1888: 55-56).

A pesar de la situación de riesgo, ambos militares logran escapar con vida del enemigo. En última instancia, el marqués de Tenebrón se tiene por afortunado, puesto que la campaña se salda con un gran número de bajas entre sus soldados.

Los trabajos de la guerra no únicamente derivan de las luchas contra el enemigo en el campo de batalla. Tal y como se ha argumentado anteriormente, el hambre, las condiciones climatológicas adversas, las duras travesías o los pésimos alojamientos son trabajos inherentes a la vida de la soldadesca en los Siglos de Oro y, por lo tanto, lugar común en sus escrituras. Así, Miguel de Castro narra la complicada noche que pasa junto a su compañero Quevedo:

A mí me dieron una casa bien bellaca con dos camas para quien yo quisiese, y llevé allá a dos soldados, que les di la una, y Quevedo y yo dormimos en la otra, que tenía un mal pabelloncillo. Cenamos yo y Quevedo donde el comisario y alférez, y fuímonos a acostar, y a la medianoche comenzó a llover, y la casa era de tejavana, y toda la cama se nos mojaba, y nosotros también, y queriendo mudar la cama a otro cabo, vimos que el donde menos llovía era el donde estaba, y así fue fuerza estarnos en ella así, y el agua pasaba ya el pabellón y nos mojábamos muy bien, porque también pasaba las mantas y sábanas por partes diversas, tanto que nos forzó a poner algún remedio a ello, y fue el que más a propósito hallamos quitar un colchón de los de la cama, y echarle encima de las mantas, y así nos pasamos mejor por dos horas o tres, hasta que el agua pasó también el colchón, y así, no sabiendo qué hacer, sacamos el otro que quedaba y pusimos las dos mantas y una sábana sobre el jergón, y la otra sábana encima los cuerpos, y las capas, y luego el colchón enjuto y el mojado encima. El agua todavía continuaba a caer del cielo muy menuda, y pasó los dos colchones también. Era ya media hora antes de amanecer, y de aburridos nos vestimos y nos fuimos al cuerpo de guardia, que cabían bien en él hasta seis o siete personas, y estaba lleno de soldados ([1612] 2013: 233-234).

El fragmento recuerda a ese lamento por el frío de Flandes en la epístola a su hermano Cosme del capitán Francisco de Aldana. Este tipo de escenas son especialmente cruentas y abundantes en la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés. Véase, a modo de ejemplo, la descripción de los estragos que ocasiona el frío entre las tropas:

Y vino a suceder en general, a la fin del invierno, que en las más de las barracas no había más que un soldado, habiendo en cada una seis o siete. Y los fríos y hielos fueron tan grandes, que a muchos soldados cortaron brazos y piernas, de helados. La gente, toda desnuda; los cuarteles inundados de agua, que no se podía salir de las barracas a la plaza de armas sin venir hechos un lodo. Estos trabajos apuraron la gente de tal suerte que se hallaron por el mes de abril los fuertes sin defensa. De 9000 hombres que entraron en el puesto, se apuraron en 2000, sin haber muerto el enemigo sesenta. [...] los que se hallaron en hacer los fuertes de la canal de la Inclusa, hicieron prueba de valientes y honrados soldados, pues de 9000 se apuraron en 1500 (Torales y Valdés, [1634] 2016: 111-112).

Ante tal panorama, el autor muestra su alivio al recibir cartas de favor de España y sacar licencia, lo que supone un “consuelo de todos los trabajos pasados”, tras “dos años que dormía con la gola puesta, que con el asiento de las armas y de la pica la tenía señalada en los hombros” ([1634] 2016: 127).

Las adversas condiciones climatológicas o los fenómenos naturales extremos agravan especialmente la dureza de los desplazamientos por mar o por tierra de los militares. Precisamente, el momento más dramático que se encuentra en la autobiografía de Catalina de Erauso es su travesía por los Andes hasta tierras argentinas, acompañada por otros dos soldados:

[...] Seguimos la cordillera arriba por subida de más de treinta leguas, sin topar en ellas, ni en otras trescientas que anduvimos, ni un bocado de pan, y rara vez agua, y algunas yerbezuelas y animalejos, y tal o tal raizuela de que nos mantener, y tal o cual indio que huía. Hubimos de matar uno de nuestros caballos y hacerlo tasajos, pero hallámosle sólo huesos y pellejo; y de la misma suerte, poco a poco y caminando, fuimos haciendo o mismo de los otros, quedándonos a pie y sin podernos tener. Entramos en una tierra fría, tanto que nos helábamos. Topamos dos hombres arrimados a una peña, y nos alegramos. [...] Llegamos allá, y estaban muertos, helados, las bocas abiertas como riendo, y causónos eso pavor.

Pasamos adelante, y la noche tercera, arrimándonos a una peña, el uno de nosotros no pudo más, y expiró. Seguimos los dos, y el día siguiente, como a las cuatro de la tarde, mi compañero, llorando, se dejó caer sin poder más andar, y expiró. [...] proseguí mi camino sin ver a dónde, cargado del arcabuz y del pedazo de tasajo que me quedaba, y esperando lo mismo que vi en mis compañeros; y ya se ve mi aflicción, cansada, descalza, y lastimados los pies. Arriméme a un árbol, lloré, y pienso que fue la primera vez. Recé el rosario, encomendándome a la santísima virgen, y al glorioso san José, su esposo. Descansé un poco, volvíme a levantar y a caminar, y parece salí del reino de Chile, y entré en el de Tucumán, según el temple reconocí ([1625] 2002: 120-122).

Del mismo modo, en la Vida de Miguel de Castro el momento de mayor riesgo narrado es una travesía nocturna por el paso de Trupia, en el que los soldados son sorprendidos por una tormenta. El autor describe el camino angosto y empedrado, junto a un desfiladero abocado al mar, por el que los militares deben pasar sin apenas visibilidad: “si se pusiera una sábana muy blanca delante de los ojos era de la misma suerte el verla como si fueran ciegos totalmente” ([1612] 2013: 237). En ese trance, Miguel de Castro indica que “los reniegos y pestes y juramentos que echaban era cosa extraña y que atemorizaba”, y que “otros se encomendaban a Dios, acudiendo a lo más eficaz” ([1612] 2013: 237). Tras ser testigo de cómo algunos soldados, con sus bagajes y sus caballos, se despeñan por el desfiladero, el autor teme por su vida:

[...] pero llegué a uno de aquellos espacios o quiebras que he dicho que hace la montaña por el cual bajaba un arroyo de agua tremendo y con espantoso ruido, en tal manera que ningún soldado se atrevía a pasar [...] Estaba yo más contrito que un ermitaño, que no esperaba sino la muerte, allí todo calado de agua hasta los huesos, y siempre lloviendo, y no sabía dónde estaba, y con peligro de hacerme mil pedazos. [...] Yo no hacía otro que invocar a Nuestro Señor y a su bendita Madre, y no dejé santo ni santa quien en aquella noche no llamase. No he visto jamás ni oído, ni pienso ver borrasca de tierra como aquella, y muchas veces deseaba tenerla en mar [...] El agua del cual me llegaba a la mitad del muslo, y las botas, como eran llenas de agua, no podía caminar, y fue forzoso bajar por un alto que hace la misma roca por donde se descuelga el agua, agarrándome con las manos a la orilla de ella [...] y el agua me cubría la cabeza al descolgarme, y caía con tanta furia, que dio conmigo en el suelo, cubierto del arroyo; y con todo eso, me levanté ([1612] 2013: 239-244).

Al igual que Catalina de Erauso, Miguel de Castro recurre al rezo ante un escenario casi apocalíptico. No en vano, equipara la situación límite vivida en el paso de Trupia con las tormentas o los trabajos sufridos en alta mar.

Los relatos de peligros en las travesías por mar cuentan con una gran tradición de raíz clásica y, por lo tanto, están muy presentes en la literatura de la Edad de Oro, especialmente en libros de viajes, novelas de aventuras y crónicas o relaciones de Indias. Ya en el *Victorial*, Diez de Games indica, respecto a los padecimientos del soldado en esos desplazamientos, que “no ay nada igual de su mal: non acabaría en un día su lazería e grand trabajo” ([h. 1450] 1993: 235). El conocimiento de ese tipo de narraciones se pone de manifiesto especialmente en las Vidas de aquellos soldados cuya actividad principal se desarrolla en el Mediterráneo. Pero también Domingo de Toral y Valdés narra el viaje por

mar de las tropas, plagado de infortunios, hasta el continente asiático. Llegando al Cabo de Esperanza, se desata una tormenta:

[...] y así corrimos con este extremo opuesto al pasado, que era todo calma, otro pedazo de desventura, que parecía el fin de un trabajo víspera de otro. Corrían algunas veces vientos tan recios que levantaban unas sierras de mar que ellas mismas subían la nave hasta los cielos, y luego las mismas la bajaban a lo profundo de un valle que formaban dos sierras opuestas. Parecía que la una, venciendo con sus olas a la otra que sostenía a la nave, la quería tragar y caer sobre la plaza de armas, y cuando con violencia venía sobre la nave, la volvía a subir al cielo. [...] y una noche oscura y tormentosa como las pasadas [...] la almiranta se halló por un costado de nuestra capitana; *San Gonzalo*, que era la otra, por la proa, y un galeón por otro costado; tan cerca que nos entendíamos los unos a los otros lo que se decía. Lance tan terrible que lo era a pique de perdernos todas cuatro embarcaciones, chocando las unas con las otras. Más Dios, que no quiso que aquel fuese nuestro fin, nos socorrió, [...] con que todos salimos de este trabajo ([1634] 2016: 139-140).

Nuevamente, ante la sublime fuerza de la naturaleza, los soldados únicamente pueden confiar sus vidas a la divina Providencia. En el viaje de las tropas españolas con destino a Goa, sin embargo, no únicamente las tormentas suponen un peligro. Domingo de Toral y Valdés indica que, a su paso por la zona equinoccial, “con las grandes calmas y mudanzas de clima, enfermó casi toda la gente” ([1634] 2016: 136).⁴⁰⁴ El escorbuto se extiende entre los militares y ocasiona una de las escenas más desoladoras que se hallan en la autobiografía del capitán Toral y Valdés:

[...] en una nao iban seiscientas personas, todas debajo de cubierta, salvo los que se acomodaban en los castillos de proa y popa, y el calor de la gente unos con otros, los calores grandes del sol, la falta de agua y mal acondicionados bastimentos, como tocino salado, sardinas y pescado, y lo recio del vino que también abrasaba los hígados, todo fuego y provocativo para beber y causar una sed insaciable, fue todo esto causa de que muriese mucha gente. Es ordinario en aquellos parajes un mal que llaman *loanda*, que todos los dientes se andan, de que también padecían los soldados. [...] Llegó a enfermar de tal suerte la gente que los confesores rehusaban el querer llegarse a ningún enfermo a confesarle, y por esto murieron muchos sin confesión. Y otros se quedaron muertos comiendo, con el bocado en la boca. Otros, con un fuego que les abrasaba, morían rabiando, casi como desesperados. Los bordes de las embarcaciones estaban de sangre que por ellos se echaba, rojos; que a lo largo, desde otras embarcaciones, se conocía estar la tablazón cubierta de sangre ([1634] 2016: 136-138).

⁴⁰⁴ Similar escena aparece narrada en la Vida de Jacques Coutre, cuyas andanzas también se desarrollan en el continente asiático: “Passamos la línea equinoccial con vientos generales, y al pasar los Abrollos— que llaman— se nos començo a enfermar la gente, de suerte que hechávamos después cada día a la mar tres y quatro muertos hasta pasar el Cabo de Buena Esperança, y passamos la tierra del Natal también con mares tempestuosos, pero ya se moría poca gente, porque eran los ayres más saludables” ([1640] 1991: 91).

Entre los trabajos que padecen los soldados a causa de fenómenos naturales hay que destacar la erupción del Vesubio de 1631, que constituye una de las situaciones de mayor peligro en las que se encuentra Alonso de Contreras a lo largo de su trayectoria militar. El capitán y sus hombres están destinados en la zona cuando se advierten las primeras señales de lo que se avecina:

Y estando allí quieto, una mañana, martes 16 de diciembre, amaneció un gran penacho de humo sobre la montaña de Soma, que otros llaman el Vesubio, y entrando el día comenzó a oscurecerse el sol, y a tronar, y llover ceniza [...] La gente comenzó a temer, viendo el día noche y llover ceniza, con lo cual comenzaron a huirse de la tierra. Y aquella noche fue tan horrenda que me parece no puede haber otra semejante el día del juicio, porque, demás de la ceniza, llovía tierra y piedras de fuego como las escorias que sacan los herreros de las fraguas, y tan grandes como una mano, y mayores y menores; y tras todo esto había un temblor de tierra continuo, que esta noche se cayeron treinta y siete casas, y sentía desgajar los cipreses y naranjos como si los partiesen con un hacha de hierro. Todos gritaban “¡Misericordia!”, que era terror oírlo ([1633] 1983: 171).

De nuevo, la escena se describe en clave apocalíptica, como, sin duda alguna, fue vivida por la sociedad del momento. De ello da cuenta Diego Duque de Estrada que, aunque no vive de manera directa los acontecimientos, relata el episodio en su autobiografía. Al igual que Contreras, Duque de Estrada se refiere al fuego del volcán como un signo de “la profecía de que con él se ha de destruir el mundo” ([1646] 1982: 404). Asimismo, las reacciones de la población, descritas por el autor, también muestran una vivencia colectiva de la experiencia como si del día del juicio final se tratase:

[...] saliendo de sus casas abandonadas y olvidadas haciendas [...] corrían a las iglesias, o porque en ellas creían estar seguros pidiendo misericordia a Dios, o por morir confesando sus pecados, o porque la multitud una con otra se consolaba, no pensando en otra cosa que en escapar con vida de tan gran peligro [...] Acudióse, como se suele hacer en tales peligros, a la misericordia de Dios con oraciones públicas y particulares, para aplacar su divina justicia, mostrando la ira que tenía contra este pueblo, adonde en plazas públicas se oyeron públicas confesiones de ramerías, asesinos y ladrones blasfemos, que hacía temblar la tierra la enormidad de sus sacrílegos y nefandos pecados; los cuales, deseando salvarse, sin temor de la justicia los publicaban, temblando solamente la del cielo [...] En las públicas procesiones era un terror ver las penitencias inauditas de cadenas, grillos, barras, candados en la boca, piedras con que se batían, disciplinas, cilicios, sangre, cardenales, ceniza, coronas de espinas y otros modos de penitencia extraños e innumerables [...] ([1646] 1982: 404-405).

Para su relato, como indica Ettinghausen (1990: 209-210), el soldado toledano se habría servido de los muchos panfletos publicados en España e Italia sobre la erupción del

Vesubio, y los habría adornado con cultas referencias literarias. En la narración de los trabajos de la erupción del Vesubio, en el caso de Diego Duque de Estrada, hay también una voluntad de no pasar por alto la relación de determinados acontecimientos históricos relevantes. La entrada de la crónica social, como se ha mostrado anteriormente, se encuentra también en algunos libros de familia, como el del pelaire Gaspar Gasset.

Alonso de Contreras, sin embargo, presenta un testimonio subjetivo de los trabajos padecidos por él y sus hombres a causa de la erupción del volcán. A la espera de recibir orden de desalojar el lugar y, después de presenciar el derrumbamiento de casas e incluso del cuartel, los soldados se desesperan hasta el punto de barajar la posibilidad de amotinarse y huir. Finalmente, tras conseguir desviar el río de lava, la compañía recibe la orden de marcharse a Capua:

[...] y aunque me pesó cierto por dejar aquellas monjas que, viéndome ir, se habían de desanimar, me fue fuerza el usar de la orden, porque si sucedía algo no me culpasen. Salí con lo que tenía a cuestas, porque aunque quisiera traer un baúl, no había en qué. Llegamos a Capua que era dolor el vernos tan desfigurados que no parecíamos sino que habíamos sido trabajadores en el infierno, los más descalzos, medio quemados los vestidos y aun los cuerpos. Allí nos reparamos ocho días e hicimos Pascua de Navidad, aunque el Vesubio siempre vomitaba fuego ([1633] 1983: 173).

La expresión “trabajadores del infierno”, utilizada por Contreras para referirse a él y a sus soldados, podría resumir a la perfección la experiencia de cautiverio vivida por Jerónimo de Pasamonte y sus compañeros de los baños. La vivencia apocalíptica de una realidad límite marca la autobiografía del soldado aragonés. Al igual que otros soldados autobiógrafos, Pasamonte vive su destino como una especie de prueba o castigo divino, un martirio continuado durante los dieciocho años que pasa entre los turcos. Ya al inicio de su autobiografía, en la dedicatoria al padre Bartolomé Pérez de Nueros, Pasamonte indica que dará cuenta de “todos mis trabajos y vida” ([1603] 2017: 136), y ciertamente, su testimonio constituye una sucesión de adversidades y penurias que lo sitúan en la posición de un mártir. De una especial crudeza son las escenas en las que se ajusticia a los esclavos que han tratado de escapar de los baños:

Arrebatan los sayones a nuestro Florio y dan con él fuera, y luego los esclavos agarran con sus guardianes a mucho palo. Y el buen Florio desnudo en cueros, que debió de mirar el palo de hierro para más animarse. Y luego dos de aquellos sayones, con sus brazos arremangados, el uno de un lado y otro de otro, comienzan a sacudir el polvo con toda su pujanza. Y cansados estos dos, se mudaban

otros dos [...] Habiéndole dado hasta mil palos, le cortaron una oreja y lo mandaron dentro. [...] ¡Piensen qué corazón haría el pobre Pasamonte, que fue el postrero de los llamados y de los escritos..! [...] Llamáronme y entran por mí siete o ocho de aquellos sayones, y yo, con ánimo apercebido de muerte, me arrodillé con brevedad y tomé mi camino [...] Luego los verdugos dieron conmigo en aquel llano, y por no haberme yo quitado un gilico negro que traía cuando me pusieron las manetas, me volvieron los vestidos del revés por encima la cabeza; y agarran de mí los esclavos y comenzaron la herratería. [...] ¡Viérades nuestro Pasamonte, que tenía la muerte tragada cuando vino al propalo, entrar por la puerta del baño con la mitad de los palos que los otros y con sus orejas..! Y en poniendo los pies en la puerta, me quité mi barreta y dije:

–¡Oh, traidores –porque estaba allí el barbero y otros–, aún traigo mis campanas!

Y lavado con vinagre y sal, y curado mi lado, di gracias a Dios” ([1603] 2017: 174-177).

Jerónimo de Pasamonte emplea recursos para conmover y hacer partícipes del drama vivido por los cautivos o presos de guerra a los lectores. Para ello, emplea expresivas exclamaciones; interpelaciones al lector, con el uso de las formas “piensen” y “viérades”; o referencias a sí mismo en tercera persona: “el pobre Pasamonte” y “nuestro Pasamonte”. De este modo, se posiciona así como víctima de grandes trabajos, de los que consigue salir finalmente airoso gracias a la divina Providencia. En la ocasión que narra en el pasaje citado, sus rezos mientras es ajusticiado lo libran de perder las orejas.

En suma, las autobiografías de soldados de los Siglos de Oro no únicamente recogen la empresa colectiva de las milicias y las hazañas individuales de los militares en el campo de batalla. Los autobiógrafos dan un espacio importante en sus obras a crudos episodios y trágicas escenas que plasman los duros trabajos inherentes al oficio de soldado. Estos pueden desencadenarse a partir de factores tan diversos como una mala decisión en la organización de la batalla, una emboscada del enemigo, caer preso en manos de los turcos, las fuerzas de la naturaleza o los cambios de la Rueda Fortuna. Como fuere, esas situaciones extremas, vividas como un auténtico castigo divino, muestran la vulnerabilidad de los soldados ante la experiencia de guerra. El lamento por los trabajos vividos o las heridas de guerra conectan directamente con las emociones y la curiosidad de un lector ávido de relatos de hechos sublimes y extraordinarios. En algunas obras, también puede llevar consigo una petición económica o incluso una denuncia ante la ausencia de recompensa por los servicios prestados.

5.5 *Ego contra mundum*: la denuncia del soldado

En las obras que configuran el espacio biográfico, así como también en los textos en la órbita del memorialismo, las literaturas del Yo y las novelas del Yo, subyace el debate en torno al *homo nouus*, recuperado y actualizado por los humanistas. Las modernas biografías, como el *Victorial* o las Vidas de Lucas de Iranzo y Álvaro de Luna, están encaminadas a ensalzar el valor individual de sus protagonistas. Estos textos, como se ha indicado anteriormente, narran el ascenso, a través del ejercicio de las armas y del servicio al Rey, de un individuo capaz de superar las posibles limitaciones del linaje o sus orígenes, a través de sus méritos. Ese mismo espíritu se encuentra en el *Cavallero venturoso*:

Por donde podemos decir que la verdadera nobleza, no solo y totalmente consiste en descender de buenos padres, illustres y generosos (aunque es de tanta estima), sino en la virtud propia, la cual ilustra al hombre (Valladares y Valdelomar, [1617] 1901: 12).

Tal y como demuestran las crónicas, relaciones o cartas de relación escritas en el continente americano –en las que sus autores piden un reconocimiento por su participación y sacrificio individual en la conquista del Nuevo Mundo–, la idea del mérito profesional está muy presente en la subcultura de la soldadesca de los Siglos de Oro.

La tratadística militar dedicada a establecer normas de comportamiento para la mejora de los ejércitos abunda en la idea del reconocimiento de las aptitudes de los militares para un buen gobierno y éxito en las milicias.⁴⁰⁵ Para Martínez (2016: 13), el ejército constituiría, de hecho, la única institución de los Siglos de Oro en la que la limpieza de sangre no estaría legislada, así como tampoco existiría una discriminación por motivos raciales o religiosos en el reclutamiento. Buena muestra de ello es, precisamente, la figura de Diego García de Paredes, que consigue, a través de sus muchos méritos, convertirse en una auténtica leyenda y en paradigma del buen militar. El ejército sería, además, el escenario idóneo para “segundones”, como Diego Duque de Estrada, que aspiran a medrar socialmente. Los soldados profesionales de la Edad Moderna, por lo tanto, tienen legitimidad para solicitar una ventaja o un ascenso a cambio de sus servicios y, para ello, se sirven de las fes y de memoriales. No obstante, como bien denuncia Marcos de Isaba en su

⁴⁰⁵ Sobre el motivo del *cursus honorum* en la tratadística militar del momento, ver el trabajo de González de León (1996).

obra, el ascenso en la carrera militar no siempre resulta una labor sencilla, ya que las corruptelas y el nepotismo continúan suponiendo un obstáculo para la implantación de un sistema vertical basado en la meritocracia. Es frecuente que los soldados deambulen por la Corte descontentos, “demandando y dando memoriales” (Isaba, [1594] 1991: 78).

La denuncia de las dificultades por las que pasan los soldados de los Siglos de Oro para obtener una justa recompensa genera un conglomerado de “escrituras amotinadas”⁴⁰⁶ en el seno del ejército. Lo cierto es que la queja del militar por su precaria situación constituye un tema de obligada referencia en todo relato que se aproxime al mundo de la soldadesca. A ello hay que añadir que, tal y como se ha argumentado anteriormente en relación con los egodocumentos, en los Siglos de Oro, el discurso autobiográfico podría haber estado asociado con la actitud de súplica o petición de un subordinado respecto a una autoridad. Las cartas de relación, las relaciones o memoriales de servicios se escriben desde esa posición sumisa o de víctima que reclama justicia, compensación económica o reconocimiento.

Los problemas vinculados a la carrera militar u obtener una compensación material no se encuentran en la obra de Diego García de Paredes, quien sí obtiene reconocimiento tanto económico como social y que, además, escribe en un período anterior que el resto de soldados. En la *Vida de Catalina de Erauso*, únicamente se narra de manera breve la negativa de un ascenso tras la batalla de Purén, en la que la autora vence y mata al capitán Francisco Quispiguancha. Como ella misma indica, el gobernador “diz que por eso no me dio la compañía [...] reformándome y prometiéndome para la primera ocasión” ([1625] 2002: 115). La escena, al reafirmar el carácter implacable de la Monja Alférez, está circunscrita en la estrategia de hipermasculinización de la protagonista. No hay, por lo tanto, una denuncia expresa en la situación profesional de Catalina de Erauso,⁴⁰⁷ que, al igual que el Sansón de Extremadura, obtiene el reconocimiento público no solo del Rey, sino también del Papa.

⁴⁰⁶ La realidad de los amotinamientos en el contexto militar tiene un innegable impacto en la cultura y la literatura de los Siglos de Oro. Martínez (2019) habla de “escrituras amotinadas” para referirse a la cantidad de panfletos, cartas o carteles escritos en relación con los motines que se producen en la época. Para más detalles sobre el particular, ver Martínez (2019).

⁴⁰⁷ Harden, sin embargo, mantiene otra posición al respecto: “Erauso’s *Vida*, regardless of its uncertain status as autobiography, resonates with this preoccupation with promotion and recompense” (2017: 154).

En las Vidas de Diego Duque de Estrada y Miguel de Castro, según Calvo (2019: 64-69), tampoco se registrarían idas y venidas a Madrid en busca de ascensos. Eso no significa que los soldados no denuncien su situación en el ejército. Miguel de Castro únicamente se refiere brevemente a “la mala voluntad que el secretario Melchor Pérez de Viveros me tenía” ([1612] 2013: 313) cuando espera la licencia y aclaración de una plaza, situación en la que finalmente intermedia el conde de Benavente. En los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada, sin embargo, sí hay un esfuerzo por medrar en las milicias, si bien no hay una queja en cuanto a carencias materiales se refiere. De hecho, el autor manifiesta cierta autosatisfacción por tener sus necesidades cubiertas, lo que, de algún modo, le sirve para reafirmar su posición identitaria como hombre de armas con un destacado linaje. Se detiene en dar detalle de los botines de guerra conseguidos e indica que, en un momento dado, su familia le pide que deje de ser soldado: “pues tenía todo lo necesario para vivir como caballero” ([1646] 1982: 231). A pesar de ello, se siente impulsado a continuar sirviendo en las milicias por “la negra honrilla”, “mi inclinación a la guerra” y “no haber llegado a ser capitán” ([1646] 1982: 231). Del siguiente modo resume, de forma explícita, cuáles son sus preocupaciones en el ejército:

En cuantas desdichas, muertes, prisiones, desafíos y huidas hemos contado de nuestra historia, no se halla una necesidad, porque siempre o lo más caminé con mucho dinero; y si faltó, como en Mesina y venida de Saona, fue poco, que es gran consuelo de las desdichas que no lleguen a necesidades corporales. Ahora tenemos en la mano una tan extrema, que es de marca mayor, y la mayor: el llegar a un bajísimo estado ([1646] 1982: 330).

Las aspiraciones del autor, como también ocurre en el caso de Alonso de Contreras y Félix Nieto de Silva, se centran en el progreso en su carrera profesional, por lo que ello implica en cuanto a reconocimiento social se refiere. A este fin, sin duda, lo ayudarán, como indica Pope (1974: 166), sus contactos en la Corte, pero también sus méritos y papeles de servicio, a los que se refiere continuamente a lo largo de la obra. Precisamente, con el objetivo de verse recompensado, decide acudir al despacho del Duque y se viste especialmente para la ocasión:

Quise hablarle al Duque y para hacerlo me puse un vestido de raso negro, acuchillado, forrado en tafetán cabellado, y sobrepestaña de raso cabellado, una rica guarnición de oro y negro de doce fajas,

y el ferreruelo con veinte guarniciones y un monte de plumas negras y cabelladas ([1646] 1982: 225).

El Duque, que a la sazón está de mal humor, lo recibe “sequísimamente” ([1646] 1982: 225), por lo que el autor se siente contrariado. No obstante, por no mostrar falta de “resolución y pusilanimidad” ([1646] 1982: 225), termina por solicitar los cien escudos y veintiocho de ventaja que se le habían prometido:

Pero, o que no se acordase o que la cólera que traía no le diese más lugar, me respondió: “No quiero; que quiero pagar a quien me sirve”. Yo le repliqué: “Pues pague Vuestra Excelencia a sus lacayos, que hombres como yo sirven sólo a su Rey”. El Duque se encendió de cólera y yo me vi perdido y afrentado [...] Me dijo: “Quien me sirve a mí observa mis órdenes como capitán general, sirve a Su Majestad; y de servirme a mí se precian muchos tan buenos como vos”. A que respondí: “Puede ser, señor, pues lo dice Vuestra Excelencia, pero no de mi humor; y si quien sirve a Su Majestad sirve a Vuestra Excelencia como capitán general le pido me pague, porque, ¡voto a Dios!, que he servido a los dos más bien que a Dios, que le he quebrantado todos sus diez preceptos, y del Rey y Vuestra Excelencia ninguno”. Enojé al Duque de manera por el ¡voto a Dios! y la respuesta, que levantándose de la silla me dijo: “Pues váyase, noramala, que no quiero pagarle”. Yo me irrité. Respondí que: “Harta mala hora es para un hombre de mi calidad y valor que le trata de esta manera persona en quien no se puede vengar. Y sabré que no me paga Vuestra Excelencia porque no quiero, pero no porque yo deje de merecerlo”. Y esto volviendo las espaldas y echando por los ojos fuego ([1646] 1982: 226).

La escena se termina resolviendo de manera favorable, pues el Duque reconoce el valor del soldado toledano y este finalmente recibe su recompensa. Además de lidiar con el mal humor de los nobles a los que sirve, Duque de Estrada debe enfrentarse, en otra ocasión, con la desidia de un funcionario público que se niega a abonarle una compensación económica:

Era este Secretario de Estado levantado de pobre escribiente, y tan hinchado con doscientos mil escudos que había hurtado que era menester más para hablarle a él que al Duque. Fui allá y díjome que volviese. Volví dos veces y siempre me decía que volviese. Era tiempo del pagamiento, pasado el cual no había remedio; y yo tomé por tema el hacerme pagar. El Duque también se embarcaba [...] Fuime al embarcadero y dije: “Señor, los dos mandatos de Vuestra Excelencia no se cumplen [...] Rióse el Duque de mi resolución y dijo: “Pues id vos y, si no os los da, dadle dos cuchilladas” [...] Dijéronle los capitanes que iban con el Duque: “Mire Vuestra Excelencia, que Don Diego se las dará”. A lo que respondió: “¡Por vida del Rey! De darle he una compañía si se las da” [...] Noramala, porque yo no lo supe, que por Dios que era mía la compañía [...] ([1646] 1982: 231).

Con tal respuesta del Duque, el soldado toledano regresa al despacho del secretario, determinado a no marcharse sin la paga que le corresponde. A la puerta de la Secretaría

“esperaban maestros de campo, capitanes y títulos, sin poder tener resolución de sus negocios” ([1646] 1982: 232). Diego Duque entra sin pedir permiso y se encara con el funcionario:

Paseaba y dictaba el secretario a dos oficiales, y dijo: ¿Cómo entra Vuestra Merced aquí sin avisarme? Respondíle: “Como entrara en el cielo si hallara la puerta abierta como ésta. Traigo un recado del Duque, que ordena que Vuestra Merced despache estos dos mandatos para que me paguen, porque me embarco y están pagando, y si se acaba el pagamiento sabe Dios cuándo lo tendré”. Díjome: “¿Ahora me viene Vuestra Merced con eso? Otros negocios hay aquí de más importancia, y otras personas están allá fuera que no tiene este atrevimiento de entrar sin licencia”. “Ninguno como yo, ni que mejor pueda entrar aquí ni en la cámara del Rey, y mire Vuestra Merced cómo habla, pues me conoce. Yo vengo ahora, y ahora he de llevar el despacho [...] El Duque manda que se me despache luego”. “Dígale al Duque –me dijo– que no quiero”. Tercié la capa y tomé la espada en la mano izquierda para sacarla, y en el mismo punto entraron todos aquellos caballeros, diciendo: “¡Señor Don diego! ¿Al señor secretario? ¡Mire que se perderá! Quiétese”. Yo dije, empuñando la espada: [...] “Y voto a Dios que lo ha de hacer; o si no, le tengo de dar las dos cuchilladas que me manda el Duque y dos estocadas por mi gusto, que yo sé que me lo agradecerá todo Nápoles ([1646] 1982: 232).

La escena se resuelve con la intermediación del capitán Villegas, quien le recuerda al secretario que se trata de una orden directa del Duque. Finalmente, el funcionario firma “arrojando los papeles, y se entró dentro” ([1646] 1982: 233). Don Diego sale, entre vítores, en brazos de todos los presentes. Tanto la escena ante el malhumorado Duque como la afrenta con el funcionario están encaminadas a retratar el carácter valeroso del autor, pero, al mismo tiempo, son reflejo de los trabajos que padecen los militares de la Edad Moderna para poder recibir las compensaciones por sus servicios. Este tipo de pasajes de la obra de Diego Duque, como indica Cassol (2004: 47), recrean un motivo tópico del universo de la soldadesca. En ellos queda patente la voluntad del autor de alinear su obra con el discurso prototípico de los militares, al tiempo que le sirven para demostrar un progreso profesional que culmina en su madurez:

¡Oh Majestad de Dios! Que en este día de Nuestra Señora de la Candelaria me haya sucedido tanta ventura; el entrar por camarada de mi general Marradas, principio de todas mis buenas fortunas; el darme la compañía de caballos; el hacerme gobernador de la provincia, y el hacerme religioso. ¡Oh felice para mí, día de celebrar mientras viviere! ([1646] 1982: 453-454).

Tras alcanzar la gloria como militar, el autor hace su conversión a la vida religiosa e inicia una nueva etapa de éxitos.

El linaje o una buena posición social no siempre garantizan la obtención de la recompensa deseada, como se pone de manifiesto en la Vida de Félix Nieto de Silva. En la segunda parte de su autobiografía son continuas las expresiones de insatisfacción por no sentirse justamente valorado en la provisión de cargos, a pesar de haber alcanzado de manera aparentemente rápida su primera capitanía. De este modo, se lamenta por el estancamiento en su carrera militar a causa de una pendencia con otro caballero:

[...] aunque el Consejo no me pudo castigar este delito, porque no me lo pudo probar, como el tal caballero contó el cuento como había pasado en la cuenta que había dado al Consejo cuando el lance, no ignoraron era menester mortificarme; y así me tuvieron de capitán de caballos diez y siete años continuos menos diez días; que parece imposible haber podido con tal carga, sino fuera ayudando de nuestra Señora; porque no es ponderable la mortificación que yo padecía viendo se me adelantaban tanto sinnúmero de hombres de todos géneros [...].

Y con referir lo que me pasó con el Almirante cuando me hicieron Maestro de Campo, me explico bastantemente en la ponderación del atraso en que me hallaba, porque yéndole á dar las gracias del puesto que me habían dado, me dijo:

–Señor D. Félix, no está atrasado el que se sabe que lo está ([1690] 1888: 112).

La sensación o el miedo de no avanzar profesionalmente marca los anhelos profesionales del autor. Así, en una visita a la Corte, cuando el presidente de Órdenes le sugiere que ocupe la vacante de general en las Islas Canarias, Félix Nieto de Silva le responde con un desaire, del que inmediatamente después se arrepiente, por considerar que “fue un celo imprudente y que pudo atrasarme” ([1690] 1888: 119). Tras su gobernanza en Cádiz, se le vuelve a ofrecer el cargo en las Islas, y el autor manifiesta de nuevo que “volver á tomar ese puesto era ir para atrás y no para adelante, como debían esperarlo mis servicios” ([1690] 1888: 163) e indica que, en conversación con el duque de Medina, “le encarecí lo atrasado que yo estaba y lo favorecidos que se hallaban otros” ([1690] 1888: 163).⁴⁰⁸ De igual modo, cuando se le requiere para acudir al asedio de Sevilla, reacciona riéndose y contesta: “no pienso ir allá, porque este es un puesto de que he huido toda mi vida” ([1690] 1888: 184). Una respuesta igualmente categórica da al caballero enviado por el duque de Medinaceli para proponerle el cargo de general en Canarias: “los hombres como yo no capitulan con sus Reyes” ([1690] 1888: 162). Su posición queda resumida en una pregunta

⁴⁰⁸ Para Sánchez Martín (2015: 234), ese sentimiento de decepción y agravio comparativo, que lo sitúan como víctima del clientelismo en la Corte, es propio de las memorias autojustificativas.

retórica que lanza en una ocasión: “¿no es lástima que mis años y mi salud se malogren en esos puestos habiendo ejércitos en qué emplearlos? ([1690] 1888: 119).

La resistencia que muestra Félix Nieto de Silva a ocupar cargos que no desea contrastan, sin embargo, con la realidad de su condición de subordinado. Así lo reconoce el mismo autor cuando debe claudicar y acudir a la campaña de Sevilla: “como los soldados somos hijos de la obediencia, dispuse medios para mi viaje” ([1690] 1888: 184). Las concesiones ante sus superiores son vividas por el marqués de Tenebrón como un trabajo o un auténtico sacrificio. De este modo, ante la primera sugerencia de ocupar el cargo de general en las Islas Canarias, se muestra “desabrido” ([1690] 1888: 161). A la salida de la reunión con el duque de Medinaceli, en que se le vuelve a insistir en la necesidad de que tome el cargo, Félix Nieto de Silva se encuentra con el conde de Villanueva de Cañedo y ambos mantienen la siguiente conversación:

- Amigo, ¿qué has hecho que nos has quitado á todos la audiencia? Más de hora te has llevado.
Yo le dije:
- Amigo, he estado en juicio.
Y él me dijo:
- ¿Y cómo salimos?
Yo le dije:
- Condenado (porque no hallé mejor medio de explicarme) ([1690] 1888: 164).

A través del breve diálogo, el autor ilustra de manera rápida y efectiva sus negativas impresiones sobre el encuentro. Días después, es el duque de Medina quien requiere su presencia para tratar el mismo asunto. La entrevista se resuelve de nuevo mediante un diálogo:

- Señor D. Félix, el otro día hablamos como amigos, ahora hablo á Vmd. como su primer Ministro: S. M. me ha llamado esta mañana y me ha dicho diga á Vmd. le ha menester para un negocio muy del servicio de Dios y suyo, y que no le admita a Vmd. excusa, ¿qué me responde Vmd.?
Yo confieso que me quedé muerto [...].
- Pues á tal orden ¿qué quiere V.E. que le responda un hombre como yo, sino que estoy pronto para obedecer á S.M.? ([1690] 1888: 165).

La estancia en Canarias será definida por el marqués de Tenebrón, además de como una “condena”, con la palabra “destierro” ([1690] 1888: 168). Después de cuatro años desempeñando el cargo, escribe una carta al Duque, “ya con alguna impaciencia” y “con

harto desahogo” ([1690] 1888: 174), en la que le recuerda que el puesto era únicamente para un año y medio. Finalmente, puede regresar a la Península para conseguir después culminar su carrera, al igual que Diego Duque de Estrada, con un cargo de gobernador de Orán, en cuyo desempeño acabará sus días.

La autobiografía del capitán Contreras, de igual manera que la obra del marqués de Tenebrón, narra el trabajoso ascenso profesional en las milicias del autor. No obstante, a diferencia de lo que sucede en las Vidas de Diego Duque de Estrada y de Félix Nieto de Silva, la trayectoria vital de Contreras está marcada por su origen humilde. Su conciencia de clase se pone de manifiesto desde el relato de infancia, cuando agrede a otro niño en la escuela e indica que el padre de su víctima “era más rico que el mío” ([1633] 1983: 6). Se observa, como advierte Pope (1974: 151), un sentimiento de rebeldía y resentimiento hacia su condición de pobre, que será superada mediante los cuantiosos botines y recompensas derivados de la actividad del corso. Así, para Ettinghausen (1983: xxx), la vocación militar le habría permitido eludir un posible destino de pícaro. A pesar de lograr trascender su nivel económico y de sus indudables méritos, Contreras se encuentra con grandes obstáculos para mejorar en la jerarquía militar, lo que sin duda es su mayor aspiración, según indica al solicitar una plaza de almirante: “Reputación busco, que no dinero” ([1633] 1983: 156). Del mismo modo, cuando le ofrecen la compañía de una mujer cerca de la putería de Córdoba, responde, con un celo que recuerda al marqués de Tenebrón, “que estaba en vísperas de ser capitán y me podía atrasar mis pretensiones” ([1633] 1983: 156-158). Guiado por ese objetivo de mejora, acude a la Corte a una elección de capitanes. No consigue una plaza, por lo que se marcha a Malta: “que me parecía que allí podría medrar” ([1633] 1983: 129).

El capitán Contreras, al igual que Diego Duque de Estrada y otros soldados, debe bregar también con el funcionariado. Así, con un favor concedido por el Rey, acude a Fernando Carrillo, presidente de Indias, que lo recibe “con cara de hereje, que no tenía otra” y que, tras una breve conversación, lo despide “secamente” ([1633] 1983: 156). Cuando Contreras se presenta de nuevo a reclamar su compensación, entiende que “el buen hereje debía de estar prendado por alguno, que consultó la plaza dejándome fuera” ([1633]

1983: 156). El capitán pide audiencia con el Rey para quejarse y después se presenta ante don Baltasar, su superior:

Y estando aguardando hora, llegó el Presidente con su cara dicha, que alguna píldora traía o le habían enviado de arriba. [...] Entré y estaba el señor don Baltasar con el conde de Monterrey, mi señor, y un fraile dominico, hijo del conde de Benavente, y el señor don Baltasar en medio de la sala, en pie, con el Presidente. Me arrimé y dije “Suplico a Vuesa Excelencia pregunte al señor Presidente si tiene satisfacción de mi persona”. Respondió con las manos abiertas “Señor, que es muy honrado soldado y le enviamos a Puerto Rico y lo hizo muy bien”. [...] Dijo “Otra vez, señor. Ya está todo hecho”y dije yo entonces: “No le crea, Vuesa Excelencia, que le está engañando como me engañó a mí”. Entonces dio una gran voz “Hombre, ya está todo hecho”. Respondió el señor don Baltasar “Mire, Vuesa Señoría, que el Rey desea hacer merced al capitán”. [...] No pudo hablar, que se le añudó el gargüero, y salió de allí; pero antes que llegase a la calle cayó sin sentido. [...] ¡Dios le perdone el mal que me hizo!, que él se quedó sin vida y yo sin mi almirantazgo, porque el señor don Baltasar, que era mi jefe, decía que no era razón que se me hiciese merced por haber muerto un ministro, como si yo le hubiera dado algún arcabacuzazo. No tuviera más culpa algún papel que debió de venir de arriba, que yo he oído que aquél debió de darle la muerte ([1633] 1983: 156-158).

La denuncia de los tratos de favor de la Corte y las corruptelas de los funcionarios se interpone en sus aspiraciones cuando el capitán acude a Madrid a solicitar una vacante y se le asigna la sargentía mayor de Cerdeña. Don Rodrigo Calderón intenta que la plaza sea finalmente para el hermano de un criado suyo, por lo que Alonso de Contreras, de nuevo, se presenta en El Escorial, ante el Rey, para reclamar la sargentía. A la salida del despacho de don Rodrigo, se le acercan dos hombres:

Lleváronme en medio, en conversación, preguntándome mis pretensiones, con que llegamos abajo, al lugar, y yo pensando me metieran en la cárcel. Pasamos por junto a ella, que está en el camino, y saliendo del lugar, como dos tiros de mosquete, el uno que iba a mi lado derecho puso la mano detrás por debajo de la capa, a quien yo miraba más a las manos que a la cara y al punto saqué la espada y di tan gran cuchillada en la cabeza que cayó en el suelo con las escribanías en la mano, que si no se las veo le asegundo. El otro, que era el alguacil, metió mano al punto y, tirándome afuera, hice una raya en el suelo con la espada y dije “No me pase de ahí nadie, que lo haré pedazos”. El alguacil tomó la sangre con unos pañizuelos y de aquella manera me notificaron no entrase en El Escorial, sin licencia del Rey, pena de la vida. [...] Y a toda prisa se fueron a curar el escribano y a dar cuenta al que se lo había mandado. Dicen que se rió mucho en la comida del Rey. Trájome un labrador mi mula y púseme a caballo camino de Madrid y en las siete leguas entré en cuenta conmigo y me resolví el irme a servir al desierto a Dios y no más Corte ni Palacio ([1633] 1983: 98-99).

A través del tópico del menosprecio por la Corte y la alabanza de una vida retirada, Contreras ilustra sus frustraciones y su hartazgo. De este modo, cambia sus vestiduras de militar por “cilicio y disciplinas y sayal de que hacer un saco, un reloj de sol, muchos libros

de penitencia, simientes y una calavera y un azadoncito” ([1633] 1983: 99). Con los instrumentos de ermitaño, se retira al Moncayo: “A servir otro poco a otro rey, que estoy cansado” ([1633] 1983: 100). El retiro del Capitán, finalmente, se verá interrumpido por el requerimiento de la justicia, en relación con el caso de los moriscos de Hornachos. Alonso de Contreras manifiesta con ironía que, de no ser por la falsa acusación, su vida de ermitaño “hubiera durado hasta hoy, que estuviera harto de hacer milagros” ([1633] 1983: 102). La posibilidad del retiro también se encuentra en la Vida de Domingo de Toral y Valdés. El Capitán visita el santuario de la Virgen de Carauya y se siente seducido por el espíritu del lugar:

Subí a verla y fue tanto lo que me edificó la devoción de la imagen, la conversación del ermitaño, la soledad del lugar, la vista de él, que era más de veinte leguas a la mar, que quise quedarme allí, desnudándome lo que traía y vistiéndome un saco. Después de hecha oración hablé al ermitaño en un huerto que tenía curioso, con muchas aves de vuelo que se venían a la mano. Díjele cuán bien me había parecido aquella santa imagen y en la parte en que estaba, y que si pudiera me quedara por su criado ([1634] 2016: 153-154).

Las palabras del ermitaño, finalmente, lo disuaden de apartarse del mundanal ruido y refugiarse en la vida religiosa. La tentación de la vida eremítica es un tópico procedente de la leyenda hagiográfica muy difundido por el ideal caballeresco.⁴⁰⁹ Orlando, Don Quijote o el Cavallero venturoso protagonizan retiros similares. Alonso de Contreras, sin embargo, no opta por la vida eremítica llevado por una motivación religiosa, sino de tipo secular. El autor está enfadado con la sociedad y desafectado respecto al oficio de soldado (Jacobs, 1975: 458).

El fracaso de Contreras en la Corte denotaría, para Jacobs (1983: 304), una ausencia de habilidad en las relaciones sociales y políticas del personaje. Como fuere, este afronta los obstáculos en su progreso profesional y militar desde una posición de *ego contra mundum* (1975: 429), también presente en las Vidas de otros soldados. En su evolución, en última instancia, jugará un papel importante el favor de los condes de Monterrey, por cuya

⁴⁰⁹ El precedente del retiro eremítico está en el relato hagiográfico de Josafat y en otras Vidas de santos difundidas en la Edad Media y en los Siglos de Oro. El motivo se transfiere a la novela de aventuras y de caballerías. Tirant lo Blanch, Amadís o Guarino Mezquino también protagonizan retiros en una ermita. Asimismo, la figura del ermitaño que aconseja al caballero, como ocurre en la Vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, se encuentra en la historia de Perceval y en el romancero. Para un análisis más detallado del motivo, ver Gómez Moreno (2008: 121 y ss.).

intercesión el capitán consigue el reconocimiento como caballero de la Orden de Malta. En un primer momento, el Papa se niega a tramitar el breve que Contreras necesita para la encomienda. Por ello, el capitán pide audiencia con Urbano VIII, le hace relación de sus servicios y le dice “que el tesoro de la Iglesia era para hombres como yo, que estaban hartos de servir en defensa de la fe católica” ([1633] 1983: 166-167). Logra el favor del Papa, pero no el de los ministros monseñores, algo que “allanó el Conde de Monterrey, mi señor, y mi señora la Condesa, su mujer, con recados y billetes que escribieron” ([1633] 1983: 166-167). Para Ettinghausen, precisamente ese logro de Contreras como hombre hecho a sí mismo es el hilo conductor de la obra (1983: xii y ss.). La consecución del honor de ser caballero de la Orden de Malta recuerda a la lucha por la obtención del hábito de Santiago en la Vida de Alonso Enríquez de Guzmán.⁴¹⁰

La denuncia de Contreras de los tratos de favor en la provisión de cargos también aparece en la Vida del marqués de Tenebrón. El proceso para conseguir la plaza en el norte de África está marcado por los intereses y entresijos de la Corte, concretamente, de la Reina:

La consulta no salía porque la Reina, nuestra Señora, se había empeñado con Sm. M. para que este puesto se diera al Conde de Charni, que es francés, y aunque es famoso caballero y gran soldado, como tenía la falta de no ser castellano viejo, todos rechazaban la pretensión de la Reina. [...] Avisaron la desgracia que había tenido yo en aquella consulta, y que todos creyeron fuera mío aquel puesto [...] me hace a mí creer que la Reina, viendo que el Rey no quería dar el puesto al Conde de Charni, le dijo: pues no se le ha de dar tampoco á D. Félix de Silva; y entonces se le dio el Rey á D. Diego ([1690] 1888: 185-186).

La Providencia, en este caso, favorece al marqués de Tenebrón, ya que D. Diego muere a manos de los turcos en Orán y, finalmente, Félix Nieto de Silva puede ocupar el cargo. En

⁴¹⁰ A lo largo de su obra, Alonso Enríquez de Guzmán insiste en sus trabajos y esfuerzos por lograr el hábito de Santiago. Véase, a modo de ejemplo, como se dirige al Emperador: “en Barcelona pedí a Vuestra Magestad el ábito de Santiago. Y por no lo meresçer, Su Magestad no me lo dió. Agora que lo merezco, como por esta carta del capitán general que ynbiastes a tomar los Gelves veréis, supplico a Vuestra Magestad aya respeto a mis servicios y naturaleza y muchos trabajos y largo camino que por esto é pasado. [...] Tomó la carta y remitióme al obispo de Badajoz [...] El qual me dio tan buen despacho qual no sea dado a los moros porque alguno verná a ser cristiano, porque no solamente no me quisieron dar el ábito, pero no me quisieron dar diez ducados con que me fuese. Y no solamente los pedí, más travajé más de diez días en hurtar a ese dicho obispo o al Emperador con que me fuese. Y todavía lo hiziera segund lo avía menester, si no me echaran de sus casas por fuerça, el Emperador con no me querer oýr, el obispo con dezirme que me fuese con Dios ([1547] 1960: 14). La renuncia ante la falta de reconocimiento por sus servicios es un rasgo que esta obra comparte con las Vidas de soldados.

otra ocasión, cuando sus enemigos le levantan dos falsos testimonios que le hacen perder el favor de Don Juan, el marqués de Tenebrón lamenta de nuevo el obstáculo que suponen para su carrera militar los tratos de favor en la Corte:

[...] porque así que no me hallaron rincón por donde derribarme, intentaron ver si me amedrentaban con estas amenazas para que hiciera yo el disparate de perderme por mi mano, ya que ellos por la suya no lo podían lograr [...] que la Corte digo yo que es un diseño que nos da Dios para que conozcamos algo de lo que pasará en el valle de Josafat, porque ni hay padre para hijo, ni hijo para padre, cada uno va á su negocio; no sé si me engaño, Dios me perdone, pero este juicio tengo hecho de aquel clima cortesano [...] ([1690] 1888: 140-141).

Tanto el marqués de Tenebrón como Alonso de Contreras recrean una queja tónica de la sociedad de los Siglos de Oro que, no por ser un lugar común, deja de estar cimentada en sus experiencias de vida. También el capitán Francisco de Aldana, en la epístola dirigida a su hermano Cosme, se refiere a la Corte como “este abismo y centro oscuro de mentira”, en el que “al fin vine a parar do no hay plus ultra” (1978 [1568]: 42-44). Del mismo modo, el Mellado del Buscón define el lugar como “pueblo para gente ruin”, por lo que “Más quiero, ¡voto a Cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien” ([1626] 1993: 124). A pesar de las dificultades, Félix Nieto de Silva consigue ser capitán de caballos, maestro de campo, gobernador e, incluso, obtiene el título nobiliario de marqués de Tenebrón. Por su parte, Contreras, que comienza su andadura en el ejército como pinche de cocina, será luego soldado, alférez, capitán, gobernador y, finalmente, caballero de la Orden de Malta. La autosatisfacción de Alonso de Contreras por su evolución social y profesional se pone de manifiesto en escenas como el regreso al hogar materno, ya como alférez, o el desfile ante los condes de Monterrey. La obra es, como indica Ettinghausen, una “amalgama de autosatisfacción con algo de resentimiento y desengaño” (1983: xii-xiii). Para Jacobs (1983: 304) y Gunia (2008: 394), esa lucha de un protagonista de clase social baja que logra un lugar respetable en la sociedad emparentaría la obra de Contreras con el *Lazarillo* y sus continuadores. No obstante, según Pope (1974: 152-153), el capitán vuelve su mirada hacia lo vivido con admiración y añoranza por los méritos conseguidos, sin un ápice de arrepentimiento por un posible pasado pecaminoso, lo que supone una distancia respecto a la picaresca. Ello lo sitúa en la misma dinámica de otras autobiografías de soldados, como

la del marqués de Tenebrón o la de Diego Duque de Estrada. Las Vidas de mozos y pícaros, en última instancia, como señala Navarro Durán (2012: 131), son un género cómico, en el que no hay denuncia, sino una visión sarcástica del mundo.

La posición agónica que muestra el capitán Contreras al narrar sus esfuerzos por medrar guarda semejanzas con el sentimiento desde el que observan su pasado Jerónimo de Pasamonte y Domingo de Toral y Valdés. Si bien el discurso de estos autores no se articula a modo de relato de autoformación⁴¹¹ o de superación de las limitaciones impuestas por el origen, ambos se presentan como soldados víctimas de las instituciones del momento o de sus representantes. Domingo de Toral y Valdés consigue, tras muchos trabajos, ascender al grado de alférez y, más tarde, es designado para acompañar a Miguel de Toroña, que va por virrey a la India oriental, “con patente de Capitán y sesenta escudos de sueldo al mes” ([1634] 2016: 133). Ese ascenso en la carrera militar, sin embargo, se ve truncado cuando Toral y Valdés cae en desgracia a ojos del Virrey, algo que anticipa al inicio de su relato del viaje por mar hasta Goa:

Hacíame mucha merced a los principios, desde Madrid hasta que nos embarcamos. Después fue disminuyendo, de suerte que en pasando la Línea no quedó rastro de esta voluntad, si acaso lo era. Con todo fue lo mismo, y en la India mucho más, que siendo el Conde en Castilla y Portugal, en opinión de todos, el más afable y liberal caballero que se conocía, le quedó de esto poco en la India; porque se hizo áspero de condición, haciendo muy pocas mercedes aunque los servicios fuesen de estima, que experimenté con notable daño mío y fueron la causa de que pasase inaccesibles trabajos; y hoy estoy sin premio de mis servicios, que aunque no son los de un gran soldado, pudieran tener alguno ([1634] 2016: 133-134).

El “daño” y los “inaccesibles trabajos” a los que se refiere el capitán empiezan cuando su superior le solicita que se pronuncie a favor del general Francisco de Mora en juicio ante la Audiencia de Oidores. El Virrey teme que el testimonio del autor ponga en evidencia que la inexperiencia del General en la jornada de Bombaça ha supuesto un grave perjuicio para las tropas:

⁴¹¹ La novela de autoformación se fundamenta en el eje del conflicto entre Yo y el mundo: “El protagonista, actor y receptor de su propio proceso formativo, gestado en esa conflictividad, obtiene, por autoconciencia, un conocimiento de sí mismo, o lo que es lo mismo, su propia identidad” (Rodríguez Fontela, 1996: 52). Para más detalles sobre el desarrollo de la novela de autoformación en la literatura española y sus conexiones con la novela picaresca y la autobiografía, ver Rodríguez Fontela (1996).

El Virrey me mandó llamar y con mucha blandura me dijo: “Toral, poco importa que digáis que en Bombaça dijisteis que el puesto del baluarte de los turcos era bueno.” Y como sea impropio en hombre altivo y áspero la blandura, y como conmigo nunca la tuviese, luego sospeché que no era para hacerme ningún bien, y así le respondí: “Señor, si delante de veinte hombres y del señor Don Fernando dije lo contrario, y así lo juran todos ante el Oidor general, ¿por qué quiere Vuestra Señoría que habiendo acertado yerre y diga en contrario de tanta gente como estaba delante, desdiciéndome a mí mismo?” “Bien se puede hacer, que algunos habrá que digan lo mismo que vos.” Respondile: “Señor, los que lo dijeron no dirán en rigor bien; y en el complacer a nadie conmigo mismo, primero soy y mi honra que Don Francisco de Mora.” A esta razón, algo torcido el rostro, me dijo: “Andad con Dios.”

Y otro día siguiente me tomaron juramento. Juré la verdad, sin atención particular ninguna, de que se escandalizó más. Y sin saber por qué, dentro de tres días me mandó prender y estuve en la cárcel sesenta días, sin poder saber la causa ni hacerme cargo ninguno, por más memoriales que le envié ([1634] 2016: 186-187).

Los padecimientos de los soldados derivados de las asechanzas de otros compañeros o de sus superiores no aparecen únicamente en la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés. Como se ha visto con anterioridad, a Félix Nieto de Silva sus compañeros le levantan falsos testimonios para desacreditarlo. También Alonso de Contreras narra cómo es víctima de un intento de envenenamiento por orden de un primo suyo, un alférez que pretende quedarse con su plaza de capitán. En su prólogo autobiográfico, Diego Suárez narra su encarcelamiento, acusado por un capitán que le tiene enemistad de organizar un motín contra el conde de Alcaudete.⁴¹² Jerónimo de Pasamonte, por su parte, sufre la hostilidad de su capitán “porque yo no rescataba cartela, ni consentía que ninguno que hubiese conmigo la rescatase” ([1603] 2017: 229).

En el caso de Domingo de Toral y Valdés, las diferencias con el Virrey suponen un antes y un después en su vida y en su carrera profesional. Estando en prisión se requieren sus servicios en la armada y, tras la campaña, decide no regresar por temor a ser de nuevo encarcelado. Protagoniza, entonces, un retorno odiseico por tierra hasta la Península, plagado de padecimientos y de peligros. Al llegar a España, se presenta ante el Rey en su Consejo de Portugal y ante el conde duque de Olivares con sus papeles de servicios.

⁴¹² Diego Suárez pasa tres meses en prisión, en una torre del palacio de Orán: “en que solo tuve por procuradores y mis defensores la ynnocencia y yngnorancia de lo que se me pedia y era ynputado, y la voz y fama de mi buena vivienda y exercicios, siendo juntamente mi defensor en esta ocasión mi confesor, fraile dominico, Alegio Holguin, natural de Oran, y lo mismo Gaspar Prieto, sargento mayor, y todos los demás capitanes, alféreces, sargentos, soldados viejos y alcaldes de aquellas plaças” ([1623] 1901: 153).

Aunque queda finalmente disculpado, el cierre de la obra muestra la pesadumbre y la amargura del capitán:

Pudiera alargarme mucho más en mi particular, más el hombre ni en bien ni en mal es bien que hable mucho de sí. Lo que sé de cierto con tanta experiencia, que no sé más que al principio; y esto es evidencia, que pues no he sabido para mí, ¿qué puedo saber estando hoy más lleno de trabajos y con más necesidad, y menos fuerza para poderlo buscar? [...] A Dios sean dadas las gracias de todo; que por mí se puede decir, según tantos trabajos he pasado y peligros de la vida, y al presente en más necesidad, que el día siguiente siempre es el peor ([1634] 2016: 217-218).

Al igual que otros autobiógrafos, Domingo de Toral y Valdés insiste en la modestia al narrar su experiencia de vida. Ciertamente, no se desprende autosatisfacción, vanagloria ni enaltecimiento de la propia persona en el relato del capitán, pues escribe desde el más absoluto desengaño. Su tono es, como indica Pope (1974: 210 y ss.), de un pesimismo profundo, propio del “soldado roto”⁴¹³ que regresa a casa con las manos vacías. Muchos, al igual que el Mellado, aguardan en la plaza de San Felipe una recompensa o, como los militares que sacan en brazos a Diego Duque de Estada, esperan a las puertas de alguna audiencia un cargo o una ventaja. Entre ellos, hay que destacar la figura de Jerónimo de Pasamonte.

El soldado aragonés, tras su cautiverio, se dirige al escribano del duque de Gata para solicitar un documento que recoja sus servicios. Esa relación, según indica “fue de aves de rapiña muy instruidas, y mala para mí” ([1603] 2017: 193). Después, entrega un memorial para el Virrey, que es gestionado por el funcionario Mayorga, de quien más adelante indica: “tanto que Mayorga vivió no fue posible negociar nada” ([1603] 2017: 229). Con estos sinsabores, debidos a la desidia de las instituciones y sus trabajadores públicos, se inicia la segunda etapa de su vida, un nuevo período plagado de padecimientos:

Pero gritemos a alta voz y digamos: “¡Bien seáis venidos, males de la patria, que si habemos escrito muchos trabajos, otros mayores y de nueva impresión se habrán de escrebir, y Dios algo quiere deste miserable! ([1603] 2017: 202-203).

⁴¹³ Martínez conecta del siguiente modo la escritura con la realidad del “soldado roto”: “It presents several scenes of return, several alternatives for the war-weary soldier who abandoned, in very different ways, military life. These are the stories of the deserters, the rebels, the retirees, the veteran *pícaros* and criminals, the disobedient, and the unreturned. Here are some of the stories soldiers wrote while trying to find their way back home –if they ever did” (2016: 169).

Sin obtener resultado alguno, Pasamonte regresa a su casa, donde descubre que ha sido “desheredado de la hacienda de mis padres como si fuera bastardo” ([1603] 2017: 204), pues su familia lo da por muerto en la batalla de Lepanto. Su única salida pasa por acudir a la Corte: “a pie, con un zaino auestas, y no con poco trabajo” ([1603] 2017: 204). Ese viaje no es más que el inicio de una serie de idas y venidas por conseguir una compensación a sus muchos trabajos: “Yo, un poco feroz, le dije si tenía duelos de las solas de mis zapatos, y que me diese mis papeles, que yo quería ir a la corte” ([1603] 2017: 212); “Yo puse pies en polvorosa a pura suela de zapato, y doy conmigo en Madrid, y con bien poco dinero”([1603] 2017: 212); “Viéndome pobre y a pie, saqué los papeles y se los llevé, y le informé mi voluntad y mis muchos trabajos, y vio mis heridas” ([1603] 2017: 212); “Yo le besé las manos y me volví a Aragón con mi mucha pobreza y haciendo sudar mis zapatos” ([1603] 2017: 212). El resultado a todos estos esfuerzos, finalmente, es servir de nuevo en el ejército:

Volví a Francisco Idiáquez y me remitió a Villela. Villela me dijo dos o tres veces:

–Señor Pasamonte, don Manuel Zapata ha escrito a Francisco Idiáquez quién vuestra merced es; mire si quiere una bandera, que esta tarde se le dará, y si no quiere bandera y quiere ser capitán, estese quedo, y a la primera elección será metido al número de los capitanes. ¡Puédaseme secar la mano con que escribo si Villela no me dijo las palabras que tengo escritas! Yo me excusé con mi poca vista y muchas heridas, por el deseo que tenía de ser clérigo [...] A cabo de algunos días me respondió Jerónimo Marqués diciendo que el regente Lanz tenía mi información, que acudiese a él. [...] Viéndome pobre y a pie, saqué los papeles y se los llevé, y le informé mi voluntad y mis muchos trabajos, y vio mis heridas. Y de verdad que el señor don García de Toledo me firmó cuatro fees, porque el Lanz siempre hallaba excusas:

–Oh, señor, en esta fe falta esto, y en esta estotro.

Tanto, que yo iba y firmaba una y rasgaba otra. [...] El regente Lanz, como tuvo mis cosas en sus manos, me dijo me fuese a la patria, que él tendría cuenta con mis cosas como tuyas. [...] Pasando algunos días, vino la cédula de Su Majestad con seis escudos de ventaja, con obligación de servir. Cuando yo vi esto, me vi tan aborrido que no sabía qué hacerme [...] Y así me vi perdido, habiendo dejado en la corte de ser capitán. ¡Oh, qué aborrimiento! ([1603] 2017: 212-214).

Tanto los trabajos derivados de su reclamación ante las instituciones como la resolución final acarrear un sentimiento de enorme frustración en el autor: “tanta pena que yo tenía, que moría de rabia” ([1603] 2017: 210); “este aborrecimiento me tenía tan desesperado” ([1603] 2017: 211); “tan gran desesperación que me vi aborrido” ([1603] 2017: 212). Pasamonte vive, como Alonso de Contreras o Domingo de Toral y Valdés, un perpetuo *ego contra mundum* a su regreso a la patria, que irá *in crescendo* a medida que avance el

discurso de su vida. Su autobiografía no es una confesión, puesto que no hay un análisis introspectivo en la obra. La denuncia del soldado roto tiene atributos de queja jobiana, pues el lamento de Job, como indica Zambrano (1995: 52), no es más que la expresión de sentimientos de injusticia ante el mundo, de aislamiento y de manía persecutoria, una constante en el discurso del soldado aragonés.⁴¹⁴

En suma, en general, las Vidas de soldados dedican un espacio importante a la denuncia por los trabajos derivados de la ausencia de compensación económica o reconocimiento profesional. Aunque las milicias de los Siglos de Oro se abren al reconocimiento de los méritos individuales, los hombres de armas se topan con la realidad de la dureza de la burocracia y los funcionarios reales, los tratos de favor de la Corte o las asechanzas de compañeros y superiores. Alonso de Contreras, Jerónimo de Pasamonte y Domingo de Toral y Valdés adoptan una postura de *ego contra mundum* en sus obras, un tono agónico que bien pudiera estar orientado a la obtención del favor de algún noble, si bien esa actitud entra dentro de la dinámica prototípica del discurso soldadesco y de ciertos egodocumentos, como las súplicas y peticiones. La presencia del mismo tono de queja en las Vidas de Diego Duque de Estrada y de Félix Nieto de Silva, que sí logran una posición acomodada, demuestran que el discurso del soldado roto constituye un lugar común en el universo del soldado de los Siglos de Oro.

5.6 La mala vida de la soldadesca

Las escenas seleccionadas por los soldados autobiógrafos para su discurso de vida no quedan reducidas al ámbito de la experiencia de guerra y a las acciones encaminadas a obtener una compensación económica o reconocimiento profesional. La mayoría de autores incluyen en sus autobiografías anécdotas que recrean otras situaciones tópicas o lugares comunes del universo de la soldadesca, como la participación en pendencias u otras actividades propias de una vida disoluta. Esa dinámica se observa en la *Suma* de Diego García de Paredes que, de nuevo, marca un modelo a seguir para el resto de soldados que escriben sus Vidas. La crítica ha advertido la aparente contradicción o incoherencia en la

⁴¹⁴ Pope (1974: 128-129) vincula la pobreza, los problemas de salud y la santidad de Pasamonte con el sufrimiento de Job.

selección de materiales de la autobiografía del Sansón de Extremadura,⁴¹⁵ puesto que, en un relato de los hechos de su vida, cabría esperar mención de los grandes logros en su carrera militar y, sin embargo, hay un mayor espacio para la recreación de afrentas con un desenlace violento. Martínez afirma que estos episodios alejan la figura del autor de toda pretensión de modestia aristocrática, para acentuar “the unrestrained bizarría of common soldiers who despised chivalric codes of behavior as contrary to their social aspirations and interests” (2016: 198). El texto del militar extremeño refleja cómo las muestras de virilidad amenazante y ruda, dentro de los códigos de bizarría de la soldadesca, lejos de suponer un agravio a la reputación pública de los autobiógrafos, los ayuda a reafirmar su imagen ante el público de los Siglos de Oro (Martínez, 2016: 206).

En ese complejo y tenso proceso de construcción identitaria que se observa en la *Suma*, no cabe duda de que García de Paredes se nutre de nuevas tradiciones literarias que impregnan el ambiente cultural italiano en los primeros años del siglo XVI, en las que el arquetipo del soldado ya no se ajusta al ideal caballeresco. Buena muestra de ello es la *Soldadesca* de Torres Naharro, concebida en el mismo espacio en el que se mueve, por esos años, García de Paredes. El dramaturgo forma parte del círculo de extremeños que viven en Italia bajo el mecenazgo del poderoso e influyente Bernardino de Carvajal, tío del Sansón de Extremadura. Precisamente, al Cardenal de la Santa Cruz dedica Torres Naharro su edición de *Tinelaria*.⁴¹⁶ El autor incluso habría participado, según González Rolán (2009: 153), en el reclutamiento de soldados en el palacio del Cardenal. Por ello, no es extraño que el mismo espíritu con el que se gesta la obra de Torres Naharro se encuentre también en el ideario de García de Paredes, tratándose de una influencia directa o no.⁴¹⁷ Como fuere, esos modernos referentes culturales y literarios habrían marcado la estrategia de presentación del

⁴¹⁵ Ver Pope (1974: 25 y ss.), Cassol (2000b: 166), Gastañaga Ponce de León (2012: 49 y ss.), Martínez (2016: 197) y López y Pérez (2018: 99 y ss.).

⁴¹⁶ Torres Naharro se encuentra bajo la protección del Cardenal de Santa Cruz hacia 1516. A él dedica la *Tinelaria*, representada en el palacio de Sisto Mellini, residencia de Bernardino de Carvajal. El mecenas, además, aparece bajo el nombre ficticio de Cardenal Bacano en *Tinelaria*. Al Cardenal de Santa Cruz se refiere también Tristán en *Soldadesca*. Para más detalles sobre la relación entre Torres Naharro y Bernardino de Carvajal, ver González Rolán (2009: 152-154).

⁴¹⁷ La primera edición de *Soldadesca* es de 1517. Sin embargo, la obra habría sido estrenada con anterioridad a esa fecha, cuando el Sansón de Extremadura participa en las campañas italianas. García de Paredes habría podido asistir a alguna representación de la obra o tener conocimiento del texto durante su etapa en Italia.

Yo de García de Paredes, cuyas características estarán también presentes en otras autobiografías de soldados.

Las escenas y motivos encaminados a perfilar el carácter pendenciero y violento del autor abundan en las Vidas de Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Catalina de Erauso y Miguel de Castro.⁴¹⁸ Estos autores, además, recrean otros tópicos sobre la característica vida disoluta de los soldados de los Siglos de Oro. Así, en la narración de relaciones amorosas o encuentros sexuales, de escenas que recrean el vicio del juego o de duelos y ajustes de cuentas subyace el ideario colectivo del militar en su versión más rufianesca. Precisamente, en el relato de esos episodios se dan los puntos de confluencia más destacados entre el universo de la soldadesca y el submundo de pícaros y rufianes. Las Vidas de pícaros, como sostiene Steinbach (2016: 237), habrían supuesto un modelo narrativo para las autobiografías de soldados, en especial en la redacción de este tipo de pasajes. En última instancia, la opción de incluir elementos de la mala vida de la soldadesca en las autobiografías está supeditada a la imagen que de sí mismos desean proyectar los autores, esto es, dependerá de los objetivos o las motivaciones individuales del acto autobiográfico. Presentarse como un soldado de costumbres licenciosas parece contravenir las intenciones de Jerónimo de Pasamonte, Domingo de Toral y Valdés y Félix Nieto de Silva. En estos autores, las referencias a la mala vida de la soldadesca son escasas y breves, además de recibir un tratamiento completamente distinto al que tienen en los textos de otros soldados autobiógrafos. Así, por ejemplo, Félix Nieto de Silva hace una breve referencia a un arresto “por un desafío que había tenido” ([1690] 1888: 16), sin detenerse en el episodio.

5.6.1 Pendencias y uso de la violencia

En algunas autobiografías de soldados, el carácter pendenciero del autor está marcado desde el relato de infancia. El acto violento que motiva la salida del hogar materno y que actúa como una suerte de ritual de iniciación se perpetúa en una primera etapa de juventud en la que la inmunidad de la soldadesca, de alguna manera, supone una invitación a la vida licenciosa. En la *Suma*, Diego García de Paredes se presenta acompañado por una cuadrilla

⁴¹⁸ Para Martínez (2016: 198), la lógica de la violencia subyace en todas las escrituras de soldados.

de jóvenes militares como él que, para ganarse el sustento, se dedican al robo o a los ajustes de cuentas:

A ocho de marzo del mismo año se vieron mis compañeros y yo más necesitados que nunca. Y andábamos tan alcanzados con el poco partido que era fuerza ir de noche a buscar ventura de enemigos, y lo que se ganaba íbamos a venderlo a Nápoles, y así teníamos también mozas, ganando el vestido ([1533] 2006: 41-42).

Esos soldados bisoños que actúan en grupo por la ciudad aparecen también en el relato de juventud de Domingo de Toral y Valdés, quien indica brevemente que, tras dos meses sin recibir ningún sustento, sus compañeros y él se ganan la vida “con los modos a los que da licencia la soldadesca cuando no hay superior que lo estorbe” ([1634] 2016: 102). Poco después de entrar en las milicias, el capitán participa también en una pendencia con otros soldados:

A dos días se me arrimaron dos bellacones que, después de ayudarme a gastar lo poco que tenía, me acuchillaron. Dije en conversación, de un soldado que pasaba, que le había conocido en Toledo corchete: luego se lo dijeron, y él y ellos me sacaron hacia el río engañado; allá me esperaban otros dos, y de la pendencia saqué sesgados dos dedos; del uno estoy estropeado. Digo esto tan por menor porque se conozca el poco saber y la mocedad, cuando procede a su albedrío, a los casos que se sujeta ([1634] 2016: 102).

En la Vida de Domingo de Toral y Valdés este tipo de pasajes únicamente se encuentran brevemente esbozados en los recuerdos de infancia y de juventud. No guardan, además, una coherencia con la personalidad que muestra el autor en la obra, por lo que parecen responder a una visión estereotipada de los primeros años en la trayectoria de todo soldado. Alonso de Contreras, en cambio, sí se recrea en tales escenas. En su etapa en Palermo, su grupo de amigos aprovecha “la libertad de ser levantes del virrey” ([1633] 1983: 17), para permitirse determinadas licencias. El mismo Contreras indica que “no había quien se averiguase con nosotros, porque andábamos de hostería en hostería y de casa en casa” ([1633] 1983: 17). La cuadrilla del autor protagoniza una escena marcada por el carácter pendenciero de los soldados:

Una tarde fuimos a merendar a una hostería, como solíamos, y en el discurso de la merienda dijo uno de mis compañeros, que éramos tres “Trae aquí comida, bujarrón”. El hostelero le dijo que mentía por la gola, con que sacó una daga y le dio de suerte que no se levantó. Cargó toda la gente sobre nosotros con asadores y otras armas, que fue bien menester el sabernos defender. Fuímonos a la

iglesia de Nuestra Señora de Pie de Gruta, donde estuvimos retraídos hasta ver cómo lo tomaba el Virrey. Y sabido que había dicho que nos había de ahorcar si nos cogía, dije “Hermanos, más vale salto de matas que ruego de buenos” ([1633] 1983: 17).

El altercado se resuelve con el robo de una embarcación y la huida por mar a Nápoles, donde, al verlos “de buena traza y galanes” ([1633] 1983: 18), el conde de Lemos los acepta en la compañía de su hijo, Francisco de Castro. No sin cierto orgullo, Contreras indica: “Llamábannos en Nápoles los levantes del duque de Maqueda y nos tenían por hombres sin alma” ([1633] 1983: 18). En el nuevo destino, continúan las actividades de la cuadrilla. El asesinato por la noche de un hombre para robarle la capa y los destrozos en un local de venta de vinos provocan la separación del grupo y, nuevamente, la huida de Alonso de Contreras, que se embarca para Malta.

Diego Duque de Estrada también narra sus primeras pendencias de juventud en España. En ese conflictivo período de su vida se labra una mala reputación, según el mismo autor indica: “hasta en los burdeles públicos estaba ya mi nobleza tan manejable que rufianes, valientes de la vida airada y yo todos éramos unos.” ([1646] 1982: 109). Una noche, después de una cena con unos caballeros, el grupo termina con “los cascos bien calientes” ([1646] 1982: 117) y, durante el paseo, “no se topó cuadrilla aquella noche a quien no acuchillamos” ([1646] 1982: 117). Es en esa época cuando el autor es encarcelado por su pelea con el Pardillo de Ocaña en Sevilla. En una etapa posterior, ya en Nápoles, la mala vida de Diego Duque de Estrada continúa en compañía de otro grupo con el que “deshacía todo nublado de valientes en cantones a broqueladas, de noche” ([1646] 1982: 198). Esta cuadrilla actúa con total impunidad por la ciudad:

[...] y allí íbamos nosotros, no a cenar, que no teníamos necesidad, sino a picardear, a quebrar cien platos cada noche y salirnos sin pagar treinta y cuarenta escudos que hacíamos de costa; como también en ricas y pródidas pastelerías adonde tortas reales, pavos, capones, bizcochos y otros regalos. Dejamos en diversas veces a algunos de manera que, dejando la botica, fallecieron sus haciendas, porque como Don Beltrán salía por todo y era primo del Virrey, nadie osaba hablar; pero por diverso camino lo remedió Dios ([1646] 1982: 200-201).

La situación termina cuando Andrés Losada le cuenta al Virrey “todas mis valentías, cuchilladas del cuartel de noche, matracas a las cortesanas, fiestas de los pasteleros y chorrillos, heridas y muertes” ([1646] 1982: 201). La mala influencia que Diego Duque ejerce sobre el sobrino del Virrey le vale su caída en desgracia y el destierro de palacio, si

bien más tarde consigue regresar por intermediación de su maestro de campo: “aunque no como antes estaba” ([1646] 1982: 202). Un resumen de su trayectoria pendenciera y delictiva se encuentra en el interrogatorio al que es sometido cuando lo arrestan y encarcelan:

Salió todo en la negra colada: la muerte del mozo de las espuelas, la de Doña Isabel, la del ladrón de Antequera, las heridas del Pardillo, sacrilegio de las estocadas de Perafán en la iglesia, desafíos en Andalucía, otras muchas heridas dadas de noche, cuestiones, amancebamientos y todo lo demás que me había pasado en el discurso de mi vida, hasta las puñaladas del padre jesuita y pedradas a las puertas del estudio, como si el demonio mismo lo leyerá el día el juicio en el tribunal de la justicia, tan puntual era escrito ([1646] 1982: 123).

Los episodios con un desenlace violento no quedan reducidos, sin embargo, al relato de juventud de los soldados. En la *Suma* de Diego García de Paredes, el autor narra desafíos en los que defiende su honor, como el duelo con el coronel Palomino o el combate con el capitán francés, que desea vengar la muerte de dos de sus hermanos a manos de García de Paredes. Esta última afrenta termina con un acto de extrema violencia, pues el Sansón de Extremadura le hunde la cabeza y el almete a su contrincante con una pesada porra. No obstante, la escena en la que más se detiene el autor en su discurso de vida es el altercado que tiene lugar en la posada:

Y hallé en la posada dos rufianes y dos putas y unos bulderos. Y querían cenar, y, como vestido de pardillo me viesan, y con un papahígo, pensaron que era merchán de puercos. Y comenzáronme a preguntar que a dónde iba, y si iba a comprar puercos, que allí los había buenos. Y yo no respondiendo, pensaron que era judío y sordo. Y llegó uno de los rufianes a tirarme del papahígo, diciendo que si era sordo. Y estuve quedo por ver qué haría más. Un buldero que parecía hombre de bien le dijo quedito que no se burlase conmigo, que no sabía quién era y que se me parecían armas debajo del sayo. Estos rufianes llegaron a mí para ver las armas. [...] vino uno de ellos y tirome del papahígo queriendo que le mostrase las armas, que eran doradas, y aun me dijeron si las había hurtado. [...] Yo me levanté y tomé un banco en que estaba sentado. Comencé por el rufián y las putas y abríle la cabeza. Eché al otro rufián y las putas y los bulderos en el fuego. Una puta cayó debajo y murió; los otros, quemadas las caras y las manos, salieron dando voces a la justicia, y el mesonero con ellos. Nosotros nos sentamos a tomar su cena hasta que todo el pueblo se juntó a la puerta ([1533] 2006: 46).

En este caso no se trata de un duelo entre caballeros o soldados, sino de la respuesta implacable a la provocación de unos rufianes. Como indica Gastañaga Ponce de León (2012: 51), en la *Suma*, al autor parece interesarle más salir victorioso de un lance personal

que de las campañas del Rey de España. Para Pope (1974: 30 y ss.), el papel destacado de esta anécdota en la autobiografía de Diego García de Paredes respondería al objetivo de presentar la acción individual del autor como modelo caballeresco para sus hijos, pues la reacción violenta no deja de estar sujeta, de alguna manera, a códigos de honor. López y Pérez (2018: 99), por su parte, sugieren que el autor desea transmitir a sus descendientes el talante de un hombre que “nunca retrocedió ni perdonó ante cualquier desafío” (López y Pérez, 2018: 102) y no únicamente una relación de sus logros profesionales. Lo cierto es que el episodio muestra, de acuerdo con Gastañaga Ponce de León (2012: 53), una tensión entre lo vulgar y la necesidad de demostrar la honra personal, también presente en otras autobiografías, como la de Alonso de Contreras o Miguel de Castro.

En la autobiografía de Alonso de Contreras, al igual que sucede en la *Suma* de García de Paredes, el autor responde con violencia a las provocaciones de otros soldados, caballeros o rufianes. Como el capitán indica, esa trayectoria obstaculiza su profesión como caballero de la Orden de Malta: “me contradecían algunos caballeros que tenía dos homicidios públicos” ([1633] 1983: 360). La inclusión de ese tipo de escenas en su *Vida* alejan al personaje, como indica Ettinghausen (1983: xviii-xix), del tradicional hombre de armas y lo muestran en una dualidad heroico-picaresca. Un ejemplo de su facilidad para echar mano de la espada se encuentra en la escena a la puerta de la putería de Córdoba. El capitán acude al lugar principalmente buscando a unos soldados que se dedican a robar por los cortijos:

Apeéme en el Mesón de las Rejas y fuime solo a la casa pública, por ver si los topaba, conforme las señas, y por ver aquella casa. Estando hablando con una de las muchas que había, llegó a mí un gentilhombre sin vara, con un criado, y dijo “¿Cómo trae ese colete?” –que era de ante–; dije “Puesto”; dijo “Pues quítese”; respondí: “No quiero”; el criado dijo “Pues yo se lo quitaré”. Iba a ponerlo por obra; fue fuerza sacar la espada, que ellos no fueron perezosos a hacerlo, pero yo fui más pronto, pues herí malamente al Alguacil Mayor, con que todas las mujeres cerraron las puertas y la de la calle también. Quedéme dueño de la calle, que era angostísima, y no sabiendo qué hacerme, porque era la primera vez que entraba en semejantes casas [...] Entró de golpe el Corregidor, con tanta gente como se deja entender, y queriendo arremeter conmigo, dije: “Repórtese vuesa merced”, con la espada en la mano. Y entonces lo mismo era que hubiera mil que uno, porque no cabían más en la calle, dando voces: “¡Prendedle!” Nadie lo quería hacer, y cierto que hubiera una desdicha si no viniera con el Corregidor el capitán Molina, que me conoció y dijo “Repórtese vuesa merced, señor alférez” ([1633] 1983: 72-73).

Contreras muestra una mezcla de chulería y coraje en la defensa de su honor. Es la misma actitud con la que se enfrenta a un italiano que lo tilda de embustero cuando acude a tomar posesión del cargo de capitán de corazas a Nápoles. Aunque reconoce que en Italia no es ofensa la acusación de mentir, la presencia de otros españoles lo fuerza a responder por su honor: “alcé la mano y le encajé la barba, asiéndole de ella” ([1633] 1983: 181). Los dos hombres son separados y el conde de Monterrey hace que se reconcilien, aunque “de allí adelante cada uno andaba, o yo por mejor decir, ojo avizor, como dicen los lampones” ([1633] 1983: 181). Una acusación de mentiroso también desencadena la reacción violenta de Miguel de Castro frente a Pedro de Acuña:

Yo salí de casa con alguna colerilla, movido de que hubiese ido a contar cosa que no había pasado, y topele delante de Castelnovo y le dije mi parecer, de suerte que le obligué a meter mano. [...] comenzó a tirar estocadas a gran prisa y meterse [...] Yo enderecé hacia el don Pedro y le hice retirar seis pasos a gran prisa. El otro que le vio, pasose a su lado y reparábame los golpes que yo tiraba al don Pedro, y el don Pedro tenía lugar de meterse, y entra con una punta y me pasó el brazo de la espada por arriba [...] arrójome a don Pedro, y con un revés quítrole la espada de la mano. Entonces llegó la guarda y otra gente; prendiéronme a mí y me llevaron al cuerpo de guardia, de abajo. [...] Supieron por lo que había sido la pendencia y que no había cosa de por medio, supuesto se había metido mano a las espadas, por donde las amistades no se hiciesen, y que la herida mía no era de peligro, y así tomaron las manos. A don Pedro la tomó don Gonzalo de Sotomayor, veedor general de los castillos del reino, y a mí, Juan Vázquez de Acuña, general de la artillería; y así las amistades quedaron hechas ([1612] 2013: 89-90).

Al igual que ocurre en la pendencia del capitán Contreras, los hombres son obligados a hacer las paces. No es esta, sin embargo, la única escena en la que Miguel de Castro responde usando su espada. Pese a su condición de militar que, en definitiva, ejerce como criado, hace uso de la violencia en su riña con el soldado Velache por el robo de las mangas negras de raso del Capitán y también en la discusión con Diego de Arriaga, gentilhombre de cámara del conde de Benavente. Del mismo modo violento resuelve una trifulca con otro criado por una cama: “sobrevínele con la espada y le di tres o cuatro cintarazos muy bien dados” ([1612] 2013: 247-248). No obstante, Miguel de Castro, retomando la tradición soldadesca del Centurio, que tiene un gran peso en su autobiografía, también es capaz de resolver las situaciones con fanfarronería: “Al fin, como si fuera algo, me hice sentir allí, solo de palabra, que llegado a la obra, creo llevara yo la peor parte” ([1612] 2013: 85). El

motivo prototípico de la cobardía también se encuentra, sorprendentemente, en la Vida de Diego Duque de Estrada:

Halléme del todo perdido, sin armas, sin fuerzas, sin aliento y sin sangre, por lo que, no teniendo otro remedio, por no morir sin defensa, contra opinión y contra mi natural valor arranqué a correr ([1646] 1982: 111).

En la Vida de Diego Duque de Estrada, sin embargo, abundan los pasajes que narran duelos y pendencias no solo en su etapa de juventud, sino también en la madurez. Precisamente en este período dice juntarse con una cuadrilla “no de salteadores, pero de homicidas huyentes” ([1646] 1982: 304) y alternar con “damas cortesananas y valentones del hampa” ([1646] 1982: 304). El autor no únicamente se desenvuelve con el uso de la fuerza en escenas entre caballeros o con rufianes. Véase también la manera en la que reacciona cuando está cenando y un paje entra en su habitación a tomar un espejo para arreglarse la barba:

[...] levantándome de la mesa, que aún no había empezado a comer, con el cuchillo en la mano con que trinchaba, le dije: “¿Piensa el desvergonzado que entra en algún burdel a estafar a alguna puta, que le dice esto he menester? Ponga ahí el espejo, que si no es porque no digan que le mato como a perro entre puertas, le diera con este cuchillo en esa garganta”. Y, diciendo y haciendo, le di un repujón que di con él fuera de la puerta. Cerré la puerta y acabé de comer, con poco gusto de no haberle dado dos puñaladas, porque los gestos y ademanes que hacía de bravo las merecía muy bien ([1646] 1982: 311).

El modo en que se despacha con el criado para sentarse después fríamente a cenar, así como también la vulgaridad de sus palabras, recuerda a la escena de Diego García de Paredes en la posada con las putas y los bulderos. En otros pasajes en que se narran trifulcas, al igual que el Sansón de Extremadura y otros militares, el soldado toledano no duda en llegar incluso a asesinar a sangre fría a su contrincante. A diferencia de lo que sucede en la novela picaresca, como indica Navarro Durán (2012: 281), no hay comicidad en estas escenas, sino bravuconería. Así, relata cómo mata a Diego de Aguilera porque en un corrillo dice ser mejor que él. En otra ocasión, en una reunión en Nápoles, los excesos en una cena terminan con una pelea:

El juego de este día fue de importancia, y la ganancia de uno mucha; las viandas y vinos, exquisitos; de modo que, habiendo muy bien cenado y mejor bebido, los cascotes calientes, se empezaron a tirar de lo que había en la mesa, particularmente un insolente caballero que junto a mí se sentaba, cuyo

nombre callo. Pero, de mí advertido no me manchase, respondió tan desvergonzadamente que me necesitó alzar un plato. Él sacó un pistolete, ya para esto preparado, que así lo había prometido de matarme; pero aferrada la muñeca con mi mano izquierda, le disparó sin efecto, y yo, sacando una daga o machinete, le di por la garganta tal puñalada que quedó degollado. La mesa fue rodando y yo salté fuera de la casa; ellos saben lo que hicieron de él ([1646] 1982: 277-278).

Las escenas de la mala vida de Diego Duque de Estrada vienen en ocasiones acompañadas por un discurso prototípico de arrepentimiento del hombre maduro que reprueba los abusos o excesos del pasado:

Hallábame lleno de vicios, muertes, heridas, amancebamientos, trayendo mujeres de lugar en lugar, por quien sucedían los más de estos casos, que no he referido por ser muchos, largos y poco honestos; pero siempre, en medio de ellos, con luz de Dios y deseo de enmienda ([1646] 1982: 117).

Más adelante, el soldado insiste en la misma idea al mostrarse cansado de su “arrastrada y aun desastrada vida” ([1646] 1982: 304). Tal postura, en principio, guardaría coherencia con el momento de conversión en la etapa final de la vida del autor. Sin embargo, Diego Duque de Estrada escribe su autobiografía en diferentes fases y, en las primeras redacciones de la obra, aún no ha tomado el hábito de San Juan, por lo que el tono de arrepentimiento obedece, sin duda, a la recreación de un lugar común tomado tal vez del patrón de las confesiones o del *Guzmán de Alfarache*.

Las pependencias son también recurrentes en la Vida de Catalina de Erauso. En la confesión al obispo de Guamanga, resume así su trayectoria en América: “me embarqué, aporté, trajiné, maté, herí, maleé, correteé” ([1625] 2002: 160). Su etapa como hombre y como soldado, por lo tanto, está más marcada por la mala vida y el uso de la violencia que por sus hazañas en el campo de batalla. Precisamente, la primera vez que se ciñe una espada lo hace para responder a una ofensa:

Estábame un día de fiesta en la comedia en mi asiento que había tomado, y sin más atención, un fulano Reyes vino y me puso otro tan delante y tan arrimado que me impedía la vista. Pedile que lo apartase un poco, respondió desabridamente, y yo a él, y djome que me fuese de allí, que me cortarían la cara. Yo me hallé sin armas, más que una daga, salíme de allá con sentimiento. Entendido por unos amigos, me siguieron y sosegaron. El lunes por la mañana siguiente, estando yo en mi tienda vendiendo, pasó por la puerta el Reyes y volvió a pasar. Yo reparé en ello, cerré la tienda, tomé un cuchillo, fuíme a un barbero e hícelo amolar y picar el filo, como una sierra; púsome mi espada, que fue la primera que ceñí, vide a Reyes delante de la iglesia paseando con otro, fuíme a él por detrás, y díjele: –¡Ah, señor Reyes! –. Volvió él y dijo: –¿Qué quiere? –. Dije yo: –Ésta es la cara que se corta– y, dile con el cuchillo un refilón de que le dieron diez puntos. Él acudió con las manos

a su herida; su amigo sacó la espada y vino a mí, y yo a él con la mía. Tiramos los dos, y yo le entré una punta por el lado izquierdo, que lo pasó y cayó ([1625] 2002: 103).

Las diferencias con Reyes no finalizan en esa anécdota. Un nuevo altercado con él en Trujillo termina con Catalina de Erauso refugiada en una iglesia para evitar ser encarcelada. La Monja Alférez también protagoniza, en la Concepción, un lance en el que mata a un alférez y a un auditor por su afición al juego. Asimismo, se enfrenta a Pedro de Chavarría en el interior de una iglesia y a un italiano que pone en duda el valor de los españoles en Génova. Incluso termina asesinando a su propio hermano Miguel por error, en una anagnórisis con sabor a comedia de capa y espada. El recurso a la violencia en la Vida de Catalina de Erauso, como indica Spragins (2019: 108), no es más que una estrategia al servicio de la contrucción de su masculinidad, un modo de “esgrimir los instrumentos fálicos que son la espada y la daga” (Segas, 2015: 217). Así, en la parte final del texto, la autora responde del siguiente modo a quienes la interpelan como mujer:

En Nápoles, un día, paseándome en el muelle, reparé en las risadas de dos damiselas que parlaban con dos mozos, y me miraban. Y mirándolas, me dijo una: -Señora Catalina, ¿dónde es el camino? – Respondí: –Señoras putas a darles a ustedes cien pescozadas, y cien cuchilladas a quien las quiera defender–. Callaron y se fueron de allí ([1625] 2002: 175).

Esa respuesta agresiva y amenazante tiene un valor hipermasculinizador (Spragins, 2019: 112), que refuerza la consolidación institucional de Catalina de Erauso como hombre. Tanto el Papa como el Rey han aceptado su cambio de género e incluso recibe una paga como alférez reformado. Por ello, como indica Segas (2015: 218), la escena ilustra la primera ocasión en la que Catalina de Erauso no huye y fija su estado genérico socialmente reconocido y asumido.

Los episodios que muestran el carácter pendenciero de los soldados nada tienen ya que ver con su actividad profesional en el campo de batalla o con la experiencia de guerra y, por lo tanto, no están en línea con la dinámica del memorial de servicios. En esas acciones rufianescas los soldados se sitúan al margen de la ley. Por ello, esas escenas se resuelven a menudo con la huida del autor o, en su defecto, con su refugio en alguna iglesia o convento, recurso muy recurrido por Diego Duque de Estrada y por Catalina de Erauso. Cuando la fuga no es posible, los soldados se enfrentan a la cárcel. En ese contexto, hay que destacar

el episodio narrado por Diego Duque de Estrada sobre su experiencia en prisión, que incluye un cómico relato de fuga.⁴¹⁹ La narración de esas anécdotas se caracteriza por una mezcla de ágiles diálogos y dinámicas acciones –al estilo de la novela corta o de la comedia de capa y espada–, y de la brutalidad y vulgaridad del submundo de pícaros y rufianes, ya presente en la figura de Centurio. En última instancia, la inclusión de lances y pendencias en las autobiografías escritas por militares reafirma la posición identitaria de los autores de estas obras dentro de los moldes del prototipo del soldado de los Siglos de Oro.

5.6.2 *Usos amorosos de la soldadesca*

Tradicionalmente, el amor y la mujer tienen una presencia destacada en la vida del hombre de armas, tal y como reflejan las novelas de caballerías. Así, Díez de Games indica que, en su relato sobre la vida de Pero Niño, hablará “de los sus fechos e grandes aventuras a que él se puso, así en armas como en amores” ([h. 1450] 1993: 237). La mayoría de soldados de los Siglos de Oro, sin embargo, abren sus obras a visiones no idealizadas de la mujer y de los encuentros amorosos, dando entrada a elementos propios del submundo celestinesco. De este modo, los soldados no solo reafirman su estilo de vida licencioso, sino también su carácter pendenciero o fanfarrón. Este extremo, sin embargo, no se observa en todas las autobiografías de soldados. Domingo de Toral y Valdés no incluye en su relato referencias a posibles relaciones o encuentros amorosos y, tanto Jerónimo de Pasamonte como el marqués de Tenebrón únicamente se mostrarán como fieles maridos, sin dar cabida a la relación de posibles escauceos amorosos. Ello se debe, probablemente, a que ambos militares insisten en el propósito religioso de sus obras. Así, Jerónimo de Pasamonte indica que “de sangre y carne hay poco que fiar” ([1603] 2017: 147-148). En el caso de Félix Nieto de Silva, además, hay que tener en consideración que escribe con la finalidad explícita de mostrarse como ejemplo para sus descendientes.

En cuanto a los usos amorosos de la soldadesca, el matrimonio parece no ser entendido como una elección propia de la vida del militar de los Siglos de Oro. Así lo expresa Félix Nieto de Silva cuando se le presenta la posibilidad de casarse: “era una cosa contra todo mi

⁴¹⁹ Para un análisis de la experiencia en la cárcel de Diego Duque de Estrada en el contexto de la mala vida en los Siglos de Oro, consultar Navarro Durán (2012: 213 y ss.).

genio” ([1690] 1888: 105). También Diego Duque de Estrada muestra una idea similar: “No tenía yo pensamiento de casarme en mi vida” ([1646] 1982: 204); “jamás lo imaginé ni creí inclinarme al matrimonio, siendo tan diverso del arte militar” ([1646] 1982: 525). La opción del matrimonio, sin embargo, planea sobre la vida de los soldados. Así, el caudillo de Estampalia le ofrece la mano de su hija al capitán Alonso de Contreras, algo que este no acepta: “no dirían quedaba casado en tierra de cristianos y con cristiana, sino en Turquía y renegado la fe que tanto estimo” ([1633] 1983: 48). Jerónimo de Pasamonte narra cómo en Gaeta tres hermanas “andaban a tú por tú cuál se casaría conmigo, y yo estaba aborrido, que no sabía qué hacerme” ([1603] 2017: 228). Catalina de Erauso también se muestra reticente ante la proposición de casarse, en primer lugar, con una muchacha: “la cual era muy negra y fea como un diablo, muy contraria a mi gusto, que fue siempre de buenas caras” ([1625] 2002: 122). En segundo lugar, al mismo tiempo, don Antonio Cervantes le ofrece la mano de su sobrina, y la Monja Alférez acepta los agasajos y regalos que le envían, para finalmente desaparecer: “y no he sabido cómo se hubieron después la negra y la provisoro” ([1625] 2002: 122-123).

Las reticencias ante el matrimonio no impiden que algunos soldados pasen por la vicaría. El marqués de Tenebrón lo hace en tres ocasiones, siempre con mujeres de buena posición social: Jerónima de Cisneros y Moctezuma, la condesa de Torrejón y María Elvira de Loaisa, hija de los condes del Arco. También Diego Duque de Estrada advierte las ventajas de casarse con una dama de destacado linaje cuando se le presentan dificultades económicas. Por ello, ante la propuesta de don Francisco de Castro de contraer matrimonio con la joven Lucrecia indica: “caliente caliente el negocio [...] me eché a sus pies” ([1646] 1982: 204). Del mismo modo, Jerónimo de Pasamonte valora la opción de matrimonio en vistas de que “mi paga se me iba en posadas, y poca seguridad en las comidas y otros peligros” ([1603] 2017: 238-239). Para tal fin, toma una muchacha de un convento “pues allí no se imparan supersticiones ni artes malas” ([1603] 2017: 239). Incluso el capitán Contreras se casa con la viuda de un oidor que “era hermosa y no pobre” ([1633] 1983: 94). La visión que el marqués de Tenebrón, Jerónimo de Pasamonte y Diego Duque de Estrada muestran de sus mujeres es respetuosa y positiva, sobre todo en el caso del soldado toledano. La esposa de Duque de Estrada, doña Lucrecia, es definida como “buena,

humilde, paciente y honrada” ([1646] 1982: 301) y comparada con Penélope. En lo que respecta al capitán Contreras, la situación es algo distinta, puesto que su matrimonio con la viuda madrileña tiene un trágico desenlace:

Estuvimos casados con mucho gusto más de año y medio, queriéndonos el uno al otro. Y cierto que era tanto el respeto que la tenía que, a veces, fuera de casa, no me quería cubrir la cabeza delante de ella; tanto la estimaba, en suma. Yo tenía un amigo que le hubiera fiado el alma; entraba en mi casa como yo mismo y fue tan ruin que, no mirando a la gran amistad que había entre los dos, comenzó a poner los ojos en mi mujer, que yo tanto amaba y, aunque yo veía algunas cosas de más cuidado en el hombre de lo ordinario, no pensé en tal cosa, hasta que un pajecillo que tenía me dijo “Señor, ¿en España los parientes besan a las mujeres de los otros parientes? [...] Porque Fulano besa a la señora y le mostró las ligas”. [...] El chiquillo me lo dijo otra vez y, en suma, yo, que no dormía, procuré andar al descuido con cuidado, hasta que su fortuna los trajo a que los cogí juntos una mañana y se murieron. Téngalos Dios en el cielo si en aquel trance se arrepintieron. Las circunstancias son muchas y esto lo escribo de mala gana ([1633] 1983: 94-95).

El capitán demuestra una valoración ciertamente positiva de la vida matrimonial y una absoluta entrega por su parte: “casados con mucho gusto”, “era tanto el respeto”, “que yo tanto amaba”, “tanto la estimaba”. Esas expresiones intensifican la traición de la esposa y el amigo, que motiva el asesinato, al que se refiere de manera eufemística: “se murieron”. Como indica Domínguez Flores, Alonso de Contreras, en su autobiografía, se muestra como un “desinteresado amante pero escrupuloso marido” (2007: 105). La mayor parte de los episodios amorosos que aparecen en su *Vida* corresponden a experiencias fuera del matrimonio y, con frecuencia, con prostitutas o damas de compañía. Ocurre algo similar en las autobiografías de Diego Duque de Estrada y Miguel de Castro.

Los episodios de relaciones amorosas o encuentros sexuales extramatrimoniales en la obra de Diego Duque de Estrada y en algunas escenas de la *Vida* de Miguel de Castro muestran una visión idealizada y prototípica de la mujer y del amor. Así sucede en el amor de reja o “amor de duende” ([1612] 2013: 71) –esto es, sustentado en “señas y requiebros de billetes y favores de chiquillos” ([1612] 2013: 71)– de Miguel de Castro en Brindisi. También en su historia de amor sarraceno con la esclava Mina. En la misma línea, Miguel de Castro relata su fuga con la viuda Virgilia, disfrazada de hombre y perseguida por el cuñado y el hermano, con quienes el soldado se enfrenta valerosamente. De igual modo, se ajustan a los códigos del amor platónico y a las dinámicas de la novela cortesana la relación de Diego Duque de Estrada con Isabel y, posteriormente, el episodio con la Monja que lo

ayuda a escapar de la cárcel. También se advierten influencias novelescas y de la comedia de capa y espada en su aventura con doña Francisca, que incluye un rapto, un duelo y, de nuevo, el motivo de la disfrazada de varón. En la narración de estos episodios, con mayor o menor fortuna, tanto Diego Duque de Estrada como Miguel de Castro despliegan sus conocimientos de retórica amatoria propia de la literatura de los Siglos de Oro. Buena muestra de ello es el retrato de doña Francisca:

Vistióse en hábito de hombre, que verdaderamente lo parecía, por ser de justa estatura, ancha de espaldas, ceñida de cintura, pequeño pie y bien proporcionada de pierna, al contrario común de las mujeres; grande frente y ojos hermosos, rasgados y negros; hermosa y proporcionada boca y dientes blanquísimos sobremanera, nariz bien hecha y hermosas colores sin invención de afeites; cabello negro sobre una blancura extremada de cara y de perfectísimas manos. Hacía su hermosura una dulce y compuesta armonía, deleitosa a la vista y más al miserable que ya estaba preso con las gracias, que cada día descubría salsa de apetito del amor [...] (Duque de Estrada, [1646] 1982: 276).

La *descriptio puellae* está también en las “etéreas mejillas y los nácares de sus labios, entrando a competir éstas con las de sus cristalinos dientes” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 98) de doña Isabel. Es la misma visión idealizada de la mujer que muestra Miguel de Castro cuando se refiere a la “modestia y humildad acompañada con una vista grave y vergonzosa” ([1612] 2013: 85-86) de la esclava Mina.

No obstante, el tratamiento idealizado del amor comparte espacio, en las Vidas de soldados, con el relato de relaciones ligeras y esporádicas que parecen tener mayor encaje con el prototípico estilo de vida del soldado fanfarrón. Véase, a modo de ejemplo, los términos en los que relata Miguel de Castro el flirteo que mantienen sus compañeros y él en Nápoles con las vecinas de enfrente. Cuando el autor logra acercarse a las mujeres por los tejados, tiene lugar la siguiente escena:

[...] la cuñada era astuta y ladina y gran pícara taimada [...] me sacudió a mí con las suyas con muchas amorosas lástimas, adornadas de las retóricas razones que sabía decir, que sabía bien traer el agua a su molino, como dicen. Significome las grandes veras con que había puesto en mí su afición y la cantidad de lágrimas e infinitos suspiros que cada día esparcía y cada noche los sueños que en todas perdía, el desasosiego del espíritu y ardor de pecho que yo le causaba. Si lo creí yo, mala Pascua me venga, pero fingí creerlo, y que todo aquello era un átomo en comparación de lo que me causaba su amor, y que era menester mucha mayor suma para remunerar una pequeña parte de las lágrimas que me era causa, y que vulcano, Etna, Cuma y Astrórgalo no echarían, ni todo el infierno junto, las llamas que mi pecho cada día envueltas en secos suspiros [...] Desatose una cinta de los cabellos, de dos varas, color de bronce, y diómela. Yo la tomé con mucho gozo, sólo por la cinta, aunque signifiqué que por ser prenda suya [...] En efecto, con dolor de mi corazón, por el interés de

la cinta, me quité una de los calzones, la que ya sabía que era peor, con hierros y todo [...] Fingime grueso mercader y rico perulero, noble príncipe, digno poseedor de estimables prendas y caballería por los tejados, [...] pero tras eso le signifiqué que por desastres era ausente de mis estados [...] Con que quedó aumentada la codicia a la afición, y la mía a sólo el interés y golosina de probar el fruto sin recibir gusto afectivo ([1612] 2013: 139-140).

La misma retórica con la que Miguel de Castro narra sus relaciones con la esclava Mina o el amor de reja en Brindisi, se pone, en este pasaje, al servicio de la narración de los escarceos amorosos de un auténtico soldado fanfarrón. Los amantes se expresan hiperbólicamente su falso amor e intercambian objetos personales tal y como mandan los códigos del amor cortés. Sin embargo, toda esa escenificación no es más que una farsa que oculta otros intereses más mundanos. La mujer ya no es una hermosa dama, sino una “pícaro taimada”, “astuta” y “ladina” que “sabía bien traer el agua a su molino”. Inevitablemente, el pasaje remite a las tradiciones del *miles gloriosus* y del Centurio celestinesco, pero también guarda conexiones con el universo de la picaresca, muy en boga a inicios del siglo XVII.

El alarde de las conquistas amorosas, del éxito con las mujeres o incluso de su actividad sexual tiene un espacio destacado en algunas Vidas de soldados. Después de rechazar la mano de la hija del caudillo de Estampalia, Alonso de Contreras tiene la posibilidad de besarla: “yo lo hice de buena gana y estoy cierto que si quisiera gozarla no hubiera dificultad” ([1633] 1983: 49). Las referencias a relaciones físicas o sexuales en los soldados, sin embargo, van más allá. Diego Duque de Estrada se refiere a su noche de bodas u “obligaciones maritales” ([1646] 1982: 207) indicando “que no se faltó a ellas los ocho días siguientes” ([1646] 1982: 207). También Catalina de Erauso dice hallarse en compañía de una doncella de Lima, con quien “solía yo jugar y triscar” ([1625] 2002: 109), cuando el padre de la muchacha la ve a través de una ventana “andándole en las piernas” ([1625] 2002: 109). Por su parte, Miguel de Castro, a quien su amigo Quevedo le pide que cuide de Luisa de Sandoval, su amante, dice con fanfarronería que “por tenerla más guardada, me la eché debajo” ([1612] 2013: 197). Con la viuda Virgilia también pasa una noche en la que “solas las lenguas no descansaron, no estuvieron ociosos los cuerpos, que yo creo quedó entonces bien cumplida de justicia” ([1612] 2013: 54). En otra ocasión, el mismo autor, da detalle de sus relaciones con una cortesana en Palermo:

Quiso el diablo que de allí a tres días fue allí a tomar las estufas una mujer cortesana, napolitana, no de mal parecer. Pareciola que tomándolas dobles sanaría más presto, a lo menos del apetito que debía tener; y convidome una noche que fuese a tenerle conversación a la cama después de acostados los de la estufa. Yo, que no echo nada a mal, ni soy amigo de porfiar ni ser descortés en nada, particularmente en esto, acepté luego, y en siendo hora oportuna, fui luego a cumplir la promesa, darla segunda o tercera estufa, porque de las de la casa tomaba ella dos cada día, una a la mañana y otra a la noche, pero de las mías, había día de tres y cuatro entre día y noche. Esto fue unos diez días, que fue harto no quedar yo perdido de tal ganancia. Dios fue servido que salí sano, y ella mejor de lo que entró [...] ([1612] 2013: 75-76).

Más explícito, incluso, es Alonso de Contreras al narrar su encuentro, ya en la madurez, con una mujer con la que coincide en uno de sus itinerarios. Ambos pasan la noche juntos, a la espera de tomar una faluca al día siguiente:

[...] una brava dama española, conocida, con la cual cené aquella noche y rogóme que durmiese en su aposento porque tenía miedo. No quise ser desagradecido y así me acosté en el aposento en otra cama. Yo me levanté a orinar y como estaba oscuro, por irme a mi cama topé con la de la dama y metíme dentro y ella parecía que dormía, pero estaba despierta. Yo comencé a hincar y ella siempre dormía y acabado despertó y dijo “¿Qué ha hecho vuesamerced?”. Yo dije “Tóquese vuesamerced y lo verá” y comenzó a decir “¡Jesús!” y “¡Qué mal hombre!”. Yo la dije “Yo lo creo, que más mozo le querría vuesamerced con que velar de aquí a la mañana”, pero, aunque viejo, se dio una cuchillada sobre otra, que lo merecía a fe ([1633] 1983: 191).

Por la mañana, cada uno toma su rumbo. Contreras se hospedaré en una posada la víspera de Navidad, donde todos hacen ayuno. No será problema para él, ya que dice con cierto orgullo que “venía harto de espiga” ([1633] 1983: 191).

En la mayoría de Vidas de soldados, además de la narración de encuentros esporádicos amorosos, está presente el mundo de la prostitución o las mujeres de compañía, motivo tópico en la subcultura de la soldadesca.⁴²⁰ Precisamente, la única referencia a su relación con las mujeres en la *Suma* de García de Paredes se halla en el relato de sus años de juventud como soldado bisoño. El autor indica que, con las ganancias derivadas de las actividades nocturnas de su cuadrilla, “teníamos también mozas” ([1533] 2006: 42). Estando en Antequera, Diego Duque de Estrada tiene un encuentro con “una mujer ordinaria, pero hermosa” que le hace una propuesta, y “dejando el criado, me fui a gozar de esta ocasión” ([1646] 1982: 110). En su segunda etapa como militar, Jerónimo de Pasamonte le aconseja lo siguiente a su capitán:

⁴²⁰ El submundo de la prostitución, como indica Martínez (2016: 186), es compartido por soldados y rufianes.

–Señor capitán, por dos cosas suceden muchos daños en una compañía: por haber soldados emputados y que las putas no sean comunes de quien les paga, y, la otra segunda, por creerse de soplonos ([1603] 2017: 229).

Las diatribas, con grandes dosis de misoginia, referidas al mundo de la prostitución son abundantes en la obra de Pasamonte y van más allá del contexto de la crítica a las costumbres de la soldadesca.⁴²¹ Pero es en las Vidas del capitán Contreras y de Miguel de Castro donde las prostitutas tienen una mayor presencia.

Alonso de Contreras, como indica Pope (1974: 155), narra sus relaciones con cortesanas sin tapujos. Acude a la putería de Córdoba en busca de unos soldados, pero también “por ver aquella casa” ([1633] 1983: 72). Del mismo modo, visita a unas mujeres españolas en Roma “para entretener el tiempo” ([1633] 1983: 129). En el relato de uno de los períodos que pasa en Malta, se refiere a las quiracas del lugar: “tan hermosas y taimadas que son dueñas de cuanto tienen los caballeros y soldados” ([1633] 1983: 27). Con una de ellas mantiene una relación sentimental, en la que incluso hay lugar para los celos, que impiden que ambos acudan a los festejos por el día de san Gregorio: “de celos que tenía no quise ir ni que fuera la quiraca” ([1633] 1983: 36). En relación con la quiraca, Contreras muestra un cierto resentimiento, pues tras dar cuenta de uno de sus botines, indica: “Gastose alegremente con amigos y la quiraca, que era la que mayor parte tenía en lo que ganaba con tanto trabajo” ([1633] 1983: 35). Más adelante insiste en la misma idea: “hoy día tiene una casa harto buena, labrada a mi costa” ([1633] 1983: 37). La amargura que marca el recuerdo de la quiraca se explica, además, por la infidelidad que supone la ruptura de la relación:

A estos tiempos, que estaba gastando mi hacienda, que tanto me costaba el buscarla, topé la quiraca con una camarada mía, encerrados, a quien estaba haciendo tanto bien. Dile dos estocadas, de que estuvo a la muerte y, en sanando, se fue de Malta de temor no le matase, y la quiraca se huyó. Aunque me echaron mil rogadores y rogadoras, jamás volví con ella, que como había en qué escoger, presto se remedió, y más, que era yo pretendido como los oficios de importancia ([1633] 1983: 67).

⁴²¹ La manía persecutoria de Pasamonte que va *in crescendo* en la segunda parte de la obra y tiene como foco de sus obsesiones las mujeres y, entre ellas, sobre todo su suegra, acusada de querer perjudicarlo para “cumplir su burdel y augmentar su infierno” ([1603] 2017: 242). El soldado aragonés la acusa de “tener burdel cumplido con las dos hijas” ([1603] 2017: 243). Pero, además, también arremete contra otras mujeres de Gaeta, a las que acusa de brujería y de querer envenenarlo “por no quererme yo casar ni estar en pecado” ([1603] 2017: 218).

No es esta, sin embargo, la historia con una prostituta en la que más se detiene Alonso de Contreras. En su viaje a Córdoba, tras la pendencia a la puerta de la putería, el militar conoce a Isabel de Rojas, una “mujer de la casa” ([1633] 1983: 74) con la que inicia una relación:

Yo llevaba mi moza con más autoridad que si fuera hija de un señor, y cierto que quien no sabía que había estado en la casa pública le obligaba a respeto, porque era moza y hermosa y no boba ([1633] 1983: 75).

A raíz de esta historia de amor con Isabel, el joven Contreras, que entonces tiene el grado de alférez, se encuentra en una delicada situación con su capitán:

Mi capitán deseaba holgarse con la mujer que yo llevaba, y aunque se lo había hecho saber con recados a la mujer, no pudo conseguir nada, que tan buena se había hecho siendo tan mala. Y llegando a un lugar que se llama el Almendralejo, después de alojada la compañía, que era casi noche, cené y mandé acostar la mujer, que iba preñada en tres meses. [...] Y sabiendo el capitán que yo era partido, se vino a mi posada y entró a visitar a la Isabel de Rojas, que así se llamaba, y de lance en lance quiso echarse con ella. La mujer se resistió tanto que la obligó a dar voces y el capitán, como vio esto, arrebató de un mallo que tenía en el aposento [...] y la dio tantos palos que fue menester entrar la guarda y el huésped a quitársela. Fue de suerte que luego quebró en sangre y malparió dentro de tres horas. [...] Llegué a mi casa y, entrando en el aposento, hallé quejándose a Isabel. [...] fuime en casa del capitán, que ya amanecía, y llamé a la puerta. [...] Entré y, empuñando la espada, le dije que era ruin caballero en lo que había hecho y que le había de matar. Él metió mano a una espada y broquel, pero como la razón tiene gran fuerza, le di una estocada en el pecho que di con él en tierra. Dijo “¡Ay, que me ha muerto!” ([1633] 1983: 80-82).

Perder el respeto a su superior constituye “el mayor delito que hay en la milicia” ([1633] 1983: 82), por lo que Alonso de Contreras es condenado a muerte. El soldado viaja a Badajoz en busca de Isabel, ya que “todavía me duraba el amor” ([1633] 1983: 84). Allí la encuentra de nuevo “ganando en la casa pública” ([1633] 1983: 84), si bien ella le asegura no haber dormido con ningún hombre desde su separación. Juntos se marchan a Lisboa, aunque más adelante Contreras indica que, estando en Valladolid, Isabel “murió en su oficio. ¡Dios la haya perdonado!” ([1633] 1983: 86).

En su autobiografía, Miguel de Castro también narra su relación con distintas prostitutas. Respecto a la viuda Virgilia, sugiere que pudiera ser una dama de compañía, pues confiesa no creer “que en dos años y medio que dicen que había que murió su marido, que no se hubiese holgado alguna vez” ([1612] 2013: 53). Más clara es la condición de

prostituta de Diamante –“una buena moza, aunque cortesana” ([1612] 2013: 72)–, con la que Miguel de Castro tiene un breve encuentro. Más relevancia tiene su historia con Luisa de Sandoval, que no solo ocupa el grueso del relato de encuentros amorosos o sexuales del autor, sino que constituye el tema en torno al cual gira una parte importante de la autobiografía. Miguel de Castro la presenta del siguiente modo:

[...] una mujer cortesana en Nápoles, natural de Toledo, llamada Luisa de Sandoval, y para mujer cortesana, de buen proceder y condición [...] Esta tenía otro amigo, que ninguna está sin media docena por lo menos, el cual había catorce años que estaba amigado con ella, y había tenido tres hijos en ella, de los cuales el uno vivía. El cual amigo era soldado aventajado de cuatro escudos en la compañía de don Juan de Castro, y la ventaja se la había negociado ella a él a costa de sus dineros y diligencia de algún favor que ella tenía de personas particulares [...] ella era blanca como una nieve, y algo gorda, y aunque no muy moza, que debía de ser de veintinueve o treinta años de edad, pero como digo, blanca y limpia como un alabastro, movime algo a su afición [...] ([1612] 2013: 159-160).

El ejercicio del oficio de cortesana determina que el relato de los amores con Luisa se sitúe en un registro o código literario distinto al del amor de reja de Brindisi. El soldado no pierde nunca la perspectiva de que su enamorada es una mujer de compañía, a lo que continuamente hace alusión. Ese hecho hace que valore de manera especial la relación que mantienen:

Y puedo decir con verdad que en todos tres años que jamás le di en dinero tres ducados, si bien la regalaba con muchos regalos y muy buenos; pero pocos o ninguno me costó jamás dinero; antes usábamos de una familiaridad extraña para mujer de su profesión, que muchas veces que cenábamos juntos, o comíamos en su casa, y yo no tenía dineros, se los pedía a ella [...] en todos tres años que traté con ella no dejé de dormir juntos un día con otro en diversas veces, con un mes y medio que estuve en la compañía. En todo, no dejé dos meses, o muy poco a más, y jamás la dije: “Esta noche quiero venir acá a dormir”, de ninguna suerte; antes algunas veces que me decía ella: “Esta noche, hermano, no dejes de venir”. [...] y jamás la hallé ni ocupada, ni que hubiese ido fuera, si no es dos noches, que para una mujer cortesana es demasiado ([1612] 2013: 205-206).

Pese al cierto respeto y comprensión por la opción de vida de Luisa de Sandoval, la relación resulta tormentosa. Para Pope (1974: 200), las grandes angustias amorosas en la obra de Miguel de Castro están descritas según la tradición de la novela sentimental. Sin embargo, algunas escenas divergen de forma notable de ese modelo. Véase, a modo de ejemplo, la pelea que surge entre ambos cuando Luisa debe ocuparse unos días de otro cliente y Miguel de Castro decide alejarse de ella:

Ella lanzó las manos a la cara y me rompió el cuello de parte a parte, y me arañó terriblemente, y me señaló toda la cara.

Yo, que vi o sentí que me había echado a perder la cara, dila cuatro bofetadas y seis coces muy bien dadas y déjela. Con todo eso, me siguió, y tanto se quejó, y tanto lloró, y tantas puterías hizo, y yo la había tratado muy mal, aunque yo no me iba en balde; pero la suya era de más daño, que la molí las espaldas y renes, que casi no se podía tener, y yo, movido de compasión de sus hechiceras palabras, me humané y la acompañé y ayudé a ir a su casa ([1612] 2013: 275).

La manera en que se presenta a Luisa de Sandoval, haciendo “puterías” y pronunciando “hechiceras palabras”, además del uso de la violencia, conecta la escena con el submundo de la prostitución y los burdeles de las tradiciones celestinescas. Miguel de Castro muestra, además, un repertorio de alusiones misóginas hacia Luisa de Sandoval, ese “maldito animal” ([1612] 2013: 72). La cortesana –o su “endiablada afición” ([1612] 2013: 207) por ella– es considerada la “causa de perdición espiritual y corporal y de mi honra” ([1612] 2013: 160). Así, su enmienda únicamente llega cuando Dios le hace “merced por medio de la muerte de ella” ([1612] 2013: 160).

Los escarceos amorosos de los militares a menudo generan lances, pendencias o violentas escenas. En una pelea de espadas se ve envuelto Miguel de Castro a causa de su relación con la viuda Virgilia. También Diego Duque de Estrada debe batirse en duelo por doña Francisca. Es, sin embargo, en la Vida de Alonso de Contreras donde se registran las escenas más cruentas. Véase, a modo de ejemplo, el desenlace de su relación con dos mujeres casadas:

Y en este tiempo me aficioné de una mujer casada, que fuimos amigos algunos días, y otra a quien yo conocía, también casada, traíame en cuentos de celos, tanto que me obligó a hacer una ruindad que, por tal, la cuento. Y es que me fui a su casa, delante su marido, con resolución de cortarla la cara; saqué la daga para hacerlo; ella, que me vio resuelto, tapóla y bajó la cabeza, metiéndola entre las piernas; yo me vi mohíno y alcéle las faldas, que estaba a propósito, y dila en las asentaderas dos rebanadas como en un melón. El marido tomó la espada y salió tras mí, que era en la tienda donde trabajaba, que era oficial, y como hay tanta justicia en Madrid, luego cargó a prenderme ([1633] 1983: 126-127).

Al igual que Miguel de Castro, el capitán Contreras hace responsable de su reacción violenta a la mujer, alegando que son los celos de ella los que lo obligan a agredirla físicamente.

En definitiva, la narración de la vida amorosa de los soldados en sus autobiografías se centra, sobre todo, en las relaciones fuera del matrimonio. En el detalle de sus conquistas y

en la referencia explícita a sus encuentros sexuales subyace la figura del soldado fanfarrón, que alardea de sus éxitos con las mujeres. La influencia de las tradiciones celestinescas y de la picaresca permite, además, la entrada del mundo de las cortesanas o prostitutas y de una visión desmitificada de la mujer en el relato de la vida amorosa de los militares. Los episodios amorosos, con frecuencia, suponen el origen de lances a través de los cuales el soldado puede reafirmar su carácter pendenciero.

5.6.3 *La afición al juego*

La afición al juego supone un punto de confluencia en el submundo de pícaros y rufianes y la subcultura de la soldadesca. Lejos de tratarse de un mero tópico, el vicio de las cartas y de los dados responde a la realidad del militar de los Siglos de Oro, como se ha señalado anteriormente. Véase la siguiente escena en la obra de Alonso Enríquez de Guzmán:

Y estando yo jugando al trunfo, entraron con boz de ser preso. E yo creylo, porque de vista no los conosçía, e quíseme echar por una ventana abaxo, creyendo que era por aver sido rufián ([1547] 1960: 12-13).

También Miguel de Castro se refiere a la adicción al juego cuando indica con ironía, respecto a su amigo Quevedo: “esa falta tenía, que jugaba el sol antes de salir” ([1612] 2013: 232).

En su relato de juventud, antes incluso de ser soldado, Alonso de Contreras ya anuncia su precoz inclinación a los naipes cuando, en Alcalá de Henares, entra en una iglesia y ve a un grupo de hombres sentados:

[...] había un turroneiro, entre otros muchos, con unas naipes en la mano; yo, como aficionadillo, desaté de la falda de la camisa cuatro reales y comencé a jugar a las quínolas; ganómelos y tras ellos la camisa nueva, y luego los zapatos nuevos, que los llevaba en la pretina. Díjele si quería jugar la mala capilla; en breve tiempo dio con ella al traste, con que quedé en cuerpo, primicias de que había de ser soldado. No faltó allí quien me lo llamó y aún rogó al turroneiro me diese un real, el cual me lo dio, y un poco de turrón de alegría, con que me pareció que yo era el ganancioso ([1633] 1983: 8-9).

Esta escena se da precisamente en la etapa en que Contreras comparte espacio con pícaros. Más adelante, sin embargo, también habrá referencias al juego, entendido como el mayor vicio de la soldadesca:

Y como la presa era tan rica, mandó el capitán nadie jugase, porque cada uno llegase rico a Malta. Mandó echar los dados y naipes a la mar y puso graves penas quien los jugase, con lo cual se ordenó un juego de esta manera: hacían un círculo en una mesa, como la palma de la mano, y en el centro de él otro círculo chiquito como de un real de a ocho, en el cual todos los que jugaban cada uno metía dentro de este círculo chico un piojo y cada uno tenía cuenta con el suyo y apostaban muy grandes apuestas, y el piojo que primero salía del círculo grande tiraba toda la puesta, que certifico la hubo de ochenta cequíes. Como el capitán vio la resolución, dejó que jugasen a lo que quisiesen. Tanto es el vicio del juego en el soldado ([1633] 1983: 25-26).

El juego también se presenta como un vicio incontrolable que desemboca en el despilfarro en la Vida de Catalina de Erauso. En el caso de la Monja Alférez, además, la casa de juego es escenario de múltiples pendencias, en las que la autora termina asesinando o siendo herida por disputas con otros jugadores. Véase, a modo de ejemplo, la siguiente escena:

Una noche, en cenando, se armó juego con unos amigos que entraron. Sentéme con un portugués, Fernando de Acosta, que paraba largo; paró una mano a catorce pesos cada pinta. Eché diez y seis pintas contra él, y viéndolas, se dio una bofetada en la cara, diciendo: –¡Válgame la encarnación del diablo!– Yo dije: –¿Hasta ahora qué ha perdido usted para desatinarse?– Alargó las manos hasta cerca de mis barbas, y dijo: –He perdido los cuernos de mi padre–. Tiréle la baraja a las suyas, y saqué la espada; él, la suya. Acudieron los presentes y detuviéronnos, y nos compusieron, celebrando y riendo los piques del juego. Él pagó, y fuese, al parecer bien tranquilo. De allí a tres noches, viniéndome para casa, como a las once, en una esquina divisé a un hombre parado; tercié la capa, saqué la espada, y proseguí mi camino hacia él. Llegando cerca, se me arrojó tirándome, y diciendo: –Pícaro cornudo–. Conocido en la voz, fuímonos tirando, y entréle una punta y cayó muerto ([1625] 2002: 135-136).

Por una pendencia similiar, Catalina de Erauso termina refugiándose en la iglesia hasta que puede huir para Piscobamba. En otra ocasión, haciendo uso de una daga, le clava la mano contra la mesa de juego a su contrincante, Cid. La acción deviene en una cruenta lucha de espadas en la calle, que termina con Cid muerto y con la Monja Alférez gravemente herida, “en tierra echando un mar de sangre” ([1625] 2002: 153). Incluso en el viaje de vuelta a España, ya como mujer, protagoniza una reyerta en la que le propina a un hombre “un arachuelo en la cara con un cuchillejo que tenía allí” ([1625] 2002: 166). De nuevo, las disputas en relación con el juego, propias de la soldadesca, están al servicio de las estrategias de presentación del Yo de Catalina de Erauso. En última instancia, este tipo de pasajes que tienen el vicio del juego como protagonista muestran las conexiones entre la mala vida del soldado y el submundo de los criminales.

5.7 Itinerarios, aventuras y nuevos mundos

El soldado de los Siglos de Oro, al igual que el caballero medieval y el peregrino de la literatura áurea, en esencia, es un *homo viator*, cuya identidad se construye en gran medida en el “cruzar caminos” al que se refiere el sargento mayor Antonio Vázquez en el soneto citado anteriormente. A propósito de la vida itinerante y de las autobiografías de soldados, Ettinghausen indica lo siguiente:

Ser soldado en aquellos siglos equivalía a viajar, a ver y hacer cosas peregrinas, a tener aventuras, a exponer la vida en numerosas ocasiones y (de ser posible) a sobrevivir para contar lo hecho y lo sucedido a camaradas, familiares y amigos o a quienquiera que estuviera dispuesto a escuchar (1983: viii).

El viaje y la aventura sirven de estímulo para el acto autobiográfico de los soldados de los Siglos de Oro, si bien las conclusiones de Ettinghausen sobre el oficio de soldado son extrapolables a épocas posteriores y a otras tradiciones, como demuestra el estudio de Harari (2004). Las motivaciones que, según el Inca Garcilaso, impulsan a Alonso Carmona a escribir sus relaciones, ponen de manifiesto esa correlación entre la experiencia del viaje y la escritura autorreferencial:

El cual, habiendo peregrinado por la Florida los 6 años de este descubrimiento y después otros muchos en el Perú y habiéndose vuelto a su patria, por el gusto que recibía con la recordación de sus trabajos pasados escribió estas dos peregrinaciones suyas –y así las llamó ([1605] 2015: 397).

En las escrituras soldadescas, a diferencia de lo que ocurre en las peregrinaciones a Tierra Santa o en los libros de viajes medievales, el viaje actúa como generador de trabajos o peripecias. No se trata, pues, de un viaje con un claro destino geográfico que, una vez alcanzado, marca el punto y final del relato. Los militares se desplazan por mar y tierra de igual manera que el peregrino o que Jasón y los argonautas en busca del vellocino de oro. Soldados y conquistadores trascienden su realidad y se aventuran a lo desconocido por las necesidades de su oficio, pero también con el objetivo de “descubrir nuevos mundos y apropiarse de sus tesoros” (Aínsa, 2004: 49). En tal contexto, Juárez Almendros (2006a: 373) sostiene que el Mediterráneo, tanto para Diego Duque de Estrada como para Alonso de Contreras constituye un lugar de aventura y de prosperidad unido al crecimiento personal de los autores. En la relación de sus itinerarios, el capitán Contreras va

construyendo su identidad como profesional de las milicias,⁴²² por lo que su autobiografía se aproxima a la novela de autoformación y, en cierto sentido, también a las Vidas de pícaros. De igual manera, Diego Duque de Estrada, como indica Cassol (2000a: 192), concibe su vida como una peregrinación sujeta a los cambios de la Rueda Fortuna hasta llegar a su conversión religiosa.

El viaje también tiene un valor fundamental en la construcción de la identidad de Catalina de Erauso. La autora se embarca para América porque, al igual que declaran Diego Galán, Diego Duque de Estrada y Diego Suárez, “era mi inclinación andar y ver mundo (Erauso, [1625] 2002: 110). De acuerdo con Segas (2015: 207), la movilidad define a la Monja Alférez, ya que su configuración identitaria se pone de manifiesto a través del viaje y de la narración del mismo. Precisamente, la salida al espacio exterior, como indica Pérez Villanueva (2004: 1446), distingue la autobiografía de Catalina de Erauso de las Vidas de otras mujeres de los Siglos de Oro.⁴²³ El atuendo masculino le da acceso a un mundo vedado para las mujeres, pero, además, la itinerancia, según Howe (2015: 177), le permite vivir sin ser descubierta. Su llegada a América le brinda la oportunidad de autorrealización genérica, pues el continente constituye, como se ha indicado anteriormente, un lugar propicio para la refundación de nuevos orígenes. Al final de la obra, el descubrimiento de su condición de mujer supone la restitución del estado genérico anterior y el regreso al lugar de partida, si bien en España logrará consolidar el estatus de hombre.

El trayecto de vuelta al hogar, que no suele narrarse en el tradicional libro de viajes, tiene una gran relevancia en algunas autobiografías de soldados, así como también en determinados relatos de esclavitud de los Siglos de Oro, como el *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán o *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. En estos, la liberación es el

⁴²² Tal vez por presentar la vida a modo de itinerario en el que se engarzan distintas aventuras, Ortega y Gasset (1983) considera a Alonso de Contreras como el prototipo del aventurero. Según Martín, el relato de la vida del capitán Contreras se presenta «como una acumulación de experiencias en la que cada “puerto” comporta un grado más en la conformación del héroe» (2004: 318). Su figura quedaría emparentada con la del héroe bizantino o la del héroe caballeresco. Para Carrasco (2019: 165), los desplazamientos en la autobiografía de Alonso de Contreras mostrarían, a modo de metáfora, las itinerancias psíquicas del personaje.

⁴²³ La mayoría de mujeres que escriben textos autobiográficos en los Siglos de Oro son monjas. Dejando a un lado los casos de sor Juana Inés de la Cruz y de la madre Teresa, las monjas escriben sobre sí mismas y sobre su espacio dentro de la casa. Erauso, en cambio, “cuenta la historia de su vida a través de sus viajes” (2004: 1446).

inicio de un periplo plagado de trabajos hasta ponerse a salvo. Así resume su recorrido Álgvar Núñez Cabeza de Vaca:

[...] dos mil leguas que anduimos por tierra y por la mar en las varcas y otros diez meses que después de salidos de captiuos sin parar anduimos por la tierra [...] ([1542] 1992: 306).

En cuanto a las autobiografías de soldados, Jerónimo de Pasamonte comparte sus impresiones al desembarcar en España, tras dieciocho años como cautivo:

Y yo di mil besos a la tierra, y me revolqué por ella, que parecía loco, dando gracias a Dios por haber llegado a España. Y hice muchas cruces al mar, no creyendo tornar a entrar otra vez en él; pero una piensa el bayo, y otra el que lo ensilla ([1603] 2017: 201).

En este caso, el regreso del autor no supone el final de sus aventuras, sino el cierre de una etapa y el inicio de nuevos penosos sinsabores.

La autobiografía de Domingo de Toral y Valdés, su obra se articula a partir de un viaje de ida a Goa y de su regreso a la patria. Su relato de vuelta al hogar ocupa un lugar importante en la obra, pues abarca toda la segunda parte. El viaje es vivido con una mezcla de fascinación del viajero por los lugares visitados, a la par que como un agónico camino plagado de sufrimientos. De este modo, a la salida de Aspán, se muestra “Muy contento de haber visto tan buena ciudad y de gente tan humana” ([1634] 2016: 194); y en Alepo, por intermediación del rabino, le permiten “que vea la ciudad y se huelgue” ([1634] 2016: 209). Pero el autor también da cuenta de los trabajos en las caravanas por el desierto; los robos; cómo “el ir solo me puso a pique de perder la vida dos o tres veces; la una fue cerca de morir ahorcado” ([1634] 2016: 203) o los problemas con los aduaneros de Alepo, quienes lo consideran un espía, que logra solucionar por intermediación de un rabino sefardí. Al final de su periplo, al igual que Álgvar Núñez Cabeza de Vaca, hace el siguiente recuento de la experiencia vivida:

Estuve un año en Madrid descansando de tantos trabajos y de viajes tan prolijos; que duró sin casi descansar desde tres de Abril de 1629 hasta tres de Mayo de 1634, que fueron cinco años, habiéndome embarcado en este tiempo once veces, y en ellas haber navegado 10000 en servicio del Rey; sin 1700 que navegué cuando me vine, que no cuento; y entre éstas, embarcación de seis meses, como el viaje de la India desde Lisboa; y las demás, 400 y 600 leguas de golfo debajo de la tórrida zona, donde los calores son tan grandes y tantas diferencias de climas, que como la salud depende de ellos, también se muda ([1634] 2016: 216).

Los trabajos del viaje son, pues, entendidos como un servicio al Rey, esto es, como parte de su desempeño como militar. Este aspecto parece un lugar común que se encuentra también en las *Andanzas y viajes* de Jacques Coutre, quien precisamente desarrolla su actividad por el continente asiático, al igual que Domingo de Toral y Valdés. La agonía del retorno, en fin, es un motivo clásico que da lugar a novelas de aventuras como *La Odisea* y *La Eneida*, como también la historia bíblica de José o de Moisés. Asimismo, el desvalimiento y la ausencia de reconocimiento al volver al hogar está presente en la Vida de san Alejo.

En las autobiografías de soldados, la experiencia del viaje por el orbe terrestre supone también el encuentro con el exotismo y la alteridad. La partida del hogar y de la patria conlleva, inevitablemente, una ruptura del cordón umbilical⁴²⁴ que hace del soldado un ser inevitablemente desarraigado.⁴²⁵ Ese vacío quedará compensado, por un lado, con la nueva familia que constituyen los compañeros de armas una vez el joven se alista en el ejército. Los contingentes militares aglutinan individuos de procedencias muy diversas, por lo que constituyen un primer encuentro con la alteridad para el soldado bisoño. Por otro lado, lo observado en los desplazamientos por la geografía mundial, en cierto modo, también resarce al hombre de armas de su desarraigo inicial. La inquietud del turista se observa en algunos pasajes de la Vida de Diego Duque de Estrada, como el siguiente:

Tuve felicísimo viaje y en él desembarcamos en Puzol, antiquísima y amplísima ciudad del tiempo de los Emperadores romanos, y a ruinas del tiempo reducida, aunque pequeña ciudad y puerto, el de Bahía, que está enfrente, en cuyo mar se ven reliquias de un puente de siete millas en el mismo mar. Vi los baños, aunque sin las virtudes primeras, perdidas por encantos y hechizos; las cien camarillas debajo de tierra, cosa admirable, ruinas de grandes edificios, una azufrera que tiene todo un monte hecho cenizas, y otras cosas admirables. Pasé a Aniano, en cuyo campo está un lago junto a una gruta que metiendo un perro muere, y echado en el lago cobra vida. Quise probar esto y entré con admiración de toda la camarada, y así libre, con sólo un poco de dolor de cabeza, quedando espantados de mi atrevimiento. De allí pasé a Nápoles, adonde quiero reposar ([1646] 1982: 184-185).

⁴²⁴ Basándose en las ideas de Rosolato, Conley aporta lo siguiente respecto a la simbología del cordón umbilical en el contexto de los viajes: «It invokes an origin of visibility in what is unknown (the path as a voie, or a road that is broken, such as the intestinal *innuendo* of the *caecum*, a “blind alley” or void in the road map of our entrails) but it is also a pertinent sign of geographic difference between the body, other bodies, and the surrounding world that is visibly defined but shifts, erasures, and undulations of its surface» (Conley, 1997: 9). Para un análisis más detallado sobre el particular, ver Conley (1997).

⁴²⁵ Para Aladro (2014: 159), la imposibilidad de identificarse con un lugar es un signo del carácter marginal del soldado.

El soldado toledano se presenta como un viajero que, al igual que el caballero Pero Tafur, goza con la admiración de las reliquias y los lugares de interés histórico o legendario de las ciudades por las que pasa. En Nápoles, por ejemplo, dedica tres días a pasear por el lugar. En Florencia, “me divertí en algunos pasatiempos y ver la ciudad y sus grandezas, templos y deleites con un amigo” ([1646] 1982: 531). A propósito de su estancia en Monreal, además, se lamenta por no haber dedicado tiempo a deambular por la ciudad en ocasiones anteriores:

Quise ver a Monreal, que aunque había estado tres años allí, como ya he referido, en tiempos del Serenísimo Príncipe Filiberto, la priesa del vivir de los hombres mozos y sus deleites no me dio lugar a verle, ni aun curiosidad, siendo digno de ver, por su antigüedad, grandeza y riqueza, siendo su insigne iglesia labrada a lo mosaico y cubierta de oro y piedras preciosas de gran precio ([1646] 1982: 496).

Los *Comentarios* son ricos en el relato de impresiones sobre las ciudades y sus monumentos, pues incluyen descripciones de Pisa, Liorna, Siena, Roma, Nápoles, Florencia, Milán o Padua. De este modo, describe el autor la ciudad de Dubrovnik:

[...] cabeza del reino de Albania, república que se gobierna de sí misma, la cual es dedicada a España de feudo, obligación y amor particular, aunque ceñida de la Turquía por todas partes, fuera de la del amar, que la bate, y cae puerto, el cual guarda un fuerte castillo, y por otra un grueso y profundo río de agua muy dulce, aun dentro del mar. Es, aunque pequeña, hermosa la ciudad de calles, templos y edificios; sus mujeres, hermosísimas y amorosas, muy altas y bien dispuestas, y usan andar las nobles en sillas de manos, llevándolas unas mujeres que hay muy altas y esforzadas. Los hombres son muy altos y dispuestos, que parecen gigantes; corteses, afables y belicosos; grandes marineros y de voz muy gruesa; enemigos capitales de venecianos: tanto, que serían vasallos del Turco primero que de esta nación, con quien siempre han combatido fiero y animosamente ([1646] 1982: 213).

El pasaje muestra los conocimientos del *laudibus urbium* del autor, pues, de manera ordenada, da cuenta de detalles de orden político sobre el lugar, de su ubicación geográfica, de la forma de sus calles y de sus gentes. Las descripciones de ciudades europeas de Diego Duque de Estrada tienen como punto de partida, con toda probabilidad, modelos textuales ampliamente difundidos en los libros y relaciones de la época. A ellos se refiere el autor cuando indica que la descripción de la ciudad de Nápoles “se halla en diversos volúmenes” ([1646] 1982: 188) y que, por ello, se referirá a ella con la mayor brevedad. También en la Vida de Miguel de Castro se hallan descripciones al uso de ciudades italianas, como

Praiano, Cana o Amalfi. Véase, en esta última localidad, el relato de su visita a la iglesia donde se encuentra el cuerpo de san Andrés:

En esta ciudad está el cuerpo de San Andrés apóstol, en la iglesia catedral, debajo el altar mayor, en una capillita muy oscura, en la cual hay una lámpara sobre el cuerpo del santo, y sobre la lámpara en el techo de arriba, que era el suelo del cuerpo de la iglesia; debajo el altar mayor había una pequeña ventanilla con una rejuela, por donde se veía la lámpara, y con la luz, aunque poca, y mucha oscuridad, se veía algo la caja del cuerpo santo, de la rodilla derecha del cual mana continuamente un licor en una vasija de plata que está abajo ella, de la cual hinchén unas chicas garrafillas que dan para medicina milagrosa a cualquier mal, o enfermedad, o dolor, recibéndola y obrándola con devoción; y aquella vasija o plato en que cae dicho licor siempre está llena, aunque se saque gran cantidad de licor cada día; y aunque no se saque nada, jamás se vierte, por lleno que esté, y siempre mana, que es un muy grande y patente milagro ([1612] 2013: 50-51).

La relación de reliquias y lugares de culto es un lugar común en los itinerarios al uso, pues estos emplazamientos son de obligada visita para el viajero. Por ello, Domingo de Toral y Valdés, en la isla de Carauya, acude a la ermita donde se halla una imagen de la Virgen y tiene la oportunidad, además, de conversar con el ermitaño. Diego Duque de Estrada, en su estancia en Siena, entra en “la iglesia donde está el Santo Cristo que habló a Santa Catarina” ([1646] 1982: 179). Asimismo, hay que destacar la visita de Alonso de Contreras a la isla de Lampedusa:

[...] tiene un puerto capaz para seis galeras y hay una torre encima del puerto muy grande, desierta. Dicen está encantada y que en esta isla fue donde se dieron la batalla el rey Rugero y Bradamonte, para mí fábula. Pero lo que no lo es: hay una cueva que se entra a paso llano; en ella hay una imagen de Nuestra Señora con un Niño en brazos, pintada en tela sobre una tabla muy antigua y que hace muchos milagros; en esta cueva hay su altar en que está la imagen, con muchas cosas que han dejado allí de limosnas cristianos, hasta bizcocho, queso, aceite, tocino, vino y dinero. Al otro lado de la cueva hay un sepulcro, donde dicen está enterrado un morabito turco que dicen es un santo suyo y tiene las mismas limosnas que nuestra imagen, más y menos, y mucho ropaje turquesco; sólo no tiene tocino. [...] Suele estar ardiendo de noche y día la lámpara de la Virgen sin haber alma en la isla, la cual es tan abundante de tortugas de tierra, que cargamos las galeras cuando vamos allí, y hay muchos conejos. Es llana como la palma, bojea ocho millas. Toda esta limosna, que es grande, no consiente la imagen la tome ningún bajel de ninguna nación, si no son las galeras de Malta, y lo llevan a la iglesia de la Anunciada de Trápana. Y si otro lo toma no hay salir del puerto ([1633] 1983: 31-32).

El autor no solo comparte impresiones de la cueva como lugar de culto para los cristianos, sino que también destaca su importancia para la comunidad musulmana. Asimismo, recuerda que en Lampedusa se desarrolla la acción del *Orlando*. En los itinerarios y en las

descripciones de distintos enclaves en el Mediterráneo de la obra de Alonso de Contreras se advierte la influencia de los islarios, que viven un gran desarrollo y éxito editorial en los Siglos de Oro.⁴²⁶

Los soldados autobiógrafos no únicamente se desplazan por el territorio europeo ampliamente reconocido. La actividad de Catalina de Erauso se desarrolla en América y, a pesar de que en el texto no abundan las descripciones de espacios, es posible hallar breves bosquejos de los habitantes, los edificios y las órdenes religiosas presentes en Lima, de Cuzco y Guamanga. No aparecen en la obra, sin embargo, referencias a la rica naturaleza americana ni a la cultura o costumbres de sus gentes, como sí se encuentran en otros textos de soldados y conquistadores desplazados al Nuevo Mundo.⁴²⁷ El exotismo y la diversidad de lugares lejanos, en cambio, ocupa un espacio muy importante en la Vida de Domingo de Toral y Valdés. En su autobiografía, se encuentran impresiones vivas y ricas sobre ciudades de la costa africana, de la India o de la antigua Persia. El soldado se muestra como un auténtico viajero en su lamento por las condiciones en las que se encuentra la ciudad de Babilonia:

[...] en ella estuve tres días viendo aquella ciudad tan antigua y quebradero de cabeza de historiadores. ¡Cuán arruinada está que apenas hay casa que cabalmente esté entera!, con ser tan grande que me pareció que tendría de largo una legua grande. Esto causan los continuos sitios y baterías que le hacen turcos y persas, porque siempre andan peleando sobre ella, y es el terrero de toda la guerra que ellos traen entre sí ([1634] 2016: 201-202).

Las impresiones del capitán Toral y Valdés no reproducen descripciones prototípicas de los lugares que visita, sino que responden a la experiencia directa del autor como viajero. Aun así, en su prosa se advierte el conocimiento de la retórica del libro de viajes, como sucede

⁴²⁶ Conley establece una conexión entre el desarrollo de la cartografía en la Edad de Oro y la evolución de las formas literarias: “the self would acquire its identity through the creation of a space that bears the presence or the reminder of the mapping of its signature” (Conley, 1997: 2). Autor y lector interiorizan estrategias espaciales presentes en los derroteros, islarios y atlas, por lo que se establece una relación textual entre mapas, escritura e individualidad (Conley, 1997: 8). Para una visión en profundidad sobre los islarios y la cartografía en la Edad Moderna, en relación con la construcción de la identidad, ver el estudio de Conley (1997).

⁴²⁷ En el estudio introductorio a su edición de la obra, Esteban (2002: 16) advierte que la Vida de la Monja Alférez no presenta rasgos de la historiografía indiana y que, en cambio, la obra es más cercana a los *Naufragios* de Núñez Cabeza de Vaca. También presenta, según el autor, rasgos propios de la autobiografía, los libros de viajes imaginarios y la picaresca (Esteban, 2002: 20).

en sus impresiones sobre Ipsam, Julfa y Aspán la Vieja. Tras enumerar los conventos de frailes que hay en el lugar, Domingo de Toral y Valdés describe la ciudad y su defensa:

La ciudad es muy grande, tendrá una legua de travesía por cualquier parte. La fábrica de las casas es de tierra, sin arquitectura ninguna, y así también son las del Rey. La plaza es muy grande y espaciosa; y en ella tiene más de veinte piezas, medios cañones, todos labrados en España y llevados de Ormuz, que de allí sacó cuando la ganó; y hoy los tiene por trofeo y señal de su grandeza, con todos sus letreros de los fundidores y generales de la Artillería en cuyo tiempo se hicieron, con las armas reales, que yo vi y leí con harto dolor de mi corazón algunas veces ([1634] 2016: 195).

El autor presenta los detalles como fruto de su observación directa: “yo vi y leí”. Además, Domingo de Toral y Valdés no se ciñe únicamente a la descripción de la arquitectura de la ciudad, sino que también da cuenta de los usos y costumbres en lo que toca a la impartición de justicia en el lugar:

El común es muy grande, y quieto y seguro porque el castigo pasa de justicia y entra en crueldad. En hurtando más de un *abací*, que es una moneda de plata que vale tres reales, le han de cortar un miembro; y si llega a veinte, muere. Esto no es con cargo ni descargo por los términos judiciales de España; es tan sumariamente que, en jurando dos testigos, luego se ejecuta la sentencia. Y si juran falso, pasan por la misma pena que pasó el ajusticiado, y así es notable la seguridad que hay en las haciendas. El Rey no estaba allí en aquel tiempo, mas dicen que es tan común que anda por las calles preguntando cómo se administra la justicia y los agravios que se hacen ([1634] 2016: 196).

Las novedades de lo visto se describen estableciendo comparaciones entre esa realidad observada y las referencias culturales de la sociedad de partida del autor, por lo que el viaje es vivido como una experiencia de conocimiento y de encuentro con la alteridad. La información que ofrece, además, está claramente dirigida a sus semejantes, y por ello aporta explicaciones que faciliten su comprensión, como el valor de la moneda persa en reales. También incluye detalles sobre las costumbres de las gentes de Aspán, los usos religiosos y las relaciones con los pueblos vecinos:

Nada se vende de ojo, todo se mide y pesa, hasta la carne cocida en los bodegones. Précianse mucho de la verdad; dicen que para ninguna cosa es bueno el no tratarla, porque el que no la usa, aun no queda capaz de engañar otra vez. Son herejes en respecto de los turcos y de la Ley de Mahoma, y por esto son tan opuestos a los turcos, que nunca hacen paces con ellos. No hacen estimación de la pedrería, diamantes, esmeraldas y rubíes, porque dicen que es gran necesidad gastar tanto dinero en una piedra tan pequeña y que aprovecha para tan pocas cosas. Lo cierto es que no la estiman, por ley hecha, ellos. Porque el Mogor, uno de los poderosos reyes del Asia y que lo es de la India que confina con Persia y lindan los términos, su mayor riqueza son los diamantes; y por no darle valor y que no le valgan a su Rey, sacando los dineros de Persia y vendiendo su enemigo y vecino su

mercadería, tienen dispuesto el que en Persia no tengan estimación, ni las puedan traer. Las murallas de Aspán son de tierra, con algunos cubos huecos a trechos. Está en 34 grados de altura de la parte del Norte. Esto es Aspán ([1634] 2016: 196-198).

Tanto en las descripciones de espacios como en la manera en que vive la experiencia del viaje, Domingo de Toral y Valdés se muestra como un curioso observador, capaz de incluir en su obra pasajes tan interesantes como la descripción de la judería de Alepo:

Hay en esta ciudad más de ochocientas casas de judíos que pagan grandes tributos porque les dejen vivir en su Ley. Tienen su barrio aparte. Los más son renteros de las rentas reales. La lengua común suya y casera entre ellos es castellana, la cual conservan desde que fueron echados de España y se derramaron por diversas partes del mundo; y de los que llegaron a aquella parte de Siria son éstos los sucesores. Sus hijos envían a Europa, a Flandes y España, y Italia y Inglaterra, y las Islas; y así no se habla con ninguno que sea de moderada consideración que no haya estado en estas partes muchos años; y están tan ladinos y entendidos en ellas como los naturales de Lisboa. Había muchos; y en siendo de mayor edad se retiran a Alepo y a otras partes, donde tienen sus casas. El judío que me favoreció, era tan sabio en la lengua castellana que en abundancia de vocablos y en estilo y lenguaje podía enseñar a muchos muy presumidos, repitiendo a cada paso muchos versos de los insignes poetas de España, como Góngora y Villamediana y otros. El tiempo que estuve en Alepo, que fue quince días, gastaba lo más en su conversación. Había vivido en Madrid en la parroquia de San Sebastián, y nombraba muchas personas de puesto que había conocido ([1634] 2016: 210-211).

El exotismo y la relación de costumbres también están presentes en la Vida de Alonso de Contreras. Véase el siguiente fragmento a propósito de la comunidad de cristianos griegos que habitan el Brazo de Mayna:

[...] no tienen habitación ninguna si no son en grutas y cuevas y son grandes ladrones; no tienen superior electo, sino el que es más valiente a ése obedecen; y aunque son cristianos, jamás me parecen hacen obras de ello. No ha sido posible el sujetarlos los turcos, con estar en el centro de su tierra; antes a ellos es a quien hurtan los ganados y se los venden a otros. Son grandes hombres del arco y las flechas. Yo vi un día que apostó uno a quitarle una naranja de la cabeza a un hijo suyo con una flecha a veinte pasos, y lo hizo con tanta facilidad que me espantó. Usan unas adargas como broqueles, pero no son redondas, y espadas anchas y de cinco palmas y más. Son grandes corredores y se bautizan cuatro y cinco veces y más, porque los compadres tienen obligación de presentarlos algo; y así, siempre que pasaba por allí, bautizaba algunos ([1633] 1983: 59).

Al igual que sucede en la obra de Toral y Valdés, la información compartida por el capitán Contreras es fruto de la observación directa del autor, que se presenta como testimonio de esa realidad desconocida: “yo vi”. La expresión de espanto o asombro que muestra el autor, maravillado por lo insólito y lo diverso, introduce en la escena al lector curioso y fascinado ante la realidad de nuevos mundos. En última instancia, como indica Aínsa (2004: 63), la

experiencia antropológica, en su confrontación con el otro, supone una conquista de la propia identidad, lo que da lugar a una relación “privilegiada” entre viaje y escritura.

En las Vidas de soldados también aparecen descripciones de ciudades, puertos y bahías que muestran la particular mirada del profesional de las milicias. De este modo se refiere Miguel de Castro a la ciudad de Brindisi:

Es buena tierra de buenos mantenimientos, y abastecida de todo, aunque algunos la hallan de mal aire por ciertos pantanos que tiene. El puerto está bueno; pero está cerrado, de suerte que no tiene sino una muy estrecha boca y baja, que ningún bajel puede entrar dentro por ella cargado, que sea mayor que un barcón. Puede abrirse con facilidad, y dicen lo ha sido; pero que Su Majd. no gusta, por ser tan cerca de la Albania, tierra del turco, que desde el fuerte de ella, que está afuera, a la entrada del puerto, se echa de ver muchas veces las montañas de Velona que está a setenta millas de allí ([1612] 2013: 71).

Las dificultades de acceso al puerto de Brindisi, estratégico enclave en el Mediterráneo para el abastecimiento de las tropas y labores de reconocimiento del terreno, también son analizadas por Diego Duque de Estrada:⁴²⁸

[...] la ciudad y puerto del celebrado Brindis, no tanto por lo que suena el nombre, tan célebre en los banquetes y convites, cuanto por su famoso puerto, de adonde salió el desdichado Pompeyo con tres mil bajeles; tan capaz era en tiempos antiguos, y ahora tan ciego que, para entrar adentro en las aguas (casi muertas) que circundan parte de la muralla, es necesario pasar por un estrecho canal, y que sea pequeño barco, por entre dos torres, que en la una se tiene por tradición estuvo preso San Pedro, la cual dicen que se le humilló y en esa forma está hoy, tanto que quien no es práctico no se atreve a pasar por debajo, creyendo que se quiere caer sobre él. Pero entre esta boca una fortaleza que está sobre un escollo grande, de manera que hace dos bocas al puerto y está muy bien artillado y guarnecido de infantería, hay capacidad para muchos bajeles ([1646] 1982: 234).

Ambos soldados hacen referencia al carácter pantanoso de las aguas del puerto y a la estrechez de los canales, si bien Diego Duque de Estrada acompaña su descripción con cultas referencias a la historia de la ciudad. En términos similares, explica la posición de la Mámora Alonso de Contreras:

Esta la Mámora es un río, que a la boca de él hay la barra dicha, pero entran navíos gruesos dentro y, si los enemigos le tuvieran, hicieran gran daño a España, porque no está a más de cuarenta y dos leguas de Cádiz, y como las flotas entran y salen en aquel puerto o en Sanlúcar, con facilidad podían hacer gran daño tomando los bajeles y en un día volverse a su casa, sin tener necesidad de hacer navegación larga [...] Sube este río hasta Tremecén, treinta leguas arriba, y es fondeable por todas

⁴²⁸ Para García Santo-Tomás (2011: 85), la visión de las ciudades desde un punto de vista militar en la obra de Diego Duque de Estrada se debe a la posible influencia de tratados militares de la época.

partes, y, con la comodidad de los bastimentos tan baratos, podían aprestar armada muy buena allí, que por eso los holandeses estaban tan golosos de él.

[...] tres leguas en la misma costa hay un lugar que llaman Zale, con una fortaleza muy buena, que son de ella dueños los moriscos andaluces, y hay un riachuelo, que no caben sino bajelillos chicos, como tartanas y pataches, y con ellos nos destruyen la costa de España y no hay año que no entren en este Zale más de quinientos esclavos, tomados en bajeles de la costa nuestra [...] Dirán que salgo del cuento de mi vida y me meto en historia. Pues a fe que pudiera meterme ([1633] 1983: 153-154).

El experto y maduro capitán Contreras se desvía del relato de los acontecimientos de su vida para aportar información valiosa sobre la defensa de las fronteras españolas, empleando para ello un tono crítico. En la autobiografía de Domingo de Toral y Valdés también se encuentran descripciones pormenorizadas de diferentes enclaves, fruto de las labores de reconocimiento de un profesional de la fortificación, pues es este uno de los desempeños del capitán en África y Asia. De este modo, detalla las características de las fortalezas de Damán, Baçain, Chaul, y de la isla Carauya. Véase su descripción de la isla de Diu, situada en la India:

Es Dío muy nombrado en las historias portuguesas por los grandes sitios que han puesto y asaltos que han dado en ella; y la notable defensa que han hecho los portugueses, y también por su conquista. Es isla y está en el Reino de Cambaya, sujeto al Mogor. Y aunque he visto muchas fortalezas inexpugnables, lo es ésta muchísimo así por arte como por naturaleza, porque está fundada en unas peñas a las cuales bate la mar, y es su figura la que llaman los geómetras porción de círculo mayor o segmento mayor, cuya base de esta circunferencia es una pequeña línea recta. El terreno que cerca este mar tiene sus murallas; y la línea recta que corta este pedazo de circunferencia, que mira a la villa, tiene tres baluartes fundados sobre peñas grandes y espaciosos por de dentro, en forma de cubos, sin ángulo ninguno, con su foso, y entrada encubierta. Y al fin de ésta hay otros tres baluartes que están en el altura inferiores a los de dentro, que los cogen de alto a bajo a los de afuera, que también tienen su foso y entrada encubierta; que perdiendo los primeros, se retiran a los segundos, teniendo a los de abajo no tan sólo a tiro de arcabuz, mas a tiro de flecha. La materia de que están labrados es peña, y el terreno lo es también, y por eso incapaz de minar ni de abrir trincheras ni de cubrirse ([1634] 2016: 152).

Esa admiración ante la defensa de la ciudad también se encuentra en Alonso de Contreras, quien, en su visita a la ciudad de Jalón, se muestra del siguiente modo: “como curioso, iba embebecido mirando la fortificación” ([1633] 1983: 124). Ese tipo de pasajes recuerdan a las relaciones escritas por soldados o conquistadores en el continente americano, como sucede en el relato de la entrada a la Ciudad de México de Bernal Díaz del Castillo, en el capítulo LXXXVII de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

El viaje o itinerario no únicamente da lugar a la entrada de descripciones exóticas en la narración o de útil información sobre la defensa de las ciudades, sino que también supone una herramienta para articular el discurso (Steinbach, 2016: 225). En su crítica a las relaciones de Juan Coles y Alonso Carmona, el Inca Garcilaso señala que “Ni nombran provincias, sino muy pocas y salteadas” ([1605] 2015: 398). La relación detallada del itinerario, que constituye, como indica Pérez Priego (1984: 220), la armazón del relato de viajes, parece ser un imperativo categórico también en la narración de desplazamientos por tierra o por mar de los soldados. Véase, a modo de ejemplo, el siguiente pasaje extraído de la Vida de Jerónimo de Pasamonte:

Y a la mañana estaban todas cuatro a la vista de Corón, y nos esperaron no sé qué días en cabo de Maina, y mi amo despalmó, y tierra a tierra nos fuimos hasta Modón. Y de aquí a la noche nos engolfamos y fuimos a Bon Andrea y de allá a Rodas y de Rodas a Xío y de Xío a Nápoles de Romania a invernar, que son al pie de tres mil millas de rodeo [...] ([1603] 2017: 177).

Las marcas temporales que acompañan la relación del itinerario son también una característica propia de los libros de viajes (Pérez Priego, 1984: 223). Del mismo modo ocurre con el detalle de las distancias que separan los puntos geográficos. En el caso de Jerónimo de Pasamonte, estas notas son escasas y de poca exactitud, tal vez debido al largo período de cautiverio vivido por el autor. Más abundantes son ese tipo de referencias en la Vida de Catalina de Erauso: “y me pasé a San Sebastián, mi patria, diez leguas distante de allí” ([1625] 2002: 97); “De allí luego salí, y me pasé a Estella de Navarra, que distará veinte leguas a lo que me parece” ([1625] 2002: 97); “Llegamos finalmente a Cartagena de las Indias, y estuvimos allí ocho días” ([1625] 2002: 98); y “Llegamos al puerto de la Concepción en veinte días que se tardó en el camino” ([1625] 2002: 111). Domingo de Toral y Valdés también incluye múltiples referencias a las distancias y al tiempo empleado en los itinerarios: “Vine a España atravesando la Francia, en treinta días” ([1634] 2016: 127); “tardamos ocho días en llegar a Cádiz” ([1634] 2016: 131); y “Bevere, que es un casar dos leguas de Amberes” ([1634] 2016: 106). Asimismo, en la Vida del capitán Contreras se detallan los tiempos en los que se recorren distancias entre distintos puntos del mapa: “Pasé a Barcelona y a Madrid, todo en veintisiete días, desde Malta” ([1633] 1983: 133); “en nueve días entré en Madrid, saliendo de España, yendo a Berbería, volviendo de

Berbería a España y de allí a la Corte, que han ciento y ocho leguas de tierra desde Cádiz” ([1633] 1983: 154); o “ir y estar, negociar y volver a Roma, fue en treinta y cuatro días, habiendo de camino casi trecientas leguas” ([1633] 1983: 168). En última instancia, el relato de vida de los soldados avanza a medida que sus protagonistas se van desplazando por la geografía.

En algunas Vidas de soldados se encuentran relaciones de itinerarios más completas o extensas, que incluyen, además, breves notas de interés sobre algunos de los enclaves que se van mencionando. De este modo, en la obra de Miguel de Castro, se hallan pasajes como el siguiente:⁴²⁹

[...] Volvimos a Locorretundo, donde estuvimos ocho días, y luego vino la patente para Fassano, ocho o diez millas de allí, en el camino de Manopoli, que es de la religión de San Juan, cuya encomienda y priorato de San Estéfano tenía don Pedro de la Roca. No hubo cosa digna de escritura. Estuvimos un mes, y fuimos con nueva patente a San Ángelo Lombardo, doscientas y más millas de allí hacia Nápoles. Tránsitos, nueve. Manopoli, a catorce carlines; Cascano, a cinco; Altomuro, once; Montepeloso, siete; Gravina, nueve; Potenza, once; otro que no me acuerdo; Avillano, cinco; Viscopagano, nada, porque llegamos a más de medianoche, y la otra a San Ángelo lombardo, tierra del duque de Monteleón. [...] Cuatro millas de allí está un monasterio donde está la lengua de San Gerónimo y un zapato de Santa Lucía, y otras muchas reliquias ([1612] 2013: 73-74).

Ciertamente, la relación completa del itinerario parece una referencia obligada, puesto que Miguel de Castro siente la necesidad de excusarse por la omisión de ciertos topónimos que no recuerda. Además, la indicación “no hubo cosa digna de escritura” remite al recuento, a modo de diario, propio de algunos libros de viajes, como la *Embajada a Tamerlán*. Ello obedece al “propósito totalizador” (Pérez Priego, 1984: 226), esto es, la necesidad de incorporarlo todo –aunque solo sea una breve mención–, típico de la literatura de viajes. En el fragmento se advierte que algunas referencias topográficas van acompañadas de una mención a las reliquias del lugar, aspecto también presente en la autobiografía de Alonso de Contreras. Así, el capitán se refiere a San Juan de Padmos como el lugar “donde escribió el

⁴²⁹ En la autobiografía de Miguel de Castro tiene un gran peso la extensa narración de su relación con la cortesana Luisa de Sandoval, en la que la prosa del autor se distingue del estilo que emplea en su relato de actividad militar. Irigoyen-García (2008: 27), en su análisis sobre el espacio doméstico en la autobiografía del soldado, plantea la posibilidad de una parodia de los “derroteros” prototípicos de las relaciones soldadescas en la narración de las continuas escapadas del militar para sus encuentros amorosos. Para el crítico, hay un contraste en la minuciosidad con la que el soldado relata las instrucciones acerca de cómo salir y entrar de la casa del Virrey y la manera difusa en la que marca los itinerarios por la geografía del Mediterráneo.

Apocalipsis el Santo Evangelista estando desterrado por el Emperador, y aquí está la cadena con que le trajeron preso” ([1633] 1983: 49). De Cayfás, destaca que hay una ermita “donde dicen reposó Nuestra Señora cuando iba huyendo a Egipto” ([1633] 1983: 56). Sobre la isla de la Tortosa indica que “Dicen estuvo en ella escondida Nuestra Señora y San Josefe, de Herodes” ([1633] 1983: 56-57); y, de la isla de Paros, que es el lugar “donde dicen está uno de los cuerpos, San Cosme o San Damián” ([1633] 1983: 58). Tal rasgo, como se ha indicado anteriormente, va en la línea de los *itineraria* de peregrinaciones religiosas a Tierra Santa, de gran difusión en los Siglos de Oro.

Las pinceladas sobre un enclave del itinerario pueden, además, recoger otros aspectos de la ciudad no necesariamente de tipo religioso. Se trata de un recurso muy presente en la literatura de viajes del que se sirve, por ejemplo, Gutierre Díez de Games en el *Victorial*. Al paso del protagonista por las islas Gemol y Gemolín, el narrador indica que “ay en ella mucha agua dulce, e mucha caza, e muchas aves que crían en ella” ([h. 1450] 1993: 314). Del mismo modo, en la Vida de Miguel de Castro, la isla de Salofre se describe como “un lugar grande donde se cogen muchas peras bergamotas, fruta de mucha estima” ([1612] 2013: 52). El mismo soldado incluye también una breve descripción de la isla de las Cabras: “en la cual no hay habitación ninguna; solo hay pastores que guardan ganado de las otras islas” ([1612] 2013: 67). A propósito de su paso por el Cabo de Buena Esperanza, Domingo de Toral y Valdés explica que el lugar “se conocía por unos pájaros que se ven en aquellos parajes que llaman *mangas de velludo*” ([1634] 2016: 146). Por su parte, Diego Duque de Estrada, indica sobre la ciudad de Boza que “es de tan mal aire como Oristan” ([1646] 1982: 502), y describe Bitonto como “lugar de hermosísimas mujeres, exquisitos regalos de mar y tierra y de deliciosas y espaciosas salidas y paseos, frutas y flores” ([1646] 1982: 252). El soldado toledano, además, incluye cultas referencias literarias o mitológicas, como la que acompaña a la mención del faro de Mesina: “tan celebrado de los poetas por los peligros que llaman de Caribdis y Scilla” ([1646] 1982: 234). También en el discurso de Alonso de Contreras los topónimos vienen determinados de forma breve. Véase el siguiente ejemplo:

Partime para la isla de la Sapiencia, que está enfrente de Modon, ciudad fuerte de turcos, y cerca de Navarín; de allí me vine al Zante, ciudad de venecianos, en una isla fértil, y estuve hasta saber había

partido de Navarín, y atravesé a la Chifalonia también isla de venecianos, y de allí me vine de golfo a la Calabria, que hay cuatrocientas millas ([1633] 1983: 29).

En este caso, los detalles que perfilan los distintos enclaves muestran de nuevo la mirada del soldado profesional. Las relaciones de itinerarios son abundantes en su autobiografía y se caracterizan por una gran exactitud, especialmente en los desplazamientos por mar, hasta el punto de que Sendón (2017: 406) considera la obra como una especie de guía marítima. Hay que tener en cuenta que el capitán es autor también de un *Derrotero* que, según Ettinghausen (1983: ix-x), le habría servido, junto al memorial de servicios, como armazón de su autobiografía. Su *Derrotero* está dirigido al príncipe Filiberto de Saboya, con lo que, al igual que Pero Tafur o Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, la información de sus viajes, además, está concebida como un servicio del capitán Contreras a sus superiores. También la Vida de Domingo de Toral y Valdés se caracteriza por el carácter técnico de la relación de itinerarios:

Desde esta altura, que como he dicho eran 35 grados de la parte del Sur, fuimos declinando altura y llegándonos a la Equinoccial. Costeando la África y pasando la isla de San Lorenzo, llegamos a Mozambique, que son 16 grados de altura de la parte del Sur; allí dimos fondo y la más de la gente saltó en tierra y tomó refresco, al cabo de cinco meses de navegación ([1634] 2016: 146).

Las localizaciones exactas son abundantes en el relato de la navegación hasta Goa: “Cabo Verde, que es en 14 grados del Polo Ártico” ([1634] 2016: 136); “Trópico de Cancro, que es en 23 y medio grados” ([1634] 2016: 136); “llegamos a los 23 grados del altura del Polo Antártico” ([1634] 2016: 138); “Pasando de los 23 grados nos fuimos llegando al Cabo de Buena Esperanza” ([1634] 2016: 139). Esa voluntad de exactitud en sus indicaciones, se pone de manifiesto en la siguiente observación del autor:

Advierto que los grados que cuento en la longitud son grados de cosmografía y no náuticos, porque los náuticos son mayores o menores según si allegan a Leste Oeste empezando por Norte Sur ([1634] 2016: 199).

Steinbach (2016: 180) y Sendón (2017: 405) consideran que los itinerarios tendrían una función de veracidad o prueba en las autobiografías de soldados, esto es, estarían al servicio de la impostura de verdad. No obstante, responden sin duda a una sensibilidad literaria por

parte de los autores que, conocedores de la retórica propia del relato de viajes, ajustan su discurso al patrón fijado para la narración de desplazamientos geográficos.

En suma, los soldados autobiógrafos, exceptuando a Diego García de Paredes, Félix Nieto de Silva y Jerónimo de Pasamonte, muestran tener amplio conocimiento de la literatura de viajes de los Siglos de Oro. Los autores toman estrategias narrativas propias del género, como la relación de itinerarios o la descripción de espacios y ciudades. Estos elementos sirven para dar estructura y organizar el discurso de vida, al tiempo que impregnan la narración de un exotismo capaz de captar la atención del público. Los soldados dan cuenta, además, de los trabajos pasados y de sus logros en los azarosos desplazamientos por mar y por tierra. La tradición clásica del relato de viajes y de aventuras, recuperada sobre todo en el siglo XVII, les proporciona las herramientas para ir construyendo, en ese ir y venir por la geografía terrestre, su identidad.

5.8 Lenguaje y estilo. El “modo soldadesco”

Los análisis críticos en los que se abordan cuestiones sobre el lenguaje y el estilo de las autobiografías de soldados tienden a poner de relieve las limitaciones de la prosa de los autores, así como también a destacar la ausencia de toda pretensión estética y de conciencia literaria en la redacción de los textos. Morel-Fatio (1901: 143), por ejemplo, considera que la prosa de Miguel de Castro es insípida y que el autor se muestra incapaz “d’exprimer intelligiblement une idée” (1901: 142). Para Serrano y Sanz, el estilo del autor es “modelo de incorrección” (1905: 63). En su edición al texto de 1900, Paz y Meliá también apunta que Miguel de Castro emplea un estilo “incorrecto, desaliñado y confuso” (2013: 37). Por todo ello, Sánchez Alonso considera que el soldado carece de “las dotes de escritor que requeriría para evitar lo enfadoso de su monotonía y prolijidad” (1953: 333). En relación con Jerónimo de Pasamonte, Camamis define su autobiografía como “una memoria carente de toda pretensión literaria, escrita en un estilo totalmente ajeno a cualquier preocupación artística” (Camamis, 1977: 206). Aun así, reconoce que los pasajes sobre su cautiverio “pese a la falta de estilo literario, hacen la lectura muy entretenida” (Camamis, 1977: 206). Por su parte, Levisi (1984: 99) considera que Pasamonte, el capitán Contreras y Miguel de

Castro habrían escrito sin pretensiones literarias. En la misma línea, en su aproximación a la obra de Alonso de Contreras, Ortega y Gasset incluye las siguientes observaciones:

Por fortuna, Contreras no debió leer en su vida un solo libro. De otro modo sería inexplicable la absoluta inmunidad de su estilo frente al universal retoricismo de la época. Se limita a narrar por derecho, sin un vocablo de más, sus despampanantes alzaprimas. Es tal la pureza narrativa de su dicción que, solo por ella, cobra un cariz arcaico de gesta medieval [...] Este estilo camina vivo al paso acelerado de la misma aventura. De suerte que no solo está mondo de retórica, sino que no se detiene en describir. Es, en superlativo, pura imaginación. Esta desnudez narrativa que en el texto agradecemos tanto, no se origina, claro está, en ninguna deliberada voluntad de aticismo. Proviene de lo mismo que la vida narrada: la incapacidad de representarse con riqueza de detalles lo por haber y lo habido. La sequedad de la imaginación se torna aquí gracia y virtud ([1943] 1983: 508-509).

Ciertamente, estas impresiones no están lejos del “modo soldadesco, como si para ellos solamente fuese” ([1555] 1959: IV, 207) con el que Fernández de Oviedo hace referencia a las relaciones escritas por soldados en América; o de los textos “para parientes y vecinos” ([1605] 2015: 398) de Juan Coles y Alonso de Carmona, definidos así por el Inca Garcilaso de la Vega. En todas estas consideraciones subyace, de alguna manera, la idea de la falta de pretensión o conciencia literaria en las escrituras de los soldados. Ello deriva en que incluso los aciertos en la redacción de los textos son atribuidos a la casualidad, por lo que se le niega al autor el mérito de mantener la atención del lector con una prosa sugerente o fluida. De acuerdo con Calvo (2019: 288), la posible falta de estilo o de oficio de los autores no excluye que la prosa de estos cuente con “recreación, aliento, espontaneidad: vigor en una palabra” (2019: 288). La obra del capitán Contreras, por ejemplo, ha calado y sigue llamando la atención de los lectores (Martínez Flores, 2007: 192). Y eso sería extensible a otras autobiografías de soldados.

Los militares autobiógrafos presentan propuestas estéticas dispares que dependen del genio y de los objetivos de cada autor. Así, “propenden algunos a contar prolijamente y por menudo, en tanto otros solo consignan escuetos apuntes” (Sánchez Alonso, 1953: 330). Hay, por ejemplo, un abismo en cuestiones de estilo entre la *Suma* de Diego García de Paredes⁴³⁰ y los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada, o entre la obra del soldado

⁴³⁰ En relación con el estilo de Diego García de Paredes, Pope destaca la ausencia de descripción en la obra. La preferencia por narrar acciones se vería reflejada en la estructura, pues se observa una concordancia entre pensar y actuar: “Supliquéle al Duque que nos llegásemos más, y así se hizo”, “Yo quería romper los enemigos y tomarles el artillería. Y así fue” (Pope, 1974: 30). También Alonso de Contreras se decanta por la

toledano y la Vida de Alonso de Contreras.⁴³¹ A ello hay que añadir que, en general, los textos van tomando forma en diversas fases de redacción, a lo largo de los años, por lo que los objetivos del autor y también sus concepciones estéticas van evolucionando. Es lo que sucede en la Vida de Diego Duque de Estrada, quien, según García Santo-Tomás (2011: 83), se habría servido de las herramientas narrativas de la picaresca y la novela cortesana hasta el relato de su llegada a Nápoles. En la narración del período en Italia, subyacería la retórica de la memorialística militar y, en la parte final de la autobiografía, tras su conversión, el autor habría adoptado un papel de testigo observador y, por ello, la prosa se habría visto influida por la crónica (Ettinghausen, 1982: 41-42; García Santo-Tomás, 2011: 86-87). Del mismo modo, en la autobiografía de Jerónimo de Pasamonte hay una notoria evolución entre el relato del primer núcleo temático, que corresponde a la historia de su cautiverio, y el resto del texto, en el que abundan los latinismos y el tono de predicación.

La ausencia de una preceptiva en los Siglos de Oro para el discurso de la propia vida también abre el abanico de posibilidades en cuanto a las propuestas de estilo se refiere. Más allá de la posible influencia de otras Vidas, como la difundida obra de santa Teresa o la *Suma* de García de Paredes, los autores se sirven de diferentes modelos lingüísticos y literarios a los que tienen acceso, de acuerdo con su formación y con los referentes culturales del momento. En lo que toca a su formación, algunos soldados se refieren expresamente al proceso de escolarización durante su infancia. Jerónimo de Pasamonte, tras quedar huérfano, a la edad de doce o trece años, queda bajo la tutela de un tío clérigo “para estudiar la gramática” ([1603] 2017: 142). Alonso de Contreras indica que por el tiempo en que muere su padre “andaba a la escuela y escribía de ocho renglones” ([1633] 1983: 5-6). Catalina de Erauso se forma en el convento hasta los quince años de edad. Después, en Vitoria, estando al servicio de Francisco de Cerralta, este pretende proporcionarle una educación “viéndome leer bien latín” ([1625] 2002: 95). Por su parte, Félix Nieto de Silva explica que a los nueve años “me hallaba estudiando en Salamanca, en casa de mi tía”

narración, en detrimento de la descripción o de la introspección, sabedor de que su valor está en la acción (Levisi, 1984: 164-165). Mediante la presentación de aventuras y a través de los diálogos, de manera indirecta, el autor daría cabida en el texto a sus procesos internos (Levisi, 1984: 167).

⁴³¹ Para un estudio comparativo entre el estilo barroco de Diego Duque de Estrada y el laconismo de Alonso de Contreras, ver Ettinghausen (1990).

([1690] 1888: 4). Es Diego Duque de Estrada quien cuenta con una formación más completa, pues, como se ha indicado con anterioridad, no solo declara haber recibido lecciones de gramática, sino también de natación, equitación, baile de castañeta, música y canto. En el capítulo XIII de sus *Comentarios*, además, narra su paso por la universidad, si bien este episodio podría ser una fabulación. Como fuere, su elevado nivel cultural queda reflejado en el estilo y en la concepción de su obra.

El hecho de contar con cierta formación, aunque esta pudiera ser básica, posibilita que los soldados estén familiarizados con diferentes tipologías textuales y formas literarias del momento, que van desde las cartas y los memoriales o relaciones de servicios hasta la poesía amatoria o la épica. Así, Jerónimo de Pasamonte cita los primeros versos del *Orlando* de Ariosto, se refiere a las seis reglas de fray Luis de Granada o incluye un memorial de agravios en su obra.⁴³² Del mismo modo, Alonso de Contreras hace mención de Rugero y Bradamonte, personajes del *Orlando*, y de Lope de Vega, cuyas “lindas comedias” ([1633] 1983: 171) tiene oportunidad de ver en dos meses que pasa en Madrid. Escribe, además, su *Derrotero*, en el que incluye múltiples referencias mitológicas.⁴³³ La obra de Diego Duque de Estrada está plagada de alusiones literarias –entre las que se incluyen obras como el *Quijote*– que demuestran el interés del autor por presentarse como conocedor del panorama cultural de la época (Ettinghausen, 1990: 208). Véase, a modo de ejemplo, al narrar su entrada en la academia del conde de Saldaña, el elogio a Lope de Vega:

[...] Lope Félix de Vega Carpio, fénix de nuestra España, piélago de poesía y de quien han llenado sus vasos nuestros cisnes españoles, porque aunque les hayan adornado Góngora con lo crítico, Luis Vélez con lo retórico, Mira de Amescua con lo pomposo, Villahermosa con lo elegante (como

⁴³² Respecto a los memoriales de agravios, Bouza indica lo siguiente: “todos los libelos populares o de vecinos comparten una serie de rasgos comunes. Sean cedulones expuestos en paredes y cantones, respondan a los formulismos de la carta, el memorial de arbitrios o el alegato judicial, aparezcan como billetes echados en la plaza, carteles colgados de la picota comunal o escritos puestos en una mesa en la calle para leerlos y oírlos leer, adopten la estructura de coplas o se trate de simples improperios mal pergeñados, se difundan mediante la lectura en lugares públicos o por medio de traslados sacados con prontitud, los libelos populares o de vecinos son manuscritos, aunque alguna vez se acompañan de dibujos burlescos, suelen esconder a sus responsables tras la anonimia, siempre buscan hacerse públicos y, claro está, su objetivo último es deshonar la fama de terceros, aunque a veces se acuda al pretexto ejemplificador de denunciar vicios y malas prácticas” (2001: 116).

⁴³³ Para una aproximación a la erudición clásica y a las referencias a leyendas cristianas en las descripciones del capitán Alonso de Contreras, ver Levisi (1984: 105 y ss.).

también Lupercio, su hermano), Quevedo el gracejo, Villamediana con lo satírico y los demás con rosas y flores, todo esto es cogido de esta singular y caudalosa fuente, pues de muchos que van a tomar agua de un mar, no porque adornen sus cántaros con varias flores y guirnaldas, dejan de ser las aguas de un mar, aunque disfrazadas de varias formas. Tal ha sido nuestro Lope, y a quien se debe el haber ampliado, enriquecido, ornado y recamado nuestra lengua castellana con tan varios colores y conceptos, sucediendo a los demás lo que a Juanelo, príncipe de las artes, con el huevo sobre la fábrica del artificio, que callo por ser tan vulgar ([1646] 1982: 96).

El soldado toledano hace alarde no solo de su formación y de sus conocimientos literarios, sino también de su genio como autor. Además de su participación en las academias literarias del conde de Saldaña y del conde de Lemos, menciona una gran cantidad de títulos de obras que habrían salido de su pluma.⁴³⁴

La formación y las lecturas de los autores se traslucen en su prosa, en las estrategias narrativas y el lenguaje empleados. En las obras de Diego Duque de Estrada y de Miguel de Castro, como se ha indicado con anterioridad, los autores se sirven de sus conocimientos de la retórica al uso para los episodios de temática amorosa. Así, los numerosos pasajes en los que Miguel de Castro narra sus encuentros con Luisa de Sandoval están repletos de alusiones mitológicas y léxico petrarquesco, aunque, según indica Levisi (1984: 206), el soldado haga uso de términos de comparación algo manidos. De este modo narra Miguel de Castro su reencuentro con la cortesana tras una larga ausencia:

Luego fui movido del lamento de sus quejas, de la voz de sus hechiceros y suaves halagos, constreñido de la carga de mi deseo, movido del voluble curso de su voluntad y mía, y a aliviar el peso de mi fastidiosa y ya prolija carga entre veintitrés días de ausencias, y aposentar mi memoria, entendimiento y voluntad a oír la tragedia de mil celosas requestas; a ofrecer el oír, el ver, olfato, gusto y tacto, a ejercitar los preceptos de su malvada secta, y para rehacerlo todo, la consuetud y perseverancia de mis horas, y no canónicas, que no hay prebendado o religioso que así acuda a sus oficios como yo a coro de mis placeres, que si ellos están según obligación, o acuden a prima, tercia, sexta, nona, vísperas, completas, maitines y laudes, yo acudo a oficiar la prima de mis disgustos, la tercia de mis trabajos, la sexta de mis antojos, la nona de mis desvelos, las vísperas de mis males, las completas de desasosiegos, los maitines de desvelos, los laudes de mi infeliz vida y de las demás horas que quedan, así de día como de noche [...] ([1612] 2013: 185-186).

El fragmento ilustra a la perfección la prolijidad en la escritura de Miguel de Castro cuando pretende elevar su estilo, pero también muestra la voluntad del autor de embellecer, ya sea con mayor o menor fortuna, su prosa. De igual manera, Diego Duque de Estrada, en sus

⁴³⁴ En relación con la faceta de escritor demostrada por Diego Duque de Estrada en sus *Comentarios*, ver el trabajo de Rascón García (2019). Diego Duque de Estrada es autor de unas *Octavas rimas a la insigne victoria conseguida por el Marqués de Santa Cruz*, obra publicada en 1624.

Comentarios, ajusta el registro en función de las necesidades de la narración (Cassol, 2000a: 198). En determinados pasajes de contenido bélico, por ejemplo, se advierte un gran despliegue de recursos literarios encaminados a adornar el texto. Es lo que ocurre en el relato de la campaña contra las tropas venecianas:

[...] Y las obras cinco galeazas tomaron el cuerno derecho e izquierdo de las galeras, cuyos cruzados se hacían gobernados de los timones, que parecía una estudiada y concertada máscara en algún baile de delicioso sarao, porque al volver las pompas llenas de estandartes, como los árboles llenos de flámulas, como dicho es, daban sobre las hinchadas velas una majestuosa vuelta, levantando sus remos las ricas espumas del hinchado mar levantado en corcovas, que parecía querer expeler de sí tanto imperioso bajel [...] No de otra manera que el lozano y brioso caballo enjaezado, sintiendo sobre sus espaldas crujir las telas ricas y recamos, cuyas cenefas le tocan las partidas y encorreadas ancas, y ocupada la hermosa y denodada cara con el bozal y campanillas, no consintiendo su bizarría más peso que el de su misma ferocidad al querer superarle y sujetarle su dueño, perdiendo el suelo con brincadas y corvetas, quiere sacudir la cerviz de aquel yugo; así el mar, viendo en sí la hermosura de tantos adornos, procuraba señorear lozano sin ser sujetado de tanto remo, que batiendo sus aguas parecía quererle castigar porque no quería quitarse y obedecer su armada. [...] Parecían nuestras galeras pomposos verdugados o enaguas de bizarras damas, moviéndose con tan hinchada gallardía que antes daba solaz y ánimo que melancólica cobardía. ¿Quién dirá que toda esta prevención, el deshacer los parches a fuerza de tocarles, el rimbombo de su son, que espantaba las tierras de la marina y amenazaba a convertir las aguas del mar en el sanguinoso humor de Marte; el deshacerse los clarines y trompetas, rompiendo y atemorizando los aires y deshaciendo sus nubes al salir de la boca de nuestros y sus cañones volcanes Etnas y Mongibelos, que parecían rayos vibrados de la vengativa mano de Júpiter airado, vendrían a parar en no más de lo que he dicho, pues no sucedió más ([1646] 1982: 237).

En esa concentración de alegorías, metáforas, comparaciones y referencias mitológicas no únicamente subyace la preocupación estética del autor, sino que también se observa un deseo de manifestar su capacidad para hacer uso del estilo culterano o gongorino, en boga en la época, con el fin de presentarse como un “escritor cortesano y de academia” (Pope, 1974: 180). En el capítulo XVI de la obra, incluye detalladas semblanzas de personajes ilustres como Baltasar Marradas o Wallenstein. También, en el capítulo XV, narra al detalle la venida de la infanta María, hija de Felipe III, y los festejos de su boda, en un cambio de enfoque con el que el autor pretende abarcar también la actualidad del momento (Ettinghausen, 1982: 42). La elección de un estilo elevado por parte de Duque de Estrada termina por marcar distancias respecto a las *Vidas* de otros soldados, como indica Cassol (2004: 44). Cabe considerar que precisamente esa sea la pretensión de un autor que, ya en el relato de su nacimiento e infancia se presenta de manera distinta al resto. Debido al

patrón de las súplicas y peticiones, el discurso autorreferencial en los Siglos de Oro podría estar identificado con una posición de sumisión no deseada por Diego Duque. La insistencia en su nobleza y en su condición de autor culto podría estar encaminada a evitar esa posible asociación.

El estilo en la obra de Diego Duque de Estrada, al igual que ocurre en la Vida de Miguel de Castro, puede resultar hinchado o rimbombante en determinados momentos en los que desea elevar su prosa (Ettinghausen 1982: 59). Eso no ocurre en la obra de Alonso de Contreras. Tal y como indica Pelorson (1966: 46) –al contrario de la opinión de Ortega y Gasset–, la posible falta de una cultura libresca no sería necesariamente un signo de ingenuidad narrativa en la obra del capitán, pues el autor organiza y estructura de manera eficiente su relato, además de revisar posteriormente el texto, como demuestran las anotaciones en el manuscrito original. También incluye sugerentes y elaborados pasajes, a los que se ha aludido con anterioridad, como la narración de la erupción del Vesubio, el detalle de sus ropajes en el desfile como capitán de corazas o las descripciones de distintos enclaves en el Mediterráneo. Entre ellos, destaca el panegírico a los condes de Monterrey, que aparece en la parte final de la obra. Véase un fragmento del mismo:

[...] Pues, ¿quién ha tenido en aquella ciudad capitanes entretenidos, como los tuvo el conde, a treinta escudos cada mes a cada uno, y éramos cuatro y yo era el uno, pagándonos de su bolsa con puntualidad? [...] Pues en Nápoles, ¿qué virrey ha habido que busque los hombres que tienen méritos, los cuales estaban arrinconados en algunos castillos, de desesperados? Y Su Excelencia los ha sacado y premiado, que yo conozco muchos, con que toda la nación se ha animado, viéndose premiar. ¿Quién ha enviado en quince meses a Milán, como el conde, dos tercios de italianos de a tres mil hombres y setecientos mil ducados, y a España seis mil infantes y mil caballos en veinticuatro galeones, la infantería a cargo del marqués de Campo Lataro, y la caballería al del príncipe de La Rochela, y juntamente veinticuatro sillas, bridas bordadas con sus caballos escogidos, y otros tantos pares de pistolas que no tenían precio, y para encima de cada caballo una cubierta de brocado que llegaba a las corvas de los caballos? [...] Pues si tratase de mi señora la condesa, la afabilidad que ha tenido con todas aquellas señoras tituladas del reino, repartiendo los días de la semana en los hospicios y a los de las mujeres ir a servillas con sus manos, llevando de palacio toda la comida que se había de gastar aquel día, y de esto soy buen testigo. Pues un convento de mujeres españolas arrepentidas que ha fundado y otros a que cada día ayuda con sus limosnas, favoreciendo y honrando a todos los que quieren valerse de su intercesión ([1633] 1983: 184-185).

Para Levisi (1984: 100-101), esta prosa diferiría del estilo característico de la pluma de Contreras. Apunta, además, a que el autor, para la redacción del panegírico, podría haberse inspirado en la “Dedicatoria” de Lope de Vega que aparece en *El rey sin reino*. En todo

caso, el panegírico a los condes de Monterrey muestra la capacidad y el deseo de Alonso de Contreras de ajustar su estilo en función de los contenidos o los temas tratados en la obra.

La voluntad literaria de los soldados se pone de manifiesto en el abundante uso de figuras retóricas encaminadas a dar mayor expresividad o belleza al texto. Miguel de Castro, por ejemplo, utiliza aliteraciones, metáforas y comparaciones: “venirse como un gamo” ([1612] 2013: 62), “una voz que parece de ángel” ([1612] 2013: 162) o “una mujer hermosa como el sol” ([1612] 2013: 78). La habitación de Luisa de Sandoval es definida como la “estacada de mis torneos y sala de mis saraos” ([1612] 2013: 171), y la propia cortesana, víctima de sus celos, se presenta “convertida en una víbora venenosa de rabia” ([1612] 2013: 318). También Alonso de Contreras se sirve de múltiples imágenes gráficas y de lenguaje metafórico: “me miraban como a toro” ([1633] 1983: 85), “nado como un pescado” ([1633] 1983: 90), “los alaridos de las mujeres hacían llorar los remos de las galeras” ([1633] 1983: 93), “amaneció muerto, hinchado como una bota” ([1633] 1983: 93), “no había puerta que no tuviese dos o tres cruces, que parecía campo de matanza” ([1633] 1983: 109), “no estaba como yo lo había confesado en mi confesión: que era blanco como una paloma” ([1633] 1983: 109), “entré que fui la paloma del diluvio” ([1633] 1983: 152). A ello hay que añadir otros aspectos estilísticos empleados por los autores, como el uso de epítetos en el caso de Miguel de Castro. El mismo autor también muestra cierta maestría en la utilización de la ironía, llegando incluso a desplegar un humor macabro (Pope 1974: 207).⁴³⁵ En la prosa de Alonso de Contreras, destacan la presencia de diminutivos con función afectiva o irónica y el uso inteligente de los diálogos y de la ironía.⁴³⁶ Diego Duque de Estrada, además de emplear abundantes figuras retóricas,⁴³⁷ cuida especialmente, como observa Pope (1974: 186-187), las transiciones entre capítulos: “llegamos al otro día a Madrid, adonde descanso para tomar aliento” ([1646] 1982: 94); “y porque necesitaba tras tantas desdichas, trabajos, infortunios, tormentos y persecuciones, y en particular de este terrible susto, descansar, daré tiempo al lector lo haga de leer esta

⁴³⁵ Para un análisis más detallado de los recursos estilísticos en la autobiografía de Miguel de Castro, ver Pope (1974: 202 y ss.).

⁴³⁶ Una visión más completa respecto a los recursos literarios y al lenguaje empleados por el capitán Contreras en su autobiografía puede consultarse en Pope (1974: 160 y ss.).

⁴³⁷ Para un análisis más detallado del lenguaje y estilo en los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada, ver Pope (1974: 180 y ss.).

tercera parte, tan llena de sustos, penas e inquietudes” ([1646] 1982: 140). El mismo recurso es también empleado por Félix Nieto de Silva para introducir una nueva anécdota: “escribí una carta al Sr. Duque con harto desahogo [...] Y mientras viene la respuesta, que fué bien discreta, contaré lo que me sucedió una tarde” ([1690] 1888: 174).

En cuanto al apasionante relato de cautiverio de Jerónimo de Pasamonte, difícilmente se puede comprender cómo la falta de estilo literario o la ausencia de preocupación artística, señaladas por Camamis, pudieran hacer posible una lectura entretenida del texto. Como señala Cassol (2000a: 112), sí hay un despliegue de recursos narrativos en la obra del soldado aragonés. Las estrategias de Pasamonte tal vez no estén orientadas al deleite estético o a elevar el registro, pero sí logran ser efectivas, pues dotan de gran expresividad y de agilidad el relato, tal y como se comprueba en la narración del intento de fuga colectiva, frustrada por la traición del barbero luterano:

[...] traen a nuestro Baptista seis o ocho turcos con las espadas desnudas, dándole mojicones y espaldarazos, y entran por aquel baño espantando, y llevan a Baptista a su bancada y pónenlo en cadena. A este tiempo, el pobre Pasamonte se despertó; y como oí los cristianos gritar “¡Guardia!” y vi las espadas desnudas que salían del baño, piensen qué corazón haría.

Vuelvo los ojos hacia el altar y vi a mi camarada maestro Pedro remolar con el codo sobre la rodilla y la mano en la cara, que se derretía en lágrimas vivas, y los otros compañeros. Yo me arrodillé en el altar y di gracias al Señor con ansias que se me arrancaban las entrañas. Volvime a sentar, y con una risa falsa por no llorar, dije a maestro Pedro:

–Señor maestro, no lloreis, dejadme llorar a mí, que soy llegado al martirio injustamente. Y en esto oí al traidor del barbero que se quejaba y decía:

–¡Oh, Baptista Grasso, Dios te perdone, que me haces padecer a mí!

[...] Antes que Dios amaneciese, que era o Jueves o Viernes Santo, el bajá se levantó con toda su casa y los turcos que estaban por allí. Y fue y hizo abrir las puertas de la ciudad, y fue al fúndago de venecianos y llamó y le abrieron. ¡Piensen qué corazón harían el bajá con todos sus turcos..! Subió dos corredores con claustros que hay y llamó a la puerta del fraile, por información del barbero. El fraile se levantó y abrió las puertas. Entra el bajá con algunos turcos en su cámara, y dice:

–¡Abre esta arca!

El fraile abrió, y un renegado ginovés toma las seis espadas y nueve limas y el pergamino con nuestros nombres atado en ellas. El bajá dijo al fraile:

–¿Qué te parece, traidor, tener tú armas para mis esclavos que me maten a mí y se alcen con mi galera? ([1603] 2017: 171-172).

El fragmento muestra una prosa cercana al discurso oral, que se hace patente en el uso de diálogos y del presente histórico. Ello no indica que no exista una intención en la elección del lenguaje y de las expresiones empleadas. Así, con el presente histórico y los apóstrofes

al público, Pasamonte logra no solo mantener la atención del lector, sino también involucrarlo en la escena. Para imprimir intensidad y expresividad al episodio se sirve, además, de lamentos en tono exclamativo, del epíteto “pobre” para referirse en tercera persona a sí mismo y de expresiones como “se derretía en lágrimas vivas”, “con ansias que se me arrancaban las entrañas” o “una risa falsa por no llorar”. El relato del cautiverio de Jerónimo de Pasamonte es rico en el uso de imágenes, comparaciones y metáforas: “mira, señor, que estos pájaros que tienes en estas jaulas con mucho regalo, buscan su libertad” ([1603] 2017: 176); “andaba por aquella crujía como un león” ([1603] 2017: 153); “como un toro de Jarama a embarcarse” ([1603] 2017: 154); “como quien corta melones al melonar, hicieron pedazos dieciocho o veinte” ([1603] 2017: 155); “quedé tieso como un pavés” ([1603] 2017: 155); “fui tieso como porpalo” ([1603] 2017: 156); “un sardazo como un jabalí” ([1603] 2017: 158); “chillaba como sierpe” ([1603] 2017: 158), “estuvimos como grullas toda la noche” ([1603] 2017: 159); “vino un embajador del Rey de Francia, que hoy es en figura de oveja y fue un cruelísimo lobo” ([1603] 2017: 187); “íbamos apercebidos, con un león en el cuerpo cada uno, y ¡pliegue a Dios no hubiese alguna oveja!” ([1603] 2017: 150). El autor también utiliza hipérboles: “la sangre que a mí me salió tornando bogando, si hubieran degollado un buey, era no pienso tanta” ([1603] 2017: 155). Al igual que Miguel de Castro y Alonso de Contreras, el soldado aragonés muestra habilidad en el uso de la ironía, pues de un predicador indica que “era bueno para confesor y no valía para mártir” ([1603] 2017: 166); respecto a uno que se hacía pasar por caballero castellano, afirma con sorna que “era hermano de quien tiró la jábega en la playa de Málaga, según dijeron los que los conocían” ([1603] 2017: 192); y sobre un castigo físico a mano de los turcos dice: “nos mandó a dar a todos los esclavos, porque estuviésemos alegres, a docientos palos por uno” ([1603] 2017: 181).⁴³⁸ En última instancia, Pope (1974: 139-140) considera que la autobiografía de Pasamonte cuenta con más recursos narrativos que otras obras anteriores, como la *Suma* de García de Paredes. La elaboración literaria que se inicia con la Vida del soldado aragonés seguiría con la obra del capitán Contreras y de Diego Duque de Estrada (Pope, 1974: 165).

⁴³⁸ Un análisis más detallado de los recursos literarios y al lenguaje empleados por el capitán Contreras en su autobiografía puede consultarse en Pope (1974: 136 y ss.).

La habilidad de los soldados para desplegar distintas estrategias narrativas no está reñida con la preferencia por un estilo llano. En general, los militares, ya desde la *Suma* de García de Paredes, optan por la sencillez y el laconismo, de modo que la narración avance a partir de escenas de acción y ágiles diálogos. En su análisis sobre la obra de Alonso de Contreras, Ettinghausen (1983: xliii) concluye que el tono sobrio y el estilo conciso que emplea el autor, alejándose de la extravagancia estilística de la época, está en función de pretensiones literarias muy concretas, pues el capitán “sabe pulir y perfilar su relato de acuerdo con las reacciones de sus oyentes” (1983: xlvi). La sencillez, como se ha demostrado anteriormente, es, además, una opción de estilo por la que se decantan la mayoría de autobiógrafos en los Siglos de Oro para huir de toda pretensión de vanagloria y demostrar su modestia, como también para afianzar la impostura de verdad en sus discursos de vida. Por ello, Alonso de Contreras, al igual que Teresa de Jesús, opta por escribir “sin retóricas ni discreterías, no más que el hecho de la verdad” ([1633] 1983: 169-170).⁴³⁹ Del mismo modo, Domingo de Toral y Valdés, Jerónimo de Pasamonte, Félix Nieto de Silva y Catalina de Erauso se decantan, en líneas generales, por el laconismo en sus discursos de Vida. En el caso del capitán Toral y Valdés, ese estilo austero se mantiene incluso en los pasajes más descriptivos, como la semblanza del general Rui Freire:

Era uno de los soldados más bien entendidos que había en la India; tenía larga noticia y experiencia en las cosas de aquellas partes. Quanto al gobierno, su razón era más política que cristiana. Muy sagaz y astuto, no daba orden a sus capitanes que no fuese con variedad de sentido en la significación de la orden, de suerte que al bien y al mal dejaba siempre una aldaba de que asirse. [...] Con su modo de gobierno le estimaba su gente, sus enemigos le temían. En la ocasión, tenía más de cruel que de piadoso. [...] Era enterísimo, solía decir que cualquiera virtud o licor, por precioso que fuese, echado en el vaso de la facilidad se corrumpía, y que no tenía lucimiento ninguno. [...] Era muy cortés; ningún soldado le había de hablar que no lo oyese en pie o le hiciese asentar. Decía que la cortesía era muy necesaria en la guerra, y lo que más valía y menos costaba. [...] No tenía por felicidad el cumplimiento de su palabra; en satisfacción de esto decía que menos daño había en no cumplir la palabra que en hacer cosa fea. No tenía ningún amigo íntimo, con todos tenía casi una misma igualdad; observaba esta orden por no tener ocasión de comunicar sus cosas más secretas a nadie. [...] Trabajaba con su propia persona muy poco, con el entendimiento muchísimo; y solía decir que el ejercicio corporal por sí era de poco provecho. No recibía presentes ni dádivas de nadie, aunque fuese muy poco; decía que cualquier cosa en un ánimo humano causaba desigualdad. Tenía por base y fundamento de sus cosas el desear acertar, y por uso de ellas obrar con consideración, y decía que era de más importancia que el pensar con prudencia. Era muy sentencioso en lo que

⁴³⁹ Para Ettinghausen (1990: 210), sin embargo, la sencillez en la obra de Alonso de Contreras deriva más de una ocurrencia innata y práctica que de aspiraciones literarias.

hablaba, y esto y mucho más que no me acuerdo hay de él: era su consejero, y con quien gastaba mucho tiempo, Cornelio Tácito ([1634] 2016: 162-164).

El autor, consciente de la extensión del retrato del general y de que este supone una digresión en el relato de los acontecimientos de su vida, justifica el excurso del siguiente modo:

He dicho de este General estos pocos renglones, porque de los que he conocido el tiempo que he servido al Rey, era el que tenía más enseñanza y daba más admiración en el modo de gobernar ([1634] 2016: 164).

A pesar de que, respecto a la Vida de Toral y Valdés, Pope (1974: 216) destaca la ausencia de imágenes o figuras que supongan un alarde de ingenio, lo cierto es que el autor se expresa con una prosa cuidada y controlada, en la que se observan sus conocimientos de la retórica del libro de viajes o del relato de acciones bélicas. Además, utiliza, por ejemplo, las cifras de pérdidas humanas en los desplazamientos y campañas militares con valor hiperbólico, como indica Steinbach (2016: 198). Al igual que sucede en el caso de Contreras, la austeridad responde a una elección de estilo del autor y no a la falta de habilidad como escritor.

La sencillez como premisa en las autobiografías de soldados también está presente en las Vidas de Miguel de Castro y de Diego Duque de Estrada, pese a los pasajes de estilo gongorino que los autores incluyen. En ambas obras se hace patente la tensión entre el deseo de ornamentar el discurso y la conciencia autobiográfica, esto es, la certeza de que al relato de la propia experiencia militar no le correspondería una prosa artificiosa. De este modo, como analiza Levisi (1988: 107), Miguel de Castro alterna dos registros en su autobiografía de manera consciente, como si los temas soldadescos requirieran de un estilo más sencillo y coloquial. En el caso de Diego Duque de Estrada, conviene recordar de nuevo su siguiente declaración de objetivos:

Excusado el estudiar estos mis *Comentarios* lo exquisito, culto y exagerativo, porque, como en sí es una verdad sincera, llana y sin inventiva, esmerándome en el lenguaje y adorno de la historia, mostraría más presto ser novelas de entretenimiento que historia verdadera; y así, he huido de lo histórico, fabuloso y poético, a pesar de mi inclinación ([1646] 1982: 180).

Esa “inclinación” por un estilo ornamental, sin embargo, se va imponiendo, de manera inevitable, a lo largo del relato, ya que la demostración de las habilidades poéticas de Diego

Duque de Estrada guarda una estrecha relación con su estrategia de construcción del Yo. Esto es, en base a su perfil de hombre de armas y letras el autor construye su identidad. No obstante, consciente de la deriva de su prosa, el soldado siente la necesidad de excusarse en los pasajes en los que considera que hay un exceso:

Repartióse la armada en esta forma, por donde el lector, que (aunque prometí al principio no ornar esta verdadera historia con argentado lenguaje ni valerme de lo exquisito, sino lisamente contar mis sucesos) no puedo dejar de pintar o discurrir la hermosura y variedad que se ve en una armada naval tal como ésta (Duque de Estrada, [1646] 1982: 236).

Este tipo de justificaciones son abundantes en la obra: “En suma, vi las iglesias, templos y reliquias de más consideración, que sería larga historia el referirlas” ([1646] 1982: 180); “sucedíendome diversos casos, que por no ser tedioso con tantas menudencias, dejo” ([1646] 1982: 300); “sería larga cosa el contarlo todo, pero deseo abreviar” ([1646] 1982: 320). Respecto a una ceremonia de canonización de santos en la que está presente, el autor apunta: “se ven infinitas veces y son prolijas de contar” ([1646] 1982: 279). Excusa también la omisión de la explicación de la toma de unos bajeles: “basta que se tomaron; pero creyendo que sería como el mío, poco más o menos, excuso la prolijidad de escribirlo” ([1646] 1982: 321-322). En relación con la venida del conde de Monterrey a Roma, explica: “Comió con el papa, cuya ceremonia excuso” ([1646] 1982: 279). La *brevitas* es un imperativo retórico que, como indica Pope (1974: 168), constituye un tópico en la autobiografía de los Siglos de Oro.⁴⁴⁰ Otros soldados también insisten en el mismo motivo. Así, en la obra de Catalina de Erauso se encuentran las siguientes advertencias: “Matolo, según se descubrió después, un fulano Carranza, por ciertos piques largos de contar” ([1625] 2002: 146); “sucedieronme entre tanto en la Corte algunas cosas que, por leves aquí omito” ([1625] 2002: 169). El capitán Alonso de Contreras también presenta justificaciones similares en algún momento: “Lo que hubo en el discurso de este viaje dejo, por no enfadar con más cosas de Levante” ([1633] 1983: 327).

La *brevitas* es una muestra más de la conciencia literaria de los soldados autobiógrafos, que se muestran capaces de seleccionar los materiales de su obra para evitar el *fastidium*

⁴⁴⁰ El motivo “por evitar prolijidad no las cuento”, como indica Navarro Durán (2003: 91), se encuentra también el *Lazarillo*, lo que demostraría la influencia de la Celestina en la prosa de Alfonso de Valdés.

lectoris. En ocasiones, sin embargo, estas advertencias funcionan también con valor hiperbólico o para enfatizar lo inefable de la experiencia de vida del autor, como se observa también en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Así ocurre cuando Duque de Estrada introduce la explicación de su amistad con Jerónimo Resti: “Si hubiese de contar todos mis sucesos, necesitaría de muchos libros y de otra tanta vida” ([1646] 1982: 215). El recurso también está presente en la Vida de Jerónimo de Pasamonte: “llegamos en Nápoles con salud y no con poco trabajo, que si hubiese de escribir las ocasiones que en el camino me dieron, sería un proceso” ([1603] 2017: 192); “y si tuviese de contar lo que me sucedió en Siena y en otras partes, sería cuento largo” ([1603] 2017: 200); “y si hubiese de contar la necesidad del camino y trabajo y poca caridad, sería muy largo” ([1603] 2017: 196); “este invierno estuvimos alojados en Calabria, y si hubiese de contar las varias cosas y sucesos, sería muy largo” ([1603] 2017: 233). Asimismo, Alonso de Contreras se sirve de la *brevitas* con la misma finalidad: “Embarqueme en Galeón de Oro y fuimos a Levante, donde hicimos tantas presas que es largo de contar” ([1633] 1983: 264-265). En última instancia, lejos de corresponderse con la ausencia de estilo o una prosa incorrecta, el “modo soldadesco” tiene como base la sencillez y el laconismo, a lo que hay que añadir otras particularidades vinculadas con el lenguaje empleado por los militares.

En lo que respecta al lenguaje en las Vidas de soldados, hay que destacar el uso de vocabulario y expresiones coloquiales, de préstamos de otras lenguas y de abundante léxico específico del ámbito marítimo y militar. Estos elementos confieren a los textos una gran espontaneidad, lo que no implica necesariamente, como indica Domínguez Flores (2007: 190) respecto al capitán Contreras, que haya improvisación o precipitación en la escritura. Véase, a modo de ejemplo, el siguiente pasaje de la Vida de Alonso de Contreras:

[...] el obispo me envió a decir que estaba descomulgado por el capítulo quisquis pariente del diablo. Yo le respondí que mirase lo que hacía, que yo no entendía el capítulo quisquis, ni era pariente del diablo, ni en mi generación le había; que mirase, que si me resolvía a estar descomulgado, que no estaba nadie seguro de mí sino en la quinta esfera, que para eso me había dado Dios diez dedos en las dos manos y ciento y cincuenta españoles ([1633] 1983: 174-175).

Debido a la naturalidad de la expresión, sobre todo en los diálogos y en los pasajes en estilo indirecto, Ettinghausen (1983: xlvi) apunta que el autor escribe como habla. También Levisi (1984: 142) destaca que la obra del capitán muestra un vaivén entre lo oral y lo

escrito que, para Ruiz (2004: 315), demostraría que la narración va precedida de formulaciones previas en boca del autor. Tales conclusiones son extensibles a otras autobiografías de soldados. Las reformulaciones orales de los relatos de vida habrían dado a los soldados la posibilidad de ir mejorando y ajustando la selección de los episodios, los mecanismos de expresión y el lenguaje, en función del interés del público.

En las autobiografías de soldados, al igual que ocurre en la obra de Alonso de Contreras, abundan las expresiones y el lenguaje popular o coloquial. Refranes y frases hechas están encaminados a dar expresividad al relato: “estaba más contento que una Pascua” (Contreras, [1633] 1983: 102); “vinieron por lana y fueron trasquiladas” (Castro, [1612] 2013: 93); “tomar la mano donde me daban el pie” (Castro, [1612] 2013: 273-274); “ponía siempre los pies sobre lana” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 101); “al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir” (Duque de Estrada, [1646] 1982:121); “no hay carne para tantos gatos”(Duque de Estrada, [1646] 1982:128); “*Vidi caelos apertos*, como San Esteban” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 306); “quedé tan gustoso, como aquel que se le había caído la sopa en la miel” (Nieto de Silva, [1690] 1888: 150); “en quince días ya mordíamos todos un piñón” (Nieto de Silva, [1690] 1888: 118). Este tipo de expresiones están especialmente presentes en la autobiografía de Jerónimo de Pasamonte: “de sangre y carne hay poco que fiar” ([1603] 2017: 147-148); “¡al freír de los güevos se verá quién es cada uno!” ([1603] 2017: 169); “¡Eya, Pedroso! Aquel es el viñadero y estas son las uvas” ([1603] 2017: 152); “torné a poner los pies en la pared” ([1603] 2017: 166); “Yo cerré de campaña y no quise que al barbero se diesen las armas”(Pasamonte, 169); “comenzaron a arrepentirse y a caer de su asno” (Pasamonte, 185); «como llevaba dinero, dice el refrán “los duelos con pan son buenos”» (Pasamonte, 200); “una piensa el bayo, y otra el que lo ensilla.” ([1603] 2017: 201); “en el asno de san Francisco” ([1603] 2017: 209); “A cabo de pocos días, yo descubrí que había caído de la sartén en las brasas” ([1603] 2017: 222); “cuanto más yo huía de la peste, daba más en lo empestado” ([1603] 2017: 229).

En las autobiografías de Miguel de Castro y de Diego Duque de Estrada, en ocasiones, este tipo de fórmulas coloquiales aparecen expresamente anunciadas por el autor como propias del habla popular: “como dicen, lo que a la noche se hace, de día se parece” (Castro, [1612] 2013: 110); “la necesidad bien se dice que es maestra de todas las artes”

(Castro, [1612] 2013: 174); “no dejando, como se dice comúnmente, roso ni velloso” (Duque de Estrada, [1646]: 164); “Hubo en ésta tantos dares y tomares, como dice la plebe” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 260); “se retiró a cencerros tapados, como se dice” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 426); “y como se dice vulgarmente: entendido, se come las manos tras ello” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 479). De este modo, ambos soldados no solo muestran una clara conciencia en el manejo de los registros lingüísticos, sino que también, de manera implícita, sitúan este tipo de expresiones como propias de los relatos de Vida de la soldadesca.

Los soldados van más allá del uso del lenguaje coloquial, llegando en ocasiones a introducir vocabulario y expresiones vulgares, escatológicas o mordaces. En su encuentro sexual con la viuda, Alonso de Contreras indica que “se dio una cuchillada sobre otra” ([1633] 1983: 191) y que, al día siguiente, estaba “harto de espiga” ([1633] 1983: 191). Asimismo, la cuadrilla del mismo capitán se dirige a un hostelero con las palabras: “trae aquí comida, bujarrón” ([1633] 1983: 17). Cuando es envenenado por un paje, el capitán dice que “reventaba pidiendo confesión y echando por arriba cuanto tenía, y por abajo tinta negra” ([1633] 1983: 130). Por su parte, Miguel de Castro, sube la escalera del palacio, pero, en el segundo descanso, “quedeme atrás un rato a orinar” ([1612] 2013: 128). Su amigo Antonio lo excusa así ante su amo: «“Señor, está proveyéndose” o “está meando”» ([1612] 2013: 176). Por Navidades, el soldado dice tener prevista “una cena o almuerzo que valía muy buenos dineros entre ciertos amigos y amigas, putos y putas” ([1612] 2013: 280). Al ser confundido con un hermano suyo por Mauricio de la Cueva, Diego Duque de Estrada responde: “Yo no lo sabía que mi madre era tan gran puta que había venido a empuñarse tan lejos; que yo la tenía por mujer de bien” ([1646] 1982: 181). En el proceso de recuperación de unas heridas en la cara, el soldado toledano indica que “fue menester más ungüentos y albayalde que para remendar un santo viejo de ermita de campaña” ([1646] 1982: 200). Félix Nieto de Silva, en el contexto de la batalla, describe la siguiente escena: “A Laso, que iba á mi mano derecha, le atravesaron las Antífonas” ([1690] 1888: 55). En última instancia, Catalina de Erauso se dirige del siguiente modo a unas mujeres que le preguntan a dónde se dirige: “señoras putas, a darles a ustedes cien pescozadas, y cien cuchilladas a quien las quiera defender” ([1625] 2002: 175). La entrada de lo escatológico y

de un registro vulgar, en conexión con las tradiciones celestinescas y de la novela picaresca, constituye un efectivo recurso especialmente en aquellos pasajes encaminados a demostrar la vertiente rufianesca de los militares.

El vocabulario en las *Vidas de soldados* está plagado de préstamos de otras lenguas, fruto de la vida itinerante de los autores y del contacto entre culturas. Jerónimo de Pasamonte muestra conocimientos de italiano en su autobiografía cuando recita unos versos del *Orlando* y un transeúnte alaba su dominio del idioma. A ello responde: “caro me costa” ([1603] 2017: 206). Más adelante, se dirige a unos hombres “dándoles voces en su lengua” ([1603] 2017: 234), esto es, en italiano. Además, muestra conocimientos de turco en distintos momentos durante su narración del cautiverio: «daban grandes voces al alcaide, diciendo en su lengua “¡Caide Hazán, caide Hazán, cahur cachar!”», que quiere decir: “¡Los cristianos se huyen!”» ([1603] 2017: 152); «Y luego comencé a gritar en turquesco: “Alahix! Alahix!”, que quiere decir: “¡Por amor de Dios sea!”» ([1603] 2017: 175-176); «Di a este cristiano que yo lo tengo por un xehec –que quiere decir “hombre de Dios”» ([1603] 2017: 176); «y dijeron: “¡Choc axaes taur, choc axaes taur!”», que quiere decir: “¡Buen viaje hagas, cristiano!”» ([1603] 2017: 176). Por su parte, Alonso de Contreras, además de dominar el italiano, indica que se viste de peregrino “a lo francés, que hablaba bien la lengua” ([1633] 1983: 123). Y da muestras de su comprensión del idioma:

Y visto que el Rey habló diciendo “No le a tue”, que quiere decir “No le matéis”, se arrojó segunda vez y le dio otra con que mató al más valiente Rey que ha habido de doscientos años a esta parte. Y prendieron a este hombre al que dieron infinitos tormentos para matarle, dándole cada día su género de tormento, y lo más que dijo siempre “Mon Dio de paradí”, que quiere decir “Dios mío del Paraíso” ([1633] 1983: 120).

El capitán tiene nociones de la lengua a nivel oral, pues desconoce las normas básicas de la ortografía francesa. Probablemente del mismo modo se defiende en portugués Félix Nieto de Silva, que logra confundirse entre las tropas lusitanas expresándose en la lengua del enemigo. Diego Duque de Estrada, en una reunión social se desenvuelve “en francés, italiano y español” ([1646] 1982: 335) e incluso canta en italiano. En esa lengua se permite, además, hacer juegos de palabras, pues indica que en la universidad se hace llamar Juan Bautista Perso Perora: «que en italiano se *escribe Giovanne Perso Perora*, y traducido en nuestra lengua dice: “Joven, vete, estás perdido por ahora”» ([1646] 1982: 334).

Ciertamente, la influencia del italiano está presente en el vocabulario de algunas autobiografías de soldados. Miguel de Castro emplea términos como “botafogos” ([1612] 2013: 90) o “bonaboya” ([1612] 2013: 81). En los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada también aparecen italianismos, como “zufa” ([1646] 1982: 377), “volúbil” ([1646] 1982: 464), “cupídita” ([1646] 1982: 465), “designo” ([1646] 1982: 487) o “esplendideza” ([1646] 1982: 518). Préstamos del mismo tipo se dan en la Vida del capitán Contreras. Así, el amo de una hostería en Palermo le dice a un compañero de Contreras que “mentía por la gola” ([1633] 1983: 17). En última instancia, el contacto con otras culturas queda plasmado no solo en la descripción de espacios, sino también en el vocabulario empleado por los soldados autobiógrafos.

En las Vidas de soldados también destaca la presencia de léxico técnico y expresiones del ámbito militar y marítimo. Como indica Levisi, (1984: 175), con ello los autores estarían ajustando el lenguaje a su profesión. De este modo, abunda el vocabulario relativo a la indumentaria, las armas y la artillería empleados en el ejército: “armado con mi coselete y pica, con el terrible frío hacía crujir mis guazamalletas” (Pasamonte, [1603] 2017: 146), “pavés” (Pasamonte, [1603] 2017: 155), “alabardas, y más de ducientas balas de esmeriles” (Pasamonte, [1603] 2017: 159), “serpentín”(Pasamonte, [1603] 2017: 238), “gurupera” (Nieto de Silva, [1690] 1888: 35), “pedrero” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 319), “rodela” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 320), “casamatas y bombarderas” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 483), “moyana” ([1612] 2013: 97; Contreras, [1633] 1983: 34), “morrión” (Castro, [1612] 2013: 97), “petardo” (Castro, [1612] 2013: 68; Contreras, [1633] 1983: 62), “escarcela del arnés” (Paredes de, [1533] 2006: 45), “almete” (Paredes de, [1533] 2006: 45), “alabarda” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 117), “alabardazo” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 117), “hornillo” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 122), “los cabos de las agujetas que llevo colgando de un coleteo” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 179), “batería de cuatro piezas, de a ocho y de a doce libras de bala” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 178), “jacerina” (Contreras, [1633] 1983: 90) y “coseletes” (Contreras, [1633] 1983: 87). Además, son múltiples las expresiones que describen acciones propias del contexto militar: “jugar de montante” (Pasamonte [1603] 2017: 159-160); “llevar faginas a las baterías” (Nieto de Silva, [1690] 1888: 35); “Encarando las tercerolas” (Castro, [1612] 2013: 61);

“dioles una ruciada” (Castro, [1612] 2013: 75); “púsose mosquetería emboscada” (Castro, [1612] 2013: 70); “le disparó una media de culebrina” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 244); “nos arcabucearon a cureña rasa” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 270); “tomar lengua” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 471; Contreras, [1633] 1983: 125); “surtidas y encamisadas” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 515); “compañías que escaramuzaban tres a tres” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 118), “haciendo fajina y cestones” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 170), “un fuerte de cuatro medios baluartes” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 164); y “fila de la manguardia” (Nieto de Silva, [1690] 1888: 60).

En lo que respecta al vocabulario y las expresiones del ámbito marítimo, destacan los nombres de diferentes tipos de embarcaciones: “saetía” (Pasamonte, [1603] 2017: 150), “cabria” (Pasamonte, [1603] 2017: 159), “galera cinco a cinco” (Pasamonte, [1603] 2017: 163), “caramuzal” (Pasamonte, [1603] 2017: 173; Castro, [1612] 2013: 69), “perma” (Pasamonte, [1603] 2017: 187), “fragata” (Pasamonte, [1603] 2017: 189), “carraca” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 246), “tartanas y polacas” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 510), “polacres de remolco” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 512) y “patache” (Erauso, [1690] 1888: 166; Contreras, [1633] 1983: 188); Duque de Estrada, [1646] 1982: 510). También hay abundantes referencias a elementos que forman parte de la embarcación: “gúmenas y palamaras” (Pasamonte, [1603] 2017: 151), “boza” (Pasamonte, [1603] 2017: 152), “crujía” (Pasamonte, [1603] 2017: 153; Castro, [1612] 2013: 95; Contreras, [1633] 1983: 51), “arrumbadas” (Pasamonte, [1603] 2017: 158; Castro, [1612] 2013: 97), “remiche” (Pasamonte, [1603] 2017: 160), “buña” (Pasamonte, [1603] 2017: 160), “estanterol” (Pasamonte, [1603] 2017: 162), “branca” (Pasamonte, [1603] 2017: 170), “árboles” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 246; Contreras, [1633] 1983: 52), “jareta” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 265), “jarcias” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 265), “timonera” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 483), “flámulas y gallardetes” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 513) “jérciame” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 513) “árbol trinquete” (Castro, [1612] 2013: 68; Contreras, [1633] 1983: 27), “palamenta” (Castro, [1612] 2013: 92), “gavia” (Castro, [1612] 2013: 92), “filarete” (Castro, [1612] 2013: 95; Contreras, [1633] 1983: 51), “esquife” (Castro, [1612] 2013: 98), “pavesadas” (Castro, [1612] 2013: 90), “velamen y jarcias” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 143), “ampolletas”

(Contreras, [1633] 1983: 51), “la forqueta de desarbolar” (Contreras, [1633] 1983: 52) y “bancadas” (Contreras, [1633] 1983: 52). En última instancia, los soldados utilizan verbos y expresiones propias del arte de marear: “me abracé con el espolón hasta que salimos al largo” (Pasamonte, [1603] 2017: 153); “yo torné el bogavante y él puso el estropo” (Pasamonte, [1603] 2017: 153); “Púsose un poniente lebeche en popa” (Pasamonte, [1603] 2017: 154); “frenillaron los remos” (Pasamonte, [1603] 2017: 154); “venir de largo” (Pasamonte, [1603] 2017: 154); “hacer el agua” (Pasamonte, [1603] 2017: 157); “despalmó” (Pasamonte, [1603] 2017: 177; Contreras, [1633] 1983: 29); “nos engolfamos” (Pasamonte, [1603] 2017: 177; Contreras, [1633] 1983: 53); “Púseme a boga arrancada muy presto seis millas de la isla o escollo” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 222); “confundiéndose galeras con galeones, unas por ciar y otras por dar el bordo” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 245-246); “corrían borrasca” (Duque de Estrada, [1646] 1982: 514; Castro, [1612] 2013: 96); “orzando” (Castro, [1612] 2013: 69; Duque de Estrada, [1646] 1982: 245); “hízose leña y aguada” (Castro, [1612] 2013: 70); “mareasen las velas” (Toral y Valdés, [1634] 2016: 144); “mandé hacer el caro a las velas y enjuncarla[s]” (Contreras, [1633] 1983: 298); “corsear” (Contreras, [1633] 1983: 301); “a refrescar la aguada” (Contreras, [1633] 1983: 301).

La presencia de vocabulario técnico militar indicaría que la escritura está destinada a un lector conocedor del universo de la milicia, como sugiere Steinbach (2016: 183. Sin embargo, es preciso señalar que en algunos momentos los soldados se esfuerzan por hacer accesible el significado de ciertos términos. Así, por ejemplo, Domingo de Toral y Valdés, tras mencionar el “leme” de la embarcación, puntualiza: “es el madero que gobierna el timón” ([1634] 2016: 143). Por su parte, Alonso de Contreras describe la “palamara”: “es un cabo que quería darme la galera para tenerme atado” ([1633] 1983: 51). La cultura de la guerra, además, impregna la sociedad de los Siglos de Oro, por lo que, con toda probabilidad, el público no especializado pudiera tener conocimientos de gran parte de ese léxico.

En suma, en ausencia de una preceptiva para la autobiografía que pudiera establecer unas directrices formales a seguir, la prosa de los soldados fluye de manera dispar, en función de la formación y de los referentes literarios y culturales de cada uno de los

autores. No obstante, en líneas generales, los soldados demuestran en sus obras voluntad y conciencia literaria, pues hacen uso de figuras retóricas y despliegan una serie de estrategias narrativas encaminadas a embellecer o dar mayor expresividad al relato de su vida. La mayoría, al igual que otros autobiógrafos de los Siglos de Oro, apuesta por un estilo sencillo y por el laconismo. El “modo soldadesco”, además, lejos de fundamentarse en un estilo incorrecto o en defectos de forma, se caracterizaría por el uso de refranes y expresiones coloquiales, por la inclusión de préstamos de otras lenguas, así como también por la presencia de abundante léxico y expresiones relativos al ámbito militar y marítimo.

5.9 Objetivos y difusión de las Vidas de soldados

La escritura de Vidas de soldados en los Siglos de Oro empieza con la autobiografía de Diego García de Paredes, escrita en 1533, y finaliza en 1690 con la obra del marqués de Tenebrón. La mayoría de textos se redactan en la primera mitad del siglo XVII, momento en que la autobiografía está en auge y constituye una innovadora apuesta de la prosa moderna en lengua española. Los motivos que impulsan el acto autobiográfico de los soldados son distintos en función de la trayectoria vital y de la personalidad de cada autor. Aun así, la proliferación de este tipo de textos en pocos años indica la existencia de un contexto que favorecería el acto autobiográfico entre la soldadesca. Para Levisi (1988: 237), los militares habrían escrito sus Vidas con un objetivo práctico y para un público reducido.⁴⁴¹ No habría, por lo tanto, ni deseo de difusión, ni un sentido estético en la concepción autobiográfica de los autores (Levisi, 1984: 115). Por ello, solo los soldados de rango bajo habrían escrito sus vidas y, además, los textos se centrarían especialmente en el relato de acción (Levisi, 1984: 237-238). Esta perspectiva presenta, como advierte Cassol (2000a: 126), una visión rígida del contexto de producción de los textos. Las Vidas del capitán Domingo de Toral y Valdés, del capitán Alonso de Contreras, de la Monja Alférez,

⁴⁴¹ La posición de Levisi es, en general, refrendada por la crítica. De este modo, Castillo Gómez (2004: 29), Dabaco (2005: 49) y Aladro (2014: 160) también consideran que las Vidas están orientadas a exponer los méritos de los autores, a modo de hoja de servicios. Por su parte, Sáez (2018: 175), aunque sostiene que el acto autobiográfico de los soldados está motivado por objetivos mundanos, reconoce que también pudiera existir un interés por ofrecer una determinada imagen pública del autor. Finalmente, Sendón (2017: 400), pese a poner el acento en el móvil económico de los autores, admite que estos escriben para que su obra sea leída por un público. De otra manera, los soldados se habrían limitado a escribir simplemente un memorial de servicios (Sendón, 2017: 412).

del marqués de Tenebrón y de Diego Duque de Estrada demuestran que no únicamente los soldados de bajo rango escriben autobiografías. Los autores, además, como se ha mostrado con anterioridad, sí muestran cierta voluntad y conciencia literaria en la construcción de su prosa, por lo que los textos estarían concebidos más allá de una pretensión puramente pragmática que los identificaría con el memorial de servicios. De igual modo, las reformulaciones orales previas del discurso de vida de los autores, así como también la edición de algunos de los textos, pondrían en duda que las obras hubieran sido concebidas únicamente para su lectura en el ámbito semiprivado.

El primer soldado que escribe su autobiografía, Diego García de Paredes, lo hace en el lecho de muerte, por lo que habría que descartar un objetivo económico o la búsqueda de un ascenso profesional en su obra. García de Paredes logra los máximos honores en su carrera militar, pues llega a ser coronel. Además, cuenta con el reconocimiento social –ya que se convierte en una auténtica leyenda en la sociedad de los Siglos de Oro–, así como también con el favor real, pues desde 1529 forma parte del séquito de Carlos V, en cuya coronación está presente. Incluso recibe el honor de añadir a su escudo de armas el águila bicéfala, símbolo del imperio. Según Cassol (2000b: 162, 168), García de Paredes no tendría intención de publicar su obra y esta únicamente estaría destinada a nutrir el árbol genealógico de sus descendientes. Es lo que se infiere de los objetivos explícitos que el autor expone al final de la obra:

¡Sea Dios loado, pues nos libró! Vinimos a Bolonia, donde, siendo Dios servido, dio fin a mis días. Dejo estas cosas a Sancho de Paredes, por espejo en que haga sus obras conforme con estas, en servicio de Dios ([1533] 2006: 48).

El autor enmarca el discurso de su vida en la tradición de los espejos de príncipes y de las biografías caballerescas, a pesar de la selección de episodios no directamente relacionados con su desempeño profesional y de la inclusión de pendencias en las que destaca el uso de la violencia. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la crueldad o el carácter implacable del guerrero podrían no estar vistos de manera negativa en los Siglos de Oro, pero también que el texto de García de Paredes está sujeto a interpolaciones y reelaboraciones por parte de los editores. El fragmento, que se encuentra al final de la obra, no necesariamente tendría que haber sido escrito por el autor. Félix Nieto de Silva, que también escribe al final

de sus días, aporta una declaración de objetivos similar a la de García de Paredes, si bien añade un móvil religioso. En el prólogo a su obra, declara lo siguiente:

No pudiendo constar por instrumentos ni testigos las repetidas misericordias que, aunque indigno, he debido á la piadosa protección y amparo de NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA, que ha sido toda mi devoción desde que me conozco, me ha parecido declararlas por este papel [...] pues de referirlos fío en Dios cumplo con mi conciencia y obligación, y que mis hijos viendo con la generosa mano que nuestra Señora de la Peña de Francia me ha amparado, le serán muy devotos; y así se lo mando expresamente, por lo mucho que les debo desear sus aciertos [...] pues con eso espero de su misericordia los hará buenos caballeros y á mis hijas buenas señoras, cumpliendo exactamente con las obligaciones de cristianos y nobles [...] y así empezaré desde mi niñez hasta hoy, que si Dios me diere vida para acabar el papel, le pondré la fecha y le firmaré.

Y así empiezo á hacer mi declaración en el nombre de Dios y de nuestra Señora, á quien pido humildemente no me toque vanidad ni complacencia humana, porque mi ánimo es escribir la verdad, para el bien de mi alma y las de mis hijos, que ruego a Dios conserve en toda perfección ([1690] 1888: 1-2).

La ejemplaridad y la verdad le permiten justificar su autobiografía, por lo que su escritura no correría el riesgo de ser considerada como producto de la “vanidad ni complacencia humana”. La finalidad didáctica se inserta en la tradición cortesana de la enseñanza de buenas costumbres, esto es, las “obligaciones de cristianos y nobles”. A lo largo del texto, el autor irá reiterando los mismos objetivos: “pongo esto aquí, para que mis hijos escarmienten y no incurran en esta miseria que yo por mi debilidad incurri” ([1690] 1888: 9); “y sólo escribo esto para confusión mía y escarmiento de mis hijos” ([1690] 1888: 9); “y refiero esto no sólo porque se vea lo que me favoreció nuestra Señora [...] sino es también porque si oyeren contar este cuento mis hijos, sepan fué verdad ([1690] 1888: 97); “no debo omitir esto por dos razones: la primera porque se alabe á Dios y su bendita Madre lo que me favorecieron, y la segunda porque si mis hijos tuviesen el trabajo de gobernar en tales años, tomen alguna luz de lo que deben hacer” ([1690] 1888: 142). Al narrar sus hazañas y presentarse como modelo de comportamiento para sus hijos, el marqués de Tenebrón está, de alguna manera, ennobleciendo su linaje. Sin embargo, en el texto se advierte cierta autocomplacencia en la presentación de su acción individual, al tiempo que parece alejarse de los objetivos declarados de forma explícita al insistir en la denuncia de los obstáculos para medrar o mejorar su estado en el seno del ejército. Por su carácter apologético, además de los objetivos explícitos, la escritura de Félix Nieto de Silva estaría motivada por una

necesidad de “saciar su vanidoso orgullo” (Sánchez Martín, 2015: 231), esto es, de lograr un cierto reconocimiento público.

En su autobiografía, al igual que el marqués de Tenebrón, Jerónimo de Pasamonte también se acoge al móvil didáctico-religioso para justificar la redacción de la obra. No obstante, esta perspectiva se adopta posteriormente, en la segunda redacción del texto, pues en el relato inicial del cautiverio, que tiene un tono distinto al del resto de la Vida, no hay alusiones a los objetivos del autor.⁴⁴² Como indica Levisi (1984: 73), el soldado aragonés, al reestablecerse en Nápoles, habría retomado esas escrituras anteriores y les habría dado continuidad. El mismo autor menciona la existencia de ese prototexto, cuando narra la entrega a Francisco Idiáquez de un memorial: “que eran todos los trabajos que atrás están escritos, con las jornadas y una fe del señor don García de Toledo, autenticado y probado todo” ([1603] 2017: 205). Vuelve a referirse a ellos al relatar su estancia en Calatayud y en Maluenda, donde el caballero Miguel Pedro, quien también había leído “los muchos trabajos que vio en mis papeles que yo había pasado en Turquía” ([1603] 2017: 210), se muestra generoso con él. Por lo tanto, los capítulos que conforman la base de la obra se habrían redactado con un móvil pragmático. Posteriormente, esas pretensiones se habrían ido matizando o envolviendo de un propósito didáctico-religioso, al incluir las dedicatorias que encabezan el texto y continuas reiteraciones explícitas encaminadas a reforzar ese objetivo en la segunda parte. En la dedicatoria al padre Jerónimo Javierre, Pasamonte plantea lo siguiente:

Y así suplico humildemente, por las llagas del Hijo de Dios, se dé remedio a tantos años como hay entre católicos, y sólo por esto he escrito toda mi vida y mi intención, sin pretender ni haber ninguna vanagloria. Porque antes que escribiese estas epístolas, fue acusado por libro de herejías en el arzobispado de Nápoles, de malsines, y le tuvieron más de cuatro meses; y me le volvieron y me daban licencia si lo quería imprimir. Pero yo no he pretendido ni pretendo tal, sino encaminarlo a vuestra paternidad reverendísima para el remedio. Y miren, como personas de alto entendimiento

⁴⁴² Levisi (1984: 34 y ss.) ya advierte que la autobiografía de Pasamonte contiene, en realidad, dos relatos de vida diferenciados. En la misma línea, Cassol (2000a: 109) plantea que, a partir del capítulo 53, hay una nueva dirección en la tesis de la obra y el autor pasa a hablar de la necesidad de prevenir contra los malos espíritus. Para Martín Jiménez (2017: 22), existen dos fases de redacción de la obra. La primera parte, que comprende hasta el capítulo 38, habría surgido como un memorial de servicios destinado al Rey, mientras que la segunda, del capítulo 39 al 59, tendría como destinatarios a los padres Jerónimo Javierre y Bartolomé Pérez de Nueros, a quienes dedica el texto. De ahí el cambio de objetivos de la obra.

que da Jesucristo gracias a su Padre omnipotente, que hay cosas escondidas de sabios prudentes y las saben los niños ([1603] 2017: 133-134).

El propósito declarado por el autor, al igual que sucede en el caso del marqués de Tenebrón, permite justificar el acto autobiográfico, alejando toda pretensión de vanagloria. Ello viene intensificado por el aviso de que el texto está concebido para su lectura en el ámbito privado, si bien, en última instancia, la obra quedará preparada para su edición. Al mismo tiempo, con el posicionamiento religioso, Pasamonte logra alejar posibles sospechas de apostasía por su posición de excautivo que ha sobrevivido dieciocho años entre turcos (Pope, 1974: 127). Más allá del móvil económico inicial y del pretexto didáctico-religioso, en la segunda parte asoma también una imperiosa necesidad de defenderse ante las asechanzas y amenazas del entorno familiar. Por ello, incluye una memoria de agravios al final del texto, con la siguiente petición:

Yo no pido justicia, sino misericordia, y es que, pues viven tan mal y buscan de perder a tantos, y serán causa que yo haga algún homicidio (porque con malos consejos amonestan a mi mujer que antes haga por su madre que por mí), y mi casa y hijos se perderán, que le mandasen al mal Trigueros se fuese con toda su casa a un presidio de Puglia y allí se le pague su intretimiento, que por ventura allá no tendrán la comodidad que hay en este abiso de Nápoles. Y es servicio de Dios, pues yo vivo bien y soy conocido y sustento honra, sea favorecido, pues los muchos y honrosos servicios y trabajos en servicio de mi Rey lo merecen, y certifico se hará gran servicio a Dios y se excusarán muchos daños ([1603] 2017: 254-255).

El propósito didáctico-religioso está sujeto a la defensa o justificación personal del autor, quien desea restituir su imagen pública, quizá con el fin de solicitar algún tipo de compensación o favor por sus servicios prestados.⁴⁴³ En última instancia, la función ejemplarizante de *vitia et virtutes*, a la que se acogen Diego García de Paredes, el marqués de Tenebrón y Jerónimo de Pasamonte, es un lugar común que, según Cabrera de Córdoba y Vives, da sentido a las Vidas de personajes ilustres. Al destinar el texto a su descendencia —o, en el caso de Pasamonte, a los padres Javierre y Pérez de Nueros—, los autores circunscriben la obra, al menos en un plano teórico, al ámbito privado. Ejemplaridad y

⁴⁴³ Para Pope (1974: 126), el texto de Pasamonte está encaminado a obtener el favor económico de la Iglesia. Levisi (1984: 78), sin embargo, considera que los objetivos de la obras, en especial teniendo en cuenta la segunda parte, no pueden reducirse a un móvil únicamente económico. Para la autora, Pasamonte estaría guiado por el convencimiento sincero de los efectos de la oración. El objetivo último sería “pacificar las propias angustias y obtener una forma de control sobre sus enemigos que se extiende a la eternidad” (Levisi, 1984: 81).

privacidad les permiten justificar un acto autobiográfico que, como se ha comprobado, puede resultar controvertido en los Siglos de Oro.

En las Vidas de Alonso de Contreras, Domingo de Toral y Valdés, Miguel de Castro y Catalina de Erauso, en cambio, no hay declaraciones de intenciones explícitas, por lo que, como indica Cassol (2000a: 175), no se puede concluir de manera tajante que a estos autores los mueva un objetivo económico o práctico, más que la voluntad de dar una vuelta sobre sí mismos. Pese a ello, Pope (1974: 210- 211) considera que Toral y Valdés escribe para protestar por el mísero premio tras sus trabajos y servicios. Del mismo modo, respecto a los objetivos en la obra de Miguel de Castro, Levisi mantiene que el autor, a pesar de su conversión religiosa, no habría abandonado el deseo de medrar, lo que explicaría las continuas muestras de arrepentimiento por los excesos del pasado (Levisi, 1984: 195-196). La autobiografía, por lo tanto, podría haber sido escrita en el contexto de esa voluntad de enmienda ante algún poderoso que le ofreciera una oportunidad de mejora (Levisi, 1984: 198-200). Tal perspectiva es revisada tanto por Cabo Aseguinolaza (1992: 588), como por Irigoyen-García (2008: 24-25), para quienes la selección de episodios picarescos o rufianescos de Miguel de Castro no guardaría coherencia con ese objetivo pragmático.

En el caso de Alonso de Contreras, la situación es similar a la de Miguel de Castro. Jacobs (1975: 28) considera que el autor escribe su Vida con la finalidad de recuperar el favor de los condes de Monterrey, ante los que ha caído en desgracia. De ahí que el relato tome un tono autolaudatorio en algunos pasajes (Jacobs, 1975: 441). Para tal fin, el capitán habría seleccionado aquellos episodios en los que aparece como un sirviente fiel y un buen soldado merecedor de ascensos (Jacobs, 1975: 481). También Pope (1974: 165) y Ruiz (2004: 315) señalan un objetivo práctico en la obra de Contreras. Esta visión es matizada posteriormente por Levisi (1984: 137) al poner de relieve que, en 1630, momento de la primera redacción del texto, el capitán aún goza de la protección de su superior y, habiendo recibido el título de caballero de la Orden de Malta, se encuentra en una buena posición. El grueso de la autobiografía se habría escrito en unos días sin actividad, a modo de entretenimiento para los condes o para alguna otra personalidad (Levisi, 1984: 137). Respecto a la redacción de 1633, de acuerdo con Levisi (1984: 139) y Ettinghausen (1983: xi), el acto autobiográfico se debería probablemente a un deseo de reconciliarse con los

condes, lo que explica la inclusión del panegírico en la parte final. Este concluye con las siguientes palabras:

En suma, señor lector, no le parezca pasión lo que he dicho, porque he quedado muy corto; y juro a Dios y a esta cruz que cuando escribo esto, que son 4 de febrero 1633, me hallo en Palermo y en desgracia del conde mi señor, que adelante lo verán el cómo y porqué. Pero, con todo, estimo ser su criado, aunque en desgracia, más que criado de otro en gracia, porque jamás seré ingrato a las mercedes recibidas en su casa y pan comido ([1633] 1983: 185).

No habría que excluir, sin embargo, que, además de escribir para demostrar sus méritos personales como militar, Alonso de Contreras deseara también entretener a un público más allá de un reducido grupo de nobles. Como observa Levisi (1984: 131-132), el capitán parece ser consciente del interés que pudiera suscitar el relato de su vida. A ello probablemente habría ayudado su relación con Lope de Vega y la obra inspirada en él, *El rey sin reino*. El deseo de ajustarse a los gustos de un posible público explica la inclusión de anécdotas en las que el carácter rufianesco del capitán queda patente; la entrada de lo vulgar y escatológico en el texto; o las descripciones exóticas, siguiendo la retórica del libro de viajes. Según Ruiz (2004: 316), en la redacción de la autobiografía del capitán Contreras, se aprecia una clara conciencia novelesca. En la misma línea, independientemente de otros fines pragmáticos, las obras de Domingo de Toral y Valdés, Miguel de Castro o Diego Duque de Estrada incluyen elementos encaminados a atraer la curiosidad o entretener al lector del momento. Como fuere, lo que parece indudable es que los soldados de principios del siglo XVII, como señala Cassol (2000a: 58), ya no se conforman con el memorial de servicios y desean expresar su personalidad por medio de la literatura, como demuestra también de forma clara el prólogo autobiográfico de Diego Suárez.

El deseo de hacer literatura de la propia vida se expresa de forma explícita en la autobiografía de Diego Duque de Estrada. Al igual que sucede en el caso de García de Paredes y Félix Nieto de Silva, la biografía le sirve como pretexto para el acto autobiográfico. El pretendido hallazgo de los papeles sobre su nacimiento e infancia, escritos por su padre y su tutor, se presenta como el motivo para que el autor inicie el relato de su vida:

Éstos me dieron curiosidad de buscar más, que lo he hecho con cuidado, aunque en edad tan tierna. Hallé, pues, entre otros, el de mi nacimiento y acciones de mi niñez, de infancia y puericia, hasta aquel año, escrito de mi difunto padre y añadido de mi curador por comisión suya. Y juzgando tener misterio esta curiosidad, me la dio de pasar adelante, como lo he hecho hasta hoy, veinticinco años de mi edad y mil seiscientos y catorce de nuestra Redención, que cuando no tuviera la sangre y valor de mis antepasados, esto me fuera estímulo para emprender cosas memorables, que pudiera escribir vanagloria, si jactanciosa, honrada y no tediosa al lector, pues voy describiendo lo sucedido en mi tiempo, en cualquiera parte que me hallo, aunque sucintamente ([1646] 1982: 77).

Es evidente que, a pesar de ese inicio en clave biográfica, la obra está lejos de quedar circunscrita al ámbito privado de las memorias familiares. Como indica Cassol (2000a: 195), el autor simplemente hace uso de un tópico ya presente en la *Suma* de Diego García de Paredes y en la biografía caballeresca. En el fragmento ya se anuncia la premisa de entretenimiento, esto es, el imperativo de presentar al lector una narración “no tediosa”, como criterio para la selección de episodios. Así, a lo largo del texto, el deleite del público justifica los momentos en los que el autor se desvía del relato de su vida: “el caso fue notable y, aunque sucinto, le pongo aquí por variar algo en la historia” ([1646] 1982: 290); “y por haber sido el cuento más celebrado que ha habido en Palermo, le pongo aquí, con las mismas palabras y modo con que sucedió, siendo después muy reído de todos” ([1646] 1982: 312); “y por ser gracioso le pongo aquí”([1646] 1982: 276); “la primera vez que yo entré se hizo una comedia de repente, que así por detenerme en escribir desdichas como por ser graciosa, la contaré” ([1646] 1982: 195). Para Pope (1974: 185), Duque de Estrada se aparta del tema principal cuando desea incluir “la variedad, lo notable, lo raro”, pero también lo hace para incorporar anécdotas encaminadas a divertir al lector. Por ello, en la obra se encuentran digresiones tan pintorescas como la receta de un remedio para aliviar los músculos tras el tormento:

[...] por si acaso (lo que Dios no permita sucediere a alguno) pongo aquí su receta para poder curarse: grasa de hombre, unto de culebra, de oso, de león, de víbora, de ranas, igualmente deshecho a fuego lento con aceite de almendras dulces, de pericón, de manzanilla, rosado y bálsamo de Oriente ([1646] 1982: 131).

Hay una evidente voluntad de mover a risa en esta parodia que remite a los bálsamos de la novela de caballerías. Con el mismo fin, incluye episodios en los que presenta una visión incluso ridícula de sí mismo, como sucede cuando queda atascado en una gatera intentando huir de prisión:

[...] quedé atancado, sin poder salir atrás ni adelante. Sería larga la historia de contar, aunque ridícula, las imaginaciones mías en aquellos trances, pues me imaginaba como un ratón cogido en trampa, y cuánto peligro me corría, que había de ser paso de entremés el verme en cueros si me cogían medio dentro y medio fuera. Determinéme a desmembrarme o salir, y bajando el hombro cuanto pude, tornando a recoger el aliento, el vientre al estómago, aunque desollándome, salí crujiéndome todos los huesos, y aferrándome a los corredores con las manos pasé todo el cuero y me puse en ellos. ¡Cosa increíble! Que, en efecto, era una entrada y salida de gatos redonda y que después los jueces no creyeron el haber salido por allí hombre humano sin deshacerse todo ([1646] 1982: 151).

Escenas como esta demostrarían, como sugiere Ettinghausen (1982: 18), que la obra de Duque de Estrada se presenta, en algunos momentos, como una parodia de autobiografía heroica. Aunque el grueso del texto pudiera haber sido escrito con un objetivo práctico, como apuntaría la dedicatoria al marqués de las Navas (Cassol, 2000a: 169-179), el acto autobiográfico del soldado toledano está marcado por el deseo de que su obra sea leída (2004: 47). En consecuencia, el texto termina por resultar una suerte de floresta de aventuras (Cassol, 2004: 42-43).⁴⁴⁴ La propuesta de Diego Duque de Estrada, como concluye Cassol (2004: 50-51), supone un avance en el tratamiento del punto de vista autobiográfico dentro de un sistema literario que aún no ha integrado el género. De acuerdo con el crítico, revistiendo su autobiografía en los moldes literarios reconocidos por el lector del momento, el autor habría encontrado la manera de autorizar su propuesta y, tal vez, de que esta pudiera llegar a un público más amplio.

La proliferación de autobiografías de soldados en los Siglos de Oro avalaría la difusión y éxito del subgénero, pese a ese pretendido carácter privado de los textos. Levisi (1984: 235) indica que, debido a que las obras no se publican en el momento, habría que descartar un posible influjo recíproco entre los autores. Sin embargo, hay que tener en consideración la vigencia del manuscrito en la transmisión de la literatura áurea, como demuestran Chevalier (1976) y Bouza Álvarez (1997). Además, la *Suma* de Diego García de Paredes se edita a finales del siglo XVI: en Sevilla en 1580 y 1582 y, en Alcalá de Henares, en 1584. La popularidad que alcanza la obra queda demostrada por las alusiones que aparecen en el *Quijote*. Esta autobiografía, como se ha argumentado con anterioridad, podría haber servido

⁴⁴⁴ Cassol (2004: 42-43, 50), al igual que Ettinghausen, considera los *Comentarios* de Duque de Estrada como una parodia de géneros literarios del momento. Por ello, la obra constituiría una auténtica “memoria de escritura [...] reflejo y refundición en forma escrita” (2004: 42) de otras formas literarias. Para una aproximación más detallada a esta perspectiva sobre la obra, ver el análisis de Cassol (2004).

de modelo para otros soldados que, por distintas razones, deciden escribir el relato de su vida. Pero no únicamente la autobiografía de García de Paredes ve la luz en la época. También podría haberse editado la Vida de Catalina de Erauso, otro personaje popular en los Siglos de Oro.⁴⁴⁵ Asimismo, la autobiografía de Jerónimo de Pasamonte queda preparada para su impresión a principios del siglo XVII. A pesar de que finalmente no verá la luz, sin duda la obra goza de una cierta difusión, probablemente en forma manuscrita, tal y como demuestra la mención al texto que aparece en el *Quijote*. Martín Jiménez (2015: 21 y ss.) plantea que la primera parte de la Vida de Jerónimo de Pasamonte habría circulado por Valladolid y por Madrid los primeros años del siglo XVII.⁴⁴⁶ En última instancia, como advierte Cassol (2000a: 154), la inclusión de algunos fragmentos de la obra de Domingo de Toral y Valdés en cinco manuscritos de misceláneas, que se conservan en la Biblioteca Nacional, demostraría la difusión del texto, aunque fuera en un círculo reducido.

La edición de ciertas Vidas de soldados o la posible circulación en forma manuscrita de algunos textos no son los únicos factores a tener en cuenta en relación con la formación y difusión del género en las primeras décadas del siglo XVII. La subcultura de la soldadesca, como se ha argumentado con anterioridad, constituye un espacio interestamental de saberes compartidos, en el que, como apuntan Cassol (2000: 34) y Castillo Gómez (2004: 37), los soldados intercambian sus papeles, memoriales o experiencias. En tal contexto, el discurso oral en espacios públicos juega un papel determinante en la gestación de los relatos de vida y, por consiguiente, en la construcción e impulso del subgénero. Las particularidades estilísticas de las Vidas de soldados demuestran que, en la mayoría de los textos, subyacen formulaciones orales previas, como ya apuntan Molino (1980: 135-136) y Levisi (1984: 73) en el caso de Jerónimo de Pasamonte. El mismo soldado, cuando narra uno de sus intentos

⁴⁴⁵ Bernardino de Guzmán recibe el manuscrito original de la Monja Alférez en 1625 para su edición. Se desconoce si la obra se llega a editar en el momento, pues no se conservan ejemplares que lo demuestren. En la época sí se publican y difunden en España dos relaciones de 1625 sobre Catalina de Erauso, cuyo contenido presenta semejanzas con el discurso de vida de la autora. Eso indicaría una interdependencia entre la autobiografía y las relaciones.

⁴⁴⁶ En la biblioteca de Hernando de Cangas, amigo de Cervantes que se dedica al sector del libro, consta un manuscrito, descrito por su beneficiario Juan de Montoya como “un libro de mano que tiene por principio Pasamonte”. Pasamonte habría hecho correr por Madrid la primera parte de su obra cuando va a la ciudad por primera vez. Una vez terminada la autobiografía, la habría enviado al padre Jerónimo Javierre, que en 1604 se encuentra en Valladolid. De ese modo, el texto completo habría circulado primero por Valladolid y después por Madrid. Para más detalles, ver Martín Jiménez (2015).

de fuga frustrados, destaca que, después, su compañero Pedroso “lo contaba a muchos” (Pasamonte, [1603] 2017: 152). También el relato compartido por Miguel de Castro y Alonso de Contreras de la batalla de la Mahometa (1605), en la que muere el Adelantado, demuestra cómo el discurso de los soldados vive y es compartido en la oralidad.

En cuanto a los lugares de intercambio de experiencias soldadescas, hay que referirse nuevamente al “mentidero” de soldados.⁴⁴⁷ Por allí, se deja caer Alonso de Contreras, desengañado por los entresijos de la Corte, antes de tomar el hábito de ermitaño. El Mellado, veterano que aparece en *El Buscón*, describe así la suerte de los soldados que acuden a la Corte en busca de una compensación y terminan en las gradas de San Felipe:

[...]Y en llegando a ese lugarcito del diablo, los remiten a la sopa y al coche de los pobres en San Felipe, donde cada día, en corrillos, se hace Consejo de Estado y guerra en pie y desabrugada. Y en vida nos hacen soldados en pena por los cimenterios; y, si pedimos entretenimiento, nos envían a la comedia, y, si ventajas, a los jugadores. Y, con esto, comidos de piojos y güéspedes, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes con nuestros cuerpos. [...] he estado ahí yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas ([1626] 1993: 124).

El “mentidero”, según el estudio de Castro Ibaseta (2010), se origina hacia 1600, con la presencia de militares que acuden a presentar sus memoriales ante el Consejo de Guerra y que allí aguardan una respuesta a sus peticiones. En ese espacio, los soldados comparten sus impresiones con esa “tendencia a la exageración, la deformación y el engaño” (Castro Ibaseta, 2010: 50), propios de su oficio o condición. Qué duda cabe que, en esos corrillos, habrían tenido la oportunidad de formular y ensayar oralmente sus relatos de vida con sus camaradas como auditorio. También comentan y ponen en circulación las noticias a las que tienen acceso en sus idas y venidas a Palacio, por lo que, entre 1615 y 1620 (Castro Ibaseta, 2010: 49), el lugar se abre a la población madrileña y se convierte en un espacio de creación de opinión pública. Con el tiempo, será también un ambiente de ocio y de entretenimiento popular, además de un auténtico mercado literario, al que acuden los ciegos. El “mentidero” es una muestra de cómo la subcultura de la soldadesca genera un público popular para su discurso, más allá de los nobles ante los que los militares rinden cuentas de su trayectoria vital, como el príncipe Filiberto Saboya, en el caso de Diego

⁴⁴⁷ Sobre las gradas de la iglesia de San Felipe Neri como punto de encuentro de soldados y de otras gentes, ver Castro Ibaseta (2010) y Castillo Gómez (2016: 137 y ss.).

Duque de Estrada; o el obispo de Guamanga y el papa Urbano VIII, para Catalina de Erauso. La apertura y consolidación del “mentidero” como “espacio político y cultural” (Castro Ibaseta, 2010: 43) coincide desde el punto de vista cronológico con el desarrollo de las autobiografías de soldados, lo que no deja de resultar significativo. En última instancia, como apuntan tanto Cassol (2000: 207) como Harari (2004: 190), el subgénero, sin lugar a dudas, nace de la influencia mutua entre los autores.

En suma, las Vidas de soldados de los Siglos de Oro están ya lejos tanto del memorial de servicios como de los textos para “parientes y vecinos” de Juan Coles o Alonso de Carmona. Los militares, independientemente de las razones pragmáticas que motivan el acto autobiográfico en cada uno de ellos, parecen escribir para obtener cierto reconocimiento público y, sin lugar a dudas, para ser leídos, como se pone de manifiesto en la selección de episodios y en las estrategias narrativas de las que hacen uso para captar la atención y para entretener al lector. La proliferación de obras del subgénero entre finales del siglo XVI y mediados del siglo XVII no puede explicarse como un fenómeno producto del azar, sino que existe un espacio público que hace posible la circulación de los discursos de vida, ya sea de forma impresa, manuscrita u oral. En ese intercambio cultural y literario, el relato de los hombres de armas rebasa el ámbito de la subcultura de la soldadesca para proyectarse en el espacio público de la sociedad de los Siglos de Oro, al igual que sucede con las autobiografías del ámbito conventual o los relatos autobiográficos de cautiverio. En última instancia, la difusión del subgénero se pone de manifiesto en la influencia que supone para el *Marcos de Obregón*, *Caballero venturoso*, *Estebanillo González*, *Varia fortuna del soldado Píndaro* o la *Historia del Huérfano* (1621) de Martín de León y Cárdenas.⁴⁴⁸

⁴⁴⁸ Para Aguayo (2013: 582), Vicente Espinel se habría visto influido por las Vidas de soldados en aspectos como el modo autobiográfico, el retrato retrospectivo o las alusiones a las guerras del imperio. En relación con la obra de Valladares de Valdelomar, Ettinghausen (1982: 17) señala rasgos en común con los *Comentarios* de Duque de Estrada, si bien apunta que se trataría de una coincidencia en la propuesta de soluciones convencionales. El crítico también señala que *Estebanillo* constituye una parodia de las autobiografías de soldados (Ettinghausen, 1982: 18). Finalmente, para la relación entre la *Historia del Huérfano* y las Vidas de soldados, ver el análisis de Palacios (2019).

CONCLUSIONES

Las Vidas de soldados aparecen en un contexto de auge de la prosa autobiográfica de los Siglos de Oro. La autobiografía –restringida al ámbito cortesano y monacal en la Antigüedad y la Edad Media– adquiere una dimensión popular en la Edad Moderna, debido al aumento de los índices de alfabetización, así como también a la divulgación de modelos de expresión del Yo de dominio común, como los libros de cuenta y razón, los libros de familia, los memoriales de servicios o las confesiones y súplicas del ámbito carcelario. La variabilidad áurea del género autobiográfico se construye a partir de la riqueza de los egodocumentos, así como también de la exitosa recuperación del modelo confesional agustiniano y de la interacción continua con otras formas de la prosa de la época. Así, la autobiografía se gesta en el espacio biográfico, tomando estrategias narrativas y motivos literarios de las Vidas de personajes ilustres y de santos, modalidades consolidadas y sujetas a una preceptiva. La biografía y la hagiografía estimulan la escritura autobiográfica del mismo modo que otras formas de la prosa moderna que apuestan por la narración en primera persona, como la novela picaresca. También hay que destacar la influencia del libro de viajes que, en su evolución en los Siglos de Oro, da lugar a obras, como el *Viaje del mundo* de Ordóñez de Ceballos, en las que confluye con la autobiografía y la novela de aventuras. El género autobiográfico, además, se enriquece de la expresión personal y de las formas del discurso autorreferencial de la epístola, que goza de gran vitalidad, flexibilidad y de una amplia divulgación popular en la época. En última instancia, la ausencia de una preceptiva que limite el discurso autorreferencial permite que especialmente ciertos colectivos, como monjas, soldados y excautivos, se sientan autorizados a expresar su identidad a partir de escrituras autobiográficas y, de este modo, ocupar un lugar en el espacio público.

La voz subjetiva del soldado de los Siglos de Oro empieza por abrirse paso en el discurso historiográfico que recoge las nuevas realidades del continente americano. El valioso testimonio de militares y conquistadores se difunde a través de cartas de relación, memoriales, crónicas y otras escrituras que impulsan el proceso de democratización de la

historia, al tiempo que consolidan la visión de la épica como empresa colectiva. A finales del siglo XVI, a partir de la publicación de la *Suma* de García de Paredes, la expresión autorreferencial del militar profesional supera el molde del memorialismo e inicia una línea de producción autobiográfica que cobra sentido y toma forma en el seno de la subcultura soldadesca. Las autobiografías escritas por militares a inicios del siglo XVII parten de una variable discursiva común fundamentada en el oficio de soldado, que actúa a modo de máscara o metáfora del Yo. Más allá de posibles modelos épicos y caballerescos, en el imaginario colectivo de la sociedad áurea, el arquetipo del soldado toma forma en base a las tradiciones celestinescas del Centurio y del *miles gloriosus* de Plauto, matizadas y enriquecidas por otras visiones folklóricas o populares, así como también por la realidad del soldado profesional de los ejércitos modernos, de la que se hace eco Torres Naharro en *Soldadesca*. Los hombres de armas desarrollan sus estrategias de presentación del Yo a partir de las variedades que admite el arquetipo del soldado, si bien es preciso tener en cuenta el carácter complejo y transversal de toda configuración identitaria. El modo en que los autobiógrafos ajustan su imagen al arquetipo dependerá también de la experiencia de vida de cada autor, de la manera de sentir el oficio del soldado, de la finalidad con la que se acomete el acto autobiográfico y de la personalidad de cada individuo. En los textos incluidos en el corpus, el esquema de vida prototípico del soldado de los Siglos de Oro funciona como una fórmula narrativa que subyace en el relato autobiográfico del autor.

Las autobiografías de soldados se inician con un relato de infancia inspirado en la biografía, la hagiografía, las Vidas de pícaros y las tradiciones folklóricas. En la niñez, de forma simbólica, se sientan las bases de la personalidad o del tipo de vida que caracterizarán al autor en la etapa madura. Tomando como base no solo la épica o las crónicas, sino también modernos manuales de *re militari* y relaciones de servicios o cartas de relación, los autores narran su experiencia de guerra. Ese relato no únicamente se centra en exaltar las heroicidades del autor, puesto que la acción bélica, en los ejércitos profesionales de los Siglos de Oro, se comprende también como una empresa colectiva. Asimismo, el valor del militar ya no reside únicamente en su sentido del honor o en su arrojo, sino también en los conocimientos técnicos y la industria del soldado plático, capaz de liderar las tropas, de hacer labores de reconocimiento del terreno o de diseñar una

estrategia de guerra efectiva. Los soldados modernos, además, se lamentan por los trabajos inherentes a su oficio, mostrando su lado más vulnerable ante la crudeza de la guerra. Denuncian también las dificultades para verse recompensados por su esfuerzo, en el contexto de un ejército que, en teoría, abre las puertas a la meritocracia. En esa demanda de mercedes, lugar común del discurso soldadesco, los militares se presentan como un *ego contra mundum* y despliegan una retórica del soldado roto que puede adquirir tintes de queja jobiana.

El relato de vida de los soldados, sin embargo, no se reduce a la sucesión de escenas vividas en el campo de batalla ni a la reclamación posterior de una recompensa, en la línea del memorial de servicios. El arquetipo del soldado se configura más allá de la experiencia de guerra, en duelos y pendencias que ponen de manifiesto el lado violento y rufianesco de los militares; en prostíbulos y callejones nocturnos en los que sale a relucir su fanfarronería; en tabernas y casas de juego donde demuestran su debilidad por las cartas o los dados. El submundo de la *Celestina* y la picaresca proporcionan a los autores estrategias narrativas para presentar episodios encaminados, en última instancia, a entretener al lector. El soldado, además, es un ser desarraigado, un *homo viator* cuya identidad se va perfilando al tiempo que se desplaza por la geografía del globo, tomando contacto con otras culturas y realidades. Con el fin de satisfacer la curiosidad del auditorio, sirviéndose de la retórica del libro de viajes y de la novela de aventuras, los autores reservan un espacio para la narración de peripecias vividas en sus viajes y para la descripción de lugares y costumbres exóticas. La relación de itinerarios les ayuda también a dar estructura al texto. En última instancia, los soldados muestran en su escritura cierta voluntad literaria, puesto que son capaces de elaborar su discurso de manera que sea efectivo ante un auditorio, haciendo uso, para ello, de distintos modelos literarios y de recursos retóricos para embellecer o dar expresividad y organizar el texto. Pero, además, en la preferencia por un estilo sencillo y lacónico, propio de la autobiografía de los Siglos de Oro, los autores demuestran que escriben con conciencia genérica.

En líneas generales, más allá de las soluciones estéticas personales de cada autor, en las obras del subgénero abundan los refranes y expresiones coloquiales, los préstamos de otras lenguas y el léxico del ámbito militar y marítimo. Las características de la prosa de los

soldados muestran que sus discursos de vida se construyen a partir de formulaciones orales previas ante compañeros de armas, superiores, familiares o incluso en espacios públicos, como el mentidero de los soldados. Por lo tanto, la gestación y difusión del género va más allá de un destinatario concreto de la obra, de la edición de algunos textos o incluso de su circulación en forma manuscrita. Las Vidas de soldados no necesariamente están sujetas a la escritura, pues viajan en la oralidad. El público de los Siglos de Oro, familiarizado con el testimonio de los militares –ya sea de forma oral o a modo de relaciones o cartas de relación–, asume con interés un relato de vida soldadesco que expresa lo heroico y lo trágico de su oficio, así como también lo insólito de un mundo por descubrir. En última instancia, los textos que conforman el corpus no surgen únicamente como una propuesta individual y genial de cada autor, sino que son producto de la interacción entre la subcultura de la soldadesca y la sociedad de los siglos XVI y XVII.

Finalmente, las Vidas de soldados de los Siglos de Oro vehiculan, junto a las autobiografías del ámbito conventual y a los relatos autobiográficos de cautiverio, la materialización del género en la literatura áurea. Juegan un papel determinante, por lo tanto, para el desarrollo de la autobiografía temprana antes de la publicación de las *Confesiones* de Rousseau en el siglo XVIII. Asimismo, las obras del subgénero contribuyen a la expansión y modernización de la prosa de los siglos XVI y XVII, pues suponen una gran influencia para obras como *Marcos de Obregón*, *Varia fortuna del soldado Píndaro o Estebanillo González*. Pero la escritura autobiográfica de los soldados, puesto que nace como una necesidad de expresión personal vinculada a la creación de los ejércitos modernos y a la experiencia de guerra, inevitablemente trasciende la literatura de los Siglos de Oro para proyectarse hasta la actualidad.

CONCLUSIONS

The autobiographies of soldiers appear in a context of the boom in autobiographical prose of the Spanish Golden Age literature. Autobiography –restricted to the court and monastic sphere in Antiquity and the Middle Ages– acquires a popular dimension in Early Modern literature, due to the increase of literacy rates, as well as the dissemination of common domain models of expression of the Self, such as account books, family books, memorials of services or confessions and pleas from the prison environment. The Spanish Golden Age variability of the autobiographical genre is built from the richness of the egodocuments, as well as the successful recovery of the Augustinian confessional model and the continuous interaction with other forms of prose of the time. Thus, the autobiography is gestated in the biographical space, taking narrative strategies and literary motifs from the biographies of illustrious figures and saints, modalities consolidated and subject to precepts. Biography and hagiography stimulate autobiographical writing in the same way as other forms of modern prose that rely on first-person narration, such as the picaresque novel. Also noteworthy is the influence of the travel book, which, in its evolution in the Spanish Golden Age, gave rise to works, such as Ordóñez de Ceballos' *Viaje del mundo*, in which it converges with the autobiography and the adventure novel. The autobiographical genre, furthermore, is enriched by the personal expression and the forms of the self-referential discourse of the epistle, which enjoyed great vitality, flexibility and a wide popular dissemination at the time. Ultimately, the absence of a rule that limits self-referential discourse allows certain groups, such as nuns, soldiers and ex-prisoners, to feel authorized to express their identity from autobiographical writings and, in this way, occupy a place in the public space.

The subjective voice of the soldier of the Spanish Golden Age begins to make its way into the historiographic discourse that reflects the new realities of the American continent. The valuable testimony of the military and conquerors is disseminated through letters, memorials, chronicles and other writings that promote the process of democratization of history, while consolidating the vision of the epic as a collective enterprise. At the end of the 16th century, from the publication of *Suma* by García de Paredes, the self-referential

expression of the professional military man surpasses the mold of memorialism and begins a line of autobiographical production that takes on meaning and takes shape within the soldiery subculture. The autobiographies written by the military at the beginning of the seventeenth century stem from a common discursive variable based on the profession of soldier, which acts as a mask or metaphor for the Self. Beyond possible epic and chivalric models, in the collective imagination of the society of the Spanish Golden Age, the archetype of the soldier takes shape based on the Celestinesque traditions of the Centurio and Plautus' *miles gloriosus*, nuanced and enriched by other folkloric or popular visions, as well as the reality of the professional soldier in modern armies, echoed by Torres Naharro in *Soldadesca*. The men-at-arms develop their strategies of presentation of the Self from the varieties that the archetype of the soldier admits, although it is necessary to take into account the complex and transversal nature of all identity configuration. The way in which autobiographers adjust their image to the archetype will also depend on the life experience of each author, the soldier's understanding of his profession, the purpose for which the autobiographical act is undertaken and the personality of each individual. In the texts included in the corpus, the prototypical life scheme of the Spanish Golden Age soldier functions as a narrative formula that underlies the author's autobiographical account.

Soldiers' autobiographies begin with a childhood tale inspired by biography, hagiography, picaresque novels, and folk traditions. In childhood, in a symbolic way, the bases of the personality or the type of life that will characterize the author in the mature stage are laid. Taking as a basis not only the epic or the chronicles, but also modern manuals of *re militari* and memorials or letters, the authors narrate their experience of war. This type of story not only focuses on exalting the heroics of the author, since the war action, in the professional armies of the Spanish Golden Age, is also understood as a collective enterprise. Likewise, the value of the military man no longer resides solely in his sense of honor or in his courage, but also in the technical knowledge and industry of the *plático* soldier, capable of leading troops, carrying out field reconnaissance tasks or designing an effective war strategy. Modern soldiers also lament the work inherent in their job, showing their most vulnerable side in the face of the harshness of war. They also denounce the difficulties to be rewarded for their effort, in the context of an army that, in

theory, opens the doors to meritocracy. In this demand for compensation, a commonplace of the soldiery discourse, the military men present themselves as an *ego contra mundum* and deploy a rhetoric of the broken soldier that can acquire tinges of Job's complaint.

The life story of the soldiers, however, is not reduced to the succession of scenes lived on the battlefield or to the subsequent claim of a reward, in line with the memorial of services. The archetype of the soldier is configured beyond the experience of war, in duels and quarrels that reveal the violent and ruffian side of the military; in brothels and late-night alleys where he shows off his swagger; in taverns and gambling houses where they show their weakness for cards or dice. The underworld of the *Celestina* and the picaresque provide authors with narrative strategies to present episodes aimed, ultimately, to entertain the reader. The soldier, moreover, is an uprooted being, a *homo viator* whose identity is emerging as he moves through the geography of the globe, making contact with other cultures and realities. In order to satisfy the audience's curiosity, using the rhetoric of the travel book and the adventure novel, the authors reserve a space for the narration of adventures experienced in their travels and for the description of exotic places and customs. The list of itineraries also helps them to give structure to the text. Ultimately, the soldiers show in their writing a certain literary will, since they are capable of elaborating their speech in a way that is effective before an audience; accomplishing this by making use of different literary models and rhetorical resources to embellish or give expressiveness and structure to the text. But, in addition, in the preference for a simple and laconic style, typical of the autobiography of the Spanish Golden Age, the authors show that they write with a generic conscience.

In general lines, beyond the personal aesthetic solutions of each author, in the works of the subgenre there are many sayings and colloquial expressions, loans from other languages and the lexicon of the military and maritime field. The characteristics of the soldiers' prose show that their life speeches are constructed from previous oral formulations before comrades in arms, superiors, family members or even in public spaces, such as the *mentidero* of the soldiers. Therefore, the gestation and dissemination of the genre goes beyond a specific recipient of the work, the edition of some texts, or even its circulation in handwritten form. The autobiographies of soldiers are not necessarily subject to writing, as

they travel orally. The public of the Spanish Golden Age, familiar with the testimony of the soldier –either orally or in the form of relationships or letters of relationship– assumes with interest a story of a soldierly life that expresses the heroic and tragic aspects of their job, as well as the unusual of a world to discover. Ultimately, the texts that make up the corpus do not emerge solely as an individual and genius proposal by each author, but are the product of the interaction between the soldiery subculture and the society of the 16th and 17th centuries.

Finally, the autobiographies of Soldiers of the Spanish Golden Age convey, together with the autobiographies of the conventual sphere and the autobiographical tales of captivity, the materialization of the genre in Spanish Golden Age literature. They play a determining role, therefore, for the development of early autobiography before the publication of Rousseau's *Confessions* in the 18th century. Likewise, the texts of the subgenre contribute to the expansion and modernization of the prose of the 16th and 17th centuries, since they represent a great influence on novels such as *Marcos de Obregón*, *Varia fortuna del soldado Píndaro* or *Estebanillo González*. But the autobiographical writing of the soldiers, since it was born as a need for personal expression linked to the creation of modern armies and the experience of war, inevitably transcends the literature of the Spanish Golden Age to project itself to the present day.

ANEXO DE OBRAS⁴⁴⁹

SUMA DE LA VIDA Y HECHOS DE DIEGO GARCÍA DE PAREDES

La *Suma* de Diego García de Paredes, que aparece junto a la *Crónica llamada las dos conquistas del reyno de Nápoles*, se edita al menos en cuatro ocasiones en los Siglos de Oro, según indicación de Cassol (2000a: 77-78). De 1559 (Zaragoza) sería la edición *princeps*. A esta la seguirían las ediciones de 1580 y 1582 (Sevilla) y la de 1584 (Alcalá de Henares). El texto se conserva en los manuscritos 1752, 5602 y 12931 de la Biblioteca Nacional. Pese a que la obra aparece firmada por Diego García de Paredes, para algunos críticos, como Serrano y Sanz (1905: 59) y Pereyra (1928: 75), se trataría de un texto apócrifo. Levisi (1984: 242), Pope (1974: 25) y Cassol (2000a: 60), sin embargo, sí la consideran una autobiografía. Se debe a Sánchez Jiménez la edición más moderna del texto (2006).

El discurso de la vida de Diego García de Paredes arranca con la pelea entre el autor y Ruy Sánchez de Vargas por un caballo. El violento desenlace del suceso motiva la salida del hogar de García de Paredes, junto a su hermano Álvaro. A su llegada a Roma, ambos entran al servicio de la guardia del Papa como alabarderos. Debido a la falta de sustento, García de Paredes decide presentarse ante un familiar suyo, el cardenal de Santa Cruz, Bernardino de Carvajal. Por intercesión de este se alista en el ejército, donde recibe su primera compañía, destinada a aplacar la rebelión de Montefiascone. Posteriormente, sirve al Papa, hasta que es acusado de traición y detenido por ello. Logra escapar y se une a las tropas del Gran Capitán, a cuyas órdenes participará en distintas campañas de las Guerras de Nápoles. En compañía de Gonzalo Fernández de Córdoba, regresa a España, donde acude a la Corte. Narra cómo es asaltado por unos rufianes en una posada, de camino a Extremadura. Posteriormente, tras intervenir en la Guerra de Navarra, García de Paredes acompaña al Rey en sus viajes a Hungría e Italia. La autobiografía de Diego García de Paredes finaliza con la relación de su fallecimiento.

⁴⁴⁹ Para una relación de los manuscritos conservados y la bibliografía específica de cada una de las autobiografías de soldados, consultar el “Appendice II” de Cassol (2000a: 235-248).

DISCURSO DE MI VIDA DE ALONSO DE CONTRERAS

La autobiografía de Alonso de Contreras se conserva en un único manuscrito parcialmente autógrafa en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 7460). Serrano y Sanz edita por primera vez la obra en 1900 en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Posteriormente, en 1943, Ortega y Gasset recupera el texto con el título de *Aventuras del y*, más tarde, será incluido en el ya mencionado trabajo de José M^a Cossío, *Autobiografías de soldados del siglo XVII* (1956), en cuyo volumen también se edita el texto íntegro de su *Derrotero universal*. A partir de ese momento se van sucediendo las ediciones de esta obra, siendo destacables la de Ettinghausen (1983), la edición ilustrada de Criado de Val (*Vida del capitán Alonso de Contreras*, 1965) y el texto fijado por María Antonia Domínguez Flores en su tesis doctoral de 2007. La autobiografía de Contreras cuenta también con diversas traducciones al italiano, al francés, al alemán, al portugués y al inglés.

El *Discurso* del capitán Contreras toma como punto de partida el relato de su nacimiento y ascendencia. Siendo muy joven, decide partir del hogar familiar en busca de sustento y, con ese objetivo, se enrola en los Tercios. Después de abandonar las tropas de camino a Flandes, se une a la compañía del capitán Felipe Menargas como paje de rodela, iniciando así su actividad militar en las galeras de Nápoles. Ya al servicio de diferentes capitanes y con base en Malta, participa en distintas campañas por el Mediterráneo, que incluyen batallas contra los turcos, actividades de corso, seguimiento y espionaje de barcos enemigos, el rescate de tres monjes capuchinos o el rapto de la amante del Solimán. A la par que da cuenta de su ascendente carrera profesional, el autor narra otros acontecimientos de su vida, como diferentes pependencias, su estancia en la isla de Astipalea o sus relaciones con diferentes mujeres. Con la intención de conseguir una plaza de sargento, Contreras regresa a España, donde también visita a su familia. Al no obtener la recompensa esperada por sus méritos profesionales, desengañado y frustrado, decide retirarse al Moncayo como ermitaño. Será la justicia, al acusarlo de participar en un intento de alzamiento de los moriscos de Hornachos, quien interrumpa y ponga punto y final a su retiro. Liberado de la acusación, de nuevo retoma su actividad militar y participa en campañas que lo llevarán hasta Flandes, Malta, las Indias, Filipinas y La Mámora. Siendo capitán de infantería, de

nuevo regresa a la Corte, donde se aloja un tiempo en casa de Lope de Vega. Con el objetivo de ser ordenado caballero de la Orden de Malta, viaja a Roma y se entrevista con el papa Urbano VIII. Por orden del Papa y debido a la influencia de los condes de Monterrey, finalmente es ordenado caballero. Durante su etapa al servicio de los condes de Monterrey, Contreras es testigo de la erupción del Vesubio, cumple funciones de gobernador de Aquila y participa en un desfile militar. Sin embargo, debido a una discusión con el Conde, abandona su servicio y cae en desgracia. La autobiografía finaliza, de manera abrupta, con Contreras bajo las órdenes del duque de Alcalá.

LA VIDA Y TRABAJOS DE JERÓNIMO DE PASAMONTE

Existe un único manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Nápoles. El manuscrito no es autógrafo, sino que, como viene indicado al final del texto, la escritura se debe al teólogo y copista Domingo Machado. A pesar de que la obra supera la censura inquisitorial y está preparada para su publicación en vida del autor, no es hasta 1922 cuando R. Foulché-Delbosc la edita por vez primera en la *Revue Hispanique*. El título de la autobiografía de Pasamonte se debe al mismo editor, ya que el texto original no aparece titulado. La vida de Pasamonte es reeditada en 1956 por José M^a Cossío, en base al texto de Foulché-Delbosc, e incluida en el volumen *Autobiografías de soldados del siglo XVII*, preparado por Cossío. Entre las ediciones más modernas, hay que destacar la de José Ángel Sánchez Ibáñez y Alfonso Martín Jiménez, que reproducen nuevamente el texto tomando como referencia el manuscrito conservado en Nápoles e incluyendo útiles anotaciones y un análisis crítico de la obra.

La Vida de Pasamonte toma como punto de partida la descripción de su temprana infancia. Siendo aún niño mueren sus padres, por lo que Pasamonte es enviado a vivir con diferentes tutores, hasta que finalmente decide huir a Roma con la intención de ser clérigo. Sin embargo, debido a sus problemas de vista y a la falta de sustento, opta por alistarse en la compañía del capitán Enrique de Centellas, cuyo maestro de campo es Miguel de Moncada. Participa en las batallas de Lepanto y de Navarino. Está presente también en la pérdida de Túnez y la Goleta, donde es herido y apresado por los turcos. A partir de este

momento, el autor narra los dieciocho años de cautiverio y de trabajos forzados al servicio de distintos amos en Constantinopla, Biserta y Alejandría. Tras ser rescatado por el padre Bartolomé Pérez de Nueros, regresa a territorio español y realiza gestiones ante la administración, con el fin de obtener una compensación económica por los servicios prestados. Pese a sus esfuerzos por entrar en la Iglesia, finalmente, es enviado de nuevo al frente. Desempeña sus funciones como militar hasta que el conde de Lemos lo libera de tal carga asignándole una paga. Es entonces cuando Jerónimo de Pasamonte decide casarse con una joven. El matrimonio será un nuevo desencadenante de trabajos y sufrimiento para el soldado. Además de dar cuenta de diferentes episodios que denuncian la relación conflictiva que mantiene con la familia de su mujer, en la última parte de la autobiografía, decide hacer una relación de su vida espiritual. El texto finaliza con el detalle de todas las prácticas devotas del autor y con una posterior enumeración de oraciones y fórmulas que emplea en sus rezos.

VIDA DEL SOLDADO ESPAÑOL MIGUEL DE CASTRO (1595-1611), ESCRITA POR ÉL MISMO

El manuscrito autógrafo de la vida de Miguel de Castro se conserva en la Biblioteca Nacional de España (ms. 2597). El documento presenta un deterioro considerable y no se han conservado ni el título ni las páginas finales. En el inicio, una nota advierte de que la primera hoja se halla en mal estado. Probablemente por ese motivo, hasta la tercera página, el texto está escrito con una letra distinta a la del autor y en tercera persona. En las páginas se encuentran numerosas anotaciones marginales que indicarían una revisión posterior de la obra por parte del soldado. La vida de Miguel de Castro es editada por Antonio Paz y Meliá en 1900. Es la versión que toman toman como punto de partida las reediciones posteriores de la obra.

El relato de la vida de Miguel de Castro se inicia con su nacimiento en Ampudia (Palencia). Al morir su madre, es enviado a casa de distintos familiares hasta que, en Valladolid, decide unirse a la compañía del capitán Antonio de la Haya, con la que participa en algunas campañas por el Mediterráneo en las galeras de Nápoles. A la par que da cuenta de su actividad profesional, narra algunas experiencias amorosas, entre las que

hay que destacar su relación con la esclava Mina. Tras morir Antonio de la Haya, pasa al servicio del capitán Francisco de Cañas. A las órdenes del nuevo capitán, al no participar en nuevas campañas militares destacadas, Miguel de Castro relata diferentes situaciones en las que se ve involucrado debido a su relación con algunas mujeres. De sus historias amorosas, la más destacada es la relación con la cortesana Luisa de Sandoval, que le ocasionará perder el favor del capitán. Para su enmienda, Francisco de Cañas decide enviarlo a servir a su hijo Juan de Cañas, cuya misión consiste en acompañar al gobernador Isidro Buitrón de Ferreras hasta Tropea. A su regreso a Nápoles, Miguel realiza las gestiones oportunas para dejar su puesto junto al capitán Francisco de Cañas y entra al servicio del conde de Benavente, virrey de Nápoles, como ayuda de cámara. Tras la muerte de Luisa y dejar de servir al Conde, viaja con las galeras del duque de Osuna a Sicilia, a Palermo, donde este debe tomar posesión como Virrey. Finalmente, su trayectoria vital da un giro cuando, en Malta, entra en la congregación de N^a Señora de la Asunción de los padres de la Compañía de Jesús. Poco después, queda interrumpida la relación de los sucesos de esta nueva etapa en la vida de Miguel de Castro.

VIDA Y SUCESOS DE LA MONJA ALFÉREZ, CATALINA DE ERAUSO, ESCRITA POR ELLA MISMA

El manuscrito original de la *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma* no se conserva. La obra ha llegado a nuestros días a través de la copia de un cuaderno propiedad de Domingo de Urbizo, hecha por Cándido María de Trigueros en la segunda mitad del siglo XVIII. Esa versión se encuentra en la Biblioteca de la Real Academia Española de la Historia (ms. XXVIII A-70). Juan Bautista Muñoz y Ferrándiz copia el texto de Trigueros a finales del siglo XVIII y, a partir de esa versión, por iniciativa de Joaquín María Ferrer, la obra se imprime en París en 1829. Posteriormente, Rima de Vallbona edita el texto en 1992, basándose en esa misma copia y, por su parte, Ángel Esteban, en 2002, ofrece una nueva edición de la autobiografía empleando el texto de Ferrer como base, aunque sin perder de vista el volumen a cargo de Rima de Vallbona. La Vida de la Monja Alférez ha tenido un gran éxito editorial y ha sido traducida al alemán, francés e inglés.

La *Vida y sucesos de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma* empieza con el nacimiento de la autora en San Sebastián. A edad muy temprana, Catalina de Erauso ingresa en un convento de dominicas, donde reside hasta los quince años. En el último año de noviciado, discute con una monja y decide huir del convento. Después de cortarse el cabello y disfrazarse de varón, se marcha a Vitoria y, desde allí, a Valladolid. Sirve como paje de Juan de Idiáquez, secretario del Rey, hasta que la presencia de su padre en la Corte la obliga a marcharse. Pasa a las Indias tras sentar plaza como grumete en el galeón del capitán Esteban Eguiño, primo hermano de su madre. Ya en Cartagena de Indias, sirve primero como soldado a su tío, después al mercader Juan de Urquiza y, finalmente, sienta plaza de soldado en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, que marcha con destino a Chile. Allí se encuentra con su hermano, Miguel de Erauso, a quien mata en un duelo nocturno. Ya con el grado de alférez, atraviesa la cordillera de los Andes y participa en una campaña a los Chuncos y el Dorado. Abandona la empresa e inicia un itinerario por el territorio, en el que es sentenciada a muerte y liberada en dos ocasiones; rescata a María Dávalos del encierro de su marido; participa en una campaña contra los holandeses; y finalmente, en Cuzco, es herida en una pelea con Cid. En su convalecencia, confiesa a fray Luis Ferrer de Valencia que es una mujer. También desvela su secreto al obispo Agustín de Carvajal en Guamanga. Ya como mujer, toma el hábito y es recibida por el Virrey, quien le pide que elija un convento donde ingresar. Tras pasar dos años en el convento de la Santísima Trinidad, marcha de regreso a España, donde el Rey le asigna una pensión vitalicia. En Roma, es recibida por el papa Urbano VIII, que le da la posibilidad de vivir vestida de hombre.

RELACIÓN DE LA VIDA DEL CAPITÁN DOMINGO DE TORAL Y VALDÉS, ESCRITA POR EL MISMO CAPITÁN

El manuscrito autógrafo de la *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo capitán* se conserva en la Biblioteca Nacional de España (ms. 6227). Según indica Cassol (2000: 241), hay cinco manuscritos en la BNE que contienen fragmentos de la obra. Serrano y Sanz edita por primera vez la autobiografía del capitán Toral y Valdés en 1879. El mismo editor vuelve a incluir la obra en el volumen

Autobiografías y memorias. Finalmente, hay que destacar la edición moderna a cargo de Gerardo González de Vega (2016).

La relación se inicia con el relato del nacimiento del autor en Villaviciosa y de su infancia. Al morir su madre, Domingo de Toral se muda a Madrid, donde sirve como paje, hasta que se enfrenta con uno de los criados de su amo y, creyendo haberlo matado, huye a Alcalá de Henares. Se alista en el ejército en la compañía de Cosme de Médici. Ya a las órdenes del capitán Francisco de Lasso, Domingo de Toral participa en trabajos de fortificación en el asedio de la Esclusa o la Inclusa y en el sitio de Berga, en Flandes. Terminada la batalla, recibe cartas de favor como premio por sus servicios, con las que vuelve a España con la intención de pasar a las Indias. Después de participar en diversas campañas, es ascendido a capitán con la misión de acompañar al conde de Linares a la India Oriental, donde ocupará el cargo de Virrey. Parten de Lisboa y, tras muchos trabajos por mar, llegan a Goa. En la India oriental, Domingo de Toral se dedica a labores de reconocimiento y de fortificación. Por desavenencias con el Virrey, decide regresar por tierra a España, atravesando el desierto en una caravana hasta Bagdad y, desde allí, a Alepo. En Alepo, es tomado por espía. Logra proseguir su viaje gracias a la intermediación, ante el consulado francés, de un judío sefardí. En Alejandría, embarca con destino a Marsella. Desde Marsella llega a España, donde se presenta ante el Rey y el conde duque de Olivares con sus papeles, memoriales, agravios y fes. Esos documentos le sirven para justificar su actitud con el Virrey y, finalmente, quedar disculpado. La obra finaliza con su lamento por la precaria situación en la que se encuentra.

COMENTARIOS DEL DESENGAÑADO DE SÍ MISMO. VIDA DEL MISMO AUTOR DE DIEGO DUQUE DE ESTRADA

Los *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, obra de Diego Duque de Estrada, se conservan en tres manuscritos. Dos de ellos se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid (mss. 2131 y 2498) y, el tercero, permanece en la Biblioteca Universitaria de Valencia (ms. 887). La obra no se publica hasta el siglo XIX por iniciativa de Pascual Gayangos. José M^a Cossío recoge el texto de Gayangos para su edición de 1956. Finalmente, Ettinghausen, en 1983, edita nuevamente el texto, basándose en el mss. 2498.

La obra se inicia con la narración de los antecedentes nobiliarios y el nacimiento de Diego Duque de Estrada. Desde la infancia, goza de una noble educación y frecuenta ambientes cortesanos, lo que hace posible su asistencia a las academias del conde de Fuensalida y del conde de Saldaña. Se enamora de la hija de su tutor, pero la mata al sospechar que lo traiciona con otro hombre y huye a Andalucía, donde participa en la segunda jornada de Larache. En su periplo, protagoniza diferentes pendencias hasta que es apresado por el corregidor de Toledo. Tras ser torturado, encarcelado y sentenciado a muerte, entra en prisión, donde permanece hasta fugarse con la ayuda de sus allegados. Llega a Barcelona disfrazado de peregrino y desde allí embarca para Italia en las galeras de Don Pedro de Leyva. En Nápoles, sienta plaza de soldado y participa en distintas campañas bajo las órdenes del marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles. Relata su boda con Lucrecia, así como su presencia en la conjuración de Venecia. Protagoniza una fuga con su amada D^a Francisca, pasando por Roma, Mantua y, finalmente, Milán, donde finalmente obtiene el favor del duque de Feria. No obstante, al sufrir la persecución del antiguo amante de Francisca, vuelve a Nápoles con su familia y entra al servicio del duque de Alba, nuevo Virrey de la provincia. Después de unirse a una cuadrilla de criminales, se establece en Palermo junto al príncipe Filiberto de Saboya y, en Liorna, al servicio de Pedro de Médici. De camino a Flandes, es víctima de un robo y es socorrido por un judío en Padua. Se queda una temporada en la ciudad estudiando en la universidad, hasta la llegada de un embajador del príncipe de Transilvania, que requiere sus servicios. Tras aceptar la propuesta, Duque de Estrada pasa a Hungría. A la muerte del príncipe Bethlen Gabor, el protagonista vuelve a ponerse al servicio de la armada española. De regreso a Italia, recibe la noticia de la muerte de su esposa y decide ingresar, con el nombre de fray Justo de Santa María, en la Orden de San Juan de Dios. En su nueva etapa como religioso, abre un hospital en Cagliari y participa en campañas militares contra las tropas francesas.

MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA DE FÉLIX NIETO DE SILVA, MARQUÉS DE TENEBRÓN

La autobiografía del Félix Nieto de Silva, según indicación de Sánchez Martín (2015: 222), se conserva en dos manuscritos, el original depositado en la Biblioteca Nacional de

España (ms. 18303) y una copia del mismo del siglo XVIII, que se encuentra en la biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano (ms. 387). La edición más accesible del texto sigue siendo la preparada por Canovas del Castillo: *Memorias de D. Félix Nieto de Silva* (1888).

Los *Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia* empiezan con el relato de infancia del marqués de Tenebrón. Tras la narración de distintas anécdotas de niñez, en las que queda demostrado que el autor goza de la protección de la Virgen de la Peña de Francia, Félix Nieto de Silva da cuenta de su ingreso en el ejército como capitán de caballos. Participa en distintas campañas militares contra los portugueses, como el sitio a Badajoz, en las que destaca su valor y determinación. Ya como maestro de campo, ocupa el gobierno de Alcántara durante cuatro años, en los que enviuda de su primera mujer, cuyo espíritu vendrá luego a visitarlo. Rechaza el cargo de general de las Islas Canarias y se le ofrece el puesto de gobernador de Cádiz. En ese destino, fallece su segunda mujer y Félix Nieto de Silva vuelve a contraer matrimonio. También debe enfrentarse a los problemas derivados de las malas cosechas de trigo y a los falsos testimonios que le levantan sus enemigos ante Don Juan José de Austria. Intenta recuperar el favor de Don Juan, que requiere su presencia en la Corte, pero debe medicalizar su casa, pues sus criados, su hija mayor y sus suegros contraen la peste. Don Juan muere y, muy a su pesar, Félix Nieto de Silva debe ocupar la plaza de capitán general en Canarias. En ese cargo, conduce con éxito las labores de fortificación del lugar, así como también gestiona el aprovisionamiento y almacenamiento de víveres. Tras pasar cuatro años en las Islas Canarias, logra que el duque de Medina Sidonia lo libere del cargo, pero debe acudir al sitio de Sevilla. Finalmente, consigue un puesto como general en la plaza de Orán, donde permanecerá hasta el fin de sus días.

BIBLIOGRAFÍA

A History of English Autobiography (Smyth, Adam, ed.), Nueva York, Cambridge University Press, 2016.

Abad Asín, Carlota y José Aragués Aldaz, *Bibliografía hagiográfica áurea y dieciochesca*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014.

Abi-Ayad, Ahmed, “Orán: fuente literaria y lugar de escritura de Miguel de Cervantes”, en *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 117-125.

Abrahams, I., “Jewish Ethical Wills”, en *The Jewish Quarterly Review*, 3 (1891), pp. 436-484.

Adams, Percy G., *Travel Literature and the Evolution of the Novel*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1983.

Adorno, Rolena, “The Discursive Encounter of Spain and America: The Authority of Eyewitness Testimony in the Writing of History”, en *The William and Mary Quarterly*, 49.2 (1992), pp. 210-228.

Aguayo Cisternas, Gonzalo Ricardo, *La materia novelesca de las Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón de Vicente Espinel* (tesis de doctorado), Barcelona, Universidad de Barcelona, 2013.

Ahnert, R., *The rise of prison literature in the sixteenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

Aínsa, Fernando, “El viaje como transgresión y descubrimiento. De la Edad de Oro a la vivencia de América”, en *Relato de viajes y literaturas hispánicas* (Peñate Rivero, Julio ed.), Madrid, Visor, 2004, pp. 45-72.

Aladro, Jordi, “Voces diferentes: la autobiografía en la literatura áurea”, en *Homenaje a Alicia de Colombí-Monguió* (Mendieta, Eva ed.), Newark, Juan de la Cuesta, 2014, pp. 145-166.

Aladro, Jordi y David Dabaco, “Un estudio de la autobiografía de los siglos XVI y XVII”, en *Compostella Aurea. Actas del VIII Congreso de la AISO*, Santiago de Compostela, 2008, pp. 27-32.

Alberca, Manuel, “En las fronteras de la autobiografía”, en *Escritura autoabiográfica y géneros literarios*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 53-75.

—*El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la ficción*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

Alburquerque García, Luis, “Apuntes sobre crónicas de Indias y relatos de viajes”, en *Letras*, 57-58 (2008), pp. 11-23.

Aldana, Francisco, *Epistolario poético completo* (Rodríguez-Moñino ed.), Madrid, Ediciones Turner, 1978.

Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache* (Micó, José María ed.), 2 vols., Madrid, Cátedra, [1599-1604] 1998.

Allen, John J., “Autobiografía y ficción: el relato del Capitán Cautivo”, en *Anales Cervantinos*, 1 (1976), pp. 149-155.

Almirante, José, *Bibliografía militar de España*, Madrid, Impresa y fundición de Manuel Tello, 1876.

Álvarez, María Antonia, “La autobiografía y sus géneros afines”, en *Epos*, 5 (1989), pp. 439-450.

Amelang, James S., *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

—“La autobiografía moderna entre la historia y la literatura”, en *Chronica Nova*, 32 (2006), pp. 143-157.

Andagoya, Pascual, *Relación y documentos*, Madrid, Historia 16, 1986.

Andrés, Gabriel, “Construcciones autobiográficas y relaciones de sucesos sobre la Monja alférez Catalina de Erauso”, en *Studia Aurea Monográfica*, 6 (2015), pp. 163-176.

Andrés Robres, Fernando, “La Peregrinación de Anastasio de fray Jerónimo Gracián: misticismo... y memorialismo autojustificativo”, en *Política y cultura en la época moderna. Cambios dinásticos. Milenarismos, mesianismos y utopías* (Alvar, Alfredo, Jaime Contreras y José Ignacio Ruz eds.), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2004.

—“Interesados creadores de opinión: trazas y piezas de memorialismo justificativo en la temprana producción autobiográfica española (siglos XVI y XVII). Notas para su estudio”, en *Manuscripts*, 23 (2005), pp. 59-76.

- Angulo-Cano, Yanira, «The Modern Autobiographical “I” in Bernal Díaz del Castillo», en *MLN*, 125. 2 (2010), pp. 287-304.
- Aragüés Aldaz, José, “La *Leyenda de los santos*: orígenes medievales e itinerario renacentista”, en *Memorabilia*, 18 (2016), pp. 133-187.
- Araújo, Nara, “La autobiografía femenina, ¿un género diferente?”, en *Debate feminista*, 15 (1997), pp. 72-84.
- Arellano, Ignacio, “Nota preliminar. Viajeros, aventureros, turistas y vagabundos o la inacabable curiosidad humana”, en *Hispania Felix*, 2 (2001), pp. 11-17.
- “Rebeldes y aventureros del Siglo de Oro en sus autobiografías” en *Rebeldes y aventureros: del Viejo al Nuevo Mundo* (Cortes, Hugo R., Godoy, Eduardo y Insúa, Mariela eds.), Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2008, pp. 11-36.
- Arenal, Electa y Stacey Schlau, «“Leyendo yo y escribiendo ella”: The Convent as Intellectual Community», en *Journal of Hispanic Philology*, 13.3 (1989), pp. 214-229.
- Aresti, Nerea, “The Gendered Identities of the ‘Lieutenant Nun’: Rethinking the Story of a Female Warrior in Early Modern Spain”, en *Gender & History*, 19.3 (2007), pp. 401-418.
- Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, FCE, 2002.
- Armas, Antonio Rumeu de, “Nuevos datos para la biografía de don Francisco Verdugo, capitán e historiador de las guerras de los Países Bajos”, en *Hispania* 10.38 (1960), pp. 85-103.
- Arredondo, M^a Soledad, “De Lazarillo a Estebanillo: novedades picarescas del *Estebanillo González*”, en *Revista de Filología Española*, 75 (1995), pp. 255-279.
- Aspe, María Paz, “La *Confesión de un pecador* del doctor Constantino: una autobiografía del siglo XVI sin pícaro”, en *La picaresca: orígenes, textos y estructura: actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, pp. 781-790.
- Assmann, Jan, “Collective Memory and Cultural Identity”, en *New German Critique*, 65, (Primavera-verano 1995), pp. 125-133.
- Aullón de Haro, Pedro, *Idea de la literatura y teoría de los géneros literarios*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2016.

Aurell, Jaume, *Authoring the Past. History, Autobiography and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 2012.

Autobiografías de soldados del siglo XVII (Cossío, José M^a ed.), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956.

Autobiography in Early Modern Spain (Spadacini, Nicholas y Jenaro Taléns eds.), Minneapolis, The Prisma Institute, 1988.

Avalle-Arce, Juan Bautista, “La captura (Cervantes y la autobiografía)”, en Avalle-Arce, J.B., *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 277-333.

—“El nacimiento de Estebanillo González” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 34.2 (1985-1986), pp. 529-537.

Aznar Vallejo, *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 1994.

Bagge, Sverre, “The autobiography of Abelard and medieval individualism”, en *Journal of Medieval History*, 19.4 (1993), pp. 327-350.

Bajtín, Mijaíl, *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*, Taurus, Madrid, 1989.

Baños Vallejo, Fernando, *Las vidas de santos en la literatura medieval española*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2003.

Bar-Levav, Avriel, “When I was Alive: Jewish Ethical Wills as Egodocuments”, en *Egodocuments and History: Autobiographical Writing in its Social Context since the Middle Ages* (Dekker, R., ed.), Hilversum, Verloren, 2002, pp. 45-59.

Baranda Leturio, Consolación, *Cortejo de lo prohibido. Lectoras y escritoras en la España moderna*, Madrid, Arco Libros, 2005.

—*Cartas de Sor María de Jesús de Ágreda a Fernando de Borja y Francisco de Borja (1628-1664). Estudio y edición*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013.

Barchino Pérez, Matías, “La autobiografía como problema literario en los siglos XVI y XVII”, en *Escritura autobiográfica* (Romera, José, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet eds.), Madrid, Visor, 1993, pp. 99-106.

—“Reescritura y usos literarios en escritos autobiográficos hispánicos de los siglos XVI y XVII”, en *El retrato literario. Tempestades y naufragios. Escritura y reelaboración. Actas del XII simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* (Márquez,

Miguel Á., Antonio Ramírez de Verger y Pablo Zambrano eds.), Huelva, Universidad de Huelva, 1999.

—“Introducción”, en Galán, Diego, *Edición crítica de Cautiverio y trabajos de Diego Galán* (Barchino Pérez, Matías ed.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 11-33.

Bardavío, José María, *La novela de aventuras*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1977.

Barraza, Eduardo, “El cautiverio feliz de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán: de feliz cautiverio y felices captores” en *El cautiverio en la literatura del Nuevo Mundo* (Donoso, Miguel, Mariela Insúa y Carlos Mata eds.), Madrid-Frankfurt-Navarra, Iberoamericana-Vervuert-Universidad de Navarra, 2011, pp. 9-24.

Bataillon, Marcel, “El *Viaje de Turquía* y su verdadero autor el doctor Laguna”, en Bataillon, M., *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México-Buenos Aires, FCE, 1950, pp. 669-692.

—«Estebanillo González, boufon “pour rire”», en *Studies in Spanish Literature of the Golden Age* (Jones, R.O. ed.), Londres, Tamesis Books, 1973, pp. 25-44.

—“Erasmus cuentista. Folklore e invención narrativa”, en *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 80-109.

Beaujour, M., *Miroirs d'encre: rhétorique de l'autoportrait*, Paris, Seuil, 1980.

Béguelin-Argimón, Victoria, *La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media. Análisis del discurso y léxico*, Zaragoza, Pórtico, 2011.

Beltrán, Rafael, “Un primer acercamiento a la influencia de *Le livre des faits* de Bouciquaut sobre *El Victorial*”, en *Anuario Medieval*, 3 (1991), pp. 24-49.

Benassar, Bartolome y Lucile Benassar, *Los cristianos de Alá: La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, Nerea, 1989.

Benítez Claros, Rafael, “Una pica por Contreras. Notas a una biografía mal entendida”, en *Cuadernos de literatura*, 1 (1947), pp. 453-464.

Blanco Aguinaga, Carlos, “Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21 (1957), pp. 313-342.

- Bleiberg, German, *El "informe secreto" de Mateo Alemán sobre el trabajo forzoso en las minas de Almadén*, Londres, Támesis, 1985.
- Bolufer Peruga, Mónica, "Identidad individual y vínculos sociales en el Antiguo Régimen: algunas reflexiones", en *El otro, el mismo: Biografía y autobiografía en Europa. Siglos XVII-XX* (Davis, J.C. e Isabel M. Burdiel, Isabel eds.), Valencia, PUV, 2005, pp. 116-130.
- Booy, David, *Autobiographical Writings by Early Quaker Women*, Cambridge, Ashgate Publishing, 2004.
- Borja Gómez, Jaime Humberto, "Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Nuevo Reino de Granada", en *Fronteras de la Historia*, 12 (2007), pp. 53-78.
- Borreguero Beltrán, Cristina, "Los soldados en la literatura española de los siglos XVI y XVII" en *Studi Ispanici*, 1 (2005), pp. 45-83.
- Bouchet, Alexandra, "Quelques aspects de la violence dans les Autobiographies de soldats de Contreras, Pasamonte, Duque de Estrada et Castro (XVI-XVIIème siècles)", en *Sociocriticism*, 24.1, 2009, pp. 17-42.
- Bourgeon, Jean-Louis, "Pour une histoire, enfin, de la Saint-Barthélemy", en *Revue historique*, 282.1, (1989), pp. 83-142.
- Bouza Álvarez, Fernando, *Del escribano a la biblioteca*, Madrid, Síntesis, 1997.
- "Introducción", en *Cultura epistolar en la alta Edad Moderna. Usos de la carta y de la correspondencia entre el manuscrito y el impreso* (Bouza, Fernando coord.), Madrid, Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 9-14.
- *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- Bratu, Cristian, "Revisiting Guillaume de Villeneuve's VIATIQUE", en *The Explicator*, 68.4 (2010), pp. 207-211.
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., Madrid, FCE, 1976.
- Bruss, Elizabeth, "Actos literarios", en *Suplementos Anthropos*, 29 (1991), pp. 62-79.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid, CSIC, 1989.

—“Las crónicas de cautivos y las vidas ejemplares en el enfrentamiento hispano-musulmán en la Edad Moderna”, en *Hispania sacra*, 45 (1993), pp. 67-82.

—“El paisaje de la ciudad de Estambul y del mundo islámico en la literatura española del Siglo de Oro”, en *Hispania*, 56.192 (1996), pp. 13-27.

—“Las sensaciones del cautivo, psicología y reacciones de los españoles ante el cautiverio en el Siglo de Oro”, en *Hispania Sacra*, 51 (1999), pp. 557-572.

—“Jerónimo Gracián de la Madre de dios y sus contactos con el Islam en el tránsito de los siglos XVI y XVII”, en *Teresianum: Rivista della Pontificia Facoltà Teologica e del Pontificio Istituto di Spiritualità*, 65.1 (2014), pp. 79-105.

Burckhardt, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004.

Burke, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991.

Caballé, Anna, “Figuras de la autobiografía”, en *Revista de Occidente*, 74-75 (1987), pp. 103-119.

—*Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglo XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995.

—“Autobiografía y canon literario: historia de un desencuentro”, en *Letras de Hoje*, 49.4 (2014), pp. 406-413.

Cabanilles, Antonia, “Yo, Bernal Díaz del Castillo. La recepción de un relato testimonial”, en *Quaderns de Filologia*, 7 (2002), pp. 73-87.

Cabañas Agrela, José Miguel, *Don Bernardino de Mendoza, un escritor-soldado al servicio de la Monarquía católica: 1540-1604*, Guadalajara, Diputación Provincial, 2001.

Cabezas Fontanilla, “La correspondencia en la historia de la Inquisición: génesis documental e importancia social”, en *La correspondencia en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar. Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita* (Sáez C. y Castillo Gómez eds.), vol. I, Madrid, 2002, pp. 109-119.

Cabo Aseguinolaza, Fernando, “Realidad, ficción y autobiografía a propósito de Miguel de Castro”, en *Actas del IV simposio internacional de la Asociación Española de Semiótica: describir, inventar, transcribir el mundo*, vol. II, Visor, Madrid, 1992, 587-594.

Cabrera de Córdoba, Luis, *De historia, para entenderla y escribirla*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, [1611] 1948.

- Caillet-Bois, Julio, “Bernal Díaz del Castillo, o de la verdad en la historia”, en *Revista Iberoamericana*, 25.50 (1960), pp. 199-228.
- Calvo, Thomas, *Espadas y plumas en la monarquía hispana. Alonso de Contreras y otras vidas de soldados (1600-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez-Colegio de Michoacán, 2019.
- Camamis, George, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977.
- Canavaggio, Jean ed., *La invención de la novela*, Madrid, Casa de Velásquez, 1999.
- Cervantes entre vida y creación*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2000.
- Cano Aguilar, Rafael, “Lenguaje espontáneo y retórica epistolar en cartas de emigrantes españoles a Indias”, en *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica* (Kotschi, Thomas *et al.* eds), Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1996, pp. 375-404.
- Cano Calderón, Amelia, “El diario en la literatura. Estudio de su tipología”, en *Anales de la Universidad de Murcia*, 3 (1987), págs. 53-60.
- Caravaggi, Giovanni, “Avatares italianos de un soldado español con ambiciones literarias: Pedro Gaytán”, en *Revista del Departamento de Filología Moderna*, 4 (1993), pp. 139-147.
- Caro Baroja, Julio, *Ensayos sobre la cultura popular española*, Madrid, Dosbe, 1979.
- Ensayo sobre la literatura de cordel*, Barcelona, Círculo de lectores, 1988.
- Carrasco, Sandra, *Relatos de conversión en la literatura española. Siglos XVI y XVII*, (tesis de doctorado), Basilea, Universidad de Basilea, 2012.
- Carrasco Urgoiti, Soledad, “Introducción biográfica y crítica”, en Espinel, Vicente, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, vol. I, Madrid, Castalia, 1972, pp. 7-51.
- Carreño, Antonio, “Las paradojas del yo autobiográfico: el *Libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús”, en *Studies in Honour of Gustavo Correa* (Faulkhaber, C.B., Kinkade, R.P. y T.A. Perry ed.), Potomac, Scripta Humanistica, 1986, pp. 28-46.
- Carrizo Rueda, Sofía, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reinchenberger, 1997.
- Carro Carvajal, Eva Belén, “La hagiografía en los pliegos sueltos poéticos españoles del siglo XVI”, en *Via Spiritus*, 10 (2020), pp. 81-111.

Carvajal, Luis, “Autobiografía de Luis de Carvajal el Joven” en Toro, Alfonso, *La familia Carvajal. Estudio histórico sobre los judíos y la Inquisición de la Nueva España en el siglo XVI*, vol. II, México, Patria, 1944, pp. 315-339.

Casas Nadal, Montserrat, “Consideraciones sobre las cartas de Santa Catalina de Siena a las mujeres de su tiempo y su recepción en España”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 28 (1998), pp. 889-907.

Casey, James, “Quebrar el espejo: El “yo” y la Contrarreforma”, en *El otro, el mismo: Biografía y autobiografía en Europa. Siglos XVII-XX* (Davis, J.C. e Isabel M^a Burdiel, Isabel eds.), Valencia, PUV, 2005, pp. 116-130.

Cassol, Alessandro, *Vita e scrittura: Autobiografie di soldati spagnoli del Siglo de Oro*, Milán, LED, 2000a.

—“La figura de Diego García de Paredes en las comedias de Lope de Vega”, en *Otro Lope no ha de haber. Atti del Convegno internazionale su Lope de Vega, 10-13 febbraio 1999* (Profeti, M. G. ed.), vol. II, Florencia, Alinea, 2000b, pp. 161-180.

—“La memoria de la escritura: Parodia de los géneros literarios en los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada”, en *Acti del XXI Convegno. Associazione Ispanisti Italiani* (Cusato, Domenico Antonio *et al.* coords.), Messina, Andrea Lippolis, 2004, pp. 41-52.

Castillo Durán, Fernando del, *Las crónicas de Indias*, Barcelona, Montesinos, 2004.

Castillo Gómez, Antonio, “La biblioteca interior. Experiencias y representaciones de la lectura en las autobiografías, memorias y diarios del Siglo de Oro”, en *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América* (Cátedra, Pedro M. y M^a. Luisa López-Vidriero dirs.), vol. II, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y la Lectura, 2004, pp. 15-50.

—*Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*, Madrid, Akal, 2006.

—«“Me alegraré que al recibo de ésta...”». Cuatrocientos años de prácticas epistolares (siglos XVI a XIX)», en *Manuscrits*, 29 (2011), pp. 19-50.

—*Leer y oír leer. Ensayos sobre la lectura en los Siglos de Oro*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2016.

- Castillo Gómez, Antonio y Carlos Sáez, “Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita”, en *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 1 (1994), pp. 133-168.
- Castro, Miguel de, *Vida del soldado español Miguel de Castro escrita por él mismo (1593-1611)*, Sevilla, Espuela de Plata, [1612] 2013.
- Castro Ibaseta, Francisco Javier, “Mentidero de Madrid: la Corte como comedia”, en *Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna* (Castillo Gómez, Antonio y James S. Amelang dirs.), Gijón, Trea, 2010, pp. 43-58.
- Castro Morales, Belén, “Catalina de Erauso, la monja amazona”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 26 (2000), pp. 227-242.
- Cátedra, Pedro, “En los orígenes de las epístolas de relación”, en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del primer coloquio internacional. Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995* (García de Enterría, M. C., Ettinghausen, H., Infantes, V. y Agustín Redondo eds.), Alcalá de Henares, Publications de La Sorbonne-Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996, pp. 33-64.
- Invencción, difusión y recepción de la literatura popular impresa (siglo XVI)*, Mérida, Editoria Regional de Extremadura, 2002.
- Catelli, Nora, *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Lumen, 1991.
- Cerezo Soler, Juan, “El *Viaje de Turquía* en el nacimiento de los relatos de cautivo”, en *Epos*, 32 (2016), pp. 39-52.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (Rico, Francisco ed.), 2 vols., Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, [1605-1615] 1998.
- “El licenciado vidriera”, en *El licenciado vidriera. La fuerza de la sangre* (Navarro Durán, Rosa ed.), Madrid, Alianza, [1613] 2005, pp. 25-65.
- Céspedes y Meneses, Gonzalo, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, [1626] 1975.
- Chajes, J. H., “Accounting for the Self: Preliminary Generic-Historical Reflections on Early Modern Jewish Egodocuments”, en *The Jewish Quarterly Review*, 95.1 (2005), pp. 1-15.

- Chevalier, Máxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976.
- Ciapelli, Giovanni, *Memory, Family and Self. Tuscan Family Books and Other European Egodocuments (14th-18th Century)*, Leiden-Boston, Brill, 2014.
- Cicchetti, Angelo y Raul Mordenti, *I libri di famiglia in Italia. I: Filologia e storiografia letteraria*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1985.
- Cid, Jesús Antonio, “Máscaras y oficio en un autor del Antiguo Régimen: Estebanillo González ≠ Gabriel de la Vega”, en *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 43 (1988), pp. 175-195.
- “La personalidad real de Stefaniglio. Documentos sobre el personaje y presunto autor de *La vida y hechos de Estebanillo González*”, en *Criticón*, 47 (1989a), pp. 7-28.
- «“Centauro a lo pícaro” y voz de su amo: interpretaciones y textos nuevos sobre *La vida y hechos de Estebanillo González. I: La sátira contra los monsiures de Francia y otros poemas de 1636-1638*» en *Criticón*, 47 (1989b), pp. 29-76.
- Cid, Jesús Antonio y Antonio Carreira, “Introducción”, en *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor. Compuesto por él mismo*, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 7-225.
- Cieza de León, Pedro, *La crónica del Perú*, Bogotá, Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada, [1553] 1971.
- Coirault, Yves, “Autobiographie et Mémoires (XVIIe-XVIIIe siècles) ou existence et naissance de l'autobiographie”, en *Revue d'Histoire littéraire de la France*, 6, (1975), pp. 937-956.
- Colombi, Nicolia, “El viaje y su relato”, en *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, 43 (2006), pp. 11-35.
- Conde Salazar, Matilde, “Enriquez de Villegas, comentarista de César”, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto* (Maestre Maestre, José M^a, Pascual Parea, Joaquín y Luis Charlo Brea eds.), vol. IV, Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos, 2010, pp. 641-651.
- Conley, Tom, *The Self-Made Map. Cartographic Writing in Early Modern France*, Minneapolis-Londres, University of Minnesota Press, 1997.

- Contreras, Alonso de, *Derroterio universal del Mediterráneo* (Fernández Vial, Ignacio ed.), Málaga, Algazara, [1616] 1996.
- Discurso de mi vida* (Ettinghausen, Henry ed.), Barcelona, Bruguera, [1633] 1983.
- Cortés Timoner, Mar, *Teresa de Cartagena, primera escritora mística en lengua castellana*, Málaga, Universidad de Málaga, 2004.
- «"Fue levado mi entendimiento": Teresa de Cartagena y la escritura mística en femenino», en *Scripta*, 8 (2016), pp. 148-163.
- Cortínez, Verónica, «"Yo, Bernal Díaz del Castillo": ¿Soldado de a pie o idiota sin letras?», en *Revista Chilena de Literatura*, 41 (1993), pp. 59-69.
- Costas Rodríguez, Jenaro y Mercedes Trascasas Casares, "Las dos traducciones de Diego López de Toledo sobre los Comentarios de Gayo Julio César (Toledo, 1498 y BNM, MS 9747): su relación con la transmisión del texto de César en España", en *Ad amicam amicissime scripta. Homenaje a la profesora María José López de Ayala y Genovés*, (Rodríguez, Jenaro ed.), vol. 2, Madrid, UNED ediciones, 2005, pp. 39-50.
- Courteault, Paul, *Blaise de Monluc historien: étude critique sur le texte et la valeur historique des Commentaires*, Ginebra, Slatkine, 1970.
- Coutre, Jacques de, *Andanzas asiáticas* (Eddy Stols, B. Teensma y J. Werberckmoes eds.), Madrid, Historia 16, [1640] 1991.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española* (Riquer, Martín ed.), Barcelona, Alta Fulla, [1611] 1998.
- Croce, Benedetto, "Realidad y fantasía en las memorias de Diego Duque de Estrada", en *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, 17 (1933), pp. 353-373.
- Vite di avventure, di fede e di passione*, Bari, G. Laterza & Figli, 1947.
- Cruz, Anne J, "Del cuerpo al corpus: la biografía como expresión literaria feminista en la Edad de Oro", en *Mujeres en la literatura. Escritoras*, 4.19 (2009), pp. 41-59.
- Cruz Casado, Antonio, "Revisión de una hipótesis: Juan Valladares de Valdelomar, autor del Quijote apócrifo", en *Tus obras los rincones de la tierra descubren: actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Centro de Estudios Cervantinos, 2008. pp. 269-283.

Cultura epistolar en la alta Edad Moderna. Usos de la carta y de la correspondencia entre el manuscrito y el impreso (Bouza, Fernando coord.), Madrid, Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 9-14.

Dabaco, David A., *La autobiografía y la novela picaresca en el Siglo de Oro: los «géneros» del marginado»* (tesis de doctorado), Santa Cruz, Universidad de California, 2005.

Deformeaux, Marcellin, *La vida cotidiana en la España de los Siglos de Oro*, Barcelona, Arcos Vergara, 1983.

Dekker, Rudolf, *Childhood, memory and autobiography in Holland: From the golden age to romanticism*, Londres, Palgrave Mcmillan, 2000.

—*Egodocuments and History: Autobiographical Writing in Its Social Context since the Middle Ages*, Hilversum, Uitgeverij Verloren, 2002a.

—“Jacques Presser’s Heritage: Egodocuments in the Study of History”, en *Memoria y Civilización (MyC)*, 5 (2002b), pp. 17-37.

Delany, Paul, *British Autobiography in the Seventeenth Century*, Londres-Nueva York, Routledge, 2016.

Delehaye, Hippolyte, *Les Légendes Hagiographiques*, Bruselas, Sociéte des bollandistes, 1927.

Deleito y Piñuela, José, *El declinar de la monarquía española*, Madrid, Espasa-Calpe, Madrid, 1955.

—*La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Alianza, 1987.

Delgado-Gómez, Ángel, “El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*”, en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 22-27 agosto 1983*, Madrid, Istmo, 1986, pp. 483-490.

—*Historiografía española del Nuevo Mundo (1493-1700)*, Madrid, The John Carter Brown Library-Fundación Ramón Areces, 1995.

De Man, Paul, “La autobiografía como desfiguración”, en *Suplementos Anthropos*, 29 (1991), pp. 113-118.

—*Alegorías de la lectura*, Lumen, Barcelona, 1990.

- Derrida, Jacques, *The Ear of the Other. Otobiography, Transference, Translation*, Nueva York, Schocken Books, 1985.
- Memorias para Paul de Man*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Deyermond, Alan, “Letters as Autobiography in Late Medieval Spain”, en *Razo*, 10 (1990), pp. 33-42.
- “La voz personal en la prosa medieval hispánica”, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona 21-26 de agosto de 1989* (Vilanova, Antonio coord.), Vol. I, Barcelona, PPU, 1992, pp. 161-170.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Serés, Guillermo ed.), Madrid, RAE, [1584] 2015.
- Didier, Béatrice, *Le journal intime*, París, PUF, 2002.
- Díez Borque, J. M., *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1975.
- Díez de Games, Gutierre, *El Victorial*, Madrid, Cátedra, [h. 1450] 1993.
- Dilthey, Wilhelm, *Dos escritos sobre hermenéutica: el surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*, Madrid, Istmo, 2000.
- Doglio, Maria Luisa, *Lettera e donna. Scrittura epistolare al femminile tra Quattro e Cinquecento*, Roma, Bulzoni Editore, 1993.
- Domínguez Flores, Maria Antonia, *Alonso de Contreras: Discurso de mi vida. Estudio y edición* (tesis de doctorado), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- Duque de Estrada, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor* (Ettinghausen, Henry ed.), Madrid, Castalia, [1646] 1982.
- Durán López, Fernando, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Ollero & Ramos Editores, 1997.
- “La autobiografía como fuente histórica. Problemas teóricos y metodológicos”, en *Memoria y Civilización (MyC)*, 5 (2002), pp. 153-187.
- Vidas de sabios: el nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, Madrid, CSIC, 2005.
- Eakin, Paul John, *Fictions in Autobiography. Studies in the Art of Self-Invention*, Princeton, Princeton University Press, 1985.

- “Autoinvención en la autobiografía: el momento del lenguaje”, en *Suplementos Anthropos*, 29 (1991), pp. 79-93.
- Living autobiographically. How We Create Identity in Narrative*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2008.
- Early Modern Autobiography: Theories, Genres, Practices* (Bedford, Ronald *et al.* eds.), University of Michigan Press, 2006.
- Ebner, D., *Autobiography in seventeenth-century England: theology and the self*, Michigan, Mouton, 1971.
- Elliot, J. H ed., *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Crítica, 1982.
- Emerson, Catherine, *Olivier de la Marche and the Rhetoric of Fifteenth-century Historiography*, Nueva York, Boydell Press, 2004.
- Enríquez de Guzmán, Alonso, *Libro de la vida y costumbres de D. Alonso Enríquez de Guzmán* (Keniston, Hayward ed.), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, [1547] 1960.
- Epistolario español. Cartas de sor María de Jesús de Ágreda y de Felipe IV* (Seco Serrano, Carlos ed.), vol. IV-V, Madrid, BAE, 1958.
- Erauso, Catalina de, *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, (Esteban, Ángel ed.), Madrid, Cátedra, [h. 1625] 2002.
- Ercilla, Alonso de, *La Araucana* (Lerner, Isaías ed.), Madrid, Cátedra, [1589] 1998.
- Escartí, V. J., *Memòria privada: literatura memorialística valenciana del segle XV al XVIII*, Valencia, Eliseu Climent, 1998.
- Escritura autobiográfica y géneros literarios* (Ledesma Pedraz, Manuela ed.), Jaén, Universidad de Jaén, 1999.
- Espejo Cala, Carmen, “El origen epistolar de las relaciones de sucesos en la Edad Moderna” en *La correspondencia en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar. Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*, (Sáez C. y Castillo Gómez eds.), vol. I, Madrid, 2002, pp. 157-167.
- “La circulación de las noticias en España a finales del siglo XVI. Relaciones de sucesos de Rodrigo de Cabrera (1595-1600) sobre las guerras turcas”, en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 21.1 (2015), pp. 89-103.

Espinel, Vicente, *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón en Novela picaresca* (Navarro Durán, Rosa ed.), vol. IV, Madrid, Biblioteca Castro, [1618] 2008.

Espino López, Antonio, *Guerra y cultura en la Época Moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001.

Esteban, Ángel, “Introducción” en Erauso, Catalina de, *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, Cátedra, Madrid, [h. 1625] 2002.

Estefanía, Dulce, “La autobiografía poética: un subgénero épico poco estudiado. Comienzo y final”, en *Cuadernos de Filología clásica. Estudios latinos*, 18 (2000), pp. 115-132.

Estévez Regidor, Francisco Aurelio, “El viaje como eje vertebrador en la relación soldadesca Vida de Domingo de Toral y Valdés”, en *Hispania Felix. Revista rumano-española de cultura y civilización de los Siglos de Oro*, vol. II. *Viajes y viajeros en el Siglo de Oro* (2011), pp. 83-94.

—“La cuestión autobiográfica. Teoría de un género a la luz de una relación de méritos”, en *RILCE*, 28.1, 2012, pp. 126-142.

—“Asedio genérico a las relaciones soldadescas del siglo de oro”, en *“Scripta manent”: actas del I Congreso Internacional Jóvenes investigadores Siglo de Oro, (JISO 2011)*, vol. X, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2012, pp. 173-184.

—“Consideraciones sobre algunos límites de la autobiografía y algún ejemplo del Siglo de Oro”, en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigáil y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 41-47.

Ettinghausen, Henry, “Alonso de Contreras: un épisode de sa vie et de sa Vida”, en *Bulletin Hispanique*, vol. 77 (1975), pp. 293-318.

—“Vida y autobiografía: los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada a la luz de nuevos documentos”, en *Boletín de la Real Academia Española*, 59 (1979), pp. 189-200.

—“Introducción”, en Duque de Estrada, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, Castalia, Madrid, [1646] 1982.

—“Introducción”, en Contreras, Alonso de, *Discurso de mi vida*, Bruguera, Barcelona, [1633] 1983.

—“The laconic and the Baroque: two seventeenth-Century Spanish soldier Autobiographers (Alonso de Contreras and Diego Duque de Estrada)”, en *Forum for modern language studies*, 26.3 (1990), pp. 204-211.

—*Noticias del siglo XVII: relaciones españolas de sucesos naturales y sobrenaturales*, Zaragoza, Puvill Libros, 1995.

Faci, Javier, “Una autobiografía medieval: la *Historia calamitatum*, de Pedro Abelardo”, en *Revista de Occidente*, 74-75 (1987), pp. 34-43.

Fagel, Raymond, “Alexander Farnese and Francisco Verdugo: the War in the North East”, en *Tiempos modernos*, 35.2 (2017), pp. 14-29.

Fernández, James D, *Apology to Apostrophe*, Durham-Londres, Duke University Press, 1992.

—“El legado de Lázaro. La primera persona narrativa en España”, en *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 4 (1999), pp. 67-72.

Fernández Álvarez, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols, Madrid, BAE, [1555] 1959.

Fleming, John V., “Medieval European Autobiography”, en *The Cambridge companion to autobiography* (DiBattista, Maria y Emily O. Wittman, eds.), Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 35-48.

Fox Morcillo, Sebastián, *De historiae Institutione Dialogus. Diálogo de la enseñanza de la historia*, en Antonio Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo*, Alcalá-Sevilla, Universidad de Alcalá-Servicio de Archivo y Publicaciones de la Diputación de Sevilla, 2000.

Frago Gracia, Juan Antonio, *El Quijote apócrifo y Pasamonte*, Madrid, Gredos, 2005.

Francisco, José María de y M^a de la Almudena Serrano, “El Capitán Alonso de Noguero. Un expediente personal de archivo (1622-1634) y su importancia histórica y administrativa”, en *Revista General de Información y Documentación*, 14.1 (2004), pp. 21-65.

- Frankl, Victor, *El "Antijovio" de González Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y del Manierismo*, Madrid, Ediciones cultura hispánica, 1963.
- Freeman, Mark, *Rewriting the Self. History, Memory, Narrative*, Nueva York, Routledge, 2016.
- Friedman, Edward H., "The picaresque as autobiography: story and history" en *Autobiography in Early Modern Spain* (Spadacini, Nicholas y Jenaro Taléns eds.), Minneapolis, The Prisma Institute, 1988, 119-127.
- Fuentes, María Jesús, "Querella o querellas de las mujeres: el discurso sobre la naturaleza femenina" en *Cuadernos Koré*, 1.1 (2009), pp. 11-27.
- Fulbrook, Mary y Ulinka Rublack, "In relation: the *Social Self* and egodocuments", en *German History*, 28.3, (2010), pp. 263-272.
- Galán, Diego, *Edición crítica de cautiverio y trabajos de Diego Galán* (Barchino Pérez, Matías ed.), Cuenca, Ediciones de Castilla-La Mancha, [1612-1648] 2001.
- Galende Díaz, Juan Carlos y Manuel Salamanca López, "Las misivas reales durante la segunda mitad del siglo XVI: historia, diplomática y cultura escrita a través de la correspondencia de la emperatriz María de Austria", en *IV Jornadas Científicas sobre Documentación de Castilla e Indias en el siglo XVI* (Francisco Olmos, José María et al. eds.), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 163-213.
- Gallego, Eugenio, "Flotante en la biografía", en *Revista de Occidente*, 74-75 (1987), pp. 45-59.
- Galván, Luis, "Autorreferencia y autonomía. Las vidas de soldados en la constitución del sistema literario moderno" en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigáil y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 49-69.
- Garcés, María Antonia, *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*, Madrid, Gredos, 2005.
- García, Carmen, "Los tratados de Teresa de Cartagena dentro de la evolución de la epístola", en *Quién hubiese tal ventura: Medieval Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond*, Londres, Departamento de Estudios Hispánicos Queen Mary y Westfield College, 1997, pp. 149-157.

García Berrio, Antonio y Javier Huerta Calvo, *Los géneros literarios. Sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1992.

García de la Concha, Víctor, *Nueva lectura del Lazarillo*, Madrid, Castalia, 1981.

García de Enterría, M. C., «Un memorial “casi” desconocido de Lope de Vega», en *Boletín de la Real Academia Española*, vol. 51 núm. 192 (1971), pp. 139-160.

—*Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*, Madrid, Taurus, 1973.

—*Literaturas marginadas*, Playor, Madrid, 1983.

—“La hagiografía popular barroca: entre lo maravilloso y lo fantástico”, en *DRACO*, 3-4 (1991-1992), pp. 191-204.

García de la Fuente, Víctor, “Relaciones de sucesos en forma de carta: estructura, temática y lenguaje” en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del primer coloquio internacional. Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995* (García de Enterría, M. C., Ettinghausen, H., Infantes, V. y Agustín Redondo eds.), Alcalá de Henares, Publications de La Sorbonne-Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996, pp. 177-184.

García Gual, Carlos, *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo, 1972.

García Jiménez, Antonio, “El *Viaje de Turquía*, el viaje iniciático de Bernardo de Quirós”, en *Lemir*, 20 (2016), pp. 533-546.

García Martín, Manuel, *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993.

García Salinero, F., “El *Viaje de Turquía*: los pros y los contras de la tesis Laguna”, en *BRAE*, 59 (1979), pp. 463-498.

García Santo-Tomás, Enrique, “Ruptured Narratives: Tracing Defeat in Diego Duque de Estrada’s *Comentarios del desengañado de sí mismo* (1614-1645)” en *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 17 (2011), pp. 78-98.

García-Alegre Sánchez, Genoveva, «La presencia de Julio César en los tratados españoles “De re militari” del siglo XVI», en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al professor Antonio Prieto*, (Maestre Maestre, José M^a, Pascual Perea, J. y Luis Charlo Brea eds.), vol. 4, Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos, 2010, pp. 1975-1981.

- García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-bibliografía de viajeros españoles. (Siglo XVI y XVII)*, Madrid, Ollero & Ramos Editores, 1998.
- Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*, Madrid, Ollero & Ramos Editores, 2004.
- Garibay y Zamalloa, Esteban, *Discurso de mi vida* (Moya, Jesús ed.), Bilbao, Universidad del País Vasco, [1594] 1999.
- Gastañaga Ponce de León, José Luis, *Caballero noble desbaratado. Autobiografía e invención en el siglo XVI*, Indiana, Purdue University Press, 2012.
- Gaucher, Elisabeth, *La biographie chevaleresque. Typologie d'un genre (XIII^e-XV^e siècle)*, París, Honoré Champion Editeur, 1994.
- Gaytán, Pedro, *Respuesta y defensa que hace Pedro Gaytán. Al cargo que le ha sido dado por parte de la Visita General d'este Estado de Milán*, en Giovanni “Avatares italianos de un soldado español con ambiciones literarias: Pedro Gaytan”, en *Revista del Departamento de Filología Moderna*, 4 (1993) pp. 139-147.
- Genette, Gerard, «Género, “tipos”, modos», en *Teoría de los géneros literarios* (Garrido Gallardo, M.A. ed.), Madrid, Arco Libros, 1988.
- Figuras V*, México D.F-Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Geninasca, Jacques, “Notas sobre la comunicación epistolar”, en *Revista de Occidente*, 95 (1989), pp. 65-80.
- Geremek, Bronislaw, *La estirpe de Caín. La imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII*, Madrid, Mondadori, 1991.
- Girard, A., *Le journal intime*, París, PUF, 1963.
- Goetz, Rainer H., *Spanish Golden Age Autobiography in Its Context*, Nueva York, Peter Lang, 1994.
- Gómez Moreno, Ángel, *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de Mio Cid a Cervantes)*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2008.
- Gómez Redondo, Fernando, “La crónica particular como género literario”, en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, vol. I, Salamanca, Biblioteca Española del Siglo XV, 1994, pp. 419-427.
- Historia de la prosa medieval castellana*, 4 vols., Madrid, Cátedra, 1998-2007.

Gómez-Moriana, A., “Autobiographie et discours rituel. La confession autobiographique au tribunal de l’Inquisition”, en *Poétique*, 56, (1983), pp. 444-460.

—“Narración y argumentación en el relato autobiográfico (ejemplos hispánicos)”, en *Ecrire sur soi en Espagne: modes et écarts*, Aix-en-Provence, Publications université de Provence, 1987, pp. 7-23.

González, Estebanillo, *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, (Spadaccini, Nicholas y Anthony N. Zahareas eds.), 2 vols., Madrid, Castalia, [1646] 1978.

González Castrillo, “La pérdida de la Goleta y Túnez en 1574, y otros sucesos de historia otomana, narrados por un testigo presencial: Alonso de Salamanca”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 3 (1992), pp. 247-286.

—“Cautivos españoles evadidos de Constantinopla en el siglo XVI”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 22 (2011), pp. 265-278.

González Hernández, Juan Carlos, “Marginación y picaresca en el proceso de cambio de la sociedad tradicional”, en *Homenaje a José Antonio Maravall (1911-1986)*, Valencia, Monografies del Consell Valencia de cultura, 1988, pp. 151-165.

González de León, Fernando, «“Doctors of the Military Discipline”: Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period», en *The Sixteenth Century Journal*, 27.1 (1996) pp. 61-85.

González Rolán, Tomás, “Diplomacia y Humanismo a finales del siglo XV: el cardenal extremeño Bernardino López de Carvajal”, en *Humanistas extremeños: de la fama al olvido* (Chaparro Gómez, César, Manuel Mañas Núñez y Delfín Ortega Sánchez), Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009, pp. 143-155.

—“Viaje imaginario y utopía: La difusión de *la Carta del Preste Juan* en la España del siglo XV”, en *Revista de Estudios Latinos*, 14 (2014), pp. 97-117.

González Sánchez, Carlos Alberto, *Homo viator, homo scribens: cultura gráfica, información y gobierno en la expansión atlántica, siglos XV-XVII*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2007.

Gonzalo García, “Relaciones de sucesos en las crónicas contemporáneas y en la ficción sentimental: interrelaciones genéricas”, en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del primer coloquio internacional. Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de*

- 1995 (García de Enterría, M. C., Ettinghausen, H., Infantes, V. y Agustín Redondo eds.), Alcalá de Henares, Publications de La Sorbonne-Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996, 185-202.
- Goodden, Angelica, *The Backward Look: Memory and Writing Self in France 1580-1920*, Nueva York, Routledge, 2017.
- Gracián de la Madre de Dios, Jerónimo, *Tratado de la redención de cautivos* (Bunes Ibarra, Miguel Ángel y Beatriz Alonso Acero eds.), Sevilla, Espuela de Plata, [1609] 2006.
- Green, Otis, “On Don Diego Duque de Estrada”, en *Hispania*, 15 (3), 1932, pp. 253-256.
- Greenspan, Kate, “Autohagiography and medieval women’s spiritual autobiography”, en *Gender and Text in the Later Middle Ages* (Chance, Jane ed.), Gainesville, University Press of Florida, 1996, pp. 216-236.
- Greyerz, Kaspar von, “Ego-documents: the last word?”, en *German History*, 28.3 (2010), pp. 273-282.
- Grosz, Viviana, “Fuentes autobiográficas de Don Luis de Carvajal el Mozo (1567-1596)”, en *Anuario de Letras. Lingüística y Filología*, 10 (1972), pp. 237-249.
- Guarino, Augusto, “Las huellas del asno. Presencia de Apuleyo en la narrativa española del siglo XVI”, en *Modelli, Memorie, Riscritture-Atti del Convegno Internazionale, Napoli-Cassino, 10-12 maggio 2000* (G. Grilli ed.), Nápoles, IUO, 2001, pp. 43-59.
- Guglielminetti, Marziano, *Memoria e scrittura. L’autobiografia da Dante a Cellini*, Torino, Piccola Biblioteca Einaudi, 1977.
- Guillén, Claudio, “Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco”, en *Homenaje a Rodríguez-Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, pp. 221-231.
- Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona, Crítica, 1985.
- “Al borde de la literariedad: literatura y epistolaridad”, en *Tropelías*, 2 (1991), pp. 71-92.
- “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”, en *Revista de Occidente*, 197 (1997), pp. 76-98.
- “Para el estudio de la carta en el Renacimiento”, en *La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro* (López Bueno, Begoña, ed.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 101-127.

Gunia, Inke, “Las autobiografías auténticas de la época: Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida* (1630/1633/164?) y Diego Duque de Estrada, *Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados y elección del mejor de ellos: Vida del mismo autor* (164?) (con una breve mirada a la *Vida*, 1743, de Torres Villarroel)”, en *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2008a, pp. 391-409.

Gurkin Altman, J., *Epistolarity: Approaches to a Form*, Columbus, Ohio State University Press, 1982.

Gusdorf, Georges, “Condiciones y límites de la autobiografía”, en *Suplemento Anthropos*, 29 (1991a), pp. 9-18.

—*Lignes de Vie. I: Les Ecritures de Moi. II: Auto-Biographie*, 2 vols., París, Éditions Odile Jacob, 1991b.

Gyatso, Janet, *Apparitions of the self: The secret autobiographies of a Tibetan visionary*, Delhi, Motilal Banarsidass, 2001.

Hahn, Juergen, “El capitán cautivo: the soldier’s truth and literary precept in *Don Quijote*, part I”, en *Journal of Hispanic Philology*, 3 (1979), pp. 269-303.

Haley, George, *Vicente Espinel and Marcos de Obregón: a life and its literary representation*, Providence, Brown University Press, 1959.

Haley, George y M. Bataillon, “Ficción, realidad y autobiografía. Los casos de Marcos de Obregón y Estebanillo González”, en *Historia y crítica de la literatura española*, Vol. III. *Siglos de Oro: Barroco*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 508-516.

Harari, Yuval Noah, *Renaissance Military Memoirs. War, History and Identity. 1450-1600*, Woodbridge, The Boydell Press, 2004.

Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo: crónica del siglo XV (Mata Carriazo, Juan de, ed.), Granada, Universidad de Granada-Marcial Pons, [1471] 2009.

Her Own Life: autobiographical writings by seventeenth-century Englishwomen, (Graham, Elspeth, et al., eds.), Londres-Nueva York, Routledge, 2003.

Hernando, Almudena, *Arqueología de la identidad*, Madrid, Akal, 2002.

—*La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2012.

- Herpoel, Sonja, *A la zaga de Santa Teresa. Autobiografías por mandato*, Amsterda-Atlanta, Rodopi, 1999.
- Herrero, Miguel Ángel, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966.
- Herrero Massari, José Manuel, *Libros de viajes de los siglos XVI y XVII en España y Portugal: lecturas y lectores*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999.
- Heusch, Carlos, “De la biografía al debate: espejismos caballerescos en el *Victorial* de Gutierre Díaz de Games”, en *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 16 (2010), pp. 308-327.
- Hindmarsh, D. Bruce, *The evangelical conversion narrative: Spiritual Autobiography in Early Modern England*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- Historia de la historiografía española* (Andrés-Gallego, J., coord.), Madrid, Encuentro Ediciones, 2003.
- Homenaje a Henri Guerreiro: La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro* (Vitse, Marc ed.), Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- Howe, Elizabeth Teresa, *Autobiographical Writing by Early Modern Hispanic Women*, Londres-Nueva York, Routledge, 2015.
- Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto* (Maestre Maestre, José M^a, Pascual Parea, Joaquín y Luis Charlo Brea eds.), vol. IV, Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos, 2010,
- Ignacio de Loyola, *El peregrino* (Rambla Blanch, Josep Maria, ed.), Bilbao-Santander, El Mensajero-Sal Terrae, [1553-1555] 2011.
- Infantes, Víctor, “La narrativa del Renacimiento: estado de las cuestiones”, en *La invención de la novela* (Canavaggio, Jean ed.), Madrid, 1999, pp. 13-48.
- Interpreting the self: Autobiography in the Arabic literary tradition* (Reynolds, Dwight F., ed.), Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 2001.
- Irigoyen-García, Javier, “El espacio doméstico como espacio épico en la Vida de Miguel de Castro”, en *Hispanófila*, 151 (2008), pp. 21-35.
- Irving, Leonard A., *Los libros del conquistador*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1959.

Isaba, Marcos, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, Madrid, Ministerio de Defensa, [1594] 1991.

Jacobs, Beverly Sue, *Life and Literature in Spain: Representative Autobiographic Narratives from the Middle Ages to 1633* (tesis de doctorado), Nueva York, Universidad de Nueva York, 1975.

—“Social Provocation and Self-Justification in the Vida of Captain Alonso de Contreras”, en *Hispanic Review*, 51.3 (1983), pp. 303-319.

Jauralde Pou, “El público y la realidad histórica de la literatura española de los siglos XVI y XVII”, en *Edad de Oro*, 1 (1982), pp. 55-64.

Jelinek, Estelle C, *The tradition of women's autobiography. From Antiquity to the present*, Boston, Twayne, 1986.

Jesús de Ágreda, María de, *Cartas de sor María de Jesús de Ágreda y de Felipe IV* (Seco Serrano, Carlos ed.), Madrid, Atlas, 1958.

Jones R. O., *Historia de la literatura española. Siglo de Oro: prosa y poesía*, Ariel, Barcelona, 1981.

Joyce, Ellen, “Scribal Performance and Identity in the Autobiographical Visions of Otloh of St. Emmeram”, en *Essays in Medieval Studies*, 22.1 (2005), pp. 95-106.

Juárez Almendros, Encarnación, “El papel de las ropas en las autobiografías de soldados del Siglo de Oro”, en *Memoria de la palabra: actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Burgos-La Rioja 15-19 de julio 2002* (Domínguez Matito, Francisco y María Luisa Lobato eds.), vol. 2, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2004, pp. 1109-1119.

—“Quevedo, Contreras, Duque de Estrada y sus conceptos del Mediterráneo”, en *La Perinola*, 10 (2006a), pp. 361-382.

—*El cuerpo vestido y la construcción de la identidad en las narrativas autobiográficas del Siglo de Oro*, Támesis, Woodbridge, 2006b.

Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma clásica al mundo actual (Moreno Hernández, Antonio ed.), Madrid, UNED, 2010.

- Kafadar, Cemal, “Self and Others: The Diary of a Dervish in Seventeenth Century Istanbul and First-Person Narratives in Ottoman Literature”, en *Studia Islamica*, 69 (1989), pp. 121-50.
- Kagan, Richard L., *Los cronistas de la corona*, Madrid, Centro de estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia, 2010.
- Students and Society in Early Modern Spain*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2019.
- Kantor, Jonathan, “A psycho-historical source: the Memoirs of abbot Guibert of Nogent”, en *Journal of medieval history*, 2.4 (1976), pp. 281-303.
- Knecht, Robert J., “Military Autobiographies in Sixteenth Century France”, en *World Literature and the Arts in Sixteenth Century Europe* (Mulryne, J.R. y Margaret Shewring ed.), Nueva York, Palgrave Macmillan, 1989, pp. 3-21.
- “The sword and the pen: Blaise de Monluc and his *Commentaires*”, en *Renaissance Studies*, 9.1 (1995), pp. 104-118.
- Kohut, Karl, “Las primeras crónicas de Indias y la teoría historiográfica”, en *Colonial Latin American Review*, 18.2 (2009), pp. 153-187.
- Kupert-Tsur, Nadine, *Se dire à la Renaissance. Les Mémoires au XVI^e Siècle*, París, Vrin, 1997.
- “Le moi, sujet de l'Histoire”, en *Nouvelle Revue du XVI^e Siècle*, 19.1. *L'écriture de l'histoire* (2001), pp. 63-81.
- La Biographie dans le monde hispanique (XVI^e-XX^e siècles)*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2000.
- La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro* (López Bueno, Begoña, ed.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.
- La picaresca: orígenes, textos y estructuras*, (Criado de Val, Manuel ed.), Madrid, Fundación universitaria española, 1979.
- Lacarra, M. J., “Género y recepción de las Memorias de Leonor López de Córdoba (1362/1363-1430)”, en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval: Universidad de León: 20 al 24 de septiembre de 2005* (López Castro,

- Armando y M. L. Cuesta Torre eds.), vol. II, León, Universidad de León, 2007, pp. 731-741.
- Lama de la Cruz, Víctor, “Los viajes a Tierra Santa en los Siglos de Oro: entidad y fortuna de un género olvidado”, en *Revista de Filología Española*, 99, 1 (2019), pp. 89-112.
- Langford R. y R. West, “Introduction: Diaries and Margins”, en *Marginal voices, marginal forms: diaries in European literature and history*, (Langford, R. y R. West, eds.), Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 1999, pp. 6-21.
- Lapesa, Rafael, *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1971.
- Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del primer coloquio internacional. Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995* (García de Enterría, M. C., Ettinghausen, H., Infantes, V. y Agustín Redondo eds.), Alcalá de Henares, Publications de La Sorbonne-Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996.
- Laspéras, Jean-Michel, “Los libros de Bernardino de Mendoza (1540 [41]-1604)”, en *Bulletin hispanique*, 99.1 (1997), pp. 25-39.
- Lawrance, J. N. H., “Nuevos lectores y nuevos géneros: apuntes y observaciones sobre la epistolografía en el primer Renacimiento español”, en *Literatura en la época del Emperador* (García de la Concha, Víctor ed.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988, pp. 81-99.
- Lázaro Carreter, Fernando, “La ficción autobiográfica en el Lazarillo de Tormes”, en *Litterae Hispanae et Lusitanae*, Munich, Max Hueber Verlag, 1968, pp. 195-213.
- Le portrait dans la littérature* (Voghel, F. ed.), Bruselas, André de Roche Éditeur, 1978.
- Ledesma Pedraz, Manuela, “Cuestiones preliminares sobre el género autobiográfico y presentación”, en *Escritura autobiográfica y géneros literarios* (Ledesma Pedraz, Manuela ed.), Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 9-20.
- Lehmann, Paul, *Moines et démons: Autobiographie et individualité au Moyen Âge (VII^e - XIII^e siècle)*, Ginebra, Droz, 2014.
- Lejeune, Philippe, “El pacto autobiográfico”, en *Suplementos Anthropos*, 29 (1991), pp. 47-61.
- El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.

—“Los inventarios de textos autobiográficos”, en *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 2, (1997), pp. 9-18.

—“Definir la autobiografía”, en *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 5, (2001), pp. 9-18.

Leleu, M., *Les journaux intimes*, París, Presses Universitaires de France, 1952.

Levisi, Margarita, *Autobiografías de soldados del Siglo de Oro*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1984.

—“Golden Age Autobiography: the Soldiers”, en *Autobiography in Early Modern Spain* (Spadacini, Nicholas y Jenaro Taléns eds.), Minneapolis, The Prisma Institute, 1988, pp. 97-117.

—“Las aventuras de Diego Galán”, en *Boletín de la biblioteca de Menéndez Pelayo*, vol. 65 (1989), pp. 109-137.

—“Hacia una historia de la autobiografía española: un texto de Felipe IV”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, 66 (1989), pp. 119-128.

Lida de Malkiel, M^a Rosa, *La originalidad artística de la Celestina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962.

Life/lines: Theorizing women's autobiography (Brodzki, Bella y Celeste Schenck eds.), Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2019.

López de Córdoba, Leonor, *Memorie* (Vozzo Mendia, Lia) Parma, Pratiche Editrice, [h. 1412] 1992.

López Díez, Patricia y Carlos Pérez Hernando, “Un nuevo enfoque sobre la Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes”, en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 2. *Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna* (Núñez Rivera, Valentín y Raúl Díaz Rosales eds.), Universidad de Huelva, 2018, pp. 91-103.

López de Estrada, Francisco, “La epístola entre la teoría y la práctica de la comunicación”, en *La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro* (López Bueno, Begoña, ed.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 27-60.

López Grigera, Luisa, “Sobre el realismo literario del Siglo de Oro”, en *Actas del VIII congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, pp. 201-209.

Loureiro, Ángel G., “Problemas teóricos de la autobiografía”, en *Suplementos Anthropos*, 29 (1991), pp. 2-8.

—“Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en *Escritura autobiográfica* (Romera, José, et al. eds.), Madrid, Visor, 1993, pp. 33-47.

—*Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*, Madrid, Postmetropolis editorial, 2016.

Lozano-Renieblas, Isabel, *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica*, Kassel, Reichenberger, 2003.

Madroñal Durán, Abraham, “Un amigo del capitán Alatríste. Noticia del auténtico don Diego Duque de Estrada”, en *Antes se agotan la mano y la pluma que su historia: Homenaje a Carlos Alvar* (Constance Carta et al. coord.), 2 (2016), pp. 1521-1540.

Majuelo Apiñániz, Miriam, *Teresa de Cartagena. La obra de una mujer castellana del siglo XV* (tesis de doctorado), Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 2008, pp. 189-202 y 475-479.

Mandingorra Llavata, María Luz, “La configuración de la identidad privada: diarios y libros de memorias en la Baja Edad Media”, en *Historia. Instituciones. Documentos*, 29 (2002), pp. 217-236.

Manero Sorolla, M^a Pilar, “Diálogos de carmelitas. Libro de recreaciones de María de san José”, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona 21-26 de agosto de 1989* (Vilanova, Antonio coord.), 1 (1992), pp. 501-516.

—“Visionarias reales en la España áurea”, en *Images dela femme en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles* (Redondo, Agustín ed.), Paris, Publications de la Sorbonne, 1994.

—“Sor María de Jesús Agreda y el providencialismo político de la casa de Austria”, en *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico María de Zayas*, Isabel Rebeca Correa. *Sor Juana Inés de la Cruz* (Bosse, Monika et al. eds.), Kassel, Reichenberger, 1999.

—“Santa Teresa y Felipe II”, en *Actas del V congreso de la asociación internacional del Siglo de Oro* (Strosetzki, Christoph ed.), Münster, Iberoamericana-Vervuert, 1999.

—“La peregrinación autobiográfica de Anastasio-Jerónimo (Gracián de la Madre de Dios)”, en *Revista de literatura*, 63.125 (2001), pp. 21-37.

- Maravall, José Antonio, “Sobre naturaleza e historia en el Humanismo español”, en *Arbor*, 18 (1951), pp. 469-493.
- Marcus, Mordecai, “What Is an Initiation Story?”, en *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 19. 2 (1960), pp. 221-228.
- Mariscal, Blanca L., “El viaje en el imaginario español de los Siglos de Oro”, en *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, 7 (1999), pp. 195-223.
- Markrich, William L., *The Viaje de Turquía: a study of its sources, authorship and historical background*, Berkeley, Universidad de California, 1955.
- Márquez Villanueva, “La vocación literaria de santa Teresa”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 32.2, (1983), pp. 523-553.
- “Literatura bufonesca o del loco”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 34.2 (1985-1986), pp. 501-528.
- Martín Baños, Pedro, *El arte epistolar en el Renacimiento europeo (1400-1600)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2005a.
- “La carta en el Renacimiento y el Barroco. Guía bibliográfica”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo IV. *Cultura epistolar en la alta Edad Moderna. Usos de la carta y de la correspondencia entre el manuscrito y el impreso* (Bouza, Fernando coord.), Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2005b, pp. 187-201.
- Martín Cordero, Juan, “Vida y sucesos varios que en mi vida me han acontecido desde el día que nací”, en Martí Grajales, Francisco, *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, [1588] 1927, pp. 128-169.
- Martín Jiménez, Alfonso, “Cervantes versus Pasamonte (“Avellaneda”): crónica de una venganza literaria”, en *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 3 (2004), pp. 1-30.
- Cervantes y Pasamonte. Le réplica cervantina al Quijote de Avellaneda*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- “Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: La Vida de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros*”, en *Bulletin of the Cervantes Society of America*, 25.1 (2006), pp. 105-157.

—“*El Buscón* de Quevedo, la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda”, en *La Perinola*, 12 (2008), pp. 123-144.

—“Estudio preliminar”, en Pasamonte, Jerónimo de, *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (Sánchez Ibáñez J. A. y Alfonso Martín Jiménez eds.), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015.

Martín Romero, José Julio, “El condestable Miguel Lucas en su *Crónica*”, en *Revista de Filología Española*, 91. 1 (2011), pp. 129-158.

Martínez, Miguel, «Género, imprenta y espacio social: una “poética de la pólvora” para la épica quinientista», en *Hispanic Review*, 79.2, (2011), pp. 163-187.

—“La vida de los héroes: épica y autobiografía en el Mediterráneo Habsburgo”, en *Calíope: Journal of the Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry*, 19.1 (2014), pp. 103-128.

—*Front Lines: Soldiers Writing in the Early Modern Hispanic World*, Philadelphia, University of Philadelphia Press, 2016.

—“Vidas de soldados: la escritura amotinada”, en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigail y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 85-99.

Martínez Hernández, Santiago, “Significación y trascendencia del género epistolar en la política cortesana: la correspondencia inédita entre la infanta Isabel Clara Eugenia y el Marqués de Velada”, en *Hispania*, 217 (2004a), pp. 467-514.

—“Memoria y escritura privada en la cultura nobiliario-cortesana del Siglo de Oro: Los Papeles del Marqués de Velada”, en *Península, Revista de Estudios Ibéricos*, 1 (2004b), pp. 395-422.

Martos, Josep Lluís, “Juan Martín Cordero en Flandes: Humanismo, mecenazgo e imprenta”, en *Revista de Filología Española*, 95 (2015), pp. 75-96.

Mas, Albert, *Les Turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or (Recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, 2 vols. París, Institut d'études hispaniques, 1967.

Mascarell, Purificació, “Lazarillos y metamorfosis. Estudio de las relaciones entre *El asno de oro*, el *Lazarillo de Tormes* y su segunda parte”, en *Lemir*, 15 (2011), pp. 271-284.

- Mascuch, Michael, Dekker, Rudolf y Arianne Baggerman, “Egodocuments and history: A short account of the Longue Durée”, en *Historian*, 78.1 (2016), pp. 11-56.
- Maurizi, Françoise, “La teatralización del soldado a fines del siglo XV en Lucas Fernández”, en *Criticón*, 66-67 (1996), pp. 287-305.
- May, Georges, *La autobiografía*, México D.F., FCE, 1982.
- Mejía Ruiz, Carmen y M. Victoria Navas Sánchez-Élez, *El oriente maravilloso y exótico. Dos relatos de viajes*, Bucarest, Cartea Universitara, 2007.
- Mendes Pinto, Fernão, *Las peregrinaciones* (Mahieu, José Agustín, ed.), Madrid, Alfaguara [1614] 1982.
- Mendieta, Eva, *En busca de Catalina de Erauso: identidades en conflicto en la Vida de la monja alférez*, Castellón de la Plana, Publicaciones de la Universidad Jaume I, 2010.
- “Catalina de Erauso -the Lieutenant Nun- at the Turn of the Twenty-first Century”, en *Women on the Edge in Early Modern Europe* (Hopkins, Lisa y Aidan Norrie eds.), Amsterdam, Amsterdam University Press, 2019, pp. 227-246.
- Mendoza, Bernardino de, *Comentarios de lo sucedido en las Guerras de los Países Bajos* (Cortijo Ocaña, Antonio y Ángel Gómez Moreno eds.), Madrid, Ministerio de Defensa, [1592] 2008.
- Mestre Sanchís, Antonio, “La carta, fuente de conocimiento histórico”, en *Revista de Historia Moderna*, 18 (2000), pp. 13-26.
- Miñana, Rogelio, *La verosimilitud en el Siglo de Oro: Cervantes y la novela corta*, Newark-Delaware, Miñana, 2002.
- Misch, Georg, *A history of autobiography in antiquity*, vol I, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1950.
- Mitre Fernández, Emilio, “La historiografía sobre la Edad Media”, en *Historia de la historiografía española* (Andrés-Gallego, José y José María Blázquez coord.), Madrid, Encuentro ediciones, 2003.
- Molina Martínez, Miguel, “El soldado cronista y su impresión del mundo indígena (el caso de Nueva España)”, en *Anuario de Estudios Americanos*, 41, (1984), pp. 291-313.

- Molino, Jean, “Strategies de l’autobiographie au siècle d’or”, en *L’Autobiographie dans le monde hispanique*, París, Centre de Recherches Hispaniques de l’université de Provence, 1980, pp. 115-137.
- Moll, Jaime, “Diez años sin licencia para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla 1625-1634”, en *Boletín de la Real Academia Española*, LIV (1974), pp. 97-103.
- Monga, Luigi, “El viaje a Italia en las obras de Cervantes: ¿ficción o autobiografía?”, en *Aldaba: revista del Centro Asociado a la UNED de Melilla*, 28 (1996), pp. 499-510.
- Montáñez Matilla, María, *El correo en la España de los Austrias*, Madrid, CSIC, 1956.
- Mora Valcárcel, Carmen de, “Mestizaje literario y elementos novelescos en los *Naufragios*”, en *Andalucía y América en el siglo XVI: actas de las II Jornadas de Andalucía y América: Universidad de Santa María de la Rábida, marzo 1982* (Torres Ramírez, Bibiano y José Hernández Polomo eds.), vol. II, Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1983, pp. 347-364.
- Mordenti, Raul, *I libri di famiglia in Italia. II: Geografia e Storia*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2001.
- Morel-Fatio, Alfred, “Soldats espagnols du XVIIIè siècle”, en *Bulletin Hispanique*, 3 (1901), pp. 135-158.
- Moreno Hernández, Antonio, “Recepción textual y literaria de la obra de Julio César: bases bibliográficas para el estudio de su pervivencia en España”, en *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma clásica al mundo actual* (Moreno Hernández, A., ed.), Madrid, UNED, 2010, pp. 529-558.
- Morris, Colin, *The Discovery of the Individual, 1050-1200*, Londres, Universidad de Toronto, 1987.
- Moseley, Marcus, *Being for myself alone: Origins of Jewish autobiography*, Standford, Stanford University Press, 2005.
- Moya, Jesús, *Las máscaras del Santo. Subir a los Altares antes de Trento*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.
- Muñoz de San Pedro, Miguel., *Diego García de Paredes, Hércules y Sansón de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946.

- “Documentación familiar de Diego García de Paredes”, en *Revista de estudios extremeños*, 12 (1956), pp. 3-58.
- “Documentación histórica de Diego García de Paredes”, en *Revista de estudios extremeños* 5 (1949), pp. 303-337.
- Navarro Bonilla, Diego, *Del corazón a la pluma. Archivos y papeles privados femeninos en la Edad Moderna*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004.
- Navarro Durán, Rosa, “Las epístolas de Francisco de Aldana: diversificaciones del canon”, en *La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro* (López Bueno, Begoña, ed.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 199-220.
- Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes*, Madrid, Gredos, 2003a.
- “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés, Atalaya, 2003b.
- “Datos sobre Avellaneda en el texto del Quijote”, en *Boletín de la Real Academia Española*, 85 (2005), pp. 505-527.
- “Introducción”, en *Novela picaresca*, (Navarro Durán, Rosa, ed.), vol. IV. *Relaciones de la vida del escudero Marcos y Obregón. La vida y hechos de Estebanillo González*, Madrid, Biblioteca Castro, 2008, pp. xi-cix.
- Pícaros, ninfas y rufianes. La vida airada en la Edad de Oro*, Madrid, Edaf, 2012.
- “El espacio literario como lugar de comunicación: la escritura en libertad de Teresa de Jesús”, en *CECIL (Cahiers d'études des Cultures ibériques et latino-américaines)*, 3 (2017a), pp. 75-86.
- «“Escribiendo esto estoy”: el texto sin márgenes de Teresa de Jesús», en *Santa Teresa o la llama permanente. Estudios históricos, artísticos y literarios* (Borrego, Esther y Jaime Olmedo dirs.), Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2017b, pp. 323-341.
- “El Retrato de la Lozana andaluza, una novela en clave”, en *BEOIBERÍSTICA-Revista de Estudios Ibéricos, Latinoamericanos y Comparativos*, 1.1 (2017c), pp. 65-80.
- Naylor, Eric W., “La encomienda del capitán Contreras”, en *Revista de Filología Española*, 80 (1970), pp. 305-308.
- Nieto de Silva, Félix, *Memorias de don Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón* (Cánovas del Castillo ed.), Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1888.

- Norton, F.J., “Las primeras manifestaciones periodísticas en España: una carta de noticias orientales impresa en Valencia (1517?)”, en *Libro-Homenaje a Antonio Pérez Gómez*, vol. II., Valencia, La fonte que mana y corre, 1978, pp. 107-112.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Los naufragios* (Pupo-Walker, ed.), Madrid, Castalia, [1542] 1992.
- Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco, *Cautiverio feliz*, Santiago de Chile, Editorial universitaria, [1673] 1982.
- Olney, James, *Metaphors of Self. The Meaning of Autobiography*, Princeton University Press, Princeton, 1972.
- “Some Versions of Memory/Some Versions of Bios: the Ontology of Autobiography”, en *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980a, pp. 236-267.
- “Autobiography and the Cultural Moment: A Thematic Historical and Bibliographical Introduction”, en *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980b, pp. 3-28.
- Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, Madrid, Miraguano, [1614] 1993.
- Ortega y Gasset, José, “Aventuras de un capitán español”, en Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Vol. IV, Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente, 1983, pp. 492-512.
- Ortolà, Marie-Sol, *Un estudio del Viaje de Turquía. Autobiografía o ficción*, Londres, Tàmesis, 1983.
- Ott, Olivier, “Autobiographie et première biographie d’Ignace de Loyola, essai d’imaginaire compare”, en *La Biographie dans le monde hispanique (XVI^e-XX^e siècles)*, Saint-Étienne, Publications de l’Université de Saint-Étienne, 2000, pp. 13-45.
- Otte, Enrique, *Cartas privadas de emigrantes a Indias 1540-1616*, México D.F., FCE, 1996.
- Pachet, Pierre, *Les baromètres de l’âme. Naissance de journal intime*, París, Hatier, 1990.
- Palacios, Belinda, “El Huérfano: un fraile, soldado y poeta en las letras hispánicas” en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigáil y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 115-129.

- Pancrazio, James J., “Transvested Autobiography: Apocrypha and the Monja Alférez”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, 78.4 (2001), pp. 455-473.
- Pardo, José Luis, *La intimidad*, Valencia, Pre-Textos, 2013.
- Paredes, Diego García de, “Suma de las cosas que acontecieron a Diego García de Paredes y de lo que hizo, escrita por él mismo cuando estaba enfermo del mal [de] que murió”, en Sánchez Jiménez, Antonio, *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura del siglo XVI*, Newark, Juan de la Cuesta, 2006, pp. 33-88.
- Parker, Alexander A., “El concepto de verdad en el Quijote”, en *Revista de Filología Española*, 32 (1948), pp. 1-19.
- Parker, Geoffrey, *El ejército de Flandes y el camino español*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.
- Parker, Geoffrey y Angela Parker, *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*, Madrid, Akal, 1991.
- Pasamonte, Jerónimo de, *Vida y trabajos de Geronimo de Passamonte* (Foulché-Delbosc, R. ed.), en *Revue Hispanique*, 55 (1922), pp. 311-446.
- Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* (Sánchez Ibáñez, J. A. y Alfonso Martín Jiménez eds.), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015.
- Pascal, Roy, *Design and Truth in Autobiography*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1960.
- Paz y Meliá, A., “Introducción”, en *Vida del soldado español Miguel de Castro escrita por él mismo (1593-1611)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2013, pp. 29-37.
- Pedro Abelardo, *Historia de mis desventuras* (José María Cigüela ed.), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.
- Pelorson, Jean-Marc, “Le routier du capitaine Alonso de Contreras”, en *Bulletin Hispanique*, 68 (1966), pp. 391-394.
- “Lope de Vega et Alonso de Contreras: une mise au point à propos de *El rey sin reino*”, en *Bulletin Hispanique*, 72 (1970), pp. 251-276.
- Peña Tristán, María Luisa, *La esclavitud en la literatura española de los Siglos de Oro* (tesis de doctorado), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2012.
- Percas de Ponseti, Helena, *Cervantes y su concepto del arte. Estudio crítico de algunos aspectos y episodios del Quijote*, Madrid, Gredos, 1975.

- Pereyra, Carlos, “Soldadesca y picaresca”, en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*: año 9 (1927), pp. 352-361; año 1 (1928), pp. 74-96; año 10 n° 2 (1928), pp. 150-163; año 10 n° 3 (1928), pp. 242-250.
- Pérez, Antonio, *Relaciones y cartas*, 2 vols., Madrid, Turner, 1986.
- Pérez, Ezequiel, “Territorios del discurso. Representaciones del Reino de Chile en Pedro de Valdivia y Jerónimo de Vivar (1545-1558)”, en *CELEHIS*, 27.35 (2018), pp. 65-78.
- Pérez, Joseph, “La crisis del siglo XVII”, en *Edad de Oro*, 1 (1982), pp. 35-42.
- Pérez de Ayala, Martín, *Discurso de la vida del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Martín de Ayala, arzobispo de Valencia, escrito por él mismo* en Pérez de Ayala, M. y P. González de Mendoza, *El concilio de Trento*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, [1566] 1947, pp. 9-73.
- Pérez Priego, Miguel Ángel, “Estudio literario de los libros de viajes medievales”, en *Epos: Revista de filología*, 1 (1984), pp. 217-239.
- Pérez Villanueva, Sonia, “Historia de la Monja Alférez: ¿escrita por ella misma?”, en *Memoria de la palabra: Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro, Burgos-La Rioja 15-19 de julio 2002* (Domínguez Matito, Francisco y María Luisa Lobato López coords.), Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2004, pp. 1442-1452.
- Petrucci, Armando, *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Picard, Hans Rudolf, “El diario como género entre lo íntimo y lo público”, en *1616*, 4 (1981), págs. 115-122.
- Pieper, Renate, “Cartas de nuevas y avisos manuscritos en la época de la imprenta. Su difusión de noticias sobre América durante el siglo XVI”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo IV. *Cultura epistolar en la alta Edad Moderna. Usos de la carta y de la correspondencia entre el manuscrito y el impreso* (Bouza, Fernando coord.), Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 83-94.
- Pierce, Frank, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1968.
- Pittarello, Elide, “Vite da romanzo: modelli di autobiografia mondana nel *Siglo de Oro*”, en *Annali di ca'Foscari*, 28.4 (1989), pp. 7-25.

- Political autobiographies and memoirs in antiquity* (Marasco, Gabriele, ed.), Leiden-Boston, Brill, 2011.
- Ponce de la Fuente, Constantino, *Confesión de un pecador y escritos devocionales de fray Luis de Granada* (Aspe Ansa, María Paz ed.), Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca, [1547] 1988.
- Pontón, Gonzalo, *Correspondencias. Los orígenes del arte epistolar en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- Pope, Randolph D., *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Frankfurt, Herbert Lang Bern, 1974.
- Porqueras Mayo, Alberto, *El problema de la verdad poética en el Siglo de Oro*, Madrid, Ateneo, 1961.
- Postigo Castellanos, Elena, “Notas para un fracaso: la convocatoria de las órdenes militares. 1640-1645”, en *Las órdenes militares en el mediterráneo occidental. Siglos XIII-XVIII*, Madrid, Casa de Velásquez-Instituto de Estudios Manchegos, 1989.
- Poutrin, Isabelle, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velásquez, 1995.
- Pozuelo Yvancos, José María, *Poética de la ficción*, Madrid, Síntesis, 1993.
- De la autobiografía: teoría y estilos*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Puddu, Raffaele, *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- Pupo-Walker, Enrique, “Introducción”, en Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Los naufragios*, Madrid, Castalia, [1542] 1992, pp. 15-176.
- Quevedo, Francisco de, *La vida del Buscón* (Lázaro Carreter, Fernando ed.), Barcelona, Crítica, [1626] 1993.
- Rak, Julie, “Are memoirs autobiography? A consideration of genre and public identity”, en *Genre-University of Oklahoma*, 37 (2004), pp. 305-326.
- Rascón García, Elisabeth M., “El retrato de Diego Duque de Estrada a través de sus *Comentarios*” en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 2. *Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna* (Núñez Rivera, Valentín y Raúl Díaz Rosales eds.), Universidad de Huelva, 2018, pp. 105-112.

—“La batalla de las letras en la vida de Diego Duque de Estrada” en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigail y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 115-129.

Redondo, Agustín, “Devoción tradicional y devoción erasmista en la España de Carlos V. De la *Verdadera información de la Tierra Santa* de Fray Antonio de Aranda al *Viaje de Turquía*”, en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 391-416.

—*Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007.

Reichardt, Dosis, “The Constitution of Narrative Identity in Seventeenth-Century in England, 1591-1791”, en *Early Modern Autobiography: Theories, Genres, Practices* (Bedford, Ronald *et al.* eds.), University of Michigan Press, 2006, pp. 115-131.

Relato de viajes y literaturas hispánicas (Peñate Rivero, Julio ed.), Madrid, Visor, 2004.

Rey de Artieda, Andrés, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro* (Vilanova, Antonio ed.), Barcelona, Selecciones bibliófilas, [1605] 1955.

Rey Hazas, Antonio, “Introducción a la novela del Siglo de Oro I”, en *Edad de Oro*, 1 (1982), pp. 65-105.

Rico, Francisco, “Sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de Buen Amor*”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 4 (1967) pp. 301-326.

—“Nuevos apuntes sobre la carta de Lázaro de Tormes”, en *Serta philologica F. Lázaro Carreter. Natalem diem sexagesimum celebranti dicata* (Alarcos, Emilio *et al.* eds.), vol. II, Madrid, Cátedra, 1983, 413-425.

—*Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, Seix Barral, 1991.

—*La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 2000.

Ricoeur, Paul, *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

Riquer, Martín de, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988.

Rivera-Garretas, María Milagros, “La querrela de las mujeres”, en *Política y cultura*, 6 (1996), pp. 25-39.

Rodríguez, Juan Carlos, *La literatura del pobre*, Granada, Comares, 1994.

- Rodríguez Fernández, Mario, “Bernal Díaz del Castillo y su concepto de verdad y realidad”, en *Anales de la Universidad de Chile*, 137 (1966), pp. 17-34.
- Rodríguez Fontela, María de los Ángeles, *La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al “Bildungsroman” desde la narrativa hispánica*, Kassel, Reichenberger, 1996.
- Rodríguez López-Vázquez, Alfredo, “El Viaje de Turquía y Alonso de Santa Cruz”, en *Lemir*, 21 (2017), pp. 339-358.
- Rodríguez Ortega, Davinia, “Catalina de Erauso: Peripecias de una Monja en la Guerra del Arauco”, en *Studia Neophilologica*, 90 (1), 2018, 111-125.
- Rodríguez Rodríguez, Ana Maria, *Letras liberadas. Cautiverio, escritura y subjetividad en el Mediterráneo de la época imperial española*, Madrid, Visor, 2013.
- Rodríguez Velasco, Jesús D., *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.
- Rodríguez-Moñino, Antonio, “La carta de Cervantes al cardenal Sandoval y Rojas”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 16 (1962), pp. 81-89.
- Rollin, Bernard E., “Naturaleza, convención y teoría del género”, en *Teoría de los géneros literarios* (Garrido Gallardo, Miguel ed.), Madrid, Arco Libros, 1988, pp. 129-154.
- Romera Castillo, José, “La literatura, signo autobiográfico”, en *La literatura como signo*, Madrid, Playor, 1981, pp. 13-56.
- “Estudio de la escritura autobiográfica española (hacia un sintético panorama bibliográfico)”, en *Escritura autobiográfica y géneros literarios* (Ledesma Pedraz, Manuela ed.), Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 35-52.
- De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España (siglo XX)*, Madrid, Visor, 2006.
- Romera Navarro, M., “Las disfrazadas de varón en la comedia”, en *Hispanic Review*, 2.4 (1934), pp. 269-286.
- Romero, Antonio F., «La “Falacia antirretórica” en Bernal Díaz del Castillo», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14.28 (1988), pp. 337-344.
- Romero, José Luis: “Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida”, en *Cuadernos de historia de España*, I y II (1944), pp. 115-138.

- Rotterdam, Erasmo, *Coloquios*, 2 vols., Zaragoza, Libros Pórtico, [1518-1533], 2020.
- Rubenstein, Jay, “Biography and Autobiography in the Middle Ages”, en *Writing Medieval History* (Partner, Nancy ed.), Londres, Hodder Arnold, 2005, pp. 22-41.
- Rubio Tovar, Joaquín, *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus, 1986.
- Ruiz, María Jesús, “Estrategias de la oralidad en la autobiografía del Siglo de Oro: la Vida de Alonso de Contreras”, en *Pasajes, Homenaje a Christian Wenzlaff Eggebert*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2004, pp. 311-323.
- Russell, Peter, “A Quest Too Far: Henry the Navigator and Prester John”, en *The Medieval Mind. Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond* (Mcpherson, Ian y Ralph Penny eds.), Londres, Tamesis, 1999, pp. 401-416.
- Rutter-Jensen, Chloe, “La transformación transatlántica de la Monja Alférez”, en *Revista de Estudios Sociales*, 28 (2007), pp. 86-95.
- Sáez, Adrián J., “Vida del capitán Ruy Pérez de Viedma: La autobiografía soldadesca en Don Quijote”, en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 36.1 (2016), pp. 85-104.
- “Formas y modelos de las relaciones de soldados del Siglo de Oro”, en *Studi Ispanici*, 43 (2018), pp. 171-182.
- “Una vida en el margen: la relación soldadesca de Suárez Montañés”, en *Guerras de soledad, soldados de infamia. Representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española* (Flores Ruiz, Eva María y Durán, Fernando eds.), Santander, Genuve Ediciones, 2018, pp. 41-56.
- “Dos hombres y un destino: pícaros, soldados y la narración autobiográfica”, en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigáil y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 85-99.
- Salgado, María A., “De lo jocosos a lo joco-serio: el autorretrato literario en los Siglos de Oro y la Ilustración”, en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995* (Jules Whicker coord.), vol. III, Birmingham, Department of Hispanic Studies, 1998, pp. 212-220.

- Salinas, Pedro, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, en *Ensayos completos*, vol. II, Madrid, Taurus, 1981, pp. 220-293.
- Sampedro, Benita, «Historia oficial versus historia personal: las fronteras del “yo” en la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. I, Madrid, Castalia, 2000, pp. 376-387.
- San Emeterio, G. F., “La personalidad del narrador en *La vida y hechos de Estebanillo González*”, en *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas*, 18 (2000), pp. 119-146.
- Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, Madrid, CSIC, 1941.
- “La literatura histórica en el Siglo XVI: Biógrafos y autobiógrafos” y “La literatura histórica en el Siglo XVII: Biografía y autobiografía”, en *Historia general de las literaturas hispánicas* (Díaz-Plaja, Guillermo ed.), Barcelona, Vergara, 1953, pp. 305-309 y pp. 329-333.
- Sánchez Jiménez, Antonio, *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*, Newark, Juan de la Cuesta, 2006.
- “El Sansón de Extremadura según Tamayo de Vargas” en *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, Anejo 4. *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro* (Castellano López, Abigáil y Adrián J. Sáez eds.), Universidad de Huelva, 2019, pp. 183-202.
- Sánchez Marcos, Fernando, “La historiografía sobre la Edad Moderna”, en *Historia de la historiografía española* (Andrés-Gallego, J., coord.), Madrid, Encuentro ediciones, 2003.
- Sánchez Martín, Roberto, “D. Félix Nieto de Silva y Saá, I Marqués de Tenebrón. Vida de Soldado. Memoria de un Caballero”, en *Tiempos modernos*, 31 (2015), pp. 221-243.
- Sánchez Pérez, María, “Panorámica sobre las relaciones de sucesos en pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)”, en *eHumanista*, 21 (2012), pp. 336-368.
- Sánchez Rubio, *El hilo que une. Las relaciones epistolares en el Viejo y el Nuevo Mundo (siglos XVI-XVIII)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999.
- Sánchez Ruiz, María, *Los manuscritos reales de Philippe de Commynes* (tesis de doctorado), Girona, Universitat de Girona, 2018.

Sánchez Salor, Eugenio, “El género historiográfico de los *commentarii*. Los *commentarii* de César”, en *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma clásica al mundo actual* (Moreno Hernández, A., ed.), Madrid, UNED, 2010, pp. 529-558.

Santa Cruz, Melchor, *Floresta española*, Barcelona, Crítica, 1997.

Schaeffer, Jean-Marie, “Del texto al género. Notas sobre la problemática genérica”, en *Teoría de los géneros literarios* (Garrido Gallardo, Miguel ed.), Madrid, Arco Libros, 1988.

—¿*Qué es un género literario?*, Madrid, Akal, 2006.

Schmitt, Jean-Claude, *The Conversion of Herman the Jew: Autobiography, History, and Fiction in the Twelfth Century*, Filadelfia-Oxford, University of Pennsylvania Press, 2010.

Schrenck, Gilbert, “Renvois autobiographiques et critères du goût dans Sa vie à ses enfants d’Agrippa d’Aubigné”, en *Cahiers de l’AIEF*, 49.1 (1997), pp. 187-201.

Schulze, Winfried, “Sobre el significado de los ego-documentos para la investigación de la Edad Moderna”, en *Cultura escrita y sociedad*, 1 (2005), pp. 110-113.

Schuster, Shlomit C., *The Philosopher's Autobiography: A qualitative Study*, Westport, Greenwood Publishing Group, 2003.

Scott, Joan W., “The Evidence of Experience”, en *Critical Inquiry*, 17.4 (1991), pp. 773-797.

Segas, Lise, “Más allá de los problemas de género(s): el enigma del reconocimiento de la Monja Alférez a partir del relato “trans” de la Historia de la Monja Alférez” (1625) en *Studia Aurea*, 9 (2015) pp. 2013-23.

Sendón, Óscar, “Marcas y convenciones genéricas en el *Discurso de mi vida* (1630) de Alonso de Contreras y otras vidas de soldados de la primera modernidad”, en *Bulletin of Spanish Studies*, 94.3, 2017, pp. 399-415.

Serés, Guillermo, “Yo, Bernal Díaz... Aspectos novelescos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*”, en *Scriptura*, 8-9 (1992), pp. 17-26.

—“Vida y escritura de Bernal Díaz del Castillo”, en *Literatura: teoría, historia, crítica*, 6 (2004), pp. 15-62.

—*La conquista como épica colectiva*, Madrid, Ediciones del Orto, 2005.

- Serrano Poncela, Segundo, “El aventurero Duque de Estrada”, en *Revista Shell*, 45 (1962), pp. 11-18.
- Serrano y Sanz, Manuel, *Autobiografías y memorias*, Madrid, Bailly y Baillièrre, 1905.
- Sevilla Arroyo, Florencio, “Diálogo y novela en el *Viaje de Turquía*”, en *Revista de Filología Española*, 77 (1997), pp. 69-87.
- Siebenhüner, Kim y Sally Church, “Introduction Autobiographical Writings in Pre-Modern Europe and Asia: A Decentred Perspective”, en *The Medieval History Journal*, 18. 2 (2015), pp. 193-213.
- Simancas, Diego, “La vida y cosas notables del señor obispo de Zamora don Diego de Simancas, natural de Córdoba, colegial del colegio de Santa Cruz de Valladolid, escrita por el susodicho”, en *Autobiografías y memorias*, Madrid, Bailly y Baillièrre, [h. 1577] 1905, pp. 151-211.
- Simón Díaz, José, *Mil biografías de los Siglos de Oro (índice bibliográfico)*, Madrid, CSIC, 1985.
- Simón Palmer, M^a del Carmen, “Apuntes para una bibliografía del viaje literario (1990-2010)”, en *Revista de Literatura*, 73.145 (2011), pp. 315-362.
- Smith, Ruth, “The Mystical Self in *The Book of Divine Consolation of the Blessed Angela of Foligno*”, en *Mystics Quarterly*, 24. 1 (1998), pp. 8-22.
- Soriano, Catherine, “Bibliografía de las crónicas particulares castellanas del siglo XV”, en *Boletín Bibliográfico de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, 12 (1998), pp. 376-380.
- Spadaccini, Nicholas, «Estebanillo González and the Nature of Picaresque “Lives”», en *Comparative Literature*, 30.3 (1978), pp. 209-222.
- Spadaccini, Nicholas y Jenaro Talens, “Introduction: the construction of the self. Notes on autobiography in Early Modern Spain”, en *Autobiography in Early Modern Spain* (Spadacini Nicholas y Jenaro Talens eds.), Minneapolis, The Prisma Institute, 1988, pp. 9-39.
- Spadaccini, Nicholas y Anthony Zahareas, “Introducción crítica”, en González, Estebanillo, *Vida y hechos de Estebanillo González*, Madrid, Castalia, 1978, pp. 9-62.

- Spearing, A.C. "Prison, writing, absence: representing the subject in the English poems of Charles D'Orleans" en *Modern Language Quarterly*, 53.1 (1992) pp. 83-100.
- Spengermann, William C., *The Forms of Autobiography. Episodes in the History of a Literary Genre*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1980.
- Spragins, Elizabeth, "Cuerpos, cuernos, and espadas ceñidas: sedimenting gender through violence in la Monja Alférez", en *ConSecuencias*, 1 (2019), pp. 102-119.
- Starobinski, Jean, "The Style of Autobiography", en *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 73-83.
- Steinbach, Jacqueline, *Aproaches de l'écriture de soi: les récits autobiographiques de soldats dans l'Espagne du XVIIe siècle* (tesis de doctorado), Marsella, Universidad de Aix-Marseille, 2016.
- Suárez, Diego, "Discurso verdadero de la naturaleza, peregrinación, vida y partes del autor de la presente historia", en Morel-Fatio, Alfred., "Soldats espagnols du XVIIe siècle. Alonso de Contreras, Miguel de Castro et Diego Suárez", en *Bulletin Hispanique*, vol. III (1901), pp. 146-158.
- Summers, Joanna, *Late-medieval prison writing and the politics of autobiography*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. 60-90.
- Tamayo de Vargas, Tomás, *Junta de libros Álvarez García*, Belén ed.), Madrid, Iberoamericana, 2007.
- Tamayo y Velarde, *Memorias del cautiverio y costumbres, ritos y gobiernos de Berbería* (Maíllo Salgado, Felipe ed.), Oviedo, Universidad de Oviedo, [1683] 2017.
- Tapia, Serafín, "La alfabetización de la población urbana castellana en el Siglo de Oro", en *Historia de la Educación*, 12-13 (1993-1994), pp. 275-307.
- Teresa de Jesús, *Libro de la vida* (Steggink, Otger ed.), Madrid, Castalia, [1588] 1986.
- The Lost Memoirs of Augustus and the Development of Roman Autobiography* (Smith, Christopher y Anton Powell eds.), Swansea, Classical Press of Wales, 2009.
- The Kingis Quair and other prison poems* (Arn, Mary-Jo y Linne R. Mooney, eds.), Kalamazoo, TEAMS, 2005.
- The Uses of First Person Writings Africa, America, Asia, Europe* (Ruggiu, François Joseph ed.), Bruselas, Peter Lang, 2013.

- Thompson, I. A.A., *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, Crítica, 1981.
- Todorov, Tzvetan, *Los géneros del discurso*, Caracas, Monte Avila Editores, 1996.
- Tomachevski, Boris, *Teoría de la literatura*, Madrid, Akal, 1982.
- Toral y Valdés, Domingo, *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés* (González de Vega, Gerardo ed.), Madrid, Miraguano, [1634] 2016.
- Toro, Alfonso, *La familia Carvajal. Estudio histórico sobre los judíos y la Inquisición de la Nueva España en el siglo XVI*, 2 vols., México D.F., Patria, 1944.
- Torras Francès, Meri, *Tomando cartas en el asunto. Las amistades peligrosas de las mujeres con el género epistolar*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001.
- Torres, Concepción, *Ana de Jesús. Cartas (1590-1621). Religiosidad y vida cotidiana en la clausura femenina del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995.
- Torres Naharro, Bartolomé, *Comedias. Soldadesca. Tinelaria. Himenea* (McPheeters, D.W. ed.), Madrid, Castalia, [1517] 1973.
- Torres Sans, Xavier, *Els llibres de família de pagés. Memòries de pagés, memòries de mas (segles XVI-XVIII)*, Girona, Documenta Universitària, 2000.
- Trotot, Caroline, “The Memoirs of Marguerite de Valois. Experience of Knowledge, Knowledge of Experience”, en *Arts et Savoirs*, 6 (2016), pp. 1-16.
- Trueba Lawand, Jamile, *El arte epistolar en el Renacimiento español*, Madrid, Tàmesis, 1996.
- Usunáriz, J. M., «El historiador del Siglo de Oro o la historia como “narración de verdades por hombre sabio para enseñar a bien vivir”», en *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro*. vol. II. *El sabio y el santo* (Arellano, Ignacio y Marc Vitse coord.), Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 92-109.
- Valcárcel Martínez, Simón, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación provincial de Granada, 1997.
- Valcárcel Martínez, Vitalino, “La ambigua relación entre la biografía y la historia”, en *Las biografías griega y latina como género literario. De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas* (Valcárcel Martínez, Vitalinio ed.), Vitoria, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 19-39.

- Valdés, Alfonso de, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (Navarro Durán, Rosa ed.), Cátedra, [1517] 1994.
- La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (Navarro Durán, Rosa ed.), Cuenca, Alfonsópolis, [h. 1530] 2003.
- Valladares y Valdelomar, Juan, *Caballero venturoso con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances adversos y prósperos. Historia verdadera. Verso y prosa admirable y gustosa*, Madrid, Rodríguez Serra editor, 1902.
- Varela Jácome, Benito, *La prosa barroca en el siglo XVII*, Madrid, Cincel, 1981.
- Vega, Inca Garcilaso de la, *La Florida del Inca en Obras completas*, vol. I, Lima, Biblioteca del Perú, [1605] 2015, pp. 387-797.
- Vega, Lope de, *El asalto de Mastroque por el príncipe de Parma en Comedias de Lope de Vega* (Giuliani, Luigi y Ramón Valdés coord.), vol. IV, Lleida, Editorial Milenio, [1604-1606] 2002, pp. 291-411.
- Velasco, Sherry, *The Lieutenant Nun. Transgenderism, Lesbian Desire, & Catalina de Erauso*, Austin, University of Texas Press, 2000.
- Verdugo, Francisco, *Comentario del coronel Francisco Verdugo de la guerra de Frisia en XIV años que fue gobernador y capitán de aquel estado y ejército por el rey don Felipe II nuestro señor*, Madrid, Rivadeneira, [1610] 1872.
- Viaje de Turquía* (Solalinde, Antonio G. ed.), Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
- Viajeros españoles a Tierra Santa: siglos XVI y XVII* (Jones, Joseph R. ed.), Madrid, Miraguano, 1998.
- Viennot, Eliane, “Parler de soi: parler à l’autre. Marguerite de Valois face à ses interlocuteurs”, en *Tangence*, 77 (2005), pp. 37-59.
- Vilanova, Antonio, “El *Asno de Oro* de Apuleyo, fuente y modelo del *Lazarillo de Tormes*”, “Un episodio del *Lazarillo* y el *Asno de Oro* de Apuleyo”, “El tema del hambre en el *Lazarillo* y el falso convite de Apuleyo” y “Lázaro de Tormes, pregonero y biógrafo de sí mismo”, en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989a, pp. 126-179 y 280-325.
- “El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes”, en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989b, pp. 326-409.

- Villanueva, Darío, “Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía” en *Escritura autobiográfica* (Romera, José, Alicia Illera *et al.* eds.), Visor, Madrid, 1993, pp. 15-33.
- Viñao Frago, A., “Alfabetización y primeras letras (siglos XVI-XVII)”, en *Escribir y leer en el siglo de Cervantes* (Castillo Gómez ed.), Barcelona, Gedisa, 1999.
- Violante, Susana, “Fe y dialéctica. Una problemática en Otloh de San Emeramo”, en *Revista española de filosofía medieval*, 14 (2007), pp. 91-104.
- Violi, Patricia, “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, en *Revista de Occidente*, 68 (1987), pp. 87-99.
- Vives, Luis, *Del arte de hablar (De ratione dicendi)*, en Vives, Luis, *Obras completas*, vol. II, Madrid, Aguilar, [1532] 1948a, pp. 689-806.
- Redacción epistolar (De conscribendis epistolis)*, en Vives, Luis, *Obras completas*, vol. II, Madrid, Aguilar, [1536] 1948b, pp. 841-879.
- Voigt, Lisa, *Writing Captivity in the Early Modern Atlantic: Circulations of Knowledge and Authority in the Iberian and English Imperial Worlds*, Chapel Hill, UNC Press Books, 2009.
- VoráGINE, Santiago de, *La leyenda dorada*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1987.
- Wagner-Egelhaaf, Martina, ed., *Handbook of Autobiography/autofiction*, Berlín-Boston, Walter de Gruyter GmbH, 2019.
- Walker Bynum, Caroline “Did the Twelfth Century Discover the Individual?”, en *The Journal of Ecclesiastical History*, 31.1 (1980), pp. 1-17.
- Wardropper, Bruce W., “El trastorno de la moral en el Lazarillo”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 15 (1961), pp. 441-447.
- Weintraub, Karl J., “Autobiografía y conciencia histórica”, en *Suplementos Anthropos*, 29, (1991), pp. 18-33.
- La formación de la individualidad. Autobiografía e historia*, Madrid, Megaluz, 1993.
- White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Wickersham, J. P., “The Braggart Soldier and the Rufian in the Spanish Drama of the Sixteenth Century”, en *The Romanic Review*, vol. II (1911), pp. 186-208.
- Wood, Frances, *Did Marco Polo Go To China?*, Nueva York, Routledge, 2018.

Wu, Pei-Yi, *The Confucian's Progress: Autobiographical Writings in Traditional China*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

Yllera, Alicia, “La autobiografía como género renovador de la novela: *Lazarillo, Guzmán, Robinson, Moll Flanders, Marianne y Manon*”, en *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 4 (1981), pp. 163-191.

Ynduráin, Domingo, “Las cartas en prosa”, en *Literatura en la época del Emperador* (García de la Concha, Víctor ed.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988, pp. 53-79.

Zahareas, Anthony, “El género picaresco y las autobiografías de criminales”, en *La picaresca: orígenes, textos y estructuras*, Fundación universitaria española (Criado de Val, Manuel ed.), Madrid, 1979, pp. 79-111.

Zaman, Taymiya, “Instructive Memory: An Analysis of Auto/Biographical Writing in Early Mughal India”, en *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 54.5 (2011), pp. 677-700.

Zambrano, María, *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela 1995.

Zárate, Agustín, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1965.

Zmantar, Françoise, “Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel”, en *Quimera*, 2 (1980), pp. 31-37.

Zugasti, “Épica, soldadesca y autobiografía en el *Viaje del mundo* (1614), de Pedro Ordóñez de Ceballos”, en *Actas del Congreso «El Siglo de Oro en el nuevo milenio»*, vol. 2, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 1782-1812.

Zúñiga, Francesillo de, *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, Barcelona, Crítica, [1525-1529]: 1981.